

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA**



TESIS DOCTORAL

**La Literatura sobre fenicios en el territorio brasileño: orígenes y
razones**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Diógenes Henrique Carvalho Veras da Silva

DIRECTOR

Carlos González Wagner

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

La Literatura sobre fenicios en el territorio brasileño: orígenes y razones

Autor: DIÓGENES HENRIQUE CARVALHO VERAS DA SILVA

Director: CARLOS GONZÁLEZ WAGNER

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA

La Literatura sobre fenicios en el territorio brasileño: orígenes y razones

Autor: DIÓGENES HENRIQUE CARVALHO VERAS DA SILVA

Director: CARLOS GONZÁLEZ WAGNER

Madrid, octubre de 2015

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría recordar y agradecer inicialmente a mi tutor el Dr. Carlos González Wagner sin lo cual no habría existido ni siquiera la posibilidad de acometer este trabajo. A mis padres Alcir y Janice, que apostaron todo por mí. A mis hijos Rodrigo y Ana Laura y mi hijastro Víctor, que me animaron en este gran reto. A mis hermanas Karla, Karina y Alcir Jr. siempre animándome a concluir este trabajo durante estos años. Mi reconocimiento a la memoria de mi fallecida esposa Fernanda, madre de mis hijos, y con quien inicié este proyecto al venir a Madrid por vez primera. A mi excompañera Elizabete que durante algún tiempo estuvo navegando conmigo y me ha apoyado en lo que ha podido. Al Dr. Víctor Bermejo, catedrático de la Facultad de Educación de la UCM por su constante incentivo hacia mí; a los amigos Cipriano y Paulina; a las señoras Rose, Assunção, Nazaré Dutra y a sus hijos, y a Cristina Planet, porque todos ellos creyeron en mis posibilidades. A mis tíos Flavio y Aparecida por me ayudar desde el principio.

Al profesor Andrés Piquer del Departamento de Estudios Arameos y Hebreos de la UCM, por alguna bibliografía indicada. Al Dr. Roberto Ayron de la Universidade Federal do Rio Grande do Norte quien me ha apoyado en mi regreso a Brasil. A las bibliotecarias de esta misma universidad que me han facilitado tesis digitales. A la secretaria Marga Sánchez del Departamento de Historia Antigua de la UCM por atender mis peticiones durante estos años. A mis colegas Fadel, Ada (Gabón) y Máximo (Italia), por haberme ayudado en algunas dificultades puntuales en textos franceses e italianos. Y al profesor brasileño Luis Galdino, de São Paulo, por autorizar algunas imágenes que ilustran la tesis.

En particular quiero recordar cariñosamente la memoria de mi anterior tutor y amigo, el Dr. Fernando López Pardo, el cual me acogió al inicio de todo y me introdujo en el interesante mundo fenicio de la costa atlántica africana. Y a todos mis amigos y aquellos que directa o indirectamente han contribuido de la más mínima forma a la consecución de este pequeño trabajo. Mis más sinceros recuerdos y agradecimientos.

*"Estudid como si fuerais a vivir siempre;
vivid como si fuerais a morir mañana."*

San Isidoro de Sevilla (ca. 556-636 d.C.)

ÍNDICE

RESUMEN	09
ABSTRACT	12
 1ª PARTE	 15
1.1) FENICIOS ENTRE LOS SIGLOS XII-VI a.C.	16
1.1.1) Aspectos generales	16
Fuentes y marco cronológico y temático	16
Antecedentes de los fenicios	22
Características fenicias	25
Geografía y productos	30
El alfabeto y la escritura fenicia	33
Algunas inscripciones	47
Náutica	48
Religión	49
Fenicio – púnico	50
Diáspora	50
 1.1.2) Expansión Mediterránea	 53
Rutas marítimas	53
Procesos precolonial y colonial	64
 1.1.3) Costas Atlánticas	 74
 1.2) BARCOS Y TECNOLOGÍA NAVAL FENICIO-PÚNICA	 87

1.2.1) Tradiciones náuticas anteriores	87
1.2.2) Astilleros y técnicas de construcción	90
1.3) CONDICIONES CLIMÁTICAS Y DE NAVEGABILIDAD EN LA COSTA	
ATLÁNTICA AFRICANA	99
1.3.1) Personal a bordo, dieta y mercancías	99
1.3.2) El derrotero: el sol, las estrellas y la tierra	102
1.3.3) Comportamiento de los vientos	106
1.3.4) Corrientes oceánicas	108
1.4) PERIPLOS FENICIOS Y PÚNICOS EN EL OCÉANO	112
1.4.1) Viajes a Ofir	112
1.4.2) El Periplo de Neco II	123
1.4.3) El Periplo de Hannón	128
2ª PARTE	137
2.1) OFIR ASOCIADA A SUDAMÉRICA	141
Consideraciones iniciales	141
El origen del hombre americano	146
Implicaciones religiosas y económicas	151
2.2) TEORIAS EUROPEAS	159
Tras el viaje de Colón	159
El papel del mito	167
Los Textos Sagrados y Montano	171
Los Jesuitas y la Catequesis	177
Nuevas ideas	179
Atlántida	184

2.3) EL NUEVO MUNDO: El caso de Brasil	186
2.3.1) Colonia: inscripciones, monumentos y lingüística	186
<i>El Dorado americano</i>	186
<i>Las ideas sobre el poblamiento del territorio</i>	188
<i>Amazonas como concepción mítica</i>	197
<i>Impresiones paradisíacas y bárbaras</i>	199
<i>Una “arqueología religiosa”</i>	200
<i>Decadencia americana versus Superioridad europea</i>	208
<i>Estudios lingüísticos</i>	211
<i>Algunos contenidos ideológicos de un nuevo país</i>	214
<i>Colonialismo interno</i>	221
2.3.2) Imperio: una arqueología diferente	223
<i>Viajeros Naturalistas</i>	223
<i>Monogenismo versus Poligenismo</i>	230
<i>La teoría de Martius para el Brasil</i>	231
<i>Café y galardones</i>	238
<i>La fundación del IHGB y sus varios papeles</i>	240
<i>La pseudo inscripción de la Pedra da Gávea</i>	242
<i>Ciudades Olvidadas o Abandonadas</i>	251
<i>El papel del indígena</i>	261
<i>La Amazonia “fenicia”</i>	265
<i>¿Eran barcos fenicios?</i>	277
<i>Cuestión de fronteras</i>	279
<i>El ambiente imperialista y científico</i>	281
<i>Encuadre religioso</i>	287
<i>Antecedentes teóricos del surgimiento de la Inscripción de</i> <i>Paraíba</i>	290
2.3.3) La Inscripción “fenicia” de Paraíba	294
<i>Origen y divulgación</i>	294

<i>Inscripción apócrifa</i>	306
<i>Consecuencias de la carta enviada al IHGB</i>	312
<i>Reaparece el debate sobre la Inscripción de Paraíba</i>	315
<i>Siglo XIX: un ambiente “fenicio”</i>	323
<i>Los sospechosos de la falsificación</i>	326
 2.4) LA PERVIVENCIA DEL TEMA FENICIO	333
<i>Final del siglo XIX: los efectos de la teoría fenícia</i>	333
<i>Siglo XX: reanudan las expediciones</i>	340
<i>Otras propuestas “fenicias” para Brasil</i>	344
<i>Barcos del siglo XX, desde África a Sudamérica</i>	357
<i>Otras referencias sobre fenicios en Brasil</i>	358
 CONCLUSIONES	362
BIBLIOGRAFÍAS	368
<i>Fuentes</i>	368
<i>Referencias</i>	380
<i>Dicionarios y manuales</i>	415
ANEXOS	417
<i>Sitios electrónicos</i>	417
<i>Acervos consultados</i>	418

RESUMEN

Se analiza el origen y pervivencia de la teoría de supuestos fenicios en el Nuevo Mundo, particularmente en Brasil, y las imágenes que esa idea proyectó a lo largo del tiempo. Una hipótesis generada entre la intelectualidad europea a partir de la llegada de los primeros navegantes europeos a finales del siglo XV, y alimentada por los relatos de los primeros cronistas y Viajeros Naturalistas del continente americano, considerados sus primeros historiadores, y que intentaron explicar el origen de sus gentes. Una teoría que se fue difundiendo a lo largo de los siglos siguientes, y que posteriormente fue defendida por intelectuales brasileños, dando origen a una polémica atestiguada por una extensa bibliografía.

Dicha hipótesis, aunque defendida por religiosos europeos, fue sostenida por exploradores coloniales con intereses económicos en América. Durante el período de unificación de las coronas Ibéricas (1580 a 1640) bajo mando español, se acentuó la defensa de sus premisas. En Brasil, será asumida por representantes de su nueva élite tras la independencia política del país en 1822. A finales del siglo XIX, a partir del presunto hallazgo de cierta epigrafía en su territorio, se producirá el cenit de la creencia de navegantes semitas en el país, convirtiéndose en un tema a la orden del día en el mundo académico.

La propagación de dicha teoría parece haber acompañado de forma intermitente varias etapas de la historia de Brasil, empezando por el periodo colonial caracterizado por la expropiación de la tierra al autóctono y el acopio de sus beneficios en manos portuguesas, generados por el comercio de sus productos. Utilizándose mano de obra esclava sobre todo procedente de África, y con base en un gran sistema de tenencia lusa de la tierra. Fue apoyada aun por la literatura europea de los siglos XVII y XVIII, que buscó definir la génesis del Nuevo Mundo considerado inferior. Pasando por la fijación de las fronteras del país sudamericano durante el proceso de construcción de su identidad nacional a partir de propuestas civilizadoras excluyentes, conducidas por su aristocracia del siglo XIX, que se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XX. Y con un repunte a partir del final de la década de 1960 hasta prácticamente nuestros días.

La historia fenicia es hoy por hoy un tema todavía poco explorado entre los investigadores brasileños, lo cual puede parecer bastante paradójico. La mayoría de los investigadores nacionales se dedica a los estudios de las civilizaciones griega y romana. La importancia de los semitas fenicios para nosotros consiste en conocer en líneas generales tres aspectos básicos de este pueblo: la invención del actual alfabeto Occidental, su liderazgo en la apertura de sus rutas marítimas utilizando técnicas avanzadas de navegación para la época, y el desarrollo del comercio antiguo mediterráneo y de las fachadas atlánticas Ibérica y africana.

Por otra parte, nuestra pesquisa está pautada en la existencia de extensa bibliografía, que en nuestra evaluación, no ha podido aun aclarar los detalles en torno al origen y desarrollo de la teoría de los fenicios en Brasil más allá de las noticias sobre su existencia, de las continuas discusiones lingüísticas, tan analizadas como ineficaces a la hora de contestar a varias cuestiones y a la falta de vestigios materiales. Por ello nos proponemos investigar.

El objetivo principal es determinar el origen de dicha teoría y las imágenes que pudo proyectar esta idea a partir del siglo XVI hasta nuestros días. Y los objetivos específicos son responder a cuestiones que consideramos básicas: ¿De qué forma ha surgido el tema?, ¿A quién le interesaba desde el principio que los fenicios visitaran el Nuevo Mundo?, Y de ser así, ¿cuáles serían los beneficios obtenidos con esta supuesta presencia?, Y en el caso particular de Brasil, ¿por qué ha habido tanto interés en este sentido hasta el punto de que se haya generado una hipotética prueba material en el seno de la élite cultural más representativa del Imperio brasileño durante el siglo XIX?, ¿Y por qué razón permanece aun la teoría, en el caso de Brasil, como una creencia?

La metodología utiliza un contexto multidisciplinar con un examen bajo la óptica de la Historia Social sobre todo. Se desarrolla a través del listado bibliográfico existente, y en torno a los escasos conocimientos materiales sobre el pueblo fenicio que se supone que los eruditos europeos poseían entre los siglos XVI y finales del XIX. También procuramos contextualizar el ambiente político, económico y social desde el período colonial brasileño (1500-1808), pasando por el período imperial (1808-1889) y llegando a la etapa republicana, como forma de entender el proceso

de divulgación de dicha teoría fenicia. Así, la primera parte del trabajo describe la historia fenicia en general entre los siglos XII y VI a.C, mientras que en la segunda empezaremos a partir de la época renacentista, coincidiendo prácticamente con el principio de la historia americana bajo influencia occidental y hasta nuestros días.

Sirven de referencial teórico para nuestro presente trabajo, dos importantes tesis publicadas en Brasil y que analizan el nacimiento de su arqueología y su actuación en el contexto del siglo XIX: *Ruínas e mito: a arqueologia no Brasil império*, (327 pág.), de *Johnni Langer* (2000) obra en la cual la palabra fenicio y sus derivados aparecen más de setenta veces, y *Território primitivo: a institucionalização da arqueologia no Brasil (1870-1917)*, (343 pág.), de *Lúcio Menezes Ferreira* (2007), en la que el término es mencionado más de veinte veces. Esto revela la importancia que posee todavía el tema pese a que no es el objetivo central de sus tesis.

El resultado de nuestra investigación atestigua que la teoría de los fenicios en Brasil, aunque considerada mítica, tuvo más importancia para la construcción de la historia del país de la que se suponía, pese a que jamás se ha encontrado cualquier vestigio material fenicio en el territorio brasileño. Lo que se trae a colación, las más de las veces, es la mera similitud lingüística con dialectos autóctonos como razón para la creencia en una migración antigua considerada civilizada, explicaciones míticas sobre vestigios materiales encontrados y falsos hallazgos epigráficos. Los materiales calificados como epigráficos fueron atribuidos en su mayor parte a grupos humanos occidentales considerados civilizados, que habían, supuestamente, migrado al que se consideró Nuevo Mundo. De esta forma se negaba de antemano cualquier participación indígena por ser esta población considerada salvaje.

ABSTRACT

In this work, it is analyzed the origin and survival of the Phoenician theory assumptions in the New World, particularly in Brazil, and the images eroded by these ideas over time. One hypothesis generated among European intellectuals after the arrival of the first European sailors in the late 15th century, supported by the stories of the early chroniclers and the Americans naturalists travelers considered as its first historians, who tried to explain the origin of its people. A theory that was widely known throughout the following centuries, later supported by Brazilian intellectuals, which gave rise to a controversy extensively backed by a huge bibliography.

That hypothesis, despite of being supported by religious Europeans, was maintained by colonial explorers only because of their interest in the America economy. During the unification of the Iberian crowns (1580-1640), under Spanish command, it was noticed an increasing interest on supporting this hypothesis premises. In Brazil, after its independence, in 1822, some representatives of the new political elite will assume such hypothesis. In the late 19th century, from the alleged discovery of some inscriptions on its territory, the zenith of the belief Semitic sailors will occur in the country, becoming a topic on the agenda in the academia.

The spread of that theory seems to have accompanied intermittently various stages of the Brazilian history, starting from the colonial period characterized by the land exploitation from the natives in which all the benefits fell onto Portuguese hands, generated by the trading of their products, using slave labor, especially from Africa, based on a large system of land Portuguese occupation. This hypothesis was even supported by the European literature of the 17th and 18th centuries that aimed to define the genesis of the New World, considered inferior. It also went through setting the boundaries of the South American country during the process of building its national identity from exclusive civilizing proposals, led by its aristocracy of the 19th century, which lasted until the early 20th century. Lastly, it upturned from the end of the 1960s to almost the present day.

Although it may appear somewhat paradoxical, the history of the Phoenicians continues to be a disregarded subject among Brazilian researchers, who have devoted most of their investigation to the study of the Greek and Roman civilizations. Broadly speaking, there are three basic aspects of the Phoenician race which concern us as being of importance, namely: its invention of the alphabet which, to this day, is still used in the western world; its pioneering role in opening up previously uncharted maritime routes, using navigational techniques which were advanced at that time; its development of trade routes throughout the ancient Mediterranean and on the Atlantic coasts of Iberia and Africa.

On the other hand, the guidelines for our investigation can be found in the extensive literature which abounds, but which, as far as can be seen, has as yet been unable to forward any details regarding the origin and development of the theory of the Phoenicians in Brazil, beyond the news of its existence. Meanwhile, endless linguistic debates have been chronicled, but these have proven to be inconclusive, and the material evidence needed to resolve various questions has been lacking. We therefore propose to investigate the theory.

The main objective is to determine the origin of the aforementioned theory, and to discover the ideas that its concept might have projected from the sixteenth century up to the present day. Other specific objectives are to find the answers to issues that we consider basic: How did the subject arise? From the outset, who was to gain from the Phoenicians visiting the New World? And if they did, what benefits might be obtained from this alleged presence? In the particular case of Brazil, why has the interest been so great as to concoct hypothetical material evidence in the very heart of the Brazilian empire's most representative cultural elite during the nineteenth century? And in the case of Brazil, why is the theory still perpetuated as a common belief?

Above all, the methodology consists in using a multidisciplinary context to examine the theory from the perspective of social history. The theory is developed through publications already in existence, and by using the limited material knowledge of the Phoenicians attributed to European scholars between the sixteenth and late nineteenth centuries. We also seek to contextualize the political, economic

and social environment from the Brazilian colonial period (1500-1808) throughout the imperial period (1808-1889) and right up to the republican era in order to better understand the process of disclosure of the Phoenician theory. Thus the first part of the paper describes the history of the Phoenicians in general between the twelfth and sixth centuries B.C., whilst the second part begins from the Renaissance, almost coinciding with the beginning of the history of America under western influence and up to the present.

A theoretical reference for our present task is provided by two important theses published in Brazil which analyze the birth of the country's archeology and its performance in the context of the nineteenth century: *Ruínas e mito: a arqueologia no Brasil imperial* (327 pages) by Johnni Langer (2000), a work in which the word "Phoenician" and its derivatives appear more than seventy times, and: *Território primitivo: a institucionalização da arqueologia no Brasil (1870-1917)*, 343 pages long, by Lucio Meneses Ferreira (2007) in which the term is mentioned more than twenty times. This reveals the importance which the subject still bears, although it is not the central object of the thesis.

The result of our research attests that the theory of the Phoenicians in Brazil, although considered merely mythical, bore more importance in the construction of the history of the country than was previously assumed. No material traces of Phoenician remains have ever been found on Brazilian soil, and, more often than not, a mere linguistic similarity to indigenous dialects has been exploited, along with mythical explanations for epigraphic findings to offer reasons to believe in an ancient migration considered to be civilized. Materials that were considered to be epigraphic were attributed mostly to human groups of civilized westerners who had supposedly migrated to the New World. As the natives there were considered to be savages, any indigenous participation was thus rejected beforehand.

1ª PARTE

La elaboración de la teoría de supuestos barcos fenicios en Brasil, desde el siglo XVII, obedeció a valoraciones culturales, basadas en preceptos bíblicos occidentales considerados incuestionables en el pasado, así como en el conocimiento erudito de antaño sobre algunos textos clásicos. Todo ello, a su vez, anclado en una época dominada por un modelo europeo que conllevó a una interpretación muy particular no solo de los supuestos vestigios de monumentos, sino también de un conjunto de inscripciones rupestres consideradas misteriosas, e incluso falsas, en el continente americano.

Su imparable publicidad y continuas referencias literarias desde entonces han sido capaces de seguir provocando numerosas investigaciones en varias partes del mundo académico hasta el día de hoy. Quizás ello se deba a que la investigación del propio fenómeno colonial fenicio en la cuenca mediterránea y en territorios africanos parece haber estado siempre susceptible a nuevas dataciones cronológicas producidas por continuos descubrimientos arqueológicos desde el siglo XIX, y que ponen la navegación fenicia en el Extremo Occidente en fechas cada vez más tempranas. Lo cual hace que dicho fenómeno se vea alcanzado sistemáticamente por nuevas propuestas teóricas a partir de novedosas perspectivas metodológicas.

1.1) FENICIOS ENTRE LOS SIGLOS XII-VI a.C.

1.1.1) ASPECTOS GENERALES

Fuentes y marco cronológico y temático

El conocimiento sobre las señas de identidad de los fenicios está basado en textos clásicos, en libros bíblicos y en una cantidad variada de materiales arqueológicos. Se trata de fuentes directas e indirectas que atestiguan las vicisitudes de este pueblo en el Cercano y Próximo Oriente, en la cuenca mediterránea incluyendo sus islas más grandes, en las fachadas atlánticas de la Península Ibérica y de Marruecos (y alguna isla costera), y tal vez, en algún punto de las Islas Británicas. Unos materiales que los investigadores de varios países vienen analizando en sus diversos y complejos aspectos, sobre todo en los últimos años, a partir de técnicas arqueológicas cada vez más desarrolladas, y sofisticadas tecnologías, empleadas ya sea en excavaciones que al establecer firmes secuencias estratigráficas permiten distinguir horizontes históricos, o en hallazgos subacuáticos, incluso por medio de recientes estudios genéticos de poblaciones de la cuenca Mediterránea que buscan comprobar el DNA fenicio. La finalidad no solo es precisar fechas de ocupaciones territoriales, sino también establecer con más similitud lo que representó realmente este pueblo semita para la formación de las sociedades occidentales contemporáneas.

En nuestro caso repasaremos en los apartados que componen esta 1ª Parte la historia de los fenicios durante un lapso de tiempo de su existencia, considerada, sin embargo, bajo algunos aspectos y no en su totalidad, y desde el punto de vista de los investigadores más importantes del pasado y del presente. Particularmente nos centraremos en el periodo comprendido entre los siglos IX y VI a.C. Una etapa mencionada por algunos arqueólogos e historiadores del pasado como escenario del posible viaje de estos navegantes hacia puntos del Nuevo Mundo, y precisamente al territorio brasileño campo de nuestro trabajo.

Lo que nos ha hecho emprender este trabajo ha sido, la supuesta existencia en Brasil de inscripciones rupestres consideradas todavía misteriosas, los estudios

sobre comparaciones lingüísticas entre idiomas orientales y dialectos americanos, e incluso la presencia de vestigios arqueológicos de dudosa procedencia o interpretados como pertenecientes a fenicios, y así considerados desde el comienzo de la historia del país. Unos tópicos que examinaremos en la 2ª parte.

Debemos recordar que centenares de historiadores del mundo fenicio se han dedicado a las labores de investigación de sus huellas y vestigios por lo menos desde la primera mitad del siglo XIX. Al principio, basados en tradiciones literarias grecorromanas y bíblicas. Y en el plan arqueológico, desde por lo menos la segunda mitad de dicho siglo a partir, entre otros trabajos, de las excavaciones del francés Joseph-Ernest Renan (1823-1892), llevadas a cabo en la propia Fenicia entre 1860 y 1861 (Baurain & Bonnet 1992:30), y publicadas en la obra *Mission de Phénicie*, a partir de 1864, con financiación del gobierno francés. Una clase de excavación a que se suele bautizar como Arqueología Bíblica. A finales del siglo XIX tienen lugar excavaciones de otros investigadores en sitios de la Península Itálica, con el objetivo de descubrir materiales relativos al mundo griego antiguo, pero que sirven también como referencia al fenicio. En la Península Ibérica, los descubrimientos arqueológicos de vestigios semitas hasta 1960, no iban más allá del siglo VI a.C. (Martín Ruiz 2010:5). Pero a partir de esa fecha, se elevaron, hasta el VIII a.C., y en la primera década del presente siglo, hasta el IX a.C.

Respeto a las fuentes fenicias, mayormente indirectas, hay que tener en cuenta su cronología. Empezando por las bíblicas que son tan antiguas como los textos clásicos. Ambas recogen informaciones sobre el pasado, en muchos casos basadas en tradiciones orales, muchísimo tiempo después de los hechos, exceptuándose algunas fuentes bíblicas y también anales asirios, contemporáneas a la denominada Diáspora fenicia. Ya ha finales del siglo XV tras el descubrimiento de Cristóbal Colón (1451-1506) algunos libros del Antiguo Testamento fueron utilizados por cronistas Modernos que trataron sobre el territorio americano para intentar relacionar hechos fenicios con la historia del Nuevo Mundo. Las Sagradas Escrituras sirven como referentes generales del pueblo fenicio al desvelar algunas de sus condiciones materiales y sociales. Se trata de textos escritos originalmente en hebreo y fragmentos en arameo. Entre sus libros podemos mencionar: Génesis

(9:20-27, 10:15, 29-30 y 49:20); Éxodo (16:35); Deuteronomio (3:8-9); Josué (5:1 y 19:24-31); Jueces (1:31-32, 3:3 y 18:7); I Reyes (9:10-14, 26-28, 10:11-12, 22-23 y 22:48-49); II Reyes (1:1, 9:25 y 23:10); Isaías (23:1-18); Jeremías (10:9 y 32:35); Ezequiel (26-28 y 38:13); Jonás (1:3); Salmos (48 y 72); I Crónicas (7:10); II Crónicas (8:17-18, 9:10 y 21); Esdras (4); Mateo (15:21-22). Testimonios que mencionan sus límites geográficos, el origen del pueblo y los resultados generales de sus actividades comerciales (Krings 1995; Blázquez Martínez et al. 1999; Cantera & Iglesias 2003; Koch 2003; Aubet 2009) en la tierra fenicia incluyendo Chipre.

Las interpretaciones históricas sobre los textos clásicos tienen a Homero (*Ilíada*; *Odisea*) y Hesíodo (*Teogonía*) como los primeros en hablar de fenicios entre los siglos IX-VIII a.C. Estos autores son considerados escritores que representarían las ideas de las aristocracias griegas de los siglos VIII y VII a.C. Respecto a los escritos de Homero, se considera mayormente que puede tratarse en realidad de más de un poeta que compilaron en forma de poemas escritos un conjunto oral de relatos, cuentos y leyendas ocurridos desde el siglo XIII a.C., es decir, desde la época griega considerada heroica. Esas tradiciones fueron transcritas durante el siglo VIII a.C. a partir de una mezcla de vestigios heroicos retransmitidos por varias generaciones (Aubet 2003:86-92 y 97). En la *Ilíada* los fenicios aparecen como expertos artesanos de metales y textiles, mientras que en la *Odisea* son vistos como mercaderes poco fiables y que pasan muchas horas en puertos extranjeros ejerciendo actividades comerciales relegadas por la aristocracia griega.

Ya Herodoto menciona los santuarios fenicios más antiguos. Él también nos dejó un relato suyo sobre enclaves semitas cuando su viaje por Egipto en torno a 450 a.C., y afirmando en esta ocasión que en Menfis existía un santuario de Astarté y “campos tirios” (Moscati 1988:49; Pernigotti 1988:530), además de otras fundaciones fenicias situadas en el Delta del Nilo. También otros autores clásicos plasmaron referencias sobre el mundo fenicio siglos después de los hechos que narran, y por lo tanto basados en testimonios orales o quizás en escritos perdidos o aun no encontrados. Todos ellos constituyen fuentes importantes para contar no solo la historia sino también la expansión fenicia, y que se constituyeron a su vez

en pruebas para las teorías de cronistas del Nuevo Mundo. Entre estos autores podemos destacar: Hecateo de Mileto, Píndaro, Tucídides, Éforo, Menandro de Éfeso, Apolodoro, Polibio, Ascalón, Cicerón, Diodoro de Sicilia, Salustio, Virgilio, Estrabón, Tito Livio, Veleyo Patérculo, Pomponio Mela, Plinio el Viejo, Flavio Josefo, Posidonio, Silio Itálico, Plutarco, Filón de Biblos, Arriano, Appiano, Justino, Ptolomeo, Luciano, Pausanias, Pseudo-Aristóteles, Avieno (Ribichini 1988:104 y 124; Tusa 1988:186; Fantar 1988: 179 y 181-2; Wagner 1994 y 2008:11-29; Mangas & Plácido 1998) entre otros autores clásicos.

Otras fuentes indirectas vienen constituidas por las crónicas epigráficas egipcias fechadas hacia el siglo XI a.C., así como las babilónicas y ugaríticas, relacionadas con las actividades marítimas del Levante Mediterráneo. También se debe tomar en cuenta los datos cronológicos egeos y chipriotas. Los anales asirios escritos en cuneiforme relatan la sumisión parcial de Tiro en el 701 a.C., hecho que se encuentra testimoniado en los relieves de reyes mesopotámicos (Pritchard 1958 y 1975; Baurain & Bonnet 1992:9-11). De este modo tenemos constancia de cómo, en torno a esta última fecha, las ciudades fenicias del Levante asiático habían sido sometidas por el imperio asirio. Más tarde, entre 635-610 a.C., una resistente Tiro, pero cada vez con menos territorios bajo su control, funda una de sus últimas factorías en Memphis, entonces capital de Egipto. Son años en que la urbe Tiro sufre una presión cada vez más fuerte - ahora de parte del imperio neo-babilónico de Nabucodonosor -, hasta que entre 573 y 564 a.C. son dominados prácticamente todos los puertos fenicios, cayendo Tiro en 576 a.C. (Puckett 2012:4). Su herencia se trasladará rápidamente a la pujante Cartago, en el litoral tunecino (Aubet 2009:86-87; Grass et al. 1991).

De acuerdo con los textos antiguos, esta ciudad fue fundada en 814 a.C. (Timeo; Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.*, I, 74, 1; Wagner 2000:225-227 y 2008:18), en una época en que los asirios presionaban el territorio fenicio en busca de materiales. Entre 852-837 a.C., el rey asirio Salmanasar III realizó victoriosas incursiones por el levante fenicio de oriente, obligando a varias ciudades a pagar tributos (Bondi 1988:42). Según certificaciones arqueológicas recientes, como los registros de la cueva de Gorham (lugar de culto y ofrendas) situada en el lado

oriental del peñón de Gibraltar (Gutiérrez López et al 2012) -, se comprueba que Cartago se convirtió en un nuevo centro irradiador del comercio en Occidente, con mayor evidencia a mediados del siglo VI a.C., cuando aprovechó para comerciar con los enclaves fenicios, sacando jugo a la presión asiria y luego del dominio neobabilonio sobre Fenicia. En este periodo se registra un nuevo modelo de organización comercial en esta zona mediterránea, constatándose, justamente, el avance de una organización propiamente púnica, caracterizada como hegemónica y de dominación indirecta, soslayando así el antiguo esquema de colonización tiria (Wagner 1994:7-22). El modelo púnico explicaría los nuevos flujos comerciales de plata, estaño y hierro, y de una tupida red de pequeñas factorías de salazones de pescado y de explotación de la púrpura, establecidos por los cartaginenses en el área.

Sin embargo, actualmente hay discrepancias sobre algunas fechas históricas clásicas y la cronología establecida por investigaciones arqueológicas más recientes, llevadas a cabo en la Península Ibérica meridional (Wagner 2008:11-29; Aubet 2009:14 y 37), fachada Atlántica marroquí (López Pardo 2000a y 2002; López Pardo & Mederos Martín 2008), y costa portuguesa (Arruda 2002; Domínguez Pérez; 2005 y 2006), a partir de las cuales se propone modificar fechas de actuación de los marinos fenicios en el Extremo Occidente. Estudios que, por otro lado, todavía no ha podido ubicar, por ejemplo, la llamada colonia de “Auza” - mencionada por Flavio Josefo (Ant. lud., VIII, 324) - probablemente en época de Itobaal de Tiro, y quizás en el litoral libio (Wagner 2008:23). Esta propuesta ha favorecido entre algunos investigadores cierta polémica en torno a la datación de las primeras fundaciones fenicias en el lejano Occidente, comenzando con Gadir fundada ca. 1106 a.C. (Mederos Martín 2008:43), 80 años después de la destrucción de Troya (entre 1260-1180 a.C.). Una interpretación que parte de una noticia de Veleio Paterculo (*Hist. Rom.* I, 2, 1-3). También suministran fechas aproximadas – entre 1150-1050 a.C. – para esta fundación, Estrabón (III, 5, 5), a través de informaciones de Posidonio en torno al siglo I a.C. (Wagner 2008:19), Diodoro (V, 20), y Pomponio Mela (III, 6, 46). Si bien es cierto que durante este periodo existía una crisis provocada por la destrucción causada por los Pueblos del Mar, que hizo que los

puertos del Levante fenicio quedaran en gran parte bloqueados. Mientras la arqueología ya prueba la presencia tiria en Gadir desde época arcaica, hacia finales del siglo IX a.C. (López et al. 2011:215-35; Basallote et al. 2012:179-80; Cline 2014:96 y 114:165), y también en la zona de Huelva, en torno al mismo siglo (González de Canales et al. 2006:106). Para Mederos Martín (2008), la producción de espadas en talleres de Huelva (de acuerdo con los arqueólogos Brandherm y, Burgess) comprobaría esa presencia semita entre 1150-950 a.C. Una cuestión polémica que sigue al rojo vivo y que empezó entre los historiadores y arqueólogos del siglo XX.

Aquí será necesario tener en cuenta también las interpretaciones filológicas de los mitos presentes en los textos de algunos autores clásicos (Plácido 2008:31-7) conscientes de las limitaciones impuestas por el modo en que los antiguos veían el Océano. Tal vez sea el caso de alguna parte de los registros de Herodoto, Hesíodo, Homero, Polibio y también Flavio Josefo (Caquot 1970) quien tradujo documentos fenicios al idioma griego.

Por otro lado, existe escaso registro en las fuentes clásicas de escritos atribuidos a los propios fenicios. Esto dificulta conocer de primera mano, por así decirlo, la historia de este pueblo, lo cual representa una paradoja teniendo en cuenta que a él se le atribuye la invención del alfabeto y su difusión por la cuenca mediterránea (Herodoto, V, 58, 74, 1; Plinio, *Nat. Hist.*, V, 12; Pomponio Mela, I, 12), formando la base de las actuales escrituras (Garbini 1988:86-103) que se desarrollaron en los países de Europa Occidental, después de que los griegos añadieran las vocales. Sin embargo, existe no solo una considerable cantidad de grafitos fenicios presentes, por ejemplo, en cuevas esparcidas por el Mediterráneo (Cabrero 2007:93), y que pueden ser interpretadas a tenor de nuevos hallazgos materiales, sino además una abundante epigrafía procedente de Oriente y, sobre todo, de Cartago. Las cuestiones sobre la escritura fenicia la veremos en un apartado más adelante.

Como fuente primaria se puede citar la *Teogonía* o *Historia fenicia*, en la que Filón de Biblos (s. I-II d.C.), dice haber traducido al griego volúmenes fragmentados a partir del escriba y sacerdote fenicio Sanchouniathon (o Sakkunyaton, o

Sanjunyatón, o Sankhuniatón), el cual habría vivido en Tiro antes de la Guerra de Troya. Se trata de un material compilado por el arzobispo bizantino Eusebio de Cesarea (III-IV d.C.), (Baumgarten 1981:7 y 61-2; Sanmartín 1999:10; Aubet 2009:53). La obra de Filón integrada por nueve volúmenes, de los cuales se perdieron ocho, describe el mito del origen del universo según los fenicios, extraído de antiguos documentos canónicos de los primeros templos orientales cananeos, hasta más o menos 1250 a.C. Eusebio añade que su reproducción fiel era necesaria para hacer frente a las narraciones adulteradas que la tradición griega transmitió oralmente. Otra fuente primaria sería *Cosmogonías fenicias*, obra elaborada en el siglo V d.C. por un sacerdote, en la que el autor cita tradiciones fenicias utilizando términos propios, por lo que se supone (Ribichini 1988:104 y 115) que en realidad sea una reelaboración suya.

Antecedentes de los fenicios

En cuanto al nombre del pueblo fenicio, los documentos atribuidos al poeta Homero (Harden 1985:27) y también a Hesíodo utilizan inicialmente el nombre original *phoinix* para referirse únicamente al origen de esta gente; y el derivado *phoínikes* para indicar algunas de las costumbres suyas anteriores al 1200 a.C. El origen del vocablo sería todavía desconocido y no es semítico ni fenicio (Aubet 2009:17). El término usado para nombrar la tierra de la que venían, *Phoiníke* (φοινίκη) y que correspondía prácticamente al actual territorio del Líbano, fue empleado más tarde.

Herodoto y Diodoro han contribuido en forma decisiva con informaciones sobre acontecimientos fenicios hasta prácticamente 333-332 a.C., cuando Alejandro Magno conquistó el istmo de Tiro, al parecer la última resistencia fenicia en el Levante mediterráneo. Los griegos han sido desde siempre unos observadores privilegiados de los comerciantes semitas, debido a los frecuentes contactos marítimos entre ambos pueblos por lo menos desde el siglo X a.C. (Bondi 1988:38-44; Tsirkin 1995; González de Canales et al. 2006:106). Para Homero, la raíz *phoinix* significaría “rojo púrpura” (Moscatti 1988:24) en la lengua griega de entonces, y tendría que ver con la industria característica de esa gente

mediterránea: la confección de un tinte indeleble de los tejidos, a base de un pigmento púrpura y sus variantes extraído de tres moluscos del género *murex*: *brandaris*, *trunculus*, y *thais haemastoma*, crustáceos abundantes en la costa levantina, en Laconia (Peloponeso), en el norte de África y en la costa atlántica de Marruecos, entre otros lugares, y que solía ser capturado por medio de redes durante el invierno o principios de la primavera. Su tinte, conseguido a través de un largo periodo de fermentación mezclado con otros productos y sometido a un proceso de esterilización (Mederos Martín & Escribano Cobo 2006), era ampliamente destinado al comercio de exportación y considerado artículo de lujo, tal como el marfil, el oro, la madera de cedro, los huevos de avestruz o los esclavos.

Muchos autores relacionan también la raíz *phoinix* con la tez oscura del pueblo fenicio. Finalmente, aunque hay, una serie de leyendas para tratar de explicar el origen del vocablo, también cabría preguntarse si no pudo pasar al revés, es decir, que el nombre del pueblo diera origen al nombre del molusco *murex* de color rojo púrpura, conforme sugiere Aubet (2009:18-20), basado a su vez en autores anteriores. Otra posible explicación para el término es que pueda tratarse de un significado ligado al vocablo Canaán, de origen semítico, y que es citado en textos epigráficos mesopotámicos del II milenio. Su significado en hebreo sería mercader, pero también podría significar “la sangre, ensangrentar, muerte o crimen” (ibídem: 18).

Los registros arqueológicos más antiguos de la franja costera del Levante, de finales del V milenio a.C., muestran emplazamientos neolíticos cuyos habitantes se dedicaban al pastoreo, agricultura y la pesca (Liverani 1995). Algunos de estos lugares destacarán en la producción de tejidos e hilados y se urbanizarán rápidamente, dada su situación geográfica que les permite absorber las ideas e innovaciones tecnológicas (Bondi 1988:28; Pernigotti 1988:522-31) procedentes de Egipto, Mesopotamia y norte de Siria.

Este territorio llamado Canaán abrigará las primeras generaciones de los ancestros fenicios, llamados cananeos o cananitas por ellos mismos, y también por egipcios y asiáticos. Sidón fue muy probablemente donde empezó la historia fenicia, de acuerdo con el libro de Génesis (10:15):

Capítulo 10:

15 “Canaán engendró a Sidón, su primogénito, y a Het,”

Así Canaán designa el hijo de Can (hijo de Noé) y padre de Sidón. Por ello se fijaría el origen de este pueblo en el actual territorio de Siria, Líbano y Palestina, habitada por una gente productora de lana roja (Negbi 1992:601). De hecho, en el III milenio a.C., Canaán era ya una zona geográfica marcada por un idioma diferenciado (Moscati 1988:24; Aubet 2009:20-1), de tronco semita noroccidental, y que presentaba rasgos culturales e históricos comunes con otros del mismo origen.

En la época de los cananeos los nómadas hebreos y arameos se habían asentado hacia el este, en el interior del vecino territorio sirio fronterizo al Levante. Su economía, en la Edad del Bronce Final, se distingue mayormente por encontrarse en este momento en manos del poder palaciego en contraposición al que se suele denominar sector privado, según las fuentes escritas reunidas en archivos de Ugarit (Vidal 2006:271). Esta ciudad cananea mantuvo rutas comerciales con las ciudades del Levante en medio de las que desarrollaban los pueblos mediterráneos. Otras veces se daba el caso de que manos privadas asumía su papel en este comercio, aunque la conducción del mismo permanecía bajo la política determinada por el Palacio Real, a juzgar por la cantidad de productos que se comercializaban.

Uno de los primeros registros sobre la navegación comercial cananea de que se tiene noticia en el mar Mediterráneo, está fechado hacia el 3000 a.C., según un escrito sobre una flota que parte de un puerto cananeo rumbo a Egipto. Algunas de sus ciudades, como por ejemplo la urbanizada Biblos del III milenio a.C. (Ciasca 1988:142; Pernigotti 1988:522-31), se convierten en potencias económicas a través de la exportación o importación de lino manufacturado, metales elaborados y brutos, madera, ganado, perfumes y otras mercancías, con las zonas del Egeo, Mesopotamia y Egipto. Hay también inscripciones egipcias en torno al 2600 a.C. que mencionan naves cananeas en puertos egipcios y cargados de madera y aceite. Ya durante el II milenio, los muelles cananeos parecen gozar de un significativo apogeo debido al establecimiento de colonias mercantiles (Negbi 1992; Vidal

2006:275; Aubet 2009:29 y 48-9) en la zona litoral fuera de sus fronteras, como es el caso de: Marsa Matruh en el litoral Libio; Kommos en Creta y Kitión en la isla de Chipre. Más tarde, aparecerán los templos fenicios (Martín Ruíz 2010:7) como el de Kommos, que se remonta a finales del siglo X a.C., y el de Kitión, fechado a inicios del IX a.C.

Características fenicias

Alrededor de 1200 a.C., a partir de comienzos de la Edad del Hierro, los cananeos darán lugar al pueblo fenicio, sus descendientes. De acuerdo con Negbi (1992:601) y Marín (2011:53), Homero (*Il.*, XXIII, 740-44; y *Od.*, IV, 84; VI, 290; XV, 613-19) caracterizó los fenicios como excelentes constructores de navíos y también por su dominio de la orfebrería. Utilizaba el término sidonio como fenicio, tal como se interpreta también en los pasajes bíblicos del Deuteronomio (3:8-9):

Capítulo 3:

- 8 “Así, pues, en aquel tiempo tomamos todo el país de mano de los dos reyes de los amorreos de allende el Jordán, desde el torrente ‘Arnón hasta el monte Hermón.”
9 “(Los sidonios llaman al Hermón Siryón, y los amorreos lo llaman Senir.)”

Y de Jueces (3:3; 18:7):

Capítulo 3:

- 3 “Los cinco príncipes de los filisteos, todos los cananeos, los sidonios, los hiwweos que habitaban la montaña del Líbano, desde el monte Ba’al-Hermón hasta la entrada de Hămat.”

Capítulo 18:

- 7 “Partieron, pues, los cinco hombres y llegaron a Laiš. Vieron que la población que había en ella vivía segura, a usanza de los sidonios, tranquila y confiada, sin que nadie vituperase nada en el país a quien ejercía el poder; y estaban lejos de los sidonios y no tenían relación con nadie.”

Para Aubet (2009:21), basada en lo que afirmó el bíblico Mateo (15:21-22), durante el siglo V d.C., los cartaginenses del siglo I d.C. todavía se llamaban a sí mismos Cananeos y de esa forma se sentían de alguna manera aun fenicios:

Capítulo 15:

21 “Y saliendo de allí, Jesús se retiró hacia el distrito de Tiro y Sidón.”

22 “Y de pronto una mujer cananea, salida de aquel territorio, empezó a gritar: [...]”

En cuanto a otros aspectos fenicios, debemos tener en cuenta la estrecha llanura de este litoral, el cual limitaba la disponibilidad de tierras cultivables, con la consecuente escasez de productos para atender a una población fenicia que iba en aumento (Salustio, *Bel. Yug.*, 19). A esto hay que añadir la dificultad de comunicación entre las propias ciudades fenicias costeras (Prados Martínez 2007:38), lo cual forzó como respuesta la especialización en navegación de cabotaje. Todos estos elementos hacen que la acción comercial fenicia empiece a mirar cada vez más hacia oeste, viendo el mar como un escape natural (Harden 1985).

Fue en torno al primer tercio del siglo XII a.C., cuando los renovados puertos fenicios, tras el paso de los Pueblos del Mar entre 1207 y 1177 a.C. (Cline 2014), conocerán un poderoso impulso comercial que dirigirá sus naves por diferentes rutas marinas. Momento en que emergen las características fenicias en las antiguas ciudades de esta franja costera con “evidente autonomía” (Moscati 1988:24-5), aunque para Tsirkin (1995) dichas condiciones se han dado incluso antes. Esto se debió a las consecuencias de la crisis que afectó negativamente los puertos levantinos, y que provocó la caída repentina del imperio hitita al norte, y también de la talasocracia micénica. Dicha crisis interrumpió bruscamente el comercio marítimo en estas zonas y pudo tener como causa importantes cambios políticos y sociales (Bartoloni 1988:78; Mederos Martín 2008:52; Aubet 2009:36-7) provocados por factores como terremotos, hambruna y rebeliones (Cline 2014:164-5). A su vez, pudo favorecer las posteriores invasiones o migraciones de los Pueblos del Mar en aquellas áreas, tras las cuales resultó en una descentralización económica en favor del mercado privado, que fue aprovechado por los comerciantes fenicios.

Como elementos necesarios para caracterizar el principio de la historia fenicia cabe enumerar los siguientes: la expansión comercial desde sus excelentes puertos, la invención del alfabeto y su posterior difusión por áreas del Mediterráneo, en torno al año 1000 a.C., la aparición de otras figuras divinas, el surgimiento de “nuevos elementos lingüísticos en el complejo desarrollo de los idiomas hablados en la zona” (Garbini 1988:86) y una incidencia más intensa del elemento egipcio en la artesanía. Este es el momento en que se constata también el encuentro de navegantes fenicios con los griegos.

A lo largo de su historia, las ciudades fenicias estuvieron administradas por monarquías cuya herencia se transmitía por vía dinástica, aunque no solían tener una autonomía políticamente decisiva sobre sí mismas, dadas las continuas coyunturas impuestas por las potencias extranjeras vecinas. Tal como indican algunos investigadores, que apunta a la ausencia de una zona de *Hinterland* entre estas ciudades eminentemente portuarias. La autoridad se hacía cargo, más bien de funciones sagradas y sacerdotales en el ámbito urbano (Bondi 1988:126). En cuanto a las fuerzas militares, parece que estas ciudades no las tuvieron numerosas.

Según Estrabón (III, 2, 13), fueron los fenicios, navegantes experimentados y comerciantes insidiosos siempre surcando los mares en busca de ganancias, los que hablaron al poeta Homero sobre el Extremo Occidente, más allá de las Columnas de Heracles/Hércules, incluido el propio Estrecho de Gibraltar, es decir, las Columnas de Melqart de los fenicios. Mientras que los *Anales de Tiro*, recogidos por Flavio Josefo, contienen datos de la historia de esa importante ciudad fenicia ubicada en un islote a más o menos un kilómetro de la costa sur levantina. Una historia que el autor divide en dos periodos: siglos X-VIII y VII a.C. en adelante. Su testimonio está basado, según él mismo, en “documentos oficiales redactados en lengua fenicia” (Bondi 1988:38). Tiro fue una concentración urbana fundada por gente huida de Sidón hacia el 1200 a.C., de tal modo que en el siglo IX a.C. (Ciasca 1988:148) era ya una ciudad fuertemente consolidada.

Algunos de los textos del profeta Ezequiel (26-28) redactados entre 593-571 a.C., hablan de la vinculación del mar y la monarquía tiria, al vaticinar tres oráculos

en contra de Fenicia, precisamente refiriéndose a su riqueza y también a la de Sidón, en época difícil para estas ciudades debido a presión de sus vecinos. En el tercer oráculo del profeta queda claro que la Tiro de principios del siglo VI a.C. se arroga un título divino a través de la divinidad de Melkart (28:2). Y, en otro texto (38:13), en una referencia a los mercaderes de Tarsis, muestra la importancia de dicho nombre como un lugar ligado a riquezas lejanas importadas por la ciudad levantina. También en Isaías (23:1-18) se encuentra oráculos en contra de Sidón y de Tiro o Canaán, nombres tratados por el profeta como un mismo territorio, ya que entre los siglos X-VIII a.C. el rey de Tiro era también rey de los sidonios (Aubert 2009:20). El profeta hace referencia a la riqueza de sus comerciantes y mandatarios, que fue generada en el comercio marítimo a través de las llamadas naves de Tarsis. Isaías también menciona la riqueza traída del país de *Kittim*. En cambio en Jonás (1:3) Tarsis parece representar más bien un lugar:

Capítulo 1:

3 “Pero Jonás se levantó para huir de la presencia de Yahveh a Taršiš y bajó a Jope, donde halló un navío que se dirigía a Taršiš. Pagado el pasaje del mismo, embarcó en él para marchar con ellos a Taršiš, lejos de la presencia de Yahveh.”

Lo mismo ocurre en Salmos (48:8 y 72:10) donde además de tratarlo como un lugar, aparece también como una clase de navío:

Capítulo 48:

8 “como cuando el viento del este quiebra los navíos de Taršiš.”

Capítulo 72:

10 “Los monarcas de las islas ofrecerán tributo; los monarcas de Saba´ y de Sebá´ presentarán regalos.”

Pero son principalmente los relatos contenidos en I Reyes (9:10-14, 26-28, 10:11-12 y 22-23), II Crónicas (8:17-18, 9:10 y 21), Josué (19:24-31) y Jueces (1:31-32) los que hablan de las transacciones comerciales evaluadas como excelentes e iguales entre el rey tirio Hiram I y el soberano de Israel Salomón en el siglo X. Aquél

le habría aportado a éste arquitectos, artesanos y obreros especializados fenicios, además de madera de cedro y abeto para la construcción del enorme templo de Jerusalén, a cambio de productos agrícolas como trigo y aceite. Aunque también llevó a cabo la compra de tierras hebreas por los tirios, hecho este ratificado por el texto posterior de Flavio Josefo en su *Antigüedades Judías*. A este punto, se hace necesario considerar la anterior situación geográfica establecida durante la segunda mitad del siglo XI a.C. En efecto, Tiro había conquistado por la fuerza los territorios ubicados desde sus límites costeros hasta el Monte Carmelo al sur. Así, y según propone Ruiz & Wagner (p. 107-112), la lectura bíblica se debería hacer bajo otro prisma. El Templo de Salomón, al contrario de lo que dice el texto Sagrado, podía ser en realidad una representación del poder palaciego tirio en el reinado de Salomón, quien a su vez parece haber sido un excelente diplomático, cuyo objetivo debió de ser, más que nada, conservar su poder. De modo que esas buenas relaciones entre los dos monarcas, que parecen deducirse de la “compra del país de Kabul” por Tiro a Salomón, mencionada por los textos bíblicos, testimonia más bien la potencia regional en que se constituyó la ciudad fenicia durante el gobierno de estos dos monarcas. Así Tiro aceptó pagar con 120 talentos en oro la recuperación de un territorio que ya se había anexionado. La razón para que Tiro comprara su propio territorio quizás se debió a que le saldría más barato que emprender una guerra de reconquista. Además las amistades políticas de Salomón con Egipto y con gobernantes de otros pueblos a través de matrimonios, y también su buena relación con el propio rey de Tiro, le favoreció a Salomón una solución pacífica y ventajosa en este caso.

Sobre las cronologías de los reinados de Salomón e Hiram I, y de sus empresas conjuntas, se considera que hay una gran problemática (Lipiński 1991:6) a la hora de analizarlas. Para algunos autores el reinado del rey de los hebreos data de ca. 930-913 a.C. Ya Mederos Martín (2008:55) pone el inicio del reinado de Salomón entre ca. 952-912 a.C. y el de Hiram I ca. 959-926 a.C. Debemos subrayar que para el propio Lipiński (2006), conforme anuncia González de Canales et al. (2006:115), el rey tirio habría reinado entre ca. 950-917 a.C., estableciéndose así una nueva cronología, respecto al que había considerado González de Canales et al., en su

obra de 2004 (p. 184), cuando lo puso entre 969-936 a.C., de acuerdo con un investigador anterior. En cuanto al reinado de Salomón este autor lo situó entre 967 ó 965-928 a.C. En el inicio del siglo XX algunos historiadores brasileños consideraban la temprana fecha de 980-947 a.C. para el reinado del monarca tirio y más o menos la misma para Salomón.

Geografía y productos

El territorio fenicio abarca alrededor de 200 km de costa. Al este estaba delimitado por la cadena montañosa del Líbano, cuya franja de tierra hacia el mar oscila entre los 12 y 50 kilómetros, viéndose atravesados por cursos de agua muy útiles para la agricultura, favorecida además por el clima mediterráneo. El río Orontes al norte, y el Jordán al sur, son los más importantes. En sus montañas de hasta tres mil metros de altura, crecen pinos, cipreses, abetos y cedros. Todas ellas maderas de calidad, muy apreciadas para la construcción de barcos, muebles, y casas y destinadas, también a la exportación.

De norte a sur, los núcleos urbanos de las costas fenicias hasta hoy conocidos estaban ubicados unos cerca de otros, en el siguiente orden con alguna variación en función de los últimos datos arqueológicos: Suqas (Tell Suqas o Shukshu) (Ciasca 1988:151), Antarados, Arados (Arvad, Arwad, Ruad), Amrit (Marathus), Simira, Trípoli, Biblos (Antigua Gubal o Gebal y actual Yabail), Berito (Beirut), Sidón, Sarepta, Tiro, Akziv y Acre (Akko), hasta el Monte Carmelo. Luego venían: Atlit, Megiddo, Tell Dor y Tell Mevorakh, que pueden ser considerados como lugares de influencia de Tiro durante algún periodo. En general, estos lugares estaban ubicados en pequeñas islas junto al continente o en promontorios rocosos. Siempre contaban con excelentes embarcaderos, por lo que resultaba fácil a sus habitantes defenderse en el caso de encontrarse sitiados o huir ante los ataques enemigos. Hay que tener en cuenta que a lo largo de su historia y, debido a dichas características, en algunos momentos tuvo lugar el dominio provisional de alguna de las ciudades de mayor poder comercial sobre otras de menos recursos, ya fuera debido a alguna invasión extranjera que debilitaría a más de una, o también, en el caso de otras, en función de algún acuerdo político con una potencia del exterior en

razón de beneficios económicos. Como ya se relató respecto a la frontera fenicia al sur de la poderosa Tiro, más allá del Monte Carmelo.

Las ciudades fenicias del I Milenio presentan un carácter urbano y administrativamente autónomo (Moscatti 1988:26) apoyada en la industria artesanal y en el comercio, sobre todo marítimo. El recinto de la urbe estaba amurallado, como se comprueba en el arte de las instalaciones reales asirias, precisamente en las puertas de bronce de Balawat (Salmanasar III, 858-824 a.C.) y en los relieves en que se representa la ciudad de Tiro (Senaquerib, 701-681 a.C.) (Stager 2004:182). La arqueología muestra que varias ciudades poseían una zona industrial con hornos para la producción de ánforas y vajillas cerámicas, espacios destinados a la producción de aceite y talleres para la fundición de metales y para el teñido de telas a partir del género *murex* (Bondi 1988:254). Lógicamente, existían buenos astilleros para la construcción de naves comerciales y de guerra, dado que la construcción naval constituía un oficio reconocidamente especializado de este pueblo predominantemente costero. Las industrias de salazón y de pescado (Ponsich & Tarradell 1965; Tarradell 1968:81-97; Etienne 1970:297-313) también fueron una práctica semita importante en el área del Círculo del Estrecho. El *garum* es una mezcla de sal con sangre, huevas e intestinos de pescados aromatizado con hierbas aromáticas muy apreciada en la Antigüedad. Si bien, en estas colonias de Occidente estas industrias tomaron fuerza desde el siglo VII a.C. en adelante, en época previa al ascenso comercial púnico en el área.

El análisis de importantes hallazgos arqueológicos relacionados con la cultura fenicia a lo largo de más de un siglo de investigaciones es lo que ha podido sacar a la luz considerables informaciones sobre este pueblo. Fehacientes pruebas que permiten fechar y secuenciar la presencia de este pueblo marino y comerciante por muchos puntos de la ribera mediterránea, incluyendo sus islas mayores, hasta las recientes evidencias materiales más allá del Estrecho (Tsirkin 1995; Wagner 2008) que testimonia sus actividades comerciales en el litoral atlántico de Marruecos (López Pardo 1990b y 2000a y 2002), costa atlántica portuguesa (Arruda 2002) y rías gallegas (Domínguez Pérez 2005:49-54; 2006:45-63; González-Rubial et al.

2009). En esta última área las evidencias materiales púnicas están fechadas en torno al siglo V a.C.

Encontramos así un conjunto histórico y arqueológico formado por restos de mercancías, productos manufacturados, pecios, ruinas de instalaciones como emporios comerciales, templos y monumentos, fortificaciones militares, salinas, casco urbano y restos de casas, embarcaderos, muelles, lugares de sacrificios, santuarios, material epigráfico y necrópolis (Bondi 1988:248-83). Esta última, por regla general se situaba en la orilla contraria al poblado.

A raíz de exploraciones arqueológicas, se han podido descubrir: estelas, estatuas, terracotas, relieves, pinturas, sarcófagos, cerámicas, armas, herramientas, metales trabajados, objetos de cristal y de hueso, monedas, joyería, prótomos en forma de cabeza de animales, máscaras, amuletos, peines, escarabeos, fíbulas, espejos e incrustaciones de marfil en madera. Una artesanía que abarca todos los sectores de su producción: corte, pulimiento y grabación, y que tiene una elaboración fenicia lujosa, y que a partir del siglo VII a.C. va sufrir el “fenómeno de la helenización” (Moscatti 1988:23, 284-327, 436-47, 456-63 y 512-21; Bisi 1988:328-53; Ciasca 1988:354-69; Pisano 1988:370-93; Acquaro 1988:394-403, 422-35 y 464-73; Uberti 1988:404-21 y 474-91; Guzo 1988:448-55; Bartoloni 1988:492-510), es decir, un acercamiento a valores artísticos griegos. Por otro lado, para Pisano (2009:42) la especialización de la artesanía elaborada en Chipre desarrolló un papel de “tramite essenziale e determinante nel passaggio della cultura fenicia della Oriente ad Occidente”, a partir de la contribución griega mezclada con la indígena, y bajo la hegemonía de Cartago.

Se trata de materiales que fueron producidos por los artesanos fenicios, en Fenicia, o bien por estos artesanos o los de otros pueblos no fenicios ubicados en lugares donde estuvieron justamente comerciando los semitas. Esto quiere decir, según los historiadores, que, a partir del siglo VII a.C., hay productos a los cuales se les atribuye características fenicias aunque con influencia artística helena, y otra artesanía producida en Occidente, pero con características consideradas orientales. Existe, además, una artesanía indígena con clara influencia fenicia, a la que algunos autores clasifican como arte Orientalizante (Moscatti 1988; Pisano 2009:48) que se

definiría como un “procésso di acculturazione e di reazione della società indigena per opera di fattori esterni tra i quali l’impatto fenicio”. Así es como las evidencias de materiales oriundos de centros-mediterráneos fenicio-púnicos, a través de un amplio circuito distributivo entre Oriente y Occidente, sirven a los especialistas para atestiguar y fechar las rutas marítimas fenicias por varios puntos geográficos ocupados por ellos en distintas épocas. En la Península Ibérica (Andalucía) esa interacción ocurre en una primera fase a través de la importación de los llamados bienes de prestigio.

Existe todavía una intensa discusión entre los historiadores en torno al arte considerado Orientalizante, tratando de relacionar esos hallazgos y de definir el grado de influencia fenicia en las zonas que recibieron el contacto semita a lo largo del tiempo, sobre todo en los poblados costeros de la Península Ibérica e Itálica. No hay que olvidar que existió aquí una considerable artesanía autóctona anterior ya atestiguada y también concomitante con la presencia fenicia primero, y púnica después, además de productos de otros pueblos como los etruscos y griegos. Incluso puede darse el caso de encontrar este tipo de testimonios mezclados en otros sitios arqueológicos considerados hace poco exclusivamente romanos, como ocurre en la costa de Galicia. También es preciso subrayar la propia diversidad cultural de productos fenicios traídos a Occidente, originados en distintas fábricas de la franja heterogénea del Levante Oriental. Estas dudas incluso favorecieron a algunos historiadores y arqueólogos europeos y brasileños de los siglos XIX y XX a la hora de afirmar una presunta presencia fenicia en el Nuevo Mundo, a través de supuestos hallazgos de materiales indígenas en América y considerados también como posibles pruebas de influencia fenicia.

El alfabeto y la escritura fenicia

No forma parte de nuestro objetivo el análisis detallado y sistemático de todos los ámbitos de la evolución del alfabeto y de la escritura fenicia. En primer lugar porque no es uno de nuestros cometidos proponer una nueva interpretación sobre el significado de sus signos y letras. La otra razón para prescindir de ello es más bien particular, y se debe a que ya existen decenas de investigaciones comparando

sus símbolos, tomados de las etapas históricas de este pueblo semita, con una supuesta inscripción fenicia presuntamente encontrada en el territorio brasileño: la inscripción de Paraíba. Tampoco desde el último de estos trabajos publicados ha surgido cualquier novedad como para que justifique una nueva investigación en este sentido. Sí que haremos una síntesis de la historia del alfabeto fenicio, y con la finalidad de ayudar a entender mejor la propuesta de nuestra tesis, que es dar a conocer el porqué de la existencia de una ingente literatura sobre los navegantes fenicios en el territorio brasileño.

Sabemos que la lengua oral precede a la aparición de su representación gráfica. Esta se da después de que la experiencia oral haya recorrido una secuencia básica de evolución de símbolos escritos hasta llegar a su forma más compleja, es decir, empezando por pictogramas o ideogramas (que representan conceptos o ideas abstractas por medio de dibujos simbólicos), logogramas (cuando un pictograma es utilizado para reproducir el sonido de una palabra), signos silábicos (cuando los signos adquieren valores fonéticos silábicos y pueden ser usados para formar otras palabras) y finalmente el alfabeto (creación de prefijos y sufijos fonéticos) como vehículo de comunicación más amplio que las anteriores técnicas. Una secuencia que se constata a partir de la simple observación de que, aún hoy día, todavía existen en el continente americano poblaciones con un lenguaje hablado, pero sin que esté registrada su forma escrita o, también, a partir del estudio de la evolución gráfica de algunas sociedades antiguas, cuya necesidad de registrar información les hizo crear y perfeccionar un sistema de escritura. La escritura más antigua, la cuneiforme, fue inventada por los sumerios en el área de la Media Luna Fértil hacia 3200 a.C., como resultado de la burocratización de actividades palaciegas. Luego están los jeroglíficos (ideogramas) egipcios hacia el año 3100 a.C. Podemos concluir, de este modo, que un sistema de escritura representa la visión particular del mundo en torno a la cultura de un pueblo.

En el caso de los fenicios, el hallazgo de la inscripción de Cebel Ires Dagi, similar en algunos detalles al texto semítico de Karatepe (Cilicia, Turquía), durante la década de 1980 (Amadasi Guzzo 2008:17), hará que los investigadores atribuyan a la lengua fenicia un papel cultural y de comunicación mucho más antiguo e

importante del que hasta entonces imaginaban. Este descubrimiento permitió también comprender algunos verbos utilizados por los copistas fenicios y que han sido empleados en la inscripción de Cebel Ires Dagi. Lo que llevó a Amadasi Guzzo a defender la necesidad de que los investigadores procedan en adelante con un riguroso análisis sobre las nuevas inscripciones, utilizando para ello nuevas herramientas filológicas, sobre todo las que brinden un mejor conocimiento no solo del idioma hebreo, sino también que tenga en cuenta las lenguas más antiguas anteriores al sistema de escritura protofenicia.

En efecto, la familia del sistema de escritura de los semitas parece empezar a partir de inscripciones proto-sinaíticas y proto-cananeas, puesto que ya hay noticia de su existencia a principios del II milenio a.C. (Garbini 1988:86-103; Healey 1990:17-35; Vita 2005:18-20) en un área que hoy comprende Egipto y también Siria, Líbano e Israel. Se investiga, incluso, la posibilidad de que los nuevos signos proto-cananeos se originaron en realidad a partir de algunos jeroglíficos egipcios. En cualquier caso el sistema gráfico semita sustituirá en el área del Levante asiático a la escritura cuneiforme que entonces se empleaba. Según el norteamericano John Noble Wilford (1933-), (<http://phoenicia.org/alphabet.html>. Accedido el 05/09/2015), investigaciones llevadas a cabo en comunidades semíticas que vivían en áreas del interior del antiguo Egipto, ya son capaces de afirmar que los primeros signos de este proto-alfabeto fueron dibujados por estos mercaderes antes, incluso, de que estas señales hicieran su aparición en el Levante asiático. Esta información ha sido corroborada por el investigador estadounidense Frank Moore Cross (1921-2012), quien a su vez analizó también en 1968 la supuesta inscripción de Paraíba. También se aguarda la divulgación del resultado oficial de un descubrimiento de inscripciones consideradas de ante mano, similares al sistema de escritura proto-cananeo - en un área de Egipto a 400 km de Luxor, por un grupo de investigadores de la Universidad de Yale, según una noticia publicada en el periódico estadounidense *The New York Times*, en 13 de noviembre de 1999.

A mediados del siglo XIV a.C., en la ciudad de Ugarit, se constata la presencia de una variante de la escritura cananea, plasmada en tablillas de arcilla inicialmente en el Palacio Real del monarca Niqmaddu II (donde se han encontrado más de dos

mil, desde 1929, muchas de las cuales fueron publicadas por Maurice Dunand). Pero será en torno al 1200 a.C., cuando un sistema de escritura dará lugar al que llamamos de alfabeto protofenicio (Vita 2005:7-10). En el siglo X a.C. este alfabeto se expande fuera del país fenicio desde la ciudad de Biblos. Y, tomando como base sus signos, se dará estructura a los idiomas griego, hebreo, arameo, etrusco y latín, entre otros (Healey 1990:7-16 y 42). Más tarde, y a partir del fenicio, también surgirá el púnico y luego el neo-púnico. El púnico fue hablado en zonas del Mediterráneo central a partir de Cartago, mientras que en el área Atlántica noroccidental de las colonias africanas se conservó el neo-púnico, después de la destrucción de Cartago por Roma en 146 a.C.

La propagación del idioma fenicio, está directamente relacionada con la actividad comercial, según Plinio el Viejo, un admirador de los hechos de este pueblo semita. Los comerciantes fenicios necesitaban mantener sus registros contables y para ello tuvieron que perfeccionar su escritura. Con esta poderosa herramienta, pudieron establecer acuerdos y patrones de pesos y medidas, con los cuales realizaban sus transacciones en los diversos puertos del mundo antiguo.

Tomando en cuenta su escritura cursiva, el idioma fenicio, como acabamos de mencionar, está dividido generalmente en tres categorías: fenicio propiamente dicho, púnico y neo-púnico. El fenicio a su vez se divide en dos etapas: la primera llamada “arcaica”, entre los siglos XII-VIII a.C., y la otra “reciente”, entre los siglos VII-I a.C. Lo púnico sobrevivió entre los siglos VI-II a.C., y el neo-púnico va del II a.C. hasta el II d.C.

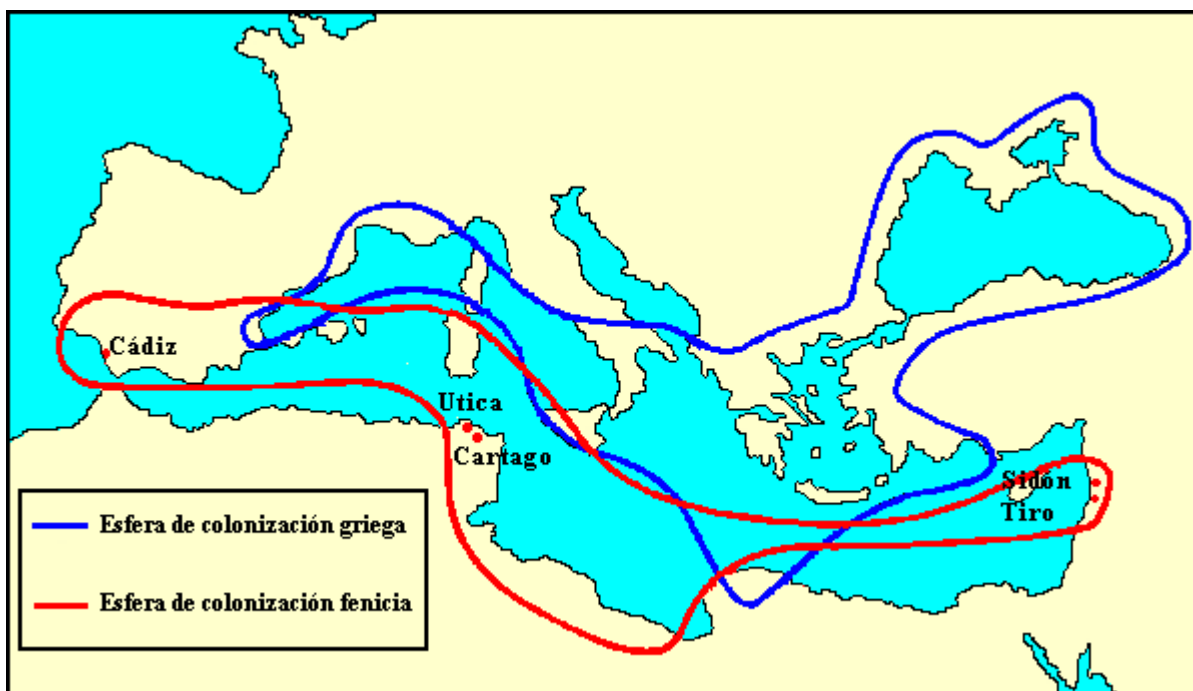


Figura 01: Áreas y puntos de contacto entre colonizadores fenicios y griegos. Fuente: <http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/punico>. Accedido el 05/09/2015.

Para los arqueólogos, la división geográfica y cronológica entre las escrituras fenicia, púnica y neo-púnica solo es útil para clasificar las inscripciones encontradas, ya que poco valor posee para distinguir entre los alfabetos. De hecho, la escritura usada en las inscripciones fenicias, púnicas y neo-púnicas está considerada estándar y no tiene desviaciones locales. En cuanto a las inscripciones púnicas y neo-púnicas funerarias, de estelas reales y votivas, fueron en su mayor parte grabadas en piedra. En la tabla inferior podemos apreciar la evolución de los signos del alfabeto fenicio en púnicos y neo-púnicos:

Evolución del alfabeto fenicio al púnico y neo-púnico						
	Fenicio		Púnico			Neopúnico
	Monumental	Cursivo	Cartago	el-Hofra	el-Hofra63	
·	𐤀 𐤁 𐤂 𐤃	𐤀 𐤁	𐤀 𐤁 𐤂 𐤃 𐤄 𐤅 𐤆	𐤀 𐤁 𐤂 𐤃 𐤄 𐤅 𐤆	𐤀 𐤁 𐤂 𐤃 𐤄 𐤅 𐤆	𐤀
b	𐤇 𐤈 𐤉 𐤊 𐤋	𐤇 𐤈	𐤇 𐤈 𐤉	𐤇 𐤈 𐤉 𐤊	𐤇 𐤈 𐤉	𐤇 𐤈 𐤉
g	𐤌 𐤍 𐤎	𐤌 𐤍	𐤌 𐤍 𐤎	𐤌	𐤌	𐤌 𐤍
d	𐤏 𐤐	𐤏 𐤐	𐤏 𐤐	𐤏 𐤐 𐤑 𐤒	𐤏	𐤏 𐤐 𐤑
h	𐤓 𐤔 𐤕 𐤖	𐤓	𐤓 𐤔 𐤕 𐤖 𐤗	𐤓 𐤔 𐤕		𐤓 𐤔 𐤕 𐤖 𐤗
w	𐤘 𐤙 𐤚	𐤘 𐤙	𐤘 𐤙	𐤘 𐤙	𐤘 𐤙	𐤘 𐤙
z	𐤛 𐤜 𐤝 𐤞	𐤛 𐤜	𐤛 𐤜 𐤝 𐤞	𐤛 𐤜 𐤝	𐤛 𐤜	𐤛 𐤜 𐤝
h	𐤟 𐤠 𐤡	𐤟 𐤠	𐤟 𐤠 𐤡 𐤢	𐤟 𐤠 𐤡	𐤟 𐤠	𐤟 𐤠 𐤡 𐤢 𐤣 𐤤
t	𐤥 𐤦	𐤥	𐤥 𐤦 𐤧 𐤨 𐤩	𐤥 𐤦 𐤧 𐤨	𐤥	𐤥 𐤦 𐤧 𐤨
y	𐤪 𐤫 𐤬	𐤪 𐤫	𐤪 𐤫 𐤬 𐤭 𐤮	𐤪 𐤫 𐤬	𐤪	𐤪 𐤫
k	𐤯 𐤰 𐤱 𐤲	𐤯 𐤰	𐤯 𐤰 𐤱	𐤯 𐤰 𐤱	𐤯 𐤰	𐤯 𐤰 𐤱
l	𐤳 𐤴 𐤵 𐤶	𐤳 𐤴	𐤳 𐤴	𐤳 𐤴 𐤵 𐤶	𐤳 𐤴	𐤳 𐤴 𐤵 𐤶
m	𐤷 𐤸 𐤹 𐤺	𐤷 𐤸	𐤷 𐤸 𐤹 𐤺	𐤷 𐤸 𐤹 𐤺 𐤻 𐤼	𐤷	𐤷 𐤸 𐤹
n	𐤽 𐤾 𐤿 𐥀	𐤽 𐤾	𐤽 𐤾	𐤽 𐤾	𐤽 𐤾	𐤽 𐤾 𐤿
s	𐥁 𐥂 𐥃 𐥄	𐥁 𐥂	𐥁 𐥂	𐥁 𐥂 𐥃 𐥄 𐥅	𐥁 𐥂	𐥁 𐥂
·	𐥆 𐥇	𐥆 𐥇	𐥆 𐥇 𐥈	𐥆 𐥇 𐥈	𐥆	𐥆 𐥇 𐥈
p	𐥉 𐥊 𐥋 𐥌	𐥉 𐥊	𐥉 𐥊 𐥋	𐥉 𐥊	𐥉	𐥉 𐥊
s	𐥍 𐥎	𐥍 𐥎	𐥍 𐥎 𐥏 𐥐 𐥑	𐥍 𐥎		𐥍 𐥎
q	𐥒 𐥓 𐥔	𐥒	𐥒 𐥓 𐥔	𐥒 𐥓 𐥔 𐥕	𐥒	𐥒 𐥓 𐥔
r	𐥖 𐥗	𐥖	𐥖	𐥖 𐥗 𐥘 𐥙 𐥚	𐥖 𐥗	𐥖 𐥗
š	𐥛 𐥜 𐥝	𐥛 𐥜 𐥝	𐥛 𐥜 𐥝 𐥞	𐥛 𐥜 𐥝 𐥞 𐥟 𐥠 𐥡	𐥛 𐥜	𐥛 𐥜 𐥝
t	𐥣 𐥤 𐥥 𐥦	𐥣 𐥤	𐥣 𐥤 𐥥 𐥦	𐥣 𐥤 𐥥 𐥦 𐥧 𐥨 𐥩	𐥣 𐥤	𐥣 𐥤 𐥥 𐥦

Figura 02: Tabla de evolución del alfabeto fenicio hacia las formas púnicas y neo-púnicas. Fuente: <http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/punico>. Accedido el 05/09/2015.

En la tabla de abajo podemos observar los símbolos del alfabeto fenicio, considerando que empiezan de derecha a izquierda y de arriba a bajo:

										
kaph	yōdh	tēth	ḥēth	zayin	wāw	hē	dāleth	gīmel	bēth	'āleph
palm	hand	good	wall	weapon	hook	window	door	camel	house	ox
k	y	t	ḥ	z	w	h	d	g	b	'
[k]	[j]	[tʰ]	[ħ]	[z]	[w]	[e]	[d]	[g]	[b]	[ʔ]

										
tāw	šin	rēš	qōph	šādē	pē	'ayin	sāmekh	nun	mēm	lāmedh
mark	tooth	head	eye of needle	papyrus	mouth	eye	fish	serpent	water	goad
t	sh	r	q	š	p	'	s	n	m	l
[t]	[ʃ]	[r]	[q]	[sʰ]	[p]	[ʔ]	[s]	[n]	[m]	[l]

Figura 03: Los símbolos-fonéticos fenicios, con sus respectivos nombres de efecto mnemónico, relacionados a objetos y sus correspondencias con las letras latinas.
<http://www.omniglot.com/writing/phoenician.htm>. Accedido el 05/09/2015.

Se baraja la hipótesis de que los símbolos púnicos han servido para influenciar señales pertenecientes al dialecto hablado entre los habitantes de Tartessos, y también en los utilizados por algunos pueblos del norte de África, a tenor de las transacciones comerciales entre fenicios, púnicos y estas poblaciones. Podemos comparar, a simple vista, todos estos símbolos referenciados en la tabla inferior:

Relación del alfabeto púnico con los alfabetos líbicos e ibéricos						
Valor fonético	Púnico	Líbico		Ibérico		
		Antiguo	Tifinagh	Septent.	Meridion.	Tartésico
·	ⵏⵐⵓⵔ	ⵉⵎⵓ	·	ⵔⵔⵔⵔ	ⵏⵏⵏ	(N)
b	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ			ⵔ
g	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔ(?)
d	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔ	ⵔ	ⵔⵔ
h	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	
w	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔ	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ
x	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔ	ⵔⵔ	
h	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔ
t	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	
y	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	/
k	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ
l	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔ	ⵔ	ⵔⵔⵔ
m	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	(?)
n	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔ	ⵔⵔⵔ	/
s	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ			ⵔⵔⵔ
·	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	
p	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔ
s	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	
q	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	
r	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔ	
š	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔ
t	ⵔⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ	ⵔⵔⵔ
ca(ø)		ⵔ	ⵔⵔ	ⵔⵔⵔ		
ce				ⵔⵔⵔⵔ		
du				ⵔⵔⵔ		

Figura 04: Correspondencias que se quieren establecer entre los sistemas de escrituras púnico, líbico y tifinagh (África septentrional) e ibérico (tartésico). Es posible que entre ellos haya una relación alfabética. Fuente: <http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/punico>. Accedido el 05/09/2015.

La idealización del primigenio alfabeto por los primeros semitas a partir de los complicados sistemas egipcios y mesopotámicos, trató de adaptar ese nuevo modelo lingüístico como un instrumento simplificado, que entonces debió de ser casi una “escritura taquigráfica”, según opina Juan Antonio Cerpa Niño (www.historiayarqueologia.com. (2013). Accedido el 05/09/2015). Hacia el 1000 a.C., se usaban en Biblos 23 signos que designaban consonantes desde la B a la W, algunas de las cuales no figuran en nuestros modernos idiomas. Aunque entre los signos que representaban las consonantes del idioma fenicio no existían vocales, “si se juntaban estos signos formando palabras, por el sentido podían deducirse las vocales omitidas”, concluye el referido autor. En esta misma época, o algo más tarde, se inventaron también nombres para las letras. Unas descripciones que no correspondían al valor fonético de estos símbolos reunidos, sino que probablemente sólo servían de ayuda mnemotécnica. Así, tenemos que la primera letra del alfabeto fenicio se llamaba *aleph*, la cabeza del buey, un símbolo pictográfico que servía para designar el sonido y la letra con el que empezaba este sustantivo, la segunda, *beth*, significa la casa, y la tercera, *daleth*, la puerta. Los fenicios no conocieron la “c”. Tal es el origen de las letras griegas alfa, beta, delta y de las latinas a, b, y d.

El alfabeto fenicio, a partir de las primeras tablillas de Ugarit (la actual Ras Shamra) entre XIV-XII a.C., pasó entonces a los contratos comerciales. Constaba de 22 signos consonánticos sin vocales, usualmente sin espacios, separando las palabras en las frases, sin puntos, y escribiéndose de derecha a izquierda. De la misma forma el sistema de escritura neo-púnico, desarrollado entre los siglos II a.C. – II d.C., es consonántico, y el sentido de la escritura es igualmente de derecha a izquierda y sin casi espacios entre las palabras. Ugarit era una ciudad donde había un flujo constante de mercaderes que hablaban varias lenguas. El sistema de escritura fue entonces perfeccionado, y se creó el significado para la letra “S”, además de símbolos que intentaron contemplar el sonido de algunas vocales. Las cerca de dos mil tablillas encontradas, contienen textos épicos, míticos, rituales, cartas, documentos jurídicos y ejercicios escolares entre otras clases de informaciones. Mientras tanto, con la destrucción de esta ciudad por los Pueblos

del Mar, el idioma fenicio tal como lo conocemos, adquirió importancia más allá de sus fronteras, convirtiéndose en vínculo de los mundos considerados “civilizado” y “bárbaro” (Aubet 2009:15) del Mediterráneo Antiguo, y diferenció, por ejemplo, entre los que hablaban el griego y los que no lo entendían, tal como también hicieron los egipcios (Herodoto, II, 158) con su propia lengua.



Figura 05: Inscripción púnica procedente de una tumba. Su traducción significa: “Tumba de Shibbolet, mercader de la ciudad”. “Fuente: <http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/punico>. Accedido el 05/09/2015.



Figura 06: Fuente: <http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/punico>. Accedido el 05/09/2015.

El conocimiento sobre la génesis del idioma fenicio se debió a algunos importantes descubrimientos arqueológicos. Entre ellos, el hallazgo que se produjo en 1905 cerca de Sérabit el-Khadim – península del Sinaí -, en una mina de turquesas explotada por obreros cananeos. Aquí se encontraron unas tabletas de piedra, partidas en trozos, que contenían signos pictográficos de una escritura considerada desconocida, formando símbolos individuales juntos, a modo de letras. Lo descubrió el arqueólogo inglés William Matthew Flinders Petrie (1853-1942) aunque fue su paisano, Alan Henderson Gardner (1879-1963), quien lo descifró durante la I Guerra Mundial, al definir que los signos individuales no eran símbolos

de palabras o silábicos, sino símbolos fonéticos. Se trata de la más antigua aplicación conocida del alfabeto, realizada por los protofenicios hacia el año 1500 a.C., según informa Cerpa Niño. Mientras tanto, la certificación de la relación directa entre el sistema proto-cananeo y el fenicio sólo se establecería en 1953 a tenor de nuevos hallazgos de esta clase de epigrafía, sumados a los conocimientos que se habían adquirido en campañas arqueológicas norteamericanas anteriores en el Próximo Oriente, entre 1927 y 1935. De todos modos, y según Vita (2005:15), “la conjunción efectiva de la lengua fenicia y escritura alfabética cuneiforme se da, en efecto, en una inscripción hallada en 1972, en Sarepta”, muy cerca de Sidón. La inscripción fenicia más antigua conocida es la del sarcófago de Ahiaram, del 1100 a.C., recuperada en Biblos.

En Ugarit, los arqueólogos encontraron un verdadero silabario anterior a 1200 a.C., (las excavaciones realizadas por arqueólogos franceses en el área siguen desde 1999) que contenía todos los signos de un alfabeto completo. Parece ser que sus habitantes habían reducido el número de caracteres desde los más de treinta originales a veintidós, como vemos en la tabla de abajo, y además lo simplificaron considerablemente en comparación con los signos descubiertos en la referida epigrafía encontrada en las arenas del Sinaí.

Escritura monumental fenicia (siglos IX-VIII a. C.)								
Valor	Tell-Fekerye	Kilamuwa	Zakur	Hadad	Sfiré	Karatepe	Panamuwa	Bar-Rakib
·								
b								
g								
d								
h								
w								
z								
h								
t								
y								
k								
l								
m								
n								
s								
·								
p								
s								
q								
r								
s								
t								

Figura 07: En cada columna contamos 22 señales de arriba a bajo, y en cada línea podemos ver el mismo símbolo, pero encontrado en 9 inscripciones diferentes. Fuente: www.historiayarqueologia.com. Accedido el 05/09/2015.

Según Cline (2014), hay actualmente un debate en torno al significado de algunas palabras, consideradas propias (nombres de ciudades y países), observadas en el sistema de escritura conocido como Linear B (hallada en 1939), y que todavía está pendiente de completa traducción. Sobre todo lo relacionado con el origen de algunos términos presentes en las inscripciones halladas en las ciudades de Pylos y Knossos. Según el arqueólogo (p. 88-9) “There are names that seem Egyptian in origin but may have come via Canaan, namely, *mi-sa-ra-jo* = ‘Egyptian’ and *a3-ku-pi-ti-jo* = ‘Memphite’ or ‘Egyptian’. The former term, *mi-sa-ra-jo*, apparently comes from the semitic word for Egypt, *Misraim*, more commonly found in Akkadian and Ugaritic documents in Mesopotamia and Canaan”. El autor

menciona aún los vocablos *Pe-ri-ta* (hombre de Beirut), *Tu-ri-jo* (hombre de Tiro) y *po-ni-ki-jo* (que podría significar hombre o pimienta).

En cuanto a los numerales utilizados por los comerciantes semitas (Healey 1990:60), estos fueron contruidos a partir de la combinación de cuatro elementos: 6, 7, 8 y 11. Y tal como las letras, los números son escritos de derecha a izquierda. Para entender como registraban cantidades, ponemos como ejemplo el número absoluto 153, que estaba formado por los fenicios del siguiente modo: $100 + 20 + 20 + 10 + 1 + 1 + 1$. Los dígitos 1, 2, 3 equivalían a I, II y III respectivamente, pero no había representación propia entre el 4 y el 9. Estos se formaban con las siguientes sumas: $I + I + I + I = 4$, $III + II = 5$, $III + III = 6$, $III + III + I = 7$, $III + III + II = 8$ y $III + III + III = 9$. Y lo mismo para representar las cantidades del 11 al 19. Para registrar 30, por ejemplo, se utilizaba el $20 + 10$. El 80 se conseguía mediante las sumas $20 + 20 + 20 + 20$, y el 200 bastaba con $2 + 100$.

Los griegos durante mucho tiempo llamaron a su alfabeto *phoinikia grammata*, compuesto en realidad de caracteres fenicios. Al parecer los contactos entre estos comerciantes marítimos, sobre todo entre fenicios y los griegos habitantes de las islas donde se realizaban encuentros comerciales, fue lo que impulsó inicialmente la divulgación del alfabeto fenicio, según Herodoto (V, 58-61). De modo que a partir del siglo VIII a.C. los griegos ya utilizaban esta escritura en la literatura.

Hasta la década de 1990, se conocían alrededor de diez mil textos fenicios. La mayor parte de las inscripciones están grabadas sobre piedra, metal y cerámica (Krings 1995:19 y 25-8). Como vimos, la forma de los caracteres alfabéticos fenicios está dividida básicamente en dos: arcaica y reciente, y variando cada una de acuerdo con la región y época. Eso se debió, como ya se ha dicho, a que los navegantes fenicios difundían sus costumbres maríneas y prácticas comerciales entre los pueblos con los que mantenían frecuentes intercambios. Como resultado, el idioma fenicio empezó a ser hablado para solventar dichas cuestiones entre los imperios egipcio y asirio, así como también entre judíos y persas, quienes en muchas ocasiones, utilizaban las facilidades de navegación fenicias, es decir, conocimientos geográficos o la técnica en la construcción de sus barcos para lograr desplazarse por la cuenca mediterránea. En Gadir, se ha comprobado el empleo

de la escritura por parte de su población entre los siglos IX y VIII a.C., siguiendo unos modelos epigráficos fenicios arcaicos (López et al. 2011:215-35; Basallote et al. 2012:180), similares, según López Pardo, a otros existentes en la antigua isla de Mogador.

Se trata de unos grafitos que a primera vista nosotros también juzgamos similares a algunas señales epigráficas observadas en dos piedras que dos periódicos de Brasil señalaron como de escritura presuntamente fenicia, y que fueron encontradas en una rica zona minera de Brasil (Estado de Minas Gerais) durante la década de 1970 (Figuras 38 y 39). Pero tampoco sabemos si al día de hoy se han producido dataciones científicas sobre dichas piedras.

En este sentido, un dato que nos parece muy importante para nuestro trabajo es el hecho de que varios arqueólogos consideren que el antiguo idioma hebreo no es más que una variante del cananeo, es decir, del idioma fenicio. Este dato podría explicar el hecho de que algunos eruditos religiosos europeos del siglo XVI, y luego los eruditos brasileños del siglo XIX, basados en los textos del Antiguo Testamento, hayan insistido fuertemente en la similitud de las lenguas indígenas con el idioma hebreo a la hora de defender la teoría de los fenicios en el Nuevo Mundo. Incluso, no ha faltado quien haya querido explicar el origen de los dialectos hablados por los indios en la hipótesis de la visita de las Tribus Perdidas de Israel. Esta suposición, juntamente con las referidas piedras mencionadas en el anterior párrafo, además de la inscripción de Paraíba, será analizada por nosotros precisamente en la 2ª Parte de este trabajo.

Algunas inscripciones

El descubrimiento de la “Estela de Nora” (57 x 105 cm) en Cerdeña (Acquaro 1988:214) fue la inscripción fenicia conocida más antigua del Mediterráneo occidental por lo menos hasta mediados del siglo XX. Hallada en 1773 en buen estado de conservación, sus ocho líneas fueron publicadas en Europa en 1835 y, se piensa que es parte de una larga inscripción perdida (Gibson 1982:25-8), que parece conmemorar la edificación de un templo en la isla entre 830 y 730 a.C.

Para Lipiński (2004:234) el término *b-tršš* es el que debe ser leído en la inscripción y significa Tarsis. Mientras que para otros investigadores (Albright 1961:346-7), la interpretación del término Tarshish mencionado en la inscripción puede referirse tanto a Tarsos en Cilicia, como a Tharros en Cerdeña o incluso a Tartessos en el oeste de España. El hecho es que, para la mayor parte de los estudiosos se trata realmente de una evidencia fenicia en Cerdeña. Existe también la interpretación mítica en la que se considera a Nórax, un fenicio procedente de Tartessos, como el fundador de Nora. Según González de Canales (2006:121), parece ser que en época púnica ya se usaba la referida palabra para indicar los habitantes de la Península Ibérica. Mientras que para Moret (2002:257-76) el término indica que podría situarse en África.

Años después del descubrimiento de la Estela de Nora se encontró otra inscripción con dos líneas, que se conoce con el nombre de “Fragmento de Nora”. Pese a que ambas parecen registrar la presencia semita en la isla, sus contenidos, según Negbi (1992:609), “unfortunately, however, the original contexts of these monuments are unknown and their dating is based mainly on palaeographic criteria”. Aun así, este último autor piensa que los marinos fenicios ya conocían la isla durante la segunda mitad del siglo X a.C.

En todo caso, la discusión arqueológica y filológica en torno a la Estela de Nora, ya durante el siglo XIX, parece haber servido de base, como una especie de modelo, junto a otros materiales también considerados fenicios, para la falsificación de una inscripción supuestamente encontrada en Brasil en 1873 y atribuida a fenicios, la llamada Inscripción de Paraíba, de la que hablaremos en otra parte.

Náutica

Pese a que detallaremos las cuestiones náuticas relativas a los barcos fenicios en otro apartado, adelantaremos aquí alguna información general. Las embarcaciones fenicias fueron mayormente el vehículo de transporte de sus productos distribuidos en la cuenca mediterránea y fachada atlántica Ibérica y africana. Así, no solo el estudio de los progresos alcanzados por este pueblo en la construcción naval durante finales del II Milenio, sino también algunas técnicas

náuticas posteriores, son datos importantes a tenerse en cuenta para aquilatar la posibilidad de que hubieran podido cruzar el Atlántico o el Índico con sus buques de carga menos ligeros que sus naves de guerra. En este sentido, el rescate de pecios fenicios ha contribuido a la investigación de dicha posibilidad náutica, y poder descifrar el origen de varios productos artesanales que han ayudado a esclarecer rutas de estos marinos.

Religión

Los fenicios eran politeístas, y tenían la costumbre de erigir estelas votivas en sus colonias y puertos de gran desarrollo económico y cultural (Ribichini 1988:118), como también santuarios en puntos de recalada. En sus importantes colonias como Lixus (Plinio, *Nat. Hist.* XIX, 63 y; XVI, 40, 216), Gadir y Malta, existían templos dedicados a Astarté, la protectora de los navegantes, y también a Melqart, el Dios de Tiro. Uno de sus objetivos era celebrar la ocupación comercial del espacio indígena, tal y como hicieron posteriormente los portugueses del siglo XV en sus escalas de navegación a lo largo del litoral occidental africano (Aubert 2009:303-4) en señal de conquista del área. Y el estudio de esas deidades ha servido no solo para detectar los intereses económicos subyacentes entre esas colonias y la autoridad palaciega tiria, sino también para cotejar, a lo largo del tiempo, las relaciones entre las propias colonias fenicias, calcular el poder regional de Gadir o Cartago y las influencias ejercidas de unas sobre otras (Martí-Aguillar 2014). También sirven para indicar sus fechas fundacionales. Se piensa que la tranquilidad del mar que rodea a Gadir contribuyó a que fuese este puerto elegido por los fenicios para controlar el paso a la zona del Círculo del Estrecho (Puckett 2012:65) y hacia las colonias atlánticas de la costa portuguesa y africana.

Cuando una colonia comercial o factoría fenicia era establecida en lugar lejano, se le dotaba de una estela votiva, y se edificaba un templo que también servía como lugar sagrado para sus transacciones comerciales con la población indígena. Esta actitud parecía garantizar la protección de los mercaderes contra el pillaje o robos, por estar supuestamente bajo protección divina. El templo y el palacio estaban íntimamente ligados el uno al otro.

Fenicio - púnico

Un aspecto didáctico que debemos subrayar sobre los lugares considerados fenicios son los términos utilizados por los historiadores para calificarlos en el tiempo, espacio y también de acuerdo con su utilidad. Se suelen emplear las siguientes denominaciones: enclave, emporio comercial, factoría, asentamiento, colonia, ciudad y puerto. Lugares en que algunas veces se veían obligados a compartir el dominio meramente comercial con los griegos. Estos eran sus principales competidores en el comercio marítimo durante el I milenio A.C. (Fantar 1988:186-200), y habían fundado colonias de asentamiento basadas en la agricultura por el Mediterráneo central, Italia y parte oriental de Sicilia, si bien es cierto que los fenicios fundaron en esta misma isla (Tucídides VI, 2, 6; Tsirkin 1995:63) sus emporios comerciales sin interés territorial antes incluso que los griegos.

En general, los historiadores modernos utilizan el término “fenicio” para designar a este pueblo a partir del 1200 a.C. Algunos investigadores utilizan el término para designar no solo los habitantes ubicados en la zona del Levante mediterráneo, sino también para indicar el flujo de este pueblo hacia sus colonias situadas en puntos del Mediterráneo Central y Extremo Occidente, por lo menos desde el siglo IX hasta el VI a.C., cuando el imperio neo-babilónico quita la escasa autonomía existente en el último puerto fenicio del Levante oriental, Tiro, y dejando a sus colonias de Occidente desasistidas. Esto hace que el pueblo púnico de Cartago pase a ejercer su propia influencia cultural, e incluso auxilie militarmente a las demás colonias localizadas justamente en el área central y lejano Occidente, en sus relaciones con los nurágicos. Púnico sería así una adaptación latina del fenicio, término utilizado por los romanos al tiempo que los cartaginenses (Moscatti 1988:16) mantuvieron contacto con ellos.

Diáspora

Para explicar el temprano protagonismo fenicio hacia el Extremo Occidente se han tenido en cuenta varios factores como ya comentamos parcialmente. Uno de

ellos, citado más frecuentemente, es la búsqueda de metales. Otro elemento sería la falta de recursos agrícolas imprescindibles para alimentar a una población que iba en aumento en el Levante asiático, y que encontraba dificultades para el sustento a causa de la poca anchura de su llanura litoral (Harden 1985). Un espacio cultivable, pero limitado por montañas boscosas. Otro factor añadido es la situación geopolítica de Fenicia, que se veía acorralada en su área de expansión por los imperios hitita al norte, egipcio al sur y los poderosos asirios y babilonios a este. Lógicamente, no se puede menospreciar el beneficio económico que saca de sus actividades comerciales marítimas, atendiendo a la demanda de dichos imperios, lo cual sería de por sí una razón suficiente para que los semitas intentaran buscar cada vez más lejos potenciales mercados. Razones lógicas de una salida más que natural de los fenicios hacia el mar. Además de otras razones que iremos mencionando, conforme varios historiadores.

Los efectos de esa Diáspora han sido incluso objeto de una reciente y compleja investigación científica llevada a cabo para identificar un patrón genético geográfico de los fenicios, supuestamente presente en varias regiones asociadas a la documentación histórica de dicha expansión por la cuenca mediterránea (Zalloua & Platt 2008). El método se basó inicialmente en los genes de las poblaciones humanas esparcidas desde el Crescente Fértil, en torno al VIII milenio a.C., hacia el Levante y luego en dirección a oeste por medio de los marinos fenicios. La hipótesis es que existiera un grado de influencia del cromosoma masculino “Y” de los hombres fenicios (encontrado en sus descendientes en el actual Líbano y regiones vecinas), en las poblaciones actuales de los antiguos asentamientos y colonias fenicias. Resultantes de una herencia genética que podría estar representada en mayor o menor grado en dichos puntos. Para ello fueron utilizados por lo menos dos criterios: la comparación con los descendientes griegos en el mismo tiempo y espacio geográfico, y también, los distintos sucesos históricos que sufrió el área geográfica a lo largo del tiempo. El objetivo fue en buena parte alcanzado cuando los resultados de dicha investigación - publicada por la “The American Society of Human Genetics” -, confirmaron esa influencia genética semita en los lugares de actuación fenicia comprobados previamente por la arqueología, al

presentarse efectivamente estos rasgos humanos antiguos entre la actual población del área analizada.

A grandes rasgos, el pueblo fenicio tuvo por lo menos tres características principales: nuevas rutas de navegación, el desarrollo del comercio, y la difusión del alfabeto. Dado que probablemente surcaron también el mar Rojo (Eritrea) (Koch 2003), puede que hayan llegado a navegar por el Océano Índico. Lo que, a su vez, les podía haber llevado no solo a conocer parte de la costa africana oriental, sino el litoral occidental de la península Arábiga, e incluso llegar al subcontinente indio como quieren algunos historiadores, aunque esto es de momento especulación histórica, según los autores que referenciamos. En todo caso, los periplos fenicios, el recorrido por el mar Rojo y las mercancías tropicales que desde algún punto traían sus naves, servirá a los eruditos y “cronistas bíblicos” de la Edad Moderna como un poderoso mito literario (Littleton, 2004) a la hora de explicar el poblamiento del Nuevo Mundo.

1.1.2) EXPANSIÓN MEDITERRÁNEA

Rutas marítimas

En la Protohistoria de la Península Ibérica, la cronología de la ocupación fenicia es uno de los puntos más debatidos de cara a comprender las repercusiones y amplitudes de esa presencia (Wagner 2008; Toscano & Balensi 2009) sobre sus comunidades de la Edad del Bronce. En su territorio la arqueología viene ofreciendo significativos avances respecto a la denominada Diáspora fenicia hacia el entonces lejano Occidente, al conseguir, entre otros logros, cuadrar nuevas evidencias materiales con algunas fechas fundacionales de asentamientos semitas proporcionadas por los textos clásicos.

Se trata de un proceso de transferencias culturales entre Oriente y Occidente entendido como dinámico, y que en el territorio peninsular está conociendo significativos avances. Una discusión académica que encuentra firmes pilares cuando se comparten datos de importaciones orientales presentes en los sitios arqueológicos Ibéricos adscriptos a la evolución histórico-arqueológica del Próximo Oriente, a su vez aun en revisión, el que por otro lado dificulta las certezas sobre algunas dataciones.

Existe una cronología verificada entre 1985-86 durante las excavaciones del estrato III del sitio arqueológico de Tell Abu Hawan en territorio levantino asiático, y que hace coincidir el inicio de la expansión fenicia hacia Occidente no más allá del 759 a.C., conforme opinión compartida por unos pocos investigadores (Jiménez 2011:78). En cambio, la mayor parte de los arqueólogos e historiadores actuales coinciden en que esa Diáspora hacia el oeste correspondió a un período iniciado a comienzos del siglo XII a.C., desde Chipre hacia esta dirección (Negbi 1992; Tsirkin 1995:79; López Pardo 2000b:23; Wagner 2008:17; Basallote et al. 2012:179-80), y que duró aproximadamente hasta mediados del siglo VI a.C. Este proceso se caracterizó, en líneas generales, por la colonización comercial semita que siguió a su afán exploratorio (López Pardo 2008:51) en la cuenca mediterránea y en el propio Extremo Occidente. Los navegantes frecuentaron inicialmente estos lugares, para, posteriormente, poblar sistemáticamente puntos de estas orillas incluidas las

fachadas atlánticas Ibérica y africana. Lo que parece estar evidenciado materialmente es que en el siglo IX a.C., por primera vez en la historia de la navegación (Mauro 2014b:48), un pueblo navegante, los fenicios, ocupó este amplio territorio para establecer el comercio del Mediterráneo con el Atlántico.

Esta empresa fue impulsada (López Pardo 1990b; 1994; 2000a; y 2002; López Pardo & Mederos Martín 2008; Wagner 2008:11) en un principio por navegantes ajenos al ámbito del palacio, y luego, por la élite monárquica sobre todo de Tiro. Posteriormente se produjo un flujo de colonos fenicios occidentales que trató de fundar nuevos asentamientos en puntos todavía más occidentales alrededor del llamado Círculo del Estrecho, a partir de las primeras colonias tirias.

Es posible que los marinos fenicios y púnicos estuviesen también alguna vez en las llamadas islas Casitérides (Estrabón, III, 5, 11), probablemente las islas Británicas, según se puede deducir del relato del periplo de Himilcón (Avieno, O.M.) y también en el de Piteas de Marsella (Medas 2004:137-8; Guerrero Ayuso 2008:69). En este contexto cabe añadir el reciente descubrimiento de una moneda púnica (300-264 a.C.) (<https://www.facebook.com/cefyp?fref=ts>. Accedido el 14/05/2015) encontrada en excavaciones en un contexto asociado a rutas comerciales Antiguas. El hallazgo se produjo en la localidad inglesa de Saltford, entre Bristol y Bath, según el arqueólogo David Matting, (*The Daily Mail*), profesor de la University of Leicester.

Se sabe que los marinos chipriotas, egeos y ugaríticos antecedieron a los navegantes fenicios en el área del Mediterráneo Central, y que ya habían visitado la zona del Estrecho de Gibraltar en torno al siglo XIII a.C. (Mederos Martín 2005:36; Wagner 2008:17 y 21; Aubet 2009:43). Muy probablemente fueron aquellos navegantes los que informaron a los fenicios sobre la existencia de metales más allá de las islas Sicilia y Cerdeña, en donde parece que habían estado los primeros alrededor del siglo XIV a.C. (Jiménez 2011:74) conforme escasos vestigios materiales existentes. De todos modos, son los navegantes fenicios los que están considerados pioneros de un modelo de explotación y colonización, organizado (Bartoloni 1988:72; Blázquez Martínez et al. 1999) desde principios del primer milenio a.C., y que se concretó en forma de asentamientos y colonias en las islas y en las orillas de Europa y África.

A partir de estos datos, se plantea la posibilidad de que haya habido una red interregional de redistribución de recursos y materias primas por lo menos durante el siglo X a.C., la cual incluso solapó un comercio autóctono marítimo preexistente (Puckett 2012:6) en el Extremo Occidente. En el caso del Círculo del Estrecho, Gadir funcionó como uno de estos polos, desde el cual se justificaría, por ejemplo, la existencia de Lixus, distante unos 100 km, es decir, un día de barco.

En cuanto a los detalles de los desplazamientos marítimos semitas, se han detectado por lo menos cuatro probables rutas entre Tiro y Gadir, entre las cuales había dos principales (Ruiz de Arbulo 1991:79-115): La más corta, de alrededor de 4 mil Km (Alvar Ezquerro 2003), y otra más larga, de unos 4600 Km (Díes Cusí 2004:64). Ambas eran surcadas por distintas clases de embarcaciones durante los frecuentes viajes de ida y vuelta hacia el Océano Atlántico. La elección de una u otra no solo dependía de si la travesía la hacía un solo barco o si se trataba de una flota, sino que la ruta elegida dependía de la estación del año, lo que hacía variar el trazado en función de los cambios de dirección del viento (Puckett 2012: 51-5).

La primera escala de una flota comercial fenicia viajando desde la próspera Tiro hacia el Atlántico, tenía lugar probablemente en su colonia de Kition, en la costa meridional de la cercana Chipre, a unos 100 km, después de dos o tres días de navegación con apenas viento. La presencia de elementos fenicios en esta isla está registrada por lo menos desde el siglo IX a.C. (Bikai 1987:58-69; Bondi 1988:258). Negbi (1992:605 y 611) y López Pardo (2000a) creen incluso que se podría pensar en los siglos XI-XII a. C. Basan su hipótesis en enterramientos infantiles aquí encontrados, como prueba de que una crisis acaecida en el siglo XII a.C. provocó el éxodo de gente levantina hacia puntos de dicha isla. Desde sus yacimientos hacia el interior, Chipre será durante mucho tiempo el principal suministrador cuprífero de Oriente Próximo. Según Mederos Martín (2008:53), la flota fenicia recalaba después en la isla de Tera (Herodoto, IV, 147) y Melos (Tucídides, VI, 112) en las Cícladas, esta última fundada hacia 1116 a.C. Más adelante se intuye que podían recalar algún puerto de la isla de Rodas (Tucídides, II, 69, 1; Tsirkin 1995:63) también conocida como Dodamim, a la que podrían llegar después de aproximadamente cinco días de navegación (Mauro 2014b:35). Desde aquí la flota

giraba hacia el noroeste para alcanzar su colonia de Itanos (Moscatti 1988:44-9) en la isla de Citera o Creta. A partir de aquí, las embarcaciones singlaban el mar Jónico hasta llegar a sus asentamientos centro-occidentales en Malta (Aubet 2009:203), en trece o catorce jornadas de navegación en el Mediterráneo central, para luego alcanzar sus colonias situadas en el litoral oeste-meridional de Sicilia. Aquí destacaba la de, Motya, con aproximadamente 15 mil habitantes durante el siglo VI a.C. (Martín Ruíz 2010:7), localizada en un islote cercano a la costa más occidental, y conectado a Sicilia a través de un camino actualmente sumergido. Tenía dos asentamientos al norte, los cuales suministraban granos: Palermo y Solunto (Moscatti 1988:190). De Sicilia navegaban hacia las del litoral suroeste de Cerdeña. Aquí los comerciantes semitas recogían cobre, plata y grano en sus colonias de Cagliari, Nora, Sulcis, Monte Sirai, Tarros y Bithia. Recientes estudios sobre sitios nurágicos de la edad del Bronce Final retrotraen la presencia fenicia en algunos de estos asentamientos al inicio del siglo IX a.C. (Torres et al. 2005:192), tiempos después del fin del comercio micénico. Después de visitadas sus colonias en Ibiza tras aproximadamente 24-31 días de navegación desde Fenicia (Mauro 2014b:39), las embarcaciones ponían rumbo a la costa meridional española, también poblada de sus asentamientos (Schule 1970:449-62; Ruiz de Arbulo 1991 y 1997:519). A partir de este momento, parece ser que los barcos iniciaban la navegación de cabotaje, a fin de poder superar las condiciones de viento y corrientes marinas adversas del Estrecho hasta llegar a Gadir (Mauro 2014c). Lógicamente, los marinos aprovechaban para comerciar con los numerosos enclaves fundados en esta franja. Una vez en Gadir, se iniciaba la ruta oceánica en dirección al asentamiento de Lixus y la factoría de Mogador (quizás Islas Purpurarias), distante setecientos kilómetros del Estrecho, y enfrente de la desembocadura del río Ksob en el litoral Marroquí.

Durante el siglo XIX y mediados del XX los historiadores creyeron que las denominadas islas Purpurarias podían estar emplazadas inicialmente en algún punto de la costa atlántica marroquí o mauritana, es decir, podría tratarse de las islas Madeira, Canarias, isla de Porto Santo, islote de Fedala, o isla de Mogador. Finalmente, ante algunas evidencias arqueológicas (López Pardo 2002), la mayoría

de los investigadores se decantó por la Isla de Mogador. Sin embargo, Mederos Martín & Escribano Cobo (2006:76-89) llama la atención sobre el texto de Plinio (VI, 37, 203), para quien las Purpurarias eran más de una isla, y, por lo tanto, no se descarta que Plinio se refiriese efectivamente a las Canarias, tanto más cuando los últimos vestigios materiales detectados, indican actividades con la púrpura en algunas islas orientales del archipiélago. Dadas las condiciones naturales de hoyos en corales y de nuevos descubrimientos en dichas islas se piensa que los antiguos no solo hayan encerrado vivo aquí una clase de murex de cara a la producción de su tinte, sino también hayan producido la sal. Otros autores asociaron las islas de Elisha – donde los barcos semitas recogían la púrpura - con Canarias. Por último, se propone que la Isla Mogador era el punto de partida de la ruta hacia los embarcaderos orientales de Canarias, en donde se abastecían. El viaje en estos tramos del mar era favorecido la mayor parte del año por la brisa y también por la corriente oceánica que va hacia Mauritania (Medas 2003 y 2008a). El trayecto de los barcos fenicios de este a oeste constituye en su totalidad un camino marítimo que se ha denominado “ruta del sol” (Moscati 1988:21), el cual le permitía al capitán del barco avistar tierra desde prácticamente cualquier punto en los días de cielos despejados.

La ruta de regreso desde las colonias al sur del antiguo territorio marroquí se remontaba con alisios en contra hasta Gadir, excepto al final de la estación de navegación, junio y septiembre (Casson 1973:272; Lonis 1978:147-70), o de mayo hasta octubre según otros investigadores, para luego cruzar las aguas del Estrecho por el centro. Una vez atravesado el Estrecho sin apenas dificultades, ponían rumbo hacia las costas norteafricanas con la ayuda de vientos favorables, para arrimar a sus colonias de Útica y Cartago. Luego seguirían bordeando esta misma costa hasta poner rumbo hacia las islas Pantelaria y Gozo, luego Malta y, finalmente, costa egipcia, en donde los barcos navegaban con cuidado para evitar ráfagas de vientos del desierto africano o, por el contrario, echar mano eventualmente de la ayuda de remeros, para superar periodos de calma. Y en algún punto frente a la costa egipcia los barcos giraban a noreste finalmente en dirección al levante fenicio.

En el interior egipcio, en Heracleópolis Magna, se han encontrado objetos fenicios fechados, al menos, desde el siglo IX a.C. (González de Canales et al. 2006:121).

Desde que cruzaba el Estrecho de oeste a este la flota podía tardar entre 25 y 35 días para llegar a Fenicia, dependiendo de las escalas que hicieran en las costas africanas del Mediterráneo (Ponsich 1974:131-45 y; Ruiz de Arbulo 1991; Aubet 2009:207-9; Mauro 2014b:39). Aunque había una variante de dicha ruta de regreso después de dejar Gadir y cruzar el Estrecho que consistía en dejar que la corriente (Díes Cusí 2004:57-8) llevara la flota hasta Ibiza, para luego poner rumbo a la costa oriental española, y después tocar Motya en el sur de Cerdeña. A partir de allí, se realizaba en dirección contraria el itinerario de ida hasta el puerto de Tiro, punto final de la empresa. Para algunos autores clásicos, aunque no hay registro arqueológico que lo compruebe, esa variante podría ser utilizada también para ir desde Oriente a Occidente, pese a que los vientos en contra y la marea adversa dificultarían el viaje. En general los vientos del Mediterráneo soplan de este-oeste en el sentido contrario a las agujas del reloj, pero no intervienen en la navegación.

No debía de ser un viaje fácil dado el tiempo que se tardaba entre ir y venir, durante el periodo conocido como el *mare apertum*. Por otro lado, entre los antiguos seguramente lo que primaba era la seguridad de la ruta, no siempre la más corta era la más fiable. También eran dificultades añadidas en el viaje de ida, la conjunción adversa formada por fuertes corrientes marinas y los vientos en la zona del Estrecho, así como en la costa atlántica, los vientos en contra y los fuertes oleajes. En el cenit del período veraniego, solía haber una completa ausencia de brisas, por lo cual se hacía necesario utilizar la fuerza de los remeros en las naves mercantes (Casson 1973:65). En la antigüedad, la tecnología náutica siempre estaba pendiente del régimen de los vientos, por lo que, dependiendo de su dirección y fuerza, las embarcaciones podrían ralentizar su avance e incluso verse obligadas a desviarse de su ruta en un determinado punto, (Medas 2008a:153; Guerrero Ayuso 2008:73) cuando ni siquiera era eficaz la actuación de los remeros sentados en sus bancos. Ocasionalmente, había que enfrentarse a inesperadas condiciones climáticas desfavorables, con la ayuda de rudimentarias cartas náuticas. Todo ello exigía experimentados pilotos. Es posible que los comerciantes

fenicios enviaban por seguridad una flota en vez de una o dos embarcaciones, lo cual ayudaría a la seguridad de la empresa y a lograr mayores beneficios (Aubert 2009). Estas rutas se solían cubrir a partir de marzo y hasta octubre, es decir, se trataba de evitar viajar durante las duras condiciones climáticas que solía ofrecer el invierno. Si a lo largo del viaje aparecían condiciones adversas, los marineros bajaban a puerto y esperaban el tiempo necesario para retomar el viaje. Así, dependiendo de la época de la partida, se cree que en algunos casos los barcos podían tardar un año en volver a los puertos del Levante, en donde descargaban finalmente sus valiosas mercancías con buenos resultados comerciales.

La existencia de por lo menos una ruta fenicia a través del mar Rojo (I Reyes 9:26-28, 10:11-12, 22-23, 22:48-49; y II Crónicas 8:17-18, 9:10 y 21) asociado con los viajes a mando de Hiram y Salomón, y el empleo de los términos bíblicos Ofir y Tarsis/Tartessos, la veremos separadamente en otro apartado, donde hablaremos del estado de la cuestión. Las palabras Ofir y Tarsis/Tartessos fueron nombres utilizados por cronistas e historiadores desde el siglo XV, para designar también algún punto del Nuevo Mundo supuestamente visitado por navegantes fenicios. Dicha hipótesis también fue defendida por investigadores brasileños hasta el comienzo del siglo XX. Nos encontramos ante una cuestión polémica no solo en cuanto a la difícil definición de estas palabras, sino a su identificación geográfica de parte del conjunto de investigadores modernos. Un debate todavía por solventarse. Para González de Canales (2006:117-8) la palabra Tarsis que aparece treinta y una veces en el Antiguo Testamento, podría significar: un tipo de nave, una enigmática gema y una clase de plata. Incluso, de acuerdo con I Crónicas (7:10), habría inspirado, según Koch (2003:2-4 y 29-35), el antropónimo que designa un descendiente del bíblico Benjamín. Este autor dice que los viajes a Ofir acaecieron antes de los de Tarsis. Actualmente, algunos historiadores tienden a entender el antiguo territorio de la Península Ibérica meridional como “le pôle occidental de l’expansion commerciale des Phéniciens qu’attiraient les ressources minérales de la péninsule ibérique, particulièrement ses gisements aurifères et argentifères.” (Lipiński 1991:5). Según eso, las tierras de la Península Ibérica meridional corresponderían a Tarsis/Tartessos mencionado por los Textos Sagrados y, por lo

tanto, aquí estarían las fuentes del oro - de Portugal y Galicia - y de la plata del área del Guadalquivir, transportados por los barcos fenicios.

Así, las razones que impulsaron a las naves fenicias en la referida Diáspora, conforme textos clásicos (Diodoro V, 35, 4-5 y 20, 35; Estrabón I, 2, 3, y III, 2; Veleyo Paterculo I, 2, 3-4; y Pseudo-Aristóteles *mir.*, 135), habrían sido los apreciados minerales de Tartessos (Moscatti 1988:21 y 46; Koch 2003; Aubet 2009:15), sobre todo plata, hierro y estaño encontrados en el lejano Occidente y que eran intercambiados por diversas manufacturas traídas por los fenicios. De esta forma llegaban a las fuentes mismas de los minerales posiblemente a partir de conexiones con regiones extremeño-portuguesas, evitando la competencia intermediaria en el comercio con los griegos. Al final de la Edad del Bronce, hubo una gran necesidad de metales y sus derivados, ya sea para que los ejércitos de Oriente fabricaran armas de hierro más resistentes que las de bronce, o para que los artesanos fenicios confeccionaran artículos de lujo para atender a las realezas vecinas, aunque el cobre y el estaño seguían siendo necesarios. Todos estos metales eran igualmente demandados por los griegos.

Se piensa que dicha expansión de este-oeste se habría producido poco a poco. En un principio algunos enclaves fenicios del Mediterráneo central representaron puntos de apoyo para estos marinos, en su ruta hacia las minas ubicadas en el sur de la Península Ibérica y costa atlántica africana. La venta y el intercambio de esa valiosa carga mineral fenicia, constituía la actividad principal de sus rutas mediterráneas según las fuentes clásicas (Acquaro 1988:244) y las evidencias materiales. También alcanzó un valor importante la manufactura de bienes lujosos y su venta, no solo en los poderosos reinos del Próximo Oriente, sino también entre algunos antiguos pueblos indígenas de la cuenca mediterránea y fachadas atlánticas. Las investigaciones muestran que hubo una red de intercambio indígena entre grupos del interior de Portugal y España - que fue aprovechada por los fenicios. Desde los primeros asentamientos semitas en la Península Ibérica, surgieron los intereses de intercambio y mercadeo entre estos enclaves y las poblaciones locales. El recinto en donde se ubicaba el altar de culto a Melkart era

el lugar en donde se garantizaban las transacciones comerciales (Martí-Aguillar 2011:129-35), en torno a la segunda mitad del siglo IX a.C.

En un segundo momento, fueron justamente las ganancias obtenidas con los metales lo que propició a estos comerciantes el trueque por otras mercancías en otros puntos de sus rutas marítimas, hecho que interesó de manera especial a los fenicios, dado su propio desarrollo del comercio en esta etapa histórica. De ello se siguió la fundación de otras colonias fenicias establecidas en nuevas áreas de interés comercial a lo largo de este trayecto (Moscatti 1988:26 y 46; Tsirkin 1995). Así, los colonos semitas fueron enviados a otros puntos de Sicilia e islas cercanas, a Libia, Cerdeña, Iberia y fachada atlántica africana. Lo que a su vez explicaría desembarcaderos marítimos (Fantar 1988:187) construidos por los fenicios justo cerca de asentamientos indígenas previamente existentes.

Desde el muelle de Tiro se exportaba la madera bruta de los bosques del Líbano y también la trabajada en objetos elaborados en cedro y con incrustaciones de marfil. Otros productos fueron la cerámica en forma de ánforas, vasos y recipientes variopintos, utensilios de bronce o plata, artesanía y armas de metal, artículos de lujo como recipientes de pasta vítrea, y también aceite de oliva, lana y colorante púrpura. Además, la manufactura fenicia se especializó en la producción de artículos de marfil, que llegó a ser su manufactura típica (Bondi 1988:28) y en el tinte de tejidos. Tal fue la importancia de la púrpura en el comercio mediterráneo, que aun en época de los emperadores romanos estos lucían la indumentaria de ese color como expresión exclusiva del poder real. Los adornos de oro y la durabilidad que caracteriza los vestidos de púrpura convirtieron en los principales símbolos de la riqueza y posición social (Mederos Martín & Escribano Cobo 2006). De los anales de los reyes asirios, escritos para dar a conocer los impuestos que cobraban a las ciudades fenicias, se deduce de dónde sacaban algunos de sus productos los fenicios: “el cobre de Chipre, el estaño de Anatolia, el lino de Egipto y el hierro de la tierra de Tharsis” (Bartoloni 1988:79) correspondiendo esta última a la Península Ibérica (Koch 2003:47 y ss). Desde Judá, al sur, le llegaba vino y perfumes, y de las caravanas transaharianas y de las naves del mar Rojo, el oro y varios productos tropicales de procedencia africana y asiática. La isla de Creta aportaba a los

artesanos levantinos el hierro, un material también beneficiado en Huelva (González de Canales et al. 2006:120).

Ezequiel (27:4-27) define los comerciantes tirios sobre todo como los que trafican con los pueblos de muchas costas en los confines de los mares. Y sobre ese poderío económico, su texto describe a esta ciudad como centro hacia el que concurren todas las naves del mar y sus remeros para participar de sus negocios. Otros pueblos sirvieron al ejército de Tiro como mercenarios de guerra, para que príncipes de otros países recibiesen sus productos. Además el profeta hace referencia al puerto de Biblos como otra ciudad de fuente de riquezas, y también a cierta piedra y barco llamados Tarsis:

Capítulo 27:

- 4 “En el corazón de los mares estaban tus confines; tus constructores hicieron perfecta tu belleza.”
- 5 “Con cipreses de Šenir te construyeron todas tus planchas; un cedro cogieron del Líbano para alzar en ti el mástil;”
- 6 “de encinas del Bašán hicieron tus remos. Tu cubierta fabricaron de marfil [incrustado] *en boja* de las islas Kittim.”
- 7 “De lino finísimo con recamado procedente de Egipto era tu vela para servirte de enseña, púrpura violeta y escarlata de las islas de ʿĒlišah formaba tu toldo.”
- 8 “Los habitantes de Sidón y ʿArwad eran tus remeros; los más expertos, ¡oh Tiro!, que había en ti, eran tus timoneles.”
- 9 “Los ancianos de Gebal y sus peritos actuaban en ti para reparar tus averías. Todas las naves del mar y sus marineros hallábanse en ti para importante mercancías extranjeras.”
- 10 “Gentes de Persia, Lidia y Put servían en tu ejército como guerreros tuyos; suspendían en ti escudo y yelmo; y te daban esplendor.”
- 11 “Los hijos de ʿArwad guarnecían tus murallas todo en torno, y los gammadíes, tus torres: suspendían sus escudos alrededor de tus muros; ellos completaban tu hermosura.”
- 12 “Taršiš comerciaba contigo por la abundancia en toda riqueza: plata, hierro, estaño y plomo daban por tus mercaderías.”
- 13 “Yawán, Tubal y Méšek traficaban contigo: esclavos y objetos de bronce entregaban por tus mercancías.”
- 14 “De la región de Torgarmah entregaban por tus mercaderías caballos, corceles de silla y mulos.”

- 15 “Los hijos de Dedán comerciaban contigo; muchas islas se hallaban bajo la Dependencia de tu comercio, portándote como tributo colmillos de marfil y maderas de ébano.”
- 16 “‘Ēdom comerciaba contigo por la abundancia de tus productos: rubíes, púrpura roja, recamados, lino fino, corales y carbunclos daban por tus mercaderías.”
- 17 “Judá y el país de Israel traficaban también contigo: *trigo* de Minnit, perfumes, miel, óleo y bálsamo daban por tus mercancías.”
- 18 “Damasco comerciaba contigo, por la abundancia de tus productos, a consecuencia de la abundancia en toda riqueza de vino de Helbón y lana de Sahar.”
- 19 “Wedán y Yawán, *desde* ‘Uzal, entregaban por tus mercaderías hierro forjado; canela y caña aromática figuraban en tus transacciones.”
- 20 “Dedán traficaba contigo en sillas de montar.”
- 21 “Arabia y todos los príncipes de Qedar se hallaban bajo la dependencia de tu comercio, traficando en corderos, carneros y machos cabríos.”
- 22 “Los mercaderes de Šebá’ y Ra’mah comerciaban contigo: el más calificado bálsamo toda clase de piedras preciosas y oro daban por tus mercaderías.”
- 23 “Harán, Kanneh y ‘Edén, así como los mercaderes de Šebá’, ‘Aššur y Kilmad, comerciaban contigo;”
- 24 “traficaban contigo en vestidos de lujo, mantos de púrpura violeta y bordados abigarrados, tapices multicolores, cuerdas sólidamente trenzadas.”
- 25 “Las naves de Taršiš en tu mercado constituían tus caravanas comerciales. Te hiciste así rica y opulenta en extremo en el corazón de los mares”.
- 26 “Por medio de las vastas aguas te condujeron tus remeros; el viento de levante te ha destrozado en el corazón de los mares.”
- 27 “Tu fortuna y tus mercancías, tus artículos de importación, tus marineros, tus pilotos, tus calafates, tus importadores de artículos importados y todos tus guerreros que había en ti y toda la comunidad que existía en medio de ti, caerán en el corazón de los mares el día de tu ruina.”

Es sabido que cierta autonomía política respeto a sus vecinos imperialistas de Oriente permitió a estos comerciantes levantinos sacar buenos réditos en este comercio “internacional”, en un período que coincidió, además, con la crisis experimentada por el otrora poderoso Egipto, entre 1085 y 664 a.C. (Pernigotti 1988:526). Los faraones habían sido desde época cananea casi socios comerciales de los puertos levantinos, sobre los cuáles habían ejercido alguna presión imperialista que ya no se percibe en torno al siglo XII a. C.

Procesos precolonial y colonial

Los hallazgos arqueológicos serán los que van a comprobar los puntos de estas rutas de expansión, intentando hacerles concordar con el testimonio de los autores clásicos. Respecto a la presencia de cerámicas fenicias, hechas a torno, en asentamientos Ibéricos, se distinguen (Toscano & Balensi 2009:63) dos periodos: el arcaico fundacional, conocido como *fase roja*, porque a él se le atribuye la cerámica que lleva decoración en engobe rojo, y, en contraposición a él, la llamada *fase policroma*, de la ocupación posterior, así definida también por los motivos decorativos que lleva.

Como se comprueba cada vez más, los vestigios materiales encontrados y fechados a través de métodos científicos (dataciones radio carbónicas u otras técnicas), no siempre coincide con las dataciones que suministran algunos textos grecorromanos. Este desfase entre las fuentes clásicas que atribuyen fechas de fundación temprana a algunas colonias fenicias occidentales, y la datación arqueológica que las pone algo más tarde, todavía no ha podido ser explicado del todo (Moreno et al. 1996; Aubet 2009). Como es el caso, por ejemplo, entre el registro clásico (Wagner 2008:18) de la fundación de Cartago en el 814 a.C. y el vestigio material que atestigua una evidencia arqueológica de ocupación más tardía, en torno a mediados del siglo VIII a.C. Lo que se constituye en un problema aun no resuelto por los estudiosos. En Útica está ya comprobada materialmente la presencia fenicia durante el siglo IX a.C.

Dentro de ese período expansivo se reconocen dos etapas: una inicial, comprendida entre los siglos X o comienzos del IX a.C., de acuerdo con los más recientes datos arqueológicos (Wagner 2008:15) descubiertos sobre todo en la Península Ibérica meridional, y otra precolonial, sugerida inicialmente por Tarradell en 1956 (López Castro 2008:273), para rellenar el desfase cronológico existente entre la información fundacional temprana de Gadir y Lixus y su evidencia arqueológica tardía. Se trataría de una etapa caracterizada por la simple frecuentación y contactos esporádicos de barcos comerciales fenicios con los nurágicos del Mediterráneo y fachadas atlánticas africana e Ibérica (Fantar

1988:187). Mientras que hoy día, el inicio de la colonización semita propiamente dicha en estas zonas se fijaría arqueológicamente a partir del inicio del siglo IX a.C. (Wagner 2008:21) en poblados como Gadir, Huelva y en Sant'Imbenia en Cerdeña.

La fundación de esas colonias y emporios comerciales solía ocurrir en puntos geográficos edificados sobre promontorios costeros, istmos, penínsulas o islotes situados delante de las costas, y preferentemente en la desembocadura de ríos, para asegurarse así vías de acceso fácil hacia el interior del territorio indígena. Estas bases comerciales temporales o de residencia se caracterizaban también por ofrecer buenos fondeaderos naturales y ensenadas al abrigo de vientos y corrientes marinas. Proporcionaban, además, fácil defensa ante cualquier amenaza enemiga por mar o del interior del continente, sobre todo de parte de la población indígena con quienes hacían frecuentes trueques. Los fenicios blindaban así la seguridad de sus mercancías (Acquaro 1988:210; Ruiz de Arbulo 1997:521). Un ejemplo es el emporio comercial de Gadir, establecida según la costumbre fenicia en una isla cercana a costa, hoy unida al continente. Otro es el de Mogador, en donde funcionó una factoría siderúrgica. Este enclave estaba ubicado estratégicamente frente a poblados indígenas situados en la costa marroquí, y delante de un valle a su vez conectado a una ruta de importantes caravanas (López Pardo 1996 y 2006) procedentes del interior africano. Cerca de la factoría hubo un yacimiento mineral de hierro.

La elección de estos criterios geográficos fundacionales era fruto de la propia experiencia de las ciudades fenicias del Levante, situadas en una franja de tierra rodeada de poderosos imperios, en las que se valoraban por encima de todo, los criterios de seguridad. Estos criterios pudieron determinar también que los enclaves occidentales fuesen edificados, con el tiempo, a intervalos bastante regulares y próximos a desembocaduras fluviales con profundas bahías, como indican algunos autores. Esto les facilitaba, llegado el caso, una rápida huida para llegar en poco tiempo al siguiente puerto, tal como podría ocurrir, por ejemplo entre, Cartago y Motya, Gadir y Lixus, y Nora y Sulcis (Acquaro 1988:214). Los fenicios podían elegir así, en caso de necesidad, otros puntos de recalada entre los varios existentes a lo largo de su ruta hacia los confines de Occidente. La navegación de cabotaje debía

ser rutinaria entre los marinos fenicios, más bien por cuestiones comerciales. Pero también practicaron la navegación de altura, que podía en algunos casos ser de cinco días, e incluso la nocturna (Arruda 2002) orientada con la ayuda de las constelaciones. Durante la noche podían llevar amarrada a la roda, una anforeta llena de aceite (Martín Ruiz 2013:49) para iluminar la cubierta e indicar la dirección.

La organización marítima que les permitió guiar sus barcos hacia el lejano Occidente, hace concluir que estos navegantes debieron conocer también las rutas marítimas de los colonizadores griegos, sus competidores directos en el Mediterráneo. Como es sabido, en torno al siglo VIII a.C. los griegos enfrentaron unas crisis sociales y que culminarán con la aparición de las ideas políticas de polis y ciudadanía. A este momento se le atribuye la recolección épica de Homero, a partir de las tradicionales fuentes orales heroicas griegas del II milenio a.C., como medio de no solo caracterizar, sino de consolidar el poder de una aristocracia que necesitaba afirmarse como un grupo social dominante en Grecia. Es decir, la poesía heroica sería aprovechada como poderosa herramienta ideológica y propagandística (Aubet 2003:93). Un paradigma social que veremos reflejado – guardadas evidentemente sus proporciones y cronología – mucho más tarde durante el reinado de Pedro II entre 1840 y 1889 en el territorio brasileño. En este caso, utilizando el temario de la saga fenicia, con el mismísimo propósito griego del siglo VIII a.C.: engrandecer unos antepasados heroicos.

Por otro lado, la arqueología demuestra que hubo intercambios entre griegos y fenicios en algunos puntos de la geografía mediterránea. Como, por ejemplo, en las colonias griegas de Pithecusa (litoral occidental italiano), entre el siglo VIII-IX a.C., y en la de Calcis (Llanza 2006:51-3). También en la isla griega de Cos se encontró una placa de mármol escrita en fenicio y griego (Espelosín 2007:56-7), en la que se reseña la presencia de una nave sidonia en su puerto a finales del siglo IV a.C. Incluso podemos relacionar las inscripciones cartaginenses en el puerto ateniense del Pireo y al almacén de ánforas púnicas de Corinto. Por lo menos en el Mediterráneo central, los griegos y fenicios compartieron rutas y puntos de ataque y anclaje. Se sabe también que en otras regiones de influencia griega, como Cirene en el litoral centro-norte de África, los levantinos cogieron hierbas

medicinales. Y de Egipto, territorio que si podía considerarse neutral en aquel momento, griegos y fenicios importaban granos, papiro, oro, plata, marfil y esclavos.

Como ya se ha subrayado, en la Península Ibérica meridional, y según planteamientos resultantes de recientes excavaciones, los marinos fenicios habrían recalado en ella, al igual que en otras zonas mediterráneas de la época, para explotar y abastecerse principalmente de materias primas minerales, pero también desarrollando ya ciertas actividades agropecuarias y comerciales, en una primera fase temprana denominada por González de Canales et al. (2006:105-7 y 121) como “emporitana-precolonial”, probablemente en torno a la segunda mitad del siglo X a.C. En sus contactos con los autóctonos habrían intercambiado manufacturas de marfil, huevos de avestruces, piedras semipreciosas y posiblemente púrpura, entre otros productos. En una segunda fase llamada “emporitana-colonial”, probablemente a finales del siglo X a.C. y comienzos del IX, inmigrantes levantinos habrían establecido algún que otro emporio comercial multi-industrial y con fuerte participación nurágica. Estas actividades estaban volcadas no solo a la explotación sino también en el beneficio de metales y de recursos agrícolas y ganaderos. Una presencia que comienza de forma esporádica, para después transformarse en colonización estable.

Los cereales y la ganadería fueron indudablemente importantes para el aumento poblacional de asentamientos mediterráneos que se mantuvieron durante siglos, y también para numerosos asentamientos rurales que iban apareciendo en el tiempo, como era el caso de la Península Ibérica (Wagner & Alvar Ezquerro 2003:187-204). Aunque las explotaciones rurales fenicio-púnicas han sido poco estudiadas, las prospecciones y excavaciones del área agrícola alrededor de los asentamientos semitas del Mediterráneo Central han aumentado considerablemente a partir de la última década del siglo XX. La aplicación de análisis de varios tipos, ha permitido sistematizar el estudio de paisajes y de la economía rural semita en zonas (Gómez Bellard 2006) como Cerdeña, Sicilia, Ibiza y Túnez, en fechas que rondan el siglo V a.C., mostrando un territorio limitado y cambios más cuantitativos que cualitativos. Su estructura productiva era del tipo

intensivo contando probablemente con olivares, trigo, cebada y otros cereales, parcelas de regadío y áreas de pastoreo.

Para López Castro (2008:273-283), sería necesario discutir la propia definición del término precolonial aplicado a los contactos semitas con los asentamientos nurágicos de la Península Ibérica durante el Bronce. Para ello, primero hay que conocer e identificar el ambiente autóctono del territorio en aquel momento. El autor sugiere el cambio del término precolonial por otro término: el de “contactos”, y que los hubo y fueron mantenidos por navegantes mediterráneos anteriores a los fenicios. Y desdoblándoles a seguir en dos clases: modo de “contacto no hegemónico y modo de “contacto sistemático”, a fin de definirlos metodológicamente, según una iniciativa ya propuesta de alguna manera por Alvar Ezquerro (2000). La existencia de redes de intercambio indígena en la Edad del Bronce Final ya existentes en la Península, y además con aportaciones materiales de anteriores navegantes micénicos, chipriotas, levantinos y sardos (carácter multiétnico de la navegación mediterránea en ese período), es una realidad arqueológica que se debe tener bastante en cuenta en este sentido. Una continuidad de contactos que enlazarían con la primera llegada de barcos fenicios.

Usualmente se emplean los términos “fenicio” o “púnico” para delimitar dos grandes etapas, “sin que tenga que presentarse entre ellas una distinción neta”, según Moscati (1988:16). En cambio, para otros investigadores las dos etapas poseen cada una sus propias características definidas. El primer periodo llamado “horizonte arcaico” o período “orientalizante” corresponde a los siglos XI-VI a.C. y, el otro denominado “horizonte púnico” desde mediados del siglo VI hasta el II a.C (Aubert 2009:15). Periodos que tienen que ver con distintas influencias económicas y culturales. El primero sobre las primeras colonias de Occidente, corresponde a la influencia de Tiro, y el segundo, sobre las colonias consideradas más recientes, bajo la influencia de Cartago. Lo que a nosotros nos interesa en este momento es tratar de la etapa correspondiente a los fenicios, que tuvo lugar entre el siglo XII y mediados del VI a.C. Aunque también recurriremos a la descripción de algunos periplos púnicos, como forma de entender si hubo posibilidad de que estos últimos habrían podido viajar a las costas sudamericanas.

Durante el siglo V a.C., se recrudeció la lucha por el control de mercados en el Mediterráneo, lo cual hizo que Cartago redoblara su presencia en las rutas marítimas en torno a los asentamientos del territorio africano, hasta imponer su monopolio sobre ellos (Atoche & Ramírez 2011:231-2). Una hegemonía que ya había comenzado en la segunda mitad del siglo VI a.C (López Pardo & Suárez Padilla 2002:115). Las autoridades cartagineses habrían empezado a controlar enclaves situados en la costa atlántica, hasta entonces en manos de navegantes de Tiro, en el momento en que impidió la colonización por parte de sus descubridores, los fenicios de Occidente, según reproduce Diodoro (V, 19-20) a partir de Timeo. Las islas de esa costa africana, cuyas localizaciones antiguas son siempre dudosas (Manfredi 1997) o de carácter mítico, motivará, una vez más, a que una corriente de intelectuales brasileños defiendan un periplo fenicio hasta Brasil.

Los intercambios comerciales “silenciosos” o “comercio no presencial” (López Pardo 2000b:215) entre Cartago y los indígenas, fueron referenciados por Herodoto (IV, 196), aunque no se sepa con seguridad en qué zonas ocurrieron.

“Dicen los carquedonios también lo siguiente: que hay un lugar de Libia – y hombres en él asentados – fuera de las columnas de Heracles; cuando llegan hasta ellos y descargan sus mercancías, después de colocarlas unas tras otras a lo largo de la playa, embarcándose en sus naves hacen humos y que los del lugar, al ver el humo, se acercan al mar y, a continuación, depositan oro por las mercancías y se apartan lejos de las mercancías. Que los carquedonios, tras desembarcar, lo examinan y, si les parece el oro del valor de las mercancías, recogéndolo se marchan, pero si no les parece del mismo valor, tras embarcar de nuevo en las naves permanecen sin moverse y aquéllos, tras acercarse, añaden oro distinto al que ya habían depositado hasta que logran convercerlos. Y que ningún perjuicio se causan entre sí, ya que ni ellos tocan el oro antes de que quede igualado, según ellos, con el valor de las mercancías, ni aquéllos tocan las mercancías antes de que ellos hayan cogido el oro”.

Aunque sea un comportamiento atribuido a los púnicos, puede que estos lo hayan aprendido de los fenicios, los cuales no buscaban conquistas territoriales (Bartoloni 1988:81) sino beneficios comerciales.

En el área geográfica indígena situada en las orillas del Mediterráneo y en las referidas fachadas atlánticas, las cuales vivían en un estadio cultural propio de

la Edad del Bronce Final, como ya se ha dicho, la estrategia comercial fenicia consistió en establecer unas factorías volcadas a asegurar la producción y venta directa de nuevos productos destinados a este mismo mercado. Incluso se sirvieron de la propia mano de obra nativa para fabricarlos como forma de abaratar los costes, al eliminar la necesidad de transportar estas artesanías desde el Levante y utilizarlas en concomitancia como moneda de trueque en estos mismos asentamientos (López Pardo 1990b y 1996 y 2000b). En sus talleres, los fenicios fabricaban elaboradas incrustaciones de marfil en camas y consolas de madera, sellos y pendientes a partir de las piedras lapislázuli y corniola, joyería, armas de hierro, objetos de vidrio y de alfarería (Bartoloni 1988:81-2). También se han encontrado innumerables variedades de estatuillas votivas desde temprana época y sarcófagos antropomorfos de influencia egipcia. Sin embargo, el trasiego de materias primas desde los asentamientos indígenas en los barcos semitas, sobre todo de metales, se destinaba a satisfacer a las demandas de las potencias vecinas a la tierra fenicia en el próximo Oriente. La relación entre el pueblo fenicio y sus vecinos poderosos en el Próximo Oriente debió de pasar por momentos de alianzas y también de inestabilidad y presión. La presencia del fuerte imperio colindante asirio y las agresiones perpetradas por Tiglat-Pileser III (745-727 a.C.) (González de Canales et al. 2006:105) empezaron a crear a las ciudades fenicias dificultades para desarrollar sus actividades comerciales en el Próximo Oriente. Entre 722 y 701 a.C. el territorio fenicio conoció el acoso de los reyes Salmanasar V, Sargón II (conforme bajo relieve de su palacio en Khorsabad) y Senaquerib, los cuales incluso se apoderaron de las posesiones tirias en Chipre, y consolidaron (Bondi 1988:43) en el Levante el dominio asirio.

La importancia de los emporios comerciales fenicios se puede medir, también, por sus respectivos santuarios, teniendo estos una función más bien simbólica y comercial durante la Antigüedad. Para Ruiz de Arbulo (1997:522) existía “el santuario nacional definido como entidad económica, regulador de tributos y tasas y con ello acumulador de bienes y capitales. En segundo lugar el santuario nacional emplazado en suelo extranjero como centro de albergue y reunión para los compatriotas, lugar de mercado y bolsa de contratación”, con un altar ante el que

se confirmaban los juramentos comerciales. Todo ello era garantizado por el carácter de las divinidades veneradas. El santuario de Gadir estaba consagrado a *mlqrt* (Melkart) de Tiro, y poseía carácter oracular. Cada ciudad fenicia tenía su propio panteón con las diosas Astarté o Tanit, que encarnaban los principios de fecundidad y prosperidad, significando la omnipresencia de la Gran Diosa Madre. Tanit indica la influencia púnica que sucedió a la influencia fenicia. También existían los seres divinos masculinos, como Baal y su correspondiente femenino Baalat (diosa principal de la antigua Biblos), es decir, “señor” y “señora”. Baal solía ser venerado como dios de las tormentas, de los rayos, de montañas y de manantiales y ríos. Además, el nombre Baal podía estar acompañado del nombre de otra entidad divina, o bien indicar una posición geográfica, como por ejemplo Baal de Sidón. La ciudad de Tiro era protegida por el dios Melqart, nombre compuesto de *milk* y *kart*, que significan rey y ciudad. Una alusión al poder político del Palacio conectado directamente con el Templo.

Eran comunes en los lugares de atraque de los semitas las ofrendas acompañadas de plegarias y sacrificios, como forma de agradecer a los dioses el haber superado dificultades o de pedir ayuda para superarlas. Así, en algunos lugares, un santuario dedicado a Heracles-Melkart hacía las veces del templo en donde se realizaban los rituales. En algunos de estos santuarios elevados en promontorios por donde los marinos debían pasar, ya no quedan vestigios arqueológicos de esta presencia. En el Extremo Occidente, fenicios y griegos compartían muchas veces el mismo espacio sacro para sus cultos (Recio 2008), espacios que estaban dedicados a Crono, Heracles, Afrodita, Ártemis, o Atenea, como ocurrió en las costas de la Península Ibérica.

Es probable que Gadir, debido a su situación geográfica privilegiada, desde la que controlaba el paso de las naves que cruzaban el Estrecho de Gibraltar, y también debido a su posición asequible a los metales de los Tartessos en el interior de la Península Ibérica occidental, haya proporcionado a Tiro la relevancia económica y militar que tuvo entre todas las ciudades de Fenicia durante parte del I milenio a.C. Hasta esta ciudad llegaron incluso vasos cerámicos griegos en época temprana, quizás traídos por los propios fenicios, pues son pocas esas muestras

griegas desenterradas hasta ahora (Martín Ruíz 2010:11-2). Es evidente (Wagner 2008:26-29) que la monarquía tiria, enviando la representación sagrada de Melqart a Gadir a principios del siglo X a.C., selló la conquista simbólica de los confines del mundo en sus manos, quitándola de las empresas hasta entonces mayormente de características privadas.

Lo que se observa como resultado de las recientes investigaciones arqueológicas españolas, es que al ir subiendo la cronología de la evidencia material fenicia en asentamientos no solo de la Península Ibérica sino también en otras áreas cercanas hacia el final del II milenio, algunos autores concluyen (Torres et al. 2005:193) que los modernos arqueólogos “clásicos” y los del Próximo Oriente, se verán obligados en adelante, a replantear también un nuevo contexto para el propio proceso colonial griego y fenicio en el área mediterránea. El objetivo es que se pueda dilucidar ese dinámico proceso histórico acaecido entre las zonas de Occidente y Oriente tras el paso de los llamados Pueblos del Mar, que movió muchísimo varias poblaciones por la cuenca mediterránea, sobre todo entre 1207 y 1177 a.C. (Cline 2014:1).

Hasta aquí referenciamos el ámbito general de la expansión fenicia hacia el lejano Occidente, registrado en sus colonias asentadas no solo en la cuenca mediterránea sino también en las fachadas atlánticas africana e Ibérica. Y aunque durante el siglo VIII a.C. el área del Estrecho está ampliamente dominada por poblados indígenas de grandes dimensiones, también existen pequeños asentamientos de los nuevos pobladores, más intensamente a partir del VII a.C. (Jiménez 2011:82-3). El tercio meridional español registra algunos yacimientos con una presencia semita pactada con las élites locales en torno al los siglos X-IX a.C.: Huelva (Cabezo de San Pedro), El Carambolo (Camas, Sevilla), Cádiz (Castillo de Doña Blanca) y Málaga (Morro de Mezquitilla, Toscanos) (González de Canales et al. 2006:106; Escacena et al 2007). Amén de Acinipo, Cuesta del negro, Cerro de la Mora, Fuente Álamo, en donde aparece algunas importaciones de materiales mediterráneos entre los siglos X-IX a.C. (López Castro 2008). En Útica, costa norteafricana, hay también evidencias fenicias fehacientes del siglo IX a.C. Por otra parte, además de en Cartago, hay constancia de la presencia de navegantes

semitas (López Pardo 1996; Gascó & Gómez Bellard 2008:231) en: Cherchel, Mersa Madakh, isla de Rachgoun, Sidi Driss, Kach Kouch, Sidi Abdselam, Ceuta, Tánger, Rakkada, Lixus, Aziz Slaoui, Thamusida, Sala y la isla de Mogador, pendientes de revisión arqueológica.

En los próximos apartados, suministraremos más información a cerca de las colonias fenicias de Lixus y de Mogador, amén de referenciar los archipiélagos de Azores, Canarias y Madeira, asociados al concepto de Islas Maravillosas y relacionados literariamente con fenicios y púnicos desde alguna bibliografía europea y americana de los siglos XIX y XX d.C., a su vez basada en fuentes medievales, mediante las cuales se pretendió conectar algún viaje de barcos fenicios sea desde el mar Rojo (Eritreo), sea partiendo de la costa atlántica africana hacia el continente americano.

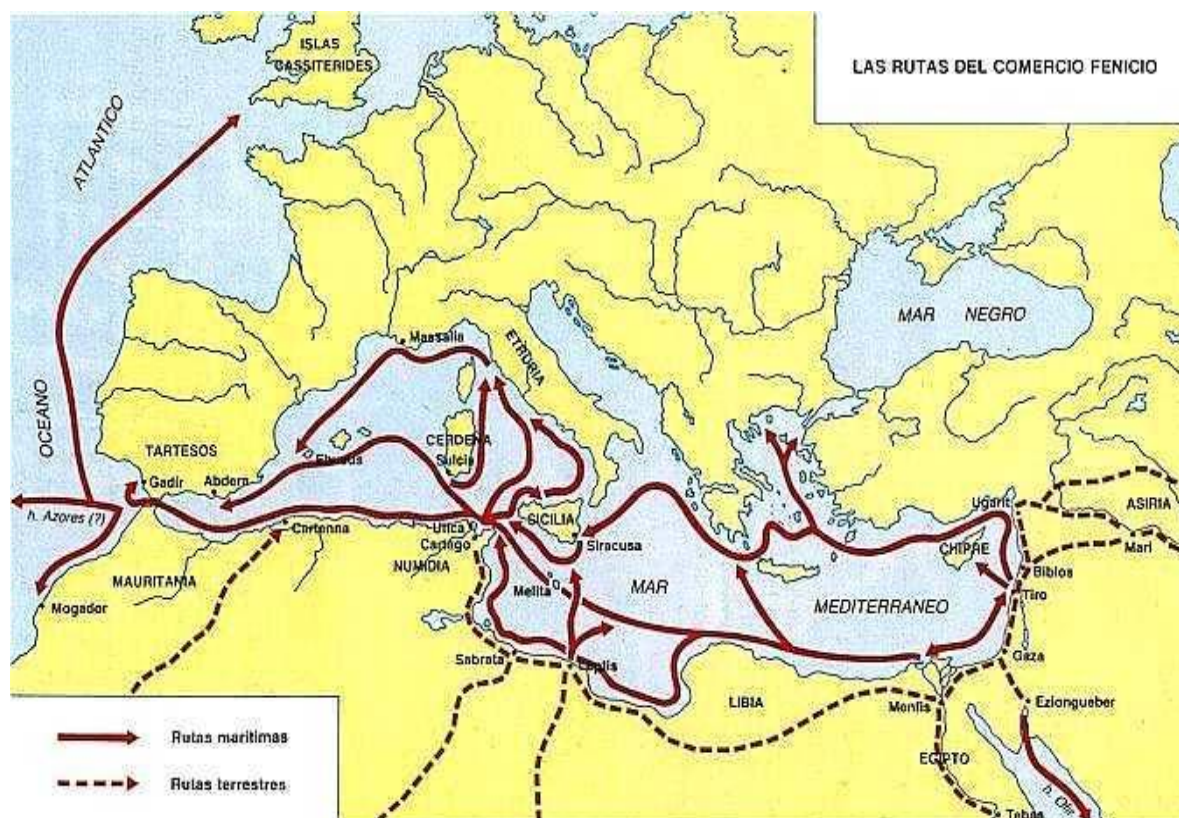


Figura 08: Fuente: <http://trahistant.blogspot.com.es/>. Accedido el 10/09/2015.

1.1.3) COSTAS ATLÁNTICAS

La dinámica expansiva fenicia y púnica por el Mediterráneo y mares colindantes debido a una vocación mercantil (Plinio, *Hist. Nat.*, VII, 199) propició a estos navegantes desde épocas antiguas, un acercamiento inevitable al Océano Atlántico, con las fundaciones de Lixus y Gadir en el siglo XI a.C. según las fuentes clásicas (Alvar Ezquerro 2003; López Pardo 2000a:24; Wagner 2008:23). De acuerdo con la interpretación de Medas (2008a:143-4) sobre la capacidad náutica de la época, se puede fechar los viajes de barco entre estas dos ciudades ya a finales del XII a.C. Unas expediciones marítimas que tuvieron un carácter estratégico, comercial y luego colonial. De acuerdo con Negbi (1992:614), si tenemos en cuenta una serie de datos arqueológicos previos y también consideraciones filológicas, se puede establecer una temprana ruta fenicia hasta Cerdeña a través de Chipre y luego por el litoral norteafricano en torno al siglo IX a.C. Una ruta que les habría llevado a cruzar el Estrecho, y que muy probablemente habría sido utilizada por Hiram I y luego por sus sucesores en torno al siglo X a.C.

El Estrecho de Gibraltar, con una anchura aproximada de 16 kilómetros, y conocido en la Antigüedad como las Columnas de Heracles/Hércules, parece haber sido una referencia marítima importante para indicar las rutas fenicias que buscaban minerales y otras mercancías hacia el litoral Atlántico del norte y también del sur. Fue entendido como un marco y límite geográfico, más allá del cual se extendía el mítico “mar tenebroso”, para todo marino que intentara incursionar en él, sobre todo para los griegos. A partir de aquí, las rutas fueron tratadas como un secreto por los fenicios. Esta zona, conocida por los griegos como las Columnas de Heracles, y reconocidas por Herodoto (II, 44) como siendo ya anteriormente bautizadas por los marinos fenicios como las Columnas de Melkart, solo puede ser originalmente comprendida en el mundo antiguo bajo la concepción de su carga mitológica, según explica Jiménez (2003). Los fenicios serán los primeros en identificar ese punto geográfico a mediados del siglo XII a.C., si se atiende a las fuentes clásicas. El llamado Mar del Círculo, era justamente el lugar en donde el mundo se dividía, según la cosmología fenicia, entre el espacio humano y el sobrenatural, limitado

precisamente por esa Puerta o Umbral de Cronos, que poseía precisamente esa propiedad temporal. Y esa especie de portería había pasado a llamarse Columnas o pilares de *Egeón* posiblemente tras la caída de Troya. *Egeón* era una entidad que los antiguos creyeron dotada de cien brazos y de cincuenta cabezas, con una fuerza desproporcionada para vigilar el pasaje de las naves fenicias en sus viajes allende el Mediterráneo. Se llegó a pensar que los dos pilares de dicha Columna estaban representadas por Gadir en una orilla y por Lixus en la otra. Más tarde, durante el siglo XI a.C., ya se alude como Columnas de Melkart, dios de la navegación y de la ciudad. Y representando una zona geográfica en poder de los mercaderes tirios. De este lugar, se apropió posteriormente Hesíodo en su *Teogonía* bajo el nombre de “Columnas de Heracles”, el héroe sistematizador de un territorio considerado bárbaro, fijando así un modelo que respondía a la cosmología de la aristocracia griega entre los siglos VIII y VII a.C. Según propone Jiménez (2003:158), las Columnas de Melkart originales estaban hechas de bronce, y medían ocho codos de altura sobre el *Heracleion*, plantadas por los fenicios en su templo de la ciudad de Gadir.

Por otra parte, ya se ha podido demostrar arqueológicamente a través de los estuarios atlánticos la red marítima que conectaba algunos pueblos desde el sur de Gran Bretaña hasta el litoral de Marruecos (Gascó 2007:303-4), siguiendo la ruta del estaño, anterior a la de la plata, y que se incrementó después del siglo XI a.C. Otra prueba de estos contactos entre los pueblos atlánticos de este perímetro, se encuentra en los antiguos vestigios resultantes de la pesca en alta mar, sobre todo en lo que se refiere a la captura de atunes.

Los restos arqueológicos encontrados en otras áreas, evidencian también el amplio horizonte de las navegaciones fenicias hasta la fachada atlántica africana, en una ruta conectada a la denominada Tartésica, debido a su estrecha relación con los asentamientos fenicios Ibéricos. Las evidencias materiales ubican en torno al siglo VIII a.C. la fundación tiria de Lixus (próximo a Larache, Marruecos), en un promontorio en la desembocadura del río Loukos. Sin embargo, según Plinio (*Nat. Hist.*, XIX, 63), esta ciudad fenicia habría sido fundada en el siglo XII a.C., como lo demostraría la existencia de un templo dedicado a Melkart, y por lo tanto antes

mismo de la fundación de Gadir. Esta ciudad, a su vez, fue construida en un islote antiguamente llamado Kotinoussa (isla de San Pedro) situado frente al estuario del río Guadalete, pero que hoy día está unido a tierra firme. Su fecha fundacional clásica registra el año 1110 a.C., mientras que la arqueología la pone en el siglo IX a.C. La ciudad de Útica (Túnez) tiene fecha de fundación clásica en el 1101 a.C., (Plinio, *Nat. Hist.*, XVI, 216) y evidencia arqueológica en el siglo IX a.C. (Torres et al. 2005:169-194). En el caso de que se llegaran a verificar dichas fechas clásicas, se confirmaría la clara intención de los comerciantes fenicios de asegurarse la ruta que les conducía allende el Estrecho de Gibraltar, es decir, el acceso a los metales localizados en la Península Ibérica meridional atlántica y también a los productos del litoral atlántico de Marruecos. Lixus y Mogador, al parecer, fueron en esta área los centros fenicios más importantes o mejor documentados directa e indirectamente (López Pardo 1990b y 1996 y 2002 y 2006). Ellos suministraron a los semitas desde tempranas fechas: cobre, oro, hierro, plomo y también pescados como el atún y salazones, pieles y seguramente madera, y la raíz de thuya utilizada como medicina, además de productos considerados bienes de lujo, como marfil y huevos de avestruz.

Actualmente en la costa atlántica africana hay evidencias arqueológicas de la presencia semita desde por lo menos el siglo VIII a.C. Las ruinas actuales de la antigua Lixus, fijada sobre un promontorio en la margen derecha del estuario del río Loukos, muy cerca de la actual ciudad de Larache, muestran la importancia de esa base comercial fenicia. Está considerado como el establecimiento fenicio más antiguo de la costa africana. Sus ruinas fueron descubiertas en 1845 por el alemán Heinrich Barth (1821-1865), que trabajó con el British Foreign Office. A finales del siglo XIX, el diplomático francés Henri Poisson de la Martinière (1859-1922) intentó localizar ahí el jardín de las *Hespérides*, mencionado por Plinio. En 1947, M. Tarradel, al que más tarde se uniría su compañero Michel Ponsich, acometió excavaciones estratigráficas en Lixus, las cuales desvelaron la evolución del yacimiento fenicio. Algunas de las inscripciones púnicas aquí halladas fueron trasladadas al Museo del Louvre. El nombre fonético del río *Lkš* que bañaba ese asentamiento urbano tiene relación con los textos ugaríticos, lo que sirve para

demostrar que, muy probablemente, los levantinos de la Edad del Bronce estuvieron en la ensenada de su desembocadura muchas veces antes de fundar aquí un enclave.

Más al sur del territorio marroquí, en la isla de Mogador, y gracias al análisis del material cerámico y de esa presencia material contextualizada con devociones religiosas (López Pardo & Cabrero 2006, 2008:51-2), se ha podido constatar el flujo de inmigrantes en esta isla (actual Essaouira) durante la época fenicia, y que debe de ser la misma Isla denominada Kerné en los textos griegos. De acuerdo con “abundante antroponimia”, la isla comenzó a ser ocupada de forma regular, al menos desde la primera mitad del siglo VII a.C., por fenicios procedentes sobre todo de la Bahía de Cádiz, y también por una inmigración originada en Tiro y Sidón. Durante el siglo VI a.C., fue reocupada por los cartaginenses (López Pardo & Suárez Padilla 2002:116). Hasta el momento es considerada según los restos arqueológicos, la colonia fenicia más alejada y más al sur de la fachada atlántica. Su ubicación ha sido también “utilizada en las disquisiciones de algunos geógrafos griegos sobre los límites de África” (ibídem: 53). A partir de las letras semíticas *qrn* (González Ponce 2008:131) se explicaría el nombre de la isla de Kerné como el último lugar habitado de la tierra, es decir, los confines del mundo Antiguo. Para Carcopino (1943:119-130) la isla de Kerné es en realidad la misma isla de Arguin del litoral marroquí.

Guerrero Ayuso (2008:116 y 118) emplea el término “soluciones náuticas” para afirmar que las últimas dataciones radio carbónicas sobre vestigios arqueológicos encontrados en el tramo marítimo entre Lixus y la factoría existente en la isla de Mogador, entre 810 y 750 a.C., comprueba técnicamente el trasiego de materiales y de gente desplazados en embarcaciones muy similares a los conocidos híppos (Caballo), entre estos dos enclaves fenicios. El híppos era un tipo de buque de carga ligero y polivalente, considerado de cabotaje, en oposición al de altura y, que por no llevar cubierta, se cree que durante sus viajes la tripulación bajaba a algún puerto para pernoctar. Esta embarcación tenía propulsión mixta, es decir, vela y remeros. El prótomo de caballo que llevaba la nave, tendría la importante función de simbolizar la diferencia entre los marinos fenicios y los griegos, ante el

control de rutas y puertos mediterráneos durante el I milenio (Escacena 2007:14). Esta nave de capacidad limitada y poco confortable se podía varar y dejarla en seco tal, como harán más tarde los vikingos con sus barcos cuando remontaban ríos.

Kerné o Mogador se describía en el concepto de los griegos clásicos tanto como isla fabulosa (Amiotti 1987:43-9) como un lugar lejano imposible de alcanzar, dada su posición geográfica y las difíciles condiciones climáticas de extremo calor y sequedad. La isla también representó en el plano mitológico, una idea surgida tras la aparición de la obra del Pseudo-Escílax y del periplo de Hannón (Marín 2011:108): una especie de isla utópica.

Para frenar el paso a naves enemigas en el comercio marítimo más allá del Estrecho, los fenicios, como luego los púnicos, intentaron a toda costa mantener sus rutas en secreto. Para lograrlo, los púnicos esparcieron terribles leyendas entre sus competidores, e incluso llegaron a encallar deliberadamente sus propios barcos “por el temor de que sus competidores les siguieran y averiguaran tan valiosa ruta” (Espelosín 2007:53). El exagerar las distancias marítimas (Marín 2011:69) y las tradiciones orales sobre la presencia de monstruos marinos amenazadores, como serpientes gigantes que engullían naves, o tinieblas repentinas, bajíos en alta mar, o la completa ausencia de viento, fueron herramientas utilizadas por la cosmovisión semita con el objetivo de infundir el miedo entre los griegos. Un arsenal fantasioso que, sin lugar a dudas, poblaba la mente de los marineros, transformando sus viajes en una misteriosa e inquietante incógnita. De manera que no sería extraño suponer que incluso entre los propios semitas solamente los más valientes o experimentados se hayan atrevido a embarcarse en semejantes empresas. Esto se aplica particularmente al litoral atlántico africano, el cual debería de representar la frontera entre lo conocido y el más allá, imponiendo terror a los que osasen atravesar dicho límite, según piensan muchos investigadores modernos.

Es preciso tener en cuenta, además, las fuertes corrientes marinas norte-sur del lugar, que amenazaban con empujar sus barcos en dirección hacia lo desconocido, contribuyendo así a reforzar el freno al deseo de los más aventureros. Aunque, por otro lado, estas terribles imágenes míticas podrían transmitir también unos mensajes ocultos, destinados a fomentar gratitud al mar y confianza en las

aguas tranquilas, como recompensa por el coraje y hechos en la travesía del mar, pese a que siempre se le debía considerar con respeto. Las narraciones míticas en las sociedades antiguas no deben ser vistas como historias meramente ingenuas y sin sentido, sino como una llamada de atención al hombre sobre su propia condición respecto a una naturaleza misteriosa, aunque pródiga en alimentos y riquezas. Ello significa que el mito poseyó también la función de guiar al hombre antiguo (Littleton 2004) bajo protección divina, a través de un comportamiento que exigía a los marinos heroísmo, semejante al de sus dioses. Como afirmó Cabrero (2007:105), es evidente que “ante la adversidad o, el inminente peligro, ante el cual el ser humano se ve impotente, éste se aferra a todo tipo de creencia religiosa en un débil límite con la superstición”.

En ese sentido y según una tradición griega, los cartaginenses habrían descubierto una isla paradisiaca en medio del Océano y la poblaron (Manfredi 1997). Quizás se trate de una referencia a la isla de Kerné, punto estratégico para los intereses económicos de los semitas (López Pardo 2008:60 y 64). Una región donde los fenicios conseguían pieles de animales salvajes y domésticos, defensas de elefantes, “vino etíope” y recursos metalíferos de sus inmediaciones. La leyenda cuenta que, ante el temor de una afluencia en masa de los cartaginenses hacia esta isla, lo cual terminaría descubriendo su posición geográfica a los enemigos semitas, las autoridades cartaginenses habrían prohibido dicho trasiego humano. Una perspectiva que avivó las esperanzas de la corriente intelectual brasileña, que entre finales del siglo XIX y comienzo del XX, defendía la ubicación de la referida isla en algún punto del litoral atlántico sudamericano.

Los clásicos, al igual que los textos bíblicos, hacen referencia al lejano Occidente como lugar recorrido por las naves de Tarsis. Entre estas fuentes, parece haber un paralelismo, pese a las diversas interpretaciones bíblicas del significado de la palabra “Tarsis” y a la confusión que sobre la misma siguió a la época arcaica griega (González de Canales et al. 2004:281:283). Se trata de un término geográfico de discutible ubicación durante muchos siglos. Actualmente, los recientes descubrimientos arqueológicos de Huelva, según evalúan buena parte de los investigadores, ayudaron a comprobar el significado del término Tarsis y

Tartessos, descrito en textos del Antiguo Testamento como un lugar situado en la Península Ibérica, aunque también parecen referirse con él a un tipo de barco fenicio (Koch 2003:32 y 39 y ss). El profeta Ezequiel (27:25) se refiere con este nombre a un lugar, no solo como al origen de las riquezas fenicias, sino también para describir la potencia económica que la urbe tiria representaba. Sobre todo, cuando menciona el acuerdo comercial entre Hiram I y Salomón, y cuando, al mismo tiempo, caracteriza a las naves de Tarsis como empresas monárquicas tirias ya a mediados del XI a.C:

Capítulo 27:

25 “Las naves de Tarsis en tu mercado constituían tus caravanas comerciales”.

También los hallazgos arqueológicos de las décadas de 1980-1990 en las costas atlánticas portuguesas - desembocadura del río Mondego, en Figueira da Foz, Santa Olaia -, muestran el control de esta ruta atlántica por parte de los marinos fenicios y después por los púnicos (Arruda 2002:217-8). En cuanto a la cronología de la presencia fenicia en la fachada atlántica, algunos arqueólogos proponen el siglo IX a.C., mientras otros prefieren (Aubet 2009) señalar el siglo VII. Tal vez existiera una ruta entre las aguas portuguesas y el Atlántico Norte, tal y como sucedió entre Gadir y la costa portuguesa hasta por lo menos la altura del Tajo en Lisboa, desde el 850-800 a.C. (Guerrero Ayuso 2008:116), con fluida y frecuente comunicación. Lo que parece claro para Alvar Ezquerro (1997:27-8) es que los fenicios frecuentaron sus asentamientos en la costa lusa desde el siglo VII a.C., como forma de garantizar el abastecimiento del estaño.

Sin embargo, la costa portuguesa presentaba dificultades de navegación a causa del régimen contrario de vientos, excepto en los meses de invierno cuando soplaban favorable al navío que salía de Gadir hacia dicho litoral. Pero aun en estos meses, la nubosidad tornaba peligroso el viaje por la noche, por lo que probablemente los fenicios utilizaron la navegación de cabotaje. Las corrientes marinas en este modo de navegación son insignificantes en esta área, excepto en la desembocadura del Tajo, donde el barco llega a alcanzar hasta 4 nudos durante el refluo de la marea (Arruda 2002:25-8). Por otro lado, y dado que en la Antigüedad

solo se utilizaba la vela cuadra y no la triangular – la cual posibilitaría a la embarcación vencer en diagonal estos vientos que soplan en contra -, es probable que los buques semitas avanzaran en algunos tramos movidos por la fuerza de los remeros. Aun así, no hay noticia de hallazgos arqueológicos, como muelles, puertos o pecios de la época del comercio marítimo fenicio más allá del norte de Lisboa. Lo único que se conoce son escasos materiales púnicos, incluso en el área de las rías gallegas, pero al parecer solo a partir del siglo V a.C. Sobre la antigua tradición náutica en estas costas hay petroglifos barquiformes, calcos, pinturas rupestres y grafitos sobre cerámica (Arruda 2002; Guerrero Ayuso 2008:87), indicando la navegación de cabotaje, incluida las rías gallegas, ya en época anterior a los fenicios.

Los viajes de Himilcón (Avieno, *O.M.*) y de Piteas (Guerrero Ayuso 2008:69), pese a que no hay evidencias arqueológicas, parece haberse dirigido ambos hacia el Atlántico Norte. El cartaginés Himilcón partió de Cartago. La interpretación de los investigadores sitúa su viaje en algún momento entre mediados del siglo V y IV a.C., hacia unas islas donde había estaño, según información recogida por Avieno (IV d.C.) no solo a partir de un poema griego del siglo I a.C., sino también de otras fuentes como las descripciones de probables viajes fenicios del siglo VII a.C. llevadas a cabo en la costa portuguesa (Alvar Ezquerro 1997:21-37). Esos testimonios narran también el encuentro de monstruos marinos y, de bajíos, así como la ausencia de vientos luego de alcanzarse el Cabo de São Vicente en la costa portuguesa, detalles en los que se podría entrever el conocido intento púnico de ahuyentar a sus competidores, de sus importantes rutas comerciales.

Para los antiguos griegos, se trataría de las islas Casitérides, una región indefinida entre la isla Bretaña (Cornualles) (Moscati 1988:46; Espelosín 2007:54; Llanza 2006:58) e Irlanda. El lugar también fue conocido como islas Estríminides, nombre derivado de unos habitantes poco conocidos en una zona de la costa europea del Atlántico Norte, y cuya localización quizás se haya transmitido a los fenicios por los habitantes de Tartessos. De esta forma se habría convertido en una ruta alternativa a la que, partiendo de dichas islas, cruzaba el territorio francés hasta el Mediterráneo (Bartoloni 1988:74 y 810; Mederos Martín 2008:51), para

transportar el plomo, el estaño y al ámbar. Este último mineral, fundido junto al cobre de Chipre, producía el bronce, a su vez una mezcla más resistente que el cobre, pero menos dura que el hierro. La navegación en esta área del Atlántico Norte, tanto pesquera como comercial (Guerrero Ayuso 2008:78), está arqueológicamente identificada como una actividad practicada desde el Neolítico.

El texto original del periplo de Piteas (IV a.C.) está perdido. Lo que se conoce sobre este relato fue descrito por otros autores, o a través de los escasos fragmentos de otros textos del referido navegador. En cualquier caso, es difícil situar los puntos geográficos narrados en el periplo (Medas 2004:137), ya que el texto constituye más bien un resumen científico de su viaje, con información astronómica y tabla de mareas. El texto presenta también dificultades filológicas, tal como el de Hannón.

También recordaremos aquí algunos datos históricos sobre islas atlánticas en donde hay evidencia o especulación a cerca de la presencia fenicia o púnica, como son: Canarias, Azores y Madeira. Estos archipiélagos ya fueron mencionados en alguna ocasión en los mitos de la cultura grecorromana antigua (López Pardo 2008:64; Medas 2008a:171; Atoche & Ramírez, 2011). Madeira fue definida como una Isla Maravillosa, en textos literarios que intentan asociarla a regiones tropicales a las que habrían llegado barcos fenicios. El poniente atlántico es el punto geográfico en donde la literatura etnohistórica solía ubicar los espíritus de los bienaventurados. Los griegos, y luego los romanos, transmitieron los términos de Islas de los Bienaventurados (Hesíodo, *Trabajos y días*, 166-73), Campos Elíseos (*Od.*, IV, 563) o Islas Afortunadas (Diodoro, V, 19.1-5) como formas cercanas al Paraíso Terrenal. Este último concepto se relacionaría con los fenicios a través del concepto que habrían dado estos al más allá (Manfredi 1997:10-17; Martínez Hernández 1999:242-279; Tejera Gaspar 2000:369; Plácido 2008:33; Marín, 2011:70-1). Se trata de lugares presumiblemente situados en algún punto del llamado Mar Exterior o Mar Océano, es decir, el Atlántico. Esta idea parece haber formado parte del imaginario más antiguo de la marinería mediterránea, al igual que el Jardín de las *Hespérides* o la Atlántida. Las *Hespérides* (Hesíodo, *Teogonía* 275; Apolodoro II 5.11) fueron ubicadas por griegos, romanos y bizantinos en los límites

del mundo, tanto al este como al oeste (Marín 2011:68). Y a medida que iban siendo descubiertas o redescubiertas por navegantes medievales, las islas atlánticas fueron confundidas por autores Modernos y Contemporáneos con estos sitios mitológicos a los que solían referirse las fuentes clásicas.

Respecto a Canarias, durante el siglo XX, los investigadores han defendido la llegada de los fenicios, basados inicialmente en textos clásicos, tales como los de Plutarco, Estrabón y Diodoro, entre otros, y también en estudios sobre corrientes marinas y vientos favorables que facilitarían ese recorrido desde algunos puntos de la costa africana occidental. En un principio se dató su ocupación humana dentro del Neolítico. Allí se formó una cultura similar a la que había en el norte de África, según Cuscoy (1968:17-8), basado en algunos registros paralelos entre ambas, por lo menos desde el III milenio a.C. También se consideró en un primer momento, que las comunicaciones del continente africano con el archipiélago Canario son muy difíciles debido a las condiciones desfavorables de los vientos, y a la lejanía de la costa africana. Se concluía así, que las corrientes de inmigraciones hasta las islas habrían tenido lugar de forma fortuita, empujadas por la corriente marina.

Esa fecha de frecuentación fenicia fue definida por Santana y Pereira (2002:9-96) entre los siglos X y VI a.C., de acuerdo con los registros de Plinio el Viejo. Se sabe que la expedición de Juba II hasta el archipiélago durante el siglo I d.C. (ibídem: 232 y ss) fue posible debido a los conocimientos que tenían los marinos del área del Estrecho sobre la anterior presencia púnica. El cambio social y político provocado por los romanos durante el siglo III d.C. hizo que las islas fueran temporalmente olvidadas. Existe constancia de que navegantes musulmanes las conocían en torno al siglo XI d.C., hasta que los portugueses las redescubrieron en el siglo XIV.

La reciente investigación arqueológica en yacimientos isleños, principalmente en Lanzarote, reveló la existencia de elementos asimilados de la cultura fenicia y púnica ya a partir de finales del II milenio (ibídem: 229-33). Estos elementos están conformados por fragmentos cerámicos, restos subacuáticos de ánforas relacionadas con el comercio fenicio, artefactos metálicos, muros propios del mundo semita e incluso pozos y cisternas típicas de actividades ligadas al

ámbito fenicio-púnico. Otros dos factores que confirman la fecha de poblamiento son la presencia de elementos de la industria de salazones en fondeaderos que ofrecen excelentes condiciones portuarias y pesqueras, y la constancia de ritos funerarios. Entre estos nos parece interesante mencionar las inhumaciones en recipientes cerámicos, ya que los arqueólogos brasileños del siglo XIX también propusieron la presencia fenicia en una ribera del gran río Amazonas en su área correspondiente a Brasil, basados en un modelo comparativo entre los enterramientos indígenas aquí encontrados y los de los semitas. Enterramientos estos que también se han observado en lugares de influencia fenicia en el Mediterráneo central y en el norte de África.

Para González & Arco (2007:67) el poblamiento semita comenzó a raíz de la pesca fenicia, especialmente del atún, en torno a las tranquilas aguas del archipiélago. En ellas aprovecharon la producción de sal y los recursos provenientes de los cetáceos que se acercaban a las islas, incluyendo el ámbar gris. Además, también se pudieron beneficiar de maderas de buena calidad, de elementos tintóreos y de la conocida savia del drago, un árbol originario de las Canarias, las *Insulis Fortunatis*, según se desprende del relato de Plinio (*Nat. Hist.*, VI, 37). Según Atoche & Ramírez (2011:231-2) se puede hablar de un proceso de colonización semita en la primera mitad del siglo X a.C., hecho que se llevó a cabo siguiendo el itinerario marítimo del I milenio a.C. a partir de Gadir.

Desde la Península Ibérica a Lixus y a Mogador iban los híppos, (ibídem: 252), por la denominada “ruta de las factorías”. Existen testimonios arqueológicos que testifican el funcionamiento de la factoría de Mogador ya en la segunda mitad del siglo VII a.C., según López Pardo & Mederos Martín (2008). Desde aquí podía la embarcación tomar rumbo hacia el oeste para alcanzar las denominadas Islas Salvajes, y desde allí llegar finalmente a las *Insulis Fortunatis* o Islas Afortunadas (identificadas por varios autores como las islas más occidentales del archipiélago canario: La Palma, Gomera, Hierro, Tenerife y Gran Canaria) o también como la Isla Mauritania (Manfredi 1997; Mederos Martín & Escribano Cobo 2006:81; Medas 2008:215). Otro itinerario sería seguir por la costa africana hasta el Cabo Juby,

desde el cual se adentraría al océano hacia las *Islas Hespérides* (que podría ser Lanzarote, Fuerteventura y la Graciosa).

Por otro lado, Jáuregui (1954) defiende que Canarias sería una referencia importante para dirigirse los marinos a las rutas auríferas, es decir, a los yacimientos de oro situados entre el río Senegal y Níger, en el Golfo de Guinea, además de constituirse el archipiélago en importante escala al regreso de las naves hacia la isla de Mogador.

Conforme propone López Pardo (1990:61), el proceso de creación de las colonias libio-fenicias descritas en el periplo de Hannón, podría coincidir con el poblamiento fenicio y púnico de algunas islas del archipiélago canario, proceso que fue abandonado a la caída de Cartago frente a los romanos, quedando prácticamente olvidado. Según Guerrero Ayuso (2008:70), algunos autores del siglo XX, como es el caso de Mauny (1960), suponían que las navegaciones típicas de gran cabotaje al archipiélago Canario no se superaron hasta la Baja Edad Media, sobre todo teniendo en cuenta las enormes dificultades que suponía el retorno del archipiélago hasta las costas africanas.

Sobre la posible presencia fenicia púnica en las Azores hay referencias literarias en la Edad Media (Bartoloni 1988:74). Tal es el caso, por ejemplo, del relato sobre la existencia de una enorme estatua fenicia en la isla del Corvo, la más occidental del archipiélago de Azores, y reseñada por cronistas portugueses del siglo XVI. Tenemos, además, el hallazgo, en 1749, de un tesorillo cartaginés del siglo III a.C., atribuido a la presencia púnica en esta isla (Monod 1973:548-50; Isserlin 1984:31-46; Alfaro Asins 1993:9-46; López Pardo 2008:63; Medas 2008a:153 y 2008b; Guerrero Ayuso 2008:70 y 76) y algunos restos cerámicos. Para Atoche & Ramírez (2011:231) el conjunto pertenecería a los siglos IV y II a.C. El mencionado tesorillo está formado por siete monedas de Cartago y dos de Cirenaica, y fue considerado algo similar en su composición a un conjunto encontrado en un pecio del puerto de Melilla. Sin embargo, prospecciones arqueológicas posteriores en la isla del Corvo no pudieron contextualizar dicho hallazgo.

No hemos encontrado menciones bibliográficas en Brasil durante el siglo XIX, acerca de este hallazgo de monedas o de restos cerámicos ligados a empresas fenicias. Lo que hay son menciones bibliográficas de la existencia de la supuesta estatua en la isla del Corvo, hechas por autores portugueses como ya indicamos, y también por el arqueólogo francés Gaffarel (1968:93-130) en 1875, durante un Congreso de Americanistas realizado en París. Este autor pretendió relacionar dicha estatua con una inscripción rupestre hipotéticamente fenicia hallada en Estados Unidos, *Bat Creek*, como prueba de la antigua visita semita al continente americano. Cuestión que analizaremos en la 2ª Parte.

En cualquier caso, la escasa consistencia de estos hallazgos no ha sido suficiente para que los historiadores y arqueólogos probaran alguna relación material entre la isla del Corvo y barcos fenicios o púnicos. Lo que a su vez deja sin sustento la hipótesis de proponer un viaje fenicio o púnico desde esa isla al continente americano. Tampoco encontramos hasta el momento en las costas atlánticas europea y africana noticias de datos arqueológicos que nos permitan afirmar que se haya realizado algún viaje desde estas costas, o desde los referidos archipiélagos, hasta el continente americano durante la Antigüedad. Solamente quedaría la posibilidad de seguir hablando de este viaje a partir de pruebas arqueológicas náuticas encontradas en América.

1.2) BARCOS Y TECNOLOGÍA NAVAL FENICIO-PÚNICA

1.2.1) TRADICIONES NÁUTICAS ANTERIORES

A través del registro arqueológico e iconográfico se sabe que desde la prehistoria el hombre realizó la pesca para sobrevivir. Con la ayuda de balsas rudimentarias, pasó a la plataforma marítima en busca de peces más grandes, lo que hizo que alcanzara por casualidad islas oceánicas cercanas durante el Paleolítico Medio. En el Neolítico Mediterráneo hay constancia de barcas chipriotas del tipo monóxila, con el aditamento de tablas, que realizaban la travesía entre el litoral turco y la isla de Chipre, separadas por unos 113 Km en línea recta, para lograr intercambiar productos como la obsidiana. Una travesía que duraría entre treinta y cinco y cuarenta horas, a una velocidad media de 1,65 nudos. La cronología arqueológica más antigua para canoas hechas de una sola pieza o piraguas de fondo plano, construidas a partir de troncos enteros, nos ubica en alrededor de 3000 a.C. en el área mediterránea. En cuanto al uso de artilugios náuticos como la vela, la mayor parte de los historiadores no admite su empleo antes de mediados del IV milenio. Y debe haber sido la recolección de minerales y el intercambio de metales (Liverani 1995; Guerrero Ayuso 2009:3-8 y 69) lo que impulsó el comercio entre estos puntos de interés separados por el mar.

En el Mar del Norte y en la zona marítima de las Islas Británicas se han hallado embarcaciones con tecnología basada en el cuero (Arruda 2002:26-7), fechadas entre los siglos XIII-XII a.C. con el entablado del casco unido por pieles de animales y movidas a remo (Avieno, *O.M.*, 100-108; Estrabón, III, 7). Aunque tenían hasta 15 m de eslora y se aproximaban a las medidas de las naves mediterráneas, su borda demasiado baja las volvía inapropiadas para la navegación en alta mar o para soportar las olas del Atlántico. En algunas áreas del Océano Índico parece haber existido en la Antigüedad unas canoas construidas a base de gruesos troncos. También está comprobado que muchos siglos antes de que Colón (1451-1506) cruzara el Atlántico, los navegantes de la Polinesia ya recorrían miles de millas náuticas en piraguas de madera entre una y otra isla de esta inmensa región,

algo que no dejó de maravillar a los navegantes de la Edad Moderna (Prado 1939:133), al ver estas canoas actuaren en un amplio área del Pacífico. Actualmente las embarcaciones de dicha área llegan a alcanzar los 23 metros, con posibilidad de transportar toneladas de carga y de navegar fácilmente en alta mar.

En el Mediterráneo, el análisis de relieves y diseños (Casson 1973:30-39), el hallazgo de pecios y de varios materiales arqueológicos empleados en el arte de la mar, además de las fuentes bíblicas y de los escritos de los clásicos, demuestra la gran capacidad de navegación que tenían los marinos que antecedieron a los fenicios. En una tumba egipcia de finales del siglo XV a.C., aparecen representaciones de naves mercantes tripuladas por marineros cananeos, que probablemente ya contaban con quilla y cuadernas. En el Extremo Occidente, todavía no se han encontrado pecios de navíos de guerra antiguos, como ocurre en áreas mediterráneas. Y tampoco hay registro de naves no fenicias surcando otros mares que no fuera el Mediterráneo, ya sea con fines comerciales o de guerra, ya que “ni las fuentes clásicas ni la investigación arqueológica ofrecen hasta el momento ningún dato sobre embarcaciones construidas en la Europa atlántica y que puedan haber navegado en el mar exterior” (Arruda, 2002, 26). Al parecer de algunos historiadores, el pueblo fenicio habría aprendido a construir sus barcos a partir de las técnicas egipcias (Aubert 2009).

Ya los micénicos navegaron por las costas del Tirreno mucho antes que fenicios y griegos. En la *Odisea* se hace mención a formas de naves que permiten concluir que ya se usaba clavijas y mortajas para coser las tracas por lo menos desde el principio del segundo milenio a.C., utilizando formas redondeadas para una mejor singladura. Era frecuente el empleo de la madera de abeto para fabricar el mástil sujeto al casco de la nave en proa y popa por estays y burdas, con la característica de ser abatible y desmontable. Otras clases de madera eran empleadas para construir la carlinga y la quilla. La cordelería podía estar hecha de tripa y tiras de cuero. Las velas cuadradas eran montadas entre dos vergas, y las anclas eran de piedra hasta el siglo VII a.C., época en que se comenzó a remplazarlas por el metal. En cuanto a la carga, las naves de guerra micénicas podían llevar enseres, panoplia y reses para la alimentación de la tripulación durante

el período que duraba sus inúmeras escalas. Algunas naves podían contar con treinta o cincuenta remeros.

La piratería era una forma común de adquirir botín. Era practicada con toda normalidad por los marinos antiguos, y entre los micénicos, era más bien considerada como un hecho heroico. También practicaban la navegación de cabotaje, exploraciones costeras y fluviales y el transporte de mercancías variadas. Se da por hecho que los barcos micénicos atracaron en puertos del occidente mediterráneo antes que los fenicios. También está atestiguada la tecnología empleada en los barcos cananeos desde principios del siglo XIV a.C., los cuales desarrollaron empresas comerciales ultramarinas en el Mediterráneo Oriental.

De esa forma, es muy probable que los nurágicos adoptaran las formas de dichas arquitecturas navales. Al final, la transferencia de tecnología naval importada de Oriente hacia las comunidades indígenas del Occidente mediterráneo hará que hacia el 600 y 500 a.C. sea difícil distinguir una embarcación tartésica de una fenicia, o una etrusca de una griega, conforme asegura Guerrero Ayuso (2008).

1.2.2) ASTILLEROS Y TÉCNICAS DE CONSTRUCCIÓN

Varios materiales antiguos y piezas arqueológicas actualmente en museos de Occidente fueron traídos hasta esas instituciones por expediciones de carácter científico lideradas por los llamados Viajeros Naturalistas, sobre todo en el siglo XIX (Talaídre 1992:269-95). Una época en que los museos representaban una fascinante llamada cultural casi exclusiva para las poblaciones europeas. En sus dependencias se pueden ver y analizar, por ejemplo, la evolución naval de pueblos como los fenicios, casi como se han podido investigar en sitios arqueológicos del propio Oriente, a través de pecios o desde las excavaciones arqueológicas en Occidente. Aunque mucho se debe al descubrimiento de materiales resultantes de los pecios, sin embargo, la fuente iconográfica es la que prevalece cuando se trata de investigar los tipos de barcos que los fenicios usaron para navegar por el Mediterráneo y el Atlántico desde finales del II milenio a.C.

La imagen más antigua de un barco o galera fenicia aparece en los frisos de bronce de las puertas de Balawat en Asiria, en torno al siglo IX a.C. Más tarde, en torno al siglo XI a.C., el egipcio Unamón relata la existencia de una importante flota mercante fenicia en un puerto egipcio. Hay también relieves como el del palacio de Jursabad, del siglo VIII a.C., y actualmente en el Museo del Louvre, que permite conocer detalles de la arquitectura de sus naves. Algunos muestran barcos mercantes fenicios transportando madera desde los bosques del Líbano y protegidos por naves suyas de guerra. Testimonios que, confrontados con fuentes arqueológicas griegas, ayudan a desvelar detalles de la tecnología semita en diferentes épocas.

Un hecho ocurrido en el final del siglo VIII a.C., por ejemplo, fue captado por escultores antiguos. La estampa conservada en el British Museum muestra al rey Luli abandonando Tiro; ubicada como estaba en el palacio de Senaquerib (701-681 a.C.), en Nínive, muestra ciudadanos tirios a bordo de dos tipos de buques huyendo de las tropas asirias probablemente hacia Chipre (Escacena et al 2007:10). En la escena se pueden ver naves de guerra alargadas y dotadas de un espolón de proa, con los remeros de espalda y marinos arriba dando cobertura y también grandes

cargueros redondos utilizados para el transporte de mercancías, con los remeros de frente al avance de la embarcación, y la gente colocada en el puente superior y protegida de las flechas enemigas por una hilera de escudos de los marinos. En el panel se puede apreciar también que el mástil del buque de guerra está sujeto mediante dos cuerdas a ambos extremos de la nave, pese a que el mástil se fijaba en una armazón de tres palos en forma de triángulo, (aunque en otras embarcaciones podía estar alojada en una carlinga). En cambio, en el carguero que transporta la gente, no se aprecia mástil ni vela, sino remeros.

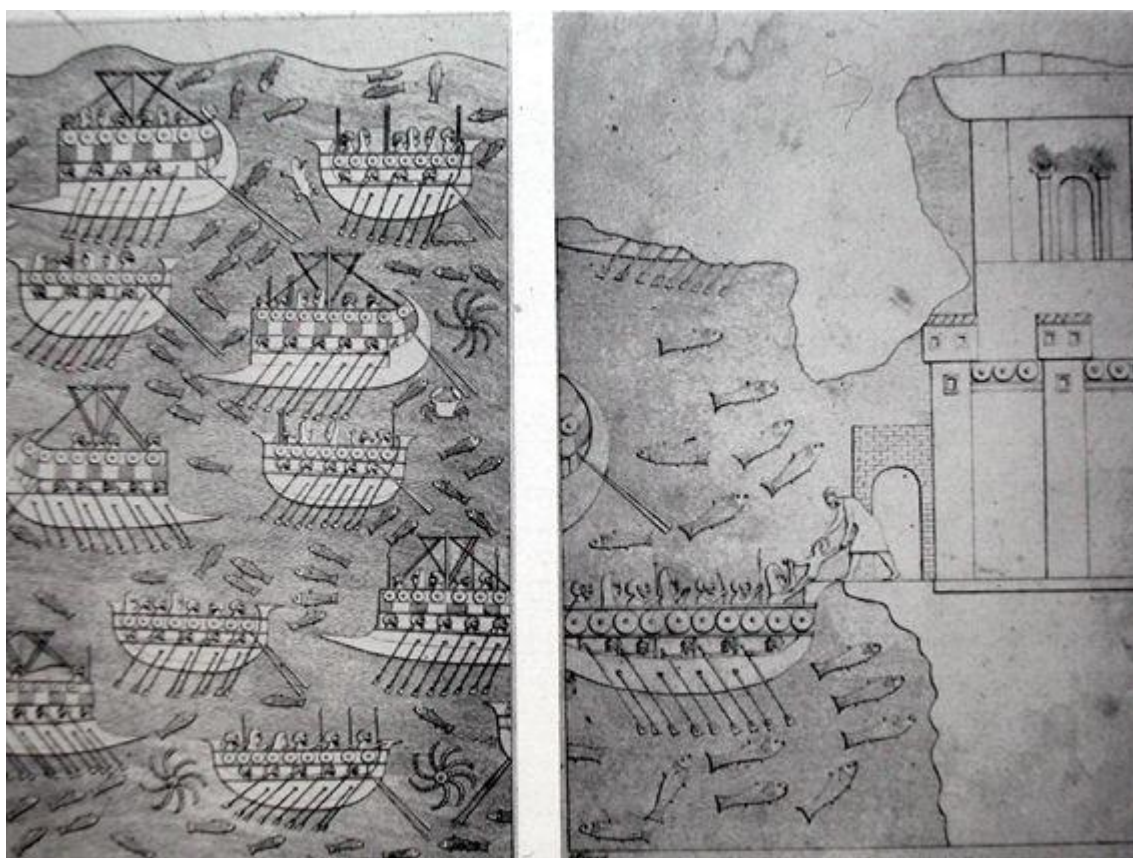


Figura 09: Panel conservado en el British Museum muestra al rey Luli abandonando Tiro; ubicada como estaba en el palacio de Senaquerib (701-681 a.C.), en Nínive. Fuente: <https://www.google.es/search>. Accedido el 29/08/2015.

Medas (2004) divide la antigua navegación marina en dos: una pensada para el llamado Mar Interno y otra, volcada hacia el océano. En cuanto a los modelos de

barcos, básicamente estaban contruidos para desarrollar actividades de transporte de carga, objetivos militares, pesca o dedicados a expediciones coloniales.

El estudio de la ingeniería naval antigua, respecto al proceso de construcción del buque mercante y de la nave de guerra, avanza actualmente basada en los descubrimientos subacuáticos que permiten comparaciones importantes. Descubrir la fecha de construcción del barco y el lugar, son datos fundamentales para establecer una línea evolutiva, a pesar de que conseguir estos datos resulta muy difícil. Aunque existen noticias de desembarcaderos, apenas encontramos registros de los astilleros. Los materiales encontrados en yacimientos de naufragios pueden aportar la fecha de su hundimiento, la identificación de rutas y el sistema de ensamblaje de la embarcación, posibilitando en algunos casos la identificación de la técnica de construcción empleada. Dependiendo de la época, los fenicios montaban primero la viga de la quilla, a ella añadían las tracas una a una, para ajustarlas luego todas a las cuadernas, tal como se aprecia en el barco de Uluburun (ca. 1300 a.C.) y los de Mazarrón (ca 650 a.C.). Técnicas que difieren de la construcción moderna denominada “a esqueleto” (Negueruela 2004:235-248). Las maderas utilizadas podían ser del ciprés, pino, higuera u olivo.

Otras fuentes ayudan a identificar la procedencia de algunos materiales utilizados en la construcción naval semita. Como, por ejemplo, el texto del profeta Ezequiel (27:5-9):

Capítulo 27:

- 5 “Con cipreses del monte Senir te construyeron todas tus planchas. Del Líbano tomaron cedros para hacerte el mástil”
- 6 “De las encinas de Basán hicieron tus remos. El puente lo hicieron de marfil incrustado en pino de las islas de Kittim.”
- 7 “De lino bordado de Egipto era tu vela que te servía de enseña. Púrpura y escarlata de las islas de Elishá formaban tu toldo”
- 8 “Los habitantes de Sidón y de Arwad eran tus remeros. Y tus sabios, oh tiro, iban a bordo como pilotos”
- 9 “Los ancianos de Gebal y sus más hábiles obreros calafateaban tus juntas.”

La referencia a dichos materiales muestra que los comerciantes fenicios traficaban con productos de varias partes del mundo conocido, además de los troncos de cedros y encinas extraídos de los cercanos bosques montañosos de la tierra Fenicia. El texto revela que la riqueza acumulada pudo convertir a los cargueros fenicios en la marina mercante más importante del Mediterráneo Antiguo.

A continuación nos referiremos a hallazgos de pecios que se han producido en varios puntos del Mediterráneo. Actualmente se puede nombrar una docena de ellos, fechados a partir del siglo XIV a.C. El más antiguo es el cananeo recuperado en 1984 en la costa Kas, sur occidental de Turquía y denominado Uluburun (ca. 1300 a.C.), con 15 m de eslora y capacidad de 20 tm, aun bajo investigación. En fecha un poco más reciente (ca. 1200 a.C.) se ubica, el pecio de Cabo Gelidonya, encontrado en la década de 1950, también en la costa sur turca, con 8 ó 9 metros de eslora y capacidad de más de 1 tm. Otros dos pecios fueron bautizados como Tanit y Elissa, hundidos a unos 53 kilómetros al oeste de Ashkelon, hacia el norte del Sinaí (a finales de la segunda mitad del s. VIII a.C.), con esloras de 14 ó 15 m y mangas de 5,5 a 6 m y 11 tm de carga cada uno (Stager 2004:179; López Pardo 2008:59; Martín Ruiz 2010:129). Existen también dos denominados Mazarrón 1 y Mazarrón 2, en el litoral sur de España (ca. 650 a.C.), aunque algunos creen que se trata de barcos indígenas al mando fenicio (Guerrero Ayuso 2008b:54-59), con eslora de 8,15 m, 2,2 m de mango y carga de 2,8 tm, el segundo barco, mientras que del primero hay poco casco. Para Chiara (2014c:40) la zona de costa donde se hundió este barco representaba una escala fenicia para reparar barcos averiados. Uno en Rochelangués, con 8 m de eslora y que transportaba 2 tm. Uno en Bajo de la Campana, en Murcia (625 y 575 a.C.), descubierto en 1958, con cerca de 15 m de eslora y que todavía se sigue investigando (Mauro 2014b y 2014c). Uno en la costa israelí, en Ma'agan Michael, (entre 425 y 375 a.C.) con eslora de entre 13 y 15 m, 4 m de mango y 12 tm, de piedra como lastre pero que podría llevar 25 tm de carga. Otro llamado El Sec, en Palma de Mallorca, (357 y 350 a.C.) de entre 9 y 10 m de eslora (Arruda 2002:26; Medas 2000 y 2008a; Negueruela 2004:235-40; Martín Ruiz 2010:127-30). Todos ellos han proporcionado diversas informaciones técnicas. También hay que añadir varios restos muy antiguos y

dispersos en el fondo del mar cuyas evidencias se componen de cerámicas, lingotes y anclas de piedra, pero que algunos arqueólogos apuntan como materiales arrojados. Por último, mencionaremos el hallazgo en el fondo del mar de la costa sur de la isla Gozo, en Malta, de restos que parecen ser de un barco mercante, con ánforas y otros materiales fechados en torno al siglo VII a.C., según un equipo formado por los arqueólogos Jean-Christophe (Universidad de Marsella), Timothy Ganbin (Universidad de Malta) y el técnico, Pierre Drap (Universidad de Marsella).

En 1988 y en 1994 se encontraron en el mar de la playa española de Mazarrón (Murcia) los restos de dos barcos fenicios: Mazarrón 1 y Mazarrón 2, como indicamos en el párrafo anterior. El segundo de ellos mide 8,15 m de eslora por 2,25 de manga, y es el mejor conservado de todos los pecios fenicios mediterráneos. En el momento del naufragio llevaba lingotes de plomo y cerámicas fenicias consistentes en vajillas de cocina, mesa y almacenamiento. El tipo de construcción también ha servido para fecharlo en la segunda mitad del siglo VII a.C. (Negueruela 2004:230) al igual que el primero. La arquitectura náutica fenicia de ese período unía las tablas de la embarcación con plomo para hacerlas más resistentes, calafateaban el interior para que no entrara el agua, y se aplicaba resina de pino en el exterior, quedando así la embarcación doblemente protegida. El ancla estaba hecha de madera, mientras que en otros yacimientos se encontró ancla de madera y plomo.

Una vez terminada su construcción y botada la nave, los armadores fenicios consagraban el barco a una divinidad para estar bajo auspicios de la protección divina (Cabrero 2007:101-2), ceremonia ritual que se solía realizar en la temporada favorable para la navegación, que iba de junio a septiembre. Un cometido que debía contar con una serie de rituales y sacrificios para proteger la embarcación y sus tripulantes ante los peligros de la jornada marítima comercial.

Los fenicios inventaron técnicas marinas de fundamental importancia como la quilla para mantener el barco pegado al agua y el espolón para hacer daño a las naves enemigas. Incluso puede que algunas de sus embarcaciones llevaran doble quilla (en proa y popa) y también timón con dos aletas (a babor y a estribor) manejadas por travesaños para facilitar la maniobrabilidad (Escacena et al

2007:13), sobre todo en características climáticas adversas del mar. Utilizaron la vela cuadra orientable de forma modificada por lo menos desde el siglo IV a.C., puesto que era ya una técnica conocida, según referencia de algunos autores clásicos, como por ejemplo Aristóteles (*Mec.*, VIII, 851), (Lonis 1978; Medas 2004:191-195; Guerrero Ayuso 2008:74; López Pardo 2008:63). Con este sistema pretendían aprovechar el máximo los vientos de componente desfavorable. Con el remo timonel doble, la nave podía realizar maniobras rápidas y seguras como las exigidas a los barcos de guerra de poco calado, ligeros, y que en régimen de boga podía alcanzar más de cinco nudos. Algunas contaban hasta con cincuenta remeros (Díes Cusí 2004:59), en sistema de doble propulsión.

El barco mercante tenía dimensiones mayores (Bartoloni 1988:74; Díes Cusí 2004:59-60) y podía desplazar alrededor de 150 toneladas. Los buques antiguos que no desplazaban más de 75 toneladas, son catalogados de pequeños por los historiadores (Martín Ruiz 2013:47). Según los expertos, los buques de dimensiones mayores podían arrastrar 225 toneladas, incluso hay noticias de otros que podían hasta con 400 toneladas (Singer 2007:20). Un carguero fenicio típico del 800 a.C. tenía una forma ancha y redondeada, medía entre 20 y 30 m de eslora, 6 y 7 de manga y un calado de 2 m. Y el travesaño que cruza de forma perpendicular el mástil para asegurar la vela medía entre nueve y once metros. Los griegos los llamaban gaulós (Escacena et al 2007:10), es decir, semejante a una bañera. La proa solía llevar en general la figura de un caballo para ahuyentar la mala suerte, mientras que la popa era de perfil redondeado, y terminaba en forma de abanico o cola de pez, con la clara intención de provocar en el enemigo una visión aterradora al asemejarse la nave a un gigantesco y feroz animal marino. Proa y popa eran curvilíneas. En la popa se encontraban los remos usados como timón (timonel). Los laterales tenían enormes ojos pintados para que la nave amedrontara aun más a los enemigos. Mientras que el espolón de proa en una nave de guerra (Espelosín 2007:57) tenía forma de reja de arado.

El mástil del pecio de época cananea del Bronce Tardío (ca. 1300 a.C.) (Stager 2004:179) llamado Uluburun, formaba una sola pieza que sostenía una vela rectangular probablemente confeccionada de lino, fija con una verga que se

orientaría en función de la dirección del viento. El análisis de los restos arqueológicos (unos 18 mil elementos y fragmentos encontrados en la parte inferior del pecio) ha sido posible con la ayuda de unas pinturas encontradas en las tumbas egipcias de Nebamun y Kenamon, del siglo XIV, y que muestran la llegada de una flota de modelo protofenicio, quizá cananea o chipriota, a un puerto egipcio (LLanza 2006:56; Singer 2007; Guerrero Ayuso 2008). Dicha nave se guiaba por un sistema empleado durante la Antigüedad, que consistía de grandes remos que pendían al costado de la embarcación, y que funcionaban a modo de timones. Otros barcos de mercancías solían llevar un remo con palas asimétricas colocadas en el lado izquierdo de la popa. En el puente, hacia la popa también se erguía el castillo amueblado con aparejos, y la cocina para una tripulación de veinte hombres, incluidos el capitán y el piloto (ibídem: 56). Otras naves mercantes consideradas pequeñas, tenían aproximadamente una dimensión de entre 14 m y 6 m de ancho.

Las naves de guerra eran más estrechas y alargadas, contando con un espolón en proa para perforar el costado enemigo, tal como la pentecontera. Cuando se utilizaba los servicios de los remeros, estos iban de espaldas, y la sincronización de las remadas lo aseguraba un flautista. Los historiadores llaman la atención sobre el hecho de que los remeros de la nave de guerra iban de espalda respecto al sentido de la singladura del barco. Dado que en una batalla en el mar el objetivo era investir con el espolón la nave enemiga y hacerla naufragar, yendo de espaldas, los remeros no se daban cuenta de cómo iban las cosas, y remarían sin temor hasta el último momento. Con modelos muy eficientes, como la Trirreme o Trier, que podía medir cerca de 36 metros de longitud y llevar hasta ciento ochenta marinos, la ingeniería militar de los barcos fenicios y púnicos hizo que sus navegantes dominaran los mares (Bartoloni 1988:75-6) entre los siglos VII y VI a.C. Algunas naves llevaban dos órdenes de remos saliendo de las amuras a través de sendos orificios. En la popa iba un remo timonel doble para guiar la embarcación.

Se sabe también que las naves mercantiles fenicias que singlaron inicialmente el Mediterráneo eran desplazadas mediante la fuerza humana, hasta que el aumento del volumen de los productos transportados y el incremento del ritmo comercial les obligó a desarrollar la tecnología de las galeras, o los gaulós

mencionados por los griegos, embarcaciones con mayor capacidad de carga. Con cualidades náuticas mejoradas, esa galera fue impulsada por una vela cuadra orientable o redonda. También se levantó la popa y la proa reforzando el casco por el exterior poco más arriba de la línea de flotación, con largos tablones, se equipó el navío con un grueso mástil y se lastró con piedras en el fondo del barco para darle estabilidad al singlar. La popa contaba con una balconada. Un buque propio para el Océano Atlántico. A ese tipo de naves capaces de recorrer largas distancias y navegar en alta mar, fueron referenciadas por los autores clásicos y por textos del Antiguo Testamento como Naves de Tarsis. En términos estructurales, el gauló fenicio se asemeja a las naves cananeas del II milenio a.C., como se puede comprobar a partir de la iconografía náutica mediterránea caracterizada en terracotas chipriotas y en pinturas sobre vasos cerámicos del periodo Chipriota Arcaico I (Arruda 2002:26). No obstante, las embarcaciones con 18 ó 20 remeros continuaron sirviendo como auxiliares de la navegación comercial semita.

Estrabón (III, 4) habla de los híppos, de bajo tonelaje, utilizados en la pesca y viajes costeros, y movidos por una o más filas de remeros, las birremes. Tal como se puede ver representado en la puerta de bronce de Balawat en el siglo IX a.C. o en los relieves del palacio de Sargón II en Khorsabad entre 721-705 a.C. Tenían la proa y la popa decoradas con prótomos de caballo. Pudieron ser utilizadas también en la costa atlántica africana para remontar el estuario de los ríos. Tenían sus aparejos abatibles y desmontables. Otros relieves muestran embarcaciones fenicias menores de hasta dos remeros, con el mascarón de proa semejante a cabeza de caballo, con lo cual pretendían no solo intimidar al enemigo, sino también invocar la protección de algún dios para superar las dificultades marítimas. En otros paneles antiguos se puede ver que había mascarones tanto en la proa como en la popa.

En las costas portuguesas del Atlántico, isla de Berlenga, se produjeron hallazgos arqueológicos de cepos hechos de plomo con alma de madera. Miden de largo entre 2,63 m y 2,55 m y pesan en torno a 422 kg. Están fechados a mediados del I milenio a.C. y se supone que formaban parte de anclas de hasta 6 metros de

longitud, lo que significa que pertenecieron a embarcaciones de gran tonelaje (Arruda 2002).

Se supone que para la confección de la vela de una nave se utilizaba habitualmente el lino, de Egipto. Se fijaba a una verga pegada al mástil, y se orientaba según fuera la dirección del viento. En cuanto a su formato, era cuadrada o redonda. La vela Latina de forma triangular, que posibilitaba vencer obstáculos bastante adversos como los que se producían en las costas atlánticas de África y de la Península Ibérica, todavía no se había inventado. Entonces, cuando arreciaban los vientos contrarios o las corrientes marinas, se echaba mano de los remeros. Los navegantes semitas conocían la posición de los astros para orientarse en el mar y también el sistema de vientos y corrientes marinas que imperaba en determinados tramos de sus rutas y en cada época del año, utilizándolos a su favor. Estos conocimientos sí les habrían permitido cruzar el Océano Atlántico, haciéndose arrastrar por corrientes y vientos muy favorables, y contando, además, con experimentados pilotos. Otra cosa era poder regresar.

1.3) CONDICIONES CLIMÁTICAS Y DE NAVEGABILIDAD EN LA COSTA ATLÁNTICA AFRICANA

1.3.1) PERSONAL A BORDO, DIETA Y MERCANCÍAS

No resulta fácil encontrar datos sobre la dieta de los marinos fenicios a bordo de una nave de carga comercial o de un buque de guerra. Incluso porque en un hundimiento resulta difícil diferenciar entre los materiales destinados al comercio y los destinados a la tripulación. Sin embargo, el análisis de los escasos pecios fenicios y cananeos descubiertos, permite determinar por analogía unas dataciones bastante precisas por tratarse de materiales pertenecientes a distintas épocas y, amén de eso, prácticamente carente de intervenciones posteriores. Unas condiciones arqueológicas, a su vez, capaces de nos desvelar las continuidades temporales y, por otro lado, las diferencias entre unas y otras.

Se sabe que la travesía de larga duración exigía encender fuego a bordo. La cocina se localizaba en la popa y estaba equipada entre otros enseres con cuencos a mano, morteros, cucharas, jarras de un cuarto para vino, decantadores y una caja de arena y otra de agua para casos de incendio. La dieta consistía en frutos secos, aceitunas, cereales, algunas legumbres, vino, aceite y pescados (Díes Cusí 2004:61). Y el buque de carga llevaba cientos de ánforas para almacenar agua dulce, vino y aceite, como productos de exportación o importación.

La organización a bordo podía llevar como tripulación un piloto, un carpintero, un sacerdote, un médico, un oficial de maniobra local, un o más timoneles; guardias o vigilantes, intérpretes, geógrafos o cartógrafos, y varios remeros (Medas 2008a:164). Un total de más o menos 14 personas.

Los análisis llevado a cabo entre 1983 y 1994 por George F. Bass y Cemal Pulak (Singer 2007:24-9; Negueruela 2008:240; Martín Ruiz 2010:129) sobre la carga de la nave Uluburun naufragada en la costa occidental de Turquía, demuestran la existencia del comercio desarrollado entre el Levante mediterráneo, Egipto y Grecia, antes de las invasiones de los Pueblos del Mar. La nave llevaba emplazada en la cubierta, sujeta al bauprés con cuerdas, una gran vasija (*pithoi*),

en donde almacenaría también parte de las mercancías, tales como: puntas de lanza de bronce, cetros, mazas ceremoniales de piedra, etc. Debido al poco espacio disponible en la nave, la tripulación se abrigaba en un lugar reducido.

El pecio reveló que su cargamento principal era de 120 discos de cobre totalizando 10 toneladas, pero había otros 354 lingotes fundidos con minerales de la isla de Chipre, y herramientas de bronce como hachas, cinceles, azuelas, taladros, leznas y una sierra, utilizados seguramente para la reparación del barco. Otros de los muchos elementos rescatados fueron: nueve contenedores del tipo *pithoi*, que podían alcanzar hasta 1,30m de altura, y que estaban destinados al almacenamiento de granadas y quizá aceite de oliva, gran cantidad de piezas de cerámica de origen chipriota y micénico, recipientes de huevos de avestruz, caparazones de tortuga, colmillos de elefante e hipopótamo, e instrumentos musicales como, timbales de bronce, de dedo, y pitos de estaño (Cabrero 2007:106; Singer 2007), miles de cuentas que eran utilizadas como abalorios de trueques, elaboradas en vidrio, fayenza, esteatita, calcedonia y ámbar del Báltico, un cáliz de oro, una balanza con juegos de pesas y lingotes discoidales de pasta de vidrio azul y turquesa, troncos de ébano africano, madera muy apreciada en la Antigüedad debido a que con ella se confeccionaban objetos de lujo, aproximadamente una tonelada de resina aromática de terebinto, utilizada como incienso, junto con vasijas para guardar el murex y también utilizados como componentes del incienso tras ser reducidos a polvo, objetos manufacturados de marfil, como estuches de maquillaje de inspiración egipcia y, varios tipos de armas, lanzas, puntas de flechas, espadas de casi medio metro de longitud y puñales de procedencia cananea, micénica, itálica y balcánica, semillas y plantas como salvia, cebada, trigo, uva, garbanzo, almendro, menta, coriandro, pistacho, aceituna, sésamo y, comino. Conformando materias primas y bienes de prestigio.

En el pecio de Bajo de la Campana, procedente de un naufragio frente a las costas del Mar Menor (Mederos Martín & Cabrero 2004), también se ha podido identificar la procedencia de algunos materiales que llevaba cuando naufragó. Traía marfil norteafricano probablemente de Marruecos, estaño de Galicia o norte de

Portugal, cerámica del litoral malagueño, galena argentífera quizás de Murcia y un ánfora del Mediterráneo Central.

La artesanía representó un importante peso en la economía semita al exportar los comerciantes, a partir de sus talleres, objetos y joyas trabajadas en oro, plata y piedras preciosas y duras, tallas de marfil y alfarería. Los lingotes de cobre, estaño, plomo y también el hierro fueron muy utilizados para fabricar artículos de lujo y también armas. Otros productos eran: la lana teñida de tinte rojo y la industria de salazón de pescados. A parte de los referidos lingotes minerales utilizados para fundir, se pueden enumerar varios materiales encontrados en los naufragios semitas del Mediterráneo: ollas, cuencos, vasijas de piedra, calderos de bronce y cobre, platos y copas de estaño, cazuelas, utensilios de madera, molinos de piedra, piedras de afilar, mangos de cuchillo, jarras de vidrio, jarros, vasos, cráteras, morteros, cilindros-sello, collares, colgantes, espejos, escarabeos, lucernas, candelabros, hachas, azadas azuelas, trípodes, tapaderas, anillos de plata y de oro, ungüentarios cerámicos, espátulas de madera para cosmética, peines, pedestales de piedra, cajas con tapaderas, agujas de bronce, brazaletes, restos de polen, escifos, olpes, kernos, píxides, cántaros, sítulas, carpachos, espuestas de esparto, cepas de vid, pátera, alabastron, askó, díptico (tablilla doble), entre otros artefactos.

Martín Ruiz (2010:133) concluye, tras el análisis de varios pecios semitas del Mediterráneo, que a partir de los siglos VII y VI a.C. aparecen en el proceso productivo comercial ciertos tipos de controles que van a limitar el intercambio de bienes considerados suntuosos entre los grupos sociales privilegiados de Oriente, dando lugar cada vez más a un comercio marítimo de alimentos, es decir, de rango poblacional más amplio. Un sistema al que también se ha calificado de Mercantilista (Puckett 2012). El reducido tamaño de los buques comerciales demuestra el poco calado de los puertos mediterráneos del I milenio a.C., respecto al milenio anterior. Y, finalmente, la carga muy variada de “las panzas” apunta a un circuito transnacional, por así decir, del viaje comercial de los buques semitas por numerosos puertos Mediterráneos.

1.3.2) EL DERROTERO: EL SOL, LAS ESTRELLAS Y LA TIERRA

La heterogeneidad de los elementos y objetos encontrados en pecios fenicios, también ayudan a delinear un panorama geográfico de sus rutas marítimas y de sus respectivas actividades comerciales. Igualmente ayudan no solo a conocer sus técnicas de construcción naval, sino también a aclarar algunos medios utilizados por estos marinos para navegar. Esto ha hecho que la investigación actual haya echado por tierra la teoría de que los barcos fenicios solo practicaron la navegación de cabotaje, como se venía defendiendo hasta la década de 1970.

El sol constituyó la guía principal de los antiguos navegantes, ya que los puntos exactos de su salida y de su ocultamiento indicaban la dirección a seguir (Medas 2008a:152). Pero los marinos fenicios debían singlar también por la noche (Basch 1974), puesto que, conforme a referencias clásicas, solían realizar la denominada navegación de altura, en tramos que exigía ese proceder durante días. Una clase de navegación a la que Medas (2004) llama astronómica, direccionada pues por la astronomía náutica. Esto presupone que poseían la capacidad de una larga orientación autónoma.

También utilizaron otros recursos para orientarse en alta mar: la dirección del viento y el oleaje. Es posible también que lanzasen pájaros que llevaban a bordo. Las aves, al ser puestas en libertad, buscarían la tierra, y el piloto les seguiría el rumbo. En caso de que la tierra estuviera lejos, las aves volverían a bordo (Díes Cusí 2004:64).

Uno de los factores más importantes en los que los investigadores sí se ponen de acuerdo, es que fue la transmisión oral de su experiencia marítima la que dio a los marinos fenicios la capacidad de predecir las condiciones climáticas de cada tramo marítimo, y también de conocer puntos de referencias para poder conducir sus barcos por rutas casi exclusivas. Factores que podrían explicar la superioridad de los fenicios en la navegación respecto a otros pueblos marítimos. De hecho, a estos experimentados marinos se les atribuye el descubrimiento de la importancia de la Osa Menor y de la Estrella Polar, bautizada también como la Estrella Fenicia (Arruda 2002:27; Medas 2004:158-68; 2008a:153). Estas

constelaciones les ayudaban en la navegación en mar abierto, al dejarse guiar por los puntos de salida y puesta de sus estrellas, aunque estas son menos luminosas que las de la Osa Mayor. La Osa Menor era todavía visible para los marinos fenicios en parte de la costa atlántica africana más meridional que hayan podido navegar, aunque ambas constelaciones son las más visibles del hemisferio boreal. De todas formas, si no hay ninguna estrella que salga o se ponga en la trayectoria elegida, las demás estrellas del firmamento también sirven de referencia, ya que los navegantes pueden valerse de la luna y de los cinco planetas visibles al ojo humano, para mantener el rumbo. En cualquier caso, para Medas (2008b:88-9) algunos historiadores modernos habrían exagerado esa división entre griegos y fenicios respecto al uso de la orientación astronómica de ambas constelaciones, ya que no correspondería a la realidad, una vez que ambas referencias podían naturalmente ser utilizadas de acuerdo con la posición del barco fuera fenicio o griego, y también debido a las condiciones climáticas del momento.

Al mediodía y en las noches nubladas en las que no se observan estrellas, los tripulantes se orientan por el viento y también a través de la observación del oleaje del océano en relación con los puntos de salida y puesta del sol, sea que haya sido constituido por olas procedentes de tormentas, sea que se deba a las olas que perduran después de haber pasado los vientos que las han generado. El oleaje constante es un punto de referencia más fiable que las olas formadas a partir de brisas locales variables, y, dado que se desplaza en línea recta, le permite al navegante orientar el barco hacia una dirección concreta.

Es así como se puede explicar la presencia de fenicios en regiones a las que no es posible llegar en un sólo día de navegación, y en las que el recorrido obliga a perder de vista la línea de costa, como es el caso de los tramos entre Sicilia, Cerdeña e Ibiza, o entre el litoral italiano y Útica (Casson 1973:286-7). De hecho, tanto Hesíodo como Homero describen viajes de varios días sin escalas intermedias, y más tarde Estrabón (III, 2, 5) menciona que en el Mediterráneo se navegaba en alta mar.

La navegación de cabotaje fue utilizada por los barcos fenicios de dos formas: una de pequeño y otra de largo recorrido, pero casi siempre a la vista de la costa.

La primera, preferentemente diurna y que tenía en cuenta la posición del sol, conducía los barcos de menor tonelaje entre enclaves próximos, de 25 a 30 millas náuticas. Mientras que la otra, se realizaba lejos de la tierra, y con tramos en mar abierto, probablemente por la noche. En este caso se orientaban por medio de las constelaciones cuando el tiempo lo permitía (Bartoloni 1988:72; Medas 2008a:153), como hemos explicado arriba.

Según el filósofo Agatemero, parece haber sido Anaximandro de Mileto, el primero en dibujar en una tablilla la idea del mundo entonces conocido. También, pertenece a otro griego de Mileto, Hecateo (ca. siglo VI a.C.), uno de los primeros mapas, en forma de disco, de que se tiene conocimiento. Hay que advertir que esa noticia no está basada en prueba material, sino en referencias a veces inciertas de escritores especulativos que ni siquiera navegaron. Se sabe que el mundo para los griegos era plano, y estaba limitado por un océano salado alrededor de una masa de tierra flotante sobre un disco y que al sur de Libia, el continente africano no tenía agua sino tierra, que impediría su circunnavegación. Pero es probable que los navegantes fenicios debieran conocer desde hace mucho tiempo más allá de lo que mostraba dicho mapa, puesto que durante varios siglos mantuvieron la exclusiva de sus rutas por el Atlántico y por el mar Rojo. La descripción geográfica con certeza cartográfica y sin todavía mapas, solo llegará con Estrabón y Ptolomeo (Díaz 1998:12-3). En todo caso, la cosmogonía geográfica antigua nos hace ver que, durante el período que corresponde a los experimentados navegadores fenicios, tuvo características más bien míticas. Según el criterio de Medas (2004:14) la “carta náutica” antigua era en realidad cosa de la memoria privilegiada del piloto, teniendo en la observación morfológica de la costa y de las islas sus referencias más seguras. Hasta bien entrada la Edad Media (Basch 1974:80-81) algunas clases de mapas eran considerados secretos de Estado por las potencias marítimas de Portugal y España.

Se sabe que la velocidad media de una flota comercial, por ejemplo, durante el siglo V a.C., giraba en torno a 2 ó 3 nudos, lo que le permitía recorrer en un día 50 millas náuticas. Pero esta velocidad aun podría ser superada por una nave de guerra. Hay registro en Polibio (I, 46-7) de que un barco logró vencer las 125 millas

entre Cartago y Sicilia en 24 horas, lo que supone una velocidad media de la embarcación de aproximadamente 5 nudos por hora (Llanza 2006:58). Y la rapidez era un factor importante tratándose de barcos de guerra (Bartoloni 1988:72-4) que solían patrullar las costas.

La navegación comercial se hacía coincidir con el buen tiempo de los meses del verano, y desde muchos puntos del Mediterráneo, en un día despejado, una flota podía observar puntos de referencia en el continente (Ruiz de Arbulo 1991). Cuando hacía mal tiempo, se podía con alguna facilidad elegir un abrigo en una ensenada de escasa profundidad y protegida de las olas (Bartoloni 1988:72). Es lógico pensar que estos marinos se habían perfeccionado en el arte de navegar teniendo en cuenta las condiciones atmosféricas en diferentes regiones de mar y océano.

Es bastante probable que en un determinado momento y bajo condiciones especiales, algún buque apurado por el ansia de descubrir nuevas fuentes de riqueza, o durante una faena pesquera, haya cruzado sin proponérselo la línea de los trópicos hacia el Sur en la costa atlántica africana. O que en otro caso, simplemente una nave haya sido arrastrada por fuertes vientos y corrientes atlánticas hacia oeste. En cualquiera de estos casos podemos considerar que la embarcación no haya podido volver al Mediterráneo, y aquí es donde cabe imaginar que haya podido ser dominada y arrastrada por la corriente que va hacia Sudamérica.

Por otro lado, en la Antigüedad existía la creencia, basada en las ideas de Ptolomeo, de que por debajo de cierta latitud el clima se volvía ardiente e imposible para la vida. Pero tal vez los fenicios pudieron darse cuenta de que esto no era así, sobre todo si confirmara la realización del periplo de Neco II (Herodoto IV, 42; Estrabón II, 3.4; Polibio III, 37; Aristóteles, *Meteorológicas* 354a), o del periplo de Hannón.

1.3.3) COMPORTAMIENTO DE LOS VIENTOS

Investigaciones realizadas por modernos autores han comprobado que los patrones de comportamiento de los vientos durante las navegaciones fenicias, son prácticamente los mismos que se dan actualmente, por lo menos en el área Mediterránea (Puckett 2012:51-2). Los vientos fueron en la antigüedad un elemento tan importante para la navegación, que teniéndolo a favor, el mismo trayecto podía realizarse a veces en la mitad del tiempo que teniéndolo en contra (Casson 1973:281-2). Y en áreas como el litoral atlántico de África, el conocimiento sobre su comportamiento era todavía más necesario por tratarse de aguas que podían volverse peligrosas para una nave de carga.

En esta zona, y dependiendo de la estación, los vientos soplan en dirección contraria cuando el navío gana las aguas oceánicas nada más dejar el Mediterráneo y poner rumbo hacia el sur. Por eso, para evitar tremendas dificultades en su avance tenían que aprovechar determinados períodos del año, cuando el viento soplaba a favor. Lo mismo ocurre en el litoral atlántico portugués, donde en noviembre es posible subir de sur a norte bordeando esa costa (Arruda 2002:25), una vez que los vientos soplan en este sentido durante parte del periodo invernal. Es evidente que en otros periodos en los cuales los vientos representaban una fuerza en contra, las embarcaciones podían contar con los remeros para avanzar. Y los fenicios conocían muy bien su régimen en ambos lados del Atlántico, ya que exploraron la zona durante siglos.

La acción del viento, sumada a las corrientes marinas en la costa atlántica africana, podía arrastrar hasta alta mar la embarcación a través de la corriente conocida por los barcos portugueses del siglo XV como *volta pelo largo*. Esa sería la única vía física que podría explicar la llegada de posibles navegantes fenicios al Nuevo Mundo, dado que no se puede descartar de forma absoluta que una navegación fortuita primigenia o antigua llegara a las costas sudamericanas de este modo y desde el litoral africano, en menos de treinta días. Esta posibilidad, unida a su vez a algunas fuentes literarias cargadas de intereses singulares y que analizaremos en la 2ª parte de nuestro trabajo, producirá el conjunto teórico que

pudo explicar la aparición en la Europa del siglo XVI, de la teoría de los fenicios en América, inicialmente en Perú y luego en la Amazonía brasileña, para después pasarse a otros puntos del continente americano, incluida la costa noreste de Brasil.

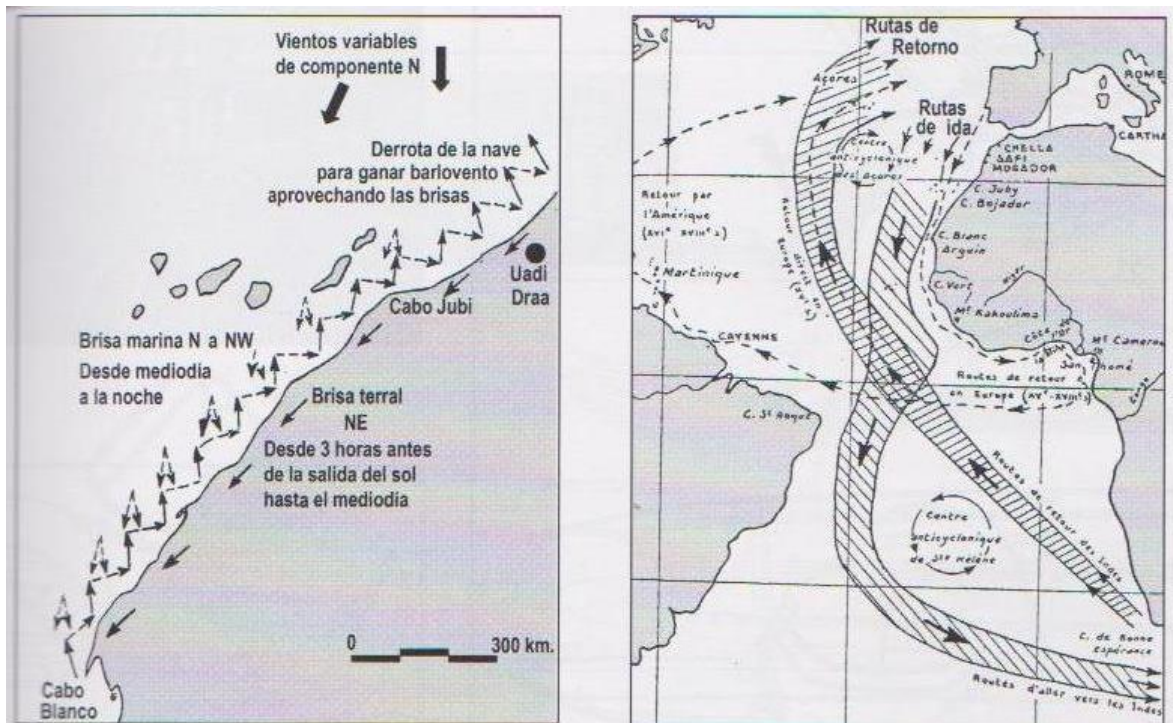


Figura 10: A la izquierda, la derrota de los barcos al regreso durante época fenicia. Para remontar ese tramo del litoral africano, a fines de agosto o principios de septiembre, sólo es posible de dos maneras: aprovechando las brisas marinas y terrales o utilizando remeros.

Figura 11: A la derecha, dos derrotas surcadas a partir de la Edad Moderna, siguiendo la llamada “volta pelo largo”. Fuentes: Guerrero Ayuso (2008:133), basado en información de Mauny, 1955.

1.3.4) CORRIENTES OCEÁNICAS

Los marinos semitas sabían que las corrientes marinas podían contribuir para acortar o alargar el viaje de su flota. Y tratándose del litoral atlántico africano, es de suponerse que conocían muy bien el flujo de sus aguas surcadas continuamente por ellos durante siglos, como ya hemos dicho en conformidad con algunos historiadores. El regreso desde Mogador (Kerné) hasta el Estrecho era difícil por la corriente marina norte-sur (Lonis 1978:147-70). Y más al sur, una nave podía perderse o ser arrastrada hasta alta mar si se cruzaba el límite del Cabo Juby, como lo demuestra la referencia a una desafortunada embarcación de época romana, según un relato de Polibio.

Lo que se da como cierto hoy día es que es posible navegar en el océano para ir de un continente al otro en cualquier época del año, dadas las condiciones climáticas, si se comparan, por ejemplo, con las que presenta el Mediterráneo durante el invierno.

Algunos textos modernos analizan en detalle las direcciones de las corrientes oceánicas entre el oeste de África y el este de América del Sur durante todo el año. Al norte y al sur de la Línea Ecuatorial existen dos corrientes denominadas ecuatoriales que van en paralelo de este a oeste, originadas por la rotación de la tierra (Le Danois 1940:98). La del norte, llamada corriente de Canarias, que nace cerca de la isla de Mogador donde las aguas de la meseta continental Marroquí, expelidas por las procedentes de alta mar, resbalan hacia el Sur en dirección del archipiélago Canario. Estas aguas se encuentran encerradas al norte y al sur, por los dos ejes. Y este doble movimiento fuerza a dichas aguas hacia alta mar, haciendo que se dirijan a sudoeste, dando origen a la mencionada corriente ya conocida por los portugueses durante la Edad Media. Tratándose de piraguas y botes rudimentarios, podrían ser arrastrados en sucesivas olas hacia alguna de las Islas Canarias. El regreso, en cambio, lo tenían muy difícil, ya que la corriente seguía a lo largo de las Canarias en dirección a América.

La navegación lejos de la costa entre el litoral africano y las Canarias queda dificultada por los vientos del norte-oeste y por las marejadas. Y la zona más

favorable para la navegación hacia estas islas parece ser la que parte desde el área comprendida entre Agadir y Safi (Montagne 1923:174-216). Por otro lado, el derrotero actual para la navegación a vela en torno a las islas está lleno de advertencias y consejos, productos de una larga práctica marinera. Así, señala, por ejemplo, que en torno a Canarias, entre noviembre y enero los alisios son interrumpidos en general por temporales del sur-este o del norte-oeste - los más duros en determinados momentos -, resultando peligrosas en esta época las bahías abiertas a ellos. Los canales entre las islas son limpios y, al sur, suelen haber calmas entre ellos, ocasionadas por la altitud de las tierras isleñas, mientras que las corrientes de aire procedentes del norte, son divididas por las islas. El encuentro de las dos corrientes de aire puede producir espacios invadidos por calmas y peligrosas ventolinillas con mar gruesa.

De todo esto se deduce que la navegación hacia y en torno al archipiélago canario y su difícil retorno en tiempos prehistóricos, explica “el fuerte aislamiento de las islas y la conservación y arcaísmo de su cultura originaria” (Cuscoy 1968:26-7). Debiendo ser considerada más como navegación de fortuna que como ruta regular. Algunas inscripciones rupestres prehistóricas encontradas en el Barranco de Silva, en Gran Canaria, muestran señales correspondientes a los alfabetos Thera-Melos con elementos fenicios, según relata Cuscoy (1968:23).

Respecto a la corriente atlántica ecuatorial del norte hay dos casos recientes de navegaciones a la deriva provocadas por su fuerza hacia el oeste. Ambos fueron publicados en la prensa brasileña y llaman nuestra atención de cara a lo que venimos contextualizando. El primer caso es el de una canoa de una sola pieza y de fondo raso originada en la isla Madeira. La tripulación estaba compuesta por cuatro pescadores que habían salido a faenar. Después de más de cuarenta días a la deriva en el Atlántico Sur, a causa de una tormenta que les hizo perder el rumbo, solo dos de estos pescadores lograron llegar vivos al litoral del actual Estado de Ceará, casi en la Línea Ecuatorial, en la región noreste de Brasil, y ayudados únicamente por dicha corriente oceánica y por los vientos. Un hecho notificado por periódicos del referido Estado, y también por el *Guinness World Records*, en su edición de 1994.

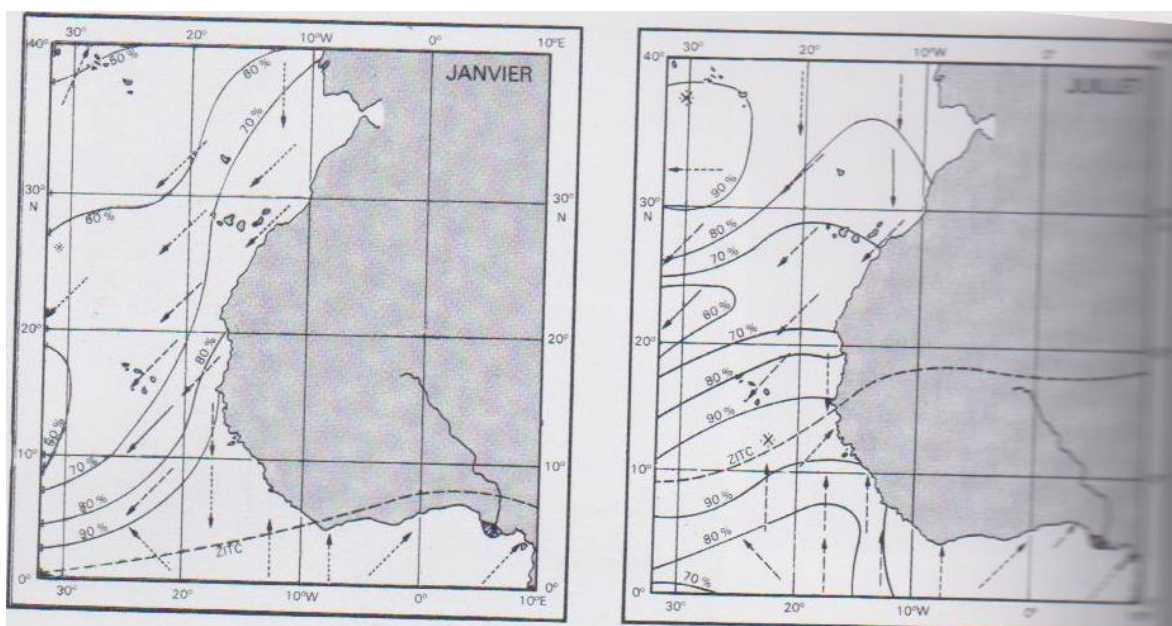
El otro registro es más reciente. Y ocurrió en la madrugada del 3 de octubre de 2009 cuando un pesquero de cerca de diez metros de eslora proveniente de Nigeria, de una empresa llamada *Mide*, encalló en la playa de “Búzios”, ubicada en el litoral sur del Estado de Rio Grande do Norte, a su vez situado entre el Estado de Ceará y de Paraíba, región noreste de Brasil. El barco nigeriano estuvo perdido en el Atlántico a la altura de la línea de Ecuador cerca de treinta y cinco días. Sus seis tripulantes, cinco nigerianos y un ganés, habían salido a pescar y después de cierto tiempo el motor de la embarcación se averió. En seguida tuvieron problemas con el generador de energía, con lo cual se quedaron imposibilitados de solicitar ayuda. La embarcación fue naturalmente arrastrada por el viento y por la misma corriente marina del primer caso hasta toparse con el litoral de Brasil, tras un recorrido de alrededor de cuatro mil kilómetros, según dos periódicos locales (*Diário de Natal*¹ de 08/01/2011, y *Tribuna do Norte* de 11/07/2012). Los pescadores africanos contaron al equipo de reporteros de los dos periódicos de la ciudad de Natal, que no tenían la menor idea hacia donde estaban siendo llevados, y que cuando se acabó la comida, habían podido sobrevivir gracias al agua de la lluvia, a pescados crudos y algunos pájaros capturados.

Puede que los cronistas e historiadores del siglo XIX, en vista de casos similares y de los cuáles no nos ha llegado información, se hayan aventurado a ubicar en la costa brasileña algún barco desgarrado de periplos tales como el de Neco II o, de Hannón, entre otros.

Cuando los portugueses descubrieron la isla de Madeira en el siglo XV, estaba deshabitada. Conforme la literatura existente, habría sido alcanzada por los marineros fenicios mientras exploraban comercialmente la costa de África y desde donde habrían sido empujados hacia el mar abierto por los vientos, según Diodoro de Sicilia (V, 19-20) y Pseudo-Aristóteles (*mir.*, 84), o quizás, en el curso de alguna tormenta cuando iban estos marinos con destino a Mogador, o aun durante alguna faena pesquera en alta mar. En todo caso, se debe descartar el viaje habitual debido a las condiciones náuticas difíciles. Madeira fue llamada Isla Maravillosa, y relacionada con un deseado encuentro del Paraíso Terrenal, mencionado en los

¹ El periódico brasileño *Diário de Natal*, fue extinto en 2012.

clásicos y en la literatura Medieval. Si llegaron a descubrirla, los navegantes fenicios tenían conocimientos náuticos para regresar desde ella a África, utilizando el sol como referencia durante los días que durase el viaje (Medas 2008a:171 y 152 y 196). En las fuentes escritas antiguas no se encuentra correspondencia con elementos materiales que pudiesen confirmar presencia humana antes de la llegada de los portugueses. Finalmente, solo nos queda la oportunidad de analizar los periplos de Neco II y de Hannón, para pensar en el hipotético viaje de algún barco fenicio o púnico desgarrado de una flota por la fuerza de alguna corriente marina, hasta llegar al continente sudamericano tal y como defendieron con contundencia algunos eruditos brasileños del siglo XIX.



Figuras 12: Las direcciones de las corrientes marinas en un tramo del litoral africano entre las islas Azores y la línea del Ecuador (meses de febrero, mayo, agosto y noviembre). Fuente: Medas (2008:214).

1.4) PERIPLOS FENICIOS Y PÚNICOS EN EL OCÉANO

1.4.1) VIAJES A OFIR

Hacia finales de la Edad Media los marinos portugueses y españoles utilizarán el manantial de conocimientos históricos acumulados en los textos clásicos y otras fuentes a cerca del derrotero de la navegación oceánica antigua. Las realezas de ambas monarquías financiarán empresas marinas para intentar descubrir una ruta alternativa a la India en busca de productos altamente demandados por los europeos. Y mientras los portugueses optaron por bordear el continente africano, los españoles creían que navegando hacia oeste lograrían llegar a la codiciada tierra de las ricas especias. Así, no solo el examen de la teoría de Ptolomeo y de los viajes de mercaderes judíos hacia Oriente, sino también el análisis de antiguas rutas griegas, fenicias, púnicas y romanas a través del Atlántico, incluidas sus islas oceánicas, serán importantes referentes a la hora de confeccionar cartas náuticas para que navegantes peninsulares pudieran lograr sus objetivos marítimos bajo órdenes de las coronas Ibéricas.

Los marinos ibéricos medievales y modernos querían unir sus concepciones cosmogónicas a los conocimientos geográficos con el fin de esclarecer finalmente los límites de la tierra, y, de paso, comprobar su formato geométrico. De modo que muy probablemente tuvieron en cuenta periplos y viajes antiguos, narrados por geógrafos o llevados a cabo por navegantes. Cabe recordar, entre otros, a los siguientes: los viajes de Eutimenes el Massaliota (VI a.C.) con probables informaciones sobre latitudes septentrionales, a quién se le atribuye haber influenciado en las ideas concebidas por Ptolomeo; la circunnavegación de África por marinos fenicios a servicio del faraón egipcio Neco II (ca. 600 a.C.); el periplo de Escílax de Carianda (ca. 513-519 a.C.) quien descendió el río Indo para doblar la costa sur de Arabia y remontar el mar Rojo hasta Egipto; el periplo de Sataspes (480-470 a.C.), que salió de Egipto y flanqueó el Estrecho de Gibraltar rumbo al sur hasta el Golfo de Guinea; el viaje con un propósito colonizador promovido por el

cartaginés Hannón (s. V a.C.) en la costa atlántica africana; el viaje de Eudoxo Cnido (s. IV a.C.) aportó cartas geográficas basadas en el seguimiento de las estrellas y en las ciencias matemáticas, y contribuyó con ellas a la idea de que la tierra no era un disco sino una esfera; el periplo de Piteas de Marsella (320 a.C.) desde la costa francesa hasta el Mar del Norte, pasando por Islandia y mar Báltico; Andróstenes Tasio (III a.C.) que navegó por las costas de Arabia y probablemente de India; el periplo de Polibio (146 a.C.) - del que se conoce muy poco -, por las costas africanas y de que se piensa que por más lejos que haya ido no habrá podido bajar más allá de las costas de Senegal; Isidoro Cárace (I a.C.-I d.C.) quien descubrió itinerarios por el Oriente a partir de testimonios de mercaderes, muchos de ellos judíos; Eudoxo de Cízico estuvo al servicio de Ptolomeo IV de Egipto, hizo dos intentos de circunnavegación de África a fines del s. II a.C., y realizó la primera navegación directa hasta la India; el periplo de Himilcón (IV a.C.) hasta las islas británicas; las expediciones del militar romano Agripa (s. I a.C.), quien elaboró un completo mapa del mundo dominado por el imperio que representaba y, los viajes organizados por el rey Juba II de Mauritania (fines del s. I a.C.) a las islas Canarias. Estas son fuentes relatadas por autores grecorromanos, de acuerdo con la obra editada por Karl Müller, *Geographi Graeci Minores*, en sus volúmenes de 1855 y 1861 (Schulten 1955:44-5; Amadasi Guzzo 1968 y 1988; Lonis 1978; López Pardo 1990a:59-70; Acquaro 1985; Díaz 1998:20; Santana & Pereira 2002:9-96 y 232 y ss; Medas 2004:124-8, 136-152; Guerrero Ayuso 2008:69; González Ponce 2008; Marín 2011), que deben haber sido estudiadas por los navegantes Ibéricos en su afán de adentrarse en el Atlántico y circunnavegar África durante la segunda mitad del siglo XV d.C.

Sin embargo, y para varios investigadores actuales, dada la gran variedad de nombres con los que se designaba al continente africano en las fuentes clásicas, tales como: Libia, Etiopía, Eritrea, África y otros, resulta difícil entender en qué consistían los periplos que hacen referencia a su circunnavegación (Marín 2011:217). De forma que para estos autores, el primer periplo alrededor de África fue el que realizaron los marinos portugueses del siglo XV d.C.

Entre los llamados “geógrafos transoceánicos” de la Antigüedad, el pionero es considerado el geógrafo Eutimenes el Massaliota, cuyo viaje partiendo de Marsella es anterior incluso al periplo de Hannón, a pesar de que ha habido algún que otro autor (Desanges 1978:17-27) que calificaron el relato de su viaje de simple cuento infantil. En cuanto al periplo del geógrafo griego Escílax de Carianda (s. VI-V a.C.) nacido en Asia Menor, dijo Herodoto (IV, 44) que navegó a las órdenes del persa Darío I desde el río Indo hasta el Índico y de ahí hacia el este, en torno a 519-513 a.C., y que en su viaje se había encontrado con animales y paisajes tropicales. Por otra parte hay dudas sobre la autoría de algunas obras atribuidas a este geógrafo griego, dado que unos fragmentos que hablan indirectamente de una obra suya sobre la India, parece más bien pertenecer al Pseudo-Escílax (s. IV a.C. - geógrafo durante el reinado de Filipo II de Macedonia), ya que ese explorador menciona las Columnas de Heracles/Hércules, entre otras regiones del Mediterráneo. La mayor parte de los historiadores separan las obras de estos dos Escílax, pero según Díaz (1998:15-7), en realidad se trataría de los textos de un único explorador. Este autor es también de la opinión de que las informaciones geográficas originales de finales del siglo VI a.C., habrían sido compiladas y adaptadas por el Escílax del siglo IV a.C. Un hecho normal si se considera que las glosas y las correcciones de errores arcaicos, constituyen una necesidad natural de actualizarse en un manual de instrucciones náuticas, a base de los nuevos conocimientos marítimos adquiridos con la experiencia posterior de otros navegantes. En todo caso constituye un modelo de geografía descriptiva que será seguida en adelante por otros geógrafos.

Sin embargo, la Biblia señala referencias a la ruta este-oeste, es decir, entre la India y el mar Rojo, antes que el Pseudo-Escílax de Carianda la cubriera. Una de ellas se refiere a que la reina de Saba que visitó Salomón le trajo del sur de Arabia madera de sándalo india (*cf. II Crónicas* 9:10-11). Otra referencia son los vestigios arqueológicos encontrados en las islas Bahrein que indican que la misma ruta ya habría sido surcada (Schrader 1979:326) por navegantes de la civilización Mohenjo-Daro del Valle del Indo, en torno al II milenio a.C.

Los viajes de Polibio (146 a.C.) y los dos intentos de circunnavegar África de Eudoxo de Cízico a finales del siglo II a.C., no los tomaremos como hipótesis de que hayan podido llegar hasta las costas sudamericanas, ya que la bibliografía sobre los fenicios en Brasil no habla de estos dos navegantes, y porque sus expediciones se sitúan fuera de nuestro rango cronológico y geográfico. Las descripciones de Polibio sobre sus viajes por el norte de África desvelan los presupuestos metodológicos y la preparación técnica del autor, y pueden ser consideradas como relatos de viajes mezclados a cuentos imaginarios. El relato de este viajero, amén de eso, es considerado la base del de Plinio (Hist. Nat., V, 1, 9-10), según Medas (2004:136-7). Aun así, debemos subrayar que el navegante Eudoxo de Cízico se encontró con un mascarón de proa de madera en forma de caballo, procedente de un naufragio, durante el regreso de su según viaje a India y al desviarse su nave más allá del litoral de Etiopía. En este lugar le informaron que la pieza pertenecía a marinos que habían navegado desde oeste. Al llegar finalmente a Egipto, Eudoxo confirmó que el mascarón procedía de comerciantes y pescadores de Gadir, que iban a pescar en el área de Lixus. Se sabe que los pescadores fenicios solían faenar en aguas atlánticas al sur de la costa Mauritania (García Moreno 1993:61-75) desde hace mucho tiempo. También algunos armadores reconocieron entonces que el mascarón “pertenecía a uno de los barcos que, navegando más allá del río Lixus, no regresó jamás” (González y Canales et al 2004:274-5). Lo que llevo Eudoxo a emprender una primera expedición para circunnavegar África aunque solo llegó hasta el litoral de Mauritania. Y sobre el segundo intento nada se sabe. Hay también escasas noticias, entre algunas fuentes, de que habría tenido lugar otras expediciones anteriores a de Eudoxo con este mismo propósito, y que habría cubierto el trayecto entre algún punto de Arabia y Gadir, a través del Océano.

La identificación de la verdadera ubicación de Ofir, relacionado con los vocablos Tarsis y Tartessos, encontrados en la Biblia, también fue una cuestión analizada por los marinos Ibéricos de la Edades Media y Moderna. Colón mismo tuvo en sus manos varios textos en este sentido, antes de partir en su primer viaje hacia oeste. Se sabe que las primeras referencias sobre las empresas conjuntas

de Hiram I y Salomón aparecen en las narraciones de los viajes a Ofir partiendo del puerto de Ezion Geber, en el mar Rojo, según I Reyes (9:26-28), y antes de cualquier mención a los viajes a o desde Tarsis:

Capítulo 9:

26 “Construyó asimismo el rey Salomón una flota de Eshon-Géber, situada junto a ‘Elat, en la costa del mar Rojo, en el país de Edom.”

27 “Y Hiram envió en la flota a sus servidores navegantes, conocedores del mar, em compañía de los servidores de Salomón.”

28 “Llegaron a ‘Ofir, de donde tomaron oro en cantidad de cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón.”

Así, desde los textos bíblicos se puede colegir una aproximación al primer momento cronológico de los viajes iniciales a Tarsis, conforme opina González de Canales et al (2006:118). En ese sentido, la referencia más antigua, pero posterior al viaje a Ofir, aparece en I Reyes (10:22), durante los reinados simultáneos de Hiram I y Salomón, para designar muy probablemente un tipo de nave, o quizás su destino:

Capítulo 10:

22 “Porque el monarca tenía en el mar la flota de Tarsis con la flota de Hiram; una vez cada tres años llegaba la flota de Tarsis cargada de oro, plata, marfil, monos y pavos reales.”

Una fecha que aquel autor considera en torno a la segunda mitad del siglo X a.C. A partir de dicha fecha, el rey Josafat intenta reanudar desde el puerto de Ezion Geber, la construcción de diez naves de gran tonelaje, que en este momento reciben el nombre de Tarsis, con el objetivo de viajar otra vez a Ofir por su oro (I Reyes, 22:48-49):

Capítulo 22:

48 “No había entonces rey de Edom; un prefecto [hacía de monarca].”

49 “Josafat *había fabricado* diez naves de gran tonelaje para ir a Ofir por oro; mas no logró partir, pues la flota se destrozó en ‘Eshon-géber.”

No obstante y desde Colón, la cuestión en torno a definición de fechas y de destinos a cerca de Ofir y Tarsis, seguirá abierta dado que los relatos bíblicos carecen de sucesión histórica o de coherencia a causa de las diversas interpretaciones que pueden generar las cronologías monárquicas israelita y fenicia a la luz de nuevos resultados de la investigación. Por otra parte, existe la inscripción neo-asiria del rey Asarhadon del siglo VII a.C., conservada en el British Museum, la cual se supone (Schulten 1955: 173-4) que sitúa a Tarsis en un remoto occidente.

En los próximos dos apartados mencionaremos el estado de la cuestión de los viajes de Neco II y de Hannón, que tienen que ver en tema y cronología con nuestro campo de análisis. La bibliografía conectó estos dos periplos a los navegantes semitas no solo con el Océano Atlántico y la circunnavegación del continente africano, sino también con las costas sudamericanas, a partir del siglo XVI d.C., a través de propuestas teóricas inicialmente hechas por cronistas y viajeros del Nuevo Mundo y luego por eruditos europeos, como ya mencionamos.

Estos intelectuales han relacionado el periplo de Neco II con el término bíblico Ofir encontrado en el Antiguo Testamento, y han llegado a suponer que uno de los barcos de la flota fenicia que partió del mar Rojo pudo alcanzar el litoral del Nuevo Mundo. Amén de eso, las naves de Tarsis relacionadas con Tartessos, y ambas involucradas no solo en el hábitat protohistórico de Huelva - identificada con la ciudad emporio de este pueblo autóctono en las fuentes griegas -, sino también con las propias naves bíblicas de la época de Hiram I en el mar Rojo (Koch 2003:20 y 32 y 47 y ss; González de Canales et al. 2006:115-117; Wagner 2008:28), han sido presentadas a partir del siglo XVI d.C. como pruebas literarias de la presencia fenicia en suelo americano, y desde el siglo XVII, concretamente relacionadas de alguna forma con el litoral noreste de Brasil (en la llamada región noreste).

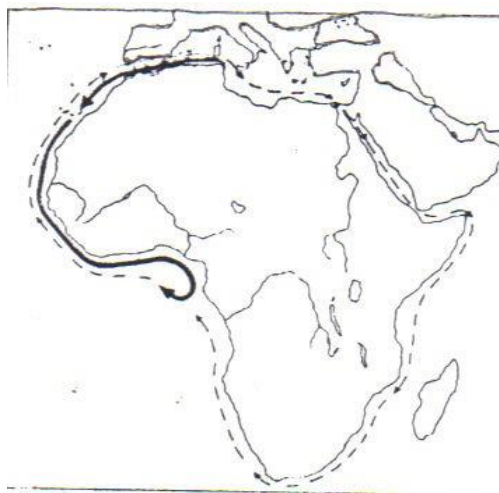


Figura 13: —► Supuesto periplo marinerio fenicio alrededor de África y bajo iniciativa del faraón Neco II en torno a 600 a.C.

—► Supuesto periplo del cartaginés Hannón realizado durante el siglo V a.C. según un relato anónimo griego, basado en una supuesta versión fenicia.

Fuente: Mapa “a” de: MEDAS, Stefano. *La marineria cartaginese: le navi, gli uomini, la navigazione*. 2000. p. 82.

El intérprete de I Reyes (9:26-28) narra la expedición conjunta promovida entre los reyes Salomón y Hiram I de Tiro, a una región conocida como Ofir y que duró tres años. Por otro lado Herodoto (II, 44) hace referencia a un lugar llamado Tasos, y que habría sido fundado por fenicios por lo menos cinco generaciones antes de su época (el siglo V a.C.), antes que zarparan estos marinos a “Europa”. Dando lugar a que se interprete que Tasos podía ubicarse en territorio turco. Pausanias (V, 25, 2) confirma que Tasos proviene de los fenicios (Wagner 2008:11-2), pero su significado y polémica localización divide a los historiadores y cronistas desde hace siglos. Según Koch (2003:48) los términos Tarsis y Tartessos, aplicados a barcos y territorio, se refieren a la Península Ibérica.

No se trata de elaborar aquí una propuesta nueva sobre el tema, sino de intentar aportar datos y puntualizar algunas consideraciones de los autores que se dedican a estudiar el asunto. Nuestra finalidad es constatar diferencias y

acercamientos entre los varios autores para que en la 2ª parte podamos examinar las propuestas bibliográficas de eruditos del siglo XIX, que propusieron una relación entre Ofir y los viajes fenicios al Nuevo Mundo, y particularmente a Brasil, con referencias a Tarsis y Tartessos además de Ofir. El periplo de Hannón, por ejemplo, era conocido por los referidos eruditos. En 1756, Pedro Rodrigo Campomanes había publicado en Madrid, *Antigüedad marítima de la republica de Cartago: con el periplo de su general Hannón, traducido del griego e ilustrado*. En sus páginas 28-29, el autor afirmó: "... las fabulas de las navegaciones antiquísimas, siempre traen consigo el carácter histórico de haberse hecho desde el Mar de las Indias al Atlántico, doblando el Cabo hoy de Buena Esperanza, hasta Cádiz".

La correlación entre estos conceptos se debe en parte a que la palabra Tarsis se convirtió, con el tiempo, en un término técnico antiguo para diferenciar las naves aptas para navegar grandes distancias en alta mar (Koch 2003:48), aunque no se puede precisar en qué fecha se dio este significado a ese término. Y por otra parte, debido a las denominadas Tribus Perdidas de Israel, sugeridas por los cronistas del Nuevo Mundo, que se hizo relacionar con viajes hacia un lugar aun difícil de concretización geográfica, por lo que algunos eruditos la sitúan en algún punto del Nuevo Mundo.

Por otro lado, las mercancías aportadas por los viajes a Tarsis reseñadas en el Antiguo Testamento, consistían sobre todo en metales como plata, cobre, plomo y estaño, aparte de marfil y piedras preciosas, entre otros productos (Bartoloni 1988:78; Fantar 1988:168 y 181). Mientras que los tres viajes náuticos fenicio-hebreos hasta Ofir y mencionados en el Antiguo Testamento, de los cuales todavía no se ha podido probar arqueológicamente su origen (quizás desde Aziongaber) ni su destino, traían productos tropicales y oro.

También se ha propuesto que los materiales y el personal necesario para la construcción de estas naves - también denominadas de "naves de Hiram y Salomón" – habrían sido transportadas por tierra desde el Medietrráneo hasta el puerto de Asiongaber (Koch 2003:68), desde donde habrían surcado el mar Rojo. Esta opinión ya había aparecido en una obra de Bertheau en 1873 (ibídem: 284) precisamente coincidiendo en fecha de forma sorprendente con la divulgación en la

prensa brasileña de la Inscripción de Paraíba, supuestamente hallada en Brasil en 1872 y publicada en el año siguiente. El texto de esa inscripción proponía precisamente el viaje fenicio desde África al litoral de ese país, justamente en época de los referidos monarcas desde el mismo puerto de Asiongaber. Es preciso subrayar que los eruditos brasileños del siglo XIX, apoyados por algunos arqueólogos europeos, trataron de encontrar a toda costa en dicha época, un vínculo fenicio con la antigua historia de Brasil, a través de investigaciones de todo orden, incluso con el aporte financiero de la entonces monarquía brasileña.

Semánticamente el término Ofir parece estar relacionado al continente africano (Amadasi Guzzo, 1988, 571-2; Lipiński 1991; y 2004), desde donde traían los fenicios el oro, una vía ya sugerida por Flavio Josefo (*Ant. Jud.*, I, 127; VIII, 183; IX, 208; García 1729:15). Ya San Jerónimo (ca. 347-420 d.C.) pone Ofir en tierras de la India a donde los navegantes fenicios podían haber llegado desde el sur del mar Rojo, según autores del siglo XVII (Koch 2003:32). Aquí sería muy posible obtener con facilidad maderas, animales tropicales y el oro del que hablan los textos del Antiguo Testamento.

Sin embargo se dan otras interpretaciones. Algunos autores se decantan por la zona costera al sur de la Península Arábiga, es decir, los mercaderes de Šebá y Ra'mah mencionados por Ezequiel (27:22) y que comerciaban con Tiro piedras preciosas, bálsamos y oro:

Capítulo 27:

22 “Los mercaderes de Šebá y Ra'mah comerciaban contigo: el más calificado bálsamo toda clase de piedras preciosas y oro daban por tus mercaderías.”

La zona costera al sur de la Península Arábiga era ya conocida comercialmente a principios del I milenio a.C., considerada una de las más ricas de Oriente por su abundancia en aromas y especias, e inserta en rutas de caravanas comerciales desde el interior. Pero hay también especialistas que relacionan Ofir justo al otro lado del mar Rojo (Eritreo) en las actuales Somalia y Etiopía, hacia las cuales ya se habían dirigido con antelación expediciones navales de Egipto en torno al siglo XV a.C. (Negbi 1992:611), a una región denominada Tierra de Punt. Por

otro lado, hace pocos años se produjo en Israel el hallazgo arqueológico de una jarra de almacenamiento con la inscripción “oro de Ofir hacia Beth-Horon”. Entonces se quiso identificar también la existencia de Ofir con la localidad de Tell Qasile (Koch 2003:59-61), cerca de la capital Tel Aviv.

Se supone también que el destino más lejano de los cargueros fenicios, al que hacen referencias diferentes textos bíblicos (Koch 2003), debía ser el de Tarsis. En Jeremías (10:9) se lee:

Capítulo 10:

9 “Tráese plata laminada de Tarsis y oro de Ufaz”.

Siendo Ufaz un término considerado desconocido (Cantera & Iglesias 2003), quizás se pueda interpretar como Ofir. En cuanto a Tarsis, puede ser la misma Tartessos ubicada por los griegos antiguos en el sur de la Península Ibérica. La riqueza gaditana se basaba en las explotaciones de plata de las minas de Ríotinto y Aznalcóllar.

En efecto, durante el reinado de Hiram I, en el siglo X a.C., hay alusiones a naves de Tarsis. Las empresas conjuntas de Hiram y Salomón, ya a finales del II milenio (Aubet 2009:46), constituyen la base del comercio de aceite de oliva, de granos variados, maderas, hierbas aromáticas y miel entre Anatolia, Siria, Chipre y Egipto. Debemos subrayar también que en la obra de González de Canales et al (2006:115), el rey tirio habría reinado entre ca. 950-917 a.C., estableciéndose así una nueva cronología.

Así, a partir de varias interpretaciones históricas, el término Tarsis habría adquirido varios significados. Designando, sucesivamente, un punto en el mar Rojo, un tipo de embarcación, una piedra preciosa e incluso la confluencia que pudo darse con el emporio situado en la región de Tartessos. Como ya dijimos, para Koch (2003:20 y 30 y 215-9), las fuentes literarias y epigráficas muestran que Tartessos es una zona situada en la Península Ibérica. Ambas palabras se relacionan también con las naves fenicias que explotaban los minerales de esta área. De esta forma, se diferenciaban las empresas de Tarsis/Tartessos con las de Ofir, estando esta última ligada a los Israelitas en el mar Rojo. También se diferenciaban por el tipo

de mercancía que transportaban: las de Ofir estaban relacionadas en principio con mercancías tropicales y con el oro, mientras que la carga de plata, hierro, estaño y plomo, era más propia de la zona Atlántica y transportada por las naves de Tarsis.

1.4.2) EL PERIPLO DE NECO II

Las investigaciones modernas identifican tres grandes áreas del Mediterráneo en las que pudo existir la prevalencia comercial de una ciudad fenicia sobre su entorno, y en momentos que pudieron coincidir (Puckett 2012). La primera se ubicaba en Oriente, donde hubo un pujante mercado formado por la potencia militar asiria y babilónica y encabezada por Tiro. La segunda estaba coordinada por Cartago en el área del Mediterráneo Central y, la tercera, por Gadir, ciudad que controlaba el Círculo del Estrecho y las colonias atlánticas africanas. Entre las tres áreas, existía una natural competencia. También dentro de cada área se crearon redes menores, como por ejemplo la que conectaba Cerdeña, Sicilia y Malta, en el área del Mediterráneo Central, controlada a su vez por mercaderes de Cartago, o la que había entre Lixus y Mogador. Esto hace que algunos periplos se puedan ver como una estrategia comercial de conquista de nuevos mercados entre esas tres grandes áreas y en determinados momentos.

Con base en esa dinámica, el denominado periplo de Neco II, llevado a cabo probablemente entre 600 y 595 a.C., habría sido la primera circunnavegación del continente africano. Según el texto de Herodoto (IV, 42-43), una flota fenicia había partido desde un puerto del mar Rojo (Eritreo) para regresar por el Estrecho de Gibraltar:

“... Libia está en todo su perímetro rodeada de mar, exceptuando, naturalmente, aquella parte en la que toca Asia. Por lo que sabemos, el rey Neco de Egipto fue el primero que lo demostró, pues cuando detuvo la excavación de aquel canal que debía abrirse desde el río Nilo hasta el golfo Árábigo, envió una flota de fenicios con el encargo de que se hicieran con las Columnas de Heracles, o sea, de regresar a Egipto a través del mar Mediterráneo. Los fenicios navegaron por el mar Rojo en dirección sur. Cuando llegó el otoño desembarcaron, cultivaron las tierras en el lugar de Libia en que precisamente se encontraban y esperaron la época de la cosecha. Una vez realizada ésta prosiguieron su navegación. Navegaron durante dos años y en el tercero doblaron desde las Columnas de Heracles hacia el sur y llegaron a Egipto. Narraron (lo que yo no creo, pero quizás a alguien le resulte creíble) que durante la circunvalación habían tenido el sol a la derecha.

Así se exploró por primera vez esta ruta, y posteriormente los cartaginenses la confirmaron”.

Aunque no había en ese momento una conexión marítima entre el Mediterráneo y el mar Rojo, conforme narra el propio Herodoto (II, 158):

“Neco fue hijo de Psamético y reinó en Egipto, el cual fue el primero que puso manos al canal que conduce al mar Eritreo – que Darío el persa excavó posteriormente –; su longitud es de cuatro días de navegación; y fue excavada una anchura de modo que dos trirremes pudieran navegar conducidos a la vez. El agua es llevada hasta él desde el Nilo [...] Ahora bien, Neco dejó de excavar a la mitad, al habérselo impedido el siguiente oráculo: que él trabajaba en provecho del bárbaro”.

El objetivo del viaje, según algunos historiadores, era la búsqueda de metales preciosos y entre ellos el oro del interior africano. Pero también podría ser el de descubrir nuevos mercados o nuevas fuentes de materias primas (Bartoloni 1988:81 y 74; Mederos Martín & Escribano 2004:138), en un período en que Cartago parecía pujar por un nuevo impulso comercial en el área Mediterránea. La expedición comercial encargada a los marinos fenicios por el faraón egipcio Neco II, que con ese propósito había ordenado construir trirremes tanto en el Mediterráneo como en el mar Rojo (Herodoto, II, 159), habría zarpado de este mar justamente para poder cumplir esa finalidad:

“Tras desistir del canal, Neco se dedicó a expediciones militares; y unos trirremes se construyeron para el mar boreal, otros, en el golfo arábigo, para el mar Eritreo, cuyos varaderos todavía son visibles”.

Al día de hoy, todavía parecen existir vestigios materiales de aquellas obras en esta área del mar Rojo (Casson 1973:81). El rey egipcio fue ayudado por constructores fenicios en su tarea. Como sabemos, los egipcios habían sido tempranos socios comerciales de los cananeos y también de los fenicios. Según una interpretación del texto del llamado periplo de Neco II, los barcos semitas presuntamente recorrieron las aguas del mar Rojo hasta el cabo Guardafui en Somalia, y contaron con el monzón de invierno hasta la ciudad de Natal, en Suráfrica. Enseguida superaron el cabo de Buena Esperanza, y con vientos favorables, subieron el Atlántico hasta el litoral de Gabón. Pero, a partir de aquí,

seguramente no podían arrimarse a la costa africana por tener seriamente en contra el viento, y, sobre todo, la corriente oceánica desde el Cabo Blanco hasta el Cabo Juby (cerca de 500 millas náuticas), lo cual hacía imposible recorrer ese tramo entre Senegal y Marruecos navegando cerca de la costa (Pernigotti 1988:530; Mederos Martín & Escribano 2004:138-41). Para superarlo, tenían que elegir la llamada *volta pelo largo*, dejándose arrastrar durante algún tiempo por la corriente ecuatorial hacia la costa americana. Vencida esa corriente, y libres ya de los vientos contrarios norte-sur, los barcos podían arrimar otra vez a la costa de África, o alcanzar primero alguna isla del archipiélago Canario (Atoche & Ramírez, 2011: 231-2), antes de volver al litoral atlántico africano hacía el Estrecho. Los marinos portugueses hacían dos vueltas largas por el medio del Atlántico, las cuales les permitía remontar los alisios y la corriente marina (Medas 2004:141). La primera hacia las islas Azores, y la segunda desde ahí hasta el litoral portugués. Mientras tanto, las naves antiguas, muy probablemente, no podían seguir una ruta de altura durante tanto tiempo, incluso las naves de la época medieval.

De acuerdo con la fuente clásica, el viaje habría durado tres años. Se cree que tan larga duración se debería a que los navegantes fenicios solían desembarcar a la llegada del otoño a fin de esquivar las duras condiciones invernales, y aprovechar su estadía en tierra firme para sembrar y cosechar. Lo cual ocurrió alguna vez durante el viaje, según informa Herodoto (IV, 42). Sin embargo, se trata de una información que otros autores tachan de falacia, (Puckett 2012:69) debido a que, de acuerdo con otras fuentes clásicas, los fenicios eran ya experimentados técnicamente para poder avanzar sus barcos incluso durante algunos periodos del clima hostil. En cualquier caso, estas condiciones invernales solo se darían en latitudes del norte de África o en las del extremo sur, en torno al Cabo de Buena Esperanza, ya que, de haberse realizado el viaje, habrían navegado durante largo tiempo por la zona ecuatorial-tropical, sin necesidad, por tanto, de anclar sus barcos a causa de las malas condiciones climáticas impuestas por la rigurosidad estacional. No obstante, la poca capacidad de carga de las naves de la época les obligaría de todos modos a hacer paradas frecuentes, aunque rápidas, para abastecerse de agua y otros enseres.

Lo que se comprueba hoy día es que los vientos térmicos pueden desviar los alísios más potentes que soplan en la costa atlántica africana si se utiliza la vela cuadra, sobre todo en las horas centrales del día y al entardecer, cuando estos vientos llegan a su máxima intensidad. Así, la navegación de cabotaje podría hacer superar las dificultades existentes en el litoral atlántico africano entre el Cabo Blanco y el Cabo Juby. Amén de eso, hay que considerar aun (Medas 2004:142) que las naves pequeñas, más que las grandes, tendrían menos dificultades para remontar estos obstáculos.

Si por un lado, actualmente faltan evidencias arqueológicas de esta circunnavegación del continente africano, por otro, los textos clásicos e incluso las fuentes bíblicas suscitan muchas dudas en cuanto a la realización de este largo viaje. Para algunos investigadores, el periplo de Neco II es probablemente falso. Y la razón es que en su relato Herodoto dice que el sol iluminaba el barco a derecha durante toda la trayectoria del viaje. Y eso no pudo ser, puesto que el sol atraviesa el medio de África de este a oeste (López Pardo 1990; Medas 2008a). Este detalle ha sido tema de muchas evaluaciones por parte de los historiadores, siendo así que la mayoría de ellos lo califica de error de traducción atribuido a la fuente clásica. De modo que solamente al doblar el barco el Cabo de Buena Esperanza habría podido recibir el sol a su derecha durante algún tiempo. Para Marin (2001:59), Hesíodo (*Teogonía*, 750-51) diferió de Homero en cuanto a la comprensión de la trayectoria del sol, puesto que, para Hesíodo, el sol se levantaba como se ponía por este. Y que en este caso Herodoto pudo coger la información de fuente equivocada. Y la otra razón en contra del periplo, es, como ya indicaron los historiadores, sobre las corrientes y vientos adversos de la costa africana en un tramo atlántico, que obligaba a los marinos a realizar la ya mencionada *volta pelo largo*. A los referidos marinos que subiesen el litoral africano desde el Cabo de Buena Esperanza les obligaría hacer el referido trayecto marítimo a fin de que los barcos pudiesen superar las mencionadas condiciones de viento y corriente, ya que de no ser de ese modo sería “prácticamente insalvable” el retorno de la flota fenicia (Desanges 1978; Pardo 1990a:59-70). Un recurso de navegación muy utilizado por los navegantes

portugueses desde la Edad Media, y, también, a su regreso a Portugal desde Índia, después de 1498.

De modo similar se quiso utilizar otra corriente ecuatorial para explicar el descubrimiento, por parte de los portugueses, del propio territorio brasileño en 1500 d. C. Este habría sido provocado justamente por la corriente atlántica inversa a la descrita en el párrafo anterior pero que también va hacia las costas sudamericanas. Así, el arribo de los barcos portugueses a Brasil fue considerado casual por las autoridades lusas, ya que se habría producido cuando los barcos portugueses, para evitar las malas condiciones en ese momento en las aguas costeras africanas durante el camino de ida desde Portugal hacia India, decidieron surcar el medio del Atlántico durante un determinado tramo del trayecto. Y al ir las naves en demasía hacia oeste para evitar la dicha corriente marina en contra dieron finalmente con las costas brasileñas. Este hecho generó una literatura especulativa durante los siglos XVI-XIX d.C., acerca de la posibilidad de que los fenicios hubiesen ya descubierto anteriormente ese “camino marítimo” de forma accidental, ya sea durante el regreso del periplo de Neco II o bien durante en el retorno del viaje de Hannón. Los primeros cronistas y luego los investigadores de los siglos XIX y también del XX, se emplearon a fondo para descubrir inscripciones rupestres o textos clásicos que les dieran razón en una teoría sobre fenicios en Brasil. Sin duda una vía no de todo descartable técnicamente (Medas 2003), pero para la que no parece haber pruebas contundentes. Por otro lado y al margen de todos los análisis existentes, el documento referente al periplo de Neco II, y sobre el cual no hay inscripciones epigráficas, está considerado por algunos investigadores actuales como una invención mítica.

En 2009, una replica de un barco fenicio de proporciones muy similares a las del que habría sido utilizado para circunnavegar África en época del faraón Neco II, partió de la Costa de Siria capitaneado por Phillip Beale y su tripulación de voluntarios, para, finalmente, concretar esa ruta (Smith 2012:174) en 2011 y logrando así cruzar el temible Cable de las Tormentas (o de la Buena Esperanza) hacia el Mediterráneo.

1.4.3) EL PERIPLO DE HANNÓN

Se trata de un relato anónimo de la época helenística, redactado en griego, conocido como el manuscrito de *Heidelberg* (*Codex Palatinus Graecus* 398). Está redactado en primera persona del plural y transcrito por un copista bizantino del siglo IX ó X d.C. y que se supone remonta a una versión fenicia-púnica. Está considerado como el más antiguo relato de exploración marítima cuyo texto llegó hasta nuestros días. Sobre él hay referencias en Plinio el Viejo (*Hist. Nat.*, II, 169; V, 8) y Pomponio Mela (*Chorographia del Orbe Antiguo*) entre otros clásicos. Fue publicado por Gelen en 1533, y después por Karl Müller en su obra de 1855, *Geographi Graeci Minores*, (pp. 3-10), (Carcopino; 1943; Casariego 1947; López Pardo 1990a; Mederos Martín & Escribano 2000:78-9) aunque para Amadasi Guzzo (1988:571-2) la obra de Müller sería de 1853.

Por otro lado, se supone que se trata de un documento reescrito a lo largo del tiempo para un público medieval erudito. Lo cual podría implicar que haya sufrido añadiduras sobre el texto original. La mayor parte de los historiadores cree que se trata del testimonio de un viaje ocurrido en torno al siglo V a.C., capitaneado por el cartaginés Hannón, posiblemente desde el templo de Cronos (Baal) en Cartago, aunque que otros fechan la expedición en la segunda mitad del VI a.C. y otros, en el inicio del III a.C (Bartoloni 1988:74 y 81; Medas 2008a:147). Sobre el núcleo del relato hay diversas explicaciones realizadas por investigadores de varios países y que cambia en función del tiempo, de acuerdo con nuevas interpretaciones filológicas. Para efecto de esclarecer su contenido, ponemos la versión de Lacarrière (1986:423-27):

“Los cartaginenses decidieron enviar a Hannón a explorar las costas de Libia situadas más allá de las Columnas de Hércules para fundar establecimientos fenicios en ellas. Hannón partió pues al mando de una flota de sesenta barcos, llevando cada uno cincuenta remeros y conteniendo en total treinta mil personas, hombres y mujeres, así como víveres y mercancías.

Dos días después de haber rebasado las Columnas de Hércules, fundamos en una colina que dominaba una vasta llanura, una ciudad que denominamos Thymateriorn.

Después de eso continuamos hacia el oeste, hasta el cabo Solente, cubierto de bosques espesos. Allí elevamos un templo a Neptuno y reanudamos nuestra navegación, hacia el sur esta

vez. Al cabo de medio día llegamos cerca de un lago muy próximo al mar, cubierto de juncos muy altos, en cuyas riberas vimos un gran número de elefantes y otras bestias feroces.

Después de haber pasado ese lago, volvimos a poblar las ciudades del litoral y fundamos otras nuevas: Carillon, Gytte, Ucris, Mellita y Arambyo.

De allí llegamos a la desembocadura del Lyxus, gran río que viene de Libia. Los lyxitas nómadas llevaban a sus rebaños a pastar a lo largo del río, y nos quedamos algún tiempo con esas gentes con las cuales nos hicimos de gran amistad.

Allende los lyxitas, en el interior de las tierras, habitan etíopes a los que es muy difícil acercarse. Es más, por aquí se les llama los inhospitalarios. Su región está infestada de bestias salvaje y rodeada de altas montañas donde el Lyxus tiene nacimiento. En medio de esas montañas viven indígenas de aspecto muy extraño, los trogloditas, que corren, se dice, más veloces que los caballos.

Tomamos a los lyxitas como intérpretes y continuamos navegando durante doce días en dirección del sur, a lo largo de costas desiertas. Después sesgamos, navegando durante el día en dirección del sol naciente y descubrimos, al fondo de un golfo, un islote de cinco estadios de circunferencia al que pusimos el nombre de isla de Cerne, donde fundamos una colonia. Según la duración de nuestro viaje, se puede conjeturar que dicha isla está más o menos al lado opuesto de Cartago. Se necesita, en efecto, disponer del mismo tiempo para ir de Cerne a las Columnas de Hércules, que de las Columnas hasta Cartago.

Al irnos de Cerne dejamos atrás un río importante, el Chrete. Después llegamos a un gran estuario donde se encontraban tres islas, más grandes que Cerne. Doblamos esas islas en dirección del fondo del estuario, al que llegamos al cabo de un día de navegación. Su ribera está dominada por altas montañas habitadas por salvajes vestidos con pieles de bestias, que nos lanzaron piedras para impedir que nos acercásemos.

Continuando nuestra navegación, llegamos a un río muy grande y muy ancho lleno de cocodrilos y de hipopótamos. De allí dimos media vuelta y regresamos a Cerne.

De Cerne emprendimos de nuevo nuestra navegación en dirección del sur durante dos días, en el curso de los cuales seguimos a lo largo de costas habitadas por etíopes que huyeron al vernos. Su lengua era desconocida para nuestros intérpretes lyxitas. El último día atracamos al pie de altas montañas cubiertas de árboles muy diversos, pero todos odoríferos.

Después de haber costeadado durante dos días unas montañas, llegamos a un golfo inmenso cuyas riberas eran muy lisas y en donde, durante la noche, vimos brillar fuegos que cambiaban constantemente de lugar y de fuego.

Hicimos provisión de agua y volvimos a partir. Navegamos durante cinco días a lo largo de las costas y llegamos a otro fuego muy grande, que los intérpretes dijeron llamarse el Cuerno del Poniente. Una gran isla se encontraba en dicho golfo. En esa isla, había un lago salado y, en el lago, un islote. Desembarcamos en la isla en cuestión que estaba cubierta de bosques. Pero,

durante la noche, vimos grandes luminarias y oímos un estrépito ensordecedor de timbales, de tambores y de gritos, a tal punto que tuvimos miedo y dejamos la isla rápidamente.

Nos hicimos a la vela lo más pronto posible a lo largo de una costa tórrida de donde nos llegaban perfumes maravillosos y donde torrentes de fuego fluían hacia el mar. El calor hacía esa tierra inabordable.

Entonces el temor nos cogió de nuevo y continuamos a navegar a todo remo, durante cuatro días. En la última noche percibimos una tierra cubierta de llamas, en el centro de la cual se alzaba una columna de fuego tan alta que parecía tocar el cielo. Era un volcán que se llama, dicen, el Theón Ochema, el Carro de los Dioses.

Al cabo de tres días de navegación llegamos a un golfo llamado el Cuerno del Sur. Al fondo de ese golfo, una isla muy semejante a la que ya hemos descrito contenía, ella también, un lago. En ese lago había otra isla poblada de hombres salvajes. Las mujeres eran horribles y completamente velludas. Los intérpretes nos dijeron que eran gorilas. Perseguimos a los machos, pero huyeron con agilidad y nos lanzaron piedras. Pudimos coger a tres hembras que se rehusaron a seguirnos; mordían y arañaban a los que las agarraban, tanto así que hubo necesidad de matarlas. Se las despojó para traer las pieles a Cartago. Como los víveres nos faltaron, detuvimos allí nuestra navegación”.

Dejando a un lado la discusión cronológica, hay actualmente tres corrientes de posicionamiento de parte de los investigadores (Fantar 1988:179; López Pardo 1990a:59-70 y 2008:54; Marín 2011:72) sobre el referido documento: los que definen el relato como enteramente verídico; los que defienden en parte su autenticidad narrativa pero aplicando a otra parte del relato el calificativo de invención literaria; y un pequeño grupo que categóricamente propugna su carácter completamente fabuloso, al poner en entredicho la propia veracidad narrativa del texto. Entre los historiadores brasileños de la década de 1870 hubo incluso la convicción de que el navegante cartaginés sí anduvo por la línea costera de ese país latinoamericano.

Entre los dos grupos de historiadores y arqueólogos que atestiguan la veracidad del viaje, las dudas e incertezas que les diferencian nace de los varios estudios geográficos y filológicos que el documento suscita. Unos aspectos que, al día de hoy, son bastantes divergentes entre las investigaciones sobre el relato, aunque el estudio geográfico delimite ya con precisión algunos puntos visitados de la costa africana. Así, los cuestionamientos geográficos estarían más bien situados

en torno a si los barcos de Hannón hicieron un largo recorrido por la costa africana, es decir, hasta el Golfo de Guinea, o si solamente llegaron a la altura del río Senegal, o si, finalmente, no habrían cruzado el litoral sur desértico de Marruecos. Si se considera el viaje en su totalidad, habría sido necesario que las embarcaciones de la época recorriesen unos seis mil kilómetros en poco más de un mes, cuando, según López Pardo (1990a:61), y de acuerdo con el texto del Pseudo-Escílax, desde Mogador hasta las Columnas de Hercules un barco tardaría doce días.

En cambio, López Pardo delimita el viaje, y cree que el periplo no sobrepasó las costas del Sahara, hasta la isla de Mogador (Kerné); para afirmarlo, se basa en el análisis de Carcopino (1943), el cual sugiere que la isla de Kerné sería un destino para el capitán cartaginés en busca del oro en el río Senegal, metal que traían hasta esa isla las caravanas terrestres de los africanos.

Casi todos los autores que están de acuerdo en que por lo menos una parte del texto es verdadera, admiten que el relato ha sufrido interpolaciones posteriores de los copistas. Los hipopótamos, cocodrilos y algunos pueblos referidos por el texto, evidentemente no existieron en el área atlántica, y serían producto imaginario e insertado a posteriori en el relato. Ramin (1976: 791-804) aboga por la llegada de los barcos del púnico hasta la zona ecuatorial del litoral atlántico africano, considerando varias posibilidades técnicas. Y, basado en la autenticidad de los vestigios literarios que han llegado hasta nosotros, Desanges (1978:51) corrobora la hipótesis de que el texto es completamente verdadero, y lo ubica en el 200 a.C. García Moreno (1992:132-158) considera que durante el período en que ocurrió el viaje, no había medios técnicos para que un barco bordease el Cabo Bojador y pudiese volver con seguridad, negando así parte del viaje, y entrando también en desacuerdo con su temprana cronología. Mientras que para Mederos Martín & Escribano (2000:77-107) el documento del periplo estaría relacionado con el segundo Tratado entre Roma y Cartago, en el 348 a.C.

El periplo describe islas, montañas, ríos y volcanes. Y también hace referencia a gorilas encontrados durante su recorrido. Es una de las descripciones del litoral atlántico, sobre todo marroquí, más analizada, aunque al mismo tiempo es considerada como la más controvertida (Gascó 2007:305). Por otro lado, hasta

el momento no parece haber registro arqueológico que confirme definitivamente el relato (Medas 2004:138-142; Guerrero Ayuso 2008:69-70), pese a las enormes similitudes con la geografía marroquí-sahariana que parece describir, sobre todo alrededor del Cabo Espartel hasta Lixus. Según Medas (2004:158-68), los límites de visibilidad de la Osa Menor, en torno al 500 a.C., se extendían más al sur africano que en los días actuales, con lo cual podría haber resultado más fácil para Hannón orientarse en alta mar hacia el sur de ese mismo litoral.

Atoche & Ramírez (2001:252-3) comparte la tesis defendida también por Carcopino (1943). Es decir, amén de colonizar la costa atlántica, habría otras razones para el periplo encomendado a Hannón: la búsqueda del oro de la costa africana en la zona aurífera del Senegal-Níger (Huss 1993:20), en Bambuk. De forma que la factoría de Mogador funcionaría como puesto intermedio durante el auge del comercio del oro proveniente de esta zona de África Occidental. Recordemos que si Hannón llevó en sus naves algunos lixitas para sirvieran como interpretes mientras bajaba el litoral atlántico (López Pardo 2008:27, 40), tendría un propósito claro de antemano que era el de establecer contactos comerciales.

Algunos investigadores creen que el viaje de Hannón puede ser visto como una representación de la visión griega sobre África, un territorio que, por ser desconocido en buena parte, sirvió de espacio para la proyección de los miedos y creencias de los griegos de la época, con lo cual se pudieron relacionar del mismo modo animales exóticos encontrados en los trópicos (Jacob 1991:121-2; González Ponce 2009:291-304) y en partes del río Nilo. Para Medas (2008b:90), ha sido el exacerbado imaginario de algunos autores modernos lo que ha posibilitado una relaboración literaria del mundo antiguo, como es el caso del texto del periplo de Hannón. Y, por lo tanto, sin una rigurosa aproximación metodológica de carácter filológico sobre la fuente escrita, “risulta relativamente facile costruire modelli illusori, basati su una catena di presupposti ipotetici che finiscono per autoreferenziare le conclusioni finali”.

El viaje describe un contingente de treinta mil hombres y mujeres en sesenta buques probablemente de clase pentecontera, con el fin de colonizar asentamientos ya existentes en las costas del norte de África y su fachada atlántica, después de

encomendarse al dios Baal Hammón (Cronos de los griegos) en el santuario de Cartago, según el copista medieval del texto. Hecho que habría quedado supuestamente registrado en tablillas. Ello daría una media de cerca de quinientos colonos por cada nave de cincuenta remeros, en el supuesto de que la expedición se realizara de una sola vez. Al que todo indica, según los estudiosos, que tardó años en cumplirse del todo. La mayor parte de la gente se destinó a las colonias entre las Columnas de Heracles/Hércules (las Columnas de Melqart de los fenicios) y el río Lixus, extremo norte de Marruecos. El último enclave colonizado habría sido el de Mogador en la isla de Kerné. El propio Hannón habría fundado siete asentamientos y otro más de proyección religiosa.

En otra hipótesis, la flota de reconocimiento del periplo habría navegado probablemente hasta un determinado punto del Golfo de Guinea (Medas 2004:138), oportunidad que se habría aprovechado para la fundación de las colonias púnicas con fines comerciales. En cualquier caso, el contexto general del periplo lleva a Wagner a afirmar (López Pardo 2008:54) que representaría en realidad un rito de entrega del territorio fenicio a Cartago durante el cambio de modelo comercial que ocurría en el Mediterráneo Central y Extremo Occidente justamente en esa época.

Parte de los historiadores cree que la expedición marítima pudo abordar los siguientes puntos de la costa africana: Tingi, Melitta (Mazagán), Lixus, Thymiaterion (Kenitra), Arambys (Salé), Soloeis (Cabo Cantin), Karikon Teichos (Mogador), Acra (Agadir), Kerné (debajo de las Islas Canarias), Cuerno del Oeste (enfrente a las Islas Bissagor, y debajo de las islas de Cabo Verde), Carro de los Dioses (en la Bahía de Benín, cerca del Monte Camerún) y hacía el Cuerno del Sur (Gabón). Sin embargo, la identificación arqueológica de las colonias que pudieron ser fundadas por la expedición de Hannón es al día de hoy algo difícil de confirmar como indica los investigadores. Sí hay constancia de la existencia de colonias fenicias en el área que presuntamente iba a ser colonizada en esta expedición. Una ruta que, de haberse llevada a cabo, sugiere que los barcos fenicios, para regresar, tuvieron que navegar primero hasta las islas Canarias (Atoche & Ramírez, 2011: 231-2) para poder arrimarse otra vez a la costa africana debido a las corrientes, como ya se mostró en el apartado anterior referido al periplo de Neco II.

También hay controversia respecto al acercamiento o no del poblado de Lixus (Gascó 2007:305) ya que, pese a hacer referencia al río epónimo, no lo hace a dicho enclave, con lo cuál algunos piensan que podría referirse a la región del Draa en el sur de Marruecos. En un área cercana de este río, se ha encontrado un dibujo del que parece ser un híppos y, junto a él, una barca (Martín Ruiz 2013:50) que serviría para transportar la carga fenicia desde el buque hasta la playa, ya que no había casi puertos en esta zona, los cuales solo aparecerán en época helenística.

Para otros autores, la expedición buscaba también esclavos negros en el Cuerno del Sur, ubicado en el golfo de Guinea. Está comprobado que en esta época ya había rutas caravaneras por el interior del continente africano, y que alguna partía de Lixus bordeando el litoral hacía la altura de las islas de Cabo Verde, en el Cuerno del Oeste, cerca de las Islas Bissagos. Otras caravanas iban de las ciudades costeras de Rusaddir e Icosium, en la actual Argelia, cortando el inhóspito Rifis y siguiendo luego el montañoso Atlas hacía el sur, en el mismo Cuerno del Oeste. También había una caravana que partía de Sabratha, en el litoral de Libia, cruzando por medio del desierto justo por el Oasis de Cydamus (Ghadames), aún en territorio libio, hasta llegar finalmente en el Cuerno del Oeste (Guinea-Bissau) (Espelosín 2007:55). Dichas caravanas transaharianas traían y llevaban a lomo de animales mercancías como oro, textiles, alimentos y esclavos.

Hay una propuesta de Martí-Aguillar (2014 21:36) para bajar la cronología de los periplos de Hannón y también de Himilcón a la segunda mitad del siglo IV a.C. Después de analizar el texto de Justino (44, 5), el autor propuso una nueva interpretación, según la cual, la Tiro del siglo IV a.C. habría enviado a Gadir un tipo de ayuda y que, unida a la de Cartago, había podido socorrer Gadir frente al intento de una invasión de los habitantes de Tartessos. La ayuda mostraría, así, la existencia de vínculos de parentesco y deidades religiosas entre ambas ciudades ya en dicha época, confirmándose de esta manera la gran influencia púnica en la franja Ibérica en ese período. Ello supondría que el periplo de Hannón podría efectivamente haber ocurrido en esa época.

Para López Pardo (1990a; 2000a), la Isla de Mogador, es decir, Kerné, podría corroborar por lo menos parte del viaje de Hannón, al estar confirmada

arqueológicamente como importante base avanzada del comercio fenicio-púnico en la costa meridional africana. Un área considerada en aquella época como el fin del mundo conocido. Por esa razón, según los primeros cronistas que disertaron sobre el Nuevo Mundo y también de acuerdo con algunos historiadores brasileños del siglo XIX, si algún barco de Hannón hubiera desgarrado de la flota y sobrepasado esta área más al sur, dejando atrás, el Cabo Juby, le habría sido imposible remontar esas aguas del litoral africano en el intento de volver desde Gabón y Camerún hasta Senegal. De esta forma, habría posible algún viaje accidental de un barco desviado hasta la costa de Brasil, dadas las condiciones geofísicas en estos tramos de la costa africana. Así mismo, tampoco era tarea fácil navegar un poco más hacia el sur de Mogador debido a ausencia de fondeaderos seguros en unas costas inhóspitas.

Se baraja también la posibilidad de que Hannón partiera de Gades para circunnavegar el continente africano hasta llegar a la Península Arábiga a través del mar Rojo (Eritreo), como sugiere Plinio (*Nat. Hist.*, II, 67, 169), (Mederos Martín & Escribano 2000:86-7), y así obtener productos tropicales y oro en una particular disputa con Cartago, además de otros materiales como arenisca, caliza y maderas y abundantes pescados. Una posibilidad que quizás se pueda relacionar con el mascarón de proa en forma de caballo, hallado por el navegador Escílax de Carianda en el mar Rojo, y que sugiere una circunnavegación de África desde Gadir.

No entraremos en el merito de la discusión sobre la procedencia de los varios vestigios arqueólogos hallados en el litoral africano, ya que hasta el día de hoy solo han sido recuperados materiales que se refieren a la frecuentación de la propia zona y al área mediterránea. No creemos necesario de nuestra parte contextualizarlos, debido al rango temático de nuestro estudio que les dejaría fuera a dichos materiales a no haber cualquier relación con materiales del Nuevo Mundo. Por ello, hemos considerado que un breve repaso sobre el estado de la cuestión sería suficiente para nuestro propósito.

Lo que sí queda claro es que todas esas incertidumbres, y al mismo tiempo posibilidades, llevarán a los referidos cronistas del Nuevo Mundo ya desde el siglo XVI, a interpretar el periplo de Hannón como probabilidad de que los barcos púnicos

llegaran a Brasil. Una hipótesis que se vio favorecida por la propia discusión no solo sobre las referencias geográficas apuntadas por el texto de Hannón, sino también por la polémica existente durante el siglo XIX en torno si eran fenicios o púnicos los colonizadores del referido periplo. Una cuestión que a la vez se hizo presente en el intento de buscar una explicación al poblamiento del continente americano, y que analizaremos en la próxima Parte, cuando intentaremos aportar un nuevo punto de reflexión para explicar la aparición de la ingente literatura en este sentido.

2ª PARTE

Durante el Renacimiento eran los anticuarios y coleccionistas europeos los que manejaban los conocimientos relacionados con la Antigüedad. Un tiempo en que no se atrevían a enfrentarse a la llamada Verdad de los textos bíblicos, y en el que los materiales desconocidos que la tierra expulsaba de sus entrañas eran recuperados y meramente catalogados en los llamados Gabinetes de Curiosidades. A esto siguió una etapa de descubrimientos científicos que cada vez más puso en entredicho las certezas de las narraciones de las Sagradas Escrituras.

En el siglo XIX, se instituyó en algunos países del Viejo Continente la asignatura de Historia Antigua a raíz de importantes descubrimientos arqueológicos, como resultado de excavaciones cada vez más sistemáticas. Unas exploraciones arqueológicas que, en un principio, fueron llevadas a cabo mayormente debido al interés por comprobar los hechos narrados en la Biblia.

A partir de ahí fue posible para los investigadores interpretar de forma crítica conceptos actuales como: política, democracia, ética, libertad y muchos de los temas religiosos, entre otros. La Historia Antigua se asoció entonces con la construcción de la identidad nacional de los países modernos, a través de la creación y comprensión de los mitos de origen con valores arraigados en el mundo Antiguo.

En el caso de Brasil, la asignatura de Historia Antigua se inaugura en la década de 1930, en la Universidade de São Paulo (entonces la ciudad más industrializada del país), con énfasis en el área Clásica. Desde mediados del siglo XIX, los intelectuales nacionales habían estado discutiendo asuntos relacionados con el tema que nos ocupa. Como por ejemplo, la polémica sobre los navegantes fenicios en territorio brasileño, provocada por la aparición de una presunta prueba epigráfica de su presencia, y que ha hecho que se investigara a fondo la historia de este pueblo marino a fin de entender precisamente esa cuestión.

Durante las décadas de 1930 y 1940 se publicó en el país una bibliografía conocida como *Coleção Brasileira* formada por más de 380 volúmenes. Gracias a esta publicación se ha logrado aunar y organizar por vez primera importantes

estudios y textos históricos y sociales, hasta entonces producidos sobre los más variados temas que afrontaron mayormente cuestiones sociales brasileñas. Fue una decisión del Gobierno republicano de Brasil que había remplazado al monárquico en 1889. Una iniciativa pionera, según los editores, que procuró sistematizar los ensayos y trabajos de varios autores que estudiaron temas pertinentes a la problemática nacional. Además, dicha publicación se ha ocupado también de reediciones de obras nacionales consideradas notorias. Esta bibliografía constituyó mi punto de partida en este trabajo.

Hay que recordar, además, que la decisión de reunir y publicar los volúmenes de la Coleção Brasileira se debió también a la afinidad de sus contenidos con los intereses políticos oriundos de la Revolución brasileña de 1930, la cual fue considerada como un régimen dictatorial dentro del sistema republicano, llegando a adoptar una política cultural en algunos puntos semejantes al modelo de Propaganda practicado en ese momento en Alemania. También es necesario contextualizarla en el seno de la creación de las primeras universidades brasileñas. La cantidad de sus ediciones demuestra que alcanzaron buena distribución en el país. Algunos de sus volúmenes se pueden consultar actualmente en la biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo, en Madrid.

Se trata de obras reunidas de historiadores, viajeros y arqueólogos nacionales y extranjeros, las de éstos, publicadas originalmente en otro idioma y posteriormente traducidas al portugués. Algunas de ellas fueron escritas en el siglo XIX. Todas ellas tuvieron como fuentes: las crónicas coloniales, los relatos de Viajeros Naturalistas, la recolección de datos oficiales; publicaciones literarias y otros textos oficiales, producidos, recopilados o rescatados desde el siglo XVI, tanto en Brasil como en instituciones internacionales. Muchas de esas fuentes pertenecen hoy día al archivo del IHGB – Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, entidad cultural monárquica fundada en 1838 en Río de Janeiro, uno de cuyos objetivos ha sido escribir la Historia de Brasil, incluyendo la era precolombina. Así, algunos documentos que hacen referencias a fenicios en Brasil, anteriores a creación del Instituto, han sido felizmente recuperados y su existencia catalogada por este órgano público.

En cualquier caso y hasta la década de 1970, no se ha podido superar aquí la enseñanza de una historia positivista marcada por su escasa representatividad en el seno de una sociedad todavía llena de desigualdades sociales como es la brasileña.

Sin embargo, estudiar Historia Antigua aquí ha sido importante justamente porque los conceptos y valores del mundo antiguo constituyen una parte considerable del pensamiento Occidental. Y comprender el pasado, es necesario a la hora de planear un futuro mejor. En Brasil, son ejemplos de ello la aplicación de la legislación romana para acabar con la esclavitud negra, llevada a cabo por el movimiento abolicionista en el país durante la segunda mitad del siglo XIX. Y también a través de los juegos, películas y romances históricos producidos a partir del siglo XX y sacados directamente del mundo antiguo egipcio, griego y romano, y proyectados para niños escolares.

Por otro lado, y como pretenden algunos historiadores y filósofos de este país latinoamericano, el análisis actual de las sociedades del mundo Antiguo llevado a cabo por estudiosos nacionales de países subdesarrollados o emergentes, podría servir como alternativa a la hora de interpretar la propia diversidad cultural y social en la que vive Brasil, caracterizado todavía por el clientelismo con techo de paja, por la fuerte desigualdad financiera, la exclusión social y el patrimonialismo, pese a los varios intentos en atajarlos. Escenarios comunes no solo entre los demás países del actual continente latinoamericano, sino también entre varias civilizaciones de la Antigüedad, en los que podría constituirse una alternativa historiográfica internacional a partir de un modelo propio interpretativo y diferenciado como quieren sus académicos. Un enfoque teórico y metodológico social capaz de criticar abordajes tradicionales que prácticamente solo tienen en cuenta las clases elitistas minoritarias en las sociedades antiguas de Asia y de Europa.

Así, una profunda revisión de las concepciones del siglo XIX ancladas en raza y lengua, con relación a un territorio que está en la base de muchos modelos interpretativos actuales a cerca del mundo antiguo, legitimando exclusiones sociales, esclavitud y colonización en el mundo actual, podría dar lugar a un tipo diferente de análisis. Hay que recordar que las resistencias durante los conflictos,

las migraciones forzadas, la servidumbre, creencias religiosas y diferencias de género entre los pueblos antiguos todavía están reflejadas en las contradicciones de varios conflictos del siglo XXI, incluyendo el actual Próximo Oriente y África.

2.1) OFIR ASOCIADA A SUDAMÉRICA

Consideraciones iniciales

Existe una bibliografía europea del siglo XXI sobre los fenicios, que recoge informaciones acerca de un posible viaje de estos navegantes a América, y más concretamente a Brasil. Referencias que se pueden leer en libros franceses, italianos, españoles, portugueses e ingleses, todas ellas basadas en supuestas pruebas epigráficas a través de un polémico texto de origen fenicio y que habría sido hallado en el territorio brasileño a principios de la década de 1870. Podemos comprobar este hecho en tres casos recientes que nos sirven como ejemplos. El primero es un artículo publicado en 2007 en la revista *Historia National Geographic*, nº. 36, firmado por Francisco Javier Gómez Espelosín, que lleva el título de *Fenicios: los primeros exploradores* (págs. 50-61), y en el cual este autor menciona la existencia de una hipótesis sobre estos navegantes en la costa brasileña. El segundo es un apartado llamado *I Fenici in Brasile?*, (págs.157-159), de Stefano Medas, publicado en 2008 como parte de un capítulo llamado *La navigazione antica lungo le coste atlantiche dell’Africa e verso le Isole Canarie: Analisi della componente nautica a confronto con le esperienze medievali*, y editado por González Antón, López Pardo y Peña Romo, dentro de la obra *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, de la Universidad Complutense de Madrid, págs. 143-215. La autora italiana Maria Giulia Amadasi Guzzo también ya había mencionado en su obra *La marineria cartaginese: le navi, gli uomini, la navigazione*, en el año 2000 (p. 78), el supuesto viaje semita al litoral septentrional de Brasil, tema que ha vuelto a abordar otra vez en un artículo de 2008b (p. 92-3). Por último recordamos la tesis de Anne Marie Smith, de 2012, *Phoenician ships: types, trends, trade and treacherous trade routes*, presentada en la University of South Afrika (p. 175-7), donde vuelve a poner en tela de juicio la veracidad de la Inscripción de Paraíba. Aunque los autores mencionados abordaron el tema con reservas, debido a la ausencia de pruebas arqueológicas.

Previamente y durante el último tercio del siglo XX, en este contexto se habían publicado en Europa obras como: *Cartaginesi in America: una disputa del*

XVI secolo, de 1981; *Sull'autenticità del testo fenicio di Parahyba*, obra de Amadasi Guzzo, editada en 1968 (págs. 245-261); la de A. Angelini, de 1991, *Storia Militare dei Fenici* (págs. 119-121); y también la del portugués José Nunes Carreira, *Fenícios no Brasil?* de 1996 (págs. 67-80). Cabe mencionar, además, el libro publicado en 1972, en Estados Unidos por Cyrus Herzl Gordon, con el título *Before Columbus: links between the old world and ancient America. London: Turnstone Press Ltd*, y que muestra el mapa de Brasil con la indicación del desembarco fenicio. Ya la publicación francesa, *Dictionnaire de la civilization phénicienne et punique*, de 1992, dirigido por Édouard Lipiński, recoge datos y bibliografía sobre la mencionada inscripción. Mientras que el artículo *I Fenici in America?*, de Amadasi Guzzo, que ya mencionamos arriba, incluido en la obra *Los Fenicios*, publicada por Sabatino Moscati en 1988 (págs. 570-572), también muestra el mapa de Brasil con la ubicación de la ciudad de João Pessoa (Capital del Estado de Paraíba), sugiriendo que se trata del punto geográfico más oriental de Sudamérica, y, por lo tanto, el más cercano al continente africano, en el cual podrían haber atracado alguna nave desgarrada del periplo de Neco II. En el mismo artículo se muestra una copia del texto de la conocida Inscripción de Paraíba, a partir de la obra del estadounidense Cyrus Gordon (1908-2001) y el mapamundi con las indicaciones de corrientes marinas, como para facilitar al lector su comprensión acerca del viaje de los barcos fenicios que habrían sido arrastrados hasta esta costa por los vientos y las corrientes marinas del Océano Atlántico.

Todos estos textos reflejan, finalmente, la posibilidad del viaje de los antiguos barcos semitas hasta el litoral de América, basados no solo en el contenido de la Inscripción de Paraíba, sino también en complejas razones que empezaron a ser investigadas tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, como veremos a continuación.

Los primeros planteamientos relacionados con los semitas en América ocurrieron tras el descubrimiento de este continente y a principios del siglo XVI. Todo hace creer que las primeras fuentes literarias en este sentido se han originado en una tradición oral. Difundida entre los aventureros agolpados en los puertos europeos a donde llegaban las naves procedentes del Nuevo Mundo. Una

información recogida por escritores que nunca habían estado allá, pero que eran “conscientes de la necesidad de inventar lo desconocido, de recrearlo ante la imaginación de sus lectores” (Santos 1999:41), para favorecer así una literatura que hablara de la imagen de América. Una representación literaria que poco caso ha hecho de la verdad, al estar movida por una necesidad económica de estos cronistas, los cuales trataron de reproducir vínculos no solo entre la Ofir bíblica y el Nuevo Mundo, sino también entre Atlántida y América.

El propio Colón (1451-1506) habría creído en la posibilidad de la Ofir americana nada más poner sus pies en el Nuevo Mundo. En el ámbito religioso, podemos citar al francés Guillaume Postel (1510-1581), uno de los fundadores de la Compañía de Jesús - Jesuitas -, y su obra *Cosmographicae disciplinae compendium* (Vivante & Imbelloni 1939:69), de 1561. Antes, en 1538, ese autor ya había publicado en París un estudio sobre lo que imaginaba ser nombres hebreos en las lenguas indígenas de las colonias españolas, en su *De originibus seu de hebraicae linguae [et] gentis antiquitate, deque variarum linguarum affinitate liber: in quo ab Hebraeorum chaldaeorumve gente traductas in toto orbe colonias vocabuli hebraici argume[n]to, humanitatisque authorum testimonio videbis...* Plasmó su propuesta al vincular el pasaje del libro de Génesis (10:29-30) con el Perú:

Capítulo 10:

29 “...Ofir, Hāwilah y Yobab. Todos éstos fueron hijos de Yoqtán.”

30 “La residencia de ellos fue desde Mešá’, según vas a S^efar, a la montaña de Oriente.”

Yoqtán a su vez, quien tuvo descendientes con nombre de origen árabe, fue hijo de Eber; hijo de Sélah; hijo de Arpakšad; hijo de Sem y; uno de los tres hijos de Noé. Unas descripciones que reflejan los conocimientos etnográficos sobre Israel hacia los siglos VII y VI a.C.

A partir de Postel, la idea fue asumida por Guy Lefèvre de La Boderie (1541-1598) - uno de los colaboradores de la Biblia Regia o la Biblia de Amberes -, de quien la tomó el teólogo y humanista español Benito Arias Montano (1527-1598), quién finalmente la concretó en su famosa obra póstuma de 1601, *Naturae Historia*

(Macías Rosendo & Canseco & Antolín 2007:116 y 121-8). Este erudito ibérico fue también el supervisor de la Biblia Poliglota de Amberes, encargada por el rey español Felipe II (1527-1598). En 1572 el Sumo Pontífice otorgó dicha Biblia.

La idea de la Ofir americana fue abrazada por el intelectual español, al parecer debido a intereses del poder y también por razones económicas suyas en el Nuevo Mundo, como veremos en otro apartado. Pero también habrá que tomarse en cuenta su formación humanista y el ambiente de la Contrarreforma. La idea fue absorbida por él durante la confección de la Biblia Poliglota de Amberes, transformándose en una teoría que acabó transmitida a las generaciones posteriores de estudiosos y a los colonizadores del Nuevo Mundo como si fuera suya. Lo que a su vez hará que a lo largo de los siglos venideros varios religiosos intenten concluir el origen fenicio de los pueblos americanos a través de Ofir o de la Atlántida, en un intento de conectar el imaginario europeo, a través de la narrativa bíblica, al poblamiento del nuevo continente descubierto.

De hecho, el arqueólogo brasileño y uno de los autores de la *Coleção Brasileira*, Aníbal Matos, afirmó en 1941 en su obra *A raça de Lagoa Santa*, que había sido el referido teólogo español el primero en hacer tal referencia (ibídem: 22-42). Esta información fue ratificada por otro arqueólogo y autor brasileño, Souza (1991:49-50), al decir que algunos escritores religiosos ibéricos del siglo XIX y XX apuntaron en su día que la teoría de las Tribus Perdidas de Israel, como los primeros navegantes en llegar a América, la tomó inicialmente Montano (1527-1598) de las Sagradas Escrituras, y que fue debido a este humanista, que varios autores, sobre todo religiosos, empezaran a hablar de una visita de estas mismas Tribus semitas a la costa septentrional de Brasil a partir de los viajes a Ofir.

Mientras tanto, fue fray Gregorio García (1556/1561-1627) en su obra *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607), quien atribuyó la idea inicial de Ofir en América al religioso Guillaume Postel (1510-1581), el cual la propuso en 1561, siendo corroborada más adelante por Goropio y Genebrardo (García 1729:16), antes de que Montano (1527-1598) tejiera en 1601 los hilos lingüísticos, ubicando el Ofir bíblico en el paraje sudamericano del Perú. El término Ofir, como sabemos, está presente en algunas narrativas bíblicas como el lugar en

donde iban a comerciar los navegantes fenicios, probablemente entre 970 y 931 a.C., y según el libro de I Reyes (9:10-14, y 26-28) y (10:11-12 y 22-23) y también el II Crónicas (8:17-18) y (9:10 y 21). La empresa aparece como encargo del rey Salomón al gobernante de Tiro.

I Reyes,

Capítulo 9:

- 10 “Y acaeció que al cabo de veinte años de haber construido Salomón las dos casas: el Templo de Yahveh y el palacio real,”
- 11 “como Hiram, rey de Tiro, hubiera suministrado a Salomón maderas de cedro, maderas de ciprés y oro a toda su voluntad, Salomón dio entonces a Hiram veinte ciudades en el país de Galilea.”
- 12 “Salió, pues, Hiram de Tiro para ver las ciudades que Salomón había dado, y como no le agradaran,”
- 13 “dijo: ‘¿Qué ciudades son estas que me has dado, hermano?’, y las denominó ‘País de Kabul’, hasta el día presente.”
- 14 “Hiram había enviado al rey [Salomón] ciento veinte talentos de oro.”
- 26 “Construyó asimismo el rey Salomón una flota de Eshon-Géber, situada junto a ‘Elat, en la costa del mar Rojo, en el país de Edom.”
- 27 “Y Hiram envió en la flota a sus servidores navegantes, conocedores del mar, en compañía de los servidores de Salomón.”
- 28 “Llegaron a ‘Ofir, de donde tomaron oro en cantidad de cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón.”

Capítulo 10:

- 11 “Por otra parte también la flota de Hiram que había transportado oro de ‘Ofir’, trajo de ‘Ofir también maderas de ‘*almuggim* en muy gran cantidad y piedras preciosas.”
- 12 “El rey fabricó con esas maderas de ‘*almuggim* las gradas para la Casa de Yahveh y para el palacio real y cítaras y arpas para los cantores. Jamás llegó tal madera de ‘*almuggim* ni se ha visto más hasta el día presente.”
- 22 “Porque el monarca tenía en el mar la flota de Tarsis con la flota de Hiram; una vez cada tres años llegaba la flota de Tarsis cargada de oro, plata, marfil, monos y pavos reales.”
- 23 “Excedió, pues, el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riqueza y sabiduría.”

II Crónicas,

Capítulo 8:

17 “Entonces marchó Salomón a ‘Esyon-géber y ‘Elot, a la orilla del mar, en el país de ‘Edom;”

18 “y Hiram, por medio de sus servidores envíale navíos y servidores conocedores del mar, quienes fueron con los súbditos de Salomón a ‘Ofir, de donde cogieron cuatrocientos cincuenta talentos de oro y los trajeron al rey Salomón.”

Capítulo 9:

10 “Los súbditos de Hiram (sic) y los súbditos de Salomón que habían traído oro de ‘Ofir, trajeron también ricas maderas de ‘*almuggim* y piedras preciosas;”

21 “porque el rey poseía naves que iban a Tarsis con los súbditos de Hiram, y una vez cada tres años venían los navíos de Tarsis, trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales.”

Como vimos en la 1ª Parte la cuestión de la localización de Ofir aun sigue pendiente de resolverse de todo. De modo que con tantas dudas acerca de la ubicación de Ofir, este lugar también podría perfectamente localizarse en el Nuevo Mundo, tal como propuso Montano (1527-1598) a partir de una idea que no fue originalmente suya, y con la cual intentó explicar la génesis de los pueblos americanos (Santos 1999:72) conforme sus conocimientos sobre las gentes y los productos del Perú, llegados hasta él en España, ya que jamás estuvo en América. El origen de los pueblos americanos era un tema que en general preocupaba a la intelectualidad europea ya a finales del siglo XV, y que el humanista resolvió acercando, en última instancia, el Antiguo Testamento a las gentes del Nuevo Mundo.

El origen del hombre americano

Sin embargo, la cuestión del origen humano no solo fue una preocupación diseñada a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo. Existió anteriormente una tradición cristiana romana que buscaba explicar el origen de los pueblos a través de la Torre de Babel, de la génesis de la Tabla de Naciones y, también, a partir de la propia diáspora de las diez Tribus Perdidas de Israel después de su dispersión por los babilónios, y que jamás regresaron a su original territorio. Hay también por ese

motivo noticias de la presencia de sus descendentes en África y puntos de Asia. Así, también habría que tener en cuenta estos elementos cristianos en la aportación teórica que el citado teólogo español hizo para poder explicar a la sociedad europea las relaciones de parentesco entre los semitas y los pueblos de América.

De hecho, por lo menos un autor clásico y de tradición cristiana ya había justamente intentado explicar el poblamiento del mundo. Flavio Josefo (37-95?), autor judío del Imperio romano y con actuación en Roma, en el año 93 escribió en griego *Antigüedades de los Judíos*, obra que ha sido especialmente citada (Hadas-Lebel 2009:214-34) a partir del siglo II por los que son considerados como los Padres de la Iglesia Cristiana. Los escritos de Flavio Josefo, parece ser que representaron la prueba de la Antigüedad de la nación hebrea frente a los demás pueblos de la tierra. Su obra es considerada, también, como el resumen del Antiguo Testamento. De hecho, Flavio Josefo fue el autor más leído por los Humanistas en Europa durante el siglo XVI, y el preferido después de las Sagradas Escrituras. Es como si fuese el quinto evangelio, vinculado a la historia del Cristianismo. Por fin, y a tenor de sus escritos, se desarrolló una literatura hebrea que desde el inicio del siglo XIX ha ido asimilando géneros literarios modernos. Esto contribuye a explicar la importancia creciente que adquirieron los estudios dedicados al pueblo fenicio en dicha época, constituyendo así a un importante razonamiento sobre el poblamiento de la tierra basado en las narraciones de las Sagradas Escrituras.

Igualmente contribuyeron en este sentido las revisiones y traducciones hechas directamente al latín a partir de los originales de los libros de Reyes y de otros textos del Antiguo Testamento, como también la *Septuaginta* y la *Héxapla*, hechas por san Jerónimo (ca. 347-420) alrededor del 391, que luego se constituiría en la *Vulgata*. San Jerónimo también escribió comentarios sobre las Sagradas Escrituras en obras como: *Liber Hebraicorum nominum* y, *Quaestiones Hebraicae in Genesim*. Traducciones y revisiones en las cuales queda reflejado en latín, que las Tribus Perdidas de Israel pudieron navegar hacia el oeste en el llamado Mar Océano, es decir, el Atlántico. Una idea que sin duda contribuyó a la elaboración de la teoría de los fenicios en el Nuevo Mundo por parte de los religiosos europeos del siglo XVI.

Por otro lado, los eruditos también conocían el texto de Platón (ca. 427-347 a.C.), sobre la existencia de una isla muy lejana en donde vivían los pueblos Atlantes, y que se localizaba en algún punto más allá de las Columnas de Heracles/Hércules, en el Mar Océano. Información recogida en dos diálogos del filósofo griego Timeo (21 a s.) y también Critias (108 e s). La historia se originó en antiquísimas tradiciones recogidas por Solón, de boca de un sacerdote egipcio residente en la ciudad de Sais, en el delta del Nilo. Posteriormente, la Atlántida fue un tema tratado también por Estrabón (II, 102; XIII, 598) y por Diodoro (III, 54 ss.). Se trataría de un lugar rico en minerales y también en diversidad de flora. Para Diodoro (V, 19-20) los Atlantes vivían cerca de África y llegaron a ser atacados por las mujeres guerreras llamadas Amazonas. Mientras que para Platón la isla y su pueblo habían perecido a causa de un gran cataclismo.

Durante el siglo XV y XVI, toda esa tradición clásica desarrollará otras teorías entre los intelectuales europeos, sobre todo entre los religiosos católicos ibéricos. Ya no se hacía solamente la idea de que arriesgándose en el Mar Océano el navegante se toparía con un maravilloso lugar de clima siempre primaveral y lleno de exótica vegetación, tal como podía ser la Atlántida de Platón. En realidad, este filósofo griego lo que añoraba era una especie de Atenas ideal, en contraposición a la polis democrática griega, en su opinión, viciada por las malas costumbres. Así, y a raíz de los descubrimientos marítimos de Portugal y España, la Atlántida alcanzará también otros significados: el Paraíso Terrenal y el rico Dorado, conceptos que se arraigaban en la época de los fenicios del Mediterráneo Occidental (Guerrero Ayuso 2008:69), quienes imaginaban unos confines del mundo repletos de oro y piedras preciosas, es decir, prácticamente el mismo significado que tuvo la Ofir y la Tarsis de los textos bíblicos y clásicos.

A partir del siglo XVI, varios autores europeos desarrollaron ideas sobre el origen de los pueblos y su posible dispersión por el continente americano. Y muchos fueron, también, los que reflexionaron sobre el tema de la Atlántida propuesta por Platón, tales como: Abraham Ortelio, en *Thesaurus Geographicus* (1587); Olof Rudbeck, con *Atlant eller Manheim* (1675); Georg Caspar Kirchmaier, en su *Exercitatio de Platonis Atlantide* (1685); Janus Joannes Bircherod, con *Atlas-Atlantis*

Insula (1689); Huet, en *De la situation du Paradis terrestre* (1691); Philippe Buache, con *Dissertation sur l'île Antillia* (1752); Edm. Mentelle, con el artículo *Atlantis et Atlantica in: Géogr. Ancienne T. I de Encyclopédie méthodique de Panckouse* (1787); Bory de St. Vicent, con *Essai sur les îles fortunées et l'antique Atlantide* (1803); Abbé Jeyn François Jolibois, con *Dissertation sur l'Atlantide* (1843); Godron, con *L'Atlantide et la Sahara* (1868); Wilhelm Christ, con *Avien und die Ora marítima* (1865) y Paul Gaffarel, con *La mer de sargasses* (1872), (Bessmertny 1935).

Pero será Montano (1527-1598), en su obra *Naturae Historia*, impresa el 1601, el que irá más allá y su idea calará entre los estudiosos, a causa de la fama que adquirió con su trabajo en la Biblia Poliglota. El autor menciona la madera de *Almuggim* con la cual Salomón hizo fabricar las balaustradas del palacio real y del Templo judío. Dicha madera había sido transportada en barco desde Ofir, junto con oro y piedras preciosas, y no sería otra sino la procedente de un árbol nativo del Nuevo Mundo. Además, el suntuoso templo pudo ser construido teniendo como modelo el Gran Templo de Tiro dedicado al dios Melqart. Y en todo se sirvió este erudito de un análisis lingüístico.

El humanista llegó a estas conclusiones tras no sólo conocer la excelente calidad de algunas maderas americanas por su color, dureza y densidad propias para la construcción en general, sino también por una simple cuestión filológica. Según su método, al transponer la consonante latina de Ofir (VPHIR) se obtiene Perú (PIRV) (Antolín 2002:379-80), homónimo del país sudamericano. Para llegar a todas sus conclusiones, tuvo él en cuenta los resultados de los primeros contactos en el Nuevo Mundo entre los habitantes americanos y los ibéricos recién llegados, tal como fueron registrados en las primeras crónicas producidas principalmente por visitantes religiosos en América y particularmente en el Perú. Era el momento en el cual se inició el conocimiento de los europeos no solo sobre las costumbres indígenas, sino también sobre sus distintas lenguas. Ello llevará a otros estudiosos a registrar posteriormente los fonemas de dichas lenguas o dialectos, y a clasificarlos con base en similitudes y coincidencias vernáculas. El objetivo era intentar explicar de dónde procedían los indígenas siguiendo el rastro de sus

diversas lenguas. Lo que, finalmente, hará surgir en el futuro un sin fin de explicaciones sobre el origen de los lenguajes de estos nativos.

A raíz de esa línea de investigación y discurriendo en detalles sobre el asunto, el religioso español llegó a la conclusión de que el Paraíso debió de ser el Nuevo Mundo, ya que Adán y Eva, al descubrirense desnudos, se habían confeccionado un taparrabos a base de hojas de higuera, cosidas con hilos de alguna planta herbácea “traída de América” (Antolín 2002:555). Quizás una hipótesis ya concebida anteriormente por el suizo Paracelso (1493-1541), quien afirmaba en 1520 que “aquellos que han sido encontrados en islas fuera de toda ruta... sean descendientes de Adán y Eva... es más probable que provegan de otro Adán” (Macías Rosendo & Canseco & Antolín 2007:126). Una teoría que con el tiempo se constituirá en una propuesta Poligenista, es decir, que abogará por la creación divina y simultánea de tipos de seres humanos en los diversos continentes de la tierra, y que generará otras consecuencias.

En resumen, estas tres premisas del teólogo español: el origen del árbol *Almuggim*, la similitud filológica entre Ofir y Perú y la planta textil del Paraíso, formarían las pruebas de que Perú sería, en realidad, Ofir. Y esa tesis suya dejará “profundas consecuencias teológicas” en Occidente, conforme afirma Macías Rosendo & Canseco & Antolín (2007:123). De esa forma, el erudito parece haber propagado, también, la hipótesis de que por lo menos alguna de las diez Tribus Perdidas de Israel habría llegado efectivamente a anclar sus naves en algún punto del litoral sudamericano. Y precisamente lo habrían hecho en territorio peruano, al remontar estos navegantes la mayor parte del río Amazonas. Sin embargo, más tarde otros autores tratarán de situar este punto en alguna área del litoral brasileño, particularmente en la denominada costa noreste. Geográficamente mucho más cerca de África, y un lugar considerado, también, con aires del paraíso bíblico, es decir, el Jardín del Edén. Europa y sus navegantes aventureros vivían una época de búsqueda del Paraíso Terrenal, como en un remoto deseo de regreso a los tiempos de Adán y Eva. Y tanto era así, que los nombres dados a los primeros niños nacidos en la isla de Madeira, la primera isla Atlántica descubierta por los portugueses entre 1419/1420, fueron (Vieira 2001:104) estos dos nombres bíblicos.

Implicaciones religiosas y económicas

Es verdad que a principios del siglo XVI había todo un ambiente propicio a que surgieran hipótesis acerca del origen del Nuevo Mundo y sobre todo de sus gentes. Preocupaciones que aumentaron mucho entre los religiosos ibéricos después de que en 1537 el Papa Paulo III (1468-1549) dictara una Bula papal reconociendo la condición humana del indígena americano. Esto facilitó el surgimiento de las explicaciones religiosas, tal como las propuso Montano, aunque, como ya hemos dicho, no fuera idea original suya. Pero para entender la propuesta de este personaje, será necesario conocer antes algunos detalles de su vida personal y profesional, ya que ejerció un papel fundamental en la teoría de los fenicios en el Nuevo Mundo. Lo que haremos en otro momento más adelante.

Inicialmente es necesario saber que en la vida de este teórico destaca, en primer lugar, su relevante influencia en la administración de la colonia de Perú en donde llegó a ser propietario de tierras y esclavos, aunque nunca estuvo allí. Esto nos lleva a pensar que, siendo los fenicios unos semitas, y debido a la relación muy próxima de este intelectual religioso con importantes emprendedores judíos de Sevilla, los cuales actuaban comercialmente en el Nuevo Mundo durante el siglo XVI, es probable que el humanista haya tenido interés en ligar naturalmente los navegantes fenicios a la colonización de América. Como si quisiera auspiciar el comercio de estos cristianos conversos con el Nuevo Mundo del siglo XVI, quizás basado como en una especie de derecho que tendrían debido a una supuesta herencia cultural, o a causa de algún pretendido parentesco con los indígenas.

De hecho, hay registros históricos de que varios de estos comerciantes Ibéricos convertidos al cristianismo ya se beneficiaban con las primeras transacciones establecidas con América del Sur (Taunay 1933; Salvador 1978). Lo mismo ocurría en la colonia lusa con sus conversos, particularmente en la costa noreste brasileña (Vainfas 2000a:39-40), pocos años después de su descubrimiento en abril de 1500. En esta franja del litoral, actuarán pronto varios comerciantes y emprendedores denominados Cristianos Nuevos, algunos de ellos huyendo de las persecuciones religiosas en la Península Ibérica. Se constituyó así una migración

que contribuiría a crear lo que Vovelle (1985:37-8 y 305-6) califica como un tipo de imaginario europeo, sobre todo entre los cronistas del Nuevo Mundo. Una especie de creencia de que en el remoto pasado existió alguna conexión entre los pueblos semitas y los indígenas americanos.

Una idea que, además, pudo haber contado con el apoyo de la realeza lusa, en el caso de la colonia de Brasil. En efecto, en los difíciles momentos iniciales de la conquista de una tierra desconocida y poblada por gentes de diferentes lenguas y costumbres, eran necesarios portugueses que estuvieron dispuestos a enfrentarse, en nombre de la corona, con los peligros del canibalismo indígena y, también, a vencer las arduas condiciones físicas del terreno inhóspito, obstáculos que los primeros administradores ibéricos tenían que superar si querían conseguir beneficios económicos. Estas dificultades hicieron que solamente un pequeño grupo de hombres se vieran forzados a correr el riesgo de invertir sus capitales en algún tipo de negocio rentable en la colonia lusa. Se trataba de un área formada actualmente por nueve Estados y que es comúnmente llamada región noreste (Região Nordeste), debido a sus condiciones físicas y geográficas respecto a otras regiones de Brasil. Entre estos Estados destacamos: Rio Grande do Norte (Natal), Paraíba (João Pessoa), Pernambuco (Recife), Alagoas (Maceió), Sergipe (Aracaju) y Bahia (São Salvador), con sus respectivas capitales y a cuyas costas marinas nos referiremos con frecuencia en este trabajo. Estos territorios constituyen la región más al este de Brasil, es decir, la más próxima a Europa y África, tal como se puede comprobar en el mapa:



Figura 14: Mapa Político del actual Brasil, conformado por sus 5 regiones y los 26 Estados con sus respectivas capitales, más la capital del país: Brasilia (*Fuente: Google Maps. Accedido el 25/11/14*). De todos los países de América del Sur, solamente Chile y Ecuador no tienen fronteras comunes con Brasil. En el siglo XVI, un viaje de un barco de vela desde Portugal a Brasil, demoraba alrededor de 40 días, y se veía favorecida por la corriente ecuatorial atlántica que proviene del litoral africano y que al llegar a la costa del Estado del Rio Grande do Norte se divide en dos ramas: la del norte, que se dirige hacia la Amazonia y, la del sur, que baja por el litoral brasileño.

La idea de un hipotético parentesco entre los cristianos conversos y los indígenas del Nuevo Mundo, parece justificarse a partir del estudio de términos lingüísticos aparentemente coincidentes entre ambas lenguas como también por la semejanza de sus fonemas, conforme propusieron los primeros eruditos. Había entonces muchos dialectos autóctonos, entre ellos, el Tupi-Guarani, hablado por la mayoría de los habitantes de la costa luso-americana y que fue uno de los primeros conocidos por los colonos y religiosos europeos.

En el caso de Brasil, y durante las décadas iniciales de su colonización, estos emprendedores judíos oriundos de Portugal y conversos al cristianismo (Vainfas

2000a:39-40), tuvieron una significativa importancia económica para la realeza lusa. Más tarde, entre 1591 y 1595, cuando la economía portuguesa comenzaba a sacar provecho de la explotación colonial, el Santo Oficio portugués visitará la colonia lusa con el objeto de investigar en esta región las acusaciones de prácticas judías secretas que estaban prohibidas por la Corona.

La presencia judía en el litoral de la colonia lusa también se puede constatar en la toponimia del lugar, a través de ejemplos como los siguientes: La isla oceánica de Fernando de Noronha, a 360 km de la costa noreste, debe su nombre al cristiano converso y donatario de una de las llamadas Capitanías Hereditarias en la colonia de Brasil. Un sistema administrativo que dividió el territorio internamente bajo la dirección de la realeza de Portugal. Instituido en 1532 por el rey João III (1502-1557), se componía de grandes tramos de tierra, delimitados por líneas imaginarias y horizontales, que iban desde el litoral atlántico hacia el interior del desconocido territorio. Estas parcelas eran asignadas por medio de un permiso especial en favor de los nobles portugueses de segundo o tercero rango, y también de los nuevos cristianos que disponían de ingentes recursos para su explotación. Con el permiso de ocupación, se les imponía también la obligación de pagar a la corona parte de los beneficios sacados (Vainfas 2000a:92-3). Esa tierra, además, podría ser subdividida entre otros colonos por determinación de los primeros, siempre y cuando siguieran respetando las reglas establecidas por la Monarquía.



Figura 15: La colonia lusa dividida en “Capitanías Hereditarias” durante la segunda mitad del siglo XVI, y con sus antiguos límites (*Fuente: Google Maps. Accedido el 25/11/14*). En la imagen están señalados los nombres de sus propietarios (algunos cristianos conversos), los principales poblados, el año de su fundación y las actividades económicas importantes. El poblado de Paraíba (actualmente João Pessoa, capital del Estado de Paraíba, el más oriental del país) no aparece en el mapa pero está situado inmediatamente al norte de Igarau.

Cronología: 1500-1808, Brasil colonia lusa; 1808-1822, Reino Unido a Portugal, y con la presencia del rey portugués João VI en Brasil; 1822-1889, Brasil monárquico; 1889, Brasil república.

Otro ejemplo de toponimia brasileña relacionada con judíos está registrado en el litoral del actual Estado de São Paulo (en el mapa: Capitanías de S. Vicente y S. Amaro), en la región sureste. Fue mencionado por primera vez por el navegante español Diego García, quien hacia el 1527 habría encontrado un poblado costero llamado Cananeia, nombre que parece derivar de la Canaán del Próximo Oriente. Este lugar está ubicado estratégicamente junto a un río, entre islas, restingas, dunas, manglares y lagos, naturalmente protegido de los ataques de posibles

invasores, tal como solían construir sus enclaves los fenicios. Su nombre fue dado probablemente por el navegador italiano Américo Vespucio, (1454-1512) en 1501, en un periplo geográfico a servicio de Portugal. En aquella ocasión él habría dejado en el referido lugar a un preso de origen portugués quien, juntamente con otros aventureros y náufragos europeos, parece haber iniciado una extensa descendencia con las nativas (Vainfas 2000a:62). Una reciente bibliografía histórica anota la presencia de nuevos cristianos, de náufragos y de exilados portugueses en diversos puntos del litoral de Brasil durante el siglo XVI. Cananeia se transformaría en villa alrededor de 1600.

Por otro lado, a principios del siglo XVI se dio, al menos en el litoral noreste de Brasil (región noreste), una constante migración interna entre las diferentes tribus indígenas (Prado 1939:153-65), como consecuencia de las rivalidades existentes entre ellas. Poseían tan diferentes costumbres y lenguas que les resultaban imposible entenderse entre si. Las luchas y los enfrentamientos entre estos grupos eran incesantes, a pesar de la amplia oferta de recursos naturales ofrecidos por el territorio. Aprovechándose de esa situación, corsarios franceses pronto hicieron alianzas con algunas tribus enemigas de las tribus amigas de los portugueses, con la finalidad de extraer troncos de árboles conocidos como palos-de-tinte. Una especie vegetal de unos treinta metros de altura, que con el tiempo sería conocida como *palo-brasil*. De él se extraía un colorante rojo bastante valorado en Europa para teñir tejidos, similar al murex pescado por las redes fenicias. Además de su tinte rojo de considerable valor comercial, la madera poseía excelente calidad para la construcción naval y de muebles. Por eso, la extracción de esa madera representó una actividad bastante rentable para portugueses y también para los franceses durante el siglo XVI (Boris Fausto 2012:39-40) y acabaría, según García (1729:206), dando nombre definitivo al territorio de Brasil entre 1500 y 1530. La identificación, el corte y el cargo a los navíos europeos fueron hechos por los indígenas a cambio de productos manufacturados de metal y vidrio. Materiales de escaso valor, pero de gran utilidad para los nativos. En la segunda mitad del siglo XIX, estos escasos materiales serán recuperados por los arqueólogos brasileños y

presentados como materiales fenicios, por la corriente de intelectuales que creía en la teoría de la presencia fenicia de la que venimos hablando.

En 1580 tuvo lugar la unificación de las coronas portuguesa y española bajo la administración de Madrid y que duró hasta 1640. Período en el cual Felipe II (1527-1598) concentrará para España buena parte de las tierras recién descubiertas del planeta. Coincidiendo con el inicio de esta unificación, comenzó a ser divulgada literariamente por Montano (1527-1598) la teoría de los navegantes semitas en América, la cual fue acogida y propagada por una gran cantidad de cronistas y escritores de la vasta tierra controlada por los ibéricos. De forma que Ofir debió de haber sido seguidamente considerada como un lugar situado en tierras sudamericanas, y a donde un día habría llegado alguna Tribu Perdida de Israel.

De localizarse inicialmente en el Perú, la teoría de la visita de los antiguos semitas pasó con el tiempo a situarse en la costa noreste de Brasil, el punto geográfico sudamericano más próximo a África. Esto se debió, en parte, al relacionarse dicha teoría con el llamado periplo de Neco II, como indican varios autores. La hipótesis llegó a Brasil y allí fue propagada sobre todo por los religiosos, y se mantuvo como una propuesta teórica por lo menos hasta el comienzo del siglo XX. Su máximo auge se dio durante el último tercio del siglo XIX, cuando entró en escena la llamada Inscripción de Paraíba - como veremos más adelante -, una supuesta prueba epigráfica que pretendió probar la presencia de marinos fenicios en Brasil.

De modo que fue la conexión entre Benito Arias Montano (1527-1598) y la colonia de comerciantes judíos establecidos en España, la que ayudó enormemente a esparcir esta teoría. Diseminada inicialmente en España, la visita de los fenicios se ubicó en un principio en el espacio colonial español, y, posteriormente en el espacio luso, sobre todo en la región noreste de Brasil y también en la Amazonía.

Así, para poder entender esa cuestión, analizaremos dos aspectos claves. En primer lugar, algunas ideas y valores importantes que estaban en vigor en el ambiente europeo tras el descubrimiento del Nuevo Mundo. Y, después, acompañaremos en detalles la biografía del referido erudito español. La finalidad

es comprender la elaboración de la teoría de los fenicios en el continente americano y su propagación y alcance, particularmente en el territorio de Brasil.

2.2) TEORIAS EUROPEAS

Tras el viaje de Colón

La época que antecedió a las Grandes Navegaciones estuvo llena de relatos de viajeros por el mundo conocido de entonces. Destacan en este ámbito árabes y judíos con sus descripciones acerca del lejano Oriente, cuyas riquezas eran alabadas en Occidente. El pueblo judío tuvo una gran tradición viajera, lo que explica su enorme interés por la geografía y la cartografía. Uno de estos viajeros fue el judío Benjamín de Tudela (fines del siglo XII) quien visitó China y Ceylán.

Según Márquez (1985:8-10), incluso Colón (1451-1506) pudo ser hijo de semita. Y cuando sus naves regresaron a España, los europeos supieron que en las nuevas tierras vivía una población al parecer autóctona y poseedora de muchas costumbres distintas a las suyas. Debió de causar gran asombro al hombre europeo la noticia de que en un lugar tan lejano, que no constaba en los mapas ni tampoco en la Biblia, existía una tierra en la cual habitaban gentes desconocidas. Por eso se suscitaron importantes debates (Raminelli 1996:67) entre los eruditos europeos de la época en torno al origen de esta gente.

Y a medida que se sucedían los viajes al Nuevo Mundo, aumentaba también no solo la cantidad de materiales traídos a Europa - tales como frutos raros, maderas, artesanía y piedras preciosas -, sino también animales jamás vistos e incluso personajes nativos que se presentaban en directo delante de los ojos perplejos de los habitantes del Viejo Continente. En su tercer viaje, Colón escribió una carta despachada desde una de las islas tropicales a los Reyes Católicos, en la cual se refirió al Paraíso Terrenal como si hubiera estado localizado probablemente en el centro de las tierras recién descubiertas. Algún lugar situado más al sur, y en el que nadie había estado todavía (Greenblatt 1996:106) pero que poseía una enorme cantidad de agua dulce, según dejó registrado en su *Diario*. Describiendo así, quizás, al río Amazonas. En otra de sus cartas, Colón también relacionó la isla Hispaniola (Haiti y República Dominicana) con la Ofir bíblica (García 1729:16).

Para Vivante & Imbelloni (1939:37-40), esta referencia a sus creencias se debe al primer historiador de Cristóbal Colón (1451-1506), Pedro Martire d'Anghiera (Dec. I, 3), al afirmar que el navegante habría dicho en una de sus cartas: "*Hispaniolam ipse ophira esse asseverat*", después de haber relacionado su propio descubrimiento marítimo con los versos del acto II de la tragedia *Medea de Seneca*, que él había leído antes en el *Libro de las Profecías*:

*"Venient annis saecula seris
Quibus oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Tethisque novos detegat orbis
Nec sit terris ultima Thule".* (Bessmertny 1935:18).

Además, el gran navegante también había estudiado antes de emprender su primer viaje las historias sobre los viajes por Islandia y tierras próximas, de las que pudo recabar importantes informaciones. A parte del conocimiento que proporcionaban los textos del Antiguo Testamento, en Reyes y Crónicas, y que describían los viajes a Ofir, como ya hemos relacionado.

Pero la localización de Ofir cambiará con el tiempo como ya dijimos. Primero fue situado en el Perú, según el atlas *Theatrum Orbis Terrarum*, de 1570, confeccionado por el geógrafo Abraham Ortelius (1527-1598), quien se había dedicado a la geografía bíblica por encargo de Montano (1527-1598) durante la confección de la Biblia Poliglota. Después, siguiendo la relación de algunos cronistas, se le buscó un sitio en el río Amazonas, ya en territorio ocupado por colonos portugueses, aunque por el Tratado de Tordesillas de 1494, entre las dos coronas ibéricas, pertenecería a España.

Recordemos que para los autores modernos, Ofir aun es un lugar de difícil identificación. Se suele situar en Arabia sur-occidental, en la India, en África Occidental y también en España, como hemos visto en la 1ª Parte. Y lo que hizo Montano fue, a partir de la madera *almuggim*, considerada muy valiosa, y que debió de haber sido traída de lejos, conectala directamente a las empresas de Ofir. Esta

madera puede referirse al sándalo, coral o brasil, entre otras plantas y árboles, como vemos definida en Cantera & Iglesias (2003:318-19).

Los descubrimientos marítimos del siglo XV probablemente desencadenaron en el seno de la población cristiana europea algunos interrogantes, tales como: ¿De qué forma el Nuevo Mundo encajaba con el modo en que los cristianos comprendían las palabras de Dios dictadas en los Textos Sagrados? O, ¿cómo habían llegado a aquellas remotas tierras estas gentes desconocidas? Cuestiones que suscitarían nuevos puntos de mira acerca del modo como los intelectuales europeos intentarían explicar sus propios orígenes.

Hasta entonces, existía una tradición entre los geógrafos cristianos que se habían visto casi obligados a ubicar en el mapamundi todos los pasajes que aparecían en las Sagradas Escrituras. Buscaban el Paraíso Terrenal en el mapa de Ptolomeo (ca.100-178 d.C.), con acercamientos geográficos a las referencias bíblicas sobre Tarsis y Ofir. Y suponían que solamente el conocimiento cristiano bastaba para explicar la génesis del mundo. Bases culturales ancladas en los Textos Religiosos y que hablaban del origen humano, de sus objetivos en la vida y del más allá. Valores a los que la sociedad medieval se había ajustado de alguna forma y de acuerdo con los principios y enseñanzas de un contenido celestial (Macías Rosendo & Canseco & Antolín 2007:101 y 126). Así, las nuevas tierras habitadas por gentes distintas del mundo conocido debieron crear en última instancia problemas de orden espiritual, que le tocaba a la Iglesia solventar. Su dificultad residía justamente en demostrar de qué forma podrían seguir los cristianos apoyándose en las tradicionales enseñanzas divinas. En otras palabras, se trataba de explicarles de forma razonable a los creyentes el origen del ser humano y su dispersión por la tierra. Pues si el mundo geográfico de entonces era la cercana Asia, África y las tierras europeas, ¿de qué manera se podría explicar a los fieles la génesis de una gente tan lejana y distinta al modo de vida de los europeos (Matos 1941:42 y 45), como eran los pueblos del Nuevo Mundo?

El impacto de esa novedad, junto con la complejidad para encajarla, y la demora por parte de la iglesia en dar con respuestas razonables pudo, en algún momento, quebrantar peligrosamente las reglas teológicas vigentes (Costa A.

1939:164). Lo que a su vez podría suponer también un gran problema para la imagen de la propia Iglesia.

Las cartas de Colón (1451-1506) a los Reyes Católicos, trajeron la preocupación en torno al tratamiento que se debería dispensar a los pueblos indígenas. El europeo estaba ante un mundo nuevo y que consideró inicialmente maravilloso, imprevisible, pero también dueño de costumbres consideradas monstruosas, como por ejemplo el canibalismo. De modo que los intelectuales tuvieron dificultades, en ese momento, en distinguir la diferencia entre la representación de este “paradisiaco” mundo nuevo y su dura realidad (Greenblatt 1996:23). Más tarde, en 1557, el germánico Hans Staden (1525-1576) publicaría su experiencia solitaria entre los indios de la costa de Brasil en 1548, contribuyendo a perpetuar (RIHGB 1892:267-360) el imaginario europeo en torno al canibalismo.

Los portugueses también habían producido un relato con las primeras impresiones sobre la tierra de Brasil. En una carta escrita en 1500 por Pero Vaz de Caminha (1450-1500) para informar al rey Manuel I (1469-1521), describió el lugar inicialmente como una gran isla, alabando la vida pura de los autóctonos y las bellezas casi paradisíacas de la tierra descubierta (Costa 1896:330-56). Además de discernir en los indígenas un potencial para recibir las enseñanzas cristianas.

Sin embargo, con el tiempo y el estrechamiento de las relaciones entre la población indígena y los explotadores Ibéricos, el nativo estuvo representado en la iconografía europea como un pueblo salvaje, antropófago e incapaz de conducir su propia vida. Con lo cual se pasó a justificar la necesidad de su dominación económica, política y espiritual (Raminelli 1996:13) por parte del Occidente civilizado. En cambio, años después, algunos relatos de los religiosos en América denunciarán a los exploradores Ibéricos por la masacre y la explotación cruel de los amerindios. En este sentido, una de las obras más conocidas fue la del religioso español Bartolomé de Las Casas (1474?-1566), con el nombre de *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, en el 1552. En ella defiende un tratamiento justo para el indio, y propone que se le atraiga por la fe y por la justa retribución de su trabajo como obrero, en vez de emplearse sobre él la fuerza bruta para obligarle a localizar las minas de oro, plata y diamante del Nuevo Mundo. Los indígenas

fueron al final vencidos por los ibéricos, también a través de la imposición progresiva de la cultura europea y de sus valores intrínsecos. Y así, se veían muchas veces prácticamente obligados a referir historias sobre la existencia de ricas ciudades internadas en las selvas y llenas de oro en su interior (Bruit 1995:23), como deseaba justamente el imaginario europeo de la época.

Sin embargo, a finales del siglo XV los textos clásicos que en su día habían tratado sobre la probable existencia de tierras paradisiacas o islas civilizadas en el llamado Mar Océano, eran considerados como algo profano. Por lo cual, los teólogos al servicio de la Iglesia Cristiana, y en consonancia con los textos bíblicos, tenían la posibilidad de razonar acerca del origen del hombre americano. No hay que olvidar que se vivía una época en la que artistas e intelectuales del Renacimiento (Fargan 1984:38) intentaban rescatar justamente los valores de la cultura clásica para explicar a sus contemporáneos el modo como los Humanistas proyectaban su mundo. Ellos estaban empeñados en defender la plenitud vital y mundana del *homo naturalis*, sin aferrarse exclusivamente al ámbito cerrado de los preceptos cristianos.

El periodo entre los siglos XVI y XVIII representará para Europa una época de valoración de conocimientos y técnicas, incluyendo el valor dado a los objetos considerados antiguos por los anticuarios y coleccionistas (Trigger 2006:52-60). Período que se caracterizará, también, por ideas de racionalidad universal, aunque obedeciendo a la cronología establecida por la Iglesia. Marcado, además, por el propio sentido del Renacimiento que propugnaba rescatar el mundo greco-romano a través de su arte y monumentos, y basado en conceptos en donde el hombre era el centro del universo. Se vieron frente a la necesidad de explicar no solo la forma como los descendientes del Diluvio se multiplicaran por el mundo, sino también lo que existió antes. Un tema en el cual los ibéricos habían contribuido con sus navegaciones y entrando en contacto con gente considerada “primitiva”. El europeo del siglo XVI, en el análisis de Barreto (1983:12-50), buscó fundamentar su óptica del mundo atribuyéndose a sí mismo un valor central y civilizado, motivado por los descubrimientos de un Nuevo Mundo y de un Nuevo Hombre. Para los Humanistas, más que interpretar el libro sagrado del Génesis o poder comprobar los hechos

narrados en la Biblia, será necesario entender la compleja historia del origen y las vicisitudes de las distintas sociedades humanas en un mundo que pronto dejaría de ser considerado el centro del universo.

Un período en el cual la valoración de los objetos del pasado tenía como base las formas estéticas dentro de los referidos parámetros europeos. De modo que una pequeña estatuilla traída de América del Sur, en la apreciación de Montano (1527-1598) será valorada como de naturaleza bárbara (Macías Rosendo & Canseco & Antolín 2007:123-24), al no obedecer a los parámetros estéticos anclados en líneas y contornos presentes en las esculturas clásicas. En términos arqueológicos, la etapa comprendida entre 1492 y 1840, en el territorio de Norteamérica, por ejemplo, recibe el nombre de Speculative Period, según Willey & Sabloff (1980:12). Mientras que en Brasil (Barreto 1999-2000) se alargará esa etapa hasta prácticamente el principio de la década de 1870. Un período de búsqueda de riquezas prácticamente a todo coste.

Los Ibéricos necesitaban rentabilizar económicamente sus colonias americanas. Las grandes inversiones en las navegaciones deberían revertir grandes ganancias para las Coronas. Y para ello urgía conocer el vasto espacio para poder explotar sus potencialidades. Esto provocará la llegada de colonos, misioneros, religiosos, comerciantes, funcionarios reales, eruditos, aventureros e incluso exilados. Y de esta gente surgirán justamente los primeros testigos y cronistas del Nuevo Mundo (Olivieri 2002), cuyas impresiones sobre el territorio y sus gentes constituirán las informaciones que abastecieron los registros oficiales de cara a la explotación de sus recursos. Un conjunto de anotaciones y crónicas que no solo describieron la geografía del lugar, la fauna y la flora, sino también las costumbres y creencias de sus primeros habitantes.

Y fue ese deseo enorme por encontrar riquezas lo que motivó sobremanera a los primeros exploradores ibéricos en el territorio, cuyas expediciones recorrieron las junglas, remontando ríos caudalosos y cruzaron montañas, bajo un clima húmedo y un sol abrasador, acechados por enfermedades y fiebres provocadas por insectos y el excesivo calor. Muchos de ellos sucumbieron sea debido a las fuerzas de la naturaleza para las cuales no estaban todavía preparados, sea en manos de

los autóctonos inhóspitos, cuando iban en busca del camino del Dorado (Calmon 1940:104), un lugar imaginario repleto del oro indígena pero bien protegido, al cual ya se había referido también Colón (1451-1506) tras su primer viaje.

Según Gajardo (1982:244), “Colón revivió las tradiciones náuticas cartaginenses destruidas en la época de los romanos”. A esta conclusión llegó este historiador tras analizar las técnicas semitas de construcción de sus barcos, las corrientes marinas atlánticas, los textos clásicos y el propio viaje de Colón (1451-1506) (ibídem: 49, 58, 63 y 77-82). El navegante, de acuerdo con el referido autor, habría planeado su primer viaje basado no solo en el famoso mapa que Ptolomeo habría diseñado a partir de las informaciones suministradas por un cierto Marino de Tiro, sino también en las indicaciones geográficas contenidas en el libro de Esdras IV, el cual había calculado la anchura del llamado Mar Océano desde Europa hasta una zona tropical al oeste, probablemente Ofir, y desde donde se creía que los fenicios traían sus mercancías tropicales y riquezas minerales. Colón (1451-1506), inmediatamente después de su propio descubrimiento, asoció las tierras que encontró con el Paraíso.

Para otro autor, la corona española incluso habría animado al descubridor del nuevo continente a que difundiera historias acerca de la existencia de oro en esta región (Aram 2008:62). Tal sugerencia pudo efectivamente originar el rumor sobre el codiciado tesoro del llamado Dorado. Esto llevaría en 1526 al navegante Sebastiano Caboto (1477-1557), a desviar, por su cuenta y riesgo, su flota para recorrer los ríos sudamericanos Paraguay y Paraná para buscar, en la actual frontera entre Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, sin éxito, el Dorado. Un lugar ideado por los aventureros y que ha producido el famoso *Derrotero de Valverde*, que explicaba cómo llegar a un lugar escondido en la floresta tropical de Perú en donde se encontraría enorme cantidad de oro y piedras preciosas. Juan Valverde fue un joven soldado español que habría regresado a España alrededor de 1534 con gran cantidad de oro, y a quién el rey Carlos V (1500-1558) habría obligado a confeccionar un mapa indicando a las expediciones españolas la ubicación exacta del Dorado (Littleton 2004:612-15). Sin embargo, las exploraciones posteriores nunca pudieron dar con dicho lugar.

Otra de esas expediciones fue la del español Francisco de Orellana (1511-1546). Inicialmente, emprendió su viaje en busca de la apreciada canela en tierras amazónicas (hoy Ecuador y Perú), ya que esa especia era valorada en Europa más incluso que el propio oro. El diario del viaje lo escribió el fraile dominico Gaspar de Carvajal (1504?-1584), entre 1541 y 1542. Otro de sus objetivos era encontrar un “camino” fluvial que conectara la capital de Ecuador, Quito, con el Océano Atlántico a través del río Amazonas o sus afluentes. El relato de dicho cronista refiere también la existencia entre los pueblos indios, de joyas, platos, vajillas y lozas hechas de oro y plata, tales como las que poseían los “romanos”, según él mismo calificó. Atestiguando, incluso, la presencia de cristianos entre esta gente. Además describe la visión por los Ibéricos, desde sus propios navíos, de casas, plazas y fortificaciones amuralladas y con torres, construidas a orillas del río Amazonas, incluyendo la referencia a las mujeres guerreras llamadas Amazonas (Carvajal 1992:9-14 y 110-29). Era la época en que se multiplicaron los viajes de barcos europeos por esta región, tras el pago del rescate del jefe inca Atahualpa a los españoles. Un rico botín que suscitó el deseo de riqueza fácil entre los aventureros europeos. Expediciones posteriores tampoco han podido comprobar la veracidad de estos relatos.

A mediados del siglo XVII, el jesuita portugués João Daniel (Daniel 2004:50) que vivió entre tribus de esta región, atestigua que los exploradores europeos seguían buscando aquí tales riquezas. Esa búsqueda atrajo también aventureros ingleses, franceses y holandeses, los cuales terminaron fundando poblados en la orilla del mar del Caribe junto a la floresta amazónica, en “tierras Ibéricas” según el Tratado de Tordesillas de 1494. Sus indicios o historias alimentarán el interés por dar con el ansiado Dorado hasta el siglo XX, habiendo incluso cartografías portuguesas referentes a este tema (Vainfas 2000a:198). Los aventureros buscaron siempre Ciudades Olvidadas o Abandonadas, gobernadas por un “rey de piel blanca” y escondidas en el corazón de las inmensas selvas. A partir de 1545, exploradores españoles, con la ayuda de los nativos, finalmente hallaron en la región central de Sudamérica, actual Bolivia, las minas de plata de Potosí, “[...] nomes que andavam na boca de todos os aventureiros europeus escandecendo-

lhes a mente” (Guimarães 1935:21). Sin embargo, la búsqueda del Dorado continuó.

Por su parte, los indios que habitaban el espacio americano del este en poder de los lusos parecían no tener respuesta a las preguntas portuguesas sobre la existencia del Dorado. Sin embargo, los lusos creían adivinar en las respuestas de los nativos indicaciones sobre el referido lugar; luego escribían a su metrópolis y se ponían en marcha, firmes en sus propósitos por encontrar los ricos minerales (Calogeras 1938:50). Era una época en que la economía europea atribuía gran valor a la tenencia de metales como sinónimo de la riqueza de una monarquía.

Este cuadro del siglo XVI, nos desvela que mientras los españoles exploraban los metales en la bahía del Plata, en el sur del continente, los portugueses lo hacían en la Amazonía. De modo que poco a poco los lusos ocuparon la región hasta el actual Perú (Domingo 2007:579), sobrepasando en mucho los límites establecidos en el Tratado de Tordesillas, y consolidando así, definitivamente, esa parte de América como territorio portugués.

Los españoles se llevaron prácticamente todo el oro y plata de sus colonias durante el siglo XVI y XVII. Pero la suerte se tornó favorable para los lusos a partir de finales del siglo XVIII, cuando hallaron gran cantidad de oro y piedras preciosas en el actual Estado de Minas Gerais, región sureste de Brasil. Un lugar que será mencionado más tarde como visitado por los exploradores fenicios, de acuerdo con interpretaciones adicionales sobre la Inscripción de Paraíba.

Este era el cuadro general en el cual se desarrollaban buena parte de las relaciones europeas, sobre todo Ibéricas, con el continente Sudamericano del siglo XVI, y antes de que Benito Arias Montano (1527-1598) conectase el Perú con el Jardín del Edén y con los antiguos semitas.

El papel del mito

Llegados a este punto y antes de repasar la biografía del referido teólogo español, considerado el padre de la teoría de los fenicios en el Nuevo Mundo, discurriremos sobre el papel y la importancia del mito, según algunos autores, para

seguir intentando comprender el proceso que originó dicha teoría y particularmente en el caso de Brasil.

Como vimos, la búsqueda de metales en el caso del territorio colonial brasileño tuvo casi siempre un fuerte componente que al día de hoy podemos definir como inserto, por lo menos inicialmente, en un contexto mítico durante el siglo XVI, y también en los siglos siguientes, como iremos viendo a lo largo de este trabajo. El ansia por encontrar tesoros imaginarios, se constituyó en un impulso que direccionó entre otros aspectos, y desde un principio, la búsqueda de una ciudad indígena repleta de oro y piedras preciosas, ubicada en un lugar en tanto deseado como imaginario: el Dorado.

Así, reproduciremos a lo largo de este trabajo las consideraciones en este contexto a partir de los conceptos de la mitología nacida en Francia durante el siglo XVIII. Para ello nos apoyaremos en la idea del significado de los objetos antiguos o antropológicos y sus representaciones dentro de la sociedad Iberoamericana, entre los siglos XVI y XIX, e incluso en una parte del XX.

Los antiguos griegos, con los cuales los fenicios compartieron la exploración comercial Mediterránea, produjeron relatos “arqueológicos”. Según Detienne (1985:72, 75, 161-4) ello es debido a que los textos clásicos contienen referencias fundacionales. Y añade que la exégesis de un pueblo está formada por “el comentario incesante, y también inmediato, que una cultura se da de su propio simbolismo, de sus prácticas, de todo lo que la constituye como cultura viva” y que “desde el punto de vista de la poética Aristotélica, el mito no es la historia que se ha contado, sino el producto de una construcción regulada” (ibídem: 89 y 161). También los fenicios han sido capaces de crear sus mitos aunque hasta 1930 no se podía hablar de ello dada la escasez de fuentes. Un ejemplo son los poemas ugaríticos de *Ras-Shamra*, redactados en el siglo XIII a.C. Se sospecha, sin embargo, que cierto número de elementos de origen fenicio (Caquot 1970:86 y 92) habría sido incorporado por la literatura mitológica griega.

Para nuestro caso, también utilizaremos aquí algunas afirmaciones hechas en la tesis de Langer (2000:9-12), importante referente para nuestras ideas en algunos aspectos, quien ha definido el papel que jugaron los conceptos de ruinas y

de monumentos para el medio intelectual de Brasil durante parte del siglo XIX. A su vez, este autor ha tomado las ideas que otros autores han utilizado para abordar la cuestión de la mitología, incluso en las sociedades coloniales, tal como él mismo indica, entre los cuales cabe mencionar: Ansart (1978), Castoriadis (1982), Pomian (1983), Baczko (1984), Vovelle (1985), Girardet (1987), Schnapp (1993) y Durant (1997).

El mito está considerado un medio importante para comprender el comportamiento social de un grupo humano, pues su imaginario es justamente parte indisociable del poder que un bando ejerce sobre otro. Fue el alcance poderoso del mito lo que ayudó a mantener el control político durante la conquista, y también la gobernabilidad de la sociedad colonial americana. Y eso se puso en práctica a través de un control ejercido no solo sobre las informaciones consideradas importantes, sino también sobre las normas vigentes y los valores aceptados socialmente, resultantes de una mezcla simbólica. De modo que ese simbolismo del mito no solo identifica, sino que legitima el poder de un grupo sobre otro, una vez que sus valores y creencias son justamente los instrumentos del propio dominio simbólico, los cuales el grupo opresor utiliza para controlar y oprimir al otro. Además, el control de los mecanismos de producción y difusión de los mitos son muy necesarios para el éxito de dicho dominio, ya que de los cambios producidos dependerá el propio curso de los acontecimientos.

Para ser eficaz, ese dominio simbólico que el mito proporciona se vale de la constante reutilización de los distintos ritos que componen el núcleo del propio mito, cuyos significados intentan rebajar el impacto de la violencia ejercida por el poder establecido sobre la población oprimida. De modo que en el momento en que orienta las conductas sociales y reprocha sus desvíos, el mito acaba por vincularse al propio proceso histórico. Aun así, se caracteriza por ser flexible y contradictorio algunas veces, es decir, que se vuelve a re-elaborar mitológicamente. Y es de esa manera, conforme recoge Langer (2000), que el mito se involucra en las acciones políticas y en las narrativas religiosas de los pueblos coloniales americanos.

Brochado (1976:291-93), quien estudió la obra de Girardet, explica que para este autor la prehistoria de las culturas del llamado Nuevo Mundo fue plenamente

reconstruida a partir de los mitos, mezclándose sus elementos con datos etnográficos. Girardet justifica históricamente que la evolución de los elementos culturales y sus edades históricas fueron comparadas a los horizontes arqueológicos americanos y utilizándose sobre todo la paleobotánica y la lingüística. De esta forma llegó a dos conclusiones sobre los mitos entre los pueblos americanos. En primer lugar, que como los estudios antropológicos no fueron suficientes para resolver el problema del origen americano, los europeos echaron mano de la arqueología, pero el intento resultó poco efectivo en desvelar hallazgos debido a la escasez de materiales. La segunda conclusión fue que los pueblos americanos conocerían más su pasado que el europeo, debido al uso de una fuerte tradición oral. El autor atribuye la existencia de esta tradición a la necesidad de explicar los hechos pasados en determinadas realidades de sus culturas. Por último concluye que algunos pensadores justifican los valores del mito con una similitud psíquica pre-existente entre los hombres, mientras otros, lo ven como una forma de explicar la propia organización social del pueblo; finalmente, hay quienes plantean la existencia de los mitos como fruto de los temores ocultos de la humanidad.

En ese sentido, parece que los religiosos ibéricos del siglo XVI fueron los pioneros en esparcir un conjunto de ideas consideradas míticas respecto al origen de las gentes del Nuevo Mundo. Tal como el mito de la supuesta presencia de los navegantes fenicios en esa parte del planeta. De modo que un análisis realizado sobre los referenciales teóricos de los intelectuales responsables de la creación y divulgación de este mito, podría desvelar la génesis de este mismo proceso.

Y para ello será preciso considerar, también, el ambiente intelectual europeo de esa época. Una sociedad anclada en los preceptos bíblicos y que tuvo en los textos clásicos otra importante fuente documental. Estos elementos se constituyeron en los dos ejes que algunos intelectuales religiosos utilizaron como base para entretejer la teoría de la presencia de antiguos barcos semitas en América y, en nuestro caso, en Brasil.

Los Textos Sagrados y Montano

Fueron las Sagradas Escrituras las que inicialmente apoyaron los discursos de derecho a la posesión del Nuevo Mundo por parte de los Ibéricos. Era necesario encontrar una razón lógica para someter a los nativos y dominar territorialmente su espacio, a partir de lo que se concebía como los designios de Dios. Lo que evidentemente generó, a continuación, un conjunto de interpretaciones variadas propuestas por los religiosos para intentar explicar dicha ocupación territorial. Así, las “luchas” iniciales desencadenadas entre indígenas y europeos fueron libradas por medio del lenguaje y del conocimiento. Una batalla inseparable del propio papel social que cupo al discurso Ibérico, ya que el poder que viene de la palabra desvela el poder que el hombre ejerce sobre el otro.

Luego los Textos Sagrados se quedarían cortos para explicar el origen de los americanos, lo cual de algún modo, ayudó a promover un acopio importante de traducciones de antiguos libros y textos que se dieron en Europa entre los siglos XVI y XVII. Este movimiento surgió “como manifestación de la inquietud intelectual del humanismo cristiano” (Macías Rosendo 1998:xv), y representó una producción muy por encima respecto a otras épocas, destacándose las cuatro biblias políglotas: la Complutense (1514-1517), la de Amberes (1568-1573), la de París (1628-1655), y la de Londres (1654-1657).

Es verdad que la invención de la imprenta facilitó bastante la confección de libros y su distribución, pero lo que parece haber ocurrido al iniciarse el siglo XVI fue una búsqueda repentina por las fuentes originales que formaban entonces las Sagradas Escrituras. Y el propósito era no solo reinterpretar algunos textos bíblicos, sino analizar otros textos considerados de fondo religioso, pero que por alguna razón habían sido olvidados por la Iglesia.

Esa inquietud intelectual por acudir directamente a las fuentes de la palabra divina fue provocada, en alguna medida, por los cuestionamientos de los cristianos en torno a las preguntas que quedaron abiertas respecto a los orígenes de las gentes encontradas en el Nuevo Mundo, como ya subrayamos. Se creyó, entonces, que algunos Textos Sagrados pudieron ser tergiversados por las malas traducciones a partir del original hebreo, griego y arameo. De modo que había cierta

intranquilidad humanística cristiana al iniciar el siglo XVI en el continente europeo, lo que favoreció el florecimiento de estos estudios lingüísticos, al suponerse que dichos estudios traerían las explicaciones que pudieran desvelar las fuentes hebreas de la palabra divina, acerca de las gentes encontradas en el Nuevo Mundo.

Macías Rosendo (1998:xvi), afirma que ya al inicio del siglo XVI, el cardenal español Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) manifiesta la preocupación con las antiguas traducciones de los textos bíblicos. Lo que hace que se impulse, en 1502, el proyecto de acudir directamente a las fuentes manuscritas en hebreo y griego. Buscar el sentido único de las enseñanzas de Cristo desde las fuentes originales parece que era una de las ideas básicas del Humanismo Cristiano.

De ese modo, el proyecto de la Biblia Políglota Complutense de Alcalá de Henares se inicia con la búsqueda de los manuscritos originales en hebreo y griego. Y como era necesario acordar criterios filológicos, el religioso español recurrió a judíos conversos que residían en la Península Ibérica. Y estos tomaron el texto hebreo *Targum* de *Onkelos* del Antiguo Testamento, mientras otro grupo de eruditos realizó tareas semejantes con los textos griegos del Nuevo y del Antiguo Testamento. La excepción fueron las traducciones latinas, que fueron dejadas a un lado.

Los textos hebreos fijados en este momento y los códices que formaron el fondo bibliográfico del proyecto, serán utilizados décadas más tarde por Benito Arias Montano (1527-1598) para confeccionar su Biblia Políglota, proyecto llevado a cabo en Amberes. La Biblia Políglota Complutense finalmente salió a la luz en 1522 (Macías Rosendo 1998:xviii-xix). Pero antes, en la Venecia de 1518, ya se había publicado una Biblia Hebraica *cum Masora et Targum*. Después surgiría la Biblia Hebraica *Rabbinica cum utraque Masora, studio R. Iacob F. Haiim*, en 1526. Más adelante, entre 1546 y 1547 aparecieron en Constantinopla dos ediciones políglotas judías del *Pentateuco*, y quizás una de ellas fue la versión del francés Francisco Vatablo (o François Watebled), quien la tenía publicada en hebreo en el año 1547, según García (1729:16). Hubo un intento de editarse una Biblia Pentapla en: hebreo, arameo, griego, latín y en la versión alemana de Lutero, de la que se imprimió, entre 1563 y 1565, además del libro de Génesis, unos pocos capítulos.

Finalmente, debemos mencionar también la Biblia Políglota de Amberes promovida por Felipe II (1527-1598), y que fue editada bajo la supervisión del teólogo Montano (1527-1598), a partir de 1568.

Los estudios de los libros de la Biblia llevados a cabo por las investigaciones de los Humanistas, al parecer habían desvelado varios errores y omisiones en la traducción del texto latino de san Jerónimo (ca. 347-420) que componía la Biblia Poliglota Complutense de 1522. Así, se trataba de dar cabida a nuevas traducciones desde las fuentes originales hebreas y griegas, además de realizarse trabajos lexicográficos, análisis de conceptos gramaticales, de recopilaciones de otros manuscritos y de los tratados de erudición bíblica. De manera que para el referido teólogo español una de las indicaciones de dicha presencia semita en América podría ser justamente la narración bíblica que mencionaba las Tribus Perdidas de Israel. Basándose en ella, el teólogo desarrolló sus estudios sobre el origen de los indígenas del Perú a partir de los descendientes del Noé bíblico, aunque no haya sido una idea originalmente suya.

Sin embargo, Montano defendió con prudencia los originales hebreos, pues sabía que el Tribunal de la Santa Inquisición no perdonaría el más ligero propósito Humanista. Se daba la circunstancia, además, de que la intelectualidad española secular y reacia a la tradición escolástica, defendía en estos momentos la supremacía de los textos latinos “frente a los hebreos y griegos, por considerar que estos pueblos habrían adulterado sus propios libros por odio al cristianismo”, tal y como afirma Macías Rosendo (1998:xiiv). En realidad, el erudito valoró mucho más los textos del Antiguo Testamento a la hora de componer su Biblia Poliglota.

Por otro lado, el epistolario de Montano (1527-1598) desvela alguna referencia hacia sus preferencias personales en América. Él tenía particular interés por el Perú, donde llegó a poseer entre otros bienes, dos esclavos, de acuerdo con su inventario. Además gozó de gran influencia en la Corte, como lo demostró al lograr cargos para varios amigos o familiares suyos que llegaron a ocupar puestos importantes en la administración de Perú.

Según Macías Rosendo (1998), la Casa de Contratación de Sevilla, a través de lo cual los mercaderes sevillanos con interés en América tenían el monopolio

sobre el comercio con las Indias, sirvió a Montano (1527-1598) de puerta para el Nuevo Mundo. Varios de esos mercaderes eran conversos a quienes el humanista solía considerar su familia sevillana. Y aunque nunca estuvo en América, siguió recibiendo de sus amigos y parientes hasta el final de su vida, piedras, plantas, estatuillas (las cuales consideraba de estilo bárbaro) y materiales diversos del Nuevo Mundo. También contaba en su biblioteca con la primera parte de *Crónicas de la India*, y con la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano*, del español Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557). Este autor ya había defendido la vinculación entre los pueblos americanos, los hebreos y la Atlántida, desde la aparición de su escrito *Sumario de la natural y general historia de las Indias*, publicado en Toledo en 1526 (Menasseh 1881:xii), y en otras publicaciones posteriores suyas, entre 1535 y 1547. Idea que también había sido defendida por el poeta italiano Girolamo Fracastoro, en la misma época. Para Vivante & Imbelloni (1939:51), Fernández de Oviedo “fue movido por la finalidad de demostrar y defender los derechos de España en ocasión de los frecuentes litigios con Portugal sobre las respectivas zonas de influencia”. En estas obras ha podido el teólogo Montano (1527-1598) obtener mucha información sobre las cosas y las gentes de América. En 1587, esa vinculación entre los indígenas y los antiguos semitas aparecerá también en el manuscrito que Diego Durán (1537-1588) escribió sobre los habitantes de México, *Historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme*, atribuyéndole al americano origen judío.

En oposición a esta idea, se plantó el cura español José Acosta (1539-1600) (García 1729:15-6), en su obra *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en la Sevilla de 1590, pero que probablemente la escribió antes, a partir de su experiencia en el mismo Perú alabado por Montano (1527-1598), y otras partes de América, en donde estuvo desde 1572. Para Palerm (1982:250-61), la obra del padre Acosta ejerció una influencia “duradera y profunda en el pensamiento europeo”, ya que por primera vez incorporó la experiencia natural y humana del Nuevo Mundo a las concepciones de la teología, de la historia y de la ciencias europeas. El erudito del siglo XVI rechazó las teorías sobre el origen del hombre americano ligadas a la navegación oceánica desde la Atlántida o a la descendencia

judía. Más bien se decantó al final por la hipótesis de pequeñas navegaciones casuales a partir de islas y tierras cercanas al Nuevo Mundo, a través quizás del Estrecho de Bering, descubierto por un navegante danés. Para Gerbi (1982:731), Acosta fue también un precursor de las ideas de Buffon (1707-1788), quien defendería la decadencia geológica del continente americano frente al europeo.

En cuanto a la vida de Montano (1527-1598), considerado uno de los grandes humanistas europeos del Renacimiento, recordaremos que de niño fue adoptado en Sevilla por una familia de mercaderes judíos conversos, creciendo entre el ir y venir de gentes y materiales del Nuevo Mundo. Concluyó sus estudios universitarios en Artes, Filosofía y Teología, y viajó por Italia, de donde trajo algunos libros sospechosos de herejía, siendo por ello arrestado en 1559 y posteriormente absuelto por el Santo Oficio. Ya como sacerdote, en 1562 intervino en el Concilio de Trento (Macías Rosendo 1998:xi-xv), siendo nombrado después capellán de Felipe II (1527-1598).

Además de supervisar la impresión de la Biblia Políglota en Amberes, también se hizo responsable del aparato de censura inquisitorial y control ideológico del imperio español en los Países Bajos, en una época que abarcó la Contrarreforma. Tuvo ocasión de intercambiar conocimientos y encomendar nuevos mapas de América a Abraham Ortelio y también a Mercator, según un autor llamado Ben Rekers (Macías Rosendo 1998:xiii-xv). Discutió exégesis bíblica con Andreas Masius y con Raphelengius y discutió cuestiones etimológicas con Goropio Becanus. Quizás como consecuencia de esas labores particulares, algunos mapas de América del siglo XVII, producidos por otros autores, se refieran a la Atlántida.

Su Biblia en cinco lenguas: griego, latín, hebreo, arameo y sirio totalizó ocho volúmenes, y obtuvo el permiso del Sumo Pontífice Gregorio XIII (1502-1585) en 1572. Sin embargo, antes de ser aprobada, sus detractores acusaron a Montano (1527-1598), aunque sin éxito, de que los judíos habían corrompido los textos hebreos analizados, base para la confección de la Biblia Políglota de Amberes, y todo con la finalidad de destruir los misterios de la fe cristiana, según decían.

El referido teólogo escribió, además: *Commentaria in duodecim prophetas minores*, y los poemas religiosos *Humanae salutis monumenta*. En 1573 tradujo los

Salmos Davidis Regis ac Prophetarum aliorumque sacrorum auctorum Psalmi, ex hebraica ueritate in latinum carmen, además de dísticos para escenas bíblicas *Humani generis amatori Deo liberalissimo sacra Divinarum Nuptiarum conuenta et acta*. En 1575 también tradujo del hebreo la narración medieval de un viaje a Tierra Santa: *Itinerarium Benjamin Tudelensis* (del viajero judío Benjamín de Tudela, del siglo XII, a quién ya mencionamos en el principio de este capítulo) y, juntamente con otros teólogos publicó *Biblia Sacra*, una edición corregida de la *Vulgata*, además de *Dictatum christianum*, un tratado de tendencia Erasmista. También comentó el libro de Josué, en *De optimo imperio, siue in librum Iosue commentarium*, y el Apocalipsis *Elucidationes in omnia Apostolorum scripta*, en 1588. Finalmente redactó *Magnum opus*, formado por *Liber generationis et regenerationis Adam, siue de historia generis humani*, en 1593. Y su famosa *Naturae Historia*, obra póstuma de 1601, en la que también defendió la idea de que los barcos de Salomón habían recogido madera de la Ofir americana para construir el palacio y el templo hebreos.

El hecho es que fue su *Naturae Historia* de la que se han valido también algunos cronistas portugueses, a lo largo de la ocupación lusa en Brasil, para explicar el poblamiento de su colonia a partir de las mismas Tribus Perdidas de Israel que supuestamente habrían estado en el Perú. Tal vez buscaban así seguir validando la “división del mundo” entre españoles y portugueses, en un periodo histórico en el cual las dos coronas estaban aunadas bajo el control de Madrid. Una división territorial muy combatida por otras monarquías europeas, sobre todo las de Inglaterra, Holanda y Francia. Esta última será la que, durante el siglo XIX, defenderá no solo el hallazgo del mismo Brasil por navíos franceses antes de los portugueses, sino que también acabará utilizando de un modo curioso la propia teoría de los fenicios en el Nuevo Mundo para disputar parte del territorio amazónico a la entonces monarquía brasileña, como veremos.

La explotación de América en el siglo XVI rendía enormes beneficios económicos a España y Portugal, llegando incluso a hacer que sus economías dependieran prácticamente de las riquezas sacadas al Nuevo Mundo. Es en este sentido que debemos entender la propuesta teórica de los fenicios en América, hecha por intelectuales religiosos a partir del siglo XVII, como uno de los pilares de

la profunda relación simbiótica que hubo entre los dogmas cristianos, la política económica de las metrópolis Ibéricas y el territorio colonial.

Para los autores de la *Coleção Brasileira*, la influencia teológica en la época en que tratamos “esmagava quaisquer manifestações que, de leve, pudessem alterar princípios que eram considerados de absoluta imutabilidade”, (Matos 1941:22-42). La Iglesia, a través de la palabra papal, era una entidad divina y con poderes no solo para certificar esa división del Nuevo Mundo entre las poderosas monarquías portuguesa y española, sino también de convalidar una tesis sobre el origen de los pueblos que habitaban esa parte de la tierra. Se trataba, sin embargo, de una tarea difícil, en la cual las reformas religiosas germinaban (Ferreira Neto 1997:313-28) en el propio suelo europeo del siglo XVI.

Los Jesuitas y la Catequesis

A partir de 1549 los jesuitas llegan a la colonia lusa de Brasil para desarrollar actividades de evangelización entre los pueblos indígenas a fin de convertirlos al Cristianismo. Como medio de acercamiento, utilizan las propias lenguas nativas, mayormente el dialecto Tupi y el Guaraní, entonces hablados en gran parte del litoral atlántico sudamericano. Las enseñanzas evangelizadoras se daban por medio del aprendizaje forzoso del idioma portugués, de la introducción de costumbres occidentales y de la inserción de algunos rituales religiosos. En el primer momento el objetivo fue combatir los comportamientos considerados “bárbaros” de los nativos, tales como el canibalismo, la poligamia, el incesto y la desnudez (Vainfas 2000a:109). Un concepto Aristotélico para designar al que no poseía la cultura greco-romana. Es decir, el que no habla “nuestra” lengua o no profesa “nuestras” costumbres. De este modo, el Ibérico se atribuía a sí mismo la “misión” de llevar sus valores denominados “civilizados” a estos pueblos considerados “salvajes” o “bárbaros”. Un concepto que ya había sido aplicado a los cartaginenses por autores clásicos (Wagner 1994) como Píndaro, Éforo, Isócrates, Diodoro, Polibio y Plutarco.

Después de los jesuitas vinieron otras órdenes religiosas tales como los Carmelitas, 1580; los Benedictinos, 1581; los Franciscanos, 1584; los Oratorianos, 1611 y los Capuchinos, 1642, entre otras. Un período en que la Iglesia vivió los

reflejos de su Cisma, lo que hizo que muchos religiosos se incorporaran con ardor (Ambires 2005:210) al frente del Catolicismo en el Nuevo Mundo. Los religiosos buscaban transformar radicalmente la realidad de los nativos americanos (Raminelli 1996:49-51), pero sus acciones fueron más allá y ayudaron no solo a desenmascarar las ansias de riquezas de la colonia, sino que también facilitaron la administración del vasto territorio de cara a la metrópolis portuguesa.

Unas acciones que quedaron atestiguadas por las crónicas de los propios religiosos y también por las de los visitantes de otras naciones al territorio colonial. Sus preocupaciones parecen haber sido la de intentar contestar a la pregunta sobre el origen de los indios, manifestada en varios de estos registros. La necesidad de enseñar unos valores occidentales a los indígenas a través de la Catequesis fue defendida, por ejemplo, por el misionero francés Yves d'Evreux (1577-1632), en *Voyage au Nord du Brésil: fait en 1613 et 1614*, y publicada en la Francia de 1615. En dicha obra defiende, también, el origen común de europeos y de amerindios al afirmar que tras el pecado de Adam y Eva, los habitantes de América también habían sufrido las amarguras del Diablo: el color de su piel habría sido cambiado al rojo, la lengua confundida como castigo y las buenas costumbres corrompidas (Raminelli 1996:31). De modo que el hombre indígena sería un descendiente occidental que se habría degenerado, según el misionero, lo cual justificaría la necesidad de la Catequesis. Francia acabaría invadiendo y ocupando temporalmente partes del territorio colonial luso en dos intentos fallidos.

Al final, la obra misionera contribuirá a que el indio sea dominado culturalmente, para luego ser esclavizado por el colono portugués y finalmente masacrado durante la disputas por tierras (Fargan 1984:119). Otra de sus consecuencias fue inculcar los dogmas religiosos en el ambiente intelectual de la colonia. La Iglesia prácticamente se hará hegemónica aquí en temas de educación, y caracterizará fuertemente la intelectualidad brasileña aun cuando la Monarquía portuguesa expulse a los jesuitas del espacio colonial en 1759. Esa influencia no cesó ni después de la independencia brasileña en 1822, ni tampoco con el advenimiento de la república en Brasil en 1889. Las continuas alusiones a la hipótesis sobre la llegada de antiguos navegantes semitas al Brasil, de parte de los eruditos religiosos,

revela que la fuente bíblica era utilizada como conocimiento histórico principal de esta corriente de intelectuales incluso hasta el comienzo del siglo XX.

Nuevas ideas

En la Europa del siglo XVII, los Ilustrados buscaron fijar en las Enciclopedias los conocimientos científicos hasta entonces acumulados, mientras que los filósofos cuestionaban algunos puntos considerados inmutables. Había ya una mirada algo diferente, aunque se seguían manteniendo los conceptos de la Edad Media, tales como el de una naturaleza estática y la certeza incuestionable de la cronología bíblica (Baumer 1985:44, 53 y 67-83). Pero los estudios sobre la época pre-diluviana con el intento de precisarse fechas, y también sobre las narrativas de los textos clásicos, formarán una base que avanzará durante los siglos XVII y XVIII hacía un método de estudio comparativo entre las poblaciones europeas y los demás habitantes del globo, siendo estos últimos considerados en un escalón inferior en relación a los europeos.

Más adelante, en torno a la década de 1810, un período de paz abrazó a Europa tras las Guerras Napoleónicas, lo que brindó la oportunidad para que varias expediciones con objetivos científicos se lanzaran alrededor del mundo. Así se comenzó a comparar las sociedades del pasado con las del presente (Palerm 1982:21-2), buscando explicación a sus diferencias y similitudes, y a sus orígenes y cambios a lo largo del tiempo. De modo que las crónicas y los relatos de los viajeros empiezan a presentar la etnografía con sus reflexiones algo sistemáticas.

Y esa perspectiva, juntamente con una proyección también algo evolucionista, acabará relacionando los contactos entre poblaciones lejanas y sus préstamos materiales, bajo el punto de vista de la difusión de los elementos culturales comunes entre dichas sociedades observadas. Se formula, entonces, el concepto de Círculos Culturales como resultado de las migraciones y de estos supuestos préstamos. La teoría Difusionista (Trigger 2006:217-23) será aplicada de parte de los europeos, como método de comprensión del comportamiento de los otros pueblos, bajo una perspectiva en la cual aquellos eran considerados los civilizados porque representaban los avances materiales exponenciales de las

sociedades humanas. Concepto este que al final, desembocará en una oposición a los valores estrictamente religiosos.

Mientras tanto, y en oposición a la vía interpretativa que ponía a los indígenas en una posición inferior, se eruirá Humboldt (1769-1859), quien entre 1799 y 1804 visitará parte de América Central, del Sur y alguna ciudad de Estados Unidos. En su obra *Sites des Cordilleres et Monuments des Peuples indigines de l'Amérique*, de 1810 (Labastida 1999:x-xix, 13-6, 51-75 y 365-82 y; Holl 2005/2006:37-43), Humboldt atribuye el origen de los habitantes de América a la llegada de los pueblos asiáticos del extremo Oriental a través del Estrecho de Bering, tal y como ya había propuesto el religioso español José Acosta (1539-1600) en el siglo XVI. Pero a diferencia del religioso, Humboldt lo hizo atribuyendo a la cultura indígena un valor positivo propio, abandonando el concepto general de que eran los amerindios un pueblo bárbaro. De esta forma se anticipaba, además, a importantes hallazgos fósiles al profundizar en algunos conocimientos geológicos que empezarán a ser divulgados con más intensidad a partir de esta época.

Sin embargo, y pese a un cuadro intelectual que pretendía ser vigoroso, el conocimiento bíblico prevaleció sobre el pensamiento considerado iluminado, sobre todo en el seno de la sociedad colonial americana. En esta reinaban las limitaciones impuestas por las ideas católicas de la realeza lusa como fue el caso de Brasil. Será justamente el interés intelectual arqueológico y apoyado en los textos bíblicos, el que “producirá”, según Martín (1997:113), las historias sobre navegaciones fenicias en la costa brasileña en diferentes momentos de su historia. Un tema que se mostrará persistente y que aparecerá ligado al propio concepto de nación (Anderson 1983) con que la monarquía brasileña querrá identificar su territorio durante el siglo XIX.

La teoría de los antiguos navegantes semitas en Brasil persistió durante mucho tiempo. De manera que para entender este proceso será preciso contar, también, con el apoyo del poder del razonamiento de la modernidad propuesto por la ilustración, aunque parezca paradójico, dado que estas reflexiones sacarán a la luz el concepto de decadencia de la naturaleza y de los animales americanos, precisamente como fruto de la comparación con el ambiente europeo. En esta

concepción, al contraponer la fauna y flora europeas y americanas, los seres vivos del Nuevo Mundo, incluido el indígena, presentaban una condición natural y moral decadente, según el pensamiento europeo. Ello se explicará, de acuerdo con la teoría de varios eruditos religiosos, la supuesta existencia de una antigua conexión entre los indígenas del presente considerados bárbaros y los navegantes occidentales del pasado, considerados civilizados.

Lo que sirvió de parámetro para la teoría de la decadencia americana fue la creencia de que los pueblos indígenas aquí encontrados por los Ibéricos no poseían una escritura, como se juzgó desde un principio. Y para los eruditos de ese momento, el desarrollo intelectual de una sociedad pasaba necesariamente por el dominio de una escritura como forma de distinguir su civilidad (Foucault 1995:54-5) según se creía desde el siglo XVI, puesto que la presencia de la escritura y su divulgación lo que hace es multiplicar la capacidad humana para organizar el presente y preparar la sociedad para el porvenir, según Levi-Strauss (1970:295).

Así, pronto los europeos se lanzan a la búsqueda y al análisis de los símbolos y señales de las inscripciones halladas en el Nuevo Mundo. Para ello emplean métodos parecidos a los que solían utilizar en sus países. Los Mayas de América Central, por ejemplo, despertaron el interés de los exploradores debido a los símbolos y signos que habían dejado en las rocas y también a causa de las pirámides que habían edificado en plena selva tropical. Construcciones consideradas, en aquel entonces, como obras erigidas por pueblos civilizados y que por tanto no correspondían a los indígenas que habitaban el área. Una interpretación frecuente para las ruinas y monumentos encontrados en el espacio americano. De manera que un muro hallado en el territorio brasileño con inscripciones aparentemente enigmáticas, sería automáticamente interpretado por los viajeros como la representación de un monumento similar a una inscripción Clásica u Oriental. Algo como el símbolo de un marco civilizado (Guimarães 1994), justificándose su presencia como el vestigio de la presencia de una antigua civilización. De modo que, si no se encontraban escritura o monumentos, un pueblo debería de ser considerado definitivamente bárbaro. Por otro lado, cuando existían ruinas de supuestos monumentos y símbolos o letras en inscripciones rupestres, se

les atribuía la autoría a los visitantes de un antiguo pueblo transoceánico. Por tanto, se hacía necesario buscar la civilización que dio origen a la gente encontrada en el Nuevo Mundo.



Figura 16: Cabeza en piedra que decoraba un edificio Maya de estilo Puuc. Período clásico tardío (600-900 d.C.). Uxmal, México. Actualmente en el Museo de América, Madrid. Fuente: Particular.

Atlántida

Para varios cronistas, entre ellos García (1729:192-6), el primero que mencionó la existencia de la antigua civilización Atlántida fue Platón (ca. 427-347 a.C.) y luego Aristóteles (384-321 a.C.), aunque éste en contra de aquél. Después fue referida por otros clásicos como Crantor, Posidonio, Plutarco y Plinio. Los Atlantes habrían habitado una isla situada en algún punto más allá de las Columnas de Heracles/Hércules, en el llamado Mar Océano, la cual habría sido destruida por un tsunami cerca de nueve mil años antes del griego Solón. Esta idea que se transmitió como algo real, influyó notablemente en los primeros cronistas del Nuevo Mundo durante el siglo XVI, a la hora de opinar sobre el origen de sus gentes, y por supuesto, también en el propio humanista Montano (1527-1598), cuando trató de sistematizar, en 1561, la idea de Guillaume Postel (1510-1581), sobre la supuesta presencia de antiguos semitas en Perú, sugiriendo en otra hipótesis la llegada como náufragos desde la desaparecida isla Atlántida.

La idea del filósofo griego la vemos recogida en la obra *The New Atlantis* del inglés Francis Bacon (1561-1626) en 1627. Este autor imaginó un lugar aislado como metáfora para describir un viaje ficticio a una isla del Océano Pacífico, donde el autor podría poner en práctica su teoría filosófica para reformar la sociedad europea de su tiempo, considerada viciada y moralmente corrupta. Lo mismo que habría pretendido hacer Platón (ca. 427-347 a.C.) ante los gobernantes de su tiempo con la idea de su Atlántida. Ambos autores conciben este lugar utópico como el Jardín del Edén, de clima suave y gentes puras. Tal como los Ibéricos también habían visto al principio a la gente del Nuevo Mundo.

La irrupción del tema geográfico de la Atlántida involucró en su localización a los cronistas y eruditos, situándola no solo en América, sino también en el norte de África frente a las costas de Mauritania, o en el sur de España, implicándola también, en el problema de la dispersión de las diferentes lenguas humanas (Bessmertny 1935:32-4, 79-86, 99 y 168). Esto a su vez conllevaría, a raíz del descubrimiento del continente americano, a producir algunos mapas que intentaron ubicarla: *Amérique Meridionale*, de Sanson D'Abeville (1600-1667), de 1685; *Atlantis Insula*, de 1689, de Guillaume Sanson (1633-1703); *Americae Descriptio*,

del holandés Nicolao Visscher (1649-1702), en 1690, y en la información cartográfica *Whole World*, de Herman Moll (1654-1732), de 1719. Además de las obras de Francisco Javier Clavigero (1731-1787) en *Storia antica del Messico*, y de Giovanni Carli en *Delle lettere americane*, ambas obras de 1780. Cartas y textos en las cuales el Nuevo Mundo fue visto y representado como la Atlántida. Para Vivante & Imbelloni (1939:21 y 69-82), una de las mejores descripciones del término la encontramos en J. Ortega y Gasset (1883-1955), para quién las Atlántidas son en realidad “las culturas sumergidas y evaporadas”, “pueblos un tiempo poderosos, creadores de culturas completas, causantes de grandes acciones y reacciones históricas” y “que han llegado a borrarse de la memoria humana”. Ello contribuyó a la propagación del concepto mítico de América Atlántida. Y en Brasil, podemos encontrar referencias en la obra de Domingos Jaguaribe, *Brasil antigo, Atlantide e antigüidades americanas*, publicada en São Paulo, en 1910, aunque en la primera mitad del siglo XIX los eruditos brasileños ya habían debatido el tema.

En opinión de Holanda (1997:6), la escasa experiencia para explicar el encuentro de los europeos con gentes indígenas, las prisas y las generalizaciones científicas a cualquier precio y la imaginación aventurera, concluirán en una fantasía a la hora de explicar la realidad del Nuevo Mundo. Una fantasía de portugueses y españoles, motivada por la necesidad económica de explotar el territorio: considerándose a sí mismos como civilizados, se creyeron con derechos de propiedad y uso del espacio habitado por pueblos considerados paganos y bárbaros.

Sus explotaciones fueron facilitadas por los relatos de los cronistas sobre el territorio y las costumbres de los nativos. Y todo con la ayuda de las fuentes clásicas, sumada a la interpretación dada por los intelectuales religiosos sobre algunos textos de las Sagradas Escrituras. Así es como a lo largo del tiempo la suposición de la presencia de pueblos antiguos considerados civilizados en el territorio del Nuevo Mundo, particularmente el fenicio en el caso de Brasil, cobrará cada vez mayor fuerza, contribuyendo no solo a explicar las razones de la decadencia de sus habitantes, sino también a justificar la explotación de sus tierras.

2.3) EL NUEVO MUNDO: El caso de Brasil

2.3.1) COLONIA: INSCRIPCIONES, MONUMENTOS Y LENGUAS

El Dorado americano

Los primeros cronistas españoles llegaron al Nuevo Mundo junto con Cristóbal Colón (1451-1506). A partir de ahí, se produjeron varios relatos de viajes e impresiones sobre el territorio y sus gentes como ya hemos mencionado. La explicación inicial era que las tierras recién halladas constituían un lugar paradisíaco buscado desde hacía mucho tiempo por los geógrafos cristianos, ante la necesidad de cuadrar los mapas existentes con los hechos bíblicos (Márquez 1985:4-33 y I-VIII). Los europeos se sorprenderán no solo ante un clima primaveral y una espectacular flora, sino también al ver a sus habitantes desnudos, con toda naturalidad, viviendo en un estado considerado de pureza espiritual.

En 1500, los navegantes portugueses desembarcaron en una playa del litoral de la región noreste de Brasil, en el actual Estado de Bahia, casi mil kilómetros por debajo del punto más oriental del continente sudamericano, la Ponta do Seixas, en el litoral del actual Estado de Paraíba. La misiva que fue enviada al rey luso con los registros portugueses sobre el territorio, proyectaba, desde luego, la idea de un lugar semejante al Paraíso Terrenal.

Durante los primeros años los portugueses recorrieron el continente con el objeto de encontrar riquezas metálicas, siguiendo las orientaciones espaciales dadas por los nativos cuando se les preguntaba sobre su localización. De ahí surgieron las historias sobre un lugar en donde estaría ubicado el rico y soñado El Dorado americano. Una ciudad imaginaria con tanta abundancia de oro, diamantes y piedras preciosas, como granos de arena. Y a partir de ahí la leyenda y el mito se ocuparon (Holanda 1997) en explicar todo lo que no podía explicar la razón.

En 1516, el inglés Tomás Moro (1478-1535) escribió su célebre *Isla de la Utopía*. Una fantasía sobre el relato de uno de los 24 compañeros que formaban parte de las tareas de reconocimiento que el equipo del geógrafo italiano a servicio de Portugal, Américo Vesputio (1454-1512?), había llevado a cabo en la línea

costera del Nuevo Mundo (Calmon 1940:15), entre 1501 y 1502. La obra del católico sajón documentó el destino misterioso que habían seguido un grupo de marinos y exiliados dejados temporalmente en un enclave llamado Cabo Frío, en el actual litoral del Estado de Río de Janeiro, en Brasil. Al volver los barcos meses más tarde, la expedición no encontró a los marinos en el sitio en donde les había dejado. El lugar estaba abandonado y su alrededor estaba habitado por tribus indígenas. Entonces el destino de estos hombres fue alzado al imaginario popular europeo, sugiriéndose que quizás habían dado con el llamado Dorado. Un lugar que pensaban debía de encontrarse en el interior de la jungla aún por explorar.

Era una época poblada de mitos que parecían explicar lo desconocido. Tal como el que aún circulaba en el siglo XVIII en la colonia portuguesa sudamericana, referido a una supuesta estatua encontrada en el archipiélago portugués de Azores, en el Atlántico. Parece ser que dicha historia la contó inicialmente el noble portugués Damiam de Goes (1502-1574), en su *Chronica do principe dom Joam*, publicado en Lisboa en 1567, aunque el episodio narrado ocurrió al parecer durante el reinado de Manuel I (1469-1521). Navegantes lusos habrían descubierto en una de las islas del archipiélago, la más occidental de ellas y que se llamó Corvo, una gran estatua de un varón con vestimenta árabe y sin gorra, en la cima de unos montes. Tenía uno de sus brazos extendido hacia poniente, es decir, en dirección a las tierras recién descubiertas del Nuevo Mundo. En la base habría inscripciones que no se habían podido descifrar, según el autor portugués. Él también se refirió al Periplo de Neco II (Damian de Goes 1567:5) realizado por marinos fenicios, con la clara intención de conectar la isla del Corvo a alguna visita de los navegantes semitas.

La isla del Corvo, junto con la de Flores, fue la última en ser descubierta en el archipiélago de Azores. A ella llegó el portugués Diogo de Teive en 1451, cuando intentaba dar con la isla mítica de Siete Ciudades (Vieira 2001:83). Sobre la presunta estatua dice el arqueólogo francés Gaffarel (1968, 101) que "... un des promontoires de Corvo, présente la forme d'une personne, dont la main est tendue vers l'occident". Esta información fue recogida de la obra de Faria y Souza *Historia del regno de Portugal* (editada en 1730, p. 258), y también se encuentra en otra de

un autor conocido como Boid, llamada *Description of the Azores* (de 1835, p. 316-318). Por tanto, al parecer la estatua no pasa de ser un simple fenómeno geográfico natural transformado en leyenda.

Aunque no hubo prueba material de su existencia, la historia apareció de nuevo en el poema épico del descubrimiento del litoral de Bahia (Estado de Brasil al que llegaron por primera vez los portugueses), *Caramuru*, de José de Santa Rita Durão (1722-1784), publicado en Lisboa en 1781, en el que este autor hizo mención a la mencionada estatua. La mano tendida hacía occidente indicaría el país del “rico metal”. Dicha estatua apuntaría geográficamente hacía oeste “d’onde o aureo Brazil mostrava a dedo”, indicando el lugar como “o país do metal rico”, según el autor brasileño Costa (1896:33-6 y 57), quien a su vez creía en la colonización fenicia de América.

Dicha leyenda comprueba la estrecha conexión entre el imaginario intelectual europeo y la búsqueda de minerales que la colonia lusa americana parecía potencializar durante el siglo XVIII. De hecho, la publicación de Durão coincidió con el período aurífero en el territorio, debido a los descubrimientos de gran cantidad de oro y diamantes en la entonces provincia de Minas Gerais, vecina de Rio de Janeiro. Entre 1700 y 1770 la colonia lusa fue una de las mayores productoras de oro del mundo. Fue en este período cuando la capitalidad de la colonia, que hasta entonces se había ejercido desde Salvador de Bahía, ubicada en la región noreste, se trasladó al Rio de Janeiro en 1763, desde cuyo puerto se transportaban los minerales y las piedras preciosas a la metrópolis portuguesa.

Las ideas sobre el poblamiento del territorio

Los textos fantasiosos en forma de crónicas y a partir de la realidad colonial parecen haber representado muchas veces el sueño idealizado por los aventureros y visitantes del territorio. En este sentido, para el cura portugués João Daniel (1722-1776), los indios brasileños descenderían directamente de las Tribus Perdidas de Israel. El religioso vivió entre los habitantes de la selva amazónica entre 1741 y 1757, y llegó a esta conclusión tras considerar las enormes similitudes lingüísticas y los rituales muy parecidos entre los indígenas y los semitas. Un análisis que

coincidía, según él, con la de sus compañeros de esa época, tal como la del jesuita Gumilha, quien a su vez plasmó en su crónica *História do Orinoco ilustrado*, que estas gentes habrían venido al Nuevo Mundo a partir de los descendientes de Can, uno de los nietos del Noé bíblico. De manera que para el religioso portugués “eles são descendentes dos judeus” (Daniel 2004:265-7). El pensamiento de Daniel fue plasmado en el libro *Tesouro Descoberto no Máximo Rio Amazonas*, y publicado inicialmente en Portugal. La obra describe en detalles los hábitos y la cultura material de los indígenas. Pero este religioso no pudo seguir con sus investigaciones porque fue desterrado debido a la política de expulsión de los misioneros jesuitas en la colonia brasileña (Souza 1991:53), llevada a cabo a partir de mediados del siglo XVIII por el Marqués de Pombal (1699-1782), ministro portugués.

Otros testigos religiosos trataron simplemente de reproducir las ideas de autores del pasado o de disertar sobre el poblamiento del Nuevo Mundo a partir del Antiguo Testamento. Sabemos que desde el siglo XVI, autores como L. de las Muñecas y también Pineda en 1613, habían ya defendido la ubicación de la Tarsis bíblica en la geografía peninsular Ibérica (Koch 2003:32), del mismo modo que también habían relacionado las flotas de Hiram y de Salomón con las riquezas que sus naves traían desde Ofir. Eso sí, con incertidumbres sobre su localización que se intentaba concretar también en Perú. De manera que algunos autores fueron pródigos en reproducir la creencia de varios religiosos e intelectuales anteriores, atribuyendo una similitud de origen entre los indios americanos y el pueblo judío. Incluso llegaron a afirmar que esta ocupación pionera se habría dado por medio de los descendientes de “Jectan, bisnetos de Sem, dos quais Seba colonizou a China; Ophis chegou ao nordeste do Novo Mundo, depois desceu pelo continente até o Peru; e o terceiro, Jobal, fixou-se no Brasil”, conforme reprodujo Prado (1939, 225-226), reflejando así un pensamiento de aquella época. Ya para el nuevo-cristiano portugués y filósofo Manoel Dias Soeiro, también conocido como Menasseh Ben Israel (1604-1657), en su obra *Origen de los Americanos*, y publicada en Ámsterdam en 1650, los indios serían descendientes de las diez Tribus Perdidas de Israel migradas al Nuevo Mundo a través del Estrecho de Bering, una ruta propuesta antes

por el religioso José Acosta (1539-1600), en contra de Montano (1527-1598) quién había defendido la vía Atlántica. Dias Soeiro refiere, además, el encuentro de gente desconocida blanca y de barba con nativos en el interior del actual Estado brasileño de Pernambuco, región noreste de Brasil (costa noreste), hecho atribuido a un grupo de judíos conversos que habían huido de la persecución religiosa en Portugal, en torno a 1610. El autor también citó al historiador judío Flavio Josefo (37-95?), quién estaría considerado el primer autor en mencionar la migración hebrea a lugares tropicales (Menasseh 1881:25-7, 36, 44, 63-4 y 115-7). La idea de Soeiro es bastante interesante si consideramos que él propuso la vía oriental como llegada de semitas al continente americano.

Premisas que seguramente viajaron en las maletas de los misioneros a la colonia lusa. No es extraño, por lo tanto, el testimonio del religioso portugués Luís Antonio da Silva e Sousa, quién dijo haber presenciado entre los indios Caiapós, habitantes del suelo brasileño, la práctica de ritos judíos. Por su parte el arqueólogo brasileño Teodoro Sampaio (1855-1937) relata la existencia de una tradición indígena de los Tupis similar al diluvio vivido por Noé: “Quando as águas cresceram, diz a lenda, cubrindo a terra, todos os viventes pereceram. Tamandaré, porém, com a sua família subiu para o olho de uma palmeira, cujos frutos o sustentaram por todo o tempo em que durou a inundaçāo, até que ele pode descer para tornar a povoar a terra” (Prado 1939:225-6). El relato de Sampaio está basado, a su vez, en la crónica del jesuita portugués Fernão Cardim (2000:165) (ca.1548/1549-1625), quién vivió en Brasil durante el siglo XVI, siendo luego arrestado en Inglaterra antes de volver a Portugal.

Por otra parte, el descubrimiento del litoral brasileño en abril de 1500 fue considerado casual por los intelectuales portugueses del siglo XIX, puesto que la real flota lusa tenía como objetivo oficial al zarpar de Portugal el de circunnavegar el continente africano a través del Atlántico sur hacia el rico comercio de las especias en la India. Una ruta que se sabe fue recorrida por primera vez en 1498, por el navegante portugués Vasco da Gama (ca. 1469-1524), y que consistió en un recorrido justamente inverso al que supuestamente habían hecho los barcos

fenicios del Periplo de Neco II en torno al continente africano, como leemos en Herodoto (IV, 42-3), y cuyo texto era conocido por los referidos intelectuales.

Esta narrativa griega estaba considerada entonces como un hecho prácticamente incuestionable. Aunque hoy día, como hemos analizado en la 1ª Parte de nuestro trabajo, entre algunos historiadores el relato levanta bastantes dudas sobre su veracidad. Muy probablemente el Periplo de Neco II haya servido como una referencia, por lo menos para la corriente de eruditos del siglo XIX que creían en el poblamiento fenicio de Brasil, a la hora de explicar el origen de sus primeros habitantes. Así se explica el esfuerzo que hicieron por encontrar enormes similitudes entre el viaje fenicio y el portugués.

Las embarcaciones lusas que habían salido en 1500 del puerto de Lisboa hacia el Atlántico sur, supuestamente sufrieron un alejamiento hacia el sudoeste. El motivo habría sido la actuación en conjunto de las calmas y las corrientes marinas adversas, empujando a los navíos portugueses al oeste, y desviándolos de la ruta planeada en torno al litoral atlántico africano (Boris Fausto 2012:28). Ese enorme desvío llevó a estos navegantes a tocar tierra sudamericana por primera vez, justamente en un punto de la costa del actual Estado de Bahia, región noreste de Brasil. Estas mismas alegaciones climáticas serían defendidas, también, por los intelectuales religiosos con la finalidad de explicar la hipótesis de los antiguos marinos semitas en la misma costa en la Antigüedad.

Sin embargo, la explicación del descubrimiento luso basada en la aleatoriedad fue rechazada durante el mismo siglo XIX por parte de otros eruditos portugueses y brasileños, los cuales apoyaron la verdadera intención de la desviación al proponer que la autoridad portuguesa de entonces conocía en secreto la existencia de aquellas tierras, tal como explica Calmon (1940:11), autor de la *Coleção Brasileira*. Justificaban tal afirmación a partir de la intención de la realeza lusitana en garantizar lo que se había establecido en el Tratado de Tordesillas entre las coronas Ibéricas en 1494. Desde este acuerdo, España y Portugal asegurarían entre sí el reparto de las tierras del Nuevo Mundo cuando fuesen halladas, aunque probablemente ya deberían conocer su existencia. Una estrategia para alejar a sus competidores europeos: holandeses, ingleses y franceses sobre todo. De modo

que Portugal utilizaba un mecanismo presuntamente legal con el objetivo de asegurarse la ruta marítima que se alineaba entre las costas sudamericana atlántica y la africana y que conducía al comercio de las especias en Asia. Para Calogeras (1938:5-6), outro autor de la Coleção Brasileira, los portugueses pusieron en marcha una especie de servicio secreto durante la época de las Grandes Navegaciones, diseñado para ocultar sus logros a los competidores en el Atlántico sur. Una medida en gran parte semejante a la utilizada por la “talasocracia fenicia” que, según ese autor, incluso llegó a hundir los buques enemigos que cruzaran el Estrecho de Gibraltar en la Antigüedad. Calogeras creía también, que los navegantes portugueses eran conscientes de cartas náuticas producidas por los fenicios sobre la existencia del Nuevo Mundo. Opinión compartida con Gajardo (1982:158-201) quien asigna a los portugueses una tecnología náutica muy avanzada para los siglos XV y XVI. Además atribuye a los lusos la propiedad de presuntas cartas náuticas fenicias y cartaginenses procedentes de sus navegaciones por la antigua América (ibídem: 63-6). Y quizás se puedan incluir entre estos documentos los relatos de los periplos de Neco II y de Hannón.

La costa sudamericana atlántica considerada de interés estratégico a principios del siglo XVI, seguía desconocida dada su enorme longitud y anchura, al contrario del que se supuso al principio cuando se creyó que se trataba de una isla. En realidad una inmensidad de tierra que facilitó su exploración por piratas y corsarios franceses e ingleses, insatisfechos con la repartición del Nuevo Mundo entre los Ibéricos y que luego sufriría también invasiones holandesas. Por esa razón el litoral meridional atlántico se convirtió, también, en objeto de preocupación de parte de la realeza portuguesa ya que debería ofrecer seguridad a sus planes comerciales en India. Es así como el objetivo luso incluyó también la ocupación oficial del litoral sudamericano atlántico, lo que hoy corresponde en su mayor parte a Brasil. En 1501, un marco de propiedad fue estratégicamente clavado en la punta geográfica del continente sudamericano, en una playa del noreste brasileño, en el actual Estado de Rio Grande do Norte.

Fue la expedición marítima del italiano Américo Vesputio (1454-1512), entre 1501 y 1502, a órdenes de Portugal, la que reveló por primera vez la vasta

dimensión del litoral Atlántico sudamericano del *Mundus Novus*. Término acuñado por Vespucio en sus cartas publicadas en 1504, cuando se comparaban estas tierras con el Paraíso. Estas cartas constituyen también, el primer documento que se conoce sobre el Brasil al afirmar que no se trataba de una gran isla, sino del territorio mismo descubierto por Colón (1451-1506) y por lo tanto parte de un nuevo continente al cual se le denominó en este momento Nuevo Mundo. En ellas describía algunas costumbres y el canibalismo de sus habitantes. Sus registros e indicaciones dieron como resultado la elaboración de un mapa que popularizó el nombre de América (Vainfas 2000a:37-8), en un homenaje que le prestó el cosmógrafo alemán Martin Waldesemüller (1470-1522) en su *Cosmographiae introductio*, de 1507.

La parte lusitana, bautizada inicialmente como Isla de Santa Cruz, cambió su nombre por Terra de Vera Cruz después de probarse su real dimensión. Y sólo se le dio finalmente el nombre de Brasil en un tercer momento. Así, la impresión inicial de que se trataba de una isla, sin probarse antes su tamaño real, nos lleva a concluir que el pensamiento europeo estaba predispuesto al encuentro de una isla paradisíaca en algún punto del llamado Mar Océano. Era la proyección del mito de la existencia de una civilización perdida, quizás la propia Atlántida de Platón (ca. 427-347 a.C.). Sobre ella escribió también Aristóteles (384-321 a.C.) para negarla. Por otro lado hubo quienes afirmaron que los cartaginenses solían visitarla, aunque sus primeros pobladores fueron los fenicios procedentes del sur de España, según indica García (1729:24 y 192-5). Un lugar considerado “maravilloso” según este autor, y que nos recuerda también que cronistas como Florian, Francisco López de Gómara en *Historia de los indios* (de 1554), Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1526, 1535, 1547), Genebrardo y Mariana, creían en la hipótesis de la descendencia fenicia o cartaginense y que sus habitantes pasaron al territorio brasileño antes de que se anegara la isla de los Atlantes.

Esas narrativas se constituyeron en un tipo de literatura muy reproducida y caracterizada por presentar islas y rincones que contaban con excelentes condiciones climáticas y vegetación exótica, y que a menudo tenían un significado simbólico. Con el tiempo, la Atlántida se multiplicó y probablemente fue

transformada literariamente en otras islas o en Ciudades Olvidadas o Abandonadas del Nuevo Mundo. Lugares que contenían el deseado Dorado, repleto de oro y piedras preciosas. En este sentido Brasil habría sido la nueva morada de los Atlantes y aun el lugar apuntado como el Paraíso Terrenal.

Los dos primeros cronistas de la colonia lusa fueron el portugués Pero de Magalhães de Gandavo (c.1540-c.1580) con su *História da província Santa Cruz, a que vulgarmente chamamos Brasil*, de 1576, (Gandavo 1930) y el fraile Vicente do Salvador (1567-1636-9), el primer brasileño que escribió la *História do Brasil*, en 1627. Pero ninguno de los dos hizo referencias a fenicios. Para el historiador brasileño Capistrano de Abreu (1853-1927), en sus obras *O descobrimento do Brasil*, de 1883 y *Capítulos de História colonial*, de 1907, la palabra Brasil viene del mismo nombre dado a un archipiélago imaginario registrado en cartas náuticas desde al menos 1351. Archipiélago que se ha querido situar en Azores, o próximo a Bretaña o incluso en la costa de Irlanda, a través de las corruptelas: “*Bracir, Brasil, Brasill, Brazil, Brazilee, Brazille, Brazill, Braxili, Baxill, Braxyilli, Bracil, Braçil, Braçill, Bersill, Bresilge*”, utilizadas para indicar dichas islas a lo largo de la Edad Media. Su existencia fue relatada durante la segunda mitad del siglo VI d.C. por la expedición náutica del monje irlandés San Brandon y sus compañeros, en búsqueda del paraíso en el océano atlántico (García 1729:32; Priego 2008:39-50) aunque jamás se confirmó su hallazgo. Para el historiador Jaime Cortesão (1884-1960), en *A colonização do Brasil* (Lisboa: Portugália, 1969), la clasificación de Isla dada inicialmente al territorio sudamericano descubierto por los portugueses en 1500, viene justamente de esta concepción, bajo la forma de leyenda. Es decir, un Mito Geopolítico, como sostiene Vainfas (2000a:81-2), para quién la exploración comercial de una madera de tinte ahí existente habría sido la responsable del nombre dado al territorio: *Tierra de Brasil*, o simplemente *Brasil*. Finalmente, para uno de los más respetados autores de la historia nacional, Holanda (1994:173 y 267-72), desde el siglo IX d.C. el nombre de Brasil era conocido por comerciantes italianos y árabes. Un lugar asociado con el Jardín del Edén debido al clima suave y la belleza de su vegetación.

Otra leyenda popular existente en Portugal en torno al siglo XV, y antes del descubrimiento de Brasil, era la que se refería a los *almoganin*, que habla de ocho primos portugueses que emprendieron un viaje desde el río Tajo hacia el Atlántico. La ruta, siempre hacia el oeste, habría tardado cerca de treinta y cinco días hasta tocar una tierra desconocida, en la que sus habitantes tenían la piel de color cobre y los pelos lisos y negros. Los viajeros fueron entonces llevados a la presencia de un rey cuyo idioma se asemejaba al árabe. Y tras alguna confusión, fueron arrestados y luego dejados amordazados en una playa distante, hasta que unos semitas que hablaban árabe, los encontraron y les dijeron que estaban en el punto extremo del mundo (*Va asafi*) y a dos meses de viaje desde sus casas (Mello-Leitão 1941:11-3). Aunque el final de esta historia no ha sido narrado, se supone que los aventureros regresaron a Portugal en donde dicha leyenda fue contada. Una narración que suponemos puede estar conectada con la teoría de Platón (ca. 427-347 a.C.) sobre la Atlántida, supuestamente poblada por fenicios y cartagineses antes de hundirse completamente.

Más tarde, la arqueología practicada en el Brasil Imperial (1822-1889) presentará una especie de continuidad de estos mitos coloniales, caracterizados, también, por búsquedas casi incesantes de islas fluviales, Ciudades Olvidadas o Abandonadas por una antigua civilización y, situadas en lejanos rincones del espacio geográfico brasileño. Este sería el caso, por ejemplo, de la isla atlántica de Marajó, localizada próximo al delta del río Amazonas, y en donde los hallazgos de abundantes materiales arqueológicos durante las décadas finales del siglo XIX, fueron considerados como pertenecientes a una remota civilización.

A finales del siglo XVI, la colonia lusa presentaba como principales características económicas el latifundio, el esclavismo y la producción y exportación a gran escala del azúcar, reducida a una franja cerca de la costa en la región noreste. Esto atrajo a esta área la invasión holandesa a partir de la tercera década del siglo XVII. Lo que a su vez llevó también a estos exploradores a la búsqueda de minas a través de expediciones que acabaron produciendo solamente relatos del encuentro de inscripciones misteriosas, sobre todo en el interior del actual Estado de Paraíba, y que fueron atribuidas a visita de antiguos navegantes occidentales.

Las minas de oro y diamantes serían halladas en gran cantidad pero lejos de esta zona y más adelante, en torno a 1680, en el interior del actual Estado de Minas Gerais, región sureste. Este descubrimiento impulsó el desarrollo de esta región durante el siglo XVIII, en detrimento de la zona productora de azúcar. Será el Valle del Paraíba, situado en la frontera entre los actuales Estados de São Paulo y Rio de Janeiro y muy cerca del de Minas Gerais (todos en la región sureste), una de las dos zonas homónimas en la que presuntamente fue hallada la Inscripción de Paraíba, y que desde su posible hallazgo en 1872, se supuso originalmente fenicia.

Las primeras referencias de cuño arqueológico hechas sobre puntos del territorio colonial luso fueron probablemente las del jesuita español José de Anchieta (1534-1597) en la segunda mitad del siglo XVI. El religioso relató la presencia de los Sambaquis como vestigios de antiguas civilizaciones (Souza 1991:50), además de semejanzas al comparar el habla de los indígenas del litoral brasileño con el idioma griego (Raminelli 1996:26). En la lengua Tupi-Guarani de estos indios, Sambaqui significa cúmulo montañoso de conchas, que pueden llegar a medir varios metros de altura (Lima 1999-2000). Se trata de montículos formados artificialmente por restos antiquísimos de ostras, mariscos, espinas de peces, caparazones de moluscos y otros materiales de origen orgánico como resultado de las sobras de alimentación humana (Prous 2006:33-46). Excavaciones posteriores desvelaron la presencia de esqueletos humanos y de utensilios, herramientas rústicas y cerámicas fabricadas por pueblos recolectores. Estas formaciones han sido encontradas frecuentemente próximas al litoral y, en menor número, junto a lagunas y algunos ríos cercanos a la costa, desde la Amazonia hasta el extremo sur del territorio brasileño, representando el testimonio de antiguos asentamientos humanos (Funari & Noelli 2006:89-96) de entre 2 y 7 mil años de ocupación. Aunque dichos agrupamientos desaparecieron hace cerca de mil años, con el tiempo esa estructura se petrificó debido a las reacciones causadas por la temperatura y la presión. Entre los siglos XVII y XIX, sobre todo, se extrajo de estos Sambaquis la cal para ser utilizada en la construcción civil, pero jamás hubo registro de material fenicio.

Amazonas como concepción mítica

Como ya hemos visto, el fraile dominico español Gaspar de Carvajal (1504?-1584) produjo una crónica sobre la tierra y el comportamiento del nativo, en la que habla de fantásticas ciudades chapadas en oro, que contaban con fortificaciones amuralladas y torres: el Dorado. En ella describe, también, la presencia de las Guerreras Amazonas en este gran río. La tradición griega antigua sitúa las Guerreras Amazonas tanto en tierras del Cáucaso como en Tracia. Un tipo de literatura que parece haber contribuido a la aparición de narrativas similares, como las que podemos leer en las referencias hechas por el viajero francés en el Perú y Brasil, Carlos María de la Condamine (1701-1774), en su obra de 1745, *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América Meridional*. El autor narra la existencia de mujeres guerreras en el río Amazonas, y la supuesta abundancia de oro en ciudades escondidas en el seno de la selva (La Condamine 1941:65-74) con base únicamente en el testimonio de los indígenas del área con los que entró en contacto.

Una de las explicaciones para la persistente aparición de este tipo de narrativa se encuentra en el pasado greco-romano (Vainfas 2000a:34) registrado en los textos clásicos, y que estaba presente en las mentes de los primeros exploradores ibéricos que recorrieron el Nuevo Mundo. Este dato se puede comprobar en algunos mapas del nuevo continente, como por ejemplo el del protestante belga Theodor de Bry (1528-1598), llamado *Tabula Geographica*, publicado en 1599 (Raminelli 1996:59), en el cual aparecen los símbolos que representan la existencia de la tribu Amazonas. Debe de haber sido la fortaleza de este mito lo que hizo que esa parte de Brasil se le conozca actualmente como el Estado del Amazonas.

En cuanto a la búsqueda de El Dorado en la tierra colonial lusa, recordamos algunas visitas de los europeos con este propósito: la del viajero sevillano y nuevo-cristiano Filipe Guillén (1487-1571?), entre 1534 y 1571; la del inglés Anthony Knivet, (1560-1649), que entre 1596 y 1597 exploró el Valle del Paraíba en busca de oro, según cuenta en su relato *The admirable adventures and strange fortunes of Master Anthony Knivet, which went wick Master Thomas Cavendish in his second voyage to the South Sea*, publicado en 1625; la poco conocida expedición de los

españoles Francisco Bruza Espinoza y Juan Aspilcueta Navarro (1522-1557), jesuita, los cuales anduvieron en torno al 1553 por el interior del actual Estado de Bahía, región noreste, buscando oro (Vianna 1935:15) por encargo de la corona portuguesa. Espinoza vino directamente del Perú para esa finalidad. Los contenidos de los diarios de estos exploradores suelen describir la existencia de bellísimas montañas con metales y piedras preciosas (Gandavo 1930). De esta forma contribuyeron a crear una atmósfera de misterio en torno a potenciales riquezas que la selva ocultaría, lo que animará a las siguientes generaciones de aventureros a explorar el territorio, hecho que durará hasta bien entrado el siglo XX.

Sin embargo, hubo también otros intereses en juego. El religioso y cosmógrafo francés André Thévet (1516-1590), trató de las costumbres de los aborígenes sudamericanos en su obra *Les singularites de la France Antartique*, publicada en 1558 (Souza 1991:50), y en otra obra, *Cosmographie Universelle*, creyó en la colonización fenicia de América (Neto 1885:23). Los franceses invadieron Rio de Janeiro entre 1555 y 1560 y, también, fundaron en la región noreste de Brasil la actual ciudad de São Luis (capital del actual Estado del Maranhão) entre 1612 y 1615. En el tercio final del siglo XIX mantendrán con la monarquía de Brasil unas discusiones en torno a la frontera entre los actuales Estados brasileños del Amapá y Amazonas, y el territorio de la Guyana Francesa. En esta época los exploradores franceses hablarán del descubrimiento de estatuas e inscripciones rupestres presuntamente fenicias halladas en esta área. A nuestro juicio, esto lo hicieron para hacer creer internacionalmente que el río Amazonas ya habría sido visitado en la Antigüedad por marinos semitas y que, por lo tanto, la selva no debería estar considerada exclusivamente Ibérica.

De acuerdo con Estevão Pinto (1938, 217) autor de la Coleção Brasileira, el cronista portugués Gandavo (ca.1540-c.1580) transcribió en su *História da Província Santa Cruz*, de 1576, la historia que le habían contado algunos indios del litoral brasileño en el siglo XVI. El propio cronista nos cuenta que estos indios conocían otras tribus del interior cuyas aldeas estaban llenas de oro y piedras preciosas. Y que las herramientas utilizadas por ellos para excavar y trabajar el oro se las habían proporcionado los primeros exploradores portugueses a cambio de

grandes anillos de oro con incrustaciones de esmeraldas (Gandavo 1930:386-7). También habla de que integrantes de estas mismas tribus solían viajar durante dos años desde su lugar, al que llamaban el Dorado, hasta el Perú, a través del río Amazonas, con la finalidad de comercializar sus productos. Una historia que parece vincular la riqueza inca con un probable Dorado brasileño. También hace referencia al río São Francisco, el más grande de la región noreste, en Brasil, y en cuya orilla supuso que habría poblados llenos de oro (Gandavo 1930:344 y 388). Esta narrativa hará que en el futuro varios aventureros defendieran la existencia de puertos de origen fenicio en esta zona. Amén de eso, nos llama la atención que el cronista haga hincapié en que la lengua de estos indígenas no poseía las letras consonantes “f”, “l” y “r” (ibídem: 102). Quizás esto mismo sea un intento temprano de asociar estos nativos a pueblos mediterráneos.

De hecho, el cronista portugués sugiere que sus paisanos deberían buscar en el interior del territorio colonial monumentos antiguos, ya que los antiguos americanos, según él, habían tenido poco cuidado con el registro de su propio pasado al no dejar nada escrito, y que por ello se habían perdido varias antigüedades (Gandavo 1930:339). En su opinión las autoridades portuguesas deberían actuar como los antiguos griegos y romanos, quienes tomaron nota de sus ruinas y monumentos, preservándoles para el futuro. Un pensamiento que parece inaugurar, entre los cronistas de la colonia lusa, una línea de preocupación hacia la búsqueda de materiales arqueológicos que comprobara la presencia de antiguas civilizaciones.

Impresiones paradisíacas y bárbaras

Otros viajeros oriundos del Viejo Continente también tenían impresiones paradisíacas sobre el Nuevo Mundo. El calvinista suizo Jean de Léry (1536-1613) escribió *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil* (publicada en 1578) en la cual dice que las obras de Dios son maravillosas, en referencia al paisaje exótico y al clima casi siempre templado del *Mundus Novus* (Lestrignant 1992). A su vez, el francés Claude d'Abbeville (¿-1632) alabó, en su libro *Historie de la mission des pères capucins en l'isle de Maragnan et terres circonvoisines*, de 1614, la excelente

calidad de vida natural de los nativos a partir de su propia experiencia entre las tribus de la región noreste. Y comparó esa tierra y sus habitantes con imágenes contenidas en pasajes bíblicos: “As Santas Escrituras fazem grande alarde das belezas do paraíso, particularmente de um grande rio, que banha todo o vale de delícias. Eu me limito a notar a terra do Brasil, que é maravilhosamente embelezada de muitos e grandes rios...”, según transcripción del autor de la Coleção Brasileira, Angyone Costa (1938:11).

En cambio, *Tratado descritivo do Brasil*, de 1587, escrito por el primer cronista civil de Brasil, el portugués Gabriel Soares de Souza (Souza 1991:50) trató de las costumbres indígenas clasificándolas de bárbaras. Esta es también la tesis de De Pauw (1739-1799) y de Buffon (1707-1788), cuando asumieron durante el siglo XVIII sus teorías sobre la decadencia de la naturaleza americana y de sus gentes. Gabriel Soares (1540-1591) también se refirió a los sitios arqueológicos Sambaquis. Era un hombre instruido y propietario de una hacienda de azúcar, y planeó una exploración mineral en el interior de la región noreste. Pese a que contó con el apoyo de la nobleza Ibérica en la época en que ambas monarquías estaban reunidas bajo la administración de Madrid, no obtuvo el resultado esperado. Por otra parte, el cronista y jesuita portugués Fernão Cardim (ca.1548/1549-1625) publicó en Londres, a partir de 1623, sus dos relatos, el primero *Do clima e terra do Brasil*, y el segundo *Do princípio e origem dos índios do Brasil*, escritos entre 1583 y 1601. En ellos menciona el relato del diluvio entre los indígenas: un indio y su hermana embarazada cuelgan de una palmera hasta que bajan las aguas (Cardim 2000:165). De ellos descienden luego todas las tribus, tanto las “tranquilas” como las “bárbaras”.

Una “arqueología religiosa”

Uno de los primeros registros de los símbolos y señales encontrados en rocas del interior del actual Estado de Paraíba, región noreste, parece ser el que dejó anotado su gobernador, el capitán Feliciano Coelho de Carvalho, en 1598, durante una persecución a los indios Potiguares. Se trataba de unas inscripciones rupestres dibujadas en cuevas al margen del río Araçoaigipe, caracterizadas por el militar

como figuras cristianas y letras latinas. Además del registro de un supuesto dolmen también observado por él en el área. Anotados en el manuscrito *Diálogos das Grandezas do Brasil* (Brandão 1943:60-2), de 1618, escrito por el judío portugués convertido al cristianismo Ambrósio Fernandes Brandão (1555-?). Propietario de una hacienda de azúcar, vivió entre 1583 y 1587 en el actual Estado de Pernambuco, vecino al de Paraíba, entonces el área más desarrollada de la colonia lusa debido a la producción de azúcar. Al volver a Portugal, fue denunciado ante el Tribunal de la Santa Inquisición y arrestado a causa de supuestas herejías judías. De vuelta a la colonia entre 1607 y 1618, vivió en la ciudad de Paraíba, entonces una de las principales ciudades de Brasil, y actuando otra vez como productor de azúcar en tierras cedidas por la corona.

Dicho manuscrito fue recuperado en una biblioteca de los Países Bajos por el historiador brasileño, diplomático y socio del IHGB - Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro - Francisco Adolfo de Varnhagen (1816-1878), el Vizconde de Porto Seguro, quien comunicó el hallazgo a sus colegas, desde Viena, a través de carta fechada el 23 de septiembre de 1874 según una Revista del órgano brasileño (RHIGB, 1874, 438-440). La carta fue nuevamente publicada en 1892 con el título de *Inscrições lapidares no sertão da Parahiba* (RIHGB 1892:201-3) constando en esa ocasión con las señales y los símbolos dibujados por el gobernador Feliciano Coelho de Carvalho, como se puede ver en la reproducción (Figura 17) del historiador Varnhagen:

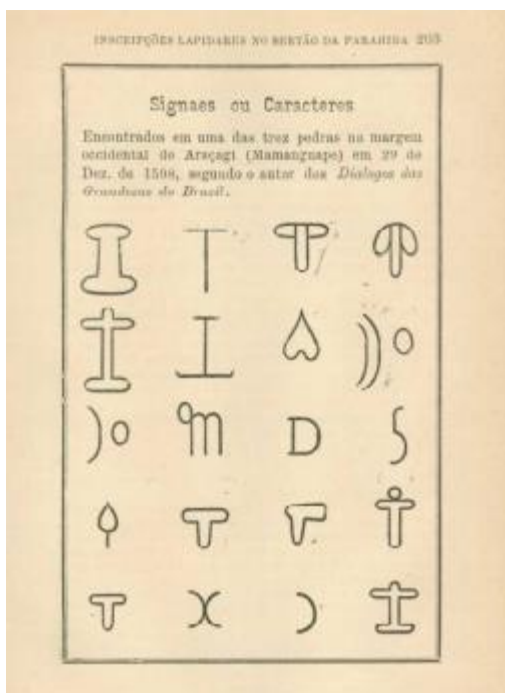


Figura 17: Señales y símbolos registrados por el gobernador Feliciano Coelho de Carvalho, a partir de inscripciones rupestres encontradas en el interior del actual Estado de Paraíba, en 1598, de acuerdo con la obra del cristiano-converso Ambrósio Fernandes Brandão, de 1618, y publicados en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, en 1892, siguiendo la transcripción del historiador Francisco Adolfo de Varnhagen. *Tomo LV. parte I. 1º e 2º trimestres. Rio de Janeiro: Companhia Typographica do Brazil, p.203.*

Diálogos das Grandezas do Brasil narra la historia de la colonia, según la visión del autor judío, bajo la hipótesis de un origen hebreo, al considerar la similitud de los indígenas de la región noreste con aquel pueblo. Fue una obra bastante citada por los autores de la *Coleção Brasileira* durante la década de 1930, y es considerada como el primer trabajo sobre la arqueología brasileña (Souza 1991:51). Su autor defendió la inmigración mediterránea a Sudamérica basándose en algunos textos del Antiguo Testamento: I Reyes (9:10-14, y 26-28) y (10:11-12, y 22-23); y II Crónicas (8:17) y (9:21), en los cuales se habla de los barcos contratados por Salomón junto al rey tirio Hiram I (ca. 950-917 a.C., según nueva cronología a que se refieren algunos investigadores en la obra de González de Canales et al. (2006:115), y que volvían a los tres años a puerto fenicio desde remotos lugares. El referido cronista judío supuso que estos lejanos lugares eran puertos costeros

del actual Estado de Pernambuco, vecino al de Paraíba, precisamente en la región noreste de Brasil (Brandão 1943:110-4). Intentaba de este modo explicar, no solo la procedencia de la carga tropical de las naves bíblicas, sino también confirmar la ruta de esos barcos desde el puerto de Ezión (Aqba, Israel) en el mar Rojo, acometiendo la circunnavegación del continente africano, de acuerdo con textos clásicos, pero camino del litoral de Brasil.

Cree Brandão (1555-?) que algunos de estos barcos que atracaron por primera vez en el Cabo de Santo Agostinho, en el litoral de Pernambuco durante el inicio del I milenio a.C., lo hicieron por pura casualidad, tras desviarse de su ruta alrededor de África, debido a razones climáticas. Y que el comportamiento salvaje de los indios americanos con quién él convivió, se debía a que, con el tiempo, habían perdido a su identidad civilizada después de que los marinos semitas les dejaran de visitar por alguna razón. Su obra, posterior a Benito Arias Montano (1527-1598), nos muestra que él probablemente conocía no solo las ideas del teólogo español plamadas en la obra *Naturae Historia*, de 1601, sino también el libro de Antonio de Herrera, quien en su *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Indias y tierra firme del mar Océano*, aludió a Atlántida (Vivante & Imbelloni 1939:62-3) y defendió una América ya conocida por pueblos mediterráneos en la Antigüedad.

Sin embargo la idea de las Diez Tribus Perdidas de Israel como pobladores del continente americano había ya sido propuesta, también, por el fraile dominico español Gregorio García (1556/1561-1627) en su obra de 1607. Este religioso afirmó que los primeros indígenas eran inmigrantes de los pueblos Atlantes (García 1729:79-100, 141, 158 y 163), antes de que su isla se anegara completamente en el mar. Y que los Atlantes eran descendentes de los fenicios y cartaginenses. Así, la justificación climática de Brandão (1555-?), hecha en 1618, que habría provocado el desvío de los barcos fenicios, coincidió con la de García (1729:192-6), hecha antes, en 1607. Ambos alegaron las corrientes marinas y el viento como motivos por los cuales antiguos marinos semitas supuestamente lograron llegar al litoral del Nuevo Mundo. Las mismas razones que serán defendidas en el siglo XIX por investigadores portugueses y brasileños, para justificar el descubrimiento aleatorio del mismo litoral por los navegantes lusos en 1500.

Otros cronistas y autores que defendieron la presencia de antiguos navegantes semitas en América fueron: el peruano Felipe Guamán Poma de Ayala, en 1613; el religioso español Juan de Torquemada (1557?-1624) en 1615, a través de su *Monarquía indiana*, en torno a la creencia de los indios mexicanos sobre la llegada de un hombre blanco y con barba a sus tierras antes de los mismos españoles, el llamado mito de Quetzalcoatl. En este contexto, el mexicano Francisco Javier Clavigero (1731-1787) creyó que Quetzalcoatl sería originario de una región poblada por los fenicios (Gaffarel 1968:112-3). Lo mismo pensaba el inglés Thomas Thorowgood, en 1650, con su *Jews in América* y, obra en la que hizo particular referencia al litoral de Brasil y a las Diez Tribus Perdidas de Israel.

Como alternativa a la teoría fenicia se erigió la que atribuía la referida visita a los vikingos e incluso a otros pueblos antiguos. Constatamos que se formó así un debate teórico en torno a la colonización del Nuevo Mundo, en el que cuestionamientos históricos y de carácter religioso, se mezclaron con asuntos del área política y económica entre los siglos XVI y XVII, dando lugar a que se multiplicara entre las dos corrientes de eruditos, los argumentos en contra y a favor de dichas teorías. Así, en 1642, el holandés Hugo Grócio (1583-1645), un defensor del absolutismo y también de la idea de internacionalización comercial de las aguas oceánicas, lanzó, con bastante aceptación, la obra *De Origine gentium Americanarum*, en donde pugna por la hipótesis de la América colonizada por los antiguos marinos nórdicos. Una propuesta que ya existía y que concurrirá en el mundo académico con la de los fenicios. En oposición a Grócio, otro holandés, el geógrafo Joannes de Laet (1581-1649), defendió a los fenicios como los primeros pobladores de Centro-América, y mantuvo con el primero una polémica en torno al origen de los pueblos americanos. Sabemos que en 1621, Laet, representante de la burguesía, había sido nombrado director de la recién creada Compañía de las Indias Occidentales, puesto desde el cual se convirtió en una de las personas más influyentes del mundo económico de entonces, al estar encargado de la comercialización del azúcar producido en la región noreste de Brasil (Paraíba y Pernambuco sobre todo), elemento que proporcionaba pingues beneficios. Se trataba de un área considerada visitada por los fenicios, y que acabó invadida por

las fuerzas holandesas entre 1624 y 1655. Esta área se volvió la mayor productora mundial de azúcar.

Una vez establecida la capital de los invasores holandeses en el litoral de Pernambuco, administradores, militares y eruditos de ese país se empeñaron en el estudio del entorno físico y de sus nativos. Entre los estudiosos estaba Elias Herckman (1596-1644) quién trató sobre presuntas fuentes epigráficas en el Estado de Paraíba, en su obra *Descrição Geral da capitania da Paraíba*, de 1639, al describir varias inscripciones rupestres e incluso un dolmen en la Sierra Capaóba (hoy denominada Raíz). Es probable que conociese las inscripciones llamadas Itacoatiaras (pinturas en piedras, en el dialecto Tupi-Guaraní de los indígenas), localizadas en la región de Ingá, si bien uno de sus objetivos era la búsqueda de metales preciosos, bajo las órdenes del gobernador holandés del territorio (Barléu 1974:221-2). Otro explorador fue Caspar van Baerle, conocido como Gaspar Barléu (1584-1648), quien dibujó mapas y publicó unas crónicas sobre la región noreste con el título de *História dos feitos recentemente publicados durante oito anos no Brasil*, publicadas en Ámsterdam en 1647. Mientras que el primer autor defendió la presencia de una antigua civilización en la referida área a partir de los supuestos vestigios que él mismo observó, Barléu (1584-1648) (ibídem: 13-5 y 221-33; Matos 1938:247) atribuyó a la ficción las historias que relacionaban la Atlántida con América. Así mismo, clasificó de utópica la afirmación de Platón a cerca de la descripción hecha por Solón sobre sacerdotes egipcios y también sobre la existencia de la civilización de los Atlantes, lo mismo que la creencia de algunos eruditos del siglo XVII en islas atlánticas frecuentadas por cartaginenses. Además de criticar la interpretación dada como verdadera por Diodoro sobre barcos fenicios arrastrados por una tormenta durante el Periplo de Neco II, Barléu también tachó de falsas las citas de Séneca (ca.4 a.C.-65 d.C.) y de Lucio Marieno Sículo, en su *Crónica de España*, sobre una supuesta moneda con la efigie del emperador romano Claudio, que habría sido hallada en una mina de una isla lejana del Océano Atlántico. Por fin, consideró equivocada la propuesta de Montano sobre Ofir.

Para el teólogo y geógrafo alemán Georg Horn (1620-1670), el origen de los indígenas americanos era semita, y lo dejó escrito en *De originibus Americanis*,

(Gerbi 1982:175 y 729), en 1652, tal y como ya había propuesto el español Gregorio García (1556/1561-1627) en 1607, cuando se refirió a las Tribus Perdidas de Israel. El alemán también fue uno de los que defendieron la emigración cartaginense a la Atlántida, justificando dicha migración en la opresión sufrida por pueblos africanos debido a la maldición lanzada por Noé (*Génesis* 9:20-27), sobre su hijo Cam, antepasado de los africanos. Asia habría sido poblada por Sem, y el resto de los continentes, por Jafet.

Aquí transcribimos el relato bíblico según la versión de Cantera & Iglesias (2003), advirtiendo que en aquel entonces la interpretación bíblica suponía un enorme valor histórico respecto a la de ahora:

Capítulo 9:

- 20 “Noé, labrador, comenzó a plantar viña,”
- 21 “y, quedóse desnudo en medio de su tienda.”
- 22 “Vio Cam, padre de Canaán, la desnudez de su padre y se lo anunció a sus dos hermanos afuera.”
- 23 “Sem y Jafet tomaron el manto, echáronselo ambos sobre los hombros y, caminando hacia atrás, cubrieron la desnudez paterna. Como llevaban vuelto su rostro no vieron la desnudez de su padre.”
- 24 “Luego despertó Noé de su embriaguez y supo lo que había hecho con él su hijo menor,”
- 25 “y exclamó: ‘¡Maldito sea Canaán, será para sus hermanos el último de los esclavos!’”
- 26 “Después dijo: ‘¡Bendito sea Yahveh, Dios de Sem, sea Canaán su esclavo!’”
- 27 “¡Dilate ‘Elohim a Jafet y more en las tiendas de Sem y sea Canaán su esclavo!’”

En la segunda mitad del siglo XVII, y tras el fin de la unión de las coronas ibéricas (1580-1640) bajo la administración de España, la colonia lusa siguió recibiendo una continua afluencia de misioneros religiosos, siendo muchas de sus experiencias seguidamente publicadas en Europa, en un período marcado por la fortaleza de las ideas religiosas acerca del origen de las gentes del Nuevo Mundo. Una de estas obras fue *Chronica da Companhia de Jesus no Estado do Brasil: e do que obrarão seus filhos nesta parte do Novo Mundo*, del jesuita portugués Simão de Vasconcellos (1597-1671), editada en Lisboa, en 1662. La obra presentaba a Brasil

como un paraíso, y defendía su poblamiento a partir de los constructores de la Torre de Babel. Al igual que otras obras ya publicadas por anteriores autores, se refirió a los Atlantes como semitas emigrantes a América y justificó el color rojo de la piel indígena debido al excesivo calor de los trópicos (Raminelli 1996:26) tal como había afirmado el misionero francés Yves d'Évreux (1577-1632), en *Voyage au Nord du Brésil: fait en 1613 et 1614*, publicada en Francia en 1615. Aunque la Iglesia censuró posteriormente algunos párrafos del texto de Simão de Vasconcellos, luego autorizó una nueva publicación suya en 1668 (Leite 1965:359-62) con el título de *Noticias curiosas, e necessárias das cousas do Brasil*.

El polémico autor compartía las hipótesis de la influencia del idioma fenicio sobre el indígena, y de la Ofir ubicada en tierra Sudamericana, a la que parece localizar en el litoral de Brasil al afirmar que este territorio satisfacía las cuatro condiciones necesarias para ser considerado el Paraíso Terrenal (Vasconcellos 1977:62-70, 125-27, 137 y 145-7), de acuerdo con las reglas divinas impresas en el libro de Génesis. Según él, la bondad de su clima muestra la preferencia de Dios como lugar ideal para acoger el paraíso: “por ser esta a parte mais temperada, deleitosa e amena da vida humana”, pese a que los “sábios da Europa e Ásia fizeram para desacreditar e aniquilar esta quarta parte do Mundo” (Souza 1991:51-2). Se trataba de un intento de contrarrestar las opiniones de algunos eruditos europeos de esta época que consideraban el comportamiento nativo y la naturaleza americana decadentes. Su obra barajó por lo menos siete posibilidades a cerca del origen de la gente americana, y que estarían contenidas a su vez en los propios Libros Sagrados. Así las resumió Anyone Costa (1939:162-4), uno de los autores de la Coleção Brasileira:

- a) Ofir Índico, hijo de *Jetan* y nieto de *Éber*, pobló India Occidental, desde donde pasó a América a través del Perú y México, irradiándose en migraciones hacia el norte y sur, de acuerdo con el libro de Génesis (9; 10);
- b) Constructores de la Torre de Babel se esparcieron por América en torno al de 2.714 a.C.;

- c) Compañeros de Eneas pasaron a América luego de la destrucción de Troya por los griegos;
- d) Cartaginenses, tras los Romanos arrasar Cartago;
- e) El Nuevo Mundo fue el destino de las diez tribus judaicas cautivas, en tiempo del profeta Oseas, hacia el 724 a.C., según Esdras, libro IV, capítulo XIII;
- f) Hipótesis de Diodoro de Sicilia, en la cual barcos fenicios fueron arrastrados por el viento tras cruzar las Columnas de Heracles, hacia tierras hasta entonces desconocidas;
- g) Comerciantes semitas que solían viajar desde el mar Rojo a tierra de Ofir.

La propuesta de Simão de Vasconcellos (1597-1671) generó entre los colonos brasileños del siglo XVII un incipiente sentimiento de orgullo, según el arqueólogo Souza (1991, 52), al sentirse elegidos por una voluntad divina anclada en los conceptos del Creacionismo de Adán y Eva. Se oponían, así, a la opinión de algunos eruditos que defendían los principios del Poligenismo, con argumentos en forma de plegarias sobre la desigualdad física, moral e intelectual entre los hombres creados en cada continente.

En 1679, el bispo católico de Orange, Pierre Daniel Huet (1630-1721), publicó *Demonstration Evangelique* (o, *Navigazione Salomonis*), donde apuntaba la acción de las corrientes marinas como un importante elemento para la visita de los fenicios al continente americano, considerándoles legítimos ancestrales de los indígenas (Souza 1991:52), además de corroborar la teoría del Nuevo Mundo como el propio Paraíso. Huet investigó en bibliotecas de Suecia, aunque sirvió como religioso en Francia, en un periodo en el cual las opiniones en torno a los primeros visitantes de América se dividían entre fenicios y vikingos.

Decadencia americana versus Superioridad europea

Al contrario de la mayor parte de los Ibéricos que hasta entonces juzgaron al nativo americano como salvaje, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) se posicionó en favor de su naturaleza pura e inocente en su obra *El contrato social*, de 1762, en contra de lo que calificó de atrocidades cometidas por portugueses y españoles

(Baldus 1937:22-3). En esta obra proponía incluso el modo de vida de los americanos como patrón moral para la civilización europea. Para el franciscano francés Claude d'Abbeville (¿-1632¿) - quien definió por primera vez a los amerindios de Brasil como "brasileños" -, estos representaban a la vez al malo que se comía a sus semejantes, pero al mismo tiempo también tenían un lado bueno. Otros eruditos sostenían que los indios eran pacíficos hasta que se volvían violentos, debido a la exploración que sufrían, tal como defendió Humboldt (1769-1859) en el comienzo del siglo XIX (Holl 2005/2006:127-38). Teorías y conceptos que sirvieron para elaborar un conjunto ideológico que formará las imágenes de América (Raminelli 1996:49-51 y 59), las cuales los Ibéricos tendrán en cuenta mientras explotan el Nuevo Mundo.

En oposición a la idea del "buen salvaje" se erigió en el siglo XVIII una teoría que pretendía ser científica, empezando por defender la superioridad geológica del Viejo Continente frente al Nuevo, y que fue puesta en marcha en obras como la del Conde Georges-Louis Leclerc Buffon (1707-1788). Este erudito formado en un colegio jesuita, publicó en 1749 *Histoire naturelle, générale et particulière*, además de *Histoire naturelle de l'homme*. Su teoría atribuyó la separación física entre los dos continentes a catástrofes naturales antiguas (Baumer 1985:153-4, 195-6 y 201-4). El resultado, según él, fue una naturaleza americana inferior a la europea, debido al clima húmedo y caluroso que impedía el pleno desarrollo de sus animales y plantas. Más tarde, el holandés Cornelius de Pauw (1739-1799), en *Recherches sur philosophiques Américains*, de 1768-69, extendió la diferencia al aspecto cultural y a la superioridad física del hombre europeo frente al que era considerado bárbaro americano. Para De Pauw, que jamás estuvo en el Nuevo Mundo, el comportamiento considerado corrupto del autóctono era la prueba de su inmadurez y salvajismo (Raminelli 1996:32-3), conclusiones que, evidentemente, sacó de los relatos de los cronistas.

Y esto también ayudó a fortalecer la teoría de la presencia de antiguos navegantes en el nuevo continente antes de los Ibéricos. Para los intelectuales que compartían las propuestas de decadencia física de la naturaleza americana y la ruina moral de sus habitantes, las informaciones contenidas en las crónicas de los

viajeros acerca de extraordinarios monumentos encontrados en el Nuevo Mundo, tales como las pirámides, jamás podrían corresponder a la “ingenua” realidad indígena. Además, por estar considerado dicho continente de reciente formación geológica, la población precolombina no habría conocido la urbanización (Gerbi 1982:61 y 179), al ser la antigüedad una de las características de las primitivas civilizaciones.

El pensamiento de la Ilustración puso en marcha varias expediciones por la amplia tierra americana. Una de ellas fue llevada a cabo en la selva amazónica a partir de 1736, por el matemático francés La Condamine (1701-1774) (Souza 1991:54), subvencionada por el rey Luis XV (1710-1774), la cual involucraba investigaciones en botánica y geología. Oficialmente tenía como uno de sus objetivos comprobar la forma exacta de la tierra en esta latitud. El explorador recorrió el Perú, la Guyana Francesa y navegó por el río Amazonas en área brasileña también. Pero para uno de los autores de la *Coleção Brasileira* (Costa A. 1938:19), el propósito principal de la expedición era averiguar los límites territoriales establecidos en el Tratado de Utrecht, de 1713, entre Francia y Brasil. En cualquier caso, el relato del viaje publicado en 1745, dio a conocer en Europa a unos nativos glotones, embusteros, caníbales, perezosos e inocentes. De esta forma, contribuyeron a confirmar las teorías de la Ilustración de Raynal, Voltaire, De Pauw y Buffon, quienes intentaron explicar las diferencias entre las poblaciones humanas (Vainfas 2000a:114) dando por hecho la inferioridad del hombre americano.

De modo que estos presupuestos hicieron que durante el siglo XVIII se excluyera socialmente a estos nativos, con base en un posible ambiente desfavorable y en aspectos culturales considerados decadentes. El europeo fue alzado a la cima de la sociedad humana, mientras el indio y el negro fueron considerados seres inferiores en una escala civilizada. Para una corriente de intelectuales, el poblamiento del Nuevo Mundo debería explicarse por la presencia de antiguos navegantes de dicho mundo civilizado, y por la degeneración moral de los americanos, atribuida a los efectos del tiempo en un ambiente físico decadente.

Estudios lingüísticos

El siglo XVIII parece ampliar un tipo de arqueología de fuerte padrón lingüístico (Trigger 2006:110-4). El trabajo del inglés William Jones (1746-1794), por ejemplo, estableció coincidencias entre el idioma sánscrito, el griego y el latín, y enseñó a otros investigadores las similitudes estructurales entre las lenguas vivas y las muertas. Esto favorecerá de cara al futuro las comparaciones entre símbolos y señales encontrados en inscripciones rupestres del territorio americano y el alfabeto fenicio.

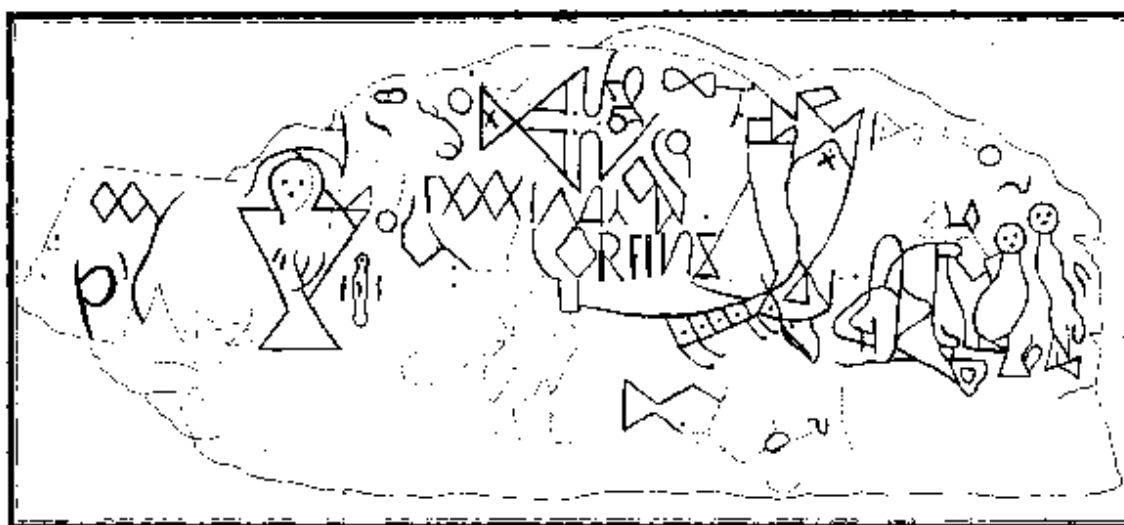
En este sentido, se desarrolló la investigación del germánico Karl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868) y su compañero Johann Baptist von Spix (1781-1826), en un viaje que realizaron por el interior del entonces Reino de Brasil, entre 1817 y 1820. A raíz de esa expedición, Martius escribió dos obras importantes después de volver a Múnich. La primera fue *O estado do direito entre os autóctones do Brasil*, en 1832, a la que siguió su propuesta teórica *Como se deve escrever a história do Brasil*, de 1843 (Lisboa 1997:201-9 y 165). Aunque defendió la integración entre las poblaciones, india, negra y portuguesa, creyó, también, en una Antigüedad “civilizada” del indígena. Su análisis, publicado también en la *Revista de História e Geografia do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, (RIHGB 1973:381-403), apuntó a que los vestigios arqueológicos descubiertos en el territorio nacional tenían la capacidad de “hablar” sobre su pasado. El objetivo era descifrar la presunta epigrafía de sus inscripciones rupestres al compararlas con lenguas antiguas y así poder entender los movimientos migratorios de los pueblos antiguos. Un método ya utilizado entre los eruditos germanos (Malina & Vašíček 1990:35) en el comienzo del siglo XIX.

Había entre los europeos de mitad del siglo XVIII un gran interés por lo que se consideraba antiguo, como lo demostraron las inquietudes provocadas por el resultado de las excavaciones de Pompeya y Herculano (Trigger 2006) y los conocimientos que desencadenaron. Inquietudes que por las circunstancias históricas de la colonia brasileña, probablemente llegaron al territorio y se difundieron entre su elite acomodada. De hecho, era común que los hijos de esa clase social cursaran sus estudios superiores en universidades europeas, y que a

su regreso trajeran los conceptos culturales que pueden ser considerados de característica etnocentrista.

Evidentemente, hemos de considerar, también, el conocimiento bíblico que representaba una fuerza dogmática. En la colonia lusa la Enseñanza Básica era monopolio de la iglesia católica (Hoornaert 1994) y así, no es difícil imaginar que el hallazgo de una pintura rupestre con caracteres considerados misteriosos, y producido en el sur del Estado de Minas Gerais, haya sido interpretada, por ejemplo, por los jesuitas, alrededor de 1730, como señal de la presencia del propio apóstol São Tomé (Matos 1938:264) en la misma región. Los propios religiosos trataron de esparcir esa teoría entre la población.

Las cuestiones sobre visitantes considerados civilizados no solo se discutía en suelo sudamericano. El continente vivía un momento de descubrimientos. En América del Norte, por ejemplo, la inscripción rupestre Dighton Writing Rock, localizada en el actual Estado de Massachussets, fue atribuida a un antiguo pueblo civilizado que habría visitado el área. La piedra era conocida desde 1680, a través del boletín que la publicó llamado *Philosophical Transactions Society* (Trigger 2006:161-5). La noticia decía que se trataba de una estela perteneciente a navegantes fenicios, tal y como la retrataría casi 200 años después el arqueólogo francés Gravier (1968:166-92), durante el primer Congreso de Americanistas, realizado en Francia en 1875.



INSCRIPTION DU DIGHTON WRITING ROCK
copier un dessin publié par C. RAFFN

Congrès international des Américanistes, T. I, p. 118.

Figura 18: Inscripción rupestre Dighton Writing Rock, (publicada inicialmente por el danés Charles Rafn). Anexo entre las páginas 168 y 169 del artículo *Amérique Phéniciénne*, de Gabriel Gravier, En *CONGRÉS INTERNATIONAL DE AMÉRICANISTES* (Nancy, 1875). *Compte-Rendu de la Première Session*. Liechtenstein: Kraus Reprint, 1968. p. 166-192.

Al principio estos dibujos y señales recibieron varias interpretaciones, hasta que en 1781 el francés Antoine Court de Gébelin (1725-1784) publicó su obra *Monde primitif* (VIII, 500-509), atribuyendo a dicha inscripción un origen fenicio (Gaffarel 1968:128; Matos 1938:285; Matos 1941:22-3). Dos años después, el religioso norteamericano y profesor de hebreo Isaac Ezra Stiles (1727-1795), rector de la Yale University, en Connecticut, confirmó la autenticidad de dichos caracteres semitas y asignó la piedra a una inmigración cartaginense y a su influencia sobre los indígenas de la región (Fargan 1984:99-124). Aunque esta hipótesis fue posteriormente abandonada por falta de pruebas, una parte de la comunidad intelectual brasileña del siglo XIX la dio por cierta, y la empleó como premisa de sus propias hipótesis. Tal como ocurrió en 1873 cuando periódicos brasileños divulgaron el presunto descubrimiento de la Inscripción de Paraíba, mencionado a la prensa a través de una carta enviada por el arqueólogo brasileño que la tradujo,

y quien en aquel momento refirió a las tablas comparativas que contenían las letras de lenguas antiguas, presentes en la misma obra *Mond primitif* de Antoine Court de Gébelin (1725-1784), como importante fuente a fin de justificar la supuesta presencia fenicia en Brasil.

La cuestión del origen del hombre americano siguió centrándose en torno a la navegación transatlántica y al descubrimiento de vestigios materiales que la comprobaran, con especial énfasis en la interpretación de los símbolos y dibujos encontrados en una infinidad de inscripciones rupestres esparcidas por la vasta geografía americana. Tocaba, pues, a los eruditos encontrarlas, ya que esta teoría se daba por verdadera. Para ello, lo primero era explorar la inmensidad de las selvas en busca de estelas y, también, de restos de Ciudades Olvidadas o Abandonadas, posiblemente ricas en oro y piedras preciosas. Esto implicará a la larga, la realización de expediciones exploratorias que se adentran cada vez más en el espacio colonial, hasta llegar a los más remotos rincones del territorio, provocando finalmente el conocimiento práctico de las áreas más lejanas con consecuencias económicas positivas para los propósitos gubernamentales. Cosa que ocurrió en varios periodos de la historia de Brasil.

Algunos contenidos ideológicos de un nuevo país

La expulsión de los jesuitas de la colonia lusa promovida por la Corte portuguesa en torno a 1750 (Prado Júnior 1965:86-8), en el momento de auge de su producción de oro y diamantes, coincidió también con tratados sobre las fronteras coloniales americanas entre las monarquías ibéricas. En lugar de la referida obra misionera, la realeza de la metrópolis lusa decidió fomentar proyectos económicos que a su vez caracterizaban el entonces sistema Mercantilista. Teniendo en cuenta que hasta mediados del siglo XVIII la colonia lusa abrigaba una población de mayoría india, negra y mestiza, el idioma portugués aun era hablado por una minoría. Fue un periodo en el que apenas hubo noticias de referencias de autores nacionales a fenicios en Brasil.

Fue durante el siglo XIX cuando la teoría fenicia alcanzó su apogeo, sobre todo después de hacerse Brasil políticamente independiente de Portugal en 1822.

A partir de ese momento se hicieron gestiones por parte de las autoridades para equiparar culturalmente la joven nación con las monarquías europeas. Por eso, según Corrêa (1920:89-97), las alusiones a la supuesta civilización Atlántida relacionada con Brasil fue un tema recurrente en la historiografía nacional. De hecho, algunas obras de la Coleção Brasileira, publicadas entre las décadas de 1930 y 1940, plasmaron esa idea en sus textos. Algunos de estos autores recurrieron a los textos clásicos sobre la isla Atlántida, según los cuales algunos navegantes cartaginenses habrían contemplado los restos de su inmenso naufragio, en medio de algas flotando sobre el océano, tal como indicaría el texto *De Mirabilibus Auscultationibus*, atribuido a Aristóteles (384-321 a.C.). En el relato de un periplo atribuido al Pseudo-Escílax de Carianda (IV a.C.), los marinos también se encontraron con espesas algas impidiendo el curso del barco, conforme indicó Gaffarel (1968:105-6) y también Barroso (1941:25). Según eso, habrían sido los cartaginenses partiendo de Cádiz, y no los fenicios del Levante asiático, los que supuestamente encontraron, donde antes existía la Atlántida, un mar de sargazos impidiendo el progreso de sus embarcaciones, y provocando el miedo al abismo y el inmediato retorno de los marinos a Cartago.

Esta idea había sido defendida, también, por el francés Paul Gaffarel (1843-1920), en su artículo de 1875, *Phéniciens en Amérique*, que constituye un resumen de prácticamente todas las bibliografías hasta entonces mencionadas en torno a la posibilidad del arribo de antiguos marinos semitas en América, y particularmente en Brasil. Este autor concibió el Nuevo Mundo como la propia Atlántida, basándose en las innumerables inscripciones rupestres encontradas en la región noreste y en las orillas del río Amazonas, como pruebas de una lengua jeroglífica universal, debido a que muchas palabras de la toponimia indígena fueron consideradas bastantes similares a las palabras hebreas originales, y que a su vez se creía que se hallaban presentes en algunos textos de las Sagradas Escrituras. Gaffarel trajo a colación no solo el Periplo de Neco II y las menciones de autores clásicos, tales como Avieno, Estrabón, Plinio, Herodoto, Aristóteles, Diodoro y Polibio, sino también autores modernos y contemporáneos, a fin de corroborar su convicción en el poblamiento fenicio de Brasil. Según él, la trayectoria marítima fenicia se dio a través de las islas

atlánticas de Azores, Canarias y Madeira, como puntos de recalada de las flotas hacía el continente americano. Basaba su teoría en dos vestigios materiales (1968:93-130): El primero sería la supuesta estatua existente en la isla del Corvo, la más occidental del archipiélago de Azores, cuya mano derecha tendía hacía oeste, es decir, al continente americano, como ya relatamos. La otra prueba arqueológica sería la Inscripción de Bat Creek (Gordon 1972:175-87), encontrada en el territorio norteamericano en 1823, cuyas letras y símbolos eran atribuidos al idioma fenicio.

Sin embargo, el supuesto hallazgo producido en 1749 en la isla del Corvo, la más occidental de las islas atlánticas a 750-970 millas de la costa portuguesa, y ya mencionado en la 1ª Parte, no ha servido a los propósitos de los autores de los siglos XIX y XX que creían en la hipótesis fenicia, ya que probablemente lo desconocían. No encontramos referencia a este episodio entre estos autores. Por otra parte, el tesorillo formado por nueve monedas y clasificado dudosamente como de origen púnico y perteneciente al siglo III a.C., además de unos pocos restos cerámicos (Monod 1973:548-50; Isserlin 1984:31-46; Alfaro Asins 1993:9-46; López Pardo 2008:63; Medas 2008a:153 y 2008b; Guerrero Ayuso 2008:70 y 76), parece no haber tenido importancia en este momento. También, como ya se ha dicho, en la actualidad poca importancia reciben de los autores estos hallazgos, quizás debido a que prospecciones arqueológicas posteriores no han podido contextualizar estas monedas y restos cerámicos en un ambiente fenicio-púnico.

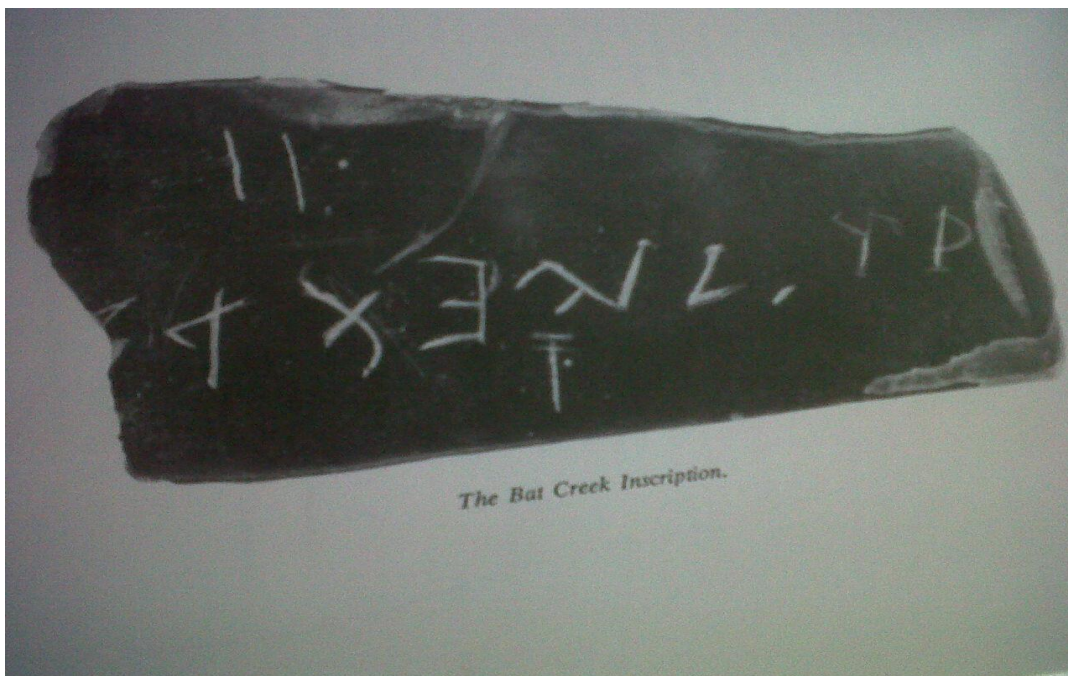


Figura 19: Inscripción de Bat Creek, encontrada por John Haywood, en Tennessee, EUA, y registrado en *Natural and Aboriginal History of Tennessee*, de 1823, por George Wilson, como perteneciente a los fenicios (Gordon 1972:183).

Para dos de los autores de la Coleção Brasiliana: Barroso (1931 y 1939:213) y Sampaio (1974), y probablemente basados también en relatos como los de Apolodoro (II, 1, 4; III, 1, 1) y Pausanias (V, 25, 12), la corriente intelectual entre finales del siglo XIX y principios del XX, y que creía en la referida teoría fenicia, contaba con tres fuentes para explicarla:

- 1) Leyendas o relatos referidos a tierras desconocidas, narrados en algunos textos clásicos como el Periplo de Neco II, o el de Platón que se refería a la Atlántida, además de algunos textos medievales;
- 2) Referencias en Libros del Antiguo Testamento y,
- 3) La interpretación que cronistas, exploradores y Viajeros Naturalistas dieron a los símbolos, señales y garabatos de presuntas letras encontrados en el territorio americano desde época colonial. Además de relatos y crónicas sobre el hallazgo de ruinas y monumentos de Ciudades Olvidadas o Abandonadas.

A través de una de estas tres presuntas fuentes arriba mencionadas, se intentó una vez más explicar el origen del propio nombre de Brasil. Se trata de un término que aparece en textos históricos y en mapas anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, y que hace referencia a la existencia de una isla oceánica de clima apacible, llamada *Braçill*, situada más allá de las Columnas de Heracles/Hércules, tal como ya mencionamos. Un nombre cuyo significado en el idioma celta sería tierra feliz y bendecida por Dios y que en este contexto podría, según Barroso (1941:24), simbolizar la idea del paraíso relacionado con la misma Atlántida. Sin embargo, el descubrimiento del nuevo continente no desembocó en el encuentro del Paraíso Terrenal, ni de la Atlántida de Platón, ni tampoco de cualquier ciudad civilizada. Lo que llevará a los exploradores y aventureros a seguir buscando por todos los rincones del continente americano las Ciudades Olvidadas o Abandonadas. Un lugar que, además, atesoraría enormes riquezas.

En este sentido los contenidos de *Lamentações Brasileiras*, del cura y viajero brasileño Francisco Teles Corrêa de Menezes (1745-1845), registrados entre 1799 y 1806, son posiblemente una prueba de la permanencia de esa ideología en el medio religioso y erudito nacional. La obra fue fruto de su recorrido en un área del interior de la región noreste, incluida la margen izquierda del río São Francisco. Posteriormente, los Viajeros Naturalistas visitarán las orillas de este río en busca de vestigios presuntamente fenicios. El religioso registró el hallazgo de 274 sitios arqueológicos, incluyendo figuras esculpidas o dibujadas en forma de cruz, navíos, santos, animales, letras latinas o incomprensibles, frases enigmáticas en el idioma portugués, huellas de manos humanas, aguja de brújula, hombre con lanza, rey coronado, estrella de David y supuestas indicaciones de tesoros enterrados, según la creencia popular de entonces, por los invasores holandeses entre 1624 y 1654 (Matos 1938:242). Sus relatos fueron enviados al rey portugués João VI (1767-1826), que al huir de las tropas de Napoleón Bonaparte en Portugal, trasladó su Corte y a miles de funcionarios, comerciantes y nobles portugueses a la colonia brasileña, desde donde administró a partir de la ciudad de Rio de Janeiro, la propia metrópolis portuguesa entre 1808 y 1821.

Fue esa Corte instalada de repente en un Brasil de rango colonial, la que ayudó a desencadenar una especie de movimiento civilizatorio en la propia colonia brasileña (Lisboa 1997:29-34). El objetivo era acercarse a un ambiente cultural próximo a de la ciudad de Lisboa, es decir, a los valores europeos de la época. Y, a la vez, intentar justificar la presencia de la propia realeza portuguesa en un territorio hasta entonces considerado bárbaro por parte de los europeos.

Al analizar muchos años después el relato del religioso Menezes (1745-1845), producido a comienzos del siglo XIX, el magistrado, político y socio del IHGB - Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro -, Tristão de Alencar Araripe (1821-1908), concluyó a finales del mismo siglo, que dicho religioso solamente buscaba tesoros enterrados por los holandeses, y que sus registros eran bastantes similares a los que algunos arqueólogos habían estado encontrando a partir de la década de 1870, en los ornamentos y pinturas de vasos cerámicos y enseres desenterrados en el Sitio do Pacoval, en la isla oceánica de Marajó, situada en la desembocadura del río Amazonas, región norte (RIHGB 1887:213-94). El origen de estos objetos fue atribuido, en aquel momento, a los fenicios, griegos y vikingos, entre otros pueblos antiguos.

Nos referiremos otra vez a la expedición del Viajero Naturalista Humboldt (1769-1859) quien visitó parte de México, Cuba, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y alguna ciudad de Estados Unidos, entre 1799 y 1804, para revelar que tuvo él prohibido su paso por la colonia brasileña. Una de las probables razones para que la realeza lusa decretara este impedimento, era porque el germánico había defendido la teoría del religioso español José Acosta (1539-1600) sobre el poblamiento del Nuevo Mundo a través de la emigración de pueblos asiáticos por el Estrecho de Bering en tiempos remotos (Souza 1991:55). Una idea considerada peligrosa para los intereses portugueses en la región. Según el autor de la Coleção Brasiliana, Angyone Costa (1938:19), la prohibición se debía a que dicho intelectual germánico “[...] a pretexto de fazer observações geográficas queria tentar por meio de novas ideias e capciosos princípios”, los ánimos de los brasileños, “sendo essas viagens sumamente prejudiciais aos interesses da Coroa”, (Costa A. 1938:19). Así, el objetivo portugués debía ser evitar que se echara más leña al fuego de los

disturbios coloniales y revueltas internas acaecidas en este período. Hay que recordar que se estaba viviendo una etapa en la cual los sentimientos nacionalistas y de libertad de los pueblos latinoamericanos estaban transformando las colonias en jóvenes naciones independientes políticamente. La corona portuguesa incluso llegó a ofrecer un premio por la captura del Naturalista en caso de que pisase su territorio colonial americano.

Es casi seguro que para la metrópolis portuguesa, Humboldt (1769-1859) representaba no solo los ideales de libertad, fraternidad e igualdad, sino que sus propuestas teóricas chocaban con los esfuerzos de algunos eruditos Ibéricos que intentaban probar un origen Occidental civilizado de los primeros nativos brasileños a través del Océano Atlántico. Así, es posible concluir también que la corona portuguesa debió juzgar la idea de un origen asiático de los pueblos indígenas como una amenaza, ya que de esta forma los nativos habrían concluido que sus ancestros no solo fueron los primeros dueños de las tierras, sino que los Ibéricos eran, en realidad, invasores que les mantenían a ellos explotados.

En su obra de 1810, Humboldt divulgó el descubrimiento de ruinas de monumentos y de inscripciones rupestres americanas, y atribuyó su construcción a los propios nativos. Humboldt (1769-1859) creyó en la existencia de pueblos indígenas precolombinos avanzados en la cordillera de los Andes. Por lo tanto, no creía en la degeneración moral de los mismos a causa del paso del tiempo. Para él, la propagada barbarie indígena se debió en realidad a la explotación inicial hecha por dinastías Incas sobre su propio pueblo y, a continuación, la que les hicieron los Ibéricos a partir del siglo XV (Gerbi 1982:521-23). Su propuesta para solventar el conflicto social creado, era que se organizara un pacto político y social para resolver el difícil problema de la convivencia entre colonizadores y autóctonos. Y mientras Humboldt pronosticaba esa vía como capaz de erradicar la miseria indígena de su época, puede que la monarquía lusa la rechazara por considerarla un peligro de sublevación en su territorio colonial.

En resumen, nuestra conclusión en este particular aspecto es que dicha prohibición lusa favoreció precisamente a las ideas preconcebidas en torno al poblamiento, en el caso de Brasil, por antiguos semitas, puesto que impidió la

divulgación de otra hipótesis teórica en el escenario erudito nacional. La incipiente arqueología de principios del siglo XIX parece haber tenido como finalidad únicamente atender a los requerimientos del Estado luso (Fowler 1987:229-48; Costa E. 1987:22-6), que consistían en preservar al máximo sus intereses económicos en un espacio colonial explotado en toda regla.

Colonialismo interno

Para entender la relación entre indígenas y colonos europeos a partir de la tercera década del siglo XIX en el caso de Brasil, consideraremos el concepto de Colonialismo Interno, propuesto por Roberto Cardoso de Oliveira (1960; 1968; 1978; 1988; 1996), de acuerdo con las explicaciones de Ferreira (2007:16-7). El término fue empleado para explicar sobre todo la expropiación de las tierras a los nativos por descendientes de la élite Ibérica americana. Comenzó inmediatamente después de la finalización del proceso de independencia de las nuevas naciones latino-americanas, en las dos primeras décadas del referido siglo. En realidad, se trataba de una nueva colonización que sustituyó a la anterior y que no solo preservó y sistematizó la esclavitud africana, sino que amplió la explotación de la mano de obra indígena. Ello fue el resultado de conflictos entre “blancos” y “no blancos”, debido a la enorme dificultad en asimilar las costumbres indígenas por parte de la élite social que pasó a liderar estos nuevos Estados americanos.

Aquí la arqueología colonial jugó un importante papel al pretender desvelar la remota y antigua historia del territorio, a partir de artefactos e inscripciones consideradas epigráficas. A diferencia de la conquista militar o económica, el Colonialismo Interno representó el dominio cultural y científico sobre los pueblos indígenas y sus territorios (Williams & Childs 1997). Las representaciones arqueológicas no solo pretendieron mostrar unos nativos cultural y moralmente inferiores al europeo, sino también rescatarlos de su estado considerado salvaje, a través de la actuación de Misiones Civilizadoras. Un conjunto de metas científicas planeadas por las nuevas élites locales y puestas en marcha internamente. El proceso se caracterizó por el establecimiento de clasificaciones lingüísticas, geográficas y técnicas de investigación, con la finalidad de analizar, clasificar,

controlar y decidir el futuro de los pueblos indígenas. Pero su objetivo principal fue legitimar la toma de sus tierras en nombre del progreso y de la evolución occidental. Será en este sentido en el que la teoría fenicia acaparará los ideales de la joven monarquía brasileña, para intentar justificar su pasado glorioso frente a las tradicionales realezas europeas.

Finalmente, las poblaciones indígenas que se posicionaran en contra del considerado proceso hacia el progreso en estos nuevos países, fueron declaradas enemigas y sufrieron consecuencias trágicas al enfrentarse a las normas dictadas por el poder establecido. Una vez que fueron declaradas enemigas, sufrieron legalmente unas masacres calificadas por las élites del Colonialismo Interno como “Guerras justas”. Para entender mejor estas nuevas directrices analizamos en el próximo apartado la situación política y económica previa al ascenso de esta nueva élite nacional.

2.3.2) IMPERIO: UNA ARQUEOLOGÍA DIFERENTE

Viajeros Naturalistas

La decisión del rey João VI (1767-1826) de trasladar su sede desde Lisboa, amenazada por Napoleón Bonaparte, a Rio de Janeiro en 1808, contó con la protección de la armada inglesa para hacer frente a un posible ataque francés durante el trayecto transatlántico. A cambio las industrias inglesas recibieron el permiso luso para establecer relaciones comerciales directamente con la colonia brasileña, bajo tarifas inmejorables respecto al precio de los propios productos portugueses que hasta entonces gozaban del monopolio en el territorio colonial. De esta forma contribuían también a aliviar a los ingleses del bloqueo económico que sufrían de parte de Europa.

Una vez instalada la realeza lusa en Brasil, trató esta de promocionar la creación de una serie de órganos gubernamentales en el espacio colonial, indispensables para el funcionamiento de una corte europea. Políticamente Brasil siguió siendo colonia portuguesa, para luego ser elevado a la condición de Reino Unido, hasta que en 1822 se independizó tras el regreso definitivo de João VI a Portugal. Mientras estuvo aquí, el rey también promovió el mecenazgo e impulsó actividades culturales para atender a una élite de unos quince mil portugueses (Boris Fausto 2012:109) que habían desembarcado de la noche a la mañana en Rio de Janeiro.

En 1817 llegó una Misión Artística Francesa conformada por profesionales de varias áreas del conocimiento. Uno de ellos fue el pintor Jean Baptiste Debret (1768-1848), quién publicaría *Viagem pitoresca e literária ao Brasil*, entre 1834 y 1839. En su obra describió no solo algunas características físicas del clima y vegetación considerados exóticos, sino también inscripciones rupestres encontradas en la Serra da Anastácia, en el interior del actual Estado de Bahia, región noreste, a las que atribuyó, además de un valor artístico, una interpretación

marcadamente Occidental (Langer 2000:62-3), proponiendo que se trataba de dibujos y pinturas dejadas por la presencia de una antigua civilización.

Entre los siglos XVI y XVIII, la mayor parte de los visitantes coloniales habían sido militares, funcionarios reales y aventureros en busca de riqueza fácil, dando como resultado relatos y crónicas que ya hemos analizado de cara al nuestro objeto. Ya a partir de mediados del siglo XVIII la colonia lusa empieza a recibir expediciones con objetivos más bien científicos y culturales, actividad que se intensificó tras la llegada de la Corte portuguesa en 1808. Para algunos historiadores, el ciclo de los Viajeros Naturalistas en la colonia portuguesa parece haber sido inaugurado por la expedición del francés La Condamine (1701-1774) (Souza 1991:54), al recorrer el río Amazonas a partir de 1736, como ya hemos comentado. Otros, sin embargo, proponen como comienzo de este ciclo una expedición Ibérica conjunta en 1750 (Mello-Leitão 1941:69-70), coincidiendo con la decisión de ambas coronas de demarcar sus fronteras coloniales entre el territorio brasileño y el uruguayo.

Según el criterio de varios autores de la Coleção Brasileira, el término Viajeros Naturalistas (Cardoso 1933:40; Mello-Leitão 1934; Vianna 1935; Matos 1939; Mello-Leitão 1941:1-60) se aplica a los exploradores y aventureros que recorrieron el territorio colonial sobre todo durante el siglo XIX y a principios del XX, y que fueron considerados sabios en su tiempo. Solían internarse por meses o años en el territorio nacional considerado todavía virgen a los ojos del hombre europeo. Otros vivieron largo tiempo en ciudades, o en lejanos poblados y aldeas indígenas. A su regreso a Europa publicaban sus experiencias dándoles enfoques positivos y/o negativos.

Entre tantos Viajeros Naturalistas que visitaron Brasil, mencionaremos algunos que han tenido que ver con nuestro cometido, como pueden ser los siguientes: el barón y alemán Wilhelm Ludwig von Eschwege (1777-1855), quien realizó registros arqueológicos entre 1815 y 1817; el mineralogista austríaco Rochus Schuch (1788-1844) que vino a partir de 1817, y registró el hallazgo de ruinas de una antigua Ciudad Olvidada en el interior del actual Estado de Espírito Santo, región sureste, el cual posteriormente fue considerado una simple formación geológica; el botánico francés August Saint-Hilaire (1779-1853) viajó durante seis

años por el interior de varios Estados del actual Brasil, incluyendo el río São Francisco, en la región noreste, e integró, además, un equipo cuya labor fue solventar el conflicto entre Portugal y Francia acerca de los límites de la Guyana francesa en la selva amazónica brasileña. En su posterior publicación el francés relató el encuentro de piedras con dibujos antiguos (Naidallac 2005:470). También vinieron, a partir de la segunda década del siglo XIX, los arqueólogos germánicos Karl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868), Johann Baptist von Spix (1781-1826) y Johannes Natterer (1787-1843), acompañando a una archiduquesa austríaca, futura consorte del príncipe portugués Pedro I (1798-1834), hijo del rey João VI (1767-1826) en ese momento instalado en Brasil. Estos tres últimos científicos recorrieron más de diez mil kilómetros en los actuales Estados de São Paulo y Minas Gerais (región sureste), Bahía (región noreste) - donde investigaron el arte rupestre - y parte del Amazonas (región norte), entre 1817 y 1820 (Lisboa 1997:21-3). Al regresar a su tierra publicaron, entre 1823 y 1831, tres volúmenes titulados *Reise in Brasilien*, que fueron traducidos al idioma portugués en 1838. A partir de esa expedición, particularmente el pensamiento de Martius ejerció una enorme influencia sobre la teoría de los fenicios en Brasil aunque esta tal vez no haya sido su intención en un principio.

Otro visitante de la única monarquía sudamericana fue el paleontólogo danés Peter Wilhelm Lund (1801-1880), quién llegó a Minas Gerais en 1825 en busca de un clima propicio para su salud debilitada, y acabó desenterrando los primeros fósiles humanos brasileños junto a restos de mamíferos ya extinguidos (RIHGB 1973:326-34). También la expedición compuesta por Charles Darwin estuvo aquí durante algunos meses de 1832, mientras realizaba un viaje alrededor del globo. En 1840 vinieron los militares nórdicos Suenson y, Schultz, y también el botánico Kruger, quienes creían en la América fenicia (Bessmertny 1935:34) y en la existencia de una Ciudad Olvidada en el interior de Bahía. Anteriormente, la expedición del inglés François Louis Nomparr Caumant La Porte (1810-1880), aunque por encargo de Francia, descubrió en 1843 estatuillas supuestamente fenicias en la región amazónica, pero que después tampoco se confirmaron como realmente fenicias. Su paisano, el biólogo Alfred Russel Wallace (1823-1913),

exploró el río Amazonas entre 1848 y 1852, colectando piezas y fragmentos que fueron enviados a Inglaterra. Otro inglés, el militar Richard Francis Burton (1821-1890), recorrió el interior del territorio en torno a 1867, incluyendo las orillas del río São Francisco, donde afirmó haber encontrado indicios de una antigua Ciudad Olvidada. El francés Jules Nicolas Crevaix (1847-1882) publicó *Voyage dans l'Amérique du Sud*, en 1883, fruto de sus viajes en varios momentos entre 1873 y 1879 a lo largo del área que supuso representar los límites naturales de la selva amazónica entre Brasil y la Guyana francesa. Más tarde vinieron los antropólogos alemanes Karl von den Steinen (1855-1929) - para investigar el origen de los habitantes de las regiones centrales del continente Sudamericano - y Paul Ehrenreich (1855-1914), quien se dedicó a estudiar los mitos entre los indios brasileños partiendo de la hipótesis de una supuesta relación con antiguos hebreos.

Muchos de los Viajeros Naturalistas se llevaron a sus países grandes cantidades de materiales recogidos. El francés Alcide Charles d'Orbigny (1802-1857) exploró sierras del interior y envió a su país más de diez mil piezas entre ellas algunas consideradas arqueológicas. Posteriormente escribió una obra titulada *La Relation du Voyage dans l'Amérique Meridionale*. También el mineralogista ruso Georg Heinrich von Langsdorff (1774-1852) comandó una expedición científica que llegó a enviar a Moscú enormes cantidades de cajas de minerales. Cosa que también hizo el alemán Friedrich Sellow (1789-1831) cuando envió al Museo de Historia Natural de Berlín dos mil muestras de diferentes tipos de piedras, después de recorrer los actuales Estados de Minas Gerais y Rio Grande do Sul. Otro visitante fue el geólogo norteamericano Orville Adalbert Derby (1851-1915), quien investigó técnicas de la producción material de las tribus Marajoaras (isla de Marajó, desembocadura del río Amazonas) y también organizó colecciones de minerales para el Museo Nacional de Brasil. El arqueólogo canadiense Charles Fredrick Hartt (1840-1878), actuó como director de la Comisión Geológica del Imperio brasileño, y envió a la Universidad de Cornell varios minerales y fósiles. Estos son algunos de los exploradores del territorio, entre muchos otros (Freitas 2002).



Figura 20: Modelos de pots cerámicos de los marajoaras, región norte de Brasil, cerca de la amazonia. Fuente: https://www.google.es/?gws_rd=ssl#q=fotos+cer%C3%A2mica+marajoara. Accedido el 05/09/2015.



Figura 21: Pote cerámico antiguo de los marajoaras, recuperado en la isla de Marajó, región norte de Brasil. Tipo similar puede ser visto en el Museo de América, Madrid. Fuente: https://www.google.es/?gws_rd=ssl#q=fotos+cer%C3%A2mica+marajoara. Accedido el 05/09/2015.

Las obras de los Viajeros Naturalistas no solo sirvieron para provecho de ellos mismos o para las naciones que posiblemente representaron, sino que benefició también a la monarquía brasileña (1822-1889), ya que sus investigaciones suministraron importantes registros acerca de las dimensiones del territorio nacional, del establecimiento de sus fronteras con los demás países sudamericanos, del hallazgo de potenciales riquezas naturales (Soares 1975; Bittencourt 1997:101) y, por supuesto, descripciones científicas de la fauna, flora, y geografía del país. Sin embargo, no se puede negar que la continua transferencia

de materiales considerados arqueológicos para diferentes colecciones particulares y museos extranjeros (Matos 1938:147) claramente perjudicó algunas investigaciones nacionales que nunca se pudieron llevar a cabo. Los museos del siglo XVIII y XIX estaban considerados elementos del control científico ejercido sobre un territorio, tal y como certifican las colecciones sudamericanas de esa época presentes en los actuales Museos europeos de gran envergadura. En el ámbito brasileño, el Museo Nacional, según las obras de referencia que utilizamos en nuestro trabajo, representó, principalmente entre 1840 y 1889, un importante símbolo del régimen imperial (Calogeras 1938:5-6), es decir, fue uno de los pilares de sus proyectos sociales y culturales.

Por otro lado, una parte de la población brasileña creía que el objetivo secreto de los Viajeros Naturalistas era encontrar oro y piedras preciosas, como afirmó una vez el propio explorador danés Lund (1801-1880). Y pese a que, en muchos casos, el interés era primordialmente arqueológico, dicha creencia popular no era irracional, ya que, para la realización de estos proyectos expedicionarios se requería buena cantidad de dinero. Además, en el caso del danés citado, el interior del Estado de Minas Gerais en donde él llevó a cabo sus investigaciones durante décadas, era rico en minas de oro, diamantes y piedras de gran valor comercial.

Finalmente, algunos Viajeros Naturalistas divulgaron mundialmente sus hipótesis a cerca de la presencia de navegantes antiguos en América, y particularmente los fenicios en el caso de Brasil. Lo hicieron con base en un elevado número de interpretaciones sistemáticas de inscripciones rupestres, en el análisis de la producción material, de las costumbres y de las lenguas de los nativos. Recursos que fueron largamente utilizados por el Colonialismo Interno que mencionamos anteriormente. Si bien es cierto que algunos historiadores nacionales del siglo XX, como por ejemplo Prado Júnior (1965), se han valido de los relatos de los Viajeros Naturalistas para escribir obras clásicas de la Historia de Brasil, sin embargo todavía existen, según Langer (2000:156), manuscritos inéditos sobre este país, producidos por Viajeros Naturalistas, y archivados en bibliotecas de otros países, como por ejemplo la de Dinamarca.

Monogenismo versus Poligenismo

Entre los religiosos y eruditos de los siglos XVII y XIX hubo además un debate ideológico en torno a dos explicaciones opuestas a cerca del origen humano. Por un lado, el Monogenismo (Monofiletismo) propugnaba el origen primitivo único de toda la especie humana, mientras que el Poligenismo, por el contrario, defendía la doctrina arqueológica según la cual las razas de hombres tenían distintos orígenes. La primera hipótesis mencionada, también conocida como Creacionismo, suponía el comienzo de la humanidad a partir de Adán y Eva, mientras que la segunda, defendía creaciones humanas simultáneas, originadas en fuentes biológicas distintas las unas de las otras, y en diferentes regiones de la tierra, según la voluntad divina.

En la práctica, los que defendían el Poligenismo jerarquizaron las “razas humanas” al anunciar que el hombre creado en las templadas regiones de Europa eran moralmente superiores al que Dios había creado en las áreas cálidas y húmedas de África y de América del Sur. Y si el Monogenismo era bíblico y generalmente defendido por eruditos europeos, el Poligenismo se desarrolló y cobró importancia debido, sobre todo, a los pensadores americanos (Gould 2007:63, 71-110, 118-25 y 140-4), preocupados, en el fondo, en mantener una jerarquía social y humana que les privilegiaba económicamente en el ambiente esclavista del Nuevo Mundo.

El biólogo suizo Jean Louis Agassiz (1807-1873), emigrado a Estados Unidos, fue Poligenista, y publicó en 1850 algunos detalles sobre dicha teoría, en la cual incluso se posicionó en contra de la mezcla racial entre blancos y negros, porque consideraba a estos últimos inferiores. El científico estuvo también en Brasil entre 1865 y 1866, y posteriormente, 1872, publicó una obra titulada *Voyage au Brésil*. Otro investigador, el norteamericano Samuel George Morton (1799-1851), intentó probar científicamente la inferioridad de indios y negros frente a la superioridad de los hombres de piel blanca, teniendo en cuenta el tamaño del cerebro a partir de las dimensiones comparadas entre cráneos humanos. La ideología biológicamente determinista consideraba que los factores socioculturales no interferían en el proceso genético. De esta forma se pretendía justificar no solo

la desigualdad sexual entre hombre y mujer en favor del primero, sino también la explotación colonial y la esclavitud de los pueblos no europeos. Sin embargo, la hipótesis Monogenista, más bien “europea”, sugirió las migraciones transoceánicas antiguas desde el Mediterráneo al Nuevo Mundo y por supuesto la creación divina de acuerdo con el relato bíblico.

La teoría de Martius para el Brasil

El germánico Martius (1794-1868) fue uno de los primeros Viajeros Naturalistas en proponer el estudio del origen de los nativos brasileños bajo una investigación sistemática. Su obra arqueológica y etnográfica sobre el Reino Unido de Brasil (Vanzolini 1996:79-121) registró no solo las inscripciones rupestres del interior de Bahía, sino que recolectó más de 6.500 variedades botánicas. También apuntó la presencia de sitios arqueológicos en la región amazónica, y reunió aproximadamente 700 piezas (Lisboa 1997:69). Además, la comitiva hizo anotaciones etnográficas y compiló lenguas indígenas. Estos materiales y registros fueron llevados en el regreso del equipo a Europa, y destinados a la Real Academia de Ciencias de Múnich que le había financiado su investigación, conforme petición del rey José I (1756-1825) de Baviera.

Martius (1794-1868) centró sus investigaciones particularmente en el indio brasileño, y no solo en el origen de uno de sus troncos lingüísticos, el Tupi, hablado en buena parte del litoral de la colonia lusa, sino también en su organización social y en la producción material. Al sostener en su obra de 1831, *Viagem ao Brasil*, la degeneración moral y material de sus habitantes, corroboró las ideas de los autores del siglo XVIII, quienes habían atribuido dicha decadencia a las catástrofes naturales. Proclamó también la incapacidad nativa para producir las esculturas, las inscripciones rupestres formadas por complejos signos y símbolos y las pirámides encontradas en América Central. En el caso de Brasil, las pinturas rupestres observadas en la Pedra da Anastácia, y registradas anteriormente por el pintor francés Debret (1768-1848), fueron comparadas con la escritura fenicia y relacionadas a la vez con la desaparición de la Atlántida (Lisboa 1997:164-7). Su objetivo era elaborar significados “civilizados” para los símbolos y dibujos

encontrados y que aun permanecían como enigmas (ibídem: 201-9) para los estudiosos. Y en su búsqueda esperaba encontrar arquitectura antigua en el interior aun inexplorado del territorio brasileño.

Al igual que Humboldt (1769-1859), Martius (1794-1868) defendió el Monogenismo, aunque entre ambos hubo discordancias teóricas. Para el primero, las razones de la decadencia de los pueblos indígenas fue la explotación de parte de sus propios soberanos y luego la colonización Ibérica, mientras que para el segundo, habría sido el resultado de las catástrofes naturales. Si para Humboldt los indios americanos eran los verdaderos constructores de las ruinas encontradas en el Nuevo Mundo, para Martius los artífices habrían sido los antiguos inmigrantes considerados civilizados. Por su parte, la joven Monarquía brasileña acabó por adoptar la propuesta de Martius, una idea más aceptable a la luz de los valores europeos de la época, y cuya hipótesis era confirmar la existencia de “altas culturas no Brasil, em tempos pretéritos, das quais descenderiam, por involução, as populações indígenas contemporâneas” (Souza 1991:57). En este sentido, una parte de los intelectuales brasileños se habían puesto de acuerdo, y se sentían también “envergonhados das suas origens indígenas” (ibídem: 76), ya que los nativos eran considerados bárbaros por no haber producido una escritura conocida y por tener unas costumbres consideradas salvajes.

La tesis de Martius (1794-1868) incluso había ganado un concurso promocionado por el IHGB – Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, en 1845, al proponer un método de investigación del pasado antiguo de sus habitantes con la premisa de que el territorio nacional abrigaría ruinas de monumentos tales como las arquitecturas Azteca, Maya o Inca, al parecer intentando relacionar estos pueblos con los navegantes fenicios, según Keen (1984:229 y 349-51). Así, y para localizar las supuestas edificaciones, sería necesario descifrar antes los dialectos nativos.

Sus ideas ejercieron una influencia decisiva sobre el pensamiento arqueológico del país, siendo reproducidas por generaciones de intelectuales preocupados en desvelar la historia antigua de Brasil. Sus investigaciones reflejaron un tipo de arqueología practicada durante el período imperial brasileño denominada “Nobiliárquica”, de acuerdo con un concepto formulado por Ferreira

(2007:2, 27 y 67). Se produjo así un amplio conjunto de acciones coordinadas por los socios del IHGB – Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro - y también por miembros del Museo Nacional, integrado por singulares interpretaciones con base en supuestas antigüedades halladas en el espacio nacional, sobre todo a partir de 1850. El objetivo era tornar grandioso el pasado de Brasil, y para ello la monarquía apoyó financieramente la búsqueda de monumentos y ruinas materiales que pudiese comprobar finalmente la presencia de una antigua Civilización. Recordemos que el desciframiento de la escritura cuneiforme por Rask y Grotefend en 1810, y de los jeroglíficos egipcios por Champollion en 1822, abrió el camino para nuevos campos de estudio. A ello se suma el desvelo de la escritura de los babilonios y asirios por Col. Rawlinson, en 1850. Estos acontecimientos facilitaron en aquellos momentos enormes conocimientos y seguramente influenciaron en generaciones de eruditos.

Sobre este sesgo histórico definido como “Nobiliárquico” por el historiador brasileño Ferreira (2007) para el contexto arqueológico brasileño del siglo XIX, encontramos una similitud de razonamiento en los argumentos del investigador español López Castro (2008:273) al analizar éste una discusión del paradigma vigente entre los historiadores españoles del siglo XXI, en torno a la presencia de los primeros contactos fenicios en la Península Ibérica durante el II milenio a.C. Aunque a diferencia de la hipótesis propuesta para el territorio brasileño, los fenicios efectivamente estuvieron en la Península Ibérica. En todo caso, la discusión consiste, para López Castro, entre otros aspectos, en considerar cuáles fueron los grados de influencia y mudanzas producidos en la población autóctona del territorio español antiguo, tomando como base los conceptos propuestos para la existencia de una etapa pre-colonial y otra colonial fenicia, expresada por el autor en estos términos: “Los problemas de conocimiento que ello suscita, a mi juicio deben plantearse en otros términos distintos a los empleados tradicionalmente. Nuestros objetivos científicos deben alejarse de la obsesión intrínseca por albergar en la Península Ibérica unos orígenes civilizados y nobles, haciendo depender los cambios de las influencias exógenas, cuanto más antiguas mejor, o de la obsesión contraria por demostrar unos orígenes y unos desarrollos inmaculadamente

autóctonos”. Guardadas las proporciones, algunos matices son muy parecidos entre la propuesta de Ferreira y la de López Castro. En el Brasil del siglo XIX también hubo intenso debate entre los partidarios de una cultura autóctona frente a los que explicaban todo basados en una cultura importada.

Ahora bien, en nuestra perspectiva, la influencia teórica de Martius (1794-1868) en el medio académico nacional tal vez pueda ser percibida incluso antes de las publicaciones de sus obras en Brasil en la década de 1830. Como ya vimos, él y sus compañeros habían publicado *Reise in Brasilien*, en Europa, a partir de 1823. El mismo año en que el importante político y mineralogista luso-brasileño José Bonifácio de Andrade e Silva (1763-1838), había intervenido ante la joven Asamblea Constituyente monárquica brasileña, tras la declaración de independencia política en el año anterior. En su discurso, el político defendió la posibilidad de que la lengua Tupi hablada por los indígenas en buena parte de la costa atlántica de Brasil fuese oriunda de una antigua civilización transatlántica (Ferreira 2007:15). De modo que esta similitud de propuestas entre ambos en este periodo, nos hace concluir que pudo darse un eventual encuentro anterior de ideas comunes entre Martius y Bonifácio, una vez terminada la expedición del Viajero Naturalista germánico en 1820. Bonifácio (1763-1838) era considerado un orador político de alto prestigio nacional. La historia le confiere el papel de mentor del príncipe Pedro I, quien gobernará como el primer emperador del Brasil independiente, entre 1822 y 1831, tras la marcha de su padre, el rey João VI (1767-1826), a Portugal. Quizás haya sido bajo la influencia del propio consejero Bonifácio que Pedro I (1798-1834) haya importado en 1826, mediante enorme suma de dinero, una Colección de antigüedades griegas y egipcias (Souza 1991:66) para el Palacio Imperial, hecho que revela la importancia de estos valores culturales para el recién creado reino de Brasil.

Es probable que tanto Bonifácio (1763-1838) como Martius (1794-1868) hayan defendido sus tesis a tenor de un ambiente mundial favorecedor del estudio del pueblo fenicio. De hecho, a principios del siglo XIX, se había empezado a hablar en Europa de la Historia de las Religiones, asignándose como particularmente importante la de los fenicios (Ribichini 1988:104). De modo que muchos políticos

brasileños, pertenecientes a la nueva nación americana, al escuchar el referido discurso oficial de uno de sus líderes, deben haber considerado seriamente la referida hipótesis lingüística, que parecía apuntar a unas características comunes entre el Tupi y el hebraico. Por último, debemos subrayar que el prolífico orador era también un mineralogista, y que, sin duda, tenía interés en conocer el potencial económico del territorio que iba a administrar bajo las órdenes del Príncipe heredero. De modo que, las incursiones al interior en busca de señales arqueológicas eran bienvenidas, dado que ya se habían producido anteriormente descubrimientos de minas no solo a nombre de la ciencia investigadora sino también de parte de expediciones en busca de restos de monumentos considerados civilizados.

Estas ideas encauzaron el panorama nacional político y cultural a seguir durante una etapa de la historia del país como podremos comprobar a lo largo de nuestro trabajo. Un primer ejemplo lo tenemos en el mariscal y político Raymundo José da Cunha Mattos (1776-1839), quien abordó el origen de los nativos en su *Dissertação acerca do systema de escrever a historia antiga e moderna do imperio do Brasil*. En su disertación pretendía establecer una relación muy próxima entre varias inscripciones rupestres encontradas en márgenes de algunos ríos de la Amazonia, como por ejemplo en el afluente Izano, y las noticias de algunos Viajeros Naturalistas sobre la existencia de nombres hebreos en tribus indígenas, además de la presunta presencia de escritura y restos de cerámicas fenicias (RIHGB 1863:130 y 133-7). Este militar, portugués de nacimiento, fue uno de los fundadores del IHGB - Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro -, en 1838, en Rio de Janeiro. Otro ejemplo lo constituye la disertación del sacerdote católico Raymundo Ulysses Pennafort (Langer 2000), al intentar confirmar el origen judaico-fenicio del dialecto Tupi, cuyas argumentaciones fueron publicadas en 1900 en la ciudad de Fortaleza, capital del actual Estado del Ceará, región noreste.

Las propuestas de Martius (1794-1868) tampoco eran del todo originales. Desde el siglo XVI, fueron constantes las proposiciones bibliográficas acerca del origen de estos pueblos con alusión a fenicios, sobre todo entre los religiosos, como ya hemos visto. Ideas ancladas en la cronología bíblica, y que tenían en cuenta la

sociedad europea como referente máximo de un proceso constante de evolución humana. Se generaba así un claro contraste entre la evolución europea y la involución representada por la “barbarie” de los pueblos americanos. Por ello, los hallazgos de pirámides y pinturas en Palenque y en otros lugares de América Central, dadas a conocer en todo el mundo por las obras de Frederick Catherwood (1799-1854) - *Incidents of travel in Central America y Chiapas and Yucatán*, de 1841 - y en la de John Lloyd Stephens (1805-1852) - *Incidents of travel in Yucatán* de 1842 - (Fargan 1984:164), o a través de noticias en periódicos europeos de la época, como por ejemplo en el *Illustrated London News*, of June 1, 1867 (Nadaillac 2005:353-5), fueron atribuidas a la influencia o presencia de antiguos navegantes, tales como los bíblicos fenicios. Esta hipótesis ejercería, como ya se ha dicho, una enorme influencia en el imaginario Occidental, y llegó a convertirse, según Fargan (1984:217) y Willey & Sabloff (1980:14-5), en parámetro para el inicio de la práctica arqueológica en América, destinada a dilucidar el origen de los indígenas. Esto, a su vez, quedó patente en obras como las de Gravier (1968) y las de Nadaillac (2005), como veremos en otro apartado.

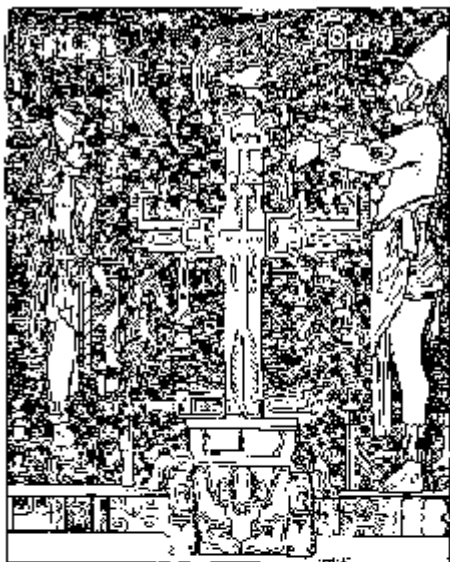


Fig. 22.- Tomb of the boss of Palenque.



Fig. 23.- Moundbuilder mound at Madison, (Ill.).

Figura 22: Arriba: pintura y signos hieroglíficos, en Palenque, México (Gravier 1968:325)

Figura 23: Abajo: enterramiento piramidal indígena del tipo Moundbuilder, EUA (ibídem: 102).

Al intentar subordinar la historia amerindia a las narraciones bíblicas, a través de una Arqueología Bíblica, los arqueólogos y Viajeros Naturalistas pudieron explorar el Nuevo Mundo (Trigger 2006:114-20) como parte del proceso de Colonialismo Interno, el cual, a su vez, estaba insertado en una etapa de Mundialización de la Ciencia conducida por el Imperialismo europeo, sobre todo a partir de la década de 1870. En el fondo, se trataba de un mecanismo utilizado internamente por la élite brasileña para hacerse con las tierras de los autóctonos considerados primitivos. Lo que nos indica la repetición del modelo colonial Ibérico

aplicado inicialmente en el Nuevo Mundo, y sirviéndose también de dogmas religiosos similares. En el caso del Brasil Imperial ese mecanismo se solapó con la búsqueda de ruinas fenicias y tesoros escondidos en Ciudades Olvidadas o Abandonadas, que la técnica arqueológica americana (Costa A. 1938:55) se esforzaba por convertir en realidad.

Finalmente, la metodología de Martius (1794-1868) hizo que cada vez más sus discípulos compararan detalladamente las lenguas antiguas con los dialectos americanos. Lo que suponía no solo descubrir el pasado remoto de estos pueblos (Schmidt 1942:224), sino también aclarar la razón por la cual existían tantos dialectos indígenas. La respuesta podría apuntar hacia la presencia en el Nuevo Mundo de distintos pueblos Occidentales: fenicios, vikingos, griegos y egipcios entre otros, y en diferentes momentos de la historia, como llegaron a proponer varios arqueólogos. Esta línea de investigación propuso clasificar a las tribus entre domables y salvajes, y que diferenció las expresiones: troglodita, salvaje, bárbaro y silvícola como distintos grados de la barbarie. Se llegó también a distinguir entre los que se podían civilizar y los que al impedir el “progreso”, se los debía eliminar de una forma considerada limpia, es decir, a través de las llamadas “guerras justas” (Pinto 1938:131 y 353).

En la década de 1850 el historiador francés Jean-Ferdinand Denis (1798-1890) opinó favorablemente sobre el resultado de las investigaciones paleográficas realizadas en Brasil bajo la dirección del danés Peter Lund (1801-1880). Sin embargo afirmó que ese Viajero Naturalista habría obtenido una verdadera consagración dentro del territorio nacional si hubiese llegado a probar arqueológicamente la visita de los fenicios a Brasil, dado que “esta é a mania de toda a América: ela quer ancestrais ilustres” (Rouanet 1991:173).

Café y galardones

Un análisis superficial del modelo económico brasileño durante parte del siglo XIX puede enseñarnos, también, en qué aspectos se benefició la teoría de los fenicios en el país. Inicialmente el crecimiento externo de las ventas del café

brasileño ayudó a ampliar los poderes políticos de los grandes propietarios de las fincas productoras del producto a partir de la década de 1830. Durante los cuarenta y nueve años (1840-1889) del reinado de Pedro II (1825-1891), hubo gran distribución de títulos nobiliarios como los de barón, vizconde y marques (Schwarcz 2002:102), entre los más ricos exportadores. Fueron agraciados principalmente los ubicados en el fértil Valle del Paraíba, localizado en la frontera entre los actuales Estados de Rio de Janeiro y São Paulo. En realidad se trataba de un tipo de compensación monárquica por las graduales leyes abolicionistas (Costa E. 1987:193 y 320), que hicieron menguar a través de los años la cantidad de mano de obra esclava en el país, y que el imperio se vió obligado a adoptarlas. La partida de impuestos relacionados con la exportación del café llegó a representar alrededor del 70% de las rentas obtenidas por el Imperio brasileño (Schwarcz 2002:415) durante el siglo XIX.

Los títulos nobiliarios también alcanzaron a varios intelectuales del IHGB, comprometidos en elaborar una ideología de carácter civilizatorio del Brasil antiguo, en donde la inmensa población negra quedó prácticamente olvidada. Más de cuatro millones (Boris Fausto 2012) fueron importados desde el continente africano durante aproximadamente 350 años. Brasil fue uno de los últimos países en libertarlos oficialmente, en 1888.

La disminución de la oferta de esclavos africanos en el territorio nacional, ocurrió, en parte, debido a presiones marítimas de los militares ingleses a mediados del siglo XIX, y en un momento en que la demanda internacional del café crecía de forma continuada. Brasil era su mayor productor y exportador. Parece ser que el objetivo de la Burguesía Industrial británica era poder hacer que sus herramientas y productos manufacturados encontrara mercado consumidor entre los demás países del mundo. Para ello, Brasil debía suprimir la mano de obra esclava transformándola en un potencial mercado consumidor de productos industrializados.

Por fin, la escasez de esclavos forzó a los propietarios del Valle del Paraíba a contratar mano de obra asalariada extranjera, y a adquirir tecnología específica con el objetivo de rentabilizar la producción del café, y así poder atender al pujante

mercado consumidor internacional. A finales de la década de 1860, miles de inmigrantes “blancos”, mayormente europeos, empezaron a desembarcar en los principales puertos brasileños (Roquette-Pinto 1941:11; Burton 1941:28-9; Costa E. 1987:161 y 170), para trabajar sobre todo como colonos en las inmensas plantaciones de café. Con ellos vinieron también al país las mejorías técnicas necesarias y nuevas ideas en el campo cultural. Una nación que parecía mostrar a las demás monarquías europeas un Brasil civilizado. Un país con un pasado antiguo de modelo europeo.

La fundación del IHGB y sus varios papeles

Por otra parte, en 1838 la élite intelectual y monárquica brasileña fundó el IHGB – Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro –, en la capital del Imperio: Rio de Janeiro, funcionando en una dependencia del propio Palácio Imperial (Joffily 1973:205). Una entidad cultural y arqueológica cuyos objetivos no solo eran investigar e identificar el pasado del remoto hombre brasileño, sino también implementar las políticas sociales y culturales de su tiempo planeadas por la monarquía. En su primer año el Instituto poseyó alrededor de cuatrocientos miembros – incluyendo algunos religiosos –, muchos de ellos con formación en universidades europeas. El propio emperador Pedro II (1825-1891) sería uno de sus socios, destacando por su interés y puntualidad en las sesiones ordinarias (Kidder & Fletcher 1941:302). Entre las áreas del Instituto destacaba la de contribuir a “formar uma geração de intelectuais e de artistas [...] que passarão a refletir sobre uma nacionalidade brasileira” (Schwarcz 2002:100, 124 y 127), cuestión considerada de suma importancia por el monarca. Por eso, cerca del 75% de los gastos del IHGB fueron costeados por el Imperio, y las investigaciones planeadas y ejecutadas con su aval recibieron financiación. De esa forma vemos cómo parte de la recaudación de los impuestos del comercio del café iban a financiar el IHGB y su ideología.

Correspondió al referido Instituto centralizar y definir las normas para la creación de dicho proyecto de identidad nacional, con el objetivo político de dar un sentido simbólico a la joven nación monárquica. Sus metas iniciales fueron formar

una élite y organizar moralmente la nacionalidad brasileña. Para alcanzar esta última, el propio rey y su Corte incentivaron la búsqueda de Civilizaciones Olvidadas y supuestamente ocultas en el interior de su territorio. Promocionaron incluso el concurso de propuestas en este sentido, ganado por el Viajero Naturalista Von Martius (1794-1868) como hemos visto. Un modelo basado en valores europeos.

El referido proyecto de identidad nacional llevado a cabo por la monarquía actuó también a su favor ante una ola interna de intentos separatistas producida en las décadas de 1830 y 1840. Ya cuando el monarca luso-brasileño Pedro I (1798-1834) abdicó en 1831 en favor de su hijo brasileño, entonces un niño, el reino fue gobernado por juntas provisionales hasta 1840. Año en que Pedro II (1825-1891), aun adolescente, asumió prematuramente la Corona de Brasil. Una estrategia política de la élite que había apoyado la independencia del país y cuya finalidad era impedir las disputas internas regionales en un gran y heterogéneo territorio en donde cabe geográficamente toda Europa con excepción de la parte asiática de Rusia. Lo que ayudó a garantizar, entre otras medidas, la integridad física del Imperio.

En el aspecto cultural y científico, las revistas producidas por el IHGB no solo divulgaron noticias sobre descubrimientos de inscripciones rupestres conteniendo símbolos y letras consideradas misteriosas, sino que analizaron los hallazgos de esqueletos y objetos clasificados como antiguos, localizados con insistencia en tierras de la otra Paraíba, situada en la región noreste (Matos 1938:232), la que más cerca se encuentra de África y Europa. Muchos eruditos creían que estaban allí las claves para descifrar la presencia de una antigua civilización olvidada en algún punto de las densas junglas de Brasil, de acuerdo con las premisas de Martius (1794-1868). Una época en la que las mentes de estos intelectuales estaban pobladas por profundos ideales cristianos de respeto a los contenidos bíblicos por encima de la formación científica. La referida teoría civilizatoria formó prácticamente la única vía posible para explicar la presencia de unas fuentes materiales que se creían epigráficas, tal como existía en el territorio europeo.

La pseudo inscripción de la Pedra da Gávea

Es necesario recordar que la tesis que relacionaba a Tarsis con la Península Ibérica recibió apoyo a partir de 1834 con la publicación de una investigación sobre el Antiguo Testamento realizada por C. F. Keil (Koch 2003:33). Y en 1837 se publicó el primer manual que sistematizó las inscripciones fenicias, púnicas y neo-púnicas elaboradas por Gesenius (Krings 1995:28). Quizás por influencia también de estas publicaciones, al año siguiente de la fundación del IHGB, en su octava sesión, algunos de sus miembros divulgaron la existencia de una supuesta inscripción fenicia en bajo relieve y situada en una de las paredes externas de la hoy turística Pedra da Gávea. Una montaña rocosa formada de gneis y granito, de 842 metros en su punto más alto, ubicada en el Parque Nacional de Tijuca, en la ciudad de Rio de Janeiro. El descubrimiento, producido en algún momento entre 1807 y 1821, se debía, según la tradición oral, a un religioso y profesor de griego de nombre Custódio, quien, además, habría enviado una comunicación escrita del hecho directamente al rey João VI (1767-1826) instalado en Rio de Janeiro. Su contenido reproduciría no solo la transcripción de los caracteres supuestamente semitas esculpidos en la piedra, sino también las propias conclusiones del religioso respecto a su significado. Para su descubridor, según afirmó oralmente en la referida sesión uno de los socios del Instituto, el “Brazil tinha sido visitado por nações conhecedoras da navegação, e que aqui vieram antes dos Portuguezes” (RIHGB 1908:51-2). Sin embargo, no se presentó en ese momento registro escrito del religioso, tal y como quedó anotado en acta del día firmada por los dirigentes del órgano en este momento: Januário da Cunha Barboza (1780-1846) y Manuel de Araújo Porto Alegre (1806-1879).



Figura 24: Una de las caras de la Pedra da Gávea, en el litoral de Rio de Janeiro, en donde existirían, en lo alto y horizontalmente, supuestos caracteres en bajo relieve formando una frase, considerada escrita en lengua fenicia durante la 8ª Sesión del IHGB, en 1839.

Fotografía: http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/0a/Pedra_da_Gavea_proche.jpg.
Accedido el 10/05/2015.

En ese momento, se creyó que se trataba de una epigrafía semita y que su descubridor probablemente ya había muerto. Así, una comisión de socios del IHGB decidió subir la Pedra da Gávea hasta el lugar en donde estarían las letras para observar y obtener las pruebas necesarias. Una vez arriba, los símbolos y signos fueron transcritos en el mismo año de 1839, eso sí, con alto costo a causa de la lejanía del lugar de la inscripción en relación hasta el lugar donde pudieron llegar los miembros de la comitiva. Estos fueron impedidos por la maleza, las piedras y también por la acentuada inclinación del terreno. Esa circunstancia pudo perjudicar seriamente la nitidez de los caracteres observados, a partir de un aparato de

aproximación limitada. Por lo menos esta es la información que consta en la *Revista do IHGB*.



Figura 25: Reproducción de las señales observadas en la Pedra da Gávea, realizada por el socio del IHGB, Manuel de Araújo Porto Alegre, en 1839. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. Tomo I. 1ª série. 3ª Ed. 2º Trimestre. Nº 2. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1908. Anexo entre las páginas 76-77.*

Vistos desde lejos, los rasguños en la pared parecían formar letras antiguas, pero al analizarse detenidamente cada señal, de entre 7 u 8 palmos de altura, se concluía la enorme dificultad en formar una frase inteligible. Esto llevó a los mencionados dirigentes del IHGB a criticar a quienes solo veían letras del idioma hebreo. En realidad, según ellos, lo que se podía ver en la referida piedra era el resultado de los efectos provocados por la intemperie (RIHGB 1908:77-81) a lo largo de siglos. Aunque, a partir de este momento la Pedra da Gávea fue desacreditada por la mayor parte de estos intelectuales, otros exploradores posteriores no la olvidarían. Mientras tanto, los intelectuales insatisfechos con el veredicto del factor atmosférico como la causa de los supuestos símbolos, continuaron buscando otras posibles fuentes epigráficas (Souza 1991:58) en el interior del territorio brasileño. El objetivo seguía siendo lo mismo: descifrar el pasado indígena a través de fuentes epigráficas.

De hecho, los pseudos caracteres de la Pedra de Gávea serían resucitados y estudiados en la década de 1860 por un conde y político francés. Más tarde, al inicio del siglo XX, incluso serían traducidos al alfabeto latino por el brasileño Bernardo de Azevedo da Silva Ramos (1858-1931), un erudito del Estado del Amazonas, y que debido a algunos factores logró temporalmente cierta fama en el medio académico nacional en donde publicó dos gruesos volúmenes sobre la arqueología nacional. Según su interpretación de los símbolos sacados de la referida pared (Figura 25), se podía ver la siguiente secuencia de letras: **LAABHTEJBARRIZDABNAISINEOFRUZZT**. Seguidas de derecha a izquierda, como ocurre en la lengua hebrea, tendríamos: **TZUR FOENISIAN BADZIR RAB JETHBAAL**, es decir: “*Tsur ou Tyro, Phenicia, Badezir, primogenito de Jethbaal*”. Lo que finalmente, y de acuerdo con sus conclusiones, podría fechar la inscripción en uno de los siguientes periodos: durante el reinado de Jethbaal I (Ethbaal), entre 887-856 a.C., o bajo el reinado de IBadezir o Badesor (Baal-azor), entre 855 y 850 a.C., (para González de Canales et al. (2006:184) sería entre 855-830 a.C.), siendo éste último el hijo de Jethbaal I o Itobaal (Ethbaal), gobernantes de Tiro (Ramos 1939:487). Además, en otra suposición del señor Ramos, el viaje de los navegantes fenicios hasta la costa de Brasil también se podría haber dado en torno al 750 a.C., según él, debido al que narra la Biblia respecto a la diáspora de las Tribus Perdidas de Israel. Teniendo en cuenta dichas fechas, es posible suponer que el arqueólogo haya querido justificar aquí las menciones de dos autores clásicos: Flavio Josefo (Ant. lud., VIII, 13, 2) y Q. Curcio Rufo (IV, 4, 20), quienes mencionan las migraciones de colonos fenicios a otras tierras forzados por las campañas militares de pueblos enemigos, o apurados en busca de otros lugares donde cultivar la tierra. La teoría de Ramos ganó bastantes adeptos, hasta que al final de la década de 1930 cayó en el olvido por falta de consistencia arqueológica. Una cuestión que volveremos a tocar más adelante.

De nuestra parte cabe señalar tres puntos que consideramos importantes a cerca de la aparición de esa hipotética inscripción, aparte de lo que ya comentaron en su día los propios dirigentes del IHGB sobre su falta de autenticidad. En primer lugar, no hay constancia epigráfica de que los fenicios se llamasen a ellos mismos

de esa forma, como parece sugerir la traducción de los presuntos caracteres de la Pedra da Gávea, sino que este era un término al parecer utilizado por los griegos (Aubert 2009:17-8), sus competidores directos en el comercio del Mediterráneo. En según lugar, hay que llamar la atención sobre el hecho de que tanto a principios del siglo XIX como del XX, se incrementó el interés intelectual europeo, no solo por el estudio de la gente fenicia y su epigrafía a la que se calificó de “civilización”, sino también por el aumento de expediciones en busca de Ciudades Olvidadas o Abandonadas, posiblemente de origen fenicio, en el interior de América, y particularmente en Brasil. En estos periodos, principios del siglo XIX y comienzo del XX, respectivamente se creó las hipótesis de la inscripción fenicia de la Pedra da Gávea, aunque la historia se haya divulgado en 1839, y se produjo el estimulante hallazgo de la ciudad peruana de Machupicchu en 1911. Por último, el tercer punto que consideramos importante es que en el caso particular de Brasil, y respecto a la Pedra de Gávea, su aparición coincide con el gran interés demostrado por la realeza portuguesa, instalada en la colonia brasileña desde 1808, en financiar investigaciones culturales y científicas con el objetivo de construir una identidad civilizatoria con la finalidad de equiparar culturalmente el territorio colonial (Bittencourt 1997:36 y 121), ahora ocupado por una aristocracia lusa, a las demás monarquías europeas consideradas modelos de civilización. En los principios del siglo XIX los europeos empezaron a valorar positivamente la historia del pueblo fenicio, como apuntamos en el primer punto.

Este imaginario social también se puede ver repetido entre finales del siglo XIX y principios del XX, por el imperialismo europeo en Asia, África y también en la propia América, reflejado en el aumento del número de expedicionarios europeos en estos continentes, justificados culturalmente por los presuntos descubrimientos fenicios, como comprobaremos. Los arqueólogos europeos iban al Nuevo Mundo y también a África y Asia, en pos de huellas fenicias. Entre 1927 y 1935 arqueólogos de la Universidad de Harvard ampliaron el descubrimiento de inscripciones conteniendo la escritura protocananea aunque la relación directa entre esta y el fenicio sólo se establecería en 1953, como y dijimos en la 1ª Parte. Por último, es necesario recordar que los escritos del religioso Custódio supuestamente enviados

al rey portugués João VI (1767-1826) (RIHGB 1908c:217), en Rio de Janeiro, jamás fueron presentados por el IHGB como pruebas.

Además de las noticias de Custódio, en la segunda década del siglo XIX apareció la historia que el luso-inglés y productor de azúcar Henry Koster (1784¿-1820) divulgó sobre inscripciones en el actual Estado de Paraíba, región noreste. Su obra, publicada en Londres en 1817, *Travels in Brazil*, se refirió a dibujos rupestres misteriosos encontrados en piedras ubicadas en el medio de ríos de esa área (1942:403), según informaciones recogidas de religiosos amigos suyos, ya que él mismo no ha podido verlas, pese a haber vivido muy cerca de Paraíba durante años. Unas descripciones que también fueron reproducidas más tarde en la obra *História Geral do Brasil* (1854-1857), del historiador brasileño Varnhagen (1816-1878), escrita inicialmente en alemán. Este autor, a su vez, defendió la colonización transatlántica del Brasil antiguo a la vez que responsabilizó a los indígenas de su época por los problemas sociales del país (Wehling 1999:196). El historiador fue galardonado por el emperador Pedro II (1825-1891) con el título de Vizconde de Porto Seguro.

Las noticias sobre hallazgos de epigrafías “civilizadas” en suelo americano no eran precisamente nuevas. Antes que los brasileños, algunos eruditos de la colonia inglesa norteamericana habían anunciado ya en el siglo XVII, la existencia en su territorio de túmulos con inscripciones de fenicios y vikingos. Incluso se llegó a suponer una influencia de estos pueblos antiguos sobre los indígenas, como fue el caso de los signos encontrados en la roca llamada Dighton Writing Rock, la cual ya hemos mencionado en apartado anterior, y cuya autoría acabaría siendo atribuida a los autóctonos de América del Norte solo en el siglo XIX. Otro caso emblemático se dio cuando un propietario de finca estadounidense encontró, en 1820, una supuesta estela en la región de Grave-Creek. La inscripción llamada Bat Creek fue entonces analizada por religiosos protestantes que optaron por identificarla con los símbolos del antiguo idioma hebreo. Su origen fenicio fue después ratificado por el fundador de la Sociedad Geográfica de París y socio honorario del IHGB, Jomard (1777-1862), en el artículo *Notes sur une pierre gravée, trouvée dans un ancien tumulus américain, et à cette occasion sur l'idiôme libyen*.

En su apoyo vinieron sus colegas: Schoolcraft, con *Travels in the central portions of the Mississippi Valley*; y Schwab, con un artículo en la *Revue archéologique*. Fév., 1857, (Gaffarel 1968:129-30; Lévy-Bing 1875:215-30). En realidad, la obra *Ancient monuments of the Mississippi Valley*, de los estadounidenses Ephraim George Squier (1821-1888) y Edwin Hamilton Davis (1811-1888), ya había demostrado en 1848 que los *Moundbuilders* norteamericanos eran en realidad túmulos prehistóricos indígenas (Fargan 1984) ubicados en un terreno elevado y con una fecha posterior a los pueblos fenicio y vikingo.

En otro plano, la teoría de los fenicios en América se constituirá en una línea de investigación opuesta a la del danés Carl Christian Rafn (1795-1864), quién lanzó, en 1837, su tesis *Antiquitates Americanae*. Una propuesta del hallazgo del territorio norteamericano por navegantes vikingos desembarcados en la bahía de Massachusetts (Fargan 1984, 98) y que supuestamente habrían dejado sus vestigios arqueológicos también en el Mississippi Valley, en donde existían los *Moundbuilders*. La obra de Rafn fue enviada desde la Sociedad de Anticuarios del Norte, en Copenhague, a los socios del IHGB, en 1844, probablemente para intentar disminuir el impacto que causó la Teoría Fenicia en Brasil, ya que el Instituto brasileño estaba considerado en aquel entonces un importante centro de investigación arqueológica en el continente americano (Langer 2000:69, 70, y 80-2). La hipótesis de los vikingos en Norteamérica se desarrolló con alguna fuerza entre 1780 y 1860 (Trigger 2006:158-65). En 1875 el arqueólogo M. Lévy Bing presentó un estudio llamado *Inscription de Grave-Creek*, durante el Congreso Internacional des Américanistes (*Compte-Rendu de la première session*) realizado en Nancy, en el cual todavía defendía el origen fenicio de los *Moundbuilders*.

De modo que es bastante probable que los intelectuales brasileños del IHGB ya tuviesen noticias de las investigaciones norteamericanas sobre el supuesto origen fenicio de sus *Moundbuilders*, en el momento en que se trató de la supuesta inscripción de la Pedra da Gávea, en 1839. Lo cual pudo incluso no solo haber motivado la presentación oral en la 8ª sesión acerca del descubrimiento del religioso y profesor de griego, sino también la posterior expedición de los socios del órgano hacia el lugar de dicha inscripción. Como se ve, había todo un mundo de bibliografía

que parecía empujar los descubrimientos epigráficos hacia la que se consideraba la “civilización” fenicia.

Como ya vimos, en esa época los jóvenes países latinoamericanos, recientemente independientes de las metrópolis Ibéricas, también buscaban construir sus identidades como naciones a la vez que convergían política y económicamente hacia los Estados Unidos de América. Todo ese conjunto ideológico posiblemente contribuyó para que un grupo de intelectuales del IHGB llegase a proponer incluso una investigación destinada no solo a aclarar si navegantes antiguos habrían tocado el litoral de Brasil antes que los portugueses, sino también a responder a la cuestión de si los navegantes portugueses habían descubierto “intencionalmente” el territorio en abril de 1500, al conocer posibles escritos anteriores sobre su probable localización. Una hipótesis que fue estudiada por décadas dentro de esa Institución, y que incluso está todavía presente, no exenta de polémica, en la actual historiografía brasileña.

Aún así, la Pedra da Gávea sirvió de apoyo epigráfico para una investigación que pretendió ser científica y que fue enviada al IHGB en 1865, por un noble francés residente en Brasil de nombre V.L. Baril Chabaud, más conocido por Conde de la Hure, también socio del órgano, pero de quien poco se sabe (Langer 2000:78). Aunque su teoría apostó por el continente asiático como cuna de la humanidad, y en el poblamiento de América a través del Estrecho de Bering, sin embargo, defendió también la presencia de antiguos inmigrantes semitas en el territorio brasileño a través de navegaciones atlánticas. A esta conclusión llegó al efectuar un estudio detallado y bajo una nueva técnica, según dice él mismo, del letrero de la Pedra da Gávea, y al investigar las señales de otro descubrimiento, el llamado *Manuscrito 512*, encontrado en un archivo del IHGB y que contenía un presunto relato del descubrimiento de una Ciudad Abandonada situada en el interior de Brasil. Todo ello le llevó a fechar incluso la llegada de los navegantes fenicios a Brasil entorno a los siglos IX y VIII a.C.

Seguramente esas conclusiones del Conde de la Hure fueron tomadas en cuenta por el señor Bernardo de Azevedo da Silva Ramos (1858-1931) a comienzos del siglo XX, cuando tradujo al alfabeto latino los rasguños situados en el alto de la

Pedra da Gávea, como ya mostramos. Volviendo al noble francés, en su momento el conjunto de intelectuales del IHGB rechazó rotundamente las conclusiones de su modelo hipotético. Un dictamen firmado por el socio y religioso Joaquim Caetano Fernandes Pinheiro (1825-1876) consideró superficial el conjunto de sus pruebas (RIHGB 1866:336 y 373-90). Pese a que la argumentación construida por el Conde de la Hure fue descartada como improbable en este momento, en el mencionado dictamen el mismo religioso Fernandes Pinheiro siguió abogando por la hipótesis de la presencia fenicia en Brasil, insistiendo en que era solo una cuestión de esfuerzo y tiempo hasta que se pudiese confirmar definitivamente. Opinión que seguramente era compartida por algunos de los intelectuales del órgano monárquico, y de esta forma serviría para alimentar investigaciones futuras en este sentido.

Fruto de ese empeño en la búsqueda arqueológica, fue el descubrimiento de las señales grabadas sobre un peñasco en el litoral de la isla atlántica llamada Arvoredo, localizada muy cerca de la costa del actual Estado de Santa Catarina, región sur. Sus inscripciones habían sido copiadas por exploradores extranjeros antes de la fundación del IHGB, y fueron publicadas en la Revista del órgano en 1839, con el aval de su secretario, el que fuera director de la Prensa Nacional y de la Biblioteca Pública Nacional, el religioso Januário da Cunha Barbosa (1780-1846) (RIHGB 1908c:217-8). Fueron considerados vestigios pertenecientes a una civilización anterior a llegada de los primeros navegantes portugueses al Brasil. Ello se debió a que esos caracteres se consideraron similares a los de la tabla de símbolos registrados en la obra *Monde primitif* del francés Antoine Court de Gébelin (1725-1784), publicada en 1781, el cual a su vez parecía ser partidario de la presencia de navegantes Antiguos en el Nuevo Mundo. Y esto a pesar de que hubo también en ese momento una corriente intelectual que creía en el origen nórdico de los símbolos de la isla del Arvoredo.

Las sesiones del IHGB de esa época seguirán mencionando hallazgos de materiales considerados antiguos y de inscripciones rupestres localizadas en varios puntos del país incluyendo los del interior del actual Estado de Paraíba, región noreste, de los que dio noticia Henry Koster (1784¿-1820) en su obra de 1817, como

ya dijimos. En la actualidad, muchos de estos dibujos y garabatos están clasificados como pertenecientes a un determinado tipo de tradición nativa (Prous 1992:513) del arte rupestre brasileño, con excepción de las pseudas letras de la Pedra da Gávea, consideradas como simple producto de las erosiones.

Ciudades Olvidadas o Abandonadas

A parte de la búsqueda de inscripciones rupestres, hubo también gran interés en el descubrimiento de Ciudades Olvidadas o Abandonadas escondidas en el interior de la selva tropical. Términos muy utilizados entonces para definir la posible existencia de restos epigráficos o ruinas de monumentos urbanos de origen considerado civilizado, que habrían podido ser dejados por pueblos antiguos asiáticos o europeos en algún lugar del territorio americano. Así, en 1839, salió a la luz en otra sesión del IHGB, un sorprendente manuscrito conocido como *Manuscrito 512* (Souza 1991:53), recuperado en el archivo colonial, que al parecer atestiguaba la existencia de ruinas de una antigua y rica ciudad situada en el interior de Brasil. Aunque partes del documento estaban dañadas, en general se podía leer casi completamente. Se titulaba *Relação historica de uma occulta, e grande povoação antiquissima sem moradores, que se descobriu no anno de 1753*. Su autor habría sido posiblemente el explorador de minas João da Silva Guimarães (¿-1764¿), quien lo habría escrito en torno a 1754, después de encontrar piedras y metales preciosos en algún lugar del interior del actual Estado de Bahia, región noreste (Calmon 1950:162-70). Sus caracteres estaban reproducidos de la siguiente forma:



Figura 26: Letras y señales del *Manuscrito 512*, fechado en 1753. Imprimido en la *Revista do IHGB*, en 1839, y reproduciendo el texto *Advertência*, de Januário da Cunha Barbosa, secretario del órgano. Tomo I. 1ª série. 3ª Ed. 3º Trimestre, 04/02/1839. Nº 3. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1908 (Anexo entre las páginas 150 y 151).

Para Langer (2000:101-2), la erudición demostrada por el sencillo explorador al escribir el *Manuscrito 512*, habría sufrido en realidad la influencia del ex-gobernador de la entonces vecina provincia de Minas Gerais, el portugués Martinho de Mendonça de Pina e de Proença (1693-1743), con quién João da Silva Guimarães mantuvo estrecha amistad, ya que ambos se interesaban bastante por la búsqueda de metales preciosos. Hay constancia de que los dos parecían conocer el relato de un cierto hombre apodado Muribeca, sobre el descubrimiento de ricas minas en esta región durante el siglo XVI, pero que nunca se había encontrado. Martinho de Mendonça también fue político, filólogo, poliglota y miembro de la Real Academia de Lisboa, y había incluso impartido allí una conferencia en 1733, titulada: *Discurso sobre a significação dos altares rudes e antiquíssimos*. Además, en 1730, investigó las letras y símbolos de una inscripción considerada misteriosa en esa época y localizada en el poblado São Tomé das Letras, en la misma provincia de Minas Gerais, la cual guardaría particular semejanza con las letras y símbolos del *Manuscrito 512*.

El relato del *Manuscrito 512* describe el encuentro de una montaña brillante desde donde se veían las ruinas de un antiquísimo poblado. El camino de piedras hacia la ciudad deshabitada terminaba en unos arcos en donde había letras que no se podían identificar debido a su gran altura. Las casas estaban hechas de piedras

increíblemente simétricas, y en el centro de una de las plazas reinaba una estatua masculina, sobre una base de cubo negro, cuyo brazo derecho indicaba la dirección del Polo Norte, según su autor. Había también otras estatuas desnudas, algunas coronadas y llevando escudos con inscripciones en forma de cruces y letras latinas. Esparcidas por el suelo, se podían ver pepitas de plata, de oro, y alguna moneda (RIHGB 1908d:150-5).

El contenido del *Manuscrito 512* fue publicado en la revista del IHGB en 1839 y sus símbolos sometidos al parecer del mineralogista austríaco Rochus Schuch (1788-1844), bibliotecario y director del Gabinete Mineralógico del Imperio brasileño. El estudioso, después de haber rechazado la similitud con caracteres fenicios, concluyó que las señales eran de origen nórdico, y semejantes a las de la Pedra da Gávea, (RIHGB 1908e:201-3). Por la misma época, el Instituto recibió varios relatos referidos a la existencia de “antigas povoações e riquezas subterrâneas” en el interior de la entonces provincia de Minas Gerais (ibídem: 202). Schuch, quien examinó el *Manuscrito 512* utilizando como fuente de referencia el relato *Viajes de d’Ollafens* por Islandia, incluido en la *Encyclopedia Methodica*, dirigida por Diderot y D’Alembert, llegó a la conclusión de que el documento presentaba características de las letras del alfabeto rúnico compuesto de 16 elementos, precisamente coincidiendo con la misma cantidad de signos del alfabeto fenicio, como él mismo afirmó. Esto generó dudas entre los demás socios. Por eso, el contenido del documento fue enseguida enviado al arqueólogo Rafn (1795-1864), en Copenhague, un especialista en vikingos, y que había fundado en 1825 la Sociedad Real de los Anticuarios del Norte, institución danesa cuyo objetivo era elaborar en su país unos ideales de nacionalidad basados en hechos antiguos de los antepasados nórdicos, a través de un proceso histórico que pretendía aunar fuentes arqueológicas y lingüísticas (Trigger 2006:86-8 y 136). Un proceso similar al que se daba en aquel momento en América del Norte (Jones 2005:6, 18-21, 27 y 40-51). Es decir, pretendía reunir, bajo tintes algo nacionalistas, la cultura material del territorio y su antigua población.

La descripción de la estatua del *Manuscrito 512* con el brazo tendido, se asemejaba a aquella otra supuestamente vista en la isla más occidental del

archipiélago atlántico de Azores, la isla del Corvo, y sobre la cual ya hemos informado. Y mencionada en esa ocasión por el danés residente en Brasil, Peter Lund (1801-1880) (Holten & Guimarães 1997:41), a partir de la publicación de los portugueses Damiam de Goes (1502-1574), en 1567, y de José de Santa Rita Durão (1722-1784), en 1781, como también ya mencionamos. La comparación entre las dos estatuas, hecha por Lund, justo tras la divulgación del *Manuscrito 512*, se debió a que ambas coincidían en tener sus brazos tendidos, aunque en direcciones casi opuestas. Mientras la de 1567 apuntaría hacia las tierras recién descubiertas del Nuevo Mundo, la descrita en el *Manuscrito 512*, indicaría el Polo Norte. De modo, que si esta última parecía evidenciar una influencia nórdica o de los vikingos en Brasil, la primera podía sugerir por el contrario una referencia hacía la presencia de fenicios. En cualquier caso, y dejando a un lado la comprobación actual de sus inexistencias, lo que sí queda claro para nosotros es que las descripciones de ambas estatuas parecen representar precisamente las imágenes míticas de las dos épocas: la del siglo XVI, con la búsqueda incesante del Dorado y la creencia en la llegada fenicia al Nuevo Mundo, y la del siglo XVII, cuando el descubrimiento de gran cantidad de oro y diamantes en el actual Estado de Minas Gerais transformó a Brasil en el mayor productor mundial de estos minerales durante varias décadas, momento en el que gana fuerza la teoría de los vikingos en América. Por lo tanto, un caso clásico de lo que venimos hablando sobre la fuerza de la representación popular y mítica en la historia de Brasil.

En la década de 1840, existía una corriente de intelectuales nacionales que creía que una vez descifradas todas estas inscripciones, se podrían localizar las ruinas y monumentos de una antigua civilización precolombina en algún punto de su territorio (Langer 2000:98-102 y 153). De manera que a partir de esa época, el IHGB pasó a incentivar expediciones hacia las regiones en donde se creía existir alguna, destinando para ello apoyo técnico y recursos financieros. Las investigaciones lingüísticas de carácter comparativo se multiplicaron. Había gran interés de parte de la nueva élite del país, declarado independiente en 1822, aunque tal vez con poca nitidez política, en desvincularse definitivamente del anterior, y considerado opresor, régimen portugués (ibídem: 96-7, 215 y 279). Lo que nos

muestra una vez más que el mito de los fenicios en Brasil, actuó prácticamente como la cara de un prisma a través de la cual el poder establecido en el territorio y en un determinado momento de su historia, ayudaría a revelar distintas imágenes políticas a su favor, de acuerdo con la época observada.

Al joven emperador brasileño, aun adolescente, le interesó el proyecto de la búsqueda de Ciudades Olvidadas o Abandonadas, y en 1841, autorizó el financiamiento de una expedición para encontrarlas en el interior del actual Estado de Bahia, región noreste, en el área a la que se refería el misterioso *Manuscrito 512*. Y al religioso Benigno José de Carvalho e Cunha (1789-1849), se le encargó oficialmente la misión (RIHG 1860, 197-203) de encontrar las ruinas de esa Atlántida, como había pronosticado el germánico Martius (1794-1868). Hasta que en 1845, el IHGB publicó una carta enviada por el religioso sobre la probable localización de la Ciudad Olvidada: “eu me animo a afirmar a V. Ex. que a cidade está descoberta” (IHGB 1845:102-5), y solicitaba más recursos para poder concluir definitivamente el hallazgo. Esta información produjo gran revuelo no solo en el medio intelectual brasileño, sino en el europeo en donde la noticia se extendió rápidamente. Lo que llevó al erudito francés y naturalizado brasileño Carlos Emile Adèt (1818-1867), socio del IHGB, quien anteriormente había examinado en persona los garabatos de la Pedra da Gávea, a escribir el artículo *Découverte d’une ville ancienne dans les forêts du Brésil* (tomo XXI, n. 8, p. 494-509) (Langer 2000:133-5). El artículo fue divulgado en ese mismo año en París, en la prestigiosa *Revue Indépendante*, como un increíble descubrimiento, pero que todavía no se podía confirmar.

El periodista Adèt (1818-1867) parece haber empleado en su artículo el modelo difusionista, para atribuir a navegantes considerados civilizados el poblamiento antiguo de América. Lo hizo con la ayuda de una teoría europea del siglo XVIII basada en la idea de catástrofes naturales (terremotos y diluvios) como causas de la decadencia del Nuevo Mundo. Seguramente también se basó en las proposiciones del teólogo español Montano (1527-1598), quien a su vez y apoyado en textos bíblicos, había corroborado la idea de Guillaume Postel (1510-1581), de 1561, de que Ofir y la selva del Perú eran el mismo sitio geográfico, es decir, el lugar

visitado por los fenicios. El periodista franco-brasileño, sin embargo, defendió el descubrimiento de la Ciudad Olvidada en Brasil y no en Perú, y siempre haciendo hincapié en la ruina material y la decadencia moral de los indígenas americanos, incapaces, según él, de construir las pirámides y los monumentos antiguos que se veían en América Central y en los Andes.

En el ambiente académico europeo la hipótesis de la ciudad antigua encontrada en Brasil seguirá viva, mientras en el propio Brasil el artículo del periodista tuvo muy poca repercusión, dado que, al final, el “descubrimiento” del religioso Benigno (1789-1849) nunca se pudo demostrar, lo que llevó al IHGB a cesar el presupuesto destinado a este religioso aunque él seguiría buscando por su cuenta y sin éxito la Ciudad Olvidada hasta su muerte, en el año 1849. Sin embargo, el fracaso del hallazgo arqueológico brindó la oportunidad de comenzar una explotación de diamantes bajo control imperial en la Chapada Diamantina, en el área cercana a la búsqueda de la Ciudad Olvidada, en el interior de Bahia. La monarquía recuperará así y con creces esta fallida inversión arqueológica, mientras seguirá no solo financiando semejantes campañas en otras regiones aun por explorar, sino también recibiendo cartas e incluso materiales antiguos de parte de sus habitantes. Tal fue el caso, por ejemplo, de un militar y terrateniente vecino del área a la que se refería el *Manuscrito 512*. El IHGB recibió de él durante la década de 1850, espadas de hierro, vajillas, vidrios, herramientas agrícolas y hasta monedas consideradas de aspecto “romano”. En su carta mencionó incluso la existencia de un puerto fluvial donde, según él, los navegantes fenicios cargaban sus mercancías. El mismo militar hizo referencia a la existencia de una cantera cercana, desde donde los antiguos semitas habrían extraído el material para poder esculpir las estatuas y monumentos encontrados en la Ciudad Abandonada buscada por el religioso Benigno (RIHGB 1870:363-73). Pese a que estos materiales y lugares no han confirmado su relación con los fenicios, la prensa brasileña seguirá publicando frecuentemente noticias como esta, hasta prácticamente la década de 1980, como veremos a lo largo de nuestro trabajo. Actualmente el *Manuscrito 512* se encuentra archivado en las dependencias del IHGB, en Rio de Janeiro.

Las publicaciones periódicas referidas en los párrafos anteriores son el resultado de los debates y propuestas en torno a los orígenes del hombre brasileño llevadas a cabo dentro del IHGB durante las décadas de 1840 y siguientes (Langer 2000:174-8 y 183-7). Un tema invariablemente planteado por cronistas y eruditos europeos entre los siglos XVI y XVIII, y que los intelectuales nacionales del siglo XIX siguieron trabajando. El Dorado, la Atlántida y la presencia de antiguos navegantes “civilizados” en Brasil fueron temas comunes en el siglo XIX, aunque con una diferencia respecto a los siglos anteriores: el indicio ahora de cierto prestigio de las costumbres indígenas, que a partir de la década de 1860 aupará a los nativos brasileños a la condición de representantes de un antepasado antiguo y considerado civilizado, aunque decaído moral y materialmente en el tiempo debido a una naturaleza americana considerada corrupta. Un intento del IHGB en romantizar su pasado en beneficio de una identidad nacional remota y auténtica. A la vez una idea que sirve a su nueva élite, ahora independiente, como forma de antagonizar la anterior etapa de dominación colonial portuguesa. De modo que, incluso la antropofagia pasa a ser explicada como un acto cultural y heroico del indígena, al creer que alimentándose el vencedor de la carne de un bravo guerrero vencido, estaba incorporando su espíritu valiente caído en combate. En la obra de Gerbi (1982:741), vemos como un autor llamado Vico, en su libro *Scienza nuova* (ed. Nicolini, pp. 395 y 392), compara este comportamiento antropofágico con los sacrificios de familiares practicados por fenicios y griegos, dándoles a ambos actos un significado sagrado común. Según algunos historiadores, este tipo de sacrificios semitas, conocidos como *molk*, se llevaban a cabo en recintos sagrados llamados *tofets* (II Reyes, 9:25; y 23:10; Jeremías, 32:35). De acuerdo con una información de Cicerón, estas clases de recintos servirían para distinguir el área del Círculo del Estrecho donde no se ha encontrado ninguno, de la zona del Mediterráneo Central, es decir, Cartago, Tharros y Motya en donde son abundantes, aunque de momento, no hay explicación plausible para entender su verdadero funcionamiento, según Martín Ruíz (2010:6). Sin embargo, se trata de un hecho que muy probablemente la intelectualidad brasileña del siglo XIX haya asimilado como una característica fenicia. El IHGB fue un aparato ideológico muy importante dentro del Estado

monárquico brasileño, y responsable en dictaminar las directrices de un pensamiento nacional compatible con el mundo europeo considerado un referente civilizado.

Recordemos que aunque las expediciones de los Viajeros Naturalistas contratados por el Imperio representaron una actividad cultural, también expresaron una importante labor estratégica. No olvidemos que entre sus objetivos estaba ampliar y delimitar las fronteras nacionales, y localizar riquezas naturales en su interior aun desconocido, tal como indicó el propio secretario del IHGB Januário da Cunha Barbosa (1780-1846), en 1841, en la *Revista do IHGB*, tomo III, n. 12, p.528, con su *Relatorio dos trabalhos do Instituto durante o terceiro anno social* (Langer 2000:118). Así mismo, la tarea de los Viajeros Naturalistas no solo era encontrar metales y piedras preciosas, sino también descubrir nuevos tipos vegetales rentables o terrenos fértiles para la explotación agrícola con el apoyo del Imperio.

El hecho de que las ruinas de la civilización Atlántida podrían encontrarse en algún punto de la geografía Sudamericana, llevó a algunos académicos europeos, como el geógrafo francés Antonio Snider-Pellegrini (1802-1885), a sugerir en 1859 su ubicación en la entonces provincia de Mato Grosso, en el centro de Brasil (Vivante & Imbelloni 1939:72). Una vasta área entonces prácticamente inexplorada. Una apuesta que, pese al tiempo transcurrido, influirá en la conocida y malograda expedición del británico Percy Harrison Fawcett (1867-1924?) llevada a cabo en esta área mucho más tarde, en 1924.

Juntos, el *Manuscrito 512* y la pseudo inscripción de la Pedra da Gávea, fueron también utilizados como fuentes presuntamente fiables por el Conde y diplomático francés De la Hure (V. L. Barril Chabaud), para certificar la presencia fenicia en territorio brasileño, y por ende, la creencia de que existía aquí una Ciudad Olvidada. Su análisis en el artículo *Inscriptions reproduits par un manuscrit de la biblioteque publique de Rio de Janeiro de 1754* (archivado en Lata 92, pasta 7), fue enviado al IHGB en junio de 1865 (Langer 2000:144). En su estudio, el arqueólogo dijo que las selvas del país abrigaban templos, estatuas y monumentos semejantes a los de los Aztecas en el México, a los Mayas en América Central y, a los Incas en el vecino Perú. Regiones a las que, según su parecer, habrían llegado los

comerciantes fenicios. De acuerdo con Langer (2000:78-81), las premisas del Conde para tales afirmaciones se basan en la obra del alemán Georg Horn (1620-1670), autor *De originibus americani*, de 1652; en las informaciones del socio del IHGB, el periodista brasileño Francisco Manuel Raposo de Almeida (1817-1886), sobre relatos a cerca de un supuesto barco fenicio naufragado en un río del actual Estado de São Paulo próximo al poblado de Cananeia (RIHGB 1866:380) y en los textos de autores clásicos sobre la Atlántida cartaginense. En palabras del noble francés: “Il est aujourd’hui hors de doute que les Phéniciens sont venus en Amérique” (Langer 2000:80).

El método usado por De La Hure, también socio del IHGB, comparó los garabatos de las dos fuentes brasileñas, la presunta inscripción de la Pedra de Gávea y las señales del *Manuscrito 512*, no solo con inscripciones fenicias auténticas, sino también con grafías precolombinas y norteamericanas, tales como Dighton Writing Rock, Bat Creek, y Aleghani, además de otras de América Central, por él consideradas de origen fenicio. La elección de la escritura fenicia como base para sus comparaciones lingüísticas se debía a que en ese momento el alfabeto fenicio era considerado el primer referente para la civilización occidental, a partir del descubrimiento del sistema de lenguas indoeuropeas, y también debido a los registros que dejó Herodoto (V, 58):

“Pero estos fenicios [...] cuando se establecieron en el país, introdujeron entre los griegos muchas cosas dignas de saberse, y principalmente la escritura, que, por lo que a mí me parece, los griegos antes no conocían, y concretamente aquella que aún hoy usan todos los fenicios. Con el transcurso del tiempo, juntamente con los sonos modificaron también la secuencia de los signos. Por aquellos tiempos vivían en la mayoría de las regiones griegas linajes jonios, los cuales, habiendo aprendido las letras gracias a que los fenicios se las enseñaron, modificaron levemente su secuencia y las usaron, llamándolas, como es justo, desde el momento en que las habían introducido en Grecia los fenicios, ‘letras fenicias’”.

Además, otros dos hechos pudieron haber reforzado los argumentos del político y noble francés en favor de la mencionada causa fenicia. El primero, se refiere a los conocimientos resultantes de la excavación que su paisano Joseph-Ernest Renan (1823-1892) había llevado a cabo en la propia Fenicia entre 1860 y

1861, que fueron publicadas en la obra *Mission de Phénicie*, entre 1864 y 1867 (Prados Martínez 2007:50), los cuales proporcionaron una gran cantidad de nuevos datos sobre este pueblo semita. El segundo, se refiere a la polémica en torno al descubrimiento del propio Brasil. Algunos intelectuales del IHGB habían cuestionado justamente su descubrimiento considerado casual por las autoridades portuguesas. Los navegantes portugueses dieron con las tierras de Brasil en 1500, cuando intentaban circunnavegar el continente africano a través del Atlántico camino de las Indias. Por tanto, para la historiografía tradicional lusa, el descubrimiento se debió a una incidencia provocada por las condiciones climáticas afrontadas por la flota. Los vientos contrarios y las corrientes marinas adversas habían empujado los barcos hacia el sudoeste, desviándolos excesivamente de su ruta preestablecida, precisamente cuando navegaban casi a la altura del Golfo de Guinea, aunque bastante alejados al oeste. El objetivo inicial del comandante era librar dichas condiciones desfavorables, para enseguida enderezar la ruta de la flota, y poder bajar hacia el sur tratando de acercarse a la costa atlántica africana. Según ese proyecto, las embarcaciones deberían dar la vuelta al continente africano para luego navegar sobre las aguas del océano Índico, y a partir de ahí, finalmente alcanzar en diagonal el continente asiático y los ricos puertos Indios. Un recorrido inaugurado por navegantes portugueses en 1498, como alternativa a la ruta Mediterránea entonces dominada por los comerciantes turcos de especias, y que rindió a los portugueses grandiosos beneficios

Pero otro grupo de historiadores opinaban que el descubrimiento del territorio brasileño tal vez se debió a una intención secreta y oficial, ya que para ellos la realeza lusa ya sabría de algún modo de la existencia de esta tierra. La polémica entre “casualidad” versus “intencionalidad” acabó abarcando al mismo tiempo la posibilidad de la venida, también “casual”, de antiguos navegantes al territorio. Ya sea a través de las Tribus Perdidas de Israel en el litoral de la región noreste, o, por medio de la llegada de navegantes semitas a través del llamado Periplo de Neco II (Herodoto, IV, 42-3), o conforme suposiciones extraídas de los textos de I Reyes, y de II Crónicas, por los eruditos adeptos de la llamada Arqueología Bíblica. A final

se constituyó en una polémica que pudo beneficiar las ideas del Conde, diplomático y arqueólogo francés.

Sin embargo, y ateniéndonos a las consideraciones de varios miembros del IHGB, el análisis de De La Hure no fue convincente. Su investigación fue tachada de superficial por reunir pruebas dudosas (RIHGB 1865:283, 294, 300-5, 313-5 y 372). Aun así, su estudio fue divulgado en Europa por la corriente de socios que creían en ello, lo cual generó enorme interés en los espíritus aventureros de algunos europeos.

Podemos, así, comprobar que las investigaciones sobre la producción material y lenguas indígenas durante el siglo XIX, se sumaron a las narraciones contenidas en las Sagradas Escrituras y en los Textos clásicos, y sirvieron de importante apoyo a los que defendían la existencia de Ciudades Olvidadas y de inscripciones epigráficas antiguas en el espacio geográfico de Brasil. Ni siquiera el fracaso en su búsqueda fue obstáculo para el continuo aumento de estas creencias, ni tampoco por eso disminuyó la afluencia de Viajeros Naturalistas europeos que veían en dicho territorio, hasta entrado el siglo XX, una oportunidad para descubrir las ruinas y monumentos de esas Ciudades Abandonadas. En lo referente a cuestión de Intencionalidad o Casualidad del descubrimiento de Brasil por los portugueses, sigue hoy día un debate que divide opiniones entre los historiadores nacionales.

El papel del indígena

El indígena representó así un objeto de investigación vital. A partir de la mitad del siglo XIX hubo en Brasil un gran interés en torno a todo lo que se refería a los pueblos indígenas (Costa A. 1939:1). La idea de algunos arqueólogos era poder relacionarlos en ascendencia a una antigua civilización transoceánica. Se trataba de una valoración positiva del nativo y que atendía a otro objetivo político: el de intentar “blanquear”, por así decir, la población tropical brasileña y ocultar a la vez la gran cantidad de esclavos negros a los ojos extranjeros (Seyferth 1985). Sobre todo a los ingleses, interesados en contener ese tráfico humano internacional entonces ya considerado ilegal, quiénes llegaron incluso a amenazar con

bombardear los navíos brasileños pillados en alta mar llenos de la deprimente carga africana. Sin embargo, la razón anglosajona no era otra sino poder vender con más facilidad sus productos industriales al potencial mercado de Brasil, algo unido a nuevas máquinas y herramientas justamente por la explotación de la abundante mano de obra esclava y barata. Un tema sobre el cual ya hablamos anteriormente. Una presión comercial que la única monarquía sudamericana no acababa de aceptar, al estar su estructura económica basada en el apoyo primordial de los grandes propietarios agroexportadores, principalmente de café.

La historiografía brasileña muestra que durante la década de 1850, los temas indígenas se convirtieron en importante objeto de investigación monárquica, y terminarían por transformarse en símbolos nacionalistas de sesgo literario romántico. Uno de sus grandes escritores y político importante de esa época, José de Alencar (1829-1877), publicó obras románticas sobre estos nativos las cuales se volverían verdaderos clásicos de la literatura nacional: *O Guarani* (1857), *Iracema* (1865) y *Ubirajara* (1874). Mientras los músicos compusieron canciones sobre la épica nativa y los pintores utilizaron la figura indígena como asunto principal. Historias y obras de arte que evocaron el heroísmo del remoto habitante en perfecta armonía con las armas y los símbolos imperiales (Langer 2000:183-4). De hecho, nombres indígenas como “*Bujuru, Sirinhaém, Batovi, Coruripe, Ingaí, Subaé, Itaipé, Juruá, Parangaba, Piaçabuçu, Saramenha, Sincorá, Uruçuí, Itapororoca, Aratanha, Cascalho, Tacaruna, Aramaré, Icó, Poconé, Quissamã, Saiçã, Sinimbu*” (Schwarcz 2002:178 y 466), fueron acoplados al nobiliario de los nuevos condes, vizcondes, marqueses y barones del sistema imperial brasileño. De modo que el Romanticismo europeo (Saliba 2003) parece haber tenido en Brasil un equivalente en el héroe indígena, mientras que el negro afrobrasileño esclavizado y los descendientes del portugués colonizador fueron intencionalmente alejados de este proceso por la nueva élite del país que buscaba una identidad nacional antigua y original.

Por eso, el IHGB organizó expediciones arqueológicas con la finalidad de estudiar fósiles de antiguos habitantes del territorio. Así se valoraban las medidas de los cráneos indígenas desenterrados con el fin de elaborar clasificaciones morfológicas, no solo entre las varias razas nativas, sino también comparándolas

con los cráneos de europeos y negros, para tratar de distinguir los diferentes coeficientes de inteligencia. Y aunque el cerebro indígena fue puesto como superior al negro, se le consideró por otro lado inferior al del europeo. Como si para aceptar la integración con los “héroes” indígenas, la nueva élite brasileña necesitara primero poner a los nativos en un rango de inferioridad racial respecto a los “blancos”, conclusión a que llegaron algunos autores de la Coleção Brasileira.

Sin embargo, el pasado remoto de los nativos necesitaba situarse en una condición gloriosa a raíz de una descendencia común con una hipotética civilización mediterránea o europea antigua. Los investigadores nacionales esperaban proyectar científicamente en el escenario internacional los vestigios arqueológicos encontrados en su territorio. Esto hacía necesaria la existencia de una historia antigua con inclusión de epigrafía y ruinas de Ciudades Abandonadas, tal como las que existían en la historia de la Antigüedad Clásica europea. Así, para uno de los escritores brasileños de la época, el Vizconde Domingos José Gonçalves de Magalhães (1811-1882), en su trabajo *Os indígenas do Brasil perante a História*, los cartaginenses y también las Diez Tribus Perdidas de Israel eran mencionados entre los que podrían, en su opinión, haber emigrado al antiguo territorio de Brasil (RIHGB 1973:10-2, 23 y 45). Su tarea corroboró un esquema representativo que concluye justamente por la contribución material y cultural de estos pueblos antiguos como condición imprescindible para la formación de la “nación” brasileña.

Bajo el mecenazgo de Pedro II (1825-1891) la epopeya indígena fue tema para concursos históricos, geográficos, lingüísticos y etnográficos. El propio emperador colaboró de una forma u otra en ediciones de diccionarios y nuevas gramáticas (Schwarcz 2002:153) sobre esta cuestión. Actuó también de socio correspondiente en las instituciones culturales más importantes del mundo. Entre 1850 y 1870, más de 40 periódicos brasileños, como: *Guanabara*, *Biblioteca Guanabarensis*, *Gazeta Médica*, *Minerva Brasiliense*, *Arquivo Médico Brasileiro*, *Revista Brasileira* e *Arquivos da Palestra Científica*, divulgaron las prácticas científicas llevadas a cabo en el país, las cuales fueron también publicadas en latín de acuerdo con la comunidad científica internacional. Es necesario subrayar que entre 1841 y 1870 Karl Müller publicó en París sus importantes obras: *Fragmenta*

Historicorum Graecorum - FHG y *Geographi Graeci Minores – GGM*. En cuanto a la monarquía brasileña participaría en importantes eventos y exposiciones mundiales que promovían el progreso científico del mundo.

De acuerdo con el análisis de Ferreira (2007:241-2), el gran desafío interno del Estado brasileño durante parte del siglo XIX era inculcar la figura del rey en la mentalidad de los pueblos indígenas para así poder gobernarles mejor. Esto posibilitaría asegurar externamente las fronteras físicas del Estado Nacional e, internamente, ampliar las plantaciones de café, en un territorio habitado mayormente por una sociedad considerada aun primitiva. Para conseguirlo, era preciso que la monarquía echase mano de recursos considerados civilizadores, tales como unos conocimientos arqueológicos que permitieran borrar ciertas contradicciones sociales internas, y, amén de eso, “amalgamar identidades culturais heterogêneas” bajo el control del Estado y del Capital. Una identidad nacional que incluyera la creación de héroes y acontecimientos de un pasado y que transmitiera la idea de Nación a fin de alcanzar finalmente una especie de pacto social entre el mundo primitivo y el civilizado.

El objetivo del referido pacto social era promover el establecimiento de directrices de cara a una política indigenista, la cual a su vez, se convertiría en un instrumento de que se valdría el Estado brasileño para legalizar el control y la gestión de las tierras conquistadas a estos mismos pueblos nativos. Un sistema ideológico copiado de los norteamericanos. Un mecanismo que formaba parte del denominado Colonialismo Interno, en el que los estudios antropológicos y arqueológicos fueron integrados a los discursos en el área del Derecho. Según parece, esta ideología fue introducida en Brasil por medio del discurso de José Bonifácio, en 1823, un año después de su independencia de Portugal. En aquel discurso el político insistió, entre otras cosas, en la importancia del conocimiento de la lengua Tupi perteneciente a los indígenas que habitaban buena parte de la costa brasileña, como forma de conectarlos con la presencia de una antigua civilización transoceánica en el territorio nacional. La importancia del Tupi se debió a que había sido utilizado por religiosos lusos durante la Catequesis colonial (Bueno 1987), con un léxico unificado respecto a los demás dialectos nativos. Esta lengua quedó

registrada en la Gramática del Jesuita portugués José de Anchieta (1534-1597), quien vivió entre los indígenas a partir de 1553.

Por otro lado, la resistencia de los indios a ese amplio proyecto monárquico desencadenó muchas veces la violencia de parte de los Ibéricos. A las tribus rebeldes se las castigaba, tal y como se había hecho desde el siglo XVI por los primeros exploradores lusos del territorio, de acuerdo con Hermann von Ihering (1850-1930) en su obra *A civilização pré-histórica do Brasil meridional. Revista do Museu Paulista, 1895^a, vol. 1, p. 33-159*, y conforme Ferreira (2007:253 y 265-6). De manera que a los indios que se sometieran al referido proceso se les impondría el aprendizaje del idioma y de las costumbres portuguesas, considerados elementos vitales para el progreso de la nación, mientras que a los considerados rebeldes simplemente se les diezmaría. En cualquier caso, lo que se dio fue el dominio de la élite sobre las tierras nativas.

Por lo tanto, la exclusión social de estos indígenas durante buena parte del siglo XIX, en el caso de Brasil, se dio también con la ayuda de conocimientos generados por una incipiente arqueología nacional, en cuyos pilares se asentaron algunas ideas Difusionistas y el Determinismo Ambiental y biológico de aquel entonces, además de otros principios culturales considerados Occidentales, como ya hemos visto. Una plataforma sobre la que la argamasa de varios mitos edificó la construcción simbólica de la nación brasileña (Langer 2000:13), sobre todo, a nuestro ver, el que representó la hipotética colonización de su territorio por navegantes fenicios.

La Amazonia “fenicia”

La teoría sobre fenicios en Brasil había aumentado en alguna medida a partir de la llegada de la familia real lusa a su colonia, creció tras la independencia del territorio y se mantuvo como hipótesis aun después de la proclamación de la República en 1889, y hasta por lo menos la tercera década del siglo XX. Esta creencia era alimentada, sobre todo, por noticias publicadas en la prensa dando cuenta de la existencia en el país de pictogramas, dibujos misteriosos, señales raras y símbolos semejantes a letras de lenguas de pueblos sobre todo orientales. Varias

de esas supuestas fuentes antiguas se localizaban en la selva amazónica. Ahora analizaremos por separado esta teoría en dicha región, porque consideramos que en ella se revistió de cierta particularidad respecto a otras partes del territorio brasileño, dentro de los acontecimientos del siglo XIX.

La existencia de una de estas pseudo pruebas arqueológicas fue anunciada en una sesión del IHGB en 1848: se trataba de un ídolo antiguo esculpido en un tipo de piedra difícil de encontrar en la región amazónica. Había sido encontrado por una misión científica denominada *Expedition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*, cuyas actuaciones serían publicadas en París, en 1850, a través del volumen V, de *Chez P. Bertrand Libraire Éditeur*. Dos exploradores, el inglés François Louis Nompur de Caumont La Porte, conocido como Conde de Castelnau (1810-1880) y el francés Émile Deville (1824-1853), habían capitaneado esa expedición financiada por el gobierno francés (Langer 2000:139 y 244-5). El hallazgo se produjo en la parte brasileña de la selva en 1847, en una de las orillas del río Negro, afluente del Amazonas. La estatuilla semejante a un simio, y hallada delante de la casa de un cierto Joaquim Anvers da Costa Côrte Real, fue inmediatamente enviada al Museo del Louvre. El periódico francés *L'Illustration* simplemente atribuyó su origen a la presencia de antiguos navegantes en la región.

El propósito inicial del Conde de Castelnau y su compañero, a sueldo de Francia, era cruzar la América del Sur desde la costa Atlántica hasta el Pacífico a la altura de la línea del ecuador. Sin embargo, podemos notar que había también cierto empeño previo de los franceses en descubrir, en esta área, materiales arqueológicos, un objetivo, al parecer, disimulado y que no fue asumido por los dirigentes de la expedición. Si así fuera, quizás esta actitud represente precisamente la verdadera estrategia trazada por la política francesa en esa parte del mundo por aquella época. Por ahora, es lo que podemos deducir a juzgar por la rapidez francesa en atribuir a dichos materiales encontrados su pertenencia a navegantes transoceánicos anteriores a la llegada de los portugueses. Otras acciones francesas nos ayudarán a confirmar la mencionada estrategia a que ahora nos referimos. Probablemente al atribuir la primacía de su descubrimiento a un pueblo antiguo intentaban quitar la paternidad Ibérica sobre el inmenso territorio

amazónico, lo que, en suma, daría libertad a los franceses para explotar sus enormes recursos. Es preciso recordar que la monarquía francesa mantuvo con el Imperio brasileño, durante el siglo XIX, una polémica al atribuir a navegantes franceses (Naidallac 2005:9) el primer viaje de europeos modernos al territorio que vendría a ser más tarde Brasil, a finales del siglo XV.

En cambio, el IHGB reaccionó pronto a la noticia publicada por el mencionado periódico francés, al descubrir que dicha escultura había sido confeccionada en realidad nada menos que por el albañil brasileño Antonio Jacintho de Almeida, uno de los encargados de demarcar tierras para asentamientos en el área en torno al final del siglo XVIII, como lo constató el socio Antonio Ladislao Monteiro Baena, en carta enviada al Instituto, titulada *Resposta ao Ilmo. E Exm. Sr. Presidente do Pará Herculano Ferreira Penna*. Un área sobre la que también corrían noticias de la existencia de oro (RIHGB 1870:97-107) y piedras preciosas.

Aun así, el desmentido oficial de parte del órgano nacional no impidió que exploradores franceses posteriores insistiesen en asociar otros descubrimientos de inscripciones rupestres y de esculturas antropomorfas realizados en la misma selva amazónica, a la presencia de antiguas civilizaciones occidentales. Más tarde se demostró que se trataba de estatuillas pertenecientes a una antigua cultura indígena local que las construyó (Prous 1992:450-2) utilizando pizarra, esteatita o arenisca.

Sin embargo, como ya sabemos, había dentro del propio IHGB un grupo de intelectuales que sí creían en una antigua visita semita, aunque con otro propósito distinto al de favorecer a los franceses. El nivel que alcanzó toda esa polémica puede ser comprobado a través de la edición en aquel momento de un romance sobre el tema (Langer 2000:249-52). En efecto: el director de la sección de arqueología del Instituto, Manuel de Araújo Porto Alegre (1806-1879), conocido como Barón de Santo Ângelo, escribió la parodia literaria llamada *A Estatua amasonica: uma comédia archeologica dedicada ao Ilmo. Sr. Manoel Ferreira Lago, 1848*, publicada en Rio de Janeiro, en 1851. Una obra de ficción en la cual el autor consideró que la pequeña escultura habría sido traída a la jungla desde el Ofir bíblico por comerciantes fenicios, quienes a su vez habrían habitado las márgenes del río Amazonas, para quienes la estatua representaba al dios Baal, pero que al

ser examinada en París, se descubre que era obra de un simple albañil amazonense. Lógicamente se trató de una historia tal y como la que querían imponerles los franceses a los brasileños.

También en 1851 y en medios académicos europeos, fue publicada la obra conjunta del suizo Johann Jakob von Tschudi (1818-1889) y del mineralogista peruano Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz (1798-1857), llamada *Antigüedades peruanas*, cuyo contenido principal consistía en los impresionantes y misteriosos monumentos Incas. Es de suponer que, naturalmente, estos estudios serían leídos con bastante interés por la sociedad europea, y seguramente despertarían también entre los Viajeros Naturalistas un gran deseo en explorar la región amazónica. Probablemente vendrían con la secreta intención, de poder corroborar arqueológicamente algunas narraciones del Viejo Testamento (Pritchard 1958; Trigger 2006) para intentar demostrar alguna relación de pueblos antiguos, tales como los fenicios, con las ruinas arquitectónicas aquí existentes cuya autoría aun no se había desvelado. Una hipótesis que, si llegaba a probarse, ayudaría a los intereses galos en la amazonía.

Efectivamente, las expediciones galas se movían en esta área por razones mayormente económicas. Asentada en la vecina Guyana, Francia mantuvo una disputa en torno a los límites fronterizos entre su colonia y la entonces provincia brasileña de Amazonas. La razón parece ser que exploradores franceses habían encontrado oro en esa época justamente cerca de la frontera brasileña, y, por lo tanto, deseaban ampliar su territorio en detrimento del de Brasil, como forma de protegerse de una invasión de los excavadores brasileños de minas. Los hallazgos de vestigios arqueológicos en el interior amazónico podrían convertir esa zona justamente en un espacio geográfico considerado ya conocido en el mundo antiguo, y por lo tanto libre del monopolio luso. Lo que favorecería a los intereses franceses, pues abriría el área a la explotación de otras naciones en función de su status de zona internacional.

Francia no estaba sola en ese cometido. La cuenca hidrográfica amazónica sería continuamente explorada por varias expediciones científicas extranjeras sobre todo a partir de mediados del siglo XIX. La inmensidad del territorio hacía suponer

que abrigaba enormes recursos económicos. De hecho, en el mundo existía un continuo incremento del precio de algunos productos naturales tal como el caucho, del cual la región fue gran productor mundial durante décadas. Diferentes naciones europeas, y también Estados Unidos, demostraron enorme interés en conocer el potencial de recursos de la mencionada región (Ferreira 2007:137-8). Pensamos también que es razonable suponer incluso que dichas naciones intentaran conseguir un cauce fluvial que conectara el Atlántico con el Pacífico a través de alguno de los más de mil afluentes del río Amazonas, como ya habían intentado los primeros navegantes ibéricos, desde el español Francisco de Orellana (1511-1546) en el siglo XVI. Un hecho de gran importancia militar y comercial que acabó concretando Estados Unidos abriendo el canal en territorio panameño al inicio del siglo XX.

Inicialmente, la monarquía brasileña procuró evitar las embestidas extranjeras en el río Amazonas alegando cuestión de seguridad nacional, pero los medios económicos internacionales y las negociaciones diplomáticas abrieron por fin la navegación a las expediciones científicas transnacionales. Estas también reseñaron vestigios arqueológicos relacionados con la presencia de antiguos navegantes semitas en la región. Viajeros Naturalistas extranjeros y nacionales, habían anteriormente explorado el área, y algunos no solo ya conocían inscripciones rupestres tales como las “Pedras Pintadas”, situadas a orillas del río Negro, sino que también habían atestiguado ahí la existencia de oro y plata (RIHGB 1870:423, 425 y 465). Los dibujos y señales encontrados estaban ubicados en rocas próximas a cascadas, en sitios de difícil acceso o en lugares que eran cubiertos por las crecidas anuales de los ríos. Estos vestigios fueron atribuidos a los fenicios principalmente por religiosos que habían vivido entre los indígenas del lugar, y que, en su día, hablaron de la similitud entre los caracteres de las lenguas indígenas y el idioma hebreo, tal como hizo también el religioso José Antônio Lisboa, en correspondencia enviada al IHGB en 1848 (497-8). A partir de estos hechos, algunos franceses también habrán podido sacar sus conclusiones acerca de la descendencia semita de los indígenas que habitaban la región amazónica.

Casualmente, en contra de la propuesta y de los intereses franceses en el área saldría a la luz el libro *História Geral do Brasil*, publicado entre 1854 y 1857, por historiador brasileño Francisco Adolfo de Varnhagen (1816-1878). La obra del historiador y diplomático consideró inicialmente a los nativos amazónicos bárbaros, y apuntó varias características negativas de estos habitantes. De esta forma justificaba la necesaria presencia del civilizador portugués en el área. Y aunque consideró a los indígenas inferiores material y moralmente, acabó contribuyendo a que estos adquirieran cierta importancia en el momento en que algunas referencias contenidas en su obra sobre dichos nativos, fueron utilizadas en las gestiones diplomáticas llevadas a cabo para consolidar las fronteras del actual Estado brasileño del Amapá, entre 1897 y 1900, ante una Guyana francesa dispuesta a ampliar su territorio frente al brasileño (Langer 2000:180-1; Ferreira 2007:170-86). En efecto: cuando Francia cuestionó las delimitaciones fronterizas exigidas por Brasil, la diplomacia nacional utilizó datos arqueológicos presentes en la obra de Varnhagen (1816-1878) para fundamentar la existencia previa de una nacionalidad brasileña indígena en el área disputada, alegando la presencia del idioma portugués ahí hablado por los indios desde el principio de la ocupación colonial lusa. La introducción de este idioma fue fruto del trabajo que había sido llevado a cabo por los Jesuitas durante el periodo de Catequesis desarrollado desde los primeros siglos. Finalmente, como resultado de un arbitrio internacional, las líneas limítrofes entre ambos territorios no fueron movidas en favor de los franceses.

La intención francesa ya había quedado clara en el pasado. Según el *Relatório do Segundo Secretário Pépetuo*, del IHGB, Manoel Ferreira Lago (1817-1871), los temas culturales más importantes para los socios del órgano eran en 1844: la búsqueda de monumentos en Brasil y que comprobaran o rechazaran los vestigios de la Atlántida de Platón a través de la existencia de Ciudades Olvidadas o Abandonadas, los estudios lingüísticos y las costumbres indígenas y el conocimiento geográfico del inmenso territorio, en particular de las fronteras internacionales de Amazonia (RIHGB 1973:8-28). Esta última cuestión, según el Secretario, muy importante, ya que en su libro *Notícia histórica sobre a Guiana Francesa*, enviado al IHGB, el autor francés Henrique Ternaux-Compans, proponía

la fundación de un nuevo modelo colonial en el espacio de la Guyana Francesa, con base en un sistema poblacional y cultural propio para las regiones tropicales. En su obra el francés incluso abogaba por la migración espontánea de las tribus que habitaban el lado brasileño de la línea fronteriza para que se pasasen a Guyana, como forma de eludir la persecución que sufrían de parte del propio Gobierno brasileño. Un propósito que los franceses persiguieron con ardor, a fin de asegurar sus intereses económicos en la región.

Según la arqueóloga francesa en Brasil, Gabriela Martín (1997:113-22), las interpretaciones dadas para explicar los orígenes de pinturas, caracteres, señales y dibujos rupestres encontrados en la geografía brasileña - Incluido el territorio Amazónico -, por lo menos desde el comienzo del siglo XIX hasta el principio del XX, optaron por la supuesta venida de los navegantes fenicios. Desde el punto de vista bibliográfico, una de las obras que más contribuyó a esa creencia fue la del francés Jules Henry Onffroy, más conocido como Enrique Onffroy de Thoron (1810-1893) titulada *Voyages des Flottes de Salomon et d' Hiram en Amérique: position géographique de Parvaim, Ophir & Tarschisch*, Imp. G. Towne, en la París de 1868, la cual gozó de gran popularidad en Europa. Al año siguiente, esa publicación apareció en Italia con el título de *Voyages des Vaisseaux de Salomon au Fleuve des Amazones*. Esta monografía defendió el viaje transatlántico de los navíos del soberano judío, los cuales habrían remontado el río Amazonas hasta las márgenes brasileñas del río Yapurá en la frontera con el Perú, entre 993 y 960 a.C. Según eso, Ofir estaría ubicada entre Perú y Brasil (Vivante & Imbelloni 1939:40), donde estas naves supuestamente cargaban gran cantidad de oro y la madera usada para construir el Templo de Salomón. Esto explicaba, según el francés, los tres años que tardaban los navíos semitas desde su salida hasta su regreso a los puertos fenicios del mar Rojo (Eritreo) abarrotados de mercancías consideradas tropicales. El enfoque del autor francés enfatizó la empresa como principalmene conducida por Salomón. Una nueva cronología conforme algunos investigadores (González de Canales et al. (2006:115), fecha el gobierno de Hiram I de Tiro ca. 950-917 a.C.

El autor francés parece privilegiar la importancia de Salomón por encima de Hiram, mientras que Wagner & Ruiz (2004) atribuyen el predominio de esa relación

entre los dos monarcas al rey de Tiro, basados en aspectos que ya transcribimos en la 1ª Parte. Para estos autores, uno de los aspectos se debe precisamente a la interpretación superficial y caprichosa que algunos autores de las Sagradas Escrituras hacen en favor de los hebreos respecto a los hechos narrados.

En realidad, no resulta difícil concluir que una parte de la teoría de Thoron (1810-1893) fue básicamente copiada de Montano (1527-1598), 300 años después, si bien es cierto que le añadió algunos análisis lingüísticos, como por ejemplo cuando propone que el origen del nombre del río Solimões (uno de los más de mil afluentes del Amazonas) deriva de una corrupción del nombre del rey Salomón. La obra del francés, cuya familia era noble y había huido a Inglaterra tras la Revolución Francesa, fue divulgada en una época de marcada revalorización del pueblo fenicio, acuñándose entonces el término de “civilización fenicia”.

El libro de Enrique Onffroy de Thoron (1810-1893) aun despierta interés en Brasil hoy día. A ello contribuyó inicialmente la Cámara Municipal de Manaus, entonces capital de la provincia de Amazonas, al promover su traducción y su publicación en el país en 1876, con lo que se ayudó a popularizar la teoría de que antiguos comerciantes semitas habían navegado el Amazonas. Desde entonces, hubo publicaciones adicionales, incluyendo una más reciente en el siglo XXI.

Entre 1871 y 1874 Brasil enviaría a la inmensa selva la expedición del naturalista João Barboza Rodrigues (1842-1909), con la finalidad de cartografiar la navegabilidad de importantes afluentes del río Amazonas, probablemente con el objetivo, entre otros, de poder encontrar una salida hacia el Pacífico. La misión también recolectó datos de la fauna, flora y realizó registros etnográficos. Al año siguiente publicó varios informes en la revista *Ensaio de Ciências*, con el sugestivo título de *Antiguidades Amazônicas*, en los cuales se calcó incluso el dibujo rupestre de un barco, encontrado en la Isla de la Piedra, en uno de los afluentes del río Negro. Imagen que fue interpretada por el naturalista brasileño como una embarcación vikinga de dos mástiles llamada *drakkar* (Ferreira 2007:46-7). En cambio, para el lingüista francés Charles Etienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), correspondiente del IHGB, se trataría de un navío fenicio, empleado por algunos de los supervivientes de la Atlántida que habrían ido a parar a la selva

amazónica. Opinión que compartió el arqueólogo Tavera-Acosta (1956:96 y 103), quién creyó, además, en la autenticidad de la famosa Inscripción de Paraíba.

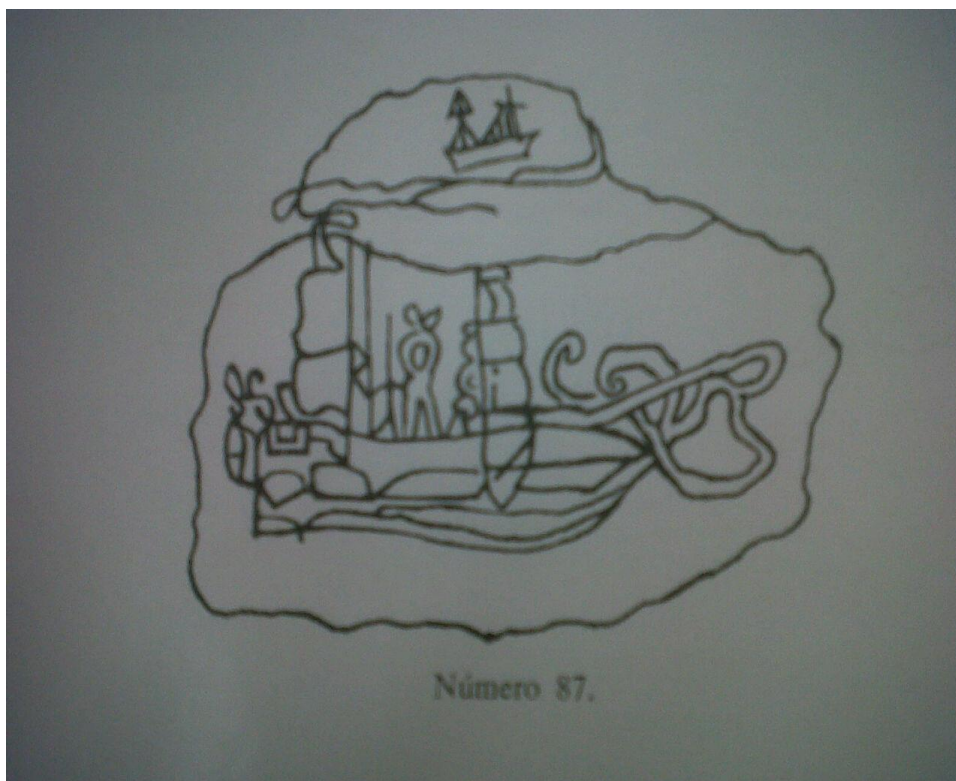


Figura 27: Dibujo copiado de una piedra durante el siglo XIX, en el poblado brasileño de Santa Isabel, Isla de la Piedra, orilla del Río Negro, uno de los más de mil afluentes del Amazonas. Interpretado en un principio como un barco vikingo y después, como una embarcación fenicia. Fuente: *Tavera-Acosta (1956, 87)*.

La Amazonía fue escenario de otras polémicas entre socios del IHGB en torno a la causa fenicia. El alemán Hermann Von Ihering (1850-1930), que actuaba en el área, creía que los fenicios no podían haber estado en Brasil, dadas las escasas - y a veces presuntas - pruebas arqueológicas presentadas. Tampoco se podía considerar como material semita un hacha fabricada con el mineral jadeíta (piedra relacionada con artesanos fenicios) hallada en la selva Amazónica, solo por el hecho de que no existieran minas en el entorno geográfico del hallazgo. Así lo expuso el arqueólogo en 1904, en su artículo *Arqueologia Comparativa do Brasil. Revista do Museu Paulista*, (6): p. 550-557, según Lopes (1997:265-91). En efecto,

una hipótesis de la época defendida por varios investigadores, basaba la relación comercial entre navegantes antiguos y los nativos amazónicos, apenas apoyada en la ausencia del referido mineral en suelo brasileño. Hasta que entre finales del siglo XIX y comienzo del XX se encontró minas de jadeíta en la ciudad de Amargosa, interior del actual Estado de Bahia, región noreste. En ese momento, el referido arqueólogo alemán (Ferreira 2007:210-14), decidió desmontar definitivamente la hipótesis de sus opositores defensores de la presencia de navegantes fenicios en la Amazonía. De esta forma ayudaba también a desestimar algún posible apoyo francés a la fallida causa.

La hipótesis basada solo en la ausencia de ese mineral en la zona había sido abordada antes por otro francés, Jean François Albert du Pouget (conocido como Marqués de Nadaillac) (1818-1904), en su obra de 1883, *L’Amerique Préhistorique*. Este autor sugirió el origen oriental de los pueblos de Amazonia al inclinarse también por la procedencia asiática de pequeños colgantes y pendientes del mismo mineral, conocidos como *Muirakitãs*, y encontrados en tumbas indígenas de la región. Esos materiales fueron investigados también por el arqueólogo brasileño João Barboza Rodrigues (1842-1909), a sueldo de la monarquía sudamericana, si bien él apoyaba la tesis de la presencia vikinga en el área. Para Nadaillac, mientras tanto, existía una conexión entre los antiguos habitantes del México (de acuerdo con el sitio arqueológico de Palenque) y Perú, respecto a los egipcios, debido a enorme similitud entre las pirámides y los jeroglíficos observados en estas áreas (2005:14, 260-3, 327-8 y 472-5), tal vez como resultado del intercambio de productos e informaciones proporcionado por los barcos comerciales fenicios. El mismo autor insistía aun en el origen semita de los *Moundbuilders* encontrados en Estados Unidos, basado no solo en los descubrimientos arqueológicos producidos en Palenque y en la Amazonia durante el siglo XIX, sino también en estudios de historiadores españoles anteriores, de la talla de Juan de Torquemada (1557¿-1624), quién había relacionado los sacrificios de indígenas mexicanos (p. 272) con pueblos antiguos Mediterráneos. En su obra, Nadaillac (1818-1904) se refirió también a las tesis de Castelnau (1810-1880), Varnhagen (1816-1878), Martius (1794-1868), Richard Burton (1821-1890), y Couto de Magalhães (1837-1898),

investigadores que de una forma u otra creían en una especie de red marítima que conectó los antiguos semitas al Nuevo Mundo.

La artesanía denominada *Muiraquitã* estaba esculpida en jadeíta y constaba de pequeñísimas replicas de algunos animales de la selva amazónica. Para esta época ya se sabía que los fenicios eran hábiles artesanos. Y fue quizás por esa razón por lo que el rey Pedro II (1825-1891) dirigió una carta al importante antropólogo francés de esa época, Armand de Quatrefages (1810-1892), para que considerara si estos vestigios podían confirmar la hipótesis del origen semita del remoto indígena brasileño, según consideraba Nadaillac (2005:475). Esto, seguramente, sirvió para aumentar la polémica antes de que el mineral fuese encontrado en el interior de Bahia, como ya subrayamos.

La supuesta relación comercial entre navegantes fenicios y antiguos americanos también fue considerada por un arqueólogo alemán y periodista en Brasil, Karl von Koseritz (1830-1890), en su libro *Bosquejos ethnologicos*, Porto Alegre: Typographia de Gundlach & Comp., 1884, p. 35 (Carneiro 1959), después de analizar una serie de vestigios encontrados de norte a sur del territorio brasileño. Precisamente en la zona del Sambaqui Conceição do Arroyo, en el interior del Estado de Rio Grande do Sul, se encontraron unas bolitas de vidrio que fueron consideradas por el alemán como materiales fabricados por artesanos del antiguo Mediterráneo, una vez que los nativos desconocían la técnica de la producción del vidrio cuando los portugueses llegaron al territorio en el siglo XVI. Continuando con la teoría del mismo arqueólogo, las urnas funerarias, las placas de plata y las hachas de cobre desenterradas en el litoral sur de Brasil, juntamente con los materiales excavados en la Isla de Marajó, en la desembocadura del río Amazonas, en la región norte, demostraban el antiguo intercambio comercial de norte a sur promovido por navíos fenicios. A esta misma conclusión llegó su colega arqueólogo Theodoro Bischoff a partir de las diferencias llamativas encontradas en sus investigaciones, entre algunos cráneos desenterrados en el Sambaqui Conceição do Arroio respecto a los fósiles indígenas brasileños. Estas noticias fueron publicadas (RIHGB 1884:181-2) en la *Gazeta de Porto Alegre*, periódico del Estado de Rio Grande do Sul.

El origen de las perlas de vidrio fue descifrado posteriormente a partir de un examen microscópico efectuado por otro alemán, Otto Tischler (1843-1891), y divulgado durante el Congreso de Americanistas de 1888, en Berlín (Brochado 1969:7, 42 y 83; Ferreira 2007:214). Procedían, en realidad, de la ciudad de Venecia, fechadas entre finales del siglo XVI y principio del XVII. Según Tischler, probablemente se trataba de esferas de cristal que habían formado parte de collares utilizados por los portugueses durante el trueque por madera y productos tropicales. Lo que nos lleva a concluir que el único eslabón posible entre navegantes fenicios e indígenas americanos se encontraba, tal vez, en la similitud del antiguo *modus operandi* empleado por los semitas en los enclaves indígenas mediterráneos, y que era similar al utilizado por los portugueses en el Nuevo Mundo en sus primeros contactos con los indígenas. Un sistema de trueque, que como ya mencionamos, había relatado Herodoto (IV, 196) cuando explicó que los púnicos desembarcaban sus productos en la playa y volvían a sus naves fondeadas en un lugar seguro a la espera de que los habitantes del lugar, a quienes habían avisado mediante señales de humo, se acercaran para examinar la mercancía. El sistema seguía, sin necesidad de intercambiar palabras, hasta que las dos partes mostraban su acuerdo con la respectiva ganancia, llevándose el trueque cada uno a su turno.

También los dibujos hallados en petroglifos en cuevas cercanas a los lugares en donde se recuperaron las bolitas de vidrio, en el interior del mencionado Estado del sur de Brasil, fueron traducidos a mediados de la década de 1930, con base en la “*semelhança com caracteres ideográficos e alfabéticos sumérios, etruscos, ibéricos, ogânicos, egípcios, cretenses, hebraicos e grego antigos*”. Un esquema utilizado por arqueólogos brasileños (Brochado 1976:137) desde el siglo XIX hasta el XX, pero que después fue considerado como el producto de interacciones entre indígenas y los primeros europeos en el área a partir del siglo XVI o XVII.

En efecto, entre 1969 y 1972 se llevaron a cabo excavaciones en esta misma área situada en el interior central del Estado de Rio Grande do Sul. Entre otros materiales, fueron recuperadas tres urnas funerárias. Y según Brochado (1976:119): “*uma delas possui estranhas alças ou asas colocadas pelo lado interno em vez de externamente e outra continha contas cilíndricas de vidro azul e branco*”.

Sin embargo, esa investigación atribuyó el material al contacto entre indígenas y lusos o españoles.

Las investigaciones del siglo XIX llevadas a cabo en los sitios arqueológicos Sambaquis, desde las márgenes del río Amazonas y sus afluentes hasta el extremo litoral sur del país en el Estado do Rio Grande do Sul, sirvieron como fuentes para defensa de hipótesis sobre el origen del hombre brasileño (Ferreira 2007:227), sobre todo a partir de la década de 1860. Algunos de estos lugares arqueológicos fueron visitados frecuentemente por Pedro II (1825-1891), en una época en que la monarquía buscaba precisamente definir una identidad nacional. Em cambio, para los arqueólogos de hoy día, el pueblo milenario constructor de los Sambaquis fue el verdadero ancestral del nativo brasileño.

¿Eran barcos fenicios?

Como hemos visto era deseo de la monarquía brasileña (1822-1889) volver su sociedad un modelo de civilidad. Y en este sentido se pensó que el mito de la presencia fenicia podía de algún modo transformarse en realidad. La meta cultural era conseguir que los fenicios fuesen los antiguos habitantes de Brasil. La intelectualidad monárquica deseaba comprobar su presencia en el territorio tropical ya que, según se pensaba, la mera asociación teórica y mítica a un pasado remoto considerado civilizado no era condición suficiente para vincular concretamente el Brasil a las naciones consideradas civilizadas del Viejo Continente. El país también quería ser un representante del progreso europeo. Por esta razón, la única monarquía de patrón occidental que existió en el continente sudamericano, la de Brasil, ansiaba una comprobación material que ligase efectivamente los navegantes semitas a su antiguo territorio.

Esa oportunidad pareció haber resurgido en la década de 1850, cuando corrió la noticia de que habían sido encontrados restos de un supuesto barco fenicio en la costa Atlántica, entre las actuales ciudades de Paranaguá (Estado de Paraná, región sur) y las de Iguape y Cananeia (Estado de São Paulo, región sureste). La prensa de la época prefirió bautizar el hallazgo con el nombre de Navío de Cananeia (RIHGB 1866:380). Una denominación sugerente, suscitada probablemente por la

coincidencia del nombre del poblado brasileño asociado al vocabulario semita, ya que los restos en realidad fueron encontrados en un Sambaqui próximo a la ciudad de Paranaguá, en el Estado de Paraná, región sur. Pero para los que pensaban comprobar así la presencia fenicia en América, el análisis de los vestigios llevado a cabo por el brasileño Guilherme Schüch, conocido como Barão de Capanema (1824-1908), industrial del ramo mineral y miembro del IHGB, les defraudó profundamente. La conclusión del noble fue que debió tratarse de una simple canoa indígena (Langer 2000:84) hecha de una sola pieza de madera a partir de la cáscara de un gran árbol tropical y que estaba cubierta por gran cantidad de conchas marinas.

Casi cuarenta años más tarde, otro socio del IHGB, el político Tristão de Araripe (1821-1908), criticaría una interpretación hecha por algunos escritores franceses de su época en torno al dibujo del globo terrestre de 1520, confeccionado por el cartógrafo y religioso alemán Johannes Schroener (1477-1547). Se trataría de un nuevo intento francés por reclamar su derecho sobre el territorio de la Amazonia. En este mapa, el río Cananeia, en el mismo litoral de São Paulo, aparecía como un punto geográfico ya conocido en Europa antes de la llegada de los portugueses a Brasil en 1500, debido a que supuestos navegantes franceses habrían estado en esa costa con anterioridad (RIHGB 1886:315-31). De modo que, según estos escritores franceses, habrían ocurrido dos viajes galos antes de los portugueses. En el primero, el capitán Binot Paulmier de Gonneville habría divisado el río Cananeia. Mientras que en el segundo, realizado en 1488, - según el arqueólogo francés Paul Gaffarel (1843-1920), en su *Istoria do Brazil francez* (p. 24-6) -, su compatriota francés Joan Cousin habría estado en el río Amazonas al ser su barco arrastrado por corrientes marinas desde una de las islas portuguesas de Azores. La polémica quedó zanjada en 1869, cuando los documentos probaron en definitiva que el primer viaje francés hacia las costas del territorio brasileño ocurrió en realidad en 1503, según la explicción del propio Araripe (1821-1908). Este autor no se posicionó en favor de la presencia de fenicios o cartaginenses en Brasil solo porque existía la posibilidad de que corrientes oceánicas pudieran haber arrastrado sus barcos desde la costa de África hasta el continente sudamericano.

Araripe rechazaba la presencia semita, pero defendía la hipótesis de la influencia vikinga sobre los nativos americanos. En 1890 publicó *A navegação dos normandos para o Brazil*, en la *Revista do IHGB*. En 1887, este mismo autor reprodujo la noticia sobre el hallazgo de una estatua marmórea, que según su propia declaración habría tomado del periódico brasileño *Jornal do Comércio*, publicado en la entonces provincia del Amazonas, región norte, la cual representaba “um guerreiro, talvez o Deus marte” (RIHGB 1887:234), y que se creyó en conexión con la mitología nórdica. Y aunque la pieza fue expuesta en un Museo Botánico de Amazonia, fue retirada poco después debido a que otro socio del IHGB, el arqueólogo João Barboza Rodrigues (1842-1909), la describió como un fraude (Costa 1896:75-7). La estatuilla, en efecto, había sido obra de un agricultor del área. Rodrigues, quien creía también en el origen vikingo, solicitó al amigo Araripe que escribiera a los periódicos de Rio de Janeiro (RIHGB 1887:234), entonces capital de la corte, denunciando la falsa estatua clasificada de forma equivocada por la prensa como griega.

Cuestión de fronteras

Como hemos visto, el mito fenicio estuvo presente de alguna forma en distintas etapas de la historia de Brasil, primero en época colonial y después en la era monárquica. En ese sentido, a mediados del siglo XIX, el Imperio brasileño y las repúblicas sudamericanas vecinas todavía no conocían completamente sus límites fronterizos comunes, conforme atestiguan algunas escaramuzas entre ellas particularmente en la región del cono sur. Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, buscaron controlar geopolíticamente la rica región que circundaba la estratégica cuenca hidrográfica del Plata (Ferreira 2000), por donde podían drenar económicamente sus mercancías.

También hemos visto la relación que había entre algunos Viajeros Naturalistas y el Imperio brasileño. Contratados para visitar las varias regiones de frontera, uno de sus objetivos era dar a conocer los límites geográficos del país de norte a sur, en el continente sudamericano. Así, la misma región del río de la Plata fue visitada por expedicionarios también con el objetivo de buscar el Dorado y las

Ciudades Olvidadas o Abandonadas. Estas visitas se dieron antes y después de que estallara el más grave conflicto bélico hasta el día de hoy en América del Sur. Una guerra que aunó Argentina, Brasil y Uruguay en contra de Paraguay, justamente por el desacuerdo en las delimitaciones de sus fronteras comunes, incluida la navegación de los ríos que surcaban la cuenca del Plata. Las batallas se desarrollaron entre 1864 y 1870 (Doratioto 1991), acabando en trágicas consecuencias para la población masculina de Paraguay, país que, además, vio disminuir en casi un tercio su territorio y perdió el acceso al río de la Plata.

Una de las expediciones dirigidas al área mientras se libraban los combates fue la del británico Richard Francis Burton (1821-1890). Su libro *Explorations of the highlands of the Brazil*, publicado en Londres en 1869, apareció precisamente como resultado de sus viajes por la meseta central del país. El Viajero Naturalista exploró también el interior del Estado de Bahia, en donde se suponía que existía una Ciudad Olvidada. Sus ideas coincidían con las del historiador y paisano suyo Robert Southey (1774-1843) - quién escribió una *História do Brasil*, editada en Inglaterra entre 1810 y 1819 –, sobre la esperanza que ambos tenían en poder demostrar la existencia de un antiguo pueblo civilizado “possuidor da terra anteriormente aos atuais selvagens” de Brasil, y de la cuál no se conservaba la más mínima tradición (Burton 1941:39). Burton era militar, y ejerció también de espía, lingüista y escritor. Como arqueólogo, excavó en Europa, Asia y África, en busca de minas y objetos antiguos de gran valor financiero (Ferreira 2007:228). En sus relatos, vemos también referencias a incursiones realizadas por otro paisano suyo, Henry Koster (1784?-1820), en el interior del actual Estado de Paraíba, región noreste, durante la segunda década del siglo XIX, en las cuales se refirió a señales que la gente de allí consideró ser jeroglíficos. Además de creer en la teoría de los navegantes fenicios en Brasil, Burton publicó una versión inglesa del *Manuscrito 512* sobre la supuesta Ciudad Olvidada, contribuyendo así a popularizar la idea de su búsqueda entre sus colegas exploradores ingleses.

De ese modo, es muy probable que la búsqueda de monumentos y ruinas en el interior de la vasta geografía brasileña impulsada por la creencia en el origen civilizado de sus antiguos nativos, haya intentado ocultar el propósito principal de

las expediciones, que era conocer mejor los límites geográficos que Brasil mantenía con sus vecinos. La teoría de los fenicios en el territorio brasileño, probablemente se constituyó también, de esa forma, en una excusa al servicio de los intereses militares del Imperio sudamericano.

El ambiente imperialista y científico

Para Ferreira (2007:82 y 274-7), alrededor de 1870, las fuerzas resultantes del Colonialismo Interno, sumadas a la Mundialización de la Ciencia y la contundencia Imperialista de la época, explican una nueva acción política y cultural no solo en Brasil sino en otras partes del mundo, evidenciando que la preocupación por la presencia fenicia en otras regiones del planeta no era un tema exclusivamente americano ni únicamente brasileño. En el Zimbabwe africano, por ejemplo, la expedición arqueológica del británico Cecil John Rhodes (1853-1902), en el inicio de la década de 1890, había encontrado supuestas acrópolis y ruinas de ciudades atribuidas a fenicios. Y de paso, el inglés descubrió ricas minas de diamantes. Hombre de negocios y con problemas de salud, Rhodes se mudó a Sudáfrica en donde se volvió millonario al fundar con otros socios ingleses la famosa compañía De Beers, que llegó a controlar más de la mitad del comercio mundial de esta gema. Para él, la superioridad de la raza blanca frente a los demás pueblos era algo indiscutible.

La presencia de fenicios en esa parte de África sería propugnada por el arqueólogo Richard Hall (1853-1914) en posteriores excavaciones, aunque hoy día no hay pruebas de esa presencia. En realidad, considerar como colonias fenicias estas antiguas ocupaciones humanas (Trigger 2006), no dejaba de ser un intento de justificar científicamente cierto derecho de estos europeos sobre algunas áreas del continente africano. La propuesta de algunos intelectuales de la época era, justamente, hacer de herederos de esas antiguas ruinas consideradas semitas, a sus contemporáneos cristianos europeos. Era la carrera por conquistar África. Los fenicios eran adjudicatarios de la creación del alfabeto occidental, además de ser conocidos como expertos marineros y excelentes comerciantes. Y, por encima de todo, compartían con los europeos parte de las Sagradas Escrituras, que era

finalmente el mundo cristiano de los exploradores y arqueólogos. Una conexión cultural casi perfecta, que jugó un importante papel en el proceso de conquista militar de estas áreas en donde había sobre todo abundancia de riquísimas materias primas.

Los reflejos de los referidos vectores mundiales también se hicieron sentir en el territorio brasileño y dieron un norte a su incipiente arqueología. El arqueólogo estadounidense Orville Adalbert Derby (1851-1915) fue uno de los que, en 1871 excavaron el sitio arqueológico Teso do Pacoval, en el centro de la isla de Marajó, en la desembocadura del río Amazonas. Aquí desenterró algunos materiales: potes para almacenar alimentos, pipas de barro, jarros, platos, cuencas, pequeñas esculturas antropomorfas y urnas funerarias. Los ajuares se situaban en un área que sufría frecuentes inundaciones a su alrededor causadas por el ciclo anual de lluvias torrenciales, dejando el lugar aislado provisionalmente de incursiones por tierra. Coincidentemente, no solo se trataba de un modelo de ocupación de características fenicias, sino que también sus materiales cerámicos presentaban relieves y pinturas geométricas de hombres y animales (Costa A. 1938:97), que guardaban similitud con los fenicios, según varios arqueólogos de la época. Unos materiales que van a ser técnicamente bastante diferentes de otros vestigios del área circundante, considerados estos últimos típicos de los indígenas de Amazonia (Roosevelt 1992). A esta civilización considerada avanzada se la llamará Marajoara, y a su necrópolis Teso, término equivalente al *Moundbuilder* norteamericano, ya que ambos eran túmulos parecidos en forma y contenido, tal como lo demostraron los trabajos del arqueólogo. Derby publicó el resultado de sus excavaciones en la revista norteamericana *American Naturalist* (13), en 1879, en el artículo *The Artificial Mounds of the Island of Marajó*, págs. 224-229 (Ferreira 2007:117). Su investigación también fue dada a conocer en Brasil.

Para el arqueólogo brasileño Ladislau Netto (1838-1894), los símbolos y dibujos de un determinado plato Marajoara, significó el “hymno conmemorativo de uma conquista, a descrição de uma migração colectiva fluvial ou marítima...”, en la que, según su análisis, “um grande chefe ou rei, embarcou numerosa quantidade de guerreiros em navios, atravessou um enorme oceano e alcançou um

país muito povoado, governado por outro grande rei”, y fijando en la región amazónica su residencia real. Esta descripción fue recogida por Langer (2000:264) en una de las obras del mencionado arqueólogo brasileño: *Investigações sobre a archeologia brasileira. Archivos do Museu Nacional, Vol. VI*, publicada en 1885, pág. 468. La traducción que hizo Ladislau Netto desvela de forma contundente la creencia de este investigador brasileño en la presencia de flotas extranjeras en esta isla oceánica muy cerca de la costa amazónica al norte de Brasil. Debemos subrayar que Ladislau Netto había traducido en 1872 la famosa Inscripción de Paraíba, con la cuál defendió la llegada de barcos fenicios al territorio nacional o, como mínimo creyendo que los Marajoaras habían recibido la herencia cultural (Duarte 1950:203-9) de estos navegantes.

En cambio, el suizo y arqueólogo Emílio Goeldi (1859-1917), director en 1891 del Museo Paraense (situado en el actual Estado del Pará, vecino a la misma isla de Marajó, región norte) diría a ese respecto en 1906 que las investigaciones en el sitio arqueológico de la isla de Marajó en la década de 1870 fueron objeto de interpretaciones equivocadas, y generaron harta literatura sobre teorías que él consideró absurdas. A ese respecto opinó: “veja medrar este querido pensamento fenício ainda hoje, tendo surgido recentemente pela literatura do Norte do Brasil”, una información recogida por Ferreira (2007:160-1) en la obra del suizo: *Boletim do Museu Goeldi de História Natural e Etnografia*, (4), págs. 764-765. Hipótesis que aludían no solo a poblamientos fenicios en la región amazónica, como defendió el director del Museo Nacional Ladislau Netto (1838-1894), sino también a la presencia de vikingos en la selva como sostenía el opositor teórico de éste, y director del Museo Botánico, João Barboza Rodrigues (1842-1909). Goeldi acusó a ambos investigadores, que dirigieron las más importantes instituciones culturales del Imperio, de enviar a los investigadores europeos sus meras creencias en teorías que jamás pudieron probar.

Sin embargo, la metodología usada por estos arqueólogos brasileños tenía un carácter algo moderno. Tuvo en cuenta la mensuración de los cráneos indígenas y la clasificación de sus instrumentos líticos y cerámicos según técnicas que entonces se llevaban a cabo en los yacimientos de los pueblos antiguos de Oriente

y Occidente. Los vestigios de los sitios arqueológicos brasileños estaban constituidos por urnas con huesos humanos o incineraciones, armas, utensilios domésticos y restos de comidas. Unos enterramientos que fueron justificados como la preparación del cuerpo para una vida en el más allá. La meta de estos arqueólogos era establecer comparaciones y periodizaciones para poder demostrar el carácter evolutivo de las pinturas más elaboradas y de los dibujos rupestres considerados religiosos del ajuar Marajoara. Para Derby (1851-1915) y sus discípulos la técnica de los Marajoaras habría sufrido influencias de antiguos artesanos extranjeros considerados civilizados. Eran conclusiones caracterizadas por el sesgo evolucionista y difusionista que influyeron el pensamiento académico de los intelectuales brasileños. Lo que a su vez fraguó en la inserción de teorías raciales incluso en el ámbito político (Schwarcz 1996) de la monarquía esclavista brasileña. Y aunque actualmente, según Meggers (1996:165-8 y 183-7) la secuencia cultural del área en donde habitó el pueblo Marajoara es considerada acertada, las influencias fenicia, vikinga, griega, china o egipcia que se han sido proponiendo con el paso del tiempo, quedan descartadas.



Figuras 28 y 29: Izquierda: excavaciones de W. Farabee en la isla de Marajó, 1915. Derecha: Contenido de urna funeraria. Fuentes respectivas: BARRETO, Cristiana. Meios místicos de reprodução social. Arte e estilo na cerâmica funeraria da Amazônia Antiga. 2008. 234 p. (Tese) – Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo, y www.eldoradocolombia.com.br.

En el último tercio del siglo XIX, la clase dirigente brasileña experimentaba un sentimiento de optimismo, a causa de varios factores. Uno de ellos fue la divulgación en Europa de los descubrimientos en la geografía nacional de fósiles de animales extintos, mezclados con restos humanos, hallazgos llevados a cabo por el Viajero Naturalista danés Peter Lund (1801-1880), (Matos 1939:81); este hecho suponía poner en igualdad de condiciones en el campo paleográfico a europeos y brasileños. Estaba también la victoria del país en la Guerra del Paraguay (1864-70), aunque el pueblo brasileño tuviese que pagar elevados intereses futuros por el préstamo contraído con los ingleses para financiar al ejército monárquico. La buena situación económica del Imperio gracias a los ingresos provenientes de la exportación del café y de algodón (Schwarcz 2002:304). Y, por supuesto, el descubrimiento de la que se llegó a llamar Civilización Marajoara, la cual permitió cierta proyección de la arqueología brasileña en el extranjero. Todos ellos fueron elementos que enorgullecían a la nación brasileña, y que dieron oportunidad a que los investigadores nacionales presentaran otros trabajos considerados de carácter arqueológico. Tal fue el caso del general Couto de Magalhães (1837-1898), miembro del IHGB y político en las entonces provincias de Goiás, Mato Grosso y Pará (regiones centro-oeste, y norte), en donde realizó sus investigaciones. Su monografía fue publicada en 1873 y, a pedido del monarca Pedro II (1825-1891), fue presentada en 1876 durante la Exposición Internacional de Filadelfia, en Estados Unidos (Bittencourt 1997:178 y 260). En ella, el militar y político defendió la existencia en suelo nacional de remotos hombres poseedores de técnicas incluso más desarrolladas si se comparaban con las de los que habitaron el continente europeo en la misma época, dado el grado de belleza y complejidad de algunos vestigios materiales entonces encontrados en Brasil. Recordemos que el fósil del hombre de Naendertal descubierto en 1857, solo fue definitivamente aceptado por la mayor parte de los académicos alrededor de 1900.

Más tarde, en la década de 1930, algunos autores de la Coleção Brasileira rechazaron la idea de que los nativos brasileños descendiesen de fenicios u otro pueblo antiguo considerado “civilizado”, como habían propuesto varios arqueólogos

del siglo XIX. Sin embargo, al seguir realizando comparaciones de carácter evolutivo entre los dibujos y pinturas de la cerámica Marajoara con las de pueblos mediterráneos y resaltando en sus análisis varias coincidencias entre ambas producciones, lo que hacían esos arqueólogos era alimentar en cierta forma la idea de que existían conexiones hereditarias entre dichos pueblos antiguos. Una actitud que invariablemente llevó a algunos académicos a ampararse en la explicación mitológica para justificar el origen desconocido del antiguo hombre brasileño de acuerdo con los vestigios arqueológicos encontrados en su territorio. Un enfoque que acabó reflejado también por la prensa. Eso queda claro cuando, por ejemplo, autores como Anyone Costa, decían: “podendo afirmar-se que os primeiros emigrados eram mais hábeis, tinham melhor gosto artístico” (1939:107), para intentar explicar las peculiares características de la producción Marajoara que destacó sobre las de su entorno. De esa manera, el lector desprevenido era inmediatamente llevado a pensar que no solo pudo existir aquí una civilización anterior y más desarrollada técnicamente, sino también que la de aquél entonces era ya decadente. Finalmente, el mismo lector podría llegar a concluir que existió en la isla una migración anterior, y pensar, incluso, en la existencia de viajes hasta el Nuevo Mundo de pueblos Orientales u Occidentales considerados civilizados. Pensamiento que vemos repetido en Brasil hasta prácticamente la década de 1980, como veremos más adelante.

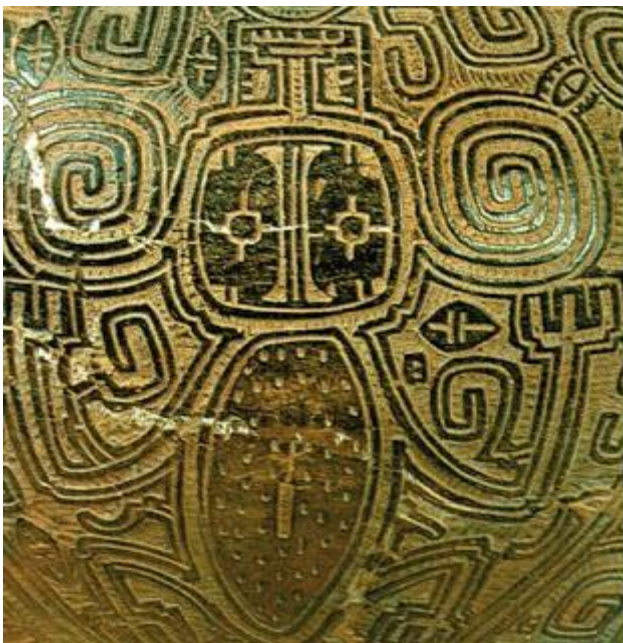


Figura 30: Decoración de cerámica marajoara en engobe blanco. Fuente: <http://mekstein.blogspot.com.es/2010/02/fontes-materiais.html>. Accedido el 25/09/2015.

El concepto de degeneración cultural atribuido al indígena americano de esa época, se basó en su capacidad de producción material de características sencillas, en sus costumbres consideradas bárbaras, en un ambiente natural juzgado como inhóspito y moralmente decadente y en la dificultad que encontraban los europeos para explicar con claridad las inscripciones rupestres descubiertas en el territorio americano. Todo ello impulsó al europeo a proyectar aquí la presencia antigua de pueblos considerados civilizados. En el caso de Brasil, la preferencia por el mito fenicio seguirá siendo una meta a ser alcanzada por arqueólogos y Viajeros Naturalistas, e incluso financiada por políticas culturales gubernamentales, como comprobaremos.

Encuadre religioso

A lo largo de nuestras postulaciones hemos venido constatando la presencia constante del pensamiento religioso involucrado en el tema arqueológico. Lo que comúnmente se llama de Arqueología Bíblica. Algunos dogmas religiosos presentes en la formación general de los intelectuales y eruditos del mundo Ibérico, que actuaron primero en la colonia lusa y después durante la monarquía brasileña,

se constituyeron en una fuerza ideológica muy contundente. Fueron valores e ideas que estuvieron presentes en varios niveles sociales del Nuevo Mundo desde su colonización. La Iglesia ejercería un papel determinante en importantes directrices del pensamiento intelectual en América. Y en Brasil particularmente, la educación fue monopolio suyo. Incluso el calendario religioso rigió la vida colonial y monárquica. Tanto era así, que el “descubrimiento” de Brasil por los portugueses, por ejemplo, no se celebraba regularmente el día efectivo del avistamiento de la tierra, 22 de abril de 1500, sino el día 3 de mayo, fecha de la primera misa rezada en el lugar. Solamente se sustió esta fecha por la primera cuando el Estado se desvinculó oficialmente de la iglesia católica, tras la caída de la monarquía en 1889, dando paso al régimen republicano.

La Biblia fue una fuente de información prácticamente incontestable para los primeros arqueólogos cristianos. Un testimonio considerado fiel a varios acontecimientos históricos, como hemos podido ver, en nuestro caso, en la importancia que tuvieron y que siguen teniendo, por ejemplo, los textos de I Reyes y II Crónicas entre otros. Sobre esas narraciones los exploradores no escatimaron esfuerzos a la hora de investigar o excavar los lugares considerados sagrados de Oriente y Occidente. La geografía del Nuevo Mundo no escapaba de ese movimiento. Su territorio representó en algunas ocasiones y a falta de referencias escritas, el propio Paraíso Terrenal, como ya comentamos. Algunos Viajeros Naturalistas siguieron buscándolo en el continente americano durante el siglo XIX y principios del XX, a través de mínimas señales que pudiesen indicar alguna correlación con los Textos Sagrados.

En el territorio brasileño del siglo XIX, uno de los exploradores de fuerte principio cristiano fue el arqueólogo danés Peter Lund (1801-1880), amigo del monarca Pedro II (1825-1891). Los descubrimientos del investigador nórdico en el interior del actual Estado de Minas Gerais, entre 1825 y 1829, y de 1833 hasta mediados de la década de 1840, están considerados sorprendentes para la época. El intelectual nórdico examinó centenares de cuevas y halló muchos fósiles de mamíferos considerados desconocidos, mezclados con esqueletos humanos, llegando a la conclusión de la coexistencia remota de estos extraños animales con

los más de treinta fósiles humanos encontrados en el mismo lugar (Costa A. 1938:34-58). Esto resultaba ser un descubrimiento inusitado en los medios académicos de la época, ya que, según Souza (1991:59), hasta entonces no se había sugerido una datación contemporánea entre restos de animales extintos y seres humanos antiguos, por lo menos en el medio académico americano. Hay que pensar que una de las grandes preocupaciones entre religiosos y eruditos de la época, era contestar a la pregunta sobre qué había ocurrido antes del diluvio bíblico.

Su investigación, parcialmente divulgada en el IHGB en 1842, originó debates acerca de los remotos americanos. El propio rey Pedro II (1825-1891), se interesó tanto en el tema, que tradujo al francés, algunos informes de su amigo investigador danés (Costa, A. 1938:34 y 58). De esta forma se daban a conocer en Europa estos estudios paleográficos sobre todo durante la década de 1870. De modo que estas investigaciones también alimentaron, a su vez, las propuestas de varios arqueólogos europeos de ese momento sobre el origen de los nativos americanos (Souza 1991:71-2). Lo cual, contribuyó como hemos dicho, a generar un clima de gran contento nacional entre los académicos brasileños. Una euforia que, a nuestro ver, culminará con la divulgación mundial de la Inscripción de Paraíba, en 1873.

Al final, en el caso del referido arqueólogo danés en Brasil, parece haber sido el aparato dogmático de la Iglesia Cristiana lo que de un modo indirecto cerró de golpe las investigaciones paleográficas que él había llevado a buen término hasta mediados de la década de 1840. Los descubrimientos del conjunto de los fósiles humanos y de animales en el mismo ambiente, y las conclusiones puramente científicas a que probablemente llegó el mencionado paleógrafo sobre el origen humano, debieron chocar con su propia formación cristiana, según opinan algunos autores de la Coleção Brasileira, en un ambiente francamente influenciado por la naturaleza coercitiva de los Textos Bíblicos. Y así, el referido investigador nórdico, optó por su propio silencio como hombre que estaba aferrado a la fe cristiana, y que además contaba entre sus parientes con un importante personaje religioso en Dinamarca. Sus investigaciones no fueron más allá de la década de 1840, aunque él viviría hasta 1880. Un hecho que revela los efectos del fuerte “poder” religioso

sobre las impresiones de algunos investigadores católicos que actuaron en la geografía del país.

Antecedentes teóricos del surgimiento de la Inscripción de Paraíba

En la historiografía mundial, y hasta mediados del siglo XIX, parece haber predominado el llamado Romanticismo. De acuerdo con Falcon (1997:64-5), se trató de una manera de ver y escribir la historia construida a modo de Género Literario, y en detrimento del movimiento anterior conocido como Ilustración, que a su vez se componía de ideas del Racionalismo, es decir, de algunas directrices ético-jurídicas universales sumadas además a otras del Naturalismo.

Entre la década de 1850 y la de 1870, había crecido en la historiografía europea una perspectiva discursiva y explicativa como procedimiento histórico que tuvo en cuenta la fuerza de la visión histórica llamada Positivista. Un período en el cuál se sistematizó un importante método de excavación, sobre todo por los arqueólogos alemanes. Desde esa perspectiva, la historia alentaría una investigación más empirista, más cuestionadora de las fuentes documentales. La tarea del historiador era utilizar ese método histórico para permitir a los hechos “hablar” por sí mismos. Así que, identificando objetivamente estos hechos considerados naturales, el historiador conseguiría reproducir el conocimiento científico auténtico y estrictamente histórico. Una metodología que pretendió crear una historia sin apenas problema histórico, y de cara a un enfoque más bien político (Falcon 1997:101). El IHGB y sus sucursales en las provincias brasileñas más importantes, sirvieron de escenario privilegiado (Castro 1997:54-5) para la actuación de esa práctica en el país.

Esa nueva perspectiva historiográfica colocó al Estado en la condición de objeto primario de la producción histórica. Y bajo ese formato, el poder político constituido fue valorado siempre como el poder de las instituciones, aparatos y dirigentes gubernamentales, y sus vicisitudes consideradas hechos políticos históricos (Falcon 1997:100). En resumen, la tarea del historiador sería solo extraer aquello que había ocurrido, es decir, lo que se consideraba la realidad. Para ello, debería usar su inteligencia y sus deducciones. Las ideas fueron así tomadas como

inherentes a los hechos contenidos de antemano en los documentos oficiales, y que aparecían en el orden natural de las cosas, pudiendo ser perfectamente aclaradas al arbitrio del historiador.

Historia y poder son así asignaturas difíciles de separarse, pues es casi imposible mirar a una sin darse cuenta enseguida de la presencia de la otra (Falcon 1997:61). Pero sus acciones se pueden comprender por separado al analizar cada una a través de dos perspectivas distintas: detectar, por un lado, las varias formas por las cuales se presenta el poder dentro de la historia, mientras que por otro, se indaga sobre los varios mecanismos por los cuales el poder sobresale durante la producción del conocimiento histórico. De modo que hay que considerar críticamente la aparición de objetos considerados arqueológicos y, por supuesto, su contenido, teniendo en cuenta que la exposición de ideas aquí mostradas pretende llevar intencionalmente al lector a una dirección previamente determinada (Cardoso & Vainfas 1997:377). Por lo tanto, el contenido del material considerado histórico o arqueológico no puede ser considerado neutral, ya que puede servir como apoyo a un previo objetivo del poder establecido o, por el contrario, estar en contra suyo.

Hemos visto que el régimen monárquico propició el surgimiento de una casta de pensadores, únicamente involucrados con la función intelectual (Schwarcz 2002:118-9, 126 y 155), cuya tarea principal era defender internamente el sistema político vigente centralizado en manos del rey Pedro II (1825-1891). Y fue precisamente en este entorno artístico y cultural impulsado por el clientelismo patrocinado por el poder imperial, cuando florecieron ideas plasmadas en documentos de contenidos arqueológicos e históricos singulares, como los que ya enunciamos en apartados anteriores. En ese sentido, el emperador fue de los primeros en estudiar lenguas antiguas, traducir obras consideradas arqueológicas, establecerse como correspondiente de las instituciones culturales y científicas más prominentes en el mundo, además de visitar a algunos de sus lugares históricos más importantes. Fue notorio su papel de gran mecenas científico, pero sobre todo como investigador de historia desde la soledad de su Palacio. Era poliglota, conocía perfectamente varias lenguas “muertas” y estaba considerado también sabio y arqueólogo aficionado (Cardoso 1933:206). En uno de sus viajes, que duró diez

meses, visitó sitios arqueológicos en países europeos, y estuvo también en Egipto en 1871, donde recibió de regalo del virrey Ismail, el sarcófago de She-Amun-Em-Su, fechado en 750 a.C. El propio emperador llegó a afirmar: “a ciência sou eu” (Schwarcz 2002:131), refiriéndose a su papel protagonista en el Brasil del siglo XIX. Quizás sintiéndose más responsable de la tarea de “civilizar” su población, que de administrar el país que gobernaba.

Sin embargo, fue precisamente en ese contexto histórico, cultural y económico, y tras el sentimiento de ufanía de los intelectuales nacionales, cuando el régimen monárquico empezó a presentar falta de apoyo político, en parte fruto de sus propias contradicciones (Ferreira 2000). El ejército imperial acababa de vencer una guerra en la cual, supuestamente, liberó al país vecino, Paraguay, del yugo del poder tiránico de quien era considerado un dictador, pero internamente Brasil mantenía esclavizados a sus millones de habitantes negros que vivían bajo unas condiciones deplorables, cuando incluso muchos de ellos habían luchado en dicha Guerra en las filas del ejército imperial y por la causa de la libertad. Una causa a la que abrazó una nueva élite del reino, sobre todo urbana, y que crecía en paralelo al poder centralizado del monarca brasileño en beneficio de sus protegidos. Es necesario apuntar que por aquel entonces la población brasileña estaba formada, en su mayoría, por negros esclavos o libertos, indios y mestizos analfabetos, y por una minoría de piel “blanca” y letrados. El censo de 1872 reveló que apenas 16% de su población era alfabetizada, mientras 99,9% de los esclavos eran analfabetos.

En 1870, la oposición a la monarquía lanzó el *Manifiesto Republicano* mientras el rey estaba de viaje que podemos clasificar de cultural en el exterior. Mientras tanto, el IHGB y el Museo Nacional, órganos considerados los polos irradiadores de las ideas imperiales y con sus filas formadas por intelectuales nacionales y extranjeros encargados de los planes culturales, se prepararon para reaccionar ante esas nuevas ideas en contra del régimen. Era su responsabilidad justificar socialmente la permanencia de la única monarquía entre los demás países republicanos del continente americano.

Al igual que el IHGB en Rio de Janeiro, también los socios regionales de los varios Institutos Históricos esparcidos por el país estaban compuestos por eruditos

provenientes de las clases acomodadas de cada provincia, y tenían los mismos propósitos. Eran, en general, descendentes de comerciantes y terratenientes portugueses. Una minoría blanca y alfabetizada, formada en muchos casos en universidades europeas, ya que la educación en Brasil era escasa y prácticamente monopolio eclesiástico. Eran estos los pensadores encargados de elaborar un proyecto de convivencia social, en una nación caracterizada por una economía agroexportadora y latifundista, por una inmensa esclavitud y con profundas desigualdades sociales entre sus habitantes. Y parece ser que con una clase militar conocedora cada vez más de su papel en el país, que fue la que afinal derrocaría el rey.

Es necesario recordar también que entre las teorías europeas que emigraron a Brasil estaba el Difusionismo y también la del Viajero Naturalista Charles Darwin, expuesta en su *The origin of species*, de 1859. Esta proponía cierta uniformidad en el proceso evolutivo, según un movimiento natural que se dirige siempre hacia un fin predeterminado, es decir, que el proceso empieza en el ámbito “primitivo” y después va en dirección al “civilizado”. Una concepción que llega al país (Ferreira 2000) y que va a ser utilizada como parámetro por los arqueólogos que suministraban registros (Baldus 1937:17) y vestigios materiales a la intelectualidad de los varios Institutos Históricos.

Finalmente, alrededor de 1870 se había generalizado en el país la idea de que las varias inscripciones rupestres encontradas en su territorio, sumadas al conocimiento de algunos documentos y materiales descubiertos, parecían corroborar la visita de los navegantes fenicios. Del mismo modo, los intelectuales brasileños estaban familiarizados con publicaciones europeas y norteamericanas, en torno al origen de los indígenas americanos también con base en presuntas navegaciones oceánicas de pueblos antiguos. Entre esos escritos podemos mencionar: *Expedition dans la partie central de l’Amerique*, escrita por el francés François Louis Nomparr Caumant La Porte (1810-1880), en 1850; la del suizo Karl von Adolph Morlot (1820-1867), con *Sur la découverte de l’Amerique par les pheniciens*, en 1863; la obra de Enrique Onffroy de Thoron (1810-1893) en *Les phéniciens à l’île d’Haïti*, además de *Voyages des flottes de Salomon et d’Hiram en*

Amerique, de 1868 y también la del español Louis Pericot García (1899-1978) en *Parallèle entre la famille Caraïbo-esquimaude et les anciens phéniciens*, entre otras obras. En 1869 se publica la primera gramática fenicia científica (Krings 1995:28), la de Schroder. Y así, ante todo este conjunto ideológico, es comprensible que la opinión de una corriente de arqueólogos y Viajeros Naturalistas (Matos 1941:22-24) se inclinara hacia la posibilidad de que los fenicios habían realmente visitado el Nuevo Mundo antes de Colón, y por lo tanto estaba preparada para aceptar inmediatamente cualquier prueba material o vestigio que se diera en este sentido.

2.3.3) LA INSCRIPCIÓN “FENICIA” DE PARAÍBA

Origen y divulgación

A lo largo de la historia ha sido común que gobiernos adopten estrategias de supervivencia política a fin de evitar, o al menos reducir, las acciones opuestas que intenten desestabilizar su poder en tiempos de crisis. Uno de esos recursos es promover un movimiento, o divulgar una noticia o un hecho novedoso, cuyo propósito principal es desviar la atención de la opinión pública, transfiriendo temporalmente las críticas, las quejas o el debate popular, a cuestiones de otra importancia. Como la promoción de una guerra contra un enemigo histórico, o, simplemente, el hecho de difundir una noticia espectacular que haga aunar de alguna forma el gobierno y la población insatisfecha en torno a una causa temporal común.

Se sabe que el Imperio de Brasil promovió durante mucho tiempo la búsqueda de una huella material de la presencia fenicia por su territorio. Y ese vestigio pareció surgir a los pocos meses de regresar el monarca Pedro II (1825-1891) de su viaje a Oriente Medio durante casi un año, en 1871. Después de que sus opositores fundasen el Partido Republicano en su ausencia. Así fue como la llamada Inscripción de Paraíba, que pretendía ser una prueba epigráfica, salió a la luz justamente en un momento de críticas hacía el régimen monárquico.

Todo empezó con una carta enviada al IHGB desde el propio Rio de Janeiro, a través del correo el 11 de septiembre de 1872, por un cierto Joaquim Alves da Costa y que decía ser dueño de una finca. La misiva fue direccionada al presidente del órgano, Cândido José de Araújo Viana (1793-1875), nombrado Marqués de Sapucaí por el Emperador en ese mismo año. El texto del hacendado anunciaba el descubrimiento en su propiedad, en la localidad de Pouso Alto, de una piedra conteniendo extraños caracteres (Netto 1885:8). Según el remitente, sus esclavos habían ya partido la roca en cuatro partes cuando su hijo decidió dibujar en un papel las señales desconocidas que presentaba en una cara. El autor de la carta se excusaba de no poder entregársela personalmente en el Instituto por sus prisas.

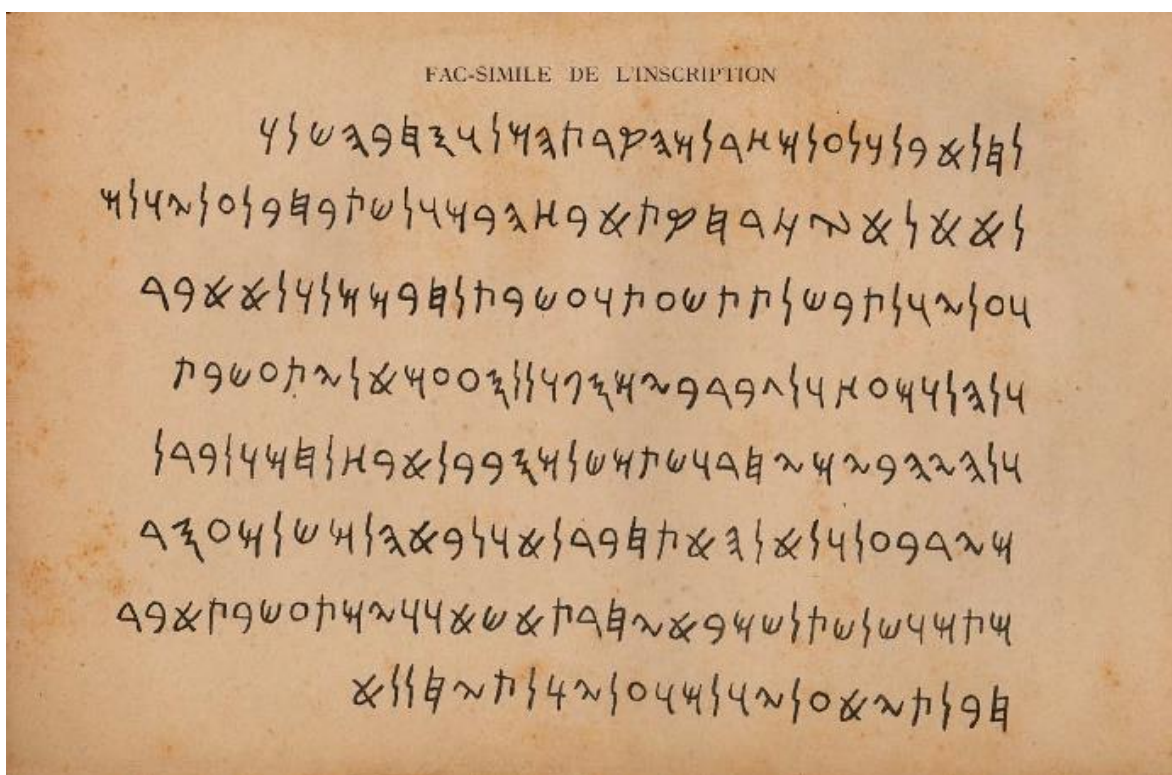


Figura 31: Caracteres copiados de la carta original enviada al IHGB en 1872, concidos como Inscripción de Paraíba por sus socios. Esta copia fue extraída de otra carta, enviada por su primer traductor, el arqueólogo brasileño Ladislau Netto (1838-1894) y también socio del Instituto, a su homólogo francés Joseph-Ernest Renan (1823-1892), en Francia, en 1885, con el título de *Lettre a Monsieur Ernest Renan a propos de L'Inscription Phénicienne apocryphe soumise en 1872 a L'Institute historique, géographique et ethnographique du Brésil*. Rio de Janeiro: Imprimerie à vapeur Lombaerts & Comp.

Elegimos esa copia en vez de otra publicada de forma equivocada en 1874, en un apartado del periodico estadounidense *The New York Times*, llamado *O Novo Mundo* (pág. 28) y editado en portugués. La razón es que en la edición norteamericana cada una de las 8 frases del presunto texto fenicio aparece al revés. Lo que supone un error de interpretación del editor ya que en el Próximo Oriente, por el contrario, la frase se inicia a la derecha y va hacia izquierda, como se ve arriba correctamente publicado.

La carta con la noticia del descubrimiento de esa supuesta fuente epigráfica fue leída en el Instituto dos días después, el 13 de septiembre. Y el día 16 un miembro de la Comisión de Arqueología, Ladislau Netto (1838-1894), fue encargado

de traducir la hoja anexa (Figura 31) que contenía lo que se consideró en un principio como extrañas señales. El arqueólogo lo hizo con gran dificultad (sabía un poco del idioma hebreo y también algo del árabe, fruto de su estancia en Argelia mientras realizaba su doctorado en Francia entre 1864 y 1866). Primero pasó las ocho líneas al hebreo antiguo, y luego al idioma francés. Abajo podemos ver la traducción en portugués, presentado internacionalmente, en un apartado del periódico *O Novo Mundo*, en Estados Unidos, el 23 de abril de 1874:

1ª línea: “***Foi erguida esta pedra pelos Cananeus sidônios que da cidade real à comércio sairam.***”

2ª línea: “***Sem mim pela (?) remota terra montanhosa e árida, escolhida dos Deuses.***”

3ª línea: “***Deusas no ano nono e décimo (décimo nono?) de Hiram nosso rei poderoso,***”

4ª línea: “***e sairam de Aziongaber, no Mar Vermelho, e embarcaram gente em navios dez,***”

5ª línea: “***e estiveram no mar, juntos, anos dons, ao redor da terra da África, e foram separados***”

6ª línea: “***do comandante, e se desligaram de seus companheiros e chegaram aqui duas vezes dez (doze?)***”

7ª línea: “***homens e três mulheres, nesta costa ignota que eu servo de Astarte poderosa (Mutuastarte infeliz?)***”

8ª línea: “***tomei em penhor. Os deuses e deusas tenham de mim compaixão***”.

Fuente: (O Novo Mundo 1874a:128).

El traductor aun tenía dudas sobre la interpretación de sus frases cuando se publicó en 1874, dos años después de haber visto por primera vez los referidos caracteres, señalándolas con interrogantes como se puede ver arriba, en la versión en portugués. Entre sus dudas estaban también los términos: *Dons*; *Aziongaber* y *Doze*, que según sus criterios podían significar respectivamente: *varios años Esyon-Geber* (actual isla de Akaba, perteneciente a Siria) y *los doce meses lunares*.

Un dato que nos llama la atención es la presencia de mujeres en el relato. Ello daría una dimensión amplia de su pretendida veracidad, dado los descubrimientos de Ernest Renan sobre indicios de prostitución sagrada en cuevas de la región explorada (Cabrero 2007:107) por el arqueólogo francés y publicado a

partir de 1864. Amén de que conocidos periplos atribuidos a fenicios y púnicos relataban la presencia de mujeres.

Antes de tejer cualquier análisis sobre su contenido respecto a lo que significa cada letra, frase y su contexto de acuerdo con el posicionamiento de innumerables autores, nosotros tendremos en cuenta otras cuestiones que juzgamos de momento más relevantes para nuestro caso. En primer lugar, cabe decir que entre el recibimiento de la carta de Joaquim Alves da Costa y su primer anuncio al público pasaron casi siete meses. Así, el 2 de abril de 1873, el periódico brasileño *A Reforma*, de Rio de Janeiro, tuvo el privilegio de notificar la existencia de la carta del hacendado aunque no publicó en este momento sus caracteres anexos. La comunicación a la prensa había sido hecha por el propio traductor Ladislau Netto (1838-1894), en una misiva fechada al 31 de marzo y que fue publicada dos días después (*A Reforma*, de 2 de abril de 1873, p. 2). En esa ocasión, el arqueólogo se limitó a comentar su investigación en marcha y anunció que se trataba de un texto fenicio probablemente conectado con los textos antiguos que hablaban de los periplos de Hannón y de Neco II, alrededor de África. Además hizo referencia a jeroglíficos mencionados en el libro del inglés Henry Koster (1784?-1820) durante su viaje al interior del actual Estado de Paraíba, región noreste, en la década de 1810, como también a otras inscripciones supuestamente semitas halladas en el territorio norteamericano desde el siglo XVII y que habían sido divulgadas en la obra *Monde primitif* del francés Antoine Court de Gébelin (1725-1784), en 1781. En su opinión, la presunta fuente epigráfica encontrada en Brasil, podría estar relacionada con aquellas letras y símbolos. A pesar de que algunas informaciones de este manual francés ya no fuesen consideradas fidedignas por los autores del siglo XIX, lo que quedó claro en aquel momento es que el erudito brasileño había consultado los textos clásicos y los libros del Antiguo Testamento, probablemente I Reyes (9:10-14 y 26-28; 10:11-12 y 22-23; 22:48-49), y II Crónicas (8:17-18 y 9:10 y 21). Quizás también habría leído la teoría publicada por Bertheau en 1873 (p. 284) que proponía la construcción de las “naves de Salomón” por arquitectos fenicios, cuyos materiales podrían haber sido transportados por tierra desde el Mediterráneo hasta el puerto de Asiongaber (o Esyon-Géber) (Koch 2003:68) en el mar Rojo. Lo que

indicaba la posibilidad de la circunnavegación de África. La hipótesis del brasileño era que el texto que él consideró epigráfico en ese momento, se relacionaba con todas estas bibliografías e hipótesis.

En realidad, el traductor tenía aun trabajo por hacer y también muchas dudas. Una de ellas era poder precisar la fecha del referido viaje, para así saber el momento exacto o aproximado de la llegada de los antiguos marinos a la costa brasileña. El texto fenicio, de acuerdo con el arqueólogo, parecía indicar la salida de los barcos de Sidón desde el mar Rojo, pero no podía precisar si se había dado el viaje durante el reinado de Hiram I (980-947 a.C) o bien durante el de Hiram II (532-538 a.C.). Más tarde ratificará que tuvo lugar durante el reinado del primero. Recordemos que una nueva cronología fue propuesta por Lipiński (2006), según González de Canales et al. (2006:115), fechando el reinado de Hiram I entre ca. 950-917 a.C. El brasileño comunicó a la prensa en este momento que había estudiado varias fuentes bibliográficas antiguas y modernas y más de 50 inscripciones fenicias, para poder traducir dicho texto. También dijo que consultó el libro *The Physical Geography of the Sea*, del militar Mathew Fontaine Maury (1806-1873), oficial de la marina norteamericana el cual trataba detalladamente de las corrientes oceánicas en el Atlántico. Además, informó que también había establecido contacto con dos de los mejores expertos franceses en lengua fenicia, entre los seis europeos capaces que había en esta época. Todo ello con la finalidad de descifrar la Inscripción. Su conclusión parcial era que se trataría de una epigrafía destinada a celebrar el viaje semita en torno al continente africano, y que por una casualidad había ido a parar en la costa atlántica sudamericana. Finalmente, dijo que el objetivo de hacer esta comunicación a la prensa en este momento era para que algún lector de *A Reforma* pudiese ayudarlo de alguna forma a identificar en donde vivía el autor de la carta enviada al IHGB o su hijo. Lo que le conduciría a la referida piedra que contenía la inscripción, dado que él no había podido dar con ella después de haber hecho considerable esfuerzo.

Poco después, en 16 de abril de 1873, la misma noticia y contenido fue editada en otro periódico llamado *Jornal do Comércio* (Joffily 1973:208). También un importante periódico publicado en la capital del imperio, el cual notificó que

marinos fenicios habían desembarcado en el litoral brasileño tras una larga y accidentada travesía marítima. El reportaje hacía referencia a una flota compuesta, en coincidencia con las diez tribus de Israel, de diez barcos que habían salido de un puerto del mar Rojo durante el decimonoveno año del reinado de Hiram (no mencionado cual de los dos monarcas). Que una fuerte corriente marina le había arrastrado a uno de ellos hacía el extremo oeste cuando se encontraba bordeando el litoral atlántico del continente africano. Tal y como ya había divulgado el periódico *A Reforma*, el pasado 2 de abril. Concluía diciendo que hasta ese momento aun no se había podido localizar al autor de la carta, el señor Joaquim Alves da Costa, ni a su hijo. Y tampoco se había identificado la finca en la localidad que se hacía llamar Pouso Alto.

Lo que está claro para nosotros es que el arqueólogo traductor Ladislau Netto (1838-1894) tenía en sus manos una novedad presuntamente arqueológica de enorme contundencia para el ambiente nacional. En ella parecía reposar, finalmente, el resultado de todas las investigaciones anteriores sobre la teoría de los fenicios en Brasil, pese a las dudas que aun había de por medio. La primera de ellas se refería a la región en donde se pensaba que se había producido el hallazgo: si el interior del Estado de Paraíba, región noreste o, si en una finca, probablemente de café, ubicada en el rico Valle del Paraíba, región sureste, como insinuó el traductor dos meses más tarde, en 23 de junio de 1873, en una carta suya que fue publicada en el periódico *O Novo Mundo* (p. 154), editado en portugués por el *Office of the Librarian of Congress*, en la ciudad de Washington. Su director era José Carlos Rodrigues (Jornal do Brasil, 1968:4), a quien Pedro II (1825-1891) visitaría durante uno de sus viajes.

A partir de la divulgación en la prensa brasileña, lo que distrajo al público fue en realidad el hallazgo dado como un hecho, y no la mera existencia de una misiva enviada al IHGB de la que faltaba por probarse su autenticidad. A partir de ese momento comenzaron a llegar cartas indagadoras al traductor desde varias partes del mundo académico y también de la prensa internacional. Una de esas cartas deseaba aclarar el verdadero lugar del hallazgo, y envió al arqueólogo brasileño la noticia de que el diario francés *Journal des Débats politiques et litteraries*, había

publicado un reportaje basado en un periódico de la ciudad ecuatoriana de Guayaquil, el cual, a su vez, dio como lugar del hallazgo una antigua columna encontrada en Perú. Otras informaciones decían que el hallazgo fenicio se había producido en un puerto de la misma Guayaquil, según la prensa de Ecuador (RIHGB 1873:615-6; Netto 1885:15; Costa A. 1938:127). Una confusión que quizás fue provocada por influencia lejana de las consideraciones que había tejido Montano (1527-1598) en 1601, cuando defendió la localización de Ofir en algún punto de la selva amazónica del Perú, frontera con Brasil.

Es bastante probable que exploradores y religiosos Ibéricos anteriores a Montano se hubiesen sorprendido durante el siglo XVI al ver ruinas de pirámides y otras construcciones arquitectónicas edificadas en el suelo de México, Centroamérica y Perú, es decir, entre los pueblos Aztecas, Mayas e Incas. Y que las hubiesen considerado como obras de una civilización Occidental al evaluar su grado de complejidad arquitectónica. En todo caso, los arqueólogos del siglo XIX parecían ahora evaluar precipitadamente el lugar del descubrimiento de la llamada Inscripción de Paraíba, situándolo al parecer en tierra de los Incas. Así es como se entiende que la noticia del hallazgo de la referida laja se haya situado inicialmente en Perú, en vez de en Brasil. Todo esto obligó a Ladislau Netto (1838-1894) a contestar a varias solicitudes, para dar a conocer los detalles de la noticia y el curso de sus investigaciones, tal como lo hizo respecto a los cuestionamientos de la Sociedad Antropológica de Londres (Duarte 1950:217), según él mismo confesó al periódico *O Novo Mundo*, en 23 de junio de 1873.

La noticia pseudo epigráfica realmente impactó en los medios de la época. Para el editor del *O Novo Mundo* no había la más mínima duda de que barcos fenicios habían llegado ya a Centroamérica antes del viaje a que se refería la Inscripción de Paraíba. Prueba de ello era la existencia de varias figuras antiquísimas dibujadas en ruinas de monumentos hallados en la Península de Yukatan, en los que aparecían serpientes y cruces en forma de Aguja de Marear Montada. Un aparato que no hemos logrado definir, pero que parece ligado a

navegantes fenicios en el medio académico del siglo XIX.² La referencia más antigua a una Aguja de Marear la encontramos en el libro *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, p. 338, 1607, del fray Gregorio García (1556/1561-1627). A nosotros nos parece que en lo referente al aparato reseñado por el editor del periódico se trata, en realidad, de la brújula tradicional, y que al no saber con exactitud la fecha de su invención, la atribuye a los marinos fenicios. Para el referido editor, también Diodoro (III, 54-145, 1) y (V, 19, 1-5; y 20, 1-4) había atribuido la llegada de estos marinos cerca de 1100 a.C., a un lugar que podría ser el continente americano, de acuerdo con eruditos del siglo XVI. De este modo, la Inscripción de Paraíba encajaría no solo con el Periplo de Neco II, sino también con los textos del Antiguo Testamento, en referencia a la flota que salió del puerto de Akaba, en el mar Rojo, para realizar la circunnavegación de África. Esta sería la ocasión en que uno de los barcos se desvió casualmente hasta el litoral brasileño. Finalmente, en su opinión (*O Novo Mundo* 1873:128) este hallazgo, constituía la segunda prueba material de la presencia fenicia en América. Sin duda, estos argumentos del Editor han podido provocar cierta euforia en sus lectores.

Pronto surgieron opiniones contrarias, empezando por Brasil, como la del ingeniero Guilherme Schüch, Barón de Capanema (1824-1908). En efecto, no dudó en manifestar su desacuerdo con la autoría fenicia, argumentando que jamás se había encontrado algún vestigio de ese pueblo en la costa brasileña, y tachando de sospechosa la rapidez con que se tradujo la Inscripción. El barón veía también enormes dificultades técnicas en un viaje oceánico antiguo debido a limitada tecnología naval del I milenio a.C., la cual incapacitaba a los barcos para soportar una travesía de ese porte, dadas las condiciones del viento y corrientes marítimas desfavorables. Según su opinión, la carta era en realidad una broma hecha por un “judeu instruído” y que “morava na região da Paraíba” (Carrara 2004:46). Una observación algo curiosa si consideramos que la publicación del luso-inglés Henry Koster (1784?-1820) en 1817, hizo también referencia a un cierto Joaquim, vecino

² En Medas (2004:172-3) hemos encontrado referencias a una clase de brújula antigua solar y limitada a informar de acuerdo con la estación del año y la latitud. Es compuesta de una aguja sobre un disco flotante. Según el autor, los conocimientos geográficos, astronómicos y matemáticos antiguos eran más que suficientes para que se la construyera.

de la entonces provincia de Paraíba, región noreste, como un “...homem de inesgotável hilaridade e bom humor”, y a quién el Viajero Naturalista conoció durante su viaje (Koster 1942:87) en 1814, cuando dijo haber sido informado por la gente del lugar de que había jeroglíficos dibujados en piedras del área.

El Barón de Capanema era hijo del emigrante austríaco Rochus Schuch (1788-1844), quien, a su vez, fue bibliotecario, jefe del Gabinete Mineralógico del emperador Pedro II (1825-1891) y emprendedor en negocios minerales (Alegre 2006:25). Schuch fue también uno de los que defendió, en su día, el origen vikingo del *Manuscrito 512*. El veredicto de su hijo, Capanema (1824-1908), también fue en contra de la presencia de vestigios fenicios en el territorio nacional. Su observación a cerca de la posible broma realizada por un cierto judío en tierras de Paraíba, nos desvela, en cambio, la esperanza que parecía alimentar la comunidad judía de esa época en Brasil, sobre una antigua presencia semita en América. Un deseo que vimos surgir ya en el comienzo del siglo XVI, de acuerdo con los cronistas que hemos mencionado anteriormente.

En el ámbito internacional la noticia del hallazgo tuvo como una de sus inmediatas consecuencias el bombardeo de pareceres emitidos por instituciones y periódicos especializados, entre 1873 y 1875, preocupados de ante mano por la falta de identificación de sus descubridores y, sobre todo, por localizar la piedra que nadie había visto todavía. Al principio, los primeros artículos cuestionaron la falta de precisión de las fuentes pero más adelante, la pusieron contra las cuerdas la autenticidad de las mismas.

Sumadas a esas preocupaciones, había otras de orden técnico en torno al propio texto de la referida Inscripción, y que fueron mencionadas en las siguientes publicaciones: *Revue Critique*, *London Anthropological Society* (*Proceeding número 39*) a través de expertos como: Richmond, Hedges, Prag, St.Clair, Carter, Blake y Lewis, en 1873 (Netto 1885:35), *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft* (*volumen 28, pág. 481*), en 1874, y también en un artículo de la revista *Jenaer Literaturzeitung*. Estas dos últimas ediciones contenían el parecer del epigrafista alemán Konstantin Schlottmann (1819-1887). También se publicó en el periódico londinense *The Academy*, de 13 de junio de 1874, un artículo firmado por

otro alemán, Julius Euting-Gesellschaft (1839-1913), miembro de la Universidad de Estrasburgo, según el cual había groseros errores gramaticales en las líneas 2, 3, 7 y 8 de la Inscripción, probablemente provocados por la traducción al hebreo, como supuso Euting, o también debidos a cierta dificultad en el momento de transcribirse las letras del papel a la placa de metal de la gráfica, quizás por falta de un buen profesional (*O Novo Mundo* 1874b:198). Así, la mayor parte de las mencionadas publicaciones europeas, después de analizar sus ocho frases, consideró la Inscripción de Paraíba una estafa (Joffily 1973:211), cosa que ya había sucedido anteriormente con otros “descubrimientos” inicialmente considerados fenicios, encontrados en Oriente. En ese sentido, Joseph-Ernest Renan (1823-1892), experto francés en fenicios, ya había advertido a su amigo Ladislau Netto (1838-1894) sobre esa posibilidad, cuando este le escribió por primera vez, en 1873, contándole sobre la carta y la ausencia de la roca.

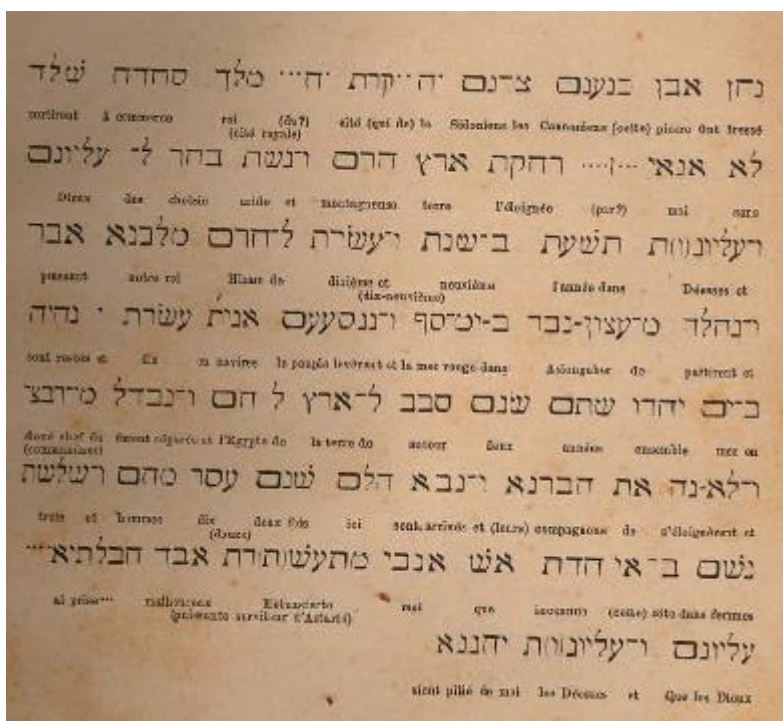


Figura 32: Versión en hebreo de la Inscripción de Paraíba con su correspondiente traducción al francés hecha por el arqueólogo Ladislau Netto (1838-1894). La versión al portugués se dio a partir de esa versión al hebreo, en 1873. Fuente: *Lettre a Monsieur Ernest Renan a propos de L'Inscription Phénicienne apocryphe soumise en 1872 a L'Institute historique, géographique et ethnographique du Brésil*. Rio de Janeiro: Imprimerie à vapeur Lombaerts & Comp., 1885.

También hubo en ese momento algunos expertos en el tema lingüístico que de cierta forma aun alimentaron esperanzas sobre la autenticidad de la Inscripción de Paraíba. Así, el religioso polaco Jacob Prag (1816-1881) profesor de hebreo del *Queen's College*, en Inglaterra, discordó del análisis que Euting (1839-1913) había publicado en *The Academy*. Y lo hizo cinco días más tarde, el 18 de junio de 1874, en el mismo periódico, aunque no hubo registro de sus argumentos técnicos en favor de la veracidad de la Inscripción. También el profesor Adler, miembro de una universidad en el Estado de New York, entregó en 1874 una copia de la Inscripción a Sociedad Oriental de Boston (*O Novo Mundo* 1874b:198), con el fin de que fuese investigada. Los expertos franceses en fenicio, Joseph-Ernest Renan (1823-1892) y el religioso Jean Joseph Leandre Bargès (1810-1896), no emitieron ningún parecer público en ese momento. Ambos habían sido los primeros en recibir la comunicación del arqueólogo Ladislau Netto (1838-1894), solicitándoles ayuda para resolver algunas dificultades lingüísticas con que se encontró al intentar comprender las letras de la inscripción antes de comunicarlo a la prensa.

Había un gran interés en torno a cuestiones a cerca de la historia fenicia durante el siglo XIX, no solo en Europa y Estados Unidos, sino también en varios países americanos y particularmente en Brasil. Quizás por la relevancia que adquirió con motivo de la Inscripción de Paraíba, el traductor brasileño Ladislau Netto fue promovido al cargo de Director del Museo Nacional, por determinación expresa del Emperador, tras la muerte de su director a finales de 1874. Un órgano cultural e ideológico muy relevante para los planes imperiales, como ya subrayamos.

El reportaje sobre la Inscripción de Paraíba divulgado por el periódico *O Novo Mundo* (1874, 44) despertó también otras inquietudes entre los investigadores. Una de ellas fue la sospecha de que el Vaticano poseía documentos que podían probar la existencia de pueblos Occidentales que habitaron el litoral noreste del actual Canadá en torno a 1266, tal como escribió el editor del periódico. Un hecho que aun estaba bajo una investigación en el medio académico europeo de la década de 1870, dirigida por el francés Gabriel Gravier. Estos documentos serían los “[...]

relatórios e díizimos enviados pelos Bispos católicos que participaram da saga Viking” (Souza 1991:49-50). La noticia, en todo caso, revela el debate intelectual que aun parecía existir entre la corriente que creía en el origen fenicio y otra que defendía el origen vikingo de los pueblos americanos.

Inscripción Apócrifa

La finalidad de nuestro trabajo no es comparar las decenas de análisis hechas por diversos autores sobre cada letra o frase de la Inscripción de Paraíba. Comentando el análisis semántico, ortográfico, gramatical y filológico del referido texto. Este tipo de investigación ya fue exhaustivamente realizado desde la aparición del dicho documento, aunque la mayor parte de los investigadores piense que se trata de un falso documento. Nuestro objetivo es otro. La construcción y supervivencia de la teoría de los fenicios en Brasil por tanto tiempo, está reflejada en la naturaleza política, económica y social en diversos momentos de la historia del país. Por medio de esta teoría se intentó, en algunos casos, imponer la creencia en la presencia del pueblo fenicio, y sus influencias culturales sobre los autóctonos como parte verídica de la protohistoria del país sudamericano. Una cuestión aun por solventar pese a toda la incredulidad existente.

Estamos de acuerdo con lo que dice Amadasi Guzzo cuando afirmó que el “cariz de conjunto de los signos es de una regularidad que normalmente no se encuentra en las inscripciones fenicias.” Y también que la estructura global de la inscripción, en primera persona del plural, “nunca resulta atestiguada en los documentos reconocidos como de origen fenicio” (1988:571-2). Esto supone que esta investigadora dudaría de su veracidad. Sin embargo, ella misma publicó en una de sus obras un mapa con indicaciones de Paraíba y otro, indicando el posible desvío que habría sufrido la embarcación fenicia alrededor de África (Figuras 33 y 34), exactamente según lo propuesto por algunos autores defensores de la hipótesis de fenicios en Brasil.

Nuestro objetivo tampoco es intentar contestar a las cuestiones obvias que aún permanecen abiertas en torno a la Inscripción de Paraíba. Pese a que identificar a los culpables del falso documento sería importante para aclarar los

hechos. La tarea principal nuestra es más general sin ser amplia. Se trata de explicar la aparición del referido documento como una pieza que venía a componer el engranaje que movía un secular proceso histórico y bibliográfico en torno a la cuestión fenicia en América, y que alcanzó su clímax justamente tras la divulgación pública de dicha Inscripción en Brasil.

Para entender el surgimiento de la Inscripción de Paraíba, debemos considerar, en primer lugar, que los miembros del IHGB no fueron capaces de frenar la publicidad de su hallazgo todavía no confirmado. Lo que permitió que la noticia del supuesto vestigio fenicio en suelo brasileño se esparciera internacionalmente como un reguero de pólvora. Todo eso ocurrió sin que se conociese la persona que envió la carta al IHGB, sin llegar a saber dónde vivía, y si la piedra existía de hecho o no. Ni siquiera se sabía de cuál región de Paraíba procedía la carta enviada: si de la localizada en el Valle del Paraíba, frontera entre los actuales Estados de São Paulo y Rio de Janeiro, en la región sureste, área en la que se ubicaban las más ricas propiedades cafetaleras; o si más bien procedía de algún poblado del actual Estado de Paraíba, región noreste, más de dos mil kilómetros al norte. El traductor pensó que se trataría de esta última, ya que poseía desde el siglo XVI un historial de vestigios antiguos considerados en aquellos momentos misteriosos, historial que se había formado a base de relatos de aventureros y testimonios de cronistas que habían registrado cantidad de intrigantes inscripciones rupestres.

Una acción policial en la época no logró dar con el autor de la misiva, que se hacía llamar Joaquim Alves da Costa. Ni tampoco una pesquisa en Correos pudo identificar su dirección. Se descubrió únicamente que Pouso Alto era nombre común de varias fincas y poblados situados entre los actuales Estados de Rio de Janeiro, São Paulo y Minas Gerais. El término Pouso Alto en el idioma portugués significa algo así como un puerto en la cima de una montaña. No hubo tampoco huella que indicase el paradero del hijo del finquero quien supuestamente había realizado la transcripción. De manera que tampoco hubo cómo localizar dicha piedra, que según la carta, había sido partida en cuatro trozos.

Lo que sí abundaron desde un principio fueron las hipótesis. Una de ellas fue la del historiador brasileño Varnhagen (1816-1878) socio del IHGB. Él llamó la

atención de sus compañeros sobre el hecho de que la aludida región de Paraíba pudiese ser en realidad la provincia homóloga situada en la región noreste, y no el rico valle cafetero situado en la región sureste. Para comprobar su teoría envió desde Austria, con fecha 23 de septiembre de 1874, una correspondencia al Instituto (RHIGB 1874:438-40) en la cual daba a conocer los “interesantes” símbolos contenidos en un manuscrito inédito llamado *Diálogos das Grandezas do Brasil*, que él mismo encontró en una biblioteca de los Países Bajos. Su autor fue identificado más tarde con el nombre de Ambrósio Fernandes Brandão (1555-?). Dichos símbolos y señales misteriosos formaban parte de inscripciones rupestres observadas durante el siglo XVI, justamente en la referida Paraíba, región noreste, según escribió en su día el propio Brandão (1943:19), autor de la obra. Lo lógico para el diplomático Varnhagen, era que los socios del IHGB buscaran en ésta área, a tenor del remitente de la carta.



Mapa de las principales corrientes marítimas y probable ruta del barco fenicio para alcanzar Paraíba.
Copia de la inscripción fenicia de Paraíba.
publicada por C. H. Gordon

Figura 33: Representación de corrientes marinas, en el mapa de Amadasi Guzzo en *Los fenicios*, de Sabatino Moscati, 1988, pág. 572. En él se indica también la probable ruta del Periplo de Neco II y el posible desvío de algún barco fenicio hacia la región o costa noreste de Brasil, conforme imaginó el arqueólogo brasileño Ladislau Netto (1838-1894) en 1873.



Mapa de América del Sur
con la ciudad de João Pessoa

Figura 34: América del Sur en el artículo de Amadasi Guzzo en *Los fenícios*, de Sabatino Moscati, 1988, pág. 571. En él se señala João Pessoa (antes Paraíba), capital del actual Estado de Paraíba, región noreste de Brasil, y probable punto de desembarco fenicio durante el Periplo de Neco II, según el traductor de la Inscripción de Paraíba Ladislau Netto (1838-1894).

Desafortunadamente para las pretensiones del historiador Varnhagen, los análisis internacionales contrarios a la autenticidad de los caracteres de la Inscripción de Paraíba, que habían seguido inmediatamente a su divulgación en la prensa, ya habían enfriado en 1874 la imaginación de aquellos que creyeron en su veracidad. De manera que los académicos del IHGB temieron en este momento divulgar la existencia de los registros contenidos en la recién descubierta obra *Diálogos das Grandezas do Brasil*, escrita alrededor de 1618 por un judío portugués convertido al cristianismo, como ya mencionamos anteriormente. Seguramente no solo por el descrédito que ya había en torno a la existencia de material epigráfico fenicio en Brasil, sino por el temor a que la divulgación pudiese comprometer aun más la imagen del órgano que ellos representaban. (Langer 2000:86-7). Se sabía además que Varnhagen (1816-1878) era adepto a la posibilidad del viaje de los antiguos semitas a Brasil, lo cual le llevaría a hacer coincidir su descubrimiento bibliográfico con la que se consideraba una sospechosa prueba epigráfica atribuida a los fenicios. Así, el informe que el historiador envió desde Austria fue dejado a un

lado, y la publicación de la obra de Brandão solo ocurriría años más tarde, entre 1883 y 1887, en cuatro números de la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Pernambucano*, en el actual Estado de Pernambuco, vecino al de Paraíba. Y después en la revista del IHGB, en Rio de Janeiro, publicada en 1892 (RIHGB 1892:201-3). Y esto ocurrió a pesar de que el mencionado historiador brasileño era considerado un prestigioso escritor de la historia de Brasil (Vainfas 2000a:35-6), en la época en que tuvo dicho hallazgo bibliográfico, y a pesar también de haber sido agraciado por el monarca con un título noble.

Ya vimos que las dos Paraíbas están separadas aproximadamente por dos mil kilómetros. Por un lado está el Valle del Paraíba situado en la región sureste, entonces ocupado por grandes propiedades de café dedicadas a la exportación, y que constituía la principal pilastra de la economía imperial. Mientras que la otra Paraíba se encontraba en la entonces provincia situada en la costa noreste de Brasil, productora de azúcar, precisamente en un área que abarca la playa llamada Ponta do Seixas (cerca de la actual capital, João Pessoa), el punto geográfico sudamericano más oriental y, por tanto, la costa de Brasil más cercana al continente africano. Quizás por esta característica se sugirió que aquí habría tenido lugar el desembarco del buque fenicio, supuestamente separado del Periplo de Neco II, como apuntó el traductor en su carta enviada al especialista francés Ernest Renan, en 1885. En esta misma carta consideró además que las corrientes marinas favorables podrían haber hecho deslizar la embarcación desde el litoral de África hacía esta parte de la costa de Brasil (Netto 1885:12-3), tal como ya había sugerido autores del siglo XVI. Finalmente, el nombre de Paraíba, aparte de identificar las dos áreas, también designaba otros poblados e incluso ríos, lo que aumentaba la dificultad de localizarse el poblado de Pouso Alto, presunto lugar de la finca.

Es necesario recordar que la provincia más septentrional de la región noreste que llegó a visitar el monarca brasileño durante su único viaje al área, entre 1859 y 1860, fue precisamente la de Paraíba (Schwarcz 2002:357). Quizás se sintió atraído por la existencia de crónicas sobre sus antiguos vestigios arqueológicos y jeroglíficos. Un tema que encantaba enormemente al emperador. Por otra parte, el Valle del Paraíba se localizaba cerca de la región en donde el dinamarqués radicado

en Brasil, Peter Lund (1801-1880) había hallado los fósiles humanos y de animales extintos hasta entonces más antiguos del continente sudamericano, hecho reconocido internacionalmente en la década de 1870. El Valle del Paraíba también se encontraba cerca de las minas de oro, plata y diamante, situadas en el mismo Estado de Minas Gerais, región sureste, entonces la provincia más rica en estos tipos de yacimientos. Materiales que como sabemos fueron de gran interés para los artesanos fenicios y que precisamente en este sentido nos da una pista el propio contenido de la Inscripción de Paraíba. Una de las líneas del texto hace referencia a las montañas que los marinos fenicios vieron desde la playa en donde habrían anclado. Esto nos sugiere no solo una aproximación a las supuestas inscripciones situadas en el alto de la Pedra da Gávea, en Rio de Janeiro, sino también a las montañas ricas en minerales de la vecina Minas Gerais. Estas coincidencias tal vez influyeron desde un principio, para hacer dudar a cuál Paraíba quería referirse el autor de la carta enviada al IHGB. Y esto mismo quizás haya sido utilizado por él, en un intento suyo de hacer pasar su invención epigráfica como verdadera.

De forma que, a partir de la publicación en el periódico brasileño *Jornal do Comércio*, el 8 de mayo de 1875, de una nota de Ladislau Netto (1834-1895) subrayando sus temores en torno a la autenticidad de la Inscripción de Paraíba (Netto 1885:28-9), los debates académicos sobre el supuesto texto fenicio disminuyeron a medida en que no había noticias de la piedra. Quedó más bien aceptada la idea de un documento apócrifo después de 1885, pese a que la corriente que defendió su autenticidad seguirá en adelante. Para algunos autores de la Coleção Brasileira, como Anyone Costa, la Inscripción de Paraíba fue inventada (1938:127). Los autores descartan el motivo pecuniario como razón de su falsificación. Durante el siglo XX se desarrollaron otras investigaciones sobre el tema por parte de lingüistas alemanes como Johannes Friedrich (1893-1972), en 1968 (Cross Jr 1968) y Otto Eissfeldt (1887-1973) y Hartmut Schmokel (1906-1991), ambos en 1970, todos ellos considerándola una falacia.

Consecuencias de la carta enviada al IHGB

El 27 de enero de 1874, el arqueólogo traductor de la Inscripción de Paraíba había enviado una misiva al editor del periódico *O Novo Mundo*, editado en Estados Unidos como encarte del *The New York Times*, excusándose por haber juzgado como auténtica la carta del supuesto granjero brasileño con el anexo hecho en lápiz de los caracteres fenicios dibujados por su hijo. Pero su publicación solo se daría el 23 de abril del mismo año, casi tres meses después. Lo que provocó que siguieran apareciendo, durante este lapso de tiempo, varios artículos europeos intentando explicar las contradicciones técnicas del texto, como ya vimos.

En cuanto a la carta original del hacendado, se conoce que permaneció en poder del traductor por lo menos hasta 1875 cuando ya no había esperanzas de dar con su paradero. Si por un lado esto puso más difícil la posterior investigación que algunos autores llevaron a cabo para descubrir la verdadera autoría, por otro, podemos interpretar dicha pérdida como un acto intencional del autor o autores del falso documento para intentar tapar el caso. Dado que la carta desapareció dentro del propio Instituto y que no hubo apenas dificultad en ocultarla, debemos concluir también que el responsable sería muy probablemente alguien de dentro del propio órgano imperial. Nos llama aun la atención que la desaparición de la carta original se haya producido después de que el traductor no solo haya reconocido públicamente la dificultad en localizar la laja con los caracteres, y que por eso mismo haya sido considerada sospechosa, sino que también coincidió con una particular investigación sobre su verdadero autor o autores, llevada a cabo por el propio traductor. Una cuestión que analizaremos más adelante.

Para nosotros, la “pérdida” de la carta demuestra exactamente el grado de importancia social que gozaba el falsificador dentro del IHGB, pues imaginó, seguramente, que saldría beneficiado con su extravío al no poder nadie más examinarla. Aunque identificar bajo cuál responsabilidad se había dado la desaparición del original en las dependencias del Instituto, también podía llevar directamente hasta el autor o autores del falso documento. Y, sin embargo, ese fue un procedimiento que no constatamos que las autoridades académicas de la época hayan podido llevar adelante. Es de suponer que el verdadero autor de la

Inscripción de Paraíba seguramente tenía profundo conocimiento no solo en lenguas “muertas” y “vivas”, sino también en arqueología. Lo que por otro lado se constituía en una ventaja a la hora de ser identificado, ya que pocos intelectuales existían con ese perfil en Brasil en ese momento. Aunque también pudo haber sido elaborada en el extranjero y luego ser traída en secreto al país.

En ese sentido, una hipótesis sería lanzada en 1968 por el profesor estadounidense Frank Moore Cross (1921-2012), en la revista *Orientalia* 37: 437-460, a través del artículo *The Phoenician Inscription from Brazil, A Nineteenth-Century Forgery* (Castro 1971:307-33). El norteamericano fijó su atención en la fecha previa a la lectura de la famosa Carta, hecha en el Instituto el 13 de septiembre de 1872, para afirmar que su elaboración pudo perfectamente haber iniciado algunos meses antes. Y que en este caso, coincidiría con el regreso de la comitiva de Pedro II (1825-1891) de su viaje a Europa y al Próximo Oriente, realizada entre mayo de 1871 y marzo de 1872. Una hipótesis que no debe ser desechada.

El arqueólogo y lingüista francés Joseph-Ernest Renan (1823-1892) había sido consultado por el traductor en 1873, pero en vez de emitir un parecer técnico, al estar considerado un experto en arqueología fenicia, le aconsejó al brasileño prudencia, debido a recientes intentos fallidos de falsificación de documentos presuntamente fenicios. Se sabe que entre 1876 y 1877, al entrevistarse con Pedro II (1825-1891) durante el segundo viaje del rey a Europa y también al Próximo Oriente, el francés se mostró cauteloso otra vez en cuanto a la autenticidad del documento. Lo que nos indica que a esa altura la Inscripción de Paraíba aun seguía, por lo menos en Europa, con posibilidades de ser considerada auténtica, a pesar de que Ladislau Netto (1838-1894) ya hubiese reconocido también en el periódico *Jornal do Comércio*, de Rio de Janeiro, en 8 de mayo de 1875, que la Inscripción era realmente apócrifa. En ese caso queda clara la insistencia del Emperador cuando habló después con Ernest Renan.

En respuesta a las preguntas formuladas por la prensa sobre el verdadero autor, el arqueólogo brasileño no identificó a nadie. Simplemente alegó su inocencia al argumentar que él mismo fuera la primera víctima de una desafortunada broma. Diez años después, en la carta que él envió a su amigo y arqueólogo francés,

confirmó que “L’inscription phénicienne de la Parahiba était une inscription apocryphe” (Netto 1885:18). Y que el referido texto, según explicó, poseía una enorme similitud con el estilo del libro bíblico de Ezequiel, además de que algunas palabras y expresiones utilizadas por el falsificador habían sido sacadas del primer verso de la *Cena I, Acto V*, de la pieza *Poenulus*, del escritor latino Plauto (254-184 a.C.), (ibídem:14).

Pese a todo ello, en la Francia de 1875, el arqueólogo francés Paul Gaffarel (1843-1920), insistiría en la llegada de marinos fenicios al Nuevo Mundo, y más concretamente a la Amazonia, como propuso en su artículo *Phéniciens en Amérique*, (1875:126), divulgado durante el *Congrès International des Américanistes de Paris*. Aunque negaría con contundencia la veracidad de la Inscripción de Paraíba. Su apuesta por una Amazonia visitada por antiguos semitas, caló entre los diversos arqueólogos de su época e incluso amagó en las generaciones posteriores de intelectuales. De esta forma contribuyó a la coexistencia de las dos corrientes de investigadores en torno a lo que se consideraba ser o no, el resultado de influencias sobre varios pueblos del Nuevo Mundo de la que en este momento se denominaba “civilización” fenicia. Una corriente creía en ella, mientras la otra, la negaba rotundamente. Las inscripciones rupestres, las expediciones en busca de Ciudades Olvidadas o Abandonadas, los dialectos nativos y, las ruinas de monumentos hallados en la jungla americana, siguieron siendo objeto de investigaciones cada vez más sistemáticas, tanto en Brasil como en el extranjero. A partir de 1876, la revista *Archivos*, (Lopes 1997:184), editada por el Museo Nacional de Brasil, ahora bajo la dirección del traductor de la Inscripción de Paraíba Ladislau Netto (1838-1894), pasó a contar con importantes corresponsales en Europa, tales como Charles Darwin (1809-1882), o el antropólogo francés Armand de Quatrefages (1810-1892), quien escribió sobre los indígenas brasileños (Vivante & Imbelloni 1939:152). Y así otros importantes científicos de la época. El IHGB y la arqueología brasileña (Souza 1991; Langer 2000; Ferreira 2007) alcanzaron una notoriedad hasta entonces desconocida.

En Estados Unidos, *The New York Times* registraría la visita que el emperador brasileño hizo a sitios arqueológicos de Troya, Tenedos y Creta, en

1876. Considerado amigo de las ciencias, fue honrado en esa ocasión por el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann (1822-1890), quien descubrió las ruinas de la antigua Troya en la colina de Hissarlik, y también la de Micenas entre 1870-1890. Su aprecio hacia el emperador lo demostraría, además, dedicando al monarca sudamericano las ediciones alemana y norteamericana de su libro *Mycenas* (Traill 1996:154-5; Aubet 2003:87-9). Al parecer, entre estos dos hombres había más temas en común que sus conocimientos sobre las obras del poeta griego Homero y que por entonces dejaban de ser consideradas meras fabulas, a tenor precisamente del descubrimiento de Heinrich Schliemann. Pedro II (1825-1891) había escrito un diario sobre su viaje al Alto Nilo en 1872 y también era un apasionado de la arqueología, sobre todo la que se refería al Oriente, por eso le interesaban mucho las certificaciones arqueológicas. Años después, un nieto del alemán y también arqueólogo llamado Paul Schliemann, anunció en los periódicos de Estados Unidos en 1912, la existencia de un documento secreto descubierto por su abuelo y que probaría la anterior existencia de la Atlántida (Bessmertny 1935:185-7). Una revelación que en nuestro modo de ver acercó las ideas entre Pedro II y Heinrich Schliemann, ambos ya fallecidos. Mientras tanto, no tenemos más información sobre el referido documento y sobre el resultado de la investigación que estaría llevando a cabo el joven Schliemann.

Reaparece el debate sobre la Inscripción de Paraíba

Casi cien años después de su aparición, surgió el artículo *The authenticity of the Phoenician text from Parahíba*, publicado en la revista especializada *Orientalia*, de 1968 (número 37, 1:75-80, 425-36, 461-3) - Ese mismo año sería reproducido también en la revista estadounidense *Life*, en 10 de junio de 1968, por el periodista Douglas Matthews, y en *The New York Times*, por el periodista Walter Seager Sullivan (Joffily 1973:215) -. El autor de dicho artículo fue el norteamericano Cyrus Herzl Gordon (1908-2001), de origen hebreo, profesor de estudios Mediterráneos y especialista en Ugarit. En su análisis concluyó que el referido texto conteniendo los signos y letras era verdaderamente una fuente fenicia del siglo VI a.C., perteneciente a época del rey Hiram III, quién gobernó entre 553-533 a.C. En su

escrito apuntaba el año de 531 a.C., como el de la llegada de los navegantes fenicios a la costa brasileña. Para el profesor Gordon, la Inscripción de Paraíba y la de Bat Creek (Figura 19) encontrada por John Haywood y registrada por George Wilson en *Natural and Aboriginal History of Tennessee*, en 1823, eran efectivamente las pruebas epigráficas de la presencia semita en América (Gordon 1972:175-87). La noticia en la prensa estadounidense, suministrada por la agencia United Press, decía que los fenicios habían huido de la persecución romana para descubrir América unos mil años antes de Cristóbal Colón (1451-1506), según la tesis del referido profesor desde su escaño en Brandeis University, en Waltham, Estado de Massachusetts.

En su apoyo vinieron Lienhard Deleat (1928-2004) con una memoria y también el profesor Alb van den Branden de la universidad de St. Esprit Kaslik, en Beirut, con un artículo en la revista *Melto* (número III, Año 4:55-73). Ambos publicados en 1968, y acreditando la autenticidad del documento, conforme indicó el investigador Cross Jr (1968:437-60 y 1979:36-43), quien, por el contrario, abogó por su falsedad en un artículo en la misma revista *Orientalia*, titulado *The Phoenician inscription from Brazil. A Nineteenth-Century Forget* (págs. 437-460).

Después de analizar los supuestos caracteres fenicios contenidos en el referido texto, el profesor Gordon (1908-2001) tradujo las ocho frases al idioma inglés. Una copia de la referida Inscripción había llegado a sus manos por casualidad. Inicialmente había sido enviada con su respectiva versión en hebreo y francés por el primer traductor, Ladislau Netto (1838-1894), al entonces director de la biblioteca pública de la ciudad de New York, Wilberforce Eames, el 31 de enero de 1874. En esta ocasión el brasileño ya advertía que en realidad se trataría de una falsa inscripción, aunque no sabemos el motivo de su envío. En el siglo XX, el profesor Jules Piccus, de Massachusetts University, halló dicha copia en un libro antiguo del señor Eames, y decidió pasarla al profesor Gordon. En seguida este experto en lengua fenicia comparó esa copia con otra de 1899 que él poseía, y notó algunas diferencias de grafía entre ellas. Eso se debía a que cada vez que el traductor enviaba la Inscripción a alguien tenía que volver a dibujar él mismo una y otra vez los difíciles caracteres orientales (*Jornal do Brasil* 1968:4), generando así,

por falta de precisión, copias algo desiguales. De modo que después de estudiarlas detalladamente, el profesor norteamericano concluyó que la copia de 1874 le permitía ahora afirmar que las letras y la congruencia de las frases eran originalmente fenicias. Y realizó la siguiente versión al inglés:

Línea 1: *We are Sidonian Canaanites from the city of the Merchant King. We were cast*

Línea 2: *up on this distant island, a land of mountains. We sacrificed a youth to the celestial gods*

Línea 3: *and goddesses in the nineteenth year of our mighty King Hiram*

Línea 4: *and embarked from Ezion-geber into the Red Sea. We voyaged with ten ships*

Línea 5: *and were at sea together for two years around Africa. Then we were separated*

Línea 6: *by the hand of Baal and were no longer with our companions. So we have come here, twelve*

Línea 7: *men and three women, into "Island of Iron." Am I, the Admiral, a man who would flee?*

Línea 8: *Nay! May the celestial gods and goddesses favor us well!*

(Gordon 1972:124-5).

Según un artículo de Carrara (2004:44), la versión de Gordon en portugués sería:

“Nós filhos de Canã de Sidom, da cidade do rei mercador. Nós fomos lançados nesta costa distante, um país de montanhas. Nós sacrificamos um jovem aos deuses e deusas celestiais no décimo ano de nosso poderoso rei Hiram. Nós navegamos de Ezion Geber para o Mar Vermelho com dez navios e permanecemos no mar juntos por dez anos em volta da África. Então nós fomos separados pela mão de Baal, e alguns estão aqui, doze homens e três mulheres, na Costa Nova. Seria eu, o almirante, um homem que fugiria? Não! Que os excelsos deuses e deusas nos favoreçam!”

Una versión muy parecida con la hecha por el primer traductor brasileño. Al margen de esa versión el investigador norteamericano evaluó la existencia de similitudes lingüísticas entre el idioma hebreo y los dialectos hablados por algunas tribus brasileñas. Añadiendo, también, que las tradiciones orales de los Incas, Mayas y Aztecas, vinculan las raíces del desarrollo de la agricultura y de técnicas tradicionales de sus pueblos al mito de la llegada a través del Océano, de un hombre blanco llevando barba y bigote llamado Quetzalcoatl. Y que habría venido al Nuevo Mundo antes de los navegantes Ibéricos, conforme cronistas también ibéricos del siglo XVI.

Respecto a los textos clásicos y que en su opinión podía confirmar la teoría fenicia, Gordon (1972:36-44) mencionó Diodoro (III, 145, 1) y (V, 19, 1-5; y 20, 1-4) y Estrabón (I, 1, 3; 3, 2; 7-10) y (III, 2, 13-14), además de referirse a Platón sobre la localización de la Atlántida, situándola en el propio Brasil. Finalmente creyó que las frases de la Inscripción de Paraíba se aproximaban al dialecto hablado en Sidón.

No entraremos en el mérito de las discusiones de envergadura demasiado técnicas en torno a los símbolos, letras y señales de la Inscripción de Paraíba en los cuales se involucró posteriormente el profesor Gordon (1908-2001) y algunos otros especialistas en las décadas de 1960 y 70. Solamente mencionar que intentó rebatir los argumentos del lingüista alemán Johannes Friedrich (1893-1972), expuestos en su artículo *Die Unechtheit der phonizischen Inschrift aus Paraiba. Orientalia*, 37. (1968) 4, 421-424; y también los del estadounidense Frank Moore Cross (1921-2012), quienes apostaban por la falsedad de la Inscripción. Tampoco nos detendremos en la proficua observación científica del profesor alemán Lienhard Delekat (1928-2004) - presentada en su *Phönizier in Amerika. Die Echtheit der 1873 bekanntgewordenen kanaanaïschen (altsidonischen) Inschrift aus Paraiba in Brasilien nachgewiesen. Bonner Biblische Beiträge*, 32. Bonn 1969 -, en la cual se muestra en parte de acuerdo con las ideas del catedrático Gordon (1908-2001). Desde la aparición del supuesto texto fenicio, los análisis y comparaciones con tablas lingüísticas hechas por los diversos autores se cuentan a decenas. Y no lo revisamos aquí por las razones que ya hemos comentado anteriormente, es decir, la ausencia de la piedra, del autor que la notificó, además de su comprobada falsedad. Amén de eso una investigación llevada a cabo por el propio traductor brasileño con la finalidad de desvelar el verdadero autor del apócrifo texto, comprobó también el autor del falso texto de la Inscripción de Paraíba.

Así, y de cara a nuestro objetivo, nos toca señalar de momento la corriente cronológica de estudios que se produjo en torno a la Inscripción de Paraíba. Un relato importante para comprender el proceso de nuestro trabajo. Pues lo que queremos es identificar, más que a su verdadero autor, sus intenciones en el momento que produjo el falso documento. Y a partir de ahí, intentar mostrar que sus intenciones obedecieron en realidad a una especie de aparato ideológico mucho

más amplio en el tiempo y espacio, en el cual la Inscripción de Paraíba representó una pieza más durante el siglo XIX, tal y como hemos visto hasta ahora en el territorio brasileño desde el comienzo de su historia tras la llegada de los primeros portugueses. El tema de los antiguos semitas en América, y particularmente en Brasil, formaría así una ideología que atendió casi siempre a objetivos inmediatos del poder político establecido, en diversos momentos de la historia del país desde su periodo colonial. Fue incluso el responsable de la divulgación en el extranjero de la teoría de fenicios en Brasil, y hasta hoy provoca dudas sobre su existencia.

A raíz de los análisis en su contra, el especialista norteamericano en Ugarit, expuso nuevos argumentos que pretendieron contrarrestar las críticas sobre la ausencia de informaciones a cerca de la ubicación de la piedra y de los autores del hallazgo. Mencionó en primer lugar las incertidumbres sobre la real localización de Ofir y su posible conexión con minas de oro y plata existentes en gran cantidad en el Estado de Minas Gerais (recordémoslo como una de las áreas sospechosas de abrigar el pueblo de Pouso Alto, supuesto lugar del encuentro de la Inscripción de Paraíba). Hipótesis a la que llegó después de vincular las letras BZRL, presentes en antiguas inscripciones hebreas, al nombre Brasil (Gordon 1972:113, 119-26 y 159-69) existente en la bibliografía anterior a Colón. Ambos términos significaban el mineral hierro. Añadió también narraciones bíblicas para conectar la Antigüedad al Nuevo Mundo. Gordon consideró, por fin, que los caracteres de la Inscripción brasileña guardaban gran similitud con un lenguaje evaluado como Cananeo-Sidonio presente en textos semíticos bilingües fenicio-hitita conmemorativos y hallados en el área arqueológica de Karatepe, a partir de 1947, en la región de Cilicia, sur de Turquía. Se trata de una fortaleza del pueblo hitita. Estas inscripciones están fechadas hacia el final del VIII a.C. Precisamente a la que menciona el arqueólogo empieza por: "I am Azitawadd, the blessed of Baal, the servant of Baal, whom Awarku, King of the Danunites, exalted. Baal made me as a father and a mother to the Danunites. I quickened the Danunites, enlarged the Land of the Plain of Adana, from the rising of the sun to its setting, and in my days the Danunites had every good and plenty and goodness..." (Gordon 1968:100-2).

En nuestra opinión, esa similitud fue apreciada por el norteamericano quizás también por la cercanía de Karatepe con la Tasos turca, y por la incertidumbre que aun había en ese momento en el mundo académico europeo en torno a la identificación conceptual y geográfica entre los términos Ofir, Tarsis y Tartessos. Lo cual podría dar lugar a una conexión entre el estilo del texto de la Inscripción de Paraíba y una Ofir o Tasis en el Nuevo Mundo.

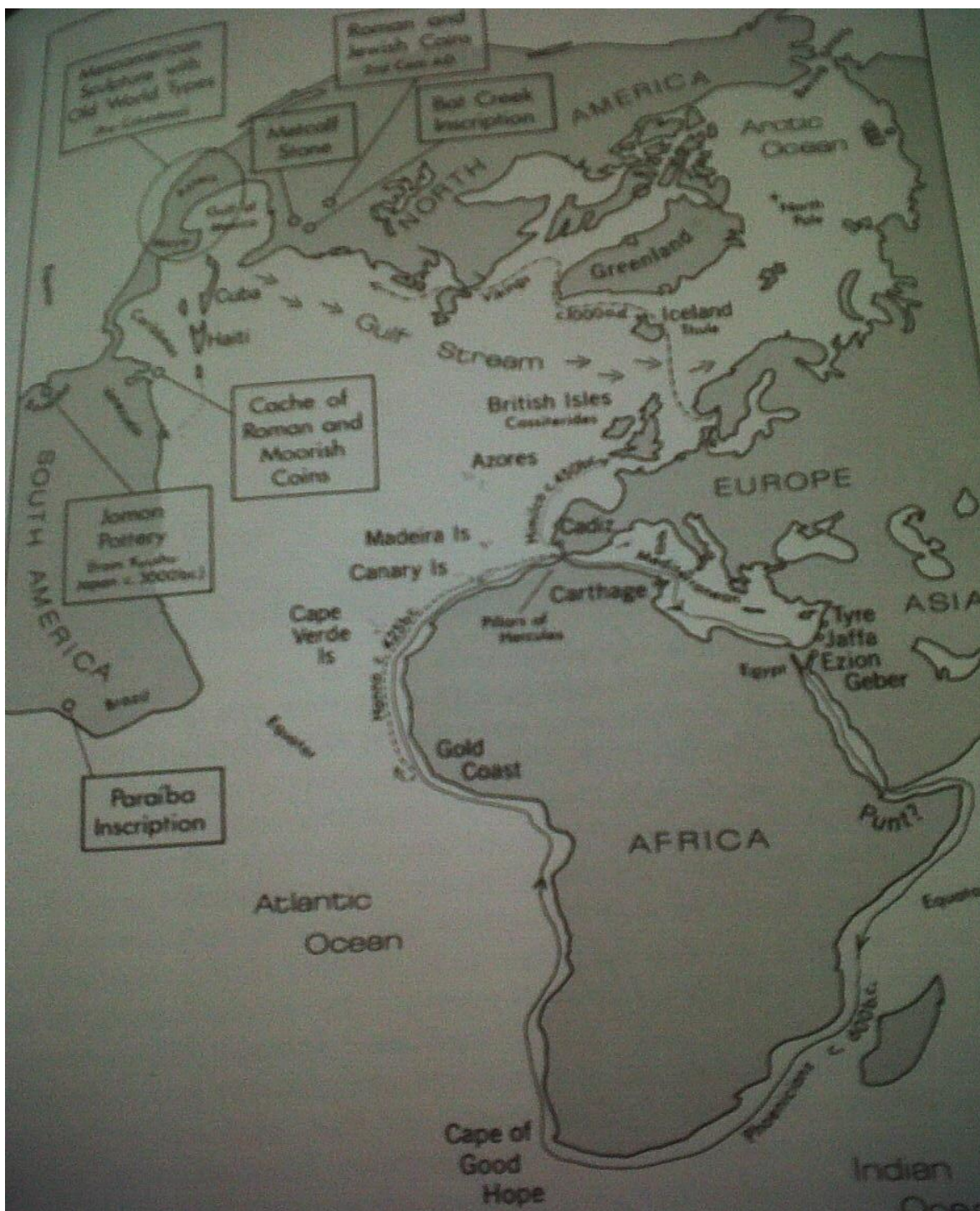


Figura 35: En este mapa se puede ver a Brasil como el lugar del hallazgo de la Inscripción de Paraíba. Y también a Bat Creek en EUA. Publicado en la obra de Cyrus Herzl Gordon (1972:109).

Mientras tanto, sus investigaciones posteriores sufrieron un giro. Gordon (1908-2001) acabó por reconocer que en el cuerpo del texto de la Inscripción de

Paraíba había coincidencias con rituales practicados en una organización social y civil brasileña llamada Maçonaria. Una sociedad secreta conformada por intelectuales y hombres de buena condición social dentro del Imperio, y de la cual era miembro el propio monarca. Entre estos elementos llamó su atención el nombre del rey fenicio Hiram como figura prominente de sus ceremonias, y que el apellido Costa (de Joaquim Alves da Costa) aparecía con frecuencia durante sus reuniones. Reconociendo también que todos los intentos por descubrir al autor de la carta y la piedra habían fallado (Carrara 2004:44-6). En todo caso, el análisis inicial del profesor estadounidense demuestra que el debate en torno a Inscripción de Paraíba aun representaba, al final de la década de 1960, una hipótesis académica importante, ya que había merecido la consideración de un eminente lingüista como él, perteneciente a una respetable institución norteamericana. En 1968, el pueblo brasileño vivía una fuerte represión de las libertades de expresión debido a un régimen militar que se había impuesto por la fuerza, suprimiendo partidos políticos, y promoviendo en el país la persecución y expulsión de sus opositores. Además había promovido una aproximación política y cultural aun más con los Estados Unidos de América.

Como consecuencias de la divulgación de los estudios del profesor Gordon (1908-2001), podemos apuntar no solo la aparición de nuevas publicaciones en contra y a favor de la referida visita fenicia, sino también el aumento de errores de fecha y lugar del supuesto hallazgo epigráfico en algunos artículos publicados a partir de esa fecha. En contra de la primera hipótesis de Gordon, se posicionó el brasileño José Anthero Pereira Júnior en su libro *Em torno da velha questão que é a de terem estado os fenícios no Brasil e outros reparos*, publicado en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo*, al rechazar los postulados del profesor estadounidense (1970:183-90) debido a limitaciones técnicas de los barcos fenicios. Un artículo de Francisco Javier Gómez Espelosín, *Fenicios: los primeros exploradores*, publicado en *Historia National Geographic. Barcelona: RBA, 02/2007, Número 36. Pp. 50-61*, indicó la “región de Recife, en la costa norte de Brasil” como el lugar del encuentro de la Inscripción de Paraíba, y el año de 1874 como la fecha de su hallazgo (2007:60). Equivocaciones, puesto que la ciudad de Recife es capital

de Pernambuco, Estado vecino al de Paraíba, región noreste, y la divulgación pública de la existencia de la dicha Inscripción ocurrió por primera vez en 1873, en ediciones de los periódicos brasileños *A Reforma* y *Jornal do Comércio*, y no en 1874. La fecha de 1874 equivale a su divulgación en la prensa internacional. Pese a estos errores, el autor español concluye al final de su artículo, que la pseudo inscripción es “una fantasía, compuesta por un erudito para complacer las ansias de grandeza del monarca reinante” (ibídem: 60), refiriéndose a Pedro II (1825-1891). Coincidiendo de forma acertada con varios estudios ya existentes sobre el tema.

Siglo XIX: un ambiente “fenicio”

Las noticias sobre el pueblo fenicio habían despertado interés en Europa ya desde principios del siglo XIX, particularmente en cuestiones de religiosidad. En 1836, el teólogo germánico Friedrich Wagenfeld (1810-1846) descubrió y publicó un documento (Herm 1976:93-4) escrito por el griego Filón de Biblos (siglos I-II d.C.), quién a su vez había traducido al griego los nueve volúmenes fragmentados de una historia fenicia llamada *Phoinikiká*, escrita originalmente por el erudito fenicio Sanchouniathon (o Sakkunyaton, o Sanjunyatón, o Sankhuniatón) como ya hemos mencionado en la primera parte de este trabajo. Sacerdote que habría vivido en Tiro antes de la Guerra de Troya, según atestiguó el arzobispo bizantino Eusebio de Cesarea (III-IV d.C.) (Baumgarten 1981:7 y 61-2; Sanmartín 1999:10; Aubet 2009:53). El texto de Filón aborda doctrinas de la religión fenicia hasta aproximadamente el año 1250 a.C. y, que a su vez estaría basado en informes extraídos de los archivos públicos y sagrados del rey Abíbalos (2232-2244). Un hallazgo que había sido recibido con entusiasmo en el medio académico, pero que se desvaneció cuando otro germánico, el historiador Karl Ludwig Grotenfeld (1807-1874) afirmó que se trataba de un falso documento.

Antes de que se publicase la Inscripción de Paraíba en 1873, los intelectuales brasileños ya conocían una serie de descubrimientos atribuidos al pueblo fenicio. Se sabía, por ejemplo, de la existencia de “sarcófagos” fenicios hallados en una necrópolis de Sicilia (Fantar 1988:171), y fechados entre finales del siglo VII y comienzos del VIII a.C.; de la *Tarifa de Marsella*, descubierto en 1844 (documento

que registra varios tipos de sacrificios y los honorarios del clero y oferentes); de la Inscripción de Eshmunazar (rey de Sidón) en 1855. También se conocía las excavaciones sistemáticas emprendidas en 1857 por Beulé en la zona de Cartago, y que revelaron importantes características de este pueblo en el norte de África. Sus hallazgos se popularizaron en Occidente cuando el conocido escritor francés Gustave Flaubert (1821-1880) visitó el lugar para ambientar su famosa obra *Salammbô*, publicada en 1862 (Herm 1976:133 y 279).

Otro francés, Joseph-Ernest Renan (1823-1892), publicó *Mission de Phénicie* a partir de 1865, y luego, *Nouvelles observations d'epigraphie hebraique*, en 1867, después de llevar a cabo sus empresas arqueológicas en el territorio fenicio, por encargo del propio rey Napoleón III (1808-1873). Ese mismo año aparecieron en el valle estadounidense de Newark, Estado de Ohio, unas lajas con letras y símbolos que fueron atribuidos inmediatamente al idioma hebreo. También en suelo norteamericano se produjo en esa época, en un área rica en petróleo, el descubrimiento de una gran estatua conocida con el nombre de *Onondaga*, identificada en un principio como obra de artesanos fenicios. Luego se supo que en realidad su verdadero autor fue un cierto Morton, del siglo XIX, un descubrimiento que vino a la luz en 1869 (Gaffarel 1968:125-6). La Stèle de Mésa, hallada en Jerusalén en 1868 por el misionero alemán F. A. Klein (Amadasi Guzzo 1988:572) fue quizás la epigrafía más famosa entre las consideradas fenicias. En ella se describe la rebelión del rey Mésa, de Moab, en contra de los Israelitas en torno al siglo VII a.C., como se comprueba en II Reyes (1:1). Su contenido fue publicado en 1870 por el arqueólogo francés Charles Simón Clermont-Ganneau (1846-1923). Es curioso recordar que la referida estela fue partida en pedazos por los árabes, exactamente como sucedería más tarde con la supuesta piedra brasileña, según la carta enviada al IHGB. En el caso de La Stèle de Mésa, unos comerciantes árabes la habían troceado porque creían que en su interior llevaba oro oculto, al no entender por qué los europeos podían pagar tanto dinero por una piedra con garabatos aparentemente incomprensibles y recogida del polvoriento desierto. La inscripción fue dada a conocer en revistas francesas, y estuvo considerada como la más antigua inscripción fenicia hasta mediados del siglo XX. También las ruinas de

una ciudad africana en el Zimbawe, fueron dadas a conocer por el geólogo alemán Karl Mauch (1837-1875), en 1871. Esta ciudad fue identificada por algunos exploradores europeos durante algún tiempo con la Ciudad Olvidada de Ofir, un lugar supuestamente visitado por los fenicios (Trigger 2006:196) y que abrigaría las minas del rey Salomón. Todos estos hechos sirven para demostrar el grado de importancia que alcanzó la preocupación por el mundo fenicio entre los intelectuales occidentales durante el siglo XIX.

Por otra parte, excavaciones arqueológicas en el área urbana de Sidón y en sus necrópolis, han sacado a la luz menos epigrafías de las que se suponía hasta hace poco. En parte, debido a un saqueo continuado de sus antigüedades con propósitos pecuniarios, al menos desde el siglo XIX, ya que muchos artefactos fueron transferidos a las arcas de museos europeos, o se quedaron en manos de coleccionistas particulares. Todos esos objetos conforman hoy día las colecciones de sarcófagos sidonios expuestos en las mencionadas instituciones (Moscati 1988:292-99), colecciones que fue posible formar gracias, justamente, a que durante el siglo XIX la denominada “civilización” fenicia acaparó las atenciones de exploradores e investigadores ya sea en Oriente u Occidente. Lamentablemente, la labor de excavadores de canteras de piedra prácticamente borró sectores enteros de necrópolis en diferentes ciudades antiguas de la franja del Levante Oriental, como ocurrió, por ejemplo, con la de Ablounm casi destruida ya por el año 1867 (Ciasca 1988:145).

En el siglo XIX existía, en el medio cultural norteamericano y europeo, un ambiente propicio para la publicidad, por así decir, de hallazgos de fuentes antiguas en general y de epigrafía fenicia en particular. Ambiente que también existía en el territorio brasileño de la época, y que era fomentado por la única realeza occidental que hubo en el continente americano. Existía aquí una expectación en torno a descubrimientos de ruinas de monumentos antiguos, y particularmente de epigrafía fenicia. Lo que puso las cosas fáciles a los planes del falsificador de la Inscripción de Paraíba, según opinan varios autores de la Coleção Brasileira. Todas esas consideraciones, en nuestra opinión, son importantes a la hora de intentar comprender las razones que motivaron la falsificación de dicha Inscripción, quizás

un mero producto de esta valoración mundial, en la cual, sin duda, se inspiró el erudito autor de la falsificación.

Los sospechosos de la falsificación

No es uno de los objetivos de esta investigación descubrir el verdadero nombre del autor de la Inscripción de Paraíba, un pseudo texto que pretendió ser fenicio y que aun hoy día da que hablar. Aunque no dejaremos de hacer algunas consideraciones sobre posibilidades sugeridas en este sentido por algunos investigadores del pasado. Nuestra meta es intentar descubrir el objetivo del autor o autores de la falsificación y, a partir de ahí, poder identificar algunas razones de este entramado.

Tras la divulgación de la hipótesis del lingüista norteamericano Cyrus Herzl Gordon (1908-2001) en el periódico brasileño *Jornal do Brasil*, el, 17 de agosto de 1968, otro periódico de Rio de Janeiro, *O Globo*, también publicó un reportaje sobre el tema el 15 de septiembre de 1969, pág. 12. Su autor, el historiador brasileño Pedro Calmon Moniz de Bettencourt (1902-1985), entonces presidente del IHGB, no solo volvió a negar la existencia de la piedra conteniendo las ocho frases, sino que atribuyó su autoría al “orientalista” y empleado del Palacio Imperial, el alemán Karl Friedrich Koch (1830-1889). Incluso hay historiadores que creen que lo hizo en asociación con nada más y nada menos que el propio rey Pedro II (1825-1891), con el objeto de engrandecer el nombre del país en el medio cultural internacional. Otros historiadores, sin embargo, proponen que el objetivo sería poner a prueba los conocimientos del arqueólogo Ladislau Netto, quien apostaba en el descubrimiento de Brasil por marinos fenicios. Y todo por intrigas palaciegas. El arqueólogo brasileño Calmón, además, explicó en su entrevista al periódico que el origen del nombre Brasil no estaría fundado en la palabra “hierro”, nombrado así por los fenicios, como defendía el referido lingüista estadounidense en visita al Brasil, sino en fuentes alemanas del siglo XV y XVI según las cuales significaría el rojo del tinte originado en un árbol del territorio: el palo-brasil.

Otro culpable tenía en mente el juez e historiador brasileño Geraldo Irenêo Joffily (1917-1985), quien publicó en 1972, *L'inscription Phénicienne de Parahyba*,

un document apocryphe. Zeits der Deutschen Morgenlandischen Gesellschaft (RFA), band 122, y en 1973, esta vez en portugués: *A inscrição fenícia da Paraíba* (p. 205-222). En ambos escritos apunta como autor al propio responsable de la traducción, el arqueólogo brasileño Ladislau Netto (1838-1894). En cuanto a autoría de la Inscripción de Paraíba, el juez se puso de acuerdo con otros escritores del tema para quienes esta falsa epigrafía había sido inspirada en La Stèle de Mésa. Ladislau Netto creía en el antiguo pasado semita de los pueblos indígenas (Costa A. 1938:133), y que las pruebas de esa migración oceánica estarían presentes en las características de los pictogramas y petroglifos observados en otras inscripciones rupestres encontradas en el territorio brasileño desde su descubrimiento por los portugueses en 1500.

Sin embargo dos autores salieron en defensa de la inocencia del referido arqueólogo: el historiador brasileño Bittencourt (1997:198), y el profesor Langer (2000:84). Para este último, el traductor habría utilizado inocentemente caracteres equivocados, al intentar convertir el texto de la Inscripción de Paraíba, plasmado en lengua fenicia de característica Sidonia, para el que está considerado el idioma hebreo del tipo a que llamó Cuadrado Moderno. En este caso, un error que Langer tachó de infantil, y que le llevó a preguntarse: ¿por qué, entonces, haría el traductor algo tan distinto del texto original siendo él el falsificador? Un hecho que de por sí, concluye el profesor, demostraría la inocencia del traductor.

Para Langer (2000:87-9), quien utilizó la tabla de Février (1966) para relacionar varias inscripciones encontradas hasta hoy en el territorio brasileño y consideradas fenicias, el verdadero culpable era el misterioso diplomático francés V.L. Baril/Chabaud, conocido como el Conde de La Hure. Además de ser experto en epigrafía, el noble francés conocía técnicas arqueológicas consideradas avanzadas para su época. En 1865, había enviado al IHGB un estudio de su autoría favorable a la existencia de una Ciudad Olvidada en el interior del Estado de Bahia, intitulado: *Inscriptions reproduits par un manuscrit de la bibliothèque publique de Rio de Janeiro de 1754*, artículo que estaba basado en el *Manuscrito 512*. Como arqueólogo, había realizado investigaciones geológicas en el Valle del Paraíba. Y sobre todo, era defensor de la visita fenicia a Brasil. De modo que la razón para la

confección del falso texto se debió a que, tras el envío de una petición suya para recibir recursos y así poder investigar otros sitios arqueológicos del país, el IHGB le denegó al francés dicha financiación (RIHGB 1866:336 y 373-90). Ello habría motivado su venganza contra el Instituto, consistente en el envío de la carta con la referida Inscripción, con el fin de desmoralizar el órgano monárquico, según supuso Langer. El arqueólogo francés dejaría Brasil durante la década de 1880.

Abogando en su propia defensa, Ladislau Netto (1838-1894) decidió realizar en 1875 investigaciones particulares para descubrir el autor o autores del fraude. A su favor estaba el hecho de que los sospechosos, en Brasil, constituían entonces un escaso grupo de conocidos eruditos expertos en lenguas orientales: cuatro extranjeros y un brasileño (Netto 1895:17). Y pese a que no tenemos noticias de que los haya nombrado, suponemos que en su lista de foráneos podía estar el alemán Karl Friedrich Koch (1830-1889), y el Conde francés De la Hure. Y entre los nacionales, pudo pensar en Couto de Magalhães (1837-1898) y Guilherme Schüch, denominado Barón de Capanema (1824-1908), aunque fue éste último uno de los primeros en rechazar pronto la aparición de la inusual Inscripción. Ambos eruditos estaban ligados al emperador por amistad o respeto político. Además del propio monarca Pedro II (1825-1891), que era un hombre dedicado a las más diversas investigaciones sobre la Antigüedad, poliglota, profundo conocedor de las lenguas consideradas “muertas” y de las lenguas de Oriente. Y a quien la carta que Ladislau Netto envió a Joseph-Ernest Renan (1823-1892) en 1885 (ibídem: 17-8) le dejaba como implícito sospechoso.

Inicialmente, el traductor envió una carta a cada uno de los cinco potenciales falsificadores, consultando a cada uno sobre un tema cualquiera, para que ninguno de ellos tuviese sospecha sobre su verdadera intención. No sabemos quiénes eran. Recibidas las respuestas, pudo comparar las caligrafías con la carta que había sido enviada al IHGB en 1872, por el supuesto Joaquim Alves da Costa. A partir de ahí, identificó en una de las cartas la extrema coincidencia caligráfica. Le hizo una segunda consulta, y al recibir una segunda respuesta del mismo, a Ladislau Netto (1838-1894) no le quedó ninguna duda. Había identificado al autor de la falsa Inscripción de Paraíba. Pero como era una persona de alto “prestigio social”, prefirió

no denunciarle. En su *Lettre a monsieur Ernest Renan a propos de l'inscription phénicienne apocryphe*, enviada en 1885 al amigo y arqueólogo francés, el traductor confesó: “L’émotion que je ressentis à la vu de ce document précieux, fut telle que, tout em précédant à une comparaison superflue, j’avais de la peine à em croire mēs yeux, malgré l’évidence, claire e nette, de la parfaite ressemblance entre les deux écritures. Il m’em coûtait d’autant plus de me rendre à cette évidence qu’l s’agissait d’um homme distingué, profond érudit e dont le caractère social respectable m’imposait la plus grande circonspection et, sur cette singulière circonstance, la plus grande réserve.” (Netto 1885:17-8). El traductor había resuelto el caso.

Para el historiador Carrara (2004:44-6), el culpable estaba dentro del propio Palacio Imperial: el monarca Pedro II (1825-1891). Ya sea por su participación directa en el asunto o, al menos, por encubrir al verdadero autor, un funcionario real o algún amigo suyo con quien compartía estos ideales. En realidad no se trata de una hipótesis que se pueda desechar, ya que el rey sudamericano era extremadamente interesado en el tema. Fue corresponsal en las mejores revistas científicas del mundo en esta rama, considerado también un eximio lingüista y dedicado a estas actividades muchas horas al día. Incluso uno de sus artículos fue publicado en el idioma alemán en ese país. En 1861, el monarca había registrado en su agenda particular lo siguiente:

“Pretendo distribuir assim o tempo. Acordar às seis e até as sete grego ou hebraico. Dez horas almoço. Das doze às catorze exame de negócios e estudo. Jantar às cinco e meia e passeio. Das nove às onze escrita desse livro e dormir. Às sextas assisto às lições de inglês e alemão dadas às minhas filhas [...] Às terças-feiras Lusíadas das sete e meia às oito da noite. Quarta latim com minhas filhas. Quinta Lusíadas [...] Domingos e dias santos leituras de Lucena [...] das raízes gregas à noite. O tempo que não tem emprego será ocupado com leituras, conversas ou recebimento de visitas.” (Schwarcz 2002:153).

En contra del emperador pesaban aun otros argumentos. La falsa carta enviada al IHGB en 1872 se dio a los pocos meses de llegar a Rio de Janeiro la

comitiva real de su viaje a Europa y Próximo Oriente. Lo que le habría permitido al rey, o a alguno de sus funcionarios, la oportunidad de introducir la carta en Brasil (Cross 1968:437-60). Al monarca, realmente, le encantaba tratar del asunto con los mejores especialistas del mundo durante sus viajes al extranjero o a través de largas misivas. En 1881, contrataría desde Egipto al epigrafista francés Paul L'Epine, con la finalidad de catalogar los jeroglíficos existentes en varias piezas que formaban parte del Museo Nacional, en Rio de Janeiro, según informaciones del médico y antropólogo portugués Francisco Ferraz de Macedo (1845-1907), extraído de su *Ethnogenia Brasílica*, editado en Lisboa, 1886, conforme Langer (2000:264). Así y debido a su posición jerárquica, es muy probable que por lo menos su Majestad supiera quién había forjado la pseudo Inscripción de Paraíba. Y su silencio sobre la identidad del falsificador descubierto por el traductor, le incrimina al menos indirectamente de coparticipación en los hechos. Fue después de la investigación de Ladislau Netto, que la carta original enviada al IHGB acabó por desaparecer dentro de la propia institución.

El resultado de dicha investigación pudo contribuir para el inicio de una discusión pública entre Pedro II (1825-1891) y Ladislau Netto (1838-1894) en 1885 (Souza 1991:75), hecho que parece haber llevado a este a dejar el cargo de Director del Museo Nacional, por determinación del Emperador, quien le había nombrado al año siguiente de la noticia en la prensa sobre la aparición de la Inscripción de Paraíba. De esa forma, es posible pensar que este acto imperial se constituyó en una represalia contra la investigación del traductor sobre el fraude y contra el resultado al que llegó. Podemos imaginar que entre 1874 y 1885, el traductor se había mantenido en el cargo directivo seguramente porque existía alguna conveniencia monárquica, ya que la existencia de una epigrafía fenicia en el suelo brasileño, había fracasado rotundamente en sus manos en el mismo año que él asumió el cargo de Director del Museo Nacional.

Muy probablemente, la iniciativa de Ladislau Netto (1838-1894) en intentar descubrir al verdadero autor, o autores del falso documento, se debía al temor de que le achacasen a él la autoría. Necesitaba desvincular de esa sospecha su nombre, tanto en Brasil como en el medio académico internacional. Y es lo que

empezó a hacer en los últimos años, cuando comenzó la vertiginosa caída del sistema monárquico en el país. Y fue justo después de su expulsión del cargo de Director del Museo Nacional, - probablemente debida a que pretendía publicar el resultado de sus investigaciones sobre la autoría del fraude concluidas diez años antes en 1875 -, cuando escribió a su amigo en Francia, Joseph-Ernest Renan (1823-1892), no solo para pedirle perdón por haber sometido a su juicio el falso texto fenicio, sino también porque ahora tenía la certeza de que la Inscripción de Paraíba no pasaba de ser papel mojado.

Cesado en su cargo en 1885, el ex director del Museo Nacional y doctor en botánica por la Sorbonne siguió guardando un comprometedor silencio que no resulta fácil de entender. Dato todavía más incomprensible, cuando a él se le imputaba el fraude. Y más aún si se piensa que nada tenía que perder en caso que revelar su secreto, sino más bien al contrario. ¿Por qué, entonces, no desveló el nombre del autor o autores de la falsa Inscripción de Paraíba? Seguramente porque había otras razones de mayor peso. ¿Quizás alguna dependencia financiera del régimen monárquico? Pero, ¿qué contestar a esta pregunta cuando la Monarquía fue derrocada en favor de la República a partir de 1889? ¿Sería su continuado silencio expresión del agradecimiento personal hacia el Emperador, por haberle concedido una beca que le permitió doctorarse en Francia entre 1864 y 1866? (Duarte 1950:84-91). El ex-emperador salió hacia el exilio en 1889, y él sobrevivió cinco años más. Por lo tanto, no había razones conocidas para su silencio que solo a él le seguiría haciendo daño. Concluimos que si no era Ladislau Netto el culpable, su ensordecedor silencio, solo se explica porque ya no existirían más pruebas que contar a su favor, dado que, seguramente, todas ellas habían sido borradas por el entorno de Pedro II (1825-1891) y sus amigos que se quedaron en Brasil después la marcha del ex-emperador, del mismo modo que ya habían hecho desaparecer la carta original enviada en 1872 al IHGB. Para uno de los autores de la Coleção Brasileira, la honestidad del monarca (Cardoso 1933:206) fue algo incuestionable durante su reinado. Una afirmación que, sin duda, demuestra la imperiosa necesidad que tenía el entorno del emperador en verle dissociado del desastroso fraude epigráfico.

A nuestro parecer, el Conde francés De La Hure, no debía en realidad tener tanta respetabilidad ante la Corte brasileña, puesto que en dos ocasiones el IHGB le había negado recursos para sus proyectos, como indicó Langer (2000:87-9). Lo que nos lleva a concluir, por otro lado, que de haber sido él el autor de la falsificación a causa de un acto de venganza contra el Instituto, el director del Museo Nacional no tendría razones para librar el nombre del francés del juicio público. Aun más cuando parece ser que el diplomático galo se marchó de Brasil a mediados de la década de 1880. Por lo tanto, De La Hure no debió ser el responsable por la invención de la Inscripción de Paraíba, pese a su enorme capacidad para hacerlo.

Podemos decir que la invención de la Inscripción de Paraíba constituyó un intento novedoso para hacer frente a una coyuntura política y social adversa al régimen monárquico. Su objetivo era desviar la atención popular para un tema distinto al desgaste político de aquella época. Para ello, unos intelectuales brasileños se han valido de la prensa para divulgar una noticia de carácter polémico como fueron las misteriosas señales y, además, mantener en vilo la búsqueda por su autor desconocido durante meses y años. Una idea generada en el IHGB, y que, sumada a una serie de otras acciones imperiales, solo tenía como finalidad mantener los privilegios gozados por una élite que dominaba el país, en medio de fuertes demandas de cambios socioeconómicos. De manera que, antes que ser un mero embuste resultado de intrigas palaciegas o un intento por sacar dinero, la Inscripción de Paraíba representó la búsqueda de una nación Sudamericana e imperialista de la gloria de un anhelado pasado civilizado. Suponía igualar a Brasil culturalmente con el mundo europeo a través de un proceso definido como “civilizador” (Elias 1994), y además, con el beneficio de prolongar el prestigio social y económico de su élite, conducida por el emperador Pedro II (1825-1891) y sus nobles barones, condes y vizcondes.

2.4) LA PERVIVENCIA DEL TEMA FENICIO

Final del siglo XIX: los efectos de la teoría fenicia

En el último cuarto del siglo XIX el territorio brasileño recibió, entre otros, a dos pensadores europeos expertos en inscripciones rupestres, pictogramas y temas epigráficos: el italiano Ermano Stradelli (1852-1926) y el alemán Theodor Koch-Grünberg (1872-1924). El Primero, entre otras actividades ayudó a desarrollar la idea de que las inscripciones encontradas en Amazonia representaban la necesidad del habitante antiguo de planear su vida diaria, ya sea anotando la cantidad de sus enseres, registrando el dominio sobre el área en que vivía, o simbolizando en las piedras sus creencias y sus dioses. Sin embargo, al considerar al indígena de su época dueño de una índole apenas en armonía con la naturaleza de su alrededor incapaz de subyugarla, se incorporó a la vieja hipótesis de que un pueblo civilizado Antiguo había migrado a la jungla tropical, en donde ahora solo quedarían sus ruinas y epigrafías para ser descubiertas por los exploradores. Mientras que el alemán Theodor Koch-Grünberg (1872-1924), afirmó que estos mismos dibujos, señales y pinturas no pasaban de meros juegos indígenas, a los que calificó de *ludus hominis*. Libres de cualquier significado que no fuera distraerles de sus tareas cotidianas.

A las ideas de Stradelli se sumaron investigadores partidarios de la influencia o colonización fenicia del Nuevo Mundo, los cuales interpretaron los símbolos y supuestas letras de inscripciones rupestres en el marco del alfabeto semita. Así, el francés Apollinaire Fran (Matos 1938:271), aseguraba públicamente haber reconocido en la margen izquierda del río São Francisco, en el interior del actual Estado de Bahia, región noreste, varias palabras fenicias en el alto de un gran monolito. El Viajante Naturalista jamás pudo probar sus afirmaciones y falleció en algún lugar del árido interior de la referida región, posiblemente mientras buscaba lo que sería su hito.

Aquí llamamos la atención sobre una clase común de barcos pesqueros fluviales, contruidos por los habitantes de las orillas de este gran río interior de Brasil, y que se caracterizan por llevar en su proa figuras horrendas talladas y pintadas con grandes ojos, denominadas “carrancas”. Su finalidad es espantar a

los espíritus malos y atraer suerte a la faena de los pescadores. No deja de ser una curiosa similitud con los prótomos y mascarones de los barcos fenicios, lo cual motivó, quizás que tantos exploradores insistiesen en ver en las paredes de los peñones de este río materiales epigráficos fenicios.

La cuestión fenicia en Brasil fue prácticamente un asunto oficial. Cuando en 1890 el escritor portugués Eça de Queirós visitó al ex-emperador brasileño exilado en un hotel de París, le dice que el “estudio de monumentos fenicios e de textos hebraicos não basta para atrair, no Brasil, essa útil corrente de simpatia intelectual [...]” (Schwarcz 2002:517). Lo que revela claramente el empeño personal que el depuesto rey había puesto en el tema mientras gobernó su reino. Ironía del destino fue el hecho de que al abandonar Brasil camino del exilio, el ya simplemente Pedro de Alcântara (1825-1891) lo hizo subiendo a bordo de la embarcación de nombre Paraíba, para luego coger el navío Alagoas (también homónimo de un Estado de la región noreste), que le dejaría para siempre en Francia. Sin embargo, su esfuerzo por consolidar el referido tema en Brasil no quedaría en el olvido.

Es preciso recordar que hasta mediados del siglo XIX los materiales arqueológicos constituyeron información empírica que permitía elaborar hipótesis de trabajo. Los arqueólogos occidentales intentaron comprobar materialmente las revelaciones contenidas en los textos Sagrados a partir de los vestigios antiguos sacados de sus excavaciones (Liverani 1995:20). Los que se dedicaron al mundo fenicio y púnico excavaban en Oriente y África buscando las referencias y los testimonios contenidos también en los textos clásicos. Un modelo que perdurará por lo menos hasta la década de 1950. Una época en que “las cronologías disponibles para los yacimientos fenicios existentes en Occidente no iban más allá, en el mejor de los casos, del siglo VI a.C.” (Martín Ruíz 2010:4).

Las dificultades de unos y de otros consistieron en que hasta ese momento los que sabían de arqueología, generalmente no entendían el idioma, y del modo inverso, los epigrafistas no solían entender muy bien la arqueología (Moscatti 1988:19). En general se seguía el sencillo concepto de que el Nuevo Mundo era una tierra paradisiaca (Barroso 1941:24-6), y que pudo ser visitada en la Antigüedad por navegantes semitas entre otros pueblos considerados civilizados. Lo que

propició, precisamente en el caso de Brasil, el desarrollo de una teoría como la que creía en la visita de navegantes fenicios. Un período que Trigger (2006) define a escala mundial como el de la Arqueología Clásica, en sustitución al período de los Anticuarios que había durado hasta principios del siglo XIX.

La arqueología en su inicio empezó probablemente con el interés de Helena de Constantinopla por identificar los objetos de la tumba de Jesucristo. Mucho más tarde, la que llamamos arqueología bíblica del siglo XVII d.C., estableció el origen humano en un determinado día de octubre de 4004 a.C., interpretando también que los esqueletos de animales antiguos desenterrados eran los que no lograron embarcar en el Arca de Noé. Un ambiente dominado, podemos decir, por la mitología.

Después del episodio de la Inscripción de Paraíba, todavía siguieron dándose descubrimientos fraudulentos en el escenario semita. Uno de ellos involucró en 1874 la compra de una colección llamada Saphira, compuesta por potes y estatuillas supuestamente fenicias. La vendió al Museo Británico el comerciante judío de antigüedades Wilhelm Moses Saphira (1830-1884), establecido en Jerusalén. La institución inglesa llegó incluso a exponer las piezas al público antes de que el especialista francés Charles Simon Clermont-Ganneau (1846-1923), (*O Novo Mundo*, 1874a:128) las considerara falsas. En 1876, el entonces emperador brasileño, según registra su propio diario particular (Faingold 1999:143), visitó la tienda del referido comerciante judío en Jerusalén durante uno de sus viajes oficiales.

Y aunque no ha sido un descubrimiento atribuido a los fenicios, consideramos importante relacionar el caso de la piedra de Kensington hallada probablemente en 1898 en el Estado norteamericano de Minnesota, por un granjero e inmigrante sueco. Pesaba aproximadamente 90 kilos y tenía 0,76m de altura. Su inscripción fue considerada inicialmente de origen Vikingo. Pero después de varios análisis, muchos especialistas la tacharon de una falacia. En esa época se intensificaron los estudios sobre la posibilidad de que los antiguos navegantes nórdicos habrían llegado a la costa noreste de Canadá. Probablemente ello se debió a un extraordinario debate existente en Escandinavia promovido por un

movimiento de característica nacionalista, que terminaría separando políticamente el territorio Noruego del reino Sueco en la primera década del siglo XX.



Figura 36: Piedra de Kensington cuya inscripción fue atribuida inicialmente a los vikingos. Pesa aproximadamente 90 kilos y mide 0,76m de altura y fue hallada en 1898 en el Estado de Minnesota, EUA. Hasta 1982 estaba ubicada en el museo de dicha ciudad. *“The Kensington Rune-Stone (courtesy of the Alexandria (Minnesota) Chamber of Commerce).”* (Hall 1982:5-6).

Por estas fechas, las noticias y los descubrimientos falsos seguían apareciendo también en Brasil, en gran medida debido a la falta de una investigación epigráfica seria y sistemática sobre los vestigios y materiales encontrados en el territorio brasileño, como apunta Langer (2000:90). Una

deficiencia que desde entonces corrompe el imaginario social y perdura hasta el día de hoy, favoreciendo, así, la persistencia de un campo natural para la parición insistente y extemporánea de materiales y de sus singulares interpretaciones (Branco 1971). Un sistema alimentado a su vez por investigaciones apoyadas por europeos y norteamericanos, volcados en un mecanismo que podemos llamar “feed back”. Es decir, en un primer momento un explorador nacional o extranjero producía un informe parcial sobre el hallazgo en el territorio brasileño de un determinado vestigio, considerándole previamente de origen fenicio; enseguida, enviaba su interpretación a un adepto de la misma teoría suya en Europa. Éste, a su vez, ratificaba generalmente la opinión del primero, devolviéndole con aportaciones técnicas el resultado confirmado. Y así se iba construyendo la mencionada teoría fenicia en una hipótesis difícil de ser rebatida ya que tampoco se podía probar que no era verdadera. Bajo un punto de vista técnico y cultural, concluimos que debía ser muy común en Brasil durante el siglo XIX una valoración en general positiva acerca de las ideas que provenían del continente europeo, considerado tanto por la élite brasileña como por el pueblo, un ambiente naturalmente más desarrollado que Sudamérica. De ahí que la teoría fenicia haya prosperado de tal forma.

Como ejemplo a lo que venimos argumentando podemos mencionar el trabajo *Etude sur le sauvage du Brésil*, editado en Paris en 1881, por Maisonneuve et Cie, del francés Gabriel Gravier, quién tomó varias referencias de los datos antropológicos divulgados en una obra del brasileño Couto de Magalhães (1837-1898), presidente de la entonces provincia del Amazonas, durante la segunda mitad del siglo XIX. El político brasileño era un hombre erudito que hablaba varios idiomas, conocía lenguas indígenas y defendía la visita fenicia a la región. Amigo personal de Pedro II. De modo que el libro del francés, una vez en circulación, reforzó entre los europeos y también entre los propios brasileños la creencia de que navegantes fenicios habían efectivamente influenciado de alguna forma la población antigua del territorio amazónico. En un claro proceso de retroalimentación al que nos referimos en el párrafo anterior.

Por otro lado, la visión europea sobre las investigaciones arqueológicas realizadas en Brasil, se ampliaba. En la obra *L'Amérique préhistorique*, de 1883,

otro francés, Nadaillac (1818-1904), consideró de importancia mundial algunos descubrimientos producidos en el territorio brasileño: el del luso-inglés Henry Koster (1784?-1820) relatando inscripciones rupestres de característica jeroglífica en la entonces provincia de Paraíba, región noreste, en su obra de 1817; el del holandés Elias Herckman (1596-1644), describiendo enormes piedras en forma de altares observadas en torno a este mismo área entre 1639 y 1641; también los trabajos del canadiense Charles Fredrick Hartt (1840-1878), con estudios sobre inscripciones y materiales de los Marajoaras en Amazonia en el inicio de la década de 1870, y, amén de ellos, los descubrimientos de fósiles animales y humanos investigados por el Viajero Naturalista danés Peter Lund (1801-1880), entre 1825 y la década de 1840 (2005:466-73 y 479-80) en el área de Minas Gerais, región sureste. La obra de Nadaillac sirvió incluso de referencia para varios estudiosos europeos al adoptar la vieja hipótesis de la presencia de pueblos antiguos considerados civilizados en el Nuevo Mundo (Langer 2000:209-10), dejando implícita la presencia semita a través de ruinas escondidas en puntos de la densa selva sudamericana.

El IHGB conocía, desde su fundación, relatos de Viajeros Naturalistas sobre la existencia de inscripciones rupestres en la región del río Negro, en Amazonia, representando, en realidad, rastros de figuras humanas y dibujos abstractos (Prous 2006:109-21). En la década de 1870, el militar brasileño Antônio Luís von Hooholtz, Barón de Tefé (1837-1931), comandó en esta área una expedición hidrográfica con el objeto de conocer los límites territoriales del Imperio de Brasil respecto al Perú. Registró también su testimonio al observar en una de las orillas del referido río la “figura de granito apuntando para o oeste, com inscrições fenícias”, según narró en 1884 el alemán radicado en Brasil, Karl Von Koseritz (1830-1890), en su *Bosquejos ethnologicos. Porto Alegre: Typographia de Gundlach & Comp., 1884a, p. 37* (Langer 2000:90-1). Para el militar, los antiguos semitas habían dejado en las lajas de las riberas los registros de sus navegaciones por el gran río, pese a que esa era una teoría que podía interesar a Francia en ese momento, como ya hemos visto. Sin embargo, si lo hizo fue porque el tema fenicio en las décadas de 1870 y 1880 era aun bastante fuerte en el país a causa de la Inscripción de Paraíba. Los

materiales recogidos por el barón fueron enviados a Alemania para ser analizados, pero no tenemos noticia de sus resultados.

En la *Revista del IHGB* de 1887 subrayamos el artículo del miembro Tristão de Araripe (1821-1908), titulado *Cidades petrificadas e inscrições lapidares no Brasil*. Trata del hallazgo de una supuesta Ciudad Olvidada descrita por su descubridor el señor Jácome Avelino a dos periódicos brasileños. Las ruinas petrificadas estaban cubiertas por la vegetación en una región llamada Piracuruca, situada en el remoto interior semiárido del actual Estado de Piauí, región noreste. Los dos periódicos tenían el mismo nombre: *Constituição*. Uno con sede en la ciudad de Recife, capital de la entonces provincia de Pernambuco (vecino a de Paraíba), y el otro, ubicado en la ciudad de Fortaleza, capital de la entonces provincia del Ceará. El descubrimiento se había dado en 1886. El relato de Jácome hablaba de murallas, calles, casas, plazas y lo que parecía ser piedras redondas de artillería (RIHGB 1887:226-7). Ello llevó al socio Araripe a imaginar en su artículo que se trataba de monumentos de la antigua civilización Atlántida. Araripe, como ya comentamos, defendía la corriente vikinga. Posteriormente, una comisión de políticos y especialistas de la región en visita al lugar constató que se trataba, en realidad, de un mero producto de formaciones geológicas, aunque con la presencia de pinturas y dibujos humanos (RIHGB 1892:197-8). El lugar pasó a ser conocido como São Raimundo Nonato (o Siete Ciudades), y las excavaciones futuras constataron la presencia de materiales arqueológicos de la prehistoria indígena. En el siglo XX, el sitio fue ampliamente investigado por la arqueóloga brasileña Niède Guidón (1933-), que en su publicación de 1985 (p. 3-80) descartó cualquier influencia fenicia.

En el tercio final del siglo XIX surgieron incluso incentivos financieros oficiales para los que encontrasen vestigios, ruinas o monumentos antiguos en Brasil. Sobre todo si estos descubrimientos conectaban de algún modo el remoto pasado del territorio con una civilización “blanca” Occidental. De hecho, en el mismo año en que los esclavos fueron oficialmente libertados en el país, 1888, el Instituto Histórico e Geográfico de Salvador, capital de la entonces provincia de Bahia, región noreste, ofreció recompensas a quienes aportasen pruebas de la existencia de una Ciudad

Olvidada o Abandonada. Desde ese momento las noticias sobre estos hallazgos se multiplicaron también en otras provincias (Costa A. 1938:121-2) tales como Amazonas (región norte) y Paraná (región sur), aunque sin poder probarse sus existencias. Sí aparecen historias más bien de características míticas.

Una corriente intelectual a finales del siglo XIX aun defendía la presencia semita antigua en Brasil. En el mismo año de 1888, el espiritista y político brasileño, nacido en Bahia, Aristides de Souza Spínola (1850-1925) afirmó en una de sus conferencias tener objetos antiguos con los cuáles probaría la presencia fenicia en Brasil. Idea que defendió en su artículo *A Cidade Abandonada*, publicado en la *Revista da Sociedade de Geographia do Rio de Janeiro*, tomo IV, número 4, (Langer 2000:147-8 y 300), pese a que no encontramos la lista de dichos materiales. En 1892, el norteamericano Thomas Crawford Johnston publicó *Did the pheniciens discover America?*, ubicando en este continente la Ofir visitada por naves fenicias (Matos 1941:22-3). Mientras que un escrito de Jósef von Siemiradzki (1858-1933) difundió, en 1898, la tesis de los indios Aztecas y de los Araucanos (habitantes de una región del Chile) como ancestros de los fenicios. Lo que llevó al alemán Hermann von Ihering (1850-1930), radicado en Brasil, a criticarle en 1900 a través de una disertación editada en la *Revista do Museu Paulista, Bibliografia*, (4): 565-567, por considerar que Siemiradzki únicamente se basaba en hipotéticas pruebas lingüísticas, lo que para von Ihering constituía un tipo de abordaje (Ferreira 2007:213) ya anacrónico.

Sin embargo, el imaginario popular sobre la gente fenicia y su expansión en el Nuevo Mundo siguió como una premisa al entrar el siglo XX. Y aun cuando un autor de la Coleção Brasileira optó por atribuir la llegada de barcos vikingos a América, “cinco séculos antes de Colombo” (Calogeras 1938:3-4), no descartó la posibilidad de que navegantes mediterráneos también lo haya hecho, como fue el caso del propio Calogeras.

Siglo XX: reanudan las expediciones

La bibliografía nos enseña que durante las dos décadas iniciales del siglo XX, se intensificaron dentro de la geografía brasileña las expediciones en busca de

Ciudades Olvidadas o Abandonadas. Se creía que estaban ocultas en áreas lejanas de la selva. El responsable por el repunte de estos viajes exploratorios fue la relectura, en 1893, del *Manuscrito 512*, que como ya vimos describía una ciudad de características occidentales decorada con piedras preciosas y oro.

Aunque la mayor parte de los intelectuales del ahora menos importante IHGB, considerado en ese momento por la República brasileña un órgano monárquico, diese por las falsas indicaciones del *Manuscrito 512*, algunos antiguos y nuevos arqueólogos se sirvieron de su misterioso contenido para seguir sosteniendo la presencia de una antigua civilización mediterránea en suelo brasileño. El investigador alemán en el país, Max Schmidt (1874-1950), intentó incluso reanudar la discusión en torno a los presuntos garabatos de la Pedra da Gávea, según Souza (1991, 86), después de estudiar las tribus indígenas de la llanura central de Brasil y proponer su similitud con el pueblo fenicio.

En ese ambiente exploratorio, el historiador nacional Cândido Costa publicó por la editora José Bastos, en Lisboa, 1900 (ya había publicado una edición en Brasil en 1896) su obra *As duas Américas: o descobrimento da América e do Brazil*, intentando probar que el litoral del continente sudamericano fue recorrido en la Antigüedad por barcos fenicios, griegos y vikingos (Souza 1991:78). En ese mismo año, miembros de la familia alemana Krupp von Essen invirtieron más de 500 mil dólares, provenientes de los beneficios de sus fábricas de armamentos, en la financiación de expediciones al interior de las tierras brasileñas en busca de Ciudades Olvidadas o Abandonadas. Una suma respetable para la época pero que aparentemente no obtuvo éxito. La conquista al final fue lograda por el norteamericano Hiram Bingham (1875-1956) de Yale University, al descubrir en las montañas de Perú la Ciudad Abandonada de Macchupicchu en 1911. El descubrimiento reavivó la antigua idea de la búsqueda del Dorado entre los exploradores, y estimuló otras expediciones arqueológicas con la esperanza de producir nuevos hallazgos de Ciudades Olvidadas en la jungla sudamericana.

En este sentido, en 1913, una gran expedición recorrió Brasil desde el sur hacia la banda oriental de la Amazonia. El estadounidense y ex presidente norteamericano Theodor Roosevelt (1858-1919), acompañado del militar brasileño

Cândido Rondon (1865-1958), recorrió a pie, en barco y a caballo más de mil quinientos kilómetros de la selva central del país, aunque sin toparse con ninguna Ciudad Olvidada. La expedición tuvo el mérito de dar a conocer una parte aun virgen de la geografía nacional, además de establecer contactos con nuevas tribus indígenas. Pero lo que nos llama la atención es que la expedición logró instalar cables telegráficos para conectar el área más desarrollada económicamente de Brasil, los Estados de la región sureste, con el área productora de caucho en el actual Estado del Acre, región norte. Una inmensa área entonces disputada entre las diplomacias de Bolivia y Brasil, quien la acabó comprándosela a Bolivia.

Años más tarde, y con el pretexto de encontrar esas Ciudades Olvidadas, el explorador inglés Percy Harrisson Fawcett (1867-1924?) desembarcó en Brasil. Su particular objetivo era encontrar ruinas de la Atlántida en el centro geográfico de América del Sur, a la altura del actual Estado brasileño de Mato Grosso, región centro-oeste. Entre los brasileños de la época no se supo qué real propósito tenía. Sí se conocía que su idea estaba amparada, entre otras referencias, en las antiguas propuestas del geógrafo francés Antonio Snider-Pellegrini (1802-1855) publicadas en 1859, quien sugirió el lugar como el centro de una antigua civilización occidental. La expedición puesta en marcha por el inglés Fawcett, su hijo, un paisano fotógrafo y algunos indios, emprendió el viaje, pero acabó por desaparecer en la densa selva brasileña en 1924, y jamás se volvió a saber de ellos (Fleming 1936:17-21). En realidad, Fawcett había trabajado como espía para el gobierno británico en el norte de África y en Asia y, parecía ser este también el motivo de su viaje por el centro de Brasil. Sobre todo cuando se supo que mantenía contactos con la Royal Geographic Society, con el fin de inspeccionar la disputa de fronteras entre Brasil y Bolivia, a causa de la extracción de caucho, importante materia prima mundial en la época. El militar incluso había ya trabajado antes tanto para el Gobierno de Bolivia como para el de Brasil. Según reportaje del periódico español El País, de 24 de septiembre de 2010, al desaparecer misteriosamente en los confines de la jungla sudamericana, su tipo servirá de modelo décadas más tarde, para la figura del explorador intrépido plasmado en el personaje cinematográfico de *Indiana Jones*,

como también, en *El mundo perdido* de Conan Doyle, a partir de la obra de Peter Fleming, *Brazilian adventure*, de 1936.

Para emprender su exploración, es muy probable que el espía inglés se haya servido del rumor existente en Brasil sobre una supuesta Ciudad Olvidada en el área, cuya exacta localización, según él mismo comentó a los amigos, la había descubierto en el relato de un supuesto marino portugués de la colonia lusa en torno a 1516, tras ser éste capturado por indios de la región de Bahia, quienes le habían enseñado al prisionero la rica ciudad. Dicho relato llegó al conocimiento del rey de Portugal en 1610 a través de un nieto del mencionado marino. Éste habría ofrecido revelar el camino del Dorado a cambio de recibir el título de marqués. No habiendo acuerdo entre las partes, el lugar permaneció incógnito después de la muerte del marino en torno a 1622 (Rubim 1939:249-55). Fawcett (1867-1924?) sabía que la búsqueda de Ciudades Olvidadas o Abandonadas en el interior de Brasil representaba, aun en la década 1920, una fuerte creencia del imaginario popular de sus habitantes. Así, organizó su expedición comunicando previamente a la gente y a la prensa que el objetivo de ella era encontrar una comunidad de gente de piel blanca y de ojos azules ocultos en la Selva (Fawcett 2008:21-37, 39 y 153). El Viajero Naturalista inglés contó a todos que sus amigos indios, conocidos suyos de anteriores viajes por la selva, le habían dicho que esta gente blanca había sido expulsada de la costa en la antigüedad por los pueblos Aztecas e Incas. Y su expedición a los rincones de la jungla nunca antes explorada por europeos, le permitiría encontrar definitivamente la cuna de esta civilización occidental.

Al año siguiente de la desaparición de la misión Fawcett, la prensa norteamericana, a través del *The Times* y también del periodista irlandés Georges Lynch, publicó la historia de la fracasada expedición para un público ávido de este tipo de novedades. Para rastrear las huellas del expedicionario inglés, se formaron otras expediciones a lo largo de las décadas siguientes, aunque desafortunadamente sin obtener información sobre el destino del inglés y de sus compañeros. La intrincada historia elaborada por Fawcett (1867-1924?) debe ser entendida en realidad como una síntesis de otras tantas historias desde hace siglos sobre el mismo asunto. Escritas y reescritas por cronistas e historiadores una y otra

vez, sobre hallazgos arqueológicos producidos por Viajeros Naturalistas y exploradores que se lanzaron al encuentro del Dorado en el Nuevo Mundo. Un campo caracterizado por el misticismo y por la leyenda hasta que las Ciudades Olvidadas o Abandonadas empezaron a “alejarse” cada vez más hasta puntos inaccesibles del continente sudamericano (Souza 1991:77-8), a la vez que el territorio brasileño, de características continentales, se volvía cada vez más conocido por sus autoridades.

Otras propuestas “fenicias” para Brasil

Aún en la década de 1920, el Viajero Naturalista austríaco Ludwing Schwenhagen (1900-1928) todavía defendió la emigración fenicia a Brasil (Matos 1941:23). Declaró a la prensa de la región noreste sus motivos para creer en esta posibilidad: lo hizo en periódicos locales como *A República*, publicado en el Estado de Rio Grande do Norte, vecino a Paraíba, en su edición de 31 de enero de 1926; en una entrevista para el *Diário de Natal*, también de Rio Grande do Norte, en su número 561 de 30 de diciembre de 1927; además del *Diário da Manhã*, de la ciudad de Aracajú, Estado de Sergipe, en 10 de diciembre de 1927, y en la *Gazeta de Sergipe*, en 11 de diciembre de 1927 (Ramos 1945:548), entre otros periódicos. No sabemos a qué se dedicaba él, pero sí que una de sus ocupaciones era visitar sitios considerados arqueológicos en la mencionada región, actividad que desarrolló durante años.

Debemos subrayar que durante la década de 1920, las rutas aéreas de los primeros vuelos desde Europa hacia Sudamérica empezaban a ser disputadas por compañías europeas deseosas en conocer mejor la costa noreste de Brasil, primer punto de la escala aérea tras cruzar el Atlántico los limitados aviones durante muchas horas, desde África. Pensamos que esa disputa comercial pueda que tenga algo que ver con el recorrido del austríaco, empeñado en realidad, en mapear puntos de aterrizaje en el territorio de la costa noreste. En efecto, durante el inicio de la Segunda Guerra Mundial, la ciudad de Natal, capital del Estado del Rio Grande do Norte, fue controlada estratégicamente por los militares norteamericanos que iban a combatir en el norte de África y luego Italia, a través de un acuerdo con el

gobierno brasileño de Getulio Vargas. Desde el aeropuerto de la ciudad de Natal llegaron a despegar casi 800 vuelos diarios de los Aliados rumbo a estos destinos con la finalidad de combatir los alemanes durante el conflicto global.

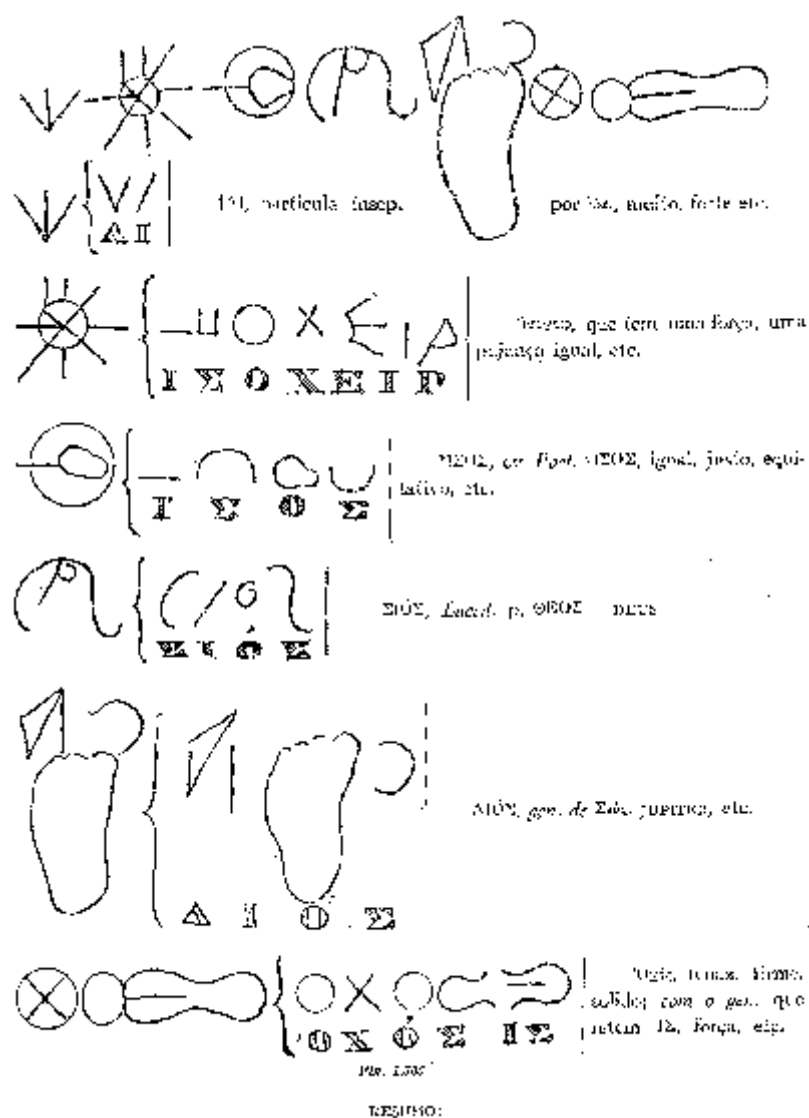


Figura 37: Inscrições rupestres encontradas em no interior do atual Estado de Paraíba, Brasil, y traducida por Bernardo de Azevedo da Silva Ramos (1858-1931), en su obra *Inscrições e tradições da América Prehistorica, especialmente do Brasil*, publicada inicialmente en 1930, pág.64, después de haber sido aprobada en decreto-ley del Gobierno brasileño. En ella el autor defiende la llegada de fenicios y griegos al territorio nacional, después de interpretar y comparar los dibujos con letras griegas y fenicias.

En 1970, probablemente a raíz de la divulgación en la prensa del pensamiento de Cyrus Gordon (1908-2001) sobre fenicios en Brasil, las ideas del austríaco fueron reunidas y póstumamente publicadas en un libro llamado *Antiga história do Brasil (de 1100 a.C. a 1500 d.C.)*. De acuerdo con su propuesta, los navegantes fenicios habían surcado los mares que bañan los actuales Estados de Rio Grande do Norte y de la vecina Paraíba, por ser las áreas sudamericanas más próximas de África y Europa y, con posibilidades de haber recibido continuamente los barcos que venían directamente del Mediterráneo. En Rio Grande do Norte, por ejemplo, Schwennhagen imaginó estas antiguas embarcaciones flotando hacia una de sus calas y adentrando un canal fluvial de 11 kilómetros hasta poder anclar en un lago con el nombre de Extremoz, hoy situado en la zona metropolitana de Natal, capital del referido Estado. Para él, los antiguos marinos utilizaron también otros fondeaderos a lo largo de la costa noreste atlántica sudamericana, durante por lo menos unos 800 años. Se amparó en la teoría que planteaba la Influencia permanente del idioma fenicio sobre el Tupi, y el Guaraní, hablados en buena parte del litoral brasileño antes de la llegada de los primeros portugueses. El investigador también aludió a la presencia de murallas y muelles en la desembocadura de algunos ríos del litoral de la región noreste presuntamente utilizados por la flota fenicia durante su navegación de cabotaje. El Viajero Naturalista también apoyaba a quienes pensaban que la Pedra da Gávea contenía inscripciones semitas. De sus viajes por la Amazonia, el austríaco dijo haberse topado con inscripciones textuales sobre monarcas de Tiro y Sidón, quienes gobernaron sus reinos entre 887 y 856 a.C, según él.

Sin embargo, no solo los propios viajes del austríaco le aportaron subsidios a él, sino que también las investigaciones de otros arqueólogos se sumaron a las suyas. Como, por ejemplo, las conjeturas del Viajante Naturalista francés Apollinaire Fran, al que ya mencionamos, desaparecido probablemente en algún lugar del interior de la región noreste en la década de 1930, durante sus continuas búsquedas de vestigios fenicios. Durante años, Fran había recolectado miles de inscripciones en sierras de los Estados de Minas Gerais (región sureste), Goiás y Mato Grosso (región centro-oeste) y Bahia (región noreste). Había reseñado varias letras del

alfabeto fenicio indentificadas por él en inscripciones a las orillas del río São Francisco - cuyas aguas cruzan centenares de kilómetros desde el Estado de Minas Gerais, región sureste, recorriendo Bahia, Sergipe y Alagoas, región noreste, en donde desemboca -. Inscripciones que él relacionaba con actividades comerciales desarrolladas por los navegantes fenicios. Para Fran, además, según el arqueólogo austríaco, la piel clara y el vocabulario considerado fenicio de las tribus Tiriós, habitantes del área, sería consecuencia del contacto antiguo entre ambos pueblos. Finalmente, creía que el territorio brasileño era la verdadera Atlántida de Platón, ya que según las fuentes clásicas, el senado de Cartago había prohibido a sus navegantes seguir realizando operaciones comerciales con los habitantes de la costa del territorio brasileño, debido al gran éxodo semita que este contacto intermitente provocaba. Una idea repetida por cronistas portugueses y brasileños desde hace mucho.

Sobre la hipótesis de esa antigua regularidad comercial fenicia o púnica en las costas tropicales de Sudamérica, salieron en contra varios autores de la *Coleção Brasileira*. Estos alegaron que los navegantes antiguos no se habrían atrevido a entrar en estas aguas, ya que conocían la “impossibilidade de viver nessas latitudes onde se pensava que os homens não podiam penetrar sem ser queimados pelo sol” (Mello-Leitão 1934:21) como creían los antiguos. De modo que para estos autores los navegantes fenicios no podían haber frecuentado esta parte del litoral brasileño situada en torno a los diez grados a ambos lados de la línea del ecuador, al contrario de lo que afirmaba el austriaco (Calmon 1940:12). Razón por cuál los autores de la *Coleção Brasileira* ni siquiera se molestaron en analizar las pruebas arqueológicas que Ludwing Schwennhagen (1900-1928) decía haber reunido. Para uno de ellos, no había realmente materiales arqueológicos capaces de probar lo que sentenciaba éste autor y así, se les podía clasificar como sospechosos o fraudulentos. Otros autores coincidieron en que las afirmaciones del Viajero Naturalista se debía a los “fortes calores” (Costa A. 1938:81 y 121-22) del territorio nacional, provocados por el exceso de humedad y que causarían espejismos en la imaginación de los que no estaban acostumbrados.

Por otro lado, una de las obras que mayor repercusión causó en las primeras décadas del siglo XX fue la de Bernardo de Azevedo da Silva Ramos (1858-1931), presidente del Instituto Histórico de Manaus, capital del Estado de Amazonas, región norte. Pese a que ya hablamos de él, daremos ahora más detalles. Su primer volumen se publicó en 1930 y el segundo póstumamente en 1939. El conjunto bibliográfico se llamó *Inscrições e tradições da América Prehistorica, especialmente do Brasil* (Souza 1991:88). La obra aportó gran variedad de vestigios arqueológicos sobre la presencia fenicia en Amazonia y región noreste de Brasil. La grandiosidad de su obra le valió fama de investigador, hasta que el 13 de febrero de 1927, el secretario del Museo Nacional en Brasil, A. Childe, publicó una pesada crítica a su trabajo en el periódico *Jornal do Comércio*, de Rio de Janeiro. En ella daba como falsa no solo la supuesta inscripción fenicia de Bat Creek hallada en Estados Unidos, sino también la de Pedra da Gávea, en Rio de Janeiro, mencionadas por Ramos como legítimos productos semitas en el territorio americano (Ramos 1945:541). En apoyo a Ramos salió Schwennhagen (1900-1928), con un artículo en el periódico *Imparcial*, del Estado de Bahia, en 23 de abril de 1927, en lo cual rebatió las críticas, y a la vez felicitó al presidente del Instituto por sus investigaciones.

Los dos formidables tomos, con casi 1600 páginas ricas en detalles e ilustraciones, defienden con vehemencia la presencia de navegantes fenicios y griegos en la Amazonia brasileña, y en algunos Estados de la región noreste, como Paraíba, Rio Grande do Norte, Piauí, Ceará, Bahia y Pernambuco. Para corroborar sus afirmaciones, el autor se valió de cerca de 1.800 inscripciones de varias tipologías encontradas en dichas áreas. Casi todas con sus respectivas y personales interpretaciones en el idioma semita y griego. Muchas de ellas eran ya bastantes conocidas por generaciones de Viajeros Naturalistas nacionales y extranjeros. La obra también recoge epigrafía de otros países americanos - Perú y México -, de España y Portugal, y de territorios asiáticos que trae a colación de sus propuestas teóricas. También hace referencia a los viejos temas de Ciudades Olvidadas y Abandonadas, a las inscripciones de Pedra da Gávea y de Paraíba.

Ramos (1858-1931), había viajado por buena parte de los sitios arqueológicos de Próximo Oriente, y había dedicado tiempo en adquirir vasto conocimiento en el idioma hebreo y griego, aprovechando la oportunidad que le propiciaban sus actividades como productor y comerciante de caucho en la Amazonia. Una actividad económica que hizo millonario a más de uno entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Fue además apoyado culturalmente por el Instituto Histórico e Geográfico do Amazonas y por la prensa del país, con la que mantenía buenas relaciones. Su obra fue inicialmente editada por el ayuntamiento de Manaus en donde vivía. Y, posteriormente, por la Cámara de los Diputados en la entonces capital de Brasil, Rio de Janeiro - a través del Decreto número 5.572 de 14 de noviembre de 1928, homologado en el Diário Oficial da União, Sección 1, de 18/11/1928, pág. 24522 (<http://www2.camara.leg.br>. Accedido el 10/05/2015) -, y también por el Senado Federal - el 31 de diciembre de 1928 -, (<http://legis.senado.gov.br>, Accedido el 10/05/2015), órgano que le autorizó a publicar su obra a nivel nacional. De hecho, la bibliografía del productor de caucho contó con el expreso apoyo de los siguientes presidentes brasileños: Epitácio Pessoa (1865-1942), Arthur Bernardes (1875-1955) y Washington Luís (1869-1957) (Ramos 1945:105-11 y 508-19), quiénes gobernaron Brasil entre 1919-1922; 1922-1926; y 1926-1930, respectivamente. Por lo tanto, queda claro que existió un objetivo político en el apoyo a la iniciativa de distribuir oficialmente el resultado de estas investigaciones por todo el territorio nacional. En un país que parecía querer ocultar una vez más su enorme población afro-descendiente e indígena ante los ojos extranjeros. Una copia de la obra de Ramos puede ser consultada en la biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo, en Madrid.

Las pruebas arqueológicas sobre fenicios y griegos antiguos en Brasil ofrecidas por Ramos, también fueron ampliamente difundidas en el medio académico europeo y norteamericano de la época. De hecho, parece haber obtenido mejores y más satisfactorios resultados entre los especialistas de aquellos países que entre los del suyo propio. El autor era de parecer que estos dibujos, letras y señales encontrados en Brasil, “por sua precisão e simetria, jamais poderiam ser feitos pelas tribos indígenas existentes à época da descoberta do

Brasil". La obra de Ramos, según evaluó el arqueólogo Souza, se constituyó por su impacto en el "ápice da tendência a se atribuir aos gregos e fenícios a autoria da arte rupestre brasileira" (1991:88).

En nuestra opinión, se trataba de una teoría copiada indudablemente de los primeros cronistas Ibéricos en el Nuevo Mundo tantas veces repetida. Propagada, en este caso, en un momento en que existía una tendencia a valorar positivamente ciertas "razas" humanas en detrimento de otras, tal como podemos percibir en el modelo nazi alemán previo a la II Guerra Mundial. El ideario de la pureza aria y su método de propaganda tuvo alguna aceptación en Brasil durante la década de 1930 y hasta el principio de la contienda mundial (Souza 1991:102; Trindade 1988), cuando el gobierno del presidente Getúlio Vargas (1882-1954), que gobernó entre 1930-1945, finalmente se decantó en dar su apoyo político y material al grupo de los Aliados en el principio de la década de 1940, tras ser presionado por Estados Unidos. Un periodo en que las varias conferencias impartidas por el autor amazonense, sumadas a la fuerza política de su entorno, en una etapa francamente favorable a sus propuestas arqueológicas, acabó por dar a su obra más importancia de lo que realmente tenía.

Las propuestas de Ramos (1858-1931) generaron una ola de interpretaciones equivocadas en el país (Souza 1991:88). Contó incluso con el apoyo del conocido arqueólogo nacional de la época, Alfredo Brandão (1874-1944), y fueron reflejadas en noticias de la prensa. Una de ellas fue publicada por un diario de gran circulación nacional editado en la ciudad de São Paulo, *Folha da Noite*. En una página se anunció el 29 de noviembre de 1939: "*Descobertas na Bahia as ruínas de uma cidade milenária*" (Folha da Noite, 29-11-1939:4). Una carta enviada por el arqueólogo Hermman Kruse (¿-1947) al periódico, avisaba del hallazgo de una Ciudad Olvidada en el interior de Bahia, región noreste. Según su descubridor, sería la misma ciudad a la que hacía referencia el famoso manuscrito *Relação historica de uma occulta, e grande povoação antiquissima sem moradores, que se descobriu no anno de 1753, Bahia*, también llamado de *Manuscrito 512*, archivado en el IHGB. En otras palabras, Hermman Kruse dijo que se trataba de la Ciudad Olvidada buscada sin éxito por el religioso portugués Benigno José de Carvalho e

Cunha (1789-1849) desde 1841. Para Kruse, a quien podemos aun clasificar como un Viajero Naturalista del siglo XX, la Ciudad Olvidada presentaba ruinas naturales en las cuales sus antiguos habitantes, probablemente comerciantes, habían aprovechado para construir sus casas, abandonándolas después por razones desconocidas. El arqueólogo también afirmó haber encontrado objetos artísticos en el área, aunque en este momento no podía dar más detalles. Y concluía su misiva diciendo que su próximo paso sería transitar el mismo sendero recorrido por el explorador británico Percy Harrisson Fawcett (1867-1924¿), desaparecido quince años antes cuando buscaba dicha ciudad, y que pronto esperaba volver a dar nuevas noticias. Algo que nunca ocurrió, pese a que Kruse volvió después a casa.

Similar reportaje ya había sido publicado días antes por un diario del Estado de Bahia, lugar del supuesto hallazgo, *O Imparcial*, el 14 de noviembre de 1939. En cualquier caso, los análisis del arqueólogo Kruse jamás se confirmaron, dado que la referida Ciudad Olvidada era en realidad la que había sido construida en torno a las décadas de 1840 y 1850 para la explotación de minas de metales situadas en la región llamada Sincorá, y que había sido visitada justamente por el religioso Benigno. Dichas instalaciones fueron abandonadas años después, cuando la explotación mineral promovida por el gobierno imperial descendió repentinamente. De forma que los diarios ya no volvieron a publicar sobre este descubrimiento. Durante la década de 1940 y siguientes, esa línea de investigación quedará desacreditada en todo el país, por lo menos hasta la divulgación periodística de la nueva versión de la Inscripción de Paraíba llevada a cabo por el norteamericano Cyrus Gordon (1908-2001) en 1968, durante el régimen militar en Brasil, como ya analizamos.

El mito en torno a los fenicios fue algo continuamente alimentado en la cultura brasileña. En 1970, su cantor más popular hasta hoy, Roberto Carlos (1941-), protagonizó en el cine la película *Roberto Carlos e o diamante cor-de-rosa*. En la trama, la Pedra da Gávea aparece como el túmulo de un rey fenicio. Fue la más vista en aquel año, más de dos millones y medio de espectadores. En 1975, una de las denominadas Escolas de Samba que suele participar de los concursos carnavalescos durante la más popular fiesta nacional, y que tiene lugar anualmente

en Rio de Janeiro, trajo una canción cuyo tema y letra habló de las minas del rey Salomón. Desde 1947, una ley llamada “Motivo Nacional” y creada por el Gobierno Federal, obligaba a que las letras tuviesen relación con la cultura y la realidad de Brasil. En un tramo de su letra se cantaba: “E da Fenícia veio o rei Iran / Em galeras alcança as terras das amazonas” (Revista Nossa História 2008).

También hubo intentos del tipo epigráfico durante la década de 1970, registrados en la prensa regional, según nos informa Langer (2000:90). El primero de ellos se dio en la ciudad de Gaspar, Estado de Santa Catarina, región sur, próxima a un sitio arqueológico del tipo Sambaqui, donde se produjo el hallazgo de una laja con presuntas inscripciones fenicias, que fue divulgado el 27 de julio de 1972, en el periódico *Jornal de Santa Catarina*, páginas 1 y 2. Dicho periódico fue impreso en la capital del estado, Florianópolis, ciudad situada en la misma isla del Arvoredo, y sobre la cual algunos Viajantes Naturalistas ya habían enviado noticias al IHGB desde la década de 1830, atestiguando aquí la presencia de inscripciones misteriosas. Para el ex-profesor Evaldo Pauli (1924-2014) de la Universidade Federal de Santa Catarina, ubicada en la capital, se trataría de señales del alfabeto paleo-semítico confeccionados por navegantes semitas. En cambio, el análisis realizado por Cross (1921-2012) de Harvard University, mostró ser una especie de imitación falsificada de la inscripción Baal Lebanon, fechada en la segunda mitad del siglo VIII a.C., y hallada en Chipre. Actualmente la denominada Pedra de Gaspar se encuentra expuesta al público en el Museu do Homem do Sambaqui, en Florianópolis.



Figura 38: Piedra de Gaspar (Autor: Keler Lucas)

La segunda piedra supuestamente epigráfica hizo su aparición en el interior del Estado de Minas Gerais. Divulgada en el periódico *A Voz de Diamantina*, el 22 de abril de 1979, páginas 1 a 9, considerada también una inscripción fenicia. Coincidentemente el día y el mes de la publicación, recuerda la fecha del primer avistamiento de las tierras brasileñas por los portugueses en 1500. En realidad, su hallazgo se había producido en el año 1970 por el militar Jair Emídio Ferreira, debajo del suelo de su casa en la ciudad de Diamantina durante una reforma. Se trata de una pequeña roca rectangular que presenta dibujos y letras consideradas de características orientales en bajo relieve. Un análisis superficial de su fotografía,

muestra la pieza partida en dos trozos, con una figura humana vestida al lado de señales a modo de letras. Según informaciones populares, la piedra habría sido vendida por el militar brasileño que la descubrió luego de su aparición en la prensa, a un supuesto coleccionista norteamericano que se empeñó en no identificarse. Desde entonces, no hubo más noticia de su localización.



Figura 39: Pedra de Diamantina (Fonte: *Johnni Langer*)

Resulta llamativo que la aparición de las dos piedras que acabamos de mencionar, además de otras noticias relacionando a los fenicios con el país, se haya producido tras el estudio del profesor Gordon (1908-2001) en 1968, después de que el tema provocara otra vez una polémica mundial en el ámbito académico. Sabemos que desde la década de 1940 hasta 1968, prácticamente no hubo referencias bibliográficas sobre el tema fenicio en Brasil. Y aunque no podemos confirmar, parece ser que a mediados de la década de 1940, tras un cambio de sistema de gobierno, el Ministério de Educação de Brasil había negado oficialmente que los fenicios hubiesen estado en el país alguna vez, a tenor de las investigaciones que hasta entonces existían.

Siguiendo los pasos de Gordon, el inglés Howard Barraclough Fell (1917-1994), un biólogo experto en fósiles marinos y catedrático en el área de zoología en Harvard University, publicó en 1976 *América B.C.*, en que trató también sobre el origen de la epigrafía del Nuevo Mundo. Su trabajo atribuyó al pueblo fenicio algunas de las inscripciones rupestres consideradas precolombinas. Pero su labor sufrió pesadas críticas del medio académico, al no ser Barraclough precisamente un especialista epigráfico. Tampoco pudo probar arqueológicamente sus hipótesis.

En 1985, el escritor regional y socio del Instituto Histórico do Rio Grande do Norte, Tarcísio Medeiros (1918-2003), publicó su obra *Proto-história do Rio Grande do Norte*. Con ella contribuyó a propagar aun más la teoría de los fenicios en Brasil, basándose en la antigua hipótesis de similitud lingüística entre semitas y habitantes precolombinos. Para sustentarlo, el autor mencionó información de anteriores autores, como la de un cierto Paul Hermann, para quién “raízes fenícias e egípcias, foram também descobertas em línguas índias” (Medeiros 1985:114); o el trabajo comparativo sobre los idiomas hebreo e indígena del militar norteamericano Garrick Mallery (1831-1894). Y aunque Medeiros avisa anticipadamente que su obra solo recoge informaciones acerca del tema, sin que él tampoco pueda probar nada, lo que su texto provoca en realidad en el lector es la duda si realmente estuvieron o no los fenicios en Brasil. Principalmente cuando subraya que “tese ou lenda mais persistente diz respeito à presença fenícia em suas costas”, refiriéndose al litoral brasileño, o, cuando anuncia que la Inscripción de Paraíba, “descoberta em 1874”

(sic) era aun estudiada en la década de 1980 por autores que suponían se trataba de epigrafía cartaginense (Medeiros 1985:114-5) y no fenicia, como pensaban otros. Algunos autores de la Coleção Brasileira hacen hincapié en que ya se sabía desde el siglo XIX que la referida inscripción estaba considerada falsa (Matos 1941:23-4), independientemente de si su texto era oriundo del Levante asiático o de Cartago, pues en realidad no existía la prueba material.

Afortunadamente, el autor también calificó de sospechosos otros materiales presuntamente semitas encontrados en el territorio brasileño. Aun así, su libro insistió en reseñar descubrimientos de vestigios considerados fenicios en Brasil (Medeiros 1985:115). Tales como supuestos restos de 12 platos y cerámicas fechados en torno a 1256 a.C., y también 3 ánforas de 36 litros cada una, sin datación, recuperadas en distintos puntos del fondo del mar de la costa atlántica brasileña, y atribuidas a los antiguos artesanos semitas. Las cerámicas, según informó una fuente oficial de la marina brasileña, y de acuerdo con la información del periódico brasileño *O Globo* (23 de septiembre de 1982:13), fueron rescatadas en el fondo de la bahía de Todos os Santos, en torno a la ciudad de Salvador, la primera capital del país y también del Estado de Bahia, región noreste. Mientras que las ánforas, fueron encontradas a una profundidad de entre 20 y 30 metros en la Bahía de Guanabara, que baña la ciudad de Rio de Janeiro. Estos descubrimientos subacuáticos se habrían realizado en consorcio de brasileños y norteamericanos, entre 1977 y 1979. La operación fue mantenida en secreto hasta 1982 por determinación del Gobierno brasileño a través del Museo de la Marina, en donde estarían guardados por lo menos parte de dichos materiales. El equipo, dirigido por el buceador brasileño José Roberto Teixeira, y por el estadounidense Robert Frank Marx (propietario de la firma Fenicia Pesquisas Arqueológicas), de acuerdo con el periódico, iba a realizar a partir de octubre de 1982 más operaciones para poder llegar definitivamente a una conclusión. Aun según el periódico brasileño, la carrera coronada de éxitos del arqueólogo norteamericano daba gran confianza a la Marina de Brasil, ya que él había recorrido con éxito en 1962 una de las rutas de Colón entre Palos y el puerto de San Salvador, a bordo de una réplica de la carabela La Niña, lo que le valió la condecoración “Orden de Isabel la Católica”

que le otorgó el gobierno español. También participó en varias recuperaciones de pecios antiguos en las costas del Líbano, en el rescate de importantes materiales de naufragios históricos en Estados Unidos y en las costas de Brasil. Después de la referida publicación periódica del *Globo* no encontramos más noticias sobre el resultado de la futura expedición.

En su texto, Medeiros (1918-2003) también se acogió a la antigua tesis de los vientos y corrientes marinas como responsables del arrastre de barcos fenicios desde el litoral africano hasta el sudamericano a la altura de las costas de Rio Grande do Norte y Paraíba. Aunque sin presentar mapas o resultados de investigaciones científicas en este sentido y tampoco datos técnicos sobre la construcción y capacidad de estos barcos durante el I milenio a.C. Aludió, eso sí, a las búsquedas infructíferas de Ciudades Abandonadas u Olvidadas, y también a los hipotéticos vestigios fenicios noticiados por el Viajero Naturalista Ludwing Schwennhagen (1900-1928) en la prensa del Rio Grande do Norte en la década de 1920 (Medeiros 1985:124). Sin embargo, al final de su libro y en pocas líneas, el autor reproduce los cuestionamientos en contra de otros autores a dichos planteamientos fenicios. Aunque, en nuestra opinión, no lo suficiente como para zanjar el asunto, sino más bien lo contrario.

Barcos del siglo XX, desde África a Sudamérica

Como ya vimos, las indicaciones de corrientes y vientos como elementos propulsores casuales de un viaje semita a las costas sudamericanas del Atlántico, existen desde el siglo XVI. Uno de los primeros mapas dibujados del territorio de América del Sur fue el que se conoce como *Cantino*, fechado en 1502. En él dicho continente está representado de forma aislada por el área del noreste del que hoy es Brasil, es decir, la región noreste. Justamente el litoral que han tocado por primera vez los navegantes portugueses, y que corresponde también al territorio asignado como visitado por los barcos fenicios, por ser sobre todo la costa sudamericana más cerca de África, como ya sabemos.

Los marinos portugueses ya conocían la fuerza de dicha corriente oceánica y los vientos en contra desde mediados del siglo XV, a raíz de sus intentos de

circunnavegar África. Estos elementos naturales empujaban sus naves desde el litoral atlántico africano a la altura del Golfo de Guinea hacía oeste, es decir, directamente a las costas de América del Sur, precisamente hacia el litoral del noreste de Brasil. Esa distancia entre los dos continentes desde estos puntos más cercanos supone alrededor de 3.500 kilómetros.

Ahora bien, desde finales del siglo XX y comienzo del XXI, sabemos que hubo al menos dos noticias de rudimentarias embarcaciones de pescadores que han logrado llegar a dichas costas sudamericanas desde el continente africano o a partir de la isla atlántica de Madeira, como ya mencionamos en la 1ª Parte. Hechos que refuerzan al día de hoy las hipótesis propuestas para barcos fenicios en esta costa. Tal vez sea esa forma la única posibilidad concreta de que barcos fenicios hayan podido llegar al continente sudamericano. Se cree, sin embargo, que el camino de vuelta sería prácticamente imposible a causa de las mismas condiciones de corriente y viento muy adversas, para ser superadas con la tecnología náutica de la época. Y en el caso de que llegara a la referida región algún barco por azar, ningún vestigio arqueológico lo ha podido demostrar hasta el día de hoy.

Otras referencias sobre fenicios en Brasil

En el comienzo de la 2ª Parte de esta tesis, hemos mencionado algunos investigadores del siglo XX que han tratado en sus recientes obras o artículos, aunque con reserva, sobre la teoría de fenicios en Brasil. A parte de los que ya hemos mencionado, nos gustaría añadir en este momento otras referencias. El artículo de la revista *Historia National Geographic*, *El pueblo de la púrpura: Fenicios, los señores del mar*, firmada por Isabel Rodá Llanza, en 2006, menciona la hipótesis de estos navegantes en la costa brasileña al afirmar que “se ha llegado a hablar de su presencia en otras regiones del Atlántico e incluso de su posible llegada a América (algo de lo que no hay evidencia arqueológica alguna)”, (p. 58). Pese a la negativa de la referida posibilidad por la propia autora, debido a falta de pruebas arqueológicas, lo que resulta evidente es que el tema parece seguir como una hipótesis.

Del mismo modo, cabe informar sobre un libro didáctico brasileño que ha llegado a ser utilizado por alumnos de la Educación Básica del país: *História. 1ª série do 2º grau. Rio de Janeiro: Francisco Alves*, de 1977, y que tiene como uno de sus autores a Ilmar R. de Mattos. En su contenido es posible encontrar notas sobre la posibilidad de la presencia fenicia en suelo americano. También mencionaremos el libro de la juez brasileña jubilada Lídice Canella (1944-), actualmente viviendo en el Estado de Paraíba. En 2011 publicó en la ciudad de Manaus, capital del Estado de Amazonia, *As viagens dos Vassallos do rei Salomão ao rio Amazonas*. Un relato elaborado, según la autora, a partir del texto *Voyages des Vaisseaux de Salomon au Fleuve des Amazones*, traducido al idioma portugués en 1904. Originalmente escrito por el francés Jules Henry Onffroy, más conocido por Enrique Onffroy de Thoron (1810-1893), quién apuntó a los navegantes fenicios como ascendentes de los pueblos americanos, como ya hemos comentado.

También es común la existencia de esa hipótesis en algunas páginas electrónicas, donde hay tan vasta información como su equivalente en falta de datos arqueológicos que la compruebe. Una de ellas es la propia página de la Embajada del Líbano en Brasil, que trae al día de hoy el relato de que los fenicios, sus antiguos habitantes, pisaron el territorio brasileño en algún momento (http://www.libano.org.br/libano_brasil_fenicios.htm. Accedido el 10/05/2015.). En ella se pueden encontrar incluso, referencias a la Inscripción de Paraíba y también informes de rutas del turismo histórico en el Líbano. Quizás una iniciativa para atraer a los viajeros brasileños a este país asiático. Resaltamos también la presencia en Brasil de la más grande comunidad libanesa fuera de su país, así como de sus descendientes. Todo ello sirve para demostrarnos la fuerza que aún tiene este mito entre muchos brasileños.

Respecto a los vestigios arqueológicos, nada se ha encontrado en términos de pruebas materiales que indique haber estado los fenicios en la costa noreste de Brasil o en otras partes de su territorio. El arqueólogo y profesor Marcos Albuquerque, del Departamento de Geología de la Universidade Federal de Pernambuco, vecino al Estado de Paraíba, afirmó en un periódico electrónico de la ciudad de Natal, capital del Estado de Rio Grande do Norte (www.nominuto.com.

Accedido el 28/02/2010), que, han sido hallados 165 sitios arqueológicos desde que en 2005 empezaron las obras para la duplicación de la carretera nacional BR-101, que conecta el estado de Rio Grande del Norte con el estado de Bahia, cruzando casi toda la extensión de la costa noreste del país. Una obra de algo más de mil kilómetros de largo. Entre los materiales excavados y ya clasificados, una parte pertenece al periodo colonial, a partir del siglo XVI. También hay muestras de ajuares compuestos por urnas cerámicas funerarias atribuidas a los indígenas Tupis que habitaron dicha franja costera. Mientras otra parte está catalogada como prehistórica. Lo que no hay es noticia alguna de material fenicio.

Por último debemos mencionar otras investigaciones arqueológicas recientemente realizadas en algunas orillas del río Amazonas y también en el área central de Brasil, Estado de Mato Grosso. Ellas pueden responder a algunas cuestiones que fueron consideradas tanto en el diario *Relacion del nuevo descubrimiento del rio Grande de las Amazonas*, entre 1541-1542, de fray Gaspar de Carvajal, en su viaje por el río Amazonas durante el siglo XVI, así como en los textos previos a la expedición del inglés Percy Harrisson Fawcett en la década de 1920, a la referida región centro-oeste de Brasil.

En el primer caso, las investigaciones del profesor brasileño Eduardo Mendes, en el área de la Amazonia brasileña, próxima a la ciudad de Manaus, su capital, explica las razones de la existencia de un suelo de color negro denominado “terra preta”, de gran fertilidad, y que se distingue del suelo alrededor de esta misma área. Esta tierra habría obtenido este color a partir de técnicas indígenas, anterior a la presencia ibérica en la región. El área fue ocupada por una población de miles de indígenas que vivó aquí durante miles de años. Un ambiente prácticamente urbanizado y favorecido por este tipo de suelo que permitió una agricultura capaz de alimentar tantos habitantes. Y esta información es importante en la medida que conduce a otra. De acuerdo con Orellana en su diario del siglo XVI, las murallas blancas o de color plata avistadas desde su barco en esta área cuando navegaba el río Amazonas, correspondería en realidad al empleo de otro tipo de suelo arcilloso también producido en esta área y que al ser aplicado sobre los troncos que conformaban la fortaleza alrededor de esas enormes aldeas indígenas,

reaccionaban con los efectos del sol produciendo de lejos la visión de murallas de piedras. La región no posee piedras naturales.

El segundo caso ocurre en torno al área conocida como Xingu, en el Estado de Mato Grosso, región centro-oeste, y donde viven actualmente las tribus más próximas a la realidad con la que se encontró el ibérico cuando llegó al Nuevo Mundo. Un arqueólogo británico descubrió aquí la misma formación de troncos alineados descritos en el anterior párrafo en el área de la Amazonia. Se trata de restos arqueológicos de murallas de madera que rodeaban las cabañas indígenas precolombinas. Servían para proteger estas comunidades habitadas por miles de indígenas. Las aldeas se comunicaban entre si directamente a través de carreteras de tierra de 3 ó 4 kilómetros abiertas en la foresta. Para el capitán inglés Fawcett en su búsqueda por una Ciudad Olvidada, tal como la Atlántida que él se imaginaba, y de acuerdo con la información de sus amigos indígenas según él mismo, existirían murallas de piedra en esta área. En realidad el británico confundió absolutamente las barricadas de troncos de madera que rodeaban el perímetro de las aldeas como protección contra ataques enemigos, con la presencia de murallas de una antigua ciudad. En esta región tampoco existen piedras en un radio de miles de kilómetros.

CONCLUSIONES

Las argumentaciones de nuestras ideas en este trabajo, motivaron, siempre que fue posible, la presentación de conclusiones a medida que íbamos avanzando en las cuestiones propuestas en cada apartado. Aun así puede que no hayamos cerrado todas las cuestiones como hubiéramos querido y que algunas sigan pendientes de aclararse. De manera que nos proponemos en este último apartado no solo intentar zanjar dichas cuestiones, quizás aun en estudio, sino también añadir otras conclusiones que creemos pertinentes. Lo haremos con cuidado para no repetir las conclusiones ya sacadas. Así pues, además de las propuestas efectuadas, sugerimos aquí algunas investigaciones de cara al futuro.

Nuestro trabajo se ha dedicado a analizar una historia más bien de enfoque social y con parámetros en el mundo antiguo. Y lo primero que debe quedar claro es que reconocemos que los verdaderos autores de las diversas inscripciones rupestres en sus variedades simbólicas, de señales y dibujos hasta hoy descubiertas en el territorio brasileño, fueron los autóctonos americanos. Esta afirmación está actualmente avalada por competentes investigaciones arqueológicas, realizadas desde el siglo XIX hasta el presente, a través de grupos de estudiosos extranjeros y nacionales dentro del país, a partir del empleo de modernas técnicas.

En algunas etapas de la historia de Brasil, hubo casi siempre, grupos de eruditos, ligados al poder, que intentaron juntar los indígenas y el pueblo fenicio en un mismo sustrato étnico y cultural. La teoría de los fenicios en Brasil, basada en los mismos elementos pictográficos creados en realidad por los indígenas desde los más remotos tiempos, llegó incluso a ser oficializada por el gobierno brasileño a través de sus órganos políticos máximos durante las décadas de 1920-1930. Lo que prueba la importancia que tuvo el tema para los poderes políticos de este país. Al tiempo que concluimos que el debate académico generado en Brasil a causa de la aparición de la inscripción de Paraíba y de otros hallazgos en este sentido, provocó un conocimiento mayor sobre el pueblo fenicio de parte de investigadores brasileños, y que consideramos importante para aquel entonces, dada las

condiciones limitadas en términos de recursos técnicos y académicos que existía en este país sudamericano.

En sus inicios la colonia lusa americana representó la Tierra Prometida que ocultaba no solo el Paraíso Terrenal, sino que se volvió también un destino para una clase de aventureros europeos en busca de ciudades imaginarias llamadas Olvidadas o Abandonadas, y que podría ser la Atlántida, con las riquezas fáciles del Dorado: oro, plata y piedras preciosas. En este sentido la costa noreste de Brasil, fue frecuentada también por piratas y corsarios de otras monarquías europeas por lo menos durante los treinta años del siglo XVI en busca de riquezas naturales. Después de ese período Portugal dejó de frecuentar simplemente su territorio para empezar a colonizarlo. Y una vez puesto en marcha este proceso, el sistema político luso acabó permitiendo que los propios religiosos encargados de las actividades Catequéticas entre los indígenas de la colonia, se volvieran también grandes propietarios de extensas fincas de gado, de plantaciones, de explotaciones minerales, mientras otros fueron aun poderosos comerciantes y dueños de ingenios de azúcar. Lo que demuestra la importancia del poder político unido al religioso.

Era forzoso que la corona lusa conquistase el apoyo de los indígenas, evitando a todo coste el gran esfuerzo que significaría tener que someterlos bajo una colonización empleando únicamente la violencia. Esa estrategia hará que se produzca un modelo de dominio económico contando con el apoyo religioso, a través de estructuras míticas para lograr un control simbólico sobre los indígenas. Esto formó un conjunto ideológico que nos parece bastante similar al contexto en que actuó la empresa comercial fenicia en sus colonias mediterráneas y atlánticas, al contar con la intermediación de sus templos directamente en los enclaves.

La colonización del territorio brasileño generó a partir del siglo XVI un sistema capaz de explicar simbólicamente la propia existencia del Nuevo Mundo y de su gente, como forma de atender a la necesidad de la metrópolis de explotar sin trabas su colonia americana. Concretamente ello se basó en plantear una conexión ancestral étnica involucrando las propias raíces lusas y los pueblos indígenas a través de un pasado racial común entre ambos: la supuesta navegación fenicia a las costas sudamericanas. Esto suponía, a su vez, que los portugueses tenían una

especie de “derecho adquirido” sobre las tierras del Nuevo Mundo. Y esta teoría va a contribuir para dirigir la documentación arqueológica del pasado antiguo de Brasil hacia el pueblo fenicio.

Este conjunto ideológico actuó teniendo como sus pilares más importantes: los valores renacentistas europeos y sus textos clásicos, el modelo mercantilista de explotación colonial, una interpretación particular de los textos bíblicos, el enfoque simbólico e imaginario dado a los artefactos y a los vestigios rupestres coloniales, los falsos hallazgos arqueológicos, el avance científico al servicio del Estado, el nacionalismo y el modelo imperialista Occidental. Estos factores, llevados a cabo a partir del siglo XVI, constituyeron los principales desencadenantes de diversas teorías míticas vinculadas a sistemas socio-culturales que se propusieron explicar el origen de las gentes del Nuevo Mundo y particularmente los fenicios en Brasil.

El dinámico proceso económico que tuvo lugar en la colonia brasileña fue el reflejo de las relaciones entre las metrópolis ibéricas, insertadas a su vez en un contexto europeo más amplio y determinado por valores mercantilistas entre las poderosas monarquías europeas con intereses en las riquezas del Nuevo Mundo. Durante dicho período la costa noreste de Brasil, la más rica de la colonia durante el siglo XVI, acarreó gran cantidad de materias primas al mercado europeo, sobre todo el valorado azúcar. Un contexto que, en este caso, podemos asimilar con el que vivió el país fenicio en el período que convivió ante las amenazas de los poderosos reinos asirio y babilónico, y que demandaban minerales sobre todo. Portugal suministró a Europa las materias primas desde su colonia americana. En el siglo XVIII ese mismo proceso ocurrirá respecto a otras riquezas de Brasil, una gran cantidad de oro, y luego la valoración del café durante el siglo XIX. Procesos económicos marcados también por contextos míticos conectados a la Teoría fenicia.

Por lo tanto, la teoría de los fenicios en Brasil como parte del conjunto ideológico, únicamente ayudó a que el indio, que desconocía la idea de propiedad privada, y el negro africano importado como mercancía esclava, permanecieran alejados del llamado progreso nacional, quedándose ambos grupos étnicos al margen del proyecto de creación de una pretendida nación brasileña a partir de un modelo nacionalista eurocéntrico. Ello pretendía culturalmente para el país unas

raíces antiguas consideradas civilizadas y “blancas”. La dialéctica entre civilización y barbarie, es decir, entre europeo y no europeo, debe ser así considerada como un importante aspecto para comprender la formación de la identidad nacional brasileña. El tema Civilización versus Barbarie encuentra paralelo también en el mundo antiguo en época de los fenicios y griegos. Lo que sirvió para edificar en Brasil muchos de los valores morales que defendemos hoy día los brasileños. Así, los reflejos de la Teoría de los fenicios en Brasil también se sumaron al conjunto de medidas excluyentes de parte del poder político, lo que resultó en un proceso que forjó una sociedad brasileña profundamente desigual y por ende con un gran número de sus habitantes marginados económica y socialmente tal y como ahora conocemos.

En cuanto al embate cultural que pudo haber entre la teoría de la colonización fenicia o vikinga de las gentes del Nuevo Mundo, se trató más bien, a nuestro modo de ver, de una disputa ideológica entre naciones católicas y protestantes a partir del Cisma en el continente europeo. En el fondo constituyó una puja cultural dentro del sistema económico internacional de entonces, por así decirlo, que buscaba incorporar el Nuevo Mundo a dicho sistema, y bajo las diferentes concepciones de las monarquías europeas que se disputaban en realidad sus materias primas.

De este modo, y a partir de estas explicitaciones, se espera que los libros, artículos y tesis relacionadas al referido tema de los fenicios en Brasil dejen de mencionarlo en adelante como un fenómeno entendible solamente a partir de conceptos tradicionales basados en los análisis de contenidos epigráficos. Eso no debería ocurrir más debido a la absoluta falta de datos arqueológicos que compruebe vestigios fenicios en el continente americano.

Sin embargo, y como sugerencia para la continuación de las investigaciones que no pudimos realizar en esa oportunidad, apuntamos las valoraciones hechas por algunos arqueólogos, que proponen nuevos análisis sobre inscripciones encontradas en Brasil, así como también en algunos documentos inéditos existentes fuera del país. Para ese grupo de investigadores, dichos materiales carecen aún de una rigurosa investigación ya que todavía no fueron analizados bajo nuevas técnicas y metodologías de que disponen, por ejemplo, algunos

arqueólogos involucrados con la historia fenicia. En este sentido mencionamos la obra de José-Ángel Zamora López et al., de 2011, *Epígrafes fenicios arcaicos en la excavación del Teatro Cómico de Cádiz (2006-2010)*, que investiga caracteres epigráficos encontrados en los sitios arqueológicos de Cádiz, y que, a nuestro juicio, podría, a través de un estudio similar, arrojar luz sobre alguna epigrafía presuntamente fenicia encontrada en Brasil, como son los casos, por ejemplo, de la Pedra de Diamantina y de la Pedra de Gaspar, ambas descubiertas en la década de 1970 y atribuidas a los fenicios. Esto se hace necesario porque la inexistencia de estudios modernos sobre estos y otros materiales encontrados en el territorio brasileño puede ser precisamente lo que genera especulación sobre la Teoría de los fenicios en Brasil.

También apuntamos la necesidad de una investigación que analice las circunstancias de la desaparición de la carta original que el supuesto autor de la Inscripción de Paraíba envió al Instituto Historiográfico e Geográfico Brasileño. Ello podría indicar el culpable de su falsificación y consecuentemente cesar definitivamente el debate presente en decenas de obras que se dedicaron a analizar con minuciosidad la escritura del referido texto. Para llevar a cabo esa investigación se podría utilizar la técnica de la prosopografía sobre los personajes que se les considera sospechosos y sobre los cuales nuestro trabajo no ha sido capaz de enumerar a todos.

Sobre la ocurrencia de casos de barcos a deriva durante varias semanas, y que desde el litoral norte atlántico africano lograron llegar a la costa noreste del continente sudamericano, concluimos que, pese a ellos, no se puede afirmar que algún barco fenicio haya podido emprender esta ruta. No hay cualquier registro arqueológico que confirme su llegada al Nuevo Mundo, ni mucho menos reseñas de su regreso a África. Amén de eso, no se pudo comprobar tampoco que huellas fenicias afectaron de algún modo las costumbres o las lenguas de las comunidades indígenas americanas del pasado y del presente. En cualquier caso, apuntamos también la necesidad de una investigación que privilegie el descubrimiento de nuevos casos de barcos a la deriva en esta misma ruta en los últimos siglos.

Por último sugerimos también una investigación genética aplicada a través de tests de DNA sobre determinadas poblaciones descendientes de los indígenas brasileños en la referida costa noreste o en el área de la Amazonia, tal como se hizo en algunas áreas del Mediterráneo con poblaciones que se supuso miscigenadas con marinos fenicios.

BIBLIOGRAFÍAS

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

A REFORMA. (Curiosa descoberta). 2 de abril de 1873. Ano V. nº 74, p. 2.

<http://memoria.bn.br/DocReader/docreader.aspx?bib=226440&pasta=ano%20187&pesq=fenicio>.

Acesso em 16/05/2014.

AVIENO, Rúfio Festo. (1985): *Orla marítima*. (ed.) José Ribeiro Ferreira.

Imprensa de Coimbra, Coimbra.

BALDUS, Herbert. (1937): *Ensaio de etnologia brasileira*. Série 5ª, vol. 101. São Paulo, Cia Editôra Nacional.

BARLÊU, Gaspar. (1974): *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*, (1647). Belo Horizonte, Livraria Itatiaia Editora Ltda; São Paulo, Editôra da Universidade de São Paulo.

BARROSO, Gustavo Dodt. (1931): *Aquem da Atlântida*. São Paulo, Cia Editôra Nacional. 175.

BARROSO, Gustavo Dodt. (1939): *História secreta do Brasil*. 3ª ed. Série 5ª, vol. 76. São Paulo, Cia Editora Nacional.

BARROSO, Gustavo Dodt. (1941): *O Brasil na lenda e na cartografia antiga*. Série 5ª, vol. 199. São Paulo, Cia Editora Nacional.

BRANDÃO, Ambrósio Fernandes. (1943). *Diálogos das grandezas do Brasil* (1618). Rio de Janeiro, Dois Mundos Editora Ltda.

BURTON, Richard Francis. (1941): *Viagens aos planaltos do Brasil*. Série 5ª, 1º tomo, vol. 197. São Paulo, Cia Editora Nacional. 19-39.

CALMON, Pedro. (1940): *História da civilização brasileira*. 4ª ed. Série 5ª, vol. 14. São Paulo, Cia Editora Nacional.

CALMON, Pedro. (1950): *O segredo das minas de prata*. Rio de Janeiro, A Noite.

CALOGERAS, J. Pandiá. (1938): *Formação histórica do Brasil*. 5ª ed. Série 5ª, vol. 42. São Paulo, Cia Editora Nacional.

CAMARA, Antonio Alves. (1937): *Ensaio sobre as construções navaes indígenas do Brasil*. Série 5ª, vol. 92. São Paulo, Cia Editora Nacional.

CARDIM, Fernão. (2000): *Tratados da terra e gente do Brasil*. (ed): Ana Maria de Azevedo. (1625; 1881). 2ª ed. Lisboa, Instituto Camões.

CARDOSO, Vicente Licinio. (1933): *À margem da história do Brasil*. Série 5ª, vol. 13. São Paulo, Cia Editora Nacional. 25-85.

CARVAJAL, Fray Gaspar de. (1992): *Relacion del nuevo descubrimiento del rio Grande de las Amazonas, 1541-1542*. Gobierno del Ecuador, Ediciones Culturales UNP.

CORREIA, Viriato. (1920): *Histórias de nossa história*. 4ª ed. Rio de Janeiro, Edit. Getúlio Costa.

COSTA, Anyone. (1938): *Introdução a arqueologia brasileira: etnografia e história*. Série 5ª, vol. 34. São Paulo, Cia Editora Nacional.

COSTA, Anyone. (1939): *Migrações e cultura indígena: ensaios de arqueologia e etnologia do Brasil*. Série 5ª, vol. 139. São Paulo, Cia Editora Nacional.

COSTA, Cândido. (1896): *O descobrimento da América e do Brazil*. Pará, Typographia da Livraria Americana.

DANIEL, João. (2004): *Tesouro descoberto no máximo rio Amazonas*. (1741-1757). Vol. 1. Rio de Janeiro, Contraponto Editora.

DEBRET, Jean-Baptiste. (1989): *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil*. (1834-1839). Belo Horizonte, Itatiaia; São Paulo, EDUSP.

DIÁRIO DE NATAL. http://www.dnonline.com.br/ver_noticia/60446/. Accedido el 08/01/11.

DURÃO, José de Santa Rita (1957). *Caramuru*. (1781). (ed): Hernani Cidade. Rio de Janeiro, Agir.

ESCHWEGE, W. L. von. (1944): *Pluto brasiliensis*. Série 5ª, 1º tomo, vol. 257. São Paulo, Cia Editora Nacional.

FAINGOLD, Reuven. (1999): *D. Pedro II na Terra Santa: Diário de Viagem – 1876*. São Paulo, Livraria e Editora Sêfer.

FAWCETT, Brian. P. H. FAWCETT. (2008): *A través de la selva amazónica*. (1924). Barcelona, Zeta.

FLEMING, Peter. (1936): *Brazilian adventure*. Oxford, Alden Press.

FOLHA DA NOITE. *Descobertas na Bahia as ruínas de uma cidade milenária*. São Paulo, 29 de novembro de 1939. Ano XIX, nº 5.833, pág. 4.
<http://acervo.folha.com.br/fdn/1939/11/29/1/>. Accedido el 20/05/14.

GAFFAREL, Paul. (1968): *Phéniciens en Amérique*. En CONGRÉS INTERNATIONAL DES AMÉRICANISTES (Nancy, 1875). Compte-Rendu de la Première Session. Liechtenstein, Kraus Reprint. 93-130.

GANDAVO, Pero de Magalhães. (1930): *Província de Santa Cruz, a que vulgarmente chamamos Brasil*. Lisboa, Officina de Antonio Gonsalves, 1576. En *Revista do IHGB*. 2ª ed, tomo XXI, 329 y ss. (1858). Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1930. <http://www.ihgb.org.br/rihgb/rihgb1858t0021.pdf>. Accedido el 16/04/2010.

GARCIA, Fray Gregorio. (1729): *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. (1607). 2ª ed. Madrid, Imprenta de Francisco Martinez Abad. http://www.google.es/books?id=MJQsadT0F8IC&printsec=frontcover&hl=pt-BR&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false. Accedido el 12/02/2011.

GOES, Damian. (1567): *Chronica do principe dom Juam...* Lisboa, Librería del Collegio Imperial. http://books.google.es/books/ucm?vid=UCM5320774422&printsec=frontcover&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false. Accedido el 21/10/2014.

GRAVIER, Gabriel. (1968): *Amérique Pheniciénne*. En CONGRÉS INTERNATIONAL DE AMÉRICANISTES (Nancy, 1875). Compte-Rendu de la Première Session. Liechtenstein, Kraus Reprint. 166-192.

GUIMARÃES, Basilio. (1935): *Expansão geográfica do Brasil colônia*. Série 5ª, vol. 45. São Paulo, Cia Editora Nacional. 389-406.

JORNAL DO BRASIL. *Há uma pedra no caminho de Cabral?* Luiz Nogueira. Sábado, 17 de agosto de 1968. Rio de Janeiro. Pág. 4.

KIDDER, D. P. & FLETCHER, J.C. (1941): *O Brasil e os brasileiros*. Série 5ª, tomo 1, vol. 205. São Paulo, Cia Editora Nacional. 44-48.

KOSTER, Henry. (1942): *Viagens ao Nordeste do Brasil*. (1817). São Paulo, Cia Editora Nacional.

LA CONDAMINE, Carlos María de. (1941): *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América Meridional*, 1745. Madrid, Espasa-Calpe S.A.

LÉVY-BING. *Le roc de Dighton*. (1968): En CONGRÉS INTERNATIONAL DES AMÉRICANISTES (Nancy, 1875). Compte-Rendu de la Première Session. Liechtenstein, Kraus Reprint. 215-230.

MAIA, Prado. (1936): *Através da história naval brasileira*. Série 5ª, vol. 69. São Paulo, Cia Editora Nacional. 22-23.

MATOS, Aníbal. (1938): *Prehistória brasileira*. Série 5ª, vol. 137. São Paulo, Cia Editora Nacional.

MATOS, Aníbal. (1939): *Peter Wilhelm Lund no Brasil. Problemas de paleontologia brasileira*. Série 5ª, vol. 148. São Paulo, Cia Editora Nacional. 207-8.

MATOS, Aníbal. (1941): *A raça de Lagoa Santa*. Série 5ª, vol. 206. São Paulo, Cia Editora Nacional. 15-68.

MELLO-LEITÃO, Candido de. (1934): *Visitantes do primeiro imperio*. Vol. 32. São Paulo, Cia Editora Nacional.

MELLO-LEITÃO, Candido de. (1941): *História das expedições científicas no Brasil*. Série 2ª, vol. 209. São Paulo, Cia Editora Nacional.

MENASSEH, Bem Israel. (1881): *Orígen de los americanos*. (1650). Madrid, Librería de Santiago Perez Junquera.

En <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012349/1080012349.PDF>. Accedido el 08/10/2014.

NADAILLAC, Jean-François-Albert du Pouget, Marquis de. (2005): *Prehistoric America*. (1883). Tuscaloosa, The University of Alabama Press.

NETTO, Ladislau. (1885): *Lettre a Monsieur Ernest Renan a propos de L'Inscription Phénicienne apocryphe soumise en 1872 a L'Institute historique, géographique et ethnographique du Brésil*. Rio de Janeiro, Imprimerie à vapeur Lombaerts & Comp. <http://www.obrasraras.museunacional.ufrj.br/o/0040/0040.pdf>. Accedido el 13/05/2014.

O GLOBO: *Calmon contesta origem fenícia do nome Brasil*. Edição Vespertina de segunda-feira, 15 de setembro de 1969. Nº 13.300. Rio de Janeiro. 12.

O GLOBO: *Navio fenicio pode ter naufragado na Guanabara. Arqueólogo busca prova da navegação pré-colombiana no Brasil*. Edição Matutina de quinta-feira, 23 de setembro de 1982. Nº 17.859. Rio de Janeiro. 13.

O NOVO MUNDO: periodico ilustrado do progresso da idade. (sciencia). O sr. L. Netto e os phenicios. New York, volume III, nº 33, p. 154, 23 de junho de 1873. <http://memoria.bn.br/docreader/DocReader.aspx?bib=122815&pagfis=&pesq=fenicio>. Accedido el 14/05/2014.

O NOVO MUNDO: Os phenicios no Brazil. New York, volume IV, nº 43, p. 128, 23 de abril de 1874a. <http://memoria.bn.br/docreader/DocReader.aspx?bib=122815&pagfis=&pesq=fenicio>. Accedido el 14/05/2014.

O NOVO MUNDO: (sciencia). Os phenicios no Brazil. New York, volume IV, nº 47, p. 198, 23 de agosto de 1874b. <http://memoria.bn.br/docreader/DocReader.aspx?bib=122815&pagfis=&pesq=fenicio>. Accedido el 14/05/2014.

O NOVO MUNDO: Quem descobriu a América? New York, volume IV, nº 50, p. 44, 23 de novembro de 1874c.

<http://memoria.bn.br/docreader/DocReader.aspx?bib=122815&pagfis=&pesq=fenicio>. Accedido el 15/05/2014.

PINTO, Estevão. (1938): *Os indígenas do Nordeste*. 5ª. Série, 2º tomo, vol. 112 São Paulo, Cia Editora Nacional.

PRADO, João Fernando de Almeida. (1939): *Primeiros povoadores do Brasil: 1500–1530*. Série 5ª, vol. 37. São Paulo, Cia Editora Nacional. 50 y 241-92.

RAMOS, Bernardo de Azevedo da Silva. (1945): *Inscrições e tradições da América Prehistorica, especialmente do Brasil*. (1930). Vol. 2. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1839a): *8ª Sessão Extraordinária, 23/03/1839*. (1908). Tomo I. 1ª Série. 3ª ed. 1º Trimestre, nº 1. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional. 51-52.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1839b): *A inscrição da Gávia mandada examinar pelo Instituto Historico e Geographico Brasileiro*. Manuel de Araújo Porto Alegre; J. da C. Barbosa. (1908). Tomo I. 1ª Série. 3ª ed. 2º Trimestre, nº 2. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional. 77-81.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1839c): *Relatorio do Secretario Perpétuo*. J. da C. Barbosa. 03/11/1839. (1908). Tomo I. 1ª Série. 3ª ed. 4º Trimestre, nº 1. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional. 212-21.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1839d): *Advertência*. J. da C. Barbosa. 04/02/1839. (1908). Tomo I. 1ª Série. 3ª ed. 3º Trimestre, nº 3. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional. 150-5.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1839e): 22^a Sessão, 21/09/1839. (1908). Tomo I. 1^a Série. 3^a ed. 3^o Trimestre, nº 3. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional. 201-4.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1841): *Memória sobre a situação da antiga cidade abandonada*. Cônego Benigno José de Carvalho e Cunha. (1860). Tomo III. Rio de Janeiro, Typographia de D. L. dos Santos. 197-203.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1844): *Carta do Dr. Lund...* Peter Wilhelm Lund. (1973). Revista Trimestral. Tomo VI, nº 23, Outubro/1844. Nendeln/Liechtenstein, Kraus Reprint. 326-34.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1845): *Offício do Sr. Cônego Benigno ao Exm. Presidente da Bahia, o sr. Tenente General Andréa, sobre a cidade abandonada que ha três annos procura no sertão d'essa Provincia*. Benigno José de Carvalho e Cunha. Tomo VII, nº 25, 23/janeiro. Rio de Janeiro, Imprensa americana de I. P. da Costa. 102-5.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1845): *Como se deve escrever a historia do Brazil*. Karl Friedrich Philipp von Martius. (1973). Revista Trimestral. Tomo VI, nº 24, Janeiro/1845. Nendeln/Liechtenstein, Kraus Reprint. 381-403.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1848): *Resposta ao Ilm. Exm. Sr. Herculano Ferreira Penna... 11 de julho de 1847*. Antonio Ladislao Monteiro Baena. (1870). 2^a ed., Tomo X, 1^o Trimestre/1848. Rio de Janeiro, Typographia de João Ignacio da Silva. 80-107.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1848): *Notícias geographicas da capitania do rio Negro no grande Rio Amazonas*. José Antonio Lisboa. (1870). 2ª ed., Tomo X. 4º trimestre/1848. Rio de Janeiro, Typographia de João Ignacio da Silva. 411-504.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1848): *Novos indícios da existencia de uma antiga povoação abandonada no interior da provincia da Bahia*. Manoel Rodrigues de Oliveira. (1870). 2ª ed., Tomo X. 2º trimestre/1848. Rio de Janeiro, Typographia de João Ignacio da Silva. 363-73.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1860): *Os indigenas do Brasil perante a História*. Domingos José Gonçalves de Magalhães. (1973). Tomo XXIII. Primeiro Trimestre. Rio de Janeiro, Nendeln/Liechtenstein, Kraus Reprint. 3-66.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1863): *Dissertação ácerca do systema de escrever a historia Antiga e Moderna do Imperio do Brasil*. Raymundo José da Cunha Mattos. Tomo XXVI. Primeiro Trimestre. Rio de Janeiro, Typographia de D. Luiz dos Santos. 121-43.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1865): *Pareceres... Ofertas... Ordem do dia... Manuscritos...* Conde de la Hure. Tomo XXVIII, Parte II. Revista Trimestral. Rio de Janeiro, B. L. Garnier. 283 y 294 y 300-5 y 313-15 y 372.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1866): *Parecer sobre a memoria do sr. Conde de la Hure relativa às Inscrições achadas nas ruinas d'uma cidade incognita, que se diz existente nos sertões da Bahia*. Joaquim Caetano Fernandes Pinheiro. Tomo XXIX, Parte II. 3º Trimestre. Rio de Janeiro, B. L. Garnier. 336 y 373-90.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1873): *Relatório do primeiro secretário*. Joaquim Caetano Fernandes Pinheiro. Tomo XXXVI, Parte II. Rio de Janeiro, B. L. Garnier. 615-16.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1874): *11ª Sessão*. 06 de novembro de 1874. Visconde de Porto Seguro (Alexandre Varnhagen). Tomo XXXVII, Parte II. Revista Trimestral. Rio de Janeiro, B. L. Garnier. 438-40.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1874): *Cidade petrificada no Piauí*. Leonardo Machado de Carvalho; José Antonio de Carvalho; Joaquim José Pereira; Fernando Pereira Bacellar. (1892). Tomo LV. Parte I. 1º e 2º trimestres. Rio de Janeiro, Companhia Typographica do Brazil. 197-8.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1874): *Inscrições lapidares no sertão da Parahiba*. Francisco Adolfo de Varnhagen. (1892). Tomo LV. Parte I. 1º e 2º trimestres. Rio de Janeiro, Companhia Typographica do Brazil. 201-3.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1884): *Sambaquis da Conceição do Arroio*. Carlos Von Koseritz. Tomo XLVII. Parte I. Rio de Janeiro, Typographia Universal H. Laemmert & C. 179-82.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1886): *Primeiro navio francez no Brazil*. Tristão de Alencar Araripe. Tomo XLIX. 2º Volume. 4º Fascículo. Rio de Janeiro, Typographia, Litographia e Encadernação a vapor de Laemmert & C. 315-31.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1887): *Cidades petrificadas e inscrições lapidares no Brazil*. Tristão de Alencar Araripe. Tomo L. Parte I. Sessão em 09/Dez/1886. Rio de Janeiro, Typographia, Litographia e Encadernação a vapor de Laemmert & C. 213-94.

RIHGB - Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. (1892): *Relação verídica e sucinta dos uzos e costumes dos Tupinambas. Hans Staden. 1557.* Tomo LV. Parte I. Revista Trimestral (1º e 2º trimestres). Rio de Janeiro, Companhia Typographica do Brazil. 267-360.

ROQUETTE-PINTO, E. (1941): *Ensaio brasileiro*. Série 5ª, vol. 190. São Paulo, Cia Editora Nacional.

RUBIM, Resende. (1939): *Reservas de brasilidade*. Série 5ª, vol. 161. São Paulo, Cia Editora Nacional. 245-56.

SAMPAIO, Teodoro. (1922): *Arqueologia brasileira. Dicionário histórico, geográfico e etnográfico do Brasil*. Vol 1. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional.

SAMPAIO, Teodoro. (1974): *Atlântida: fantasia e realidade*. Porto Alegre, Movimento.

SCHMIDT, Wilhelm. (1942): *Etnologia sul-americana: círculos culturais e estratos culturais na América do Sul*. Série 5ª, vol. 218. São Paulo, Cia Editora Nacional.

SCHWENNHAGEN, Ludwig. (1970): *Antiga história do Brasil (de 1100 a.C. a 1500 d.C.): Tratado histórico*. 2ª ed. Rio de Janeiro, Livraria e Editora Cátedra Ltda.

SOUZA, Gabriel Soares de. (1938): *Tratado descritivo do Brasil de 1587*. Série 5ª, vol. 117. São Paulo, Cia Editora Nacional.

TAUNAY, Affonso D'Escagnolle. (1933): *Visitantes do Brasil colonial*. Vol. 19. São Paulo: Cia Editora Nacional.

THORON, Henrique Onffroy de. (1868): *Voyages des Flottes de Salomon et d' Hiram en Amérique: position géographique de Parvaim, Ophir & Tarschisch*. Paris, Imp. G. Towne.

TRIBUNA DO NORTE. <http://tribunadonorte.com.br/noticia/arrematado-por-r-3-mil-navio-que-encalhou-em-buzios/225478>. Accedido el 11/07/2012.

VASCONCELLOS, Simão de. (1977): *Chronica da Companhia de Jesus no Estado do Brasil: e do que obrarão seus filhos nesta parte do Novo Mundo*. (1663). http://www.brasiliana.usp.br/bbd/handle/1918/01827710#page/16/mode/1up_ Accedido el 17/04/2014.

VIANNA, Urbino. (1935): *Bandeiras e sertanistas bahianos*. Série 5ª, vol. 48. São Paulo: Cia Editora Nacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACQUARO, Enrico. (1985): *Cartaginesi in America: una disputa del XVI secolo*. Actes du Troisième Congrès International d'Études des Cultures de la Méditerranée occidentale, Jerba, avril 1981 (Tunis). 99-103.

ACQUARO, Enrico. (1988): Cerdeña. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 210-25.

ACQUARO, Enrico. (1988): Amuletos y escarabeos. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 394-403.

ACQUARO, Enrico. (1988): Los bronceos. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 422-35.

ACQUARO, Enrico. (1988): Las monedas. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 464-73.

ALBRIGHT, W. F. (1961): The rule of the Canaanites in the history of civilization. En G. E. Wright (ed.). *The Bible in the Ancient Near East*. London. 346-347.

ALEGRE, Maria Sylvia Porto. (2006): *Os ziguezagues do Dr. Capanema. Ciência, cultura e política no século XIX*. Fortaleza, Museu do Ceará.

ALFARO ASINS, Carmen. (1993): Lote de monedas cartaginesas procedentes del dragado del puerto de Melilla. En *Numisma*, 232. 9-46.

ALVAR EZQUERRA, Jaime. (1997): *Avieno, los fenicios y el Atlántico*. Kolaos 4, Sevilla. (1995). 21-37.

ALVAR EZQUERRA, Jaime. (2003): *La navegación prerromana en la Península Ibérica*. Madrid, Siglo XXI.

AMADASI GUZZO, Maria Giulia. (1968): *Sull'autenticità del testo fenicio di Parahyba*. Oriens Antiquus, vol. 2. 245-61.

AMADASI GUZZO, Maria Giulia. (1988): La pintura. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 448-55.

AMADASI GUZZO, Maria Giulia. (1988): ¿Los fenicios en América? En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 570-2.

AMADASI GUZZO, Maria Giulia. (2000): Epigrafía fenicio-púnica: documenti, scrittura e conoscenze grammaticali. En J. P. Vita, y J. Á. Zamora (eds.). *Nuevas perspectivas I: la investigación fenicia y púnica*. Revista Arqueología Nº 13 (4). 17-23.

AMBIRES, Juarez Donizete. (2005): Jacob Roland: um jesuíta flamengo na América Portuguesa. En *Revista Brasileira de História*. São Paulo, vol. 25, nº50. 201-16.

AMIOTTI, G. (1987): Cerne: ultima terra. En *Il confine nel mondo classico*. Milan, CISA. 43-49.

ANDERSON, Benedict. (1983): *Imagined Communities: reflections on the origins and the spread of Nationalism*. London, Verso.

ANSART, Pierre. (1978): Os imaginários sociais. En *Ideologias, conflitos e poder*. Rio de Janeiro, Zahar.

ANTOLÍN, Fernando Navarro (ed.). (2002): Historia de la naturaleza: Primera parte del cuerpo de la obra magna. En *Benito Arias Montano (1601)*. Universidad de Huelva, Junta de Andalucía.

ARAM, Bethany. (2008): *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América*. Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia S.A.

ARRUDA, Ana Margarida. (2002): *Los fenicios em Portugal: Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Barcelona, Publicaciones del laboratorio de arqueología de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

ATOCHE Peña, Pablo; & RAMÍREZ Rodríguez, María Ángeles. (2011): El archipiélago canario en el horizonte fenicio-púnico y romano del Círculo del Estrecho (circa siglo X a.n.e. al siglo IV d.n.e.). En *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados: propuestas de la arqueología desde un enfoque social*. DOMÍNGUEZ PÉREZ, Juan Carlos. (ed.). Monografías, Historia y Arte. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz (Junta de Andalucía, 2009). 229-56.

AUBET, Maria Eugenia. (2003): El comercio fenicio en Homero. En *Estudios de arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*. S. F. Ramallo Asensio (ed). Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones. 83-101.

AUBET, Maria Eugenia. (2009): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. 3ª ed. Barcelona, Edicions Bellaterra.

BACZKO, Bronislaw. (1984): Imaginação social. En *Enciclopédia Einauldi*. Lisboa, Imprensa Nacional.

BARRETO, Cristina. (1999-2000): A construção de um passado Pré-Colonial: uma breve história da arqueologia no Brasil. En *Revista USP*, nº44, Dez. Fev.

BARRETO, Luís Felipe. (1983): *Descobrimentos e Renascimento. Formas de ser e pensar nos séculos XV e XVI*. 2ª ed. Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

BARTOLONI, Piero. (1988): Los barcos y la navegación. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 72-7.

BARTOLONI, Piero. (1988): El comercio y la industria. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 78-85.

BARTOLONI, Piero. (1988): La cerámica. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 492-510.

BASALLOTE, José María Gener; & NAVARRO GARCÍA, María de los Ángeles; & SÁEZ, Juan Miguel Pajuelo; & ORTIZ, Mariano Torres; & DOMÍNGUEZ-BELLA, S. (2012): Las crétulas del siglo VIII a.C. de las excavaciones del solar del Cine Cómic (Cádiz). En *Madrider Mitteilungen* 53, VIII, 518 Seiten mit 236, Abbildungen. Deutsches Archäologisches Institut / Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden. 130-87.

BASCH, L. (1974): *A propos de la navigation de nuit dans l'antiquité*. Archéologia. Tresors des âges, (septembre 1974). 80-1.

BAUMER, Franklin Le Van. (1985): *El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950*. México, Fondo de Cultura Económica.

BAUMGARTEN, Albert I. (1981): *The Phoenician history of Philo of Byblos: a commentary*. Leiden (Netherlands), E. J. Brill.

BAURAIN, Claude & BONNET, Corinne. (1992): *Les Phéniciens. Marins des trois continents*. Paris, Armand Colin.

BESSMERTNY, Alexandre. (1935). *L'Atlántide: exposé des hypothèses relatives al enigme de l'Atlántide*. Paris, Payot.

BIKAI, Patricia. M. (1987): *The Phoenician pottery of Cyprus*. Nicosia. 58-69.

BISI, Anna Maria. (1988): Las terracotas. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 328-53.

BITTENCOURT, José Neves. (1997): *Território largo e profundo: os acervos dos museus do Rio de Janeiro como representação do estado imperial (1808-1889)*. Niterói, Tese (Doutorado em História) – Programa de Pós-graduação em História, Universidade Federal Fluminense.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José Maria & ALVAR EZQUERRA, Jaime & WAGNER, Eduardo Carlos González. (1999): *Fenicios y cartaginenses en el mediterráneo*. Madrid: Cátedra.

BONDI, Sandro Filippo. (1988): Sus orígenes en Oriente. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 28-37.

BONDI, Sandro Filippo. (1988): Su evolución histórica. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 38-45.

BONDI, Sandro Filippo. (1988): Organización política y administrativa. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 126-31.

BONDI, Sandro Filippo. (1988): El urbanismo y la arquitectura. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 248-83.

BONNET, Corinne. (1996): *Astarté: Dossier documentaire et perspectives historiques: (contributi alla storia della religione fenicio-púnica*. Roma, Collezione di studi fenici.

BORIS, Fausto. (2012). *História do Brasil*. 14ª ed. São Paulo, Edusp.

BORGES, Vavy Pacheco. (1998): Anos trinta e política: história e historiografia. En *Historiografia brasileira em perspectiva*. Marcus Cezar de Freitas (Org.). São Paulo, Editora Contexto.

BRANCO, Renato Castelo. (1971): *Pré-História brasileira: fatos e lendas*. São Paulo, Quatro Artes.

BROCHADO, José Proença. (1969): Histórico das pesquisas arqueológicas no estado do Rio Grande do Sul. Iheringia. En *Antropologia (1). Programa Nacional de pesquisas arqueológicas*. Belém. 7-42-83.

BROCHADO, José Proenza; & SCHMITZ, Pedro Ignácio. (1976): Petroglifos do *Estilo de Pisadas* no Rio Grande do Sul. En *Estudos Ibero-americanos. Vol. II, N 1*. Porto Alegre, Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul. Depto de História. 93-146.

BROCHADO, José Proenza. (1976): Girard, Raphael. Historia de las civilizaciones antiguas de América – Desde sus orígenes. Tomo I. Madrid, Ediciones Istmo. 776 p. En *Estudos Ibero-americanos. Vol. II, N 2*. Porto Alegre, Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul. Depto de História. 291-293.

BRUIT, Héctor Hernan. (1995): *Bartolomé de Las Casas e a simulação dos vencidos*. São Paulo, Unicamp-Illuminuras.

BUENO, Francisco da Silveira. (1987): *Vocabulário Tupi-Guarani/Português*. São Paulo.

CABRERO, Luiz A. (2007): La marina de los fenícios, de la creencia en la vida a las naves de la muerte. En *Gerión. Vol. Extra*. Grupo de Investigación CEFyP. Depto Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid. 91-119.

CAPELATO, Maria Helena Rolim. (1998): Estado Novo: novas histórias. En FREITAS, Marcus Cezar de (Org.), *Historiografia brasileira em perspectiva*. São Paulo, Editora Contexto.

CAQUOT, André. (1970): Mitología de los semitas. En GRIMAL, Pierre. (Dir.). *Mitologías del Mediterráneo al Ganges*. Vol.1. Barcelona, Editorial Planeta. 84-93.

CARCOPINO, J. (1943): *Le Maroc antique*. París. 119-130.

CARDOSO, Ciro Flamarion, & VAINFAS, Ronaldo. (1997): História e análise de textos. En CARDOSO, C. F. & VAINFAS, R. (Org.). *Domínios da história – ensaios de teoria e metodologia*. 5ª ed. Rio de Janeiro, Editora Campus. 375-99.

CARNEIRO, José Fernando. (1959): *Karl Von Koseritz*. Porto Alegre, Instituto Estadual do Livro.

CARRARA, Angelo Alves. (2004): O mistério das inscrições fenícias. En *Nossa História*. Ano 1, Maio, nº7. São Paulo, Editora Vera Cruz. 44-6.

CARREIRA, José Nunes. (1996): *Fenícios no Brasil? Circum-navegação da África na Antiguidade. Mediterrâneos e Atlânticos: encontros de civilizações*. Actas dos 2.º Cursos Internacionais de Verão de Cascais, 17 a 22 de Julho 1995. Cascais. 67-80.

CASARIEGO, J. E. (1947): El periplo de Hannon de Cartago. Madrid, Edición Crítica Bilingüe.

CASSON, Lionel. (1973): *Ships and seamanship in the Ancient World*. New Jersey/Princeton, Princeton University Press.

CASTRO, Federico Perez. (1971): La “inscripción” fenicio-cananea de Paraíba (Brasil): La polémica Gordon / Friedrich-Cross, estadio de la cuestión. En *Anuario de Estudios Atlánticos*. Nº17. Las Palmas de Gran Canaria: Patronato de casa de Colón. (1-27). 307-33.
http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/viewFile/245/245_ Accedido el 27/10/14.

CASTRO, Hebe. (1997): História social. En CARDOSO, C. F. & VAINFAS, R. (Org.). *Domínios da história – ensaios de teoria e metodologia*. 5ª ed. Rio de Janeiro, Editora Campus. 45-59.

CIASCA, Antonia. (1988): Fenicia. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 140-51.

CIASCA, Antonia. (1988): Malta. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 209.

CIASCA, Antonia. (1988): Los prótomos y las máscaras. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 354-69.

CINTAS, P. (1948): *Fouilles puniques à Tipasa*. Nº 27. Revue Africaine. Texto.

CLINE, Eric H. (2014): *1177 B.C. The year civilization collapsed*. Princeton University Press: Princeton and Oxford.

COE, Michael & SNOW, Dean & BENSON, Elizabeth. (1997): *A América antiga: civilizações pré-colombianas*. Vols. 1 e 2. Madrid, Edições del Prado.

COSTA, Emília Viotti da. (1987): *Da monarquia à República*. 4ª ed. São Paulo, Brasiliense.

CROSS JR., Frank Moore. (1968): *The Phoenician Inscription from Brazil, A Nineteenth-Century Forgery*. *Orientalia* nº 37. 437-60.

CROSS JR., Frank Moore. (1979): *Fenícios no Brasil?* *Biblical Archaeology Review*, Jan / fev 1979. 36-43.

CUSCOY, Luis Diego. (1968): *Los Guanches: vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*. Publicaciones del museo arqueológico de Santa Cruz de Tenerife.

DESANGES, Jehan. (1978): *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*. Roma. 17-27, 51.

DETENNE, Marcel. (1985): *La invención de la mitología*. Barcelona, Península.

DÍAZ, Julián Garzón. (1998): La geografía Antigua y Escílax de Carianda. En *Memorias de Historia Antigua XIX-XX*. Universidad de Oviedo. 9-23.

DÍES CUSÍ, Enrique. (2004): Los condicionantes técnicos de la navegación fenicia en el Mediterráneo Oriental. En *La navegación fenicia: tecnología naval y derroteros*. PEÑA, Victoria & MEDEROS MARTÍN, Alfredo & WAGNER, Carlos G. (eds.). Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. 55-84.

DOMINGO, Paola. (2007): Serra da Prata. En *Dicionário de figuras e mitos literários das Américas*. Zilá Bernd (Cord.). Porto Alegre (Brasil), Tomo Editorial, UFRGS. 577-82.

DOMÍNGUEZ PÉREZ, Juan Carlos. (2005): *Avance para uma definição no essencialista del hierro final noroccidental*. Gallaecia Poena. Nº 24. ISSN: 0211-8653. 35-60.

DOMÍNGUEZ PÉREZ, Juan Carlos. (2006): *La ruta púnica hacia el Extremo Occidente noratlántico*. Gallaecia Poena. Nº 25. ISSN: 0211-8653. 45-63.

DORATIOTO, Francisco. (1991): *A Guerra do Paraguai: 2ª visão*. São Paulo, Brasiliense.

DUARTE, Abelardo. (1950): *Ladislau Netto (1838-1894)*. Maceió, Alagoas, Imprensa Oficial.

ELIAS, Norbert. (1994): *O processo civilizador: uma história dos costumes*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor.

El País.

http://www.elpais.com/articulo/revista/agosto/explorador/perdido/elpepirdv/20100724elpepirdv_7/Tes. Accedido el 24/07/2010.

ESCACENA Carrasco, José Luis; & FLORES, Álvaro Fernández; & AZOGUE, Araceli Rodríguez. (2007): Sobre el carambolo: un *híppos* sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico. En *Archivo español de arqueología*. Vol. 80. Madrid, ISSN : 0066 6742. 5-28.

ESPELOSÍN, Francisco Javier Gómez. (2007): Fenicios: los primeros exploradores. En *Historia National Geographic*. Barcelona: RBA, Nº36, Feb. 50-61.

ETIENNE, R. (1970): *A propos du 'garum sociorum'*. *Latomus* 29. 297-313.

FALCON, Francisco. (1997): História e poder. En CARDOSO, C. F. & VAINFAS, R. (org.). *Domínios da história – ensaios de teoria e metodologia*. 5ª ed. Rio de Janeiro, Editora Campus. 61-89.

FALCON, Francisco. (1997): História das idéias. En CARDOSO, C. F. & VAINFAS, R. (org.). *Domínios da história – ensaios de teoria e metodologia*. 5ª ed. Rio de Janeiro, Editora Campus. 91-125.

FANTAR, Muhammad Hassine. (1988): El norte de África. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 166-85.

FARGAN, Brian M. (1984): Precursores de la arqueología en América. México: Fondo de Cultura Económica.

FERNÁNDEZ URIEL, Pilar. (2000): La púrpura, más que un tinte. En *Jornada de Arqueología fenicio-púnica*: Eibissa, Imprenta Ibosim. 76.

FERREIRA, Lúcio Menezes. (2000): *Um bando de ideias novas na arqueologia (1870-1877)*. Revista Diálogos. Publicações Eletrônicas, nº 5. Departamento de História, Universidade Estadual de Maringá.

FERREIRA, Lúcio Menezes. (2007): *Território primitivo: a institucionalização da arqueologia no Brasil (1870-1917)*. Campinas/São Paulo, Tese de doutorado.

FERREIRA NETO, Edgar. (1997): História e etnia. En CARDOSO, C. F. & VAINFAS, R. (org.). *Domínios da história – ensaios de teoria e metodologia*. 5ª ed. Rio de Janeiro, Editora Campus. 313-28.

FOUCAULT, M. (1995): *As palavras e as coisas*. São Paulo, Martins Fontes. 54-55.

FOWLER, Don D. (1987): *Uses of the past: archaeology in the service of State*. American Antiquity. Vol. 52, nº 2. 229-48.

FRAGOSO, João & BICALHO, Maria F. & GOUVÊA, Maria F. (orgs.). (2001): *O Antigo Regime nos trópicos: a dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

FREITAS, Marcus Vinícius de. (2002): *Charles Frederick Hartt, um naturalista no império de Pedro II*. Belo Horizonte, Univ. Federal de Minas Gerais.

FUNARI, Pedro Paulo Abreu & NOELLI, Francisco Silva. (2006): *Pré-história do Brasil*. 3ª ed. São Paulo, Contexto.

GAJARDO, Félix. (1992): Colon en la ruta de fenicios y cartaginenses. Santiago de Chile, Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

GARBINI, Giovanni. (1988): La cuestión del alfabeto. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 86-103.

GARCÍA MORENO, L. A. (1992): Paradoxography and political ideals in Plutarch's Life of Sertorius. En *Plutarch and the historical tradition*. Londres & Nueva York, Routledge. 132-158.

GARCÍA MORENO, L. A. (1993): *Egipto y la circunnavegación de África en la Antigüedad*. Boletín de la Asociación Española de Orientalistas. XXIX. 61-75.

GASCÓ, Carmen Aranegui. (2007): Lixus y la conquista del océano. En *Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones. Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*. Actas V Jornadas Internacionales de Arqueología Subacuática. José Pérez y Guillermo Pascual (eds.). Valencia. 302-310.

GASCÓ, Carmen Aranegui & GÓMEZ BELLARD, Carlos. (2008): El paisaje de Lixus (Larache, Marruecos) a la luz de las excavaciones recientes. En González Antón, R.; & López Pardo, F.; & Peña Romo, V. (eds.). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 217-31.

GERBI, Antonello. (1982): *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica 1750-1900*. México, Fondo de Cultura Económica.

GIBSON, J.C.L. (1982): *Textbook of Syrian Semitic Inscriptions* 3. Oxford. 25-28.

GÓMEZ BELLARD, Carlos. (2006): La explotación rural fenicia y púnica en el Mediterráneo Occidental. En *Mundo rural en la Ibiza púnica*. Mainake XVIII. ISSN: 0212-078-X. Universidad de Valencia. 177-187.

GONZÁLEZ DE CANALES, Fernando; & SERRANO, Leonardo; & LLOMPART, Jorge. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Colección Historia Biblioteca Nueva. Juan Pablo Fusi (dir.). Madrid.

GONZÁLEZ DE CANALES, Fernando; & SERRANO, Leonardo; & LLOMPART, Jorge. (2006): *Las evidencias más antiguas de la presencia Fenicia en el sur de la península ibérica*. 105-28. Madrid.

GONZÁLEZ PONCE, Francisco J. (2008): *Periplógrafos griegos. I. Épocas arcaica y clásica. I: Periplo de Hanón y autores de los siglos VI y V a.C.* Monografías de Filología Griega. Zaragoza.

GONZÁLEZ PONCE, Francisco J. (2009): Los huidizos gorilas de Hanón y la tradición helenística sobre la zoología fabulosa de la India. En *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*. Sevilla. 291-304.

GONZÁLEZ-RUBIAL, Alfredo; & VILA, Xurxo Ayán; & MARTÍNEZ, Rafael Rodríguez. (2009): Buscando a los púnicos en el Noroeste. Nuevas aproximaciones a la presencia mediterránea en Galicia y el norte de Portugal durante la Edad del Hierro. En *VI coloquio internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos*. 30 sept. 1-2 Oct/09. Sevilla.

GONZÁLEZ, R.; & ARCO, María C. (2007): *Los enamorados de la Osa Menor. Navegación y pesca en la protohistoria de Canarias*. Canarias Arqueológica Monografías, 1. Museo Arqueológico de Tenerife. OAMC. Cabildo de Tenerife. Tenerife.

GORDON, Cyrus Herzl. (1968): *The authenticity of the Phoenician text from Parahíba*. Orientalia, nº 37. 75-80; 425-436; 461-463.

GORDON, Cyrus Herzl. (1968): *Forgotten scripts: the story of their decipherment*. Thames and Hudson Ltd, London.

GORDON, Cyrus Herzl. (1972): *Before Columbus: links between the old world and ancient America*. London, Turnstone Press Ltd.

GOULD, Stephen Jay. (2007): *La falsa medida del hombre*. Barcelona, Crítica.

GRASS, J.; & ROUILLARD, P.; & TEIXIDOR, J. (1991): *El universo fenicio*. Madrid, Biblioteca Mondadori.

GREENBLATT, Stephen J. (1996): *Possessões maravilhosas*. São Paulo, Edusp.

GUERRERO AYUSO, Víctor M. (2008): "Las naves de Kerné" (II). Navegando por el Atlántico durante la protohistoria y la antigüedad. En González Antón, R.; & López Pardo, F.; & Peña Romo, V. (eds). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 69-142.

GUERRERO AYUSO, Víctor M. (2008): Barcos aborígenes en el Estrecho de Gibraltar. En *Barcos, puertos y navegación en la historia de Ceuta*. Instituto de Estudios Ceutíes. Celta. 33-65.

GUERRERO AYUSO, Víctor M. (2009): *Prehistoria de la navegación: origen y desarrollo de la arquitectura naval primigênia*. BAR International Series 1952. Oxford, Hadrian Books Ltd.

GUIDÓN, Niède. (1985): *A arte pré-histórica da área arqueológica de São Raimundo Nonato: síntese de dez anos de pesquisas*. Clio nº 7, Série Arqueológica 2. Revista do Curso de Mestrado em História da Universidade Federal de Pernambuco. 3-80.

GUIMARÃES, Everardo P. (1994): *O que é etnocentrismo*. São Paulo, Brasiliense.

GUTIÉRREZ LÓPEZ, J. M.; & REINOSO DEL RÍO, M. C.; & SÁEZ ROMERO, A. M.; & PACHECO, F. G.; & FINLAYSON, C. J. (2012): Las ofrendas de Hannón. El santuario de Gorham's Cave (Gibraltar) y la navegación cartaginesa atlántico-mediterránea. En *L'Africa romana XIX, Sassari*, 2010. Roma. 2955-2970.

HADAS-LEBEL, Mireille. (2009): *Flavio Josefo: el judío de Roma*. España, Herder. 214-34.

HALL, Robert Anderson. (1982): *The Kensington rune-stone is genuine. Linguistic, practical, methodological considerations*. Columbia, Hornbeam Press.

HARDEN, Donald. (1985). *Los fenicios*. Barcelona: Ediciones Orbis.

HEALEY, John F. (1990): *Reading the past: the early alphabet*. Vol. 9. University of California Press Berkeley and Los Angeles / British Museum. 7-60.

HERM, Gerhard. (1976): *Los fenicios: el imperio de la purpura en la Antigüedad*. Barcelona, Ediciones Destino.

HERODOTO. (1999): *Historia*. (ed) Manuel Balasch. Madrid, Ediciones Cátedra.

HOLANDA, Sérgio Buarque de. (1994): *Visão do Paraíso*. 6ª ed. São Paulo, Brasiliense.

HOLANDA, Sérgio Buarque de. (1997): *Raízes do Brasil*. São Paulo, Companhia das Letras.

HOLL, Frank (ed.). (2005-2006): *Alejandro de Humboldt: una nueva visión del mundo*. Barcelona y Madrid, Lunwerg Editores.

HOLTEN, Birgitte; & GUIMARÃES, Lucia. (1997): *Desfazendo as ilusões: o Dr. Lund e a suposta presença escandinava na terra de Santa Cruz*. Locus. Vol. 3, n. 1. Juiz de Fora. 32-44.

HOORNAERT, Eduardo. (1994): *A Igreja no Brasil-colônia*. São Paulo, Brasiliense.

HUSS, W. (1993): *Los Cartaginenses*. Madrid, Editora Gredos. 20.

ISSERLIN, B. S. J. (1984): Did carthaginian mariners reach the island of Corvo (Azores?). Report on the results of joint field investigations undertaken on Corvo in June 1983. En *Rivista di Studi Fenici XII*(1). Roma. 31-46.

JACOB, Ch. (1991): Aux confins de l'humanité: peuples et paysages africains dans le Périple d'Hannon. En *Cahiers d'Etudes africaines XXXI* 1-2, 121-122. 9-27.

JÁUREGHUI, J.J. (1954): Las islas Canarias y la carrera del oro y la púrpura en el Periplo de Hannón. En *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español*. Tetuán. 271-6.

JIMÉNEZ, Salvador Bravo. (2003): El Estrecho de Gibraltar en la Antigüedad Clásica: una visión desde las fuentes escritas. En *Eúphoros* Nº 6. ISSN 1575-0205. Campo de Gibraltar, UNED C.A. 141-164.

JIMÉNEZ, Salvador Bravo. (2011): La llegada de levantinos al Estrecho de Gibraltar a mediados del Segundo Milenio y la implantación poblacional fenicia a principios del siglo IX a.C. En *Almoraima* 42. *Comunicaciones*. Campo de Gibraltar, UNED C.A. 73-95.

JOFFILY, Geraldo Ireneo. (1973): A inscrição fenícia da Paraíba: um documento apócrifo que há quase cem anos vem repercutindo nos maiores centros paleográficos do mundo. En *Revista de História*. Nº 46. São Paulo. 205-22.

JONES, Siân. (2005): *The archaeology of ethnicity: constructing Identities in the past and the present*. London and New York, Routledge.

KEEN, Benjamin. (1971): *The Aztec image in western thought*. N. Jersey, New Brunswick, Rutgers University Press.

KIRMELENE, Wellington. (2008): Pra não dizer que não falei de Carnaval – o discurso dos sambas de enredo do Rio de Janeiro de 1966 a 1990. En *Revista Nossa História*. 10/07/2008. Rio de Janeiro.

<http://www.revistadehistoria.com.br/secao/artigos/samba-suor-e-poder-1>. Accedido el 18/11/2014.

KOCH, Michael. (2003). *Tarsis e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etmológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.

KRINGS, Véronique. (ed.). (1995): *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*. Leiden / New York / Kol, E. J. Brill.

LABASTIDA, Jaime. (1999): *Humboldt: ciudadano universal*. México, Siglo veintiuno editores.

LACARRIÈRE, Jacques. (1986): *De paseo con Herodoto*. Colección Popular 335. México, Fondo de Cultura Económica. 423-427.

LANCEL, Serge. (1994): *Cartago*. Barcelona, Crítica.

LANGER, Johnni. (2000): *Ruínas e mito: a arqueologia no Brasil império*. Curitiba, Univ. Federal do Paraná (Tese de Douorado).

LE DANOIS. (ed.). (1940): *El Atlántico: historia y vida de un océano*. Buenos Aires / México, Espasa-Calpe Argentina.

LEITE, Serafim. (1965): O tratado do “Paraíso na América” e o ufanismo brasileiro. En *Novas páginas de História do Brasil*. Apêndice 2. São Paulo, Companhia Editora Nacional. 359-62.

LÉRY, Jean de. (1992): *Histoire d'un voyage faict en la terre du Brésil (1578)*. Frank Lestrignant (dir.). Presses du Languedoc/Max Chaleil Editeur.

LEVI-STRAUSS, C. (1970): *Tristes trópicos*. Buenos Aires, Eudeba.

LIMA, Tania Andrade. (1999-2000): *Em busca dos frutos do mar: os pescadores-coletores do litoral centro-sul do Brasil*. nº 44, Dez. Fev. São Paulo, Revista USP.

LIPÍŃSKI, Édouard. (ed.). (1991): *Phoenicia and the Bible*, *Orientalia Lovaniensia Analecta*, 44. *Studia Phoenicia*, XI. Leuven, Orientaliste.

LIPÍŃSKI, Édouard. (ed.). (2004): *Itineraria phoenicia*, *Orientalia Lovaniensia Analecta*, 153. *Studia Phoenicia*, XVIII. Louvain-Paris-Dudley.

LISBOA, Karen Macknow. (1997): *A nova Atlântida de Spix e Martius: natureza e civilização na Viagem pelo Brasil (1817-1820)*. São Paulo, Hucitec/Fapesp.

LITTLETON, C. SCOTT (ed.). (2004): *Mitología: antología ilustrada de mitos y leyendas del mundo*. Barcelona, Blume.

LIVERANI, Mario. (1995): *El antiguo oriente: historia, sociedad y economía*. Barcelona, Crítica.

LLANZA, Isabel Rodá. (2006): El pueblo de la púrpura: Fenicios, los señores del mar. En *Historia National Geographic*. Feb. Nº 24. Barcelona, RBA. 48-59.

LONIS, Raoul. (1978): *Afrique noir et monde méditerranéen dans l'antiquité. Les conditions de la navigation sur la cote atlantique de l'Afrique dans l'antiquité: le problème du "retour"*. Colloque de Dakar (19-24/01/1976). Dakar-Abidjan. 147-70.

LOPES, Maria Margaret. (1997): O Brasil descobre a pesquisa científica. São Paulo, Hucitec.

LÓPEZ CASTRO, José Luis. (2008): Las relaciones Mediterráneas en el II milenio a.C. y comienzos del I en la alta Andalucía y el problema de la "Precolonización" fenicia. En *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII – VIII a.n.e): la precolonización a debate*. S. Celestino, N. Rafel y X., L. Armada (eds.). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. 273-288.

LÓPEZ, José Ángel Zamora; & BASALLOTE, José Maria Gener; & NAVARRO GARCÍA, María de los Ángeles; & SÁEZ, Juan Miguel Pajuelo; & ORTIZ, Mariano Torres. (2011): Epígrafes fenicios arcaicos en la excavación del Teatro Cómico de Cádiz (2006-2010). En *Rivista di Studi Fenici*. XXXVIII, 2. Federico Mazza (dir.).

Consiglio Nazionale delle Ricerche. Istituto di Studi sulle Civiltà Italiane e del Mediterraneo Antico. Pisa/Roma, Fabrizio Serra Editore. 198-237.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (1990a): *El periplo de Hannón y la expansión cartaginesa en el África Occidental*. Actas V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Separata). 59-70.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (1990b): *Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica*. AEspA 63. 7-41.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (1994): *Del "Círculo del Estrecho" a la "Entidad fenicia Occidental": propuesta de análisis*. I congreso canario-africano: de la prehistoria a la edad media. La Laguna, Universidad Complutense de Madrid.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (1996): *Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del Modelo de las escalas Náuticas al de colonización con implicaciones productivas*. Gerion nº 14. Madrid, Servicio Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid. 251-88.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (2000a): *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*. Madrid, Arco Libros.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (2000b): *Del mercado invisible (comercio silencioso) a las factorías-fortaleza púnicas en la costa atlántica africana*. Separata de intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I coloquio del C.E.F.P. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. 215-30.

LÓPEZ PARDO, Fernando; & SUÁREZ PADILLA, J. (2002): *Traslados de población entre el norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico*. Gerión 20 1: 113-152.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (2002): *Los fenicios en la costa Atlántica africana. Balance y proyectos*. Ibiza: Revista Treballs del museo arqueologic de "Eibissa". Nr. 50.

LÓPEZ PARDO, Fernando; & CABRERO, Luis A. Ruiz. (2006): *Marinos, comerciantes y metalúrgicos en Kerné (Mogador): La onomástica*. Mainake XXVIII, ISSN: 0212-078-X. Universidade Complutense de Madrid, CEFyP. 213-241.

LÓPEZ PARDO, Fernando; & CABRERO, Luis A. Ruiz. (2008): "Las naves de Kerné" (I). Las referencias literarias. En González Antón, R.; & López Pardo, F.: & Peña Romo, V. (eds). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 51-67.

LÓPEZ PARDO, Fernando; & MEDEROS MARTÍN, A. (2008): *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*. Canarias Arqueológica, Monografías 3, Tenerife.

LÓPEZ PARDO, Fernando. (2008): Marinos y colonos fenicios codificando la costa atlántica africana. En *Literatura fragmentaria histórica y geográfica. La época helenística*. Antonio Caballos Rufino (dir.). Série Literatura, nr. 98. Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones. 25-51.

MACÍAS ROSENDO, Baldomero. (1998): *La Biblia Políglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano*. Servicio de Publicaciones Universidad de Huelva.

MACÍAS ROSENDO, Baldomero; & CANSECO, Luis Gómez; & ANTOLÍN, Fernando Navarro. (2007): *Orbis Incognitus. Avisos y Legajos del Nuevo Mundo*. Vol. I. Universidad de Huelva. 101-36.

<http://www.americanistas.es/biblio/textos/c12/c12-010.pdf>_ Accedido el 20/08/10.

MALINA, Jaroslav; & VAŠÍČEK, Zdenek. (1990): *Archaeology yesterday & today: the development of archaeology in the sciences and humanities*. Cambridge, Cambridge University Press.

MANFREDI, Valerio M. (1997): *Las islas Afortunadas. Topografía de un mito*. Anaya – Mario Muchnik. Anabasis. Madrid.

MARÍN, Antonio Ignacio Molina. (2011): Geographica: Ciencia del espacio y tradición narrativa de Homero a Cosmas Indicopleustes. En Rafael González Fernández (dir.). *Antigüedad y Cristianismo: monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía*. Nº XXVII. Universidad de Murcia, Compobell S.L.

MÁRQUEZ, Luis Arranz. (1985): Los viajes de Colón. En *Cuadernos Historia*. Nº 16. Madrid, TEMI.

MARTÍ-AGUILLAR, Manuel Álvarez. (ed.). (2011): Fenicios em Tartesos: nuevas perspectivas. En *Aportaciones de las últimas intervenciones a la arqueología fenicia de la Bahía de Málaga*. Ana Arancibia Roman et al. BAR International Series S2245. Oxford, Archaeopress. 129-149.

MARTÍ-AGUILLAR, Manuel Álvarez. (2014): Hijos de Melqart. Justino (44.5) y la Koiné tiria entre los siglos IV y III a.C. En *Archivo español de arqueología*. Nº 87. ISSN: 0066 6742 doi 10.3989/aespa.87.014.002. 21-40.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1999): Las islas de Bienaventurados: Historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica. CFC 9. 242-279.

MARTÍN, Gabriela. (1997): *Apontamentos para uma história da arqueologia brasileira*. Clio. Recife. 113-22.

MARTÍN RUIZ, Juan Antonio. (2010): El comercio cananeo y fenicio a través del cargamento transportado en los pecios hallados en el Mediterráneo. En *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 12. BIBLID 1138-9435 1-176. Universidad de Almería. 127-138.

MARTÍN RUIZ, Juan Antonio. (2010): *Los fenicios y el Estrecho de Gibraltar*. Historia antigua. Aljaranda 76(2010). Universidad de Almería. 4-13.

MARTÍN RUIZ, Juan Antonio. (2013): Barcos mercantes fenicios en el Mediterráneo Occidental. En *Revista de Historia Naval*. Nr. 121. 37-53.

MAURO, Chiara María. (2014a): Los pecios fenicios en época arcaica, estado de la cuestión. En *Ab Initio*. Num.10. 3-29.

MAURO, Chiara María. (2014b): Las rutas fenicias por el Mediterráneo en el período Arcaico IX – VII a.C. En *ArqueoWeb*, 15. ISSN 1139-9201. 33-55.

MAURO, Chiara María. (2014c): La navigazione fenicia lungo le coste della Penisola Iberica (IX-VII sec. a.C.) tra difficoltà tecniche e scelte portuali. En *Francisco Xavier Nieto Prieto, Manuel Bethencourt Núñez (coords.)*. Arqueología subacuática española: Actas del I Congreso de Arqueología Náutica y Subacuática Española, Cartagena, 14, 15 y 16 de marzo de 2013. Vol. 1, 2013, ISBN 978-84-9828-486-4. 35-42.

MEDAS, Stefano. (2000): *La marineria cartaginese: Le navi, gli uomini, la navigazione*. Sassari (Italia), Carlo Delfino Editore. 78-82.

MEDAS, Stefano. (2003): *La navigazione fenicio-punica nell'Atlantico: considerazione sui viaggi di esplorazione e sul periplo di Annone*. Byrsa. 1-35.

MEDAS, Stefano. (2004): *De Rebus Nauticus: l'arte della navigazione nel mondo antico*. Studia Archaeologica 132. Roma, L'erma di Bretschneider.

MEDAS, Stefano. (2008a): La navigazione antica lungo le coste atlantiche dell'Africa e verso le Isole Canarie: Analisi della componente nautica a confronto con le esperienze medievali. En González Antón, R., & López Pardo, F.; & Peña Romo, V. (eds). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 143-215.

MEDAS, Stefano. (2008b): I Cartaginesi *Thalassobiótoi* (Appiano, *Lybica*, 84): Il primato della navigazione fenicio-punica nel mondo antico tra *tópos* e realtà storica. En *Le antichità fenicie rivisitate: miti e culture*. Athenaion. Biblioteca di Byrsa. Collana Diretta da Enrico Acquaro 5. Università di Bologna. Lugano, Lumières Internacionales. 83-98.

MEDEIROS, Tarcísio. (1985): *Proto-história do Rio Grande do Norte*. Rio de Janeiro, Presença Edições. 114-28.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & ESCRIBANO Cobo, Gabriel. (2000): *El periplo norteafricano de Hannón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III a.C.* Gerión, nº 18. Madrid. ISSN: 0213-0181. 77-107.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & ESCRIBANO Cobo, Gabriel. (2002): *Fenicios, púnicos y romanos. Descubrimiento y poblamiento de las islas Canarias*. Dirección General de Patrimonio Histórico. Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias. Estudios Prehispánicos, 11. Madrid.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & CABRERO, Luis A. Ruiz. (2004): El pecio fenicio del Bajo de la Campana (Murcia, España) y el comercio del marfil norteafricano. En *Zephyrus*, 57. Universidad de Salamanca. 263-281.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & ESCRIBANO Cobo, Gabriel. (2004): El periplo africano del faraón Neco II. En *La navegación fenicia: tecnología naval y derroteros*. PEÑA, Victoria; & MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & WAGNER, Carlos G. (eds.). Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid. 135-54.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo. (2005): Las puertas del Sol. Ugaríticos y chipriotas en el Mediterráneo Central y Occidental (1300-1185 a.C.). En *Isimu*, VII. Madrid. 35-84.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & ESCRIBANO Cobo, Gabriel. (2006): Mare Purpureum. Producción y comercio de la púrpura en el litoral atlántico norteafricano. En *RStFen*, XXXIV, 1. Madrid, La Laguna, Tenerife. 72-96.

MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & CABRERO, Luis A. Ruiz. (2008): Las espadas de tipo Huelva y los inicios de la presencia fenicia en occidente durante el bronce final IIC-IIIA 1150-950 a.C. CuPAUAM 34. 41-75.

MEGGERS, Betty J. (1996): *Amazonia: man and culture in a counterfeit paradise*. Washington; London, Smithsonian Institution Press.

MESGRAVIS, Laima. (1998): A sociedade brasileira e a historiografia colonial. En FREITAS, Marcus Cezar de (Org.). *Históriografia brasileira em perspectiva*. São Paulo, Editora Contexto.

MONOD, T. (1973): Les monnaies nord-africaines anciennes de Corvo (Açores). Bulletin de L'Institut Fondamental du Afrique Noire, 35. 231-234, 548-550.

MONTAGNE, R. (1923): *Les Marins indigènes de la zone française du Maroc*. Bulletin de l'Insti. Des Hautes Etudes Marocaines, III. París. 174-216.

MORENO, L. A. García; & ESPELOSÍN, F. J. Gómez. (1996): *Relatos de viaje de la literatura griega antigua*. Madrid, Alianza.

MORET, P. (2002): *Mastia Tarseion* y el problema geográfico del segundo tratado entre Roma y Cartago. En *Mainake*, XXIV. 257-276.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Los fenicios. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 16-27.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Artesanía y arte. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 244-7.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Las estatuas. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 284-327.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Los sarcófagos. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 292-9.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Las copas metálicas. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 436-47.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Los huevos de avestruz. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 456-63.

MOSCATI, Sabatino (dir.). (1988): Sustratos y adstratos. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 512-21.

NEGBI, Ora. (1992): Early Phoenician presence in the Mediterranean islands: a reappraisal. En *American Journal of Archaeology*, vol. 96, nº 4, Oct. 599-615.
(<http://www.jstor.org>. Accedido el Nov. 2010, y Jun. 2015).

NEGUERUELA, Ivan. (2004): Hacia la comprensión de la construcción naval fenicia según el barco "Mazarrón-2" del siglo VII a.C. En *La navegación fenicia: tecnología naval y derroteros*. PEÑA, Victoria; & MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & WAGNER, Carlos G. (eds.). Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. 227-78.

OLIVIERI, Antonio Carlos; & VILLA, Marco Antonio. (2002): Cronistas do descobrimento. São Paulo, Ática.

OSBORNE, Robin. (1998): *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.* Barcelona, Crítica.

PALERM, Ángel. (1982): *Historia de la Etnología: los precursores*. Vol. 1. México, Editorial Alhambra Mexicana S.A.

PEREIRA JR., José Anthero. (1970): Em torno da velha questão que é a de terem estado os fenícios no Brasil e outros reparos. En *Revista do IHGSP*. Vol. LXVIII. São Paulo. 183-90.

PERICOT, Louis; & TARRADELL, Miguel. (1962): *Manual de prehistoria africana*. Madrid, IDEA, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

PERNIGOTTI, Sergio. (1988): Fenicios y egipcios. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 522-31.

PISANO, Giovanna. (1988): Las joyas. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 370-93.

PISANO, Giovanna. (2009): Techne. Studi sull'Artigianato fenicio. En *Atti dei Convegni Lincei 244. Incontro di studio in ricordo di Sabatino Moscati*. Roma, 7-8 novembre 2007. Università degli studi di Roma tor vergata. Roma, Bardi Editore. 38-51.

PLÁCIDO, Domingo. (1988): Océano y sus hijos: la proyección espacial del mito. En González Antón, R.; & López Pardo, F.; & Peña Romo, V. (eds). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 31-7.

PONSICH, M.; & TARRADELL, M. (1965): *Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée occidentale*. Paris.

PRADO JÚNIOR, Caio. (1965): *Formação do Brasil contemporâneo: colônia*. 6ª ed. São Paulo, Editora Brasiliense.

PRADOS MARTÍNEZ, Fernando. (2007): *Los fenicios*. Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia S. A.

PRITCHARD, J. B. (1958): *Archaeology and the Old Testament*. Princenton University.

PRITCHARD, J. B. (1975): *The Ancient Near Eastern Texts. An antology of texts and pictures*. 2 vols. Princenton University Press.

PROUS, André. (1992): *Arqueologia brasileira*. Brasília, Editora UNB.

PROUS, André. (2006): *O Brasil antes dos Brasileiros: a Pré-História de nosso País*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor.

PUCKETT, Neil Nelson. (2012): The phoenician trade network: tracing a Mediterranean exchange system. (Thesis. December). Texas, A&M University.

RAMINELLI, Ronald. (1996): *Imagens da colonização: a representação do índio de Caminha a Vieira*. Rio de Janeiro/São Paulo, Jorge Zahar/Edusp.

RAMIN, J. (1976): Le périple d'Hannon. Apports de la Littérature et hypothèses. En *Latomus* 35. 791-804.

RECIO, Mirella Romero. (2008): Rituales y prácticas de navegación de fenicios y griegos en la Península Ibérica durante la Antigüedad. En *Mainake* XXX. ISSN 0212-078-X. Universidad Carlos III. 75-89.

RIBICHINI, Sergio. (1988): Creencias y vida religiosa. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 104-25.

RICARD, Robert. (1944): Notes sur l'émigration des Israélites marocains en Amérique espagnole et au Brésil. Alger, Société Historique Algérienne.

ROOSEVELT, Ana. (1992): Arqueologia amazônica. En *História dos índios no Brasil*. São Paulo, Cia das Letras.

ROUANET, Maria Helena. (1991): *Eternamente em berço esplêndido: a fundação de uma literatura nacional*. São Paulo, Siciliano.

RUIZ DE ARBULO, J. (1991): Rutas marítimas y colonizaciones en la península ibérica. Una aproximación náutica a algunos problemas. En *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y arqueología en Roma*. Nº18. 79-115.

RUIZ DE ARBULO, J. (1997): Santuarios y comercio marítimo en la Península Ibérica durante la época arcaica. En *Quad. Preh. Arq. Cast.*, 18. Universitat Rovilla i Virgili, Comte de Rius. 517-535.

RUIZ-GÁLVEZ Priego, Marisa. (2008): San Brandanes de la Prehistoria. Navegación Altántica prefenicia. En González Antón, R., & López Pardo, F.; & Peña Romo, V. (eds). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 39-50.

RUIZ, Luis Alberto; & WAGNER, Carlos G. (2004): David, Salomón e Hiram de Tiro: una relación desigual. En *Isimu VIII*. Universidad Complutense de Madrid. 107-112. https://www.academia.edu/315327/David_Salomón_e_Hiram_de_Tiro_una_relación_desigual. Accedido el 03/08/2015.

SALIBA, Elias Thomé. (2003): *As utopias românticas*. São Paulo, Estação Liberdade.

SALVADOR, José Gonçalves. (1978): *Os cristãos novos e o comércio no Atlântico meridional: com enfoque nas capitanias do Sul 1530-1680*. São Paulo, Pioneira.

SANMARTÍN, J. (1999): Génesis oriental de los dioses fenicios de las colonias orientales. En *De Oriente a Occidente: los dioses fenicios en las colonias occidentales. XII Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*. Eivissa, 1997. p.10.

SANTANA, Antonio Santana; & PEREIRA, Trinidad Arcos. (2002): El conocimiento geográfico del océano en la Antigüedad. En *Eres*. Vol.10 – Março/2002. Tenerife, El Productor S.L. Técnicas Gráficas, Cabildo de Tenerife. 9-96.

SANTOS, Héctor Brioso. (1999): *América en la prosa literaria española de los siglos XVI y XVII*. Huelva, Diputación Provincial.

SCHULE, G. (1970): Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo. En *IX Congreso Nacional de Arqueología*. Mérida, (1968). 449-62.

SCHRADER, Carlos. (1979): Historia (II). Libros III-IV. Herodoto. Madrid, Gredos Impr. 325-326.

SCHULTEN, A. (1955): Avieno. Ora marítima. Periplo Massaliota del siglo VI a.C. *Fontes Hispaniae Antiquae*. Barcelona. 44-174.

SCHULTEN, A. & MALUQUER DE MOTES, J. (eds.) (1987): *Hispania Antigua según Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Claudio Ptolomeo*. Publicado bajo los auspicios y expensas de la División y Ciencias Humanas y Sociales. Universidad de Barcelona. Barcelona: Instituto de Arqueología y Prehistoria.

SCHWARCZ, Lilia Moritz. (1996): *As teorias raciais, uma construção histórica de finais do século XIX. O contexto brasileiro*. En SCHWARCZ, Lilia Moritz & QUEIROZ, Renato (orgs.). *Raça e diversidade*. São Paulo, Edusp.

SCHWARCZ, Lilia Moritz. (2002): *As barbas do imperador: D. Pedro II, um monarca nos trópicos*. 2ª ed. São Paulo, Cia das Letras.

SEYFERTH, Giralda. (1985): *A Antropologia e a teoria do branqueamento da raça no Brasil: a tese de João Batista de Lacerda*. En *Revista do Museu Paulista*. Tomo XXX.

SINGER, Graciela N. Gestoso. (2007): *El barco naufragado en Ulu burun y el intercambio de bienes en el Mediterráneo Oriental*. Universidad Católica Argentina. En *DavarLogos 7.1: Revista bíblico-teológica*. 19-32.

SILVA, Roberto Ayron da. (2004): *História, arqueologia e cultura material*. En *Encontro Regional Anpuh/RN*.

SMITH, Anne Marie. (2012): *Phoenician ships: types, trends, trade and treacherous trade routes*. (Thesis). University of South Afrika.

SOARES, Teixeira. (1975): *História da Formação das Fronteiras do Brasil*. 3ª ed. Rio de Janeiro, Conquista.

SOUZA, Alfredo A.C. Mendonça de. (1991): *História da arqueologia brasileira*. Antropologia Nº 46. São Leopoldo, Edunisul, Instituto Anchieta de Pesquisas.

STAGER, E. Lawrence. (2004): Dos pecios fenicios en alta mar de la costa norte del Sinaí. En *La navegación fenicia: tecnología naval y derroteros*. PEÑA, Victoria; & MEDEROS MARTÍN, Alfredo; & WAGNER, Carlos G. (eds.). Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid. 179-95.

TALAIDORE, É. (1992): *Répertoire préliminaire des collections américanistes dans les musées d'Europe*. Bulletin des Musées Royaux d'Art et d'Histoire, (63). 269-95.

TARRADEL, M. (1968): *Economía de la colonización fenicia, Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona.

TAVERA-ACOSTA, Bartolomé. (1956): *Los petroglifos de Venezuela*. Caracas: Instituto de Antropología e Historia.

TEJERA GASPAS, Antonio. (2000): Los dragos de Cádiz y la *Falsa púrpura* de los fenicios. En *II Congreso Internacional del Mundo Púnico*. Cartagena, Universidad de La Laguna, Tenerife (Islas Canarias). 369-75.
<http://interclassica.um.es/var/plain/storage/original/application/9c1c395ccb2fe9d3a193befd56cb9746.pdf>_ Accedido el 21/12/10.

TORRES, Mariano; & RUIZ-GÁLVEZ, Marisa; & RUBINOS, Antonio. (2005): La cronología de la cultura Nurágica y los inicios de la Edad del Hierro y de las colonizaciones históricas en el Mediterráneo Centro-Occidental. Una aproximación desde la cronología radiocarbónica y el registro arqueológico. En *Anejos de Complutum*. Vol. 10. Departamento de Prehistoria Universidad Complutense. Laboratorio de Geocronología. Instituto de Química-física Rocasolano. Madrid, CSIC. 169-194.

TOSCANO, Francisco Gómez; & BALENSI, Jacqueline. (2009): La colección de vasos egeos de Tell Abu Hawam (Haifa, Israel) y su relación con la cronología histórica de la expansión fenicia en Occidente. En *Huelva en su historia 2 Época*. Universidad de Huelva. Ministerio de Educación y Cultura. DGICYT PB96-1496. 43-70.

- TRAILL, David. (1996): *Schliemann of Troy*. London, Penguin Books.
- TRIGGER, Bruce G. (2006): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge, Cambridge University Press.
- TRINDADE, Hélió. (1988): *La tentation fasciste au Brésil dans les années trente*. Paris, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme.
- TSIRKIN, Yu B. (1995): Primera etapa de la colonización fenicia. En *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie II, tomo 8. Historia Antigua. 61-83.
- TUSA, Vincenzo. (1988): Sicilia. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 186-209.
- UBERTI, Maria Luisa. (1988): Objetos de marfil y de hueso. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 404-21.
- UBERTI, Maria Luisa. (1988): Los vidrios. En *Los fenicios*. Sabatino Moscati (dir.). Barcelona, Ediciones Folio. 474-91.
- URIEL, Pilar Fernández & WAGNER, Carlos González & LÓPEZ PARDO, Fernando (eds.). (1998): Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. En *Actas del I Coloquio del CEFYP - Centro de Estudios Fenicios y Púnicos*. 9-12/Nov/98. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.
- VAINFAS, Ronaldo. (1997): História das mentalidades e história cultural. En CARDOSO, C. F.; & VAINFAS, Ronaldo (orgs.). *Domínios da história – ensaios de teoria e metodologia*. 5ª ed. Rio de Janeiro, Editora Campus. 127-62.
- VANZOLINI, P.E. (1996): O contexto científico e político da expedição bávara ao Brasil de Johann Baptist von Spix & Johan Georg Wagler. Nº 3. Imaginário. São Paulo. 79-121.

VIDAL, Jordi. (2006): Ugarit and the Southern Levantine sea-ports. En *Análisis lingüístico de las inscripciones reales neobabilónicas*. Rocío da Riva (ed.). Depto Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia Facultat de Geografia i Història, University of Barcelona. Leiden, Koninklijke Brill NV. 269-279.

VIEIRA, Alberto. (2001): A Madeira na história de Portugal e do Atlântico. En *A Madeira e a história de Portugal*. Coleção Atlântica. Nº 7. Centro de Estudos de História do Atlântico / Secretaria Regional do Turismo e Cultura. Coimbra, Imprensa de Coimbra. 75-108.

VITA, Juan-Pablo. (2005): Los primeros sistemas alfabéticos de escritura. En G. Carrasco – J. Oliva (eds.). *Escrituras y lenguas del Mediterráneo en la Antigüedad*. Ciudad Real. 33-79.

VIVANTE, Armando; & IMBELLONI, J. (1939): *Libro de las Atlántidas*. Buenos Aires, José Anesi.

VOVELLE, Michael. (1985): *Ideologías y mentalidades*. Barcelona, Ariel.

WAGNER, Carlos G. (1994). El auge de Cartago (s. VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica. En *Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa e Formentera*. Nº 33. ISSN1130-8095. 7-22.

WAGNER, Carlos G. (2000): *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*. Madrid. 225 y ss.

WAGNER, Carlos G.; & ALVAR EZQUERRA, J. (2003): La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas. En *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenico-púnica en el Mediterráneo*. C. Gómez Bellard. (ed.). Valencia. 187-204.

WAGNER, Carlos G. (2008): Tiro, Melkart, Gadir y la conquista simbólica de los confines del mundo. En González Antón, R.; & López Pardo, F.; & Peña Romo, V. (eds). *Los Fenicios y el Atlántico*. Madrid, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Universidad Complutense de Madrid. 11-29.

WEHLING, Arno. (1999): *Estado, história, memória: Varnhagen e a construção da identidade nacional*. Rio de Janeiro, Nova Fronteira.

WILLEY, Gordon Randolph; & SABLOFF, Jeremy A. (1980): *A History of American Archaeology*. San Francisco, W. H. Freeman and Company.

WILLIAMS, Patrick; & CHILDS, Peter. (1997): *Introduction to Post-Colonial Theory*. New York, Prentice-Hall.

ZALLOUA, Pierre A.; & PLATT, Daniel E.; & et al. (2008): identifying genetic traces of historical expansions: Phoenician footprints in the Mediterranean. En *The American Journal of Human Genetics* 83. 633-642.

DICCIONARIOS Y MANUALES

Casal, Manuel Aires de. (1976): COROGRAFIA BRASÍLICA OU RELAÇÃO HISTÓRICO-GEOGRÁFICA DO REINO DO BRASIL. Belo Horizonte, Itatiaia; São Paulo, Universidade de São Paulo.

Diccionario Akal de Ciencias Históricas. (2005): (dir) André Burguière. Madrid, Ediciones Akal.

DICCIONARIO DE LAS MIL OBRAS CLAVE DEL PENSAMIENTO. (1993): (dir) Denis Huisman. Madrid, Editorial Tecnos.

DICCIONARIO DE LA LITERATURA CLÁSICA. (2004): (ed) M. C. Howatson. Madrid, Alianza Editorial.

DICCIONARIO DE LOS SANTOS. (2000): (orgs) C. Leonardi; A. Riccardi; G. Zarri. Vol. II. Madrid, CIDEP.

DICCIONARIO ESPASA. Mitología Universal. (2000): (cord) Jaime Alvar Ezquerra (cord). Madrid, Espasa-Calpe, D. L. 102.

Dicionário de figuras e mitos literários das Américas. (2007): (cord.) Zilá Bernd. Tomo Editorial. Porto Alegre, Universidade Federal Rio Grande do Sul.

ENCYCLOPÉDIE BERBÈRE. (1997). Tomos I-XX. Édisud: Aix-en-Provence, France.

GRIMAL, Pierre. (1981): Diccionario de la mitología griega y romana. 6ª ed. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica. 24-5 y 61-2.

Índice alfabético do dicionário bibliográfico brasileiro. (1937): José Fischer (ed.). Rio de Janeiro, Imprensa Nacional.

LIPÍŃSKI, Édouard. (Org). (1992): *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*. France, Turhout & Brepols.

Sagrada Biblia: versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego. (2003): Francisco Cantera Burgos & Manuel Iglesias González. (dir). Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

THA II a=Mangas, J., Plácido, D. (eds). (1998): *Testimonia Hispaniae Antiqua II, a, La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*. Madrid.

THA II b=Mangas, J., Plácido, D. (eds). (1999): *Testimonia Hispaniae Antiqua II, b, La Península Ibérica de Éforo a Eustacio*. Madrid.

VAINFAS, Ronaldo. (dir). (2000a): *Dicionário do Brasil Colonial 1500-1808*. Rio de Janeiro: Objetiva.

VAINFAS, Ronaldo. (dir). (dir). (2000b): *Dicionário do Brasil Imperial*. Rio de Janeiro: Objetiva.

ANEXOS:

Sitios electrónicos

<http://trahistant.blogspot.com.es/> *Univ.Compl.Madrid.*

<http://patrimoniofenicio.blogspot.com.es/> *Univ.Compl.Madrid.*

<http://www.ihgb.org.br> *Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro.*

www.scielo.br *Artículos de la Revista Brasileira de História do IHGB.*

www.bn.br *Biblioteca Nacional (Brasil).*

www.lphan.gov.br *Instituto do Patrimônio Hist.Art.Nacional (Brasil). Acervo fotográfico.*

www.fapesp.br *Fundação de Pesquisa do Estado de São Paulo.*

<http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/viewFile/245/245>. *(página 311).*

Acervo consultado

Biblioteca Facultad de Geografía E Historia de la Univ. Compl. Madrid.

Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro.

Biblioteca Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.

Biblioteca Maria Zambrano Facultad de Filología de la Univ. Compl. Madrid.

Biblioteca A.E.C.I. - Agencia Española de Cooperación Internacional – Madrid.

Biblioteca Universidade Federal do Rio Grande do Norte / Setor de Obras Raras.

British Library – St. Pancras, London, UK.

Casa Velázquez, Madrid.

Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, Rio de Janeiro.

CSIC – Centro Social de Investigaciones Científicas, Ciudad Lineal, Madrid.

Library of Oxford University, Oxford, UK.